

sol de ^{se} medianoche



STEPHENIE MEYER

LA AUTORA DE LA SAGA *CREPÚSCULO*. BESTSELLER

Lectulandia

Cuando Edward Cullen y Bella Swan se conocieron en Crepúsculo, nació una historia de amor icónica. Pero hasta ahora, sus fans solo conocen la historia a través de Bella. Por fin los lectores podrán vivir la versión de Edward en la muy esperada novela *Sol de medianoche*. La inolvidable historia, contada a través de los ojos de Edward, toma un cariz nuevo y definitivamente oscuro. Conocer a Bella es lo más perturbador e intrigante que le ha sucedido en todos sus años como vampiro. A medida que se nos desvelan detalles fascinantes del pasado de Edward y la complejidad de sus pensamientos más íntimos, entenderemos por qué este es el conflicto interno que define su vida. ¿Cómo puede justificar los impulsos de su corazón si significan poner a Bella en peligro? En *Sol de Medianoche*, Stephenie Meyer nos transporta de nuevo a un mundo que ha cautivado a millones de lectores y nos trae una novela épica sobre los profundos placeres y las consecuencias devastadoras de un amor inmortal.

Stephenie Meyer

Sol de medianoche

Crepúsculo - 05

ePub r1.0

Titivillus 11.11.2020

Título original: *Midnight sun*
Stephenie Meyer, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Este libro está dedicado a todos los lectores que os habéis convertido en una parte tan feliz de mi vida en los últimos quince años. La primera vez que nos vimos, muchos de vosotros erais muy jóvenes y teníais una maravillosa y deslumbrante mirada en los ojos, llenos de sueños de cara al futuro. Espero que todos los hayáis encontrado en los años que han transcurrido, y que la realidad de esos sueños haya sido aún mejor de lo que esperabais.

I. Primera impresión

Era ese momento del día en el que más deseaba ser capaz de dormir.
El instituto.

¿O sería «purgatorio» la palabra correcta? De existir siquiera alguna manera de expiar mis pecados, esto debería contar en alguna medida a la hora de hacer balance. No, no me acostumbraba al tedio; cada día se me antojaba más monótono aún que el anterior, si cabe.

Quizá se pudiera considerar esto mi modo de dormir, si el sueño se definiera como un estado inerte entre los periodos de actividad.

Tenía la mirada perdida en las grietas que recorrían el enlucido del rincón opuesto de la cafetería y me imaginaba que formaban unos dibujos que en realidad no estaban ahí. Esa era una de las maneras de bloquear la riada de voces que me farfullaban en la cabeza.

Eran varios los cientos de esas voces a las que hacía caso omiso por puro aburrimiento.

En cuanto a la mente humana, lo había oído todo ya, hasta la saciedad y un poco más. Hoy, lo que consumía el pensamiento de todo el mundo era el insignificante drama de la nueva incorporación al reducido cuerpo del alumnado. Qué poco bastaba para alterarlos. Había visto aquel nuevo rostro repetido en un pensamiento detrás de otro, desde todos los ángulos. Una chica humana normal y corriente. La expectación por su llegada era algo tan predecible que resultaba agotador: la misma reacción que obtendría uno al mostrarle un objeto brillante a un grupo de críos de dos años. La mitad de los miembros masculinos de aquel alumnado tan borreguil ya se imaginaban prendados de ella, tan solo porque era algo nuevo que les habían puesto delante. Hice un mayor esfuerzo por no prestarles atención.

Solo eran cuatro las voces que bloqueaba por cortesía más que por repulsión: las de mi familia, mis dos hermanos y mis dos hermanas, que ya estaban tan acostumbrados a la falta de intimidad en mi presencia que rara vez

se preocupaban por ello. Yo les daba lo que estaba en mi mano. Intentaba no escuchar siempre que podía evitarlo.

Y, aun así, por mucho que lo intentara... lo sabía.

Rosalie, como de costumbre, estaba pensando en sí misma: su mente era como una charca de agua estancada que contenía muy pocas sorpresas. Había captado fugazmente un reflejo de su perfil en las gafas de alguien y ahora meditaba sobre su perfección. Nadie tenía el cabello de un tono más semejante al verdadero color del oro, nadie tenía una silueta que fuese un reloj de arena tan perfecto, nadie tenía el rostro como un óvalo tan simétrico e inmaculado. No se comparaba con los humanos que había allí; tal yuxtaposición habría resultado risible, absurda. Ella pensaba en otros como nosotros, ninguno de ellos a su altura.

Emmett, que solía mostrarse despreocupado, tenía el rostro fruncido en un gesto de frustración. Ahora mismo se estaba pasando una de esas manazas por los rizos de ébano y se retorció los cabellos en el puño. Aún estaba que echaba humo por el combate de lucha que había perdido contra Jasper durante la noche. Tendría que recurrir a toda su limitada paciencia para ser capaz de aguantar hasta el final de la jornada escolar y organizar una revancha entonces. Nunca me sentía como un entrometido al escuchar los pensamientos de Emmett, porque él jamás pensaba nada que no pudiese decir en voz alta o poner en práctica. Es posible que solo me sintiese culpable leyéndoles el pensamiento a los demás porque sabía que ahí dentro habría cosas que ellos no deseaban que yo supiese. Si la mente de Rosalie era una charca de agua estancada, la de Emmett era un lago cristalino sin la menor sombra.

Y Jasper estaba... sufriendo. Contuve un suspiro.

Edward. Alice pronunció mi nombre mentalmente y captó mi atención de inmediato.

Era exactamente igual que si lo hubiera dicho en voz alta. Me alegraba de que mi nombre se hubiera ido pasando de moda en las últimas décadas: qué molesto había sido en el pasado; siempre que alguien pensaba en algún Edward, yo volvía la cabeza en un acto reflejo.

Ahora no la volví. A Alice y a mí se nos daban bien aquellas conversaciones privadas. Era raro que alguien nos descubriese. No aparté la mirada de las grietas del enlucido.

¿Cómo lo está llevando?, me preguntó.

Fruncí el ceño, un leve cambio en la colocación de los labios. Nada que nos delatase ante los demás. Bien podría estar frunciendo el ceño de puro aburrimiento.

Jasper llevaba demasiado tiempo inmóvil. No estaba interpretando los tics humanos tal y como debíamos hacerlo todos, en movimiento constante para no destacar, igual que Emmett se tiraba del pelo, Rosalie cruzaba las piernas hacia un lado y después hacia el otro, Alice daba unos toquecitos con la punta de los pies en el linóleo del suelo o yo me dedicaba a mover la cabeza para quedarme mirando los distintos dibujos en las paredes. Jasper parecía estar petrificado, con ese porte esbelto tan erguido, tanto que ni siquiera los cabellos color miel parecían reaccionar al aire que llegaba desde las rejillas de ventilación.

Los pensamientos de Alice adquirieron entonces un tono de alarma, y vi en su mente que estaba observando a Jasper con su visión periférica. *¿Hay algún peligro?* Se adelantó y estudió el futuro inmediato, revolviendo entre aquellas visiones de monotonía en busca del origen de mi gesto fruncido. Incluso mientras lo hacía, no dejó de acordarse de colocar uno de los puños, tan pequeños, bajo el mentón afilado y parpadear con regularidad. Se apartó de los ojos un mechón de esos cabellos oscuros, cortos e irregulares.

Volví la cabeza muy despacio hacia la izquierda, como si me estuviese fijando en los ladrillos de la pared, suspiré y la giré hacia la derecha, de vuelta a las grietas del techo. Los demás asumirían que estaba interpretando el papel de humano. Solo Alice sabía que le estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

Se relajó. *Me lo dirás, si la cosa se pone fea.*

Moví únicamente los ojos, arriba hasta el techo y de nuevo hacia abajo.

Gracias por hacer esto.

Me alegré de no poder responderle en voz alta. ¿Qué le iba a decir? ¿«Un placer»? No lo era, precisamente. No disfrutaba aguzando el oído para captar los conflictos de Jasper. ¿De verdad era necesario hacer este tipo de experimentos? ¿No sería más seguro reconocer sin más que tal vez Jasper nunca iba a ser capaz de controlar su sed igual de bien que el resto de nosotros, en lugar de llevarlo hasta el límite? ¿Por qué arriesgarse a la catástrofe?

Habían pasado dos semanas desde nuestra última salida de caza. No es que fuese un intervalo de tiempo poco manejable para el resto de nosotros. Un tanto incómodo sí, de vez en cuando: si un humano se acercaba demasiado, si el viento soplaba en la dirección inadecuada. Aunque los humanos rara vez se acercaban demasiado. El instinto les decía lo que su pensamiento consciente jamás entendería: éramos un peligro que debían evitar.

Ahora mismo, Jasper era muy peligroso.

No sucedía con frecuencia, pero de tanto en tanto me sorprendía la inconsciencia de los humanos que teníamos a nuestro alrededor. Todos estábamos tan acostumbrados a ello que siempre nos lo esperábamos, pero en ocasiones parecía más llamativo de lo normal. Ninguno de ellos reparaba en nosotros, allí, pasando el rato en aquella sufrida mesa de la cafetería, a pesar de que una manada de tigres ocupando nuestro lugar sería menos letal que nosotros. Ellos no veían más allá de cinco personas de aspecto raro, lo bastante parecidas a seres humanos como para que colase. Costaba imaginarse lo de sobrevivir con unos sentidos tan increíblemente torpes.

En ese momento, una chica bajita se detuvo en el extremo de la mesa más cercana a la nuestra, para hablar con una amiga. Se quitó el pelo pajizo de la cara y se lo peinó con los dedos. Los conductos de la calefacción proyectaron su olor hacia nosotros. Estaba acostumbrado a lo que me hacía sentir aquel olor: el dolor seco en la garganta, el vacío del ansia en el estómago, la tensión automática en los músculos, el excesivo flujo de veneno en la boca.

Todo esto era bastante normal, y solía resultar sencillo no hacerle caso. Era más difícil justo ahora, con unas reacciones más fuertes, multiplicadas por dos, mientras observaba a Jasper.

Jasper estaba dejando volar la imaginación. Lo estaba visualizando: se imaginaba que se levantaba de su asiento junto a Alice y se acercaba a aquella chica bajita. Se inclinaría y se aproximaría más, como si fuera a susurrarle algo al oído, y dejaría que sus labios acariciasen el arco de su garganta. Se imaginaba el pulso de aquella chica bajo la frágil barrera de su piel y la sensación que tendría en su boca...

Le di un puntapié a su silla.

Me sostuvo la mirada, con sus ojos negros cargados de resentimiento por un instante, y, acto seguido, bajó la vista. Podía oír la batalla que libraban la vergüenza y la rebeldía en su cabeza.

—Lo siento —masculló Jasper.

Me encogí de hombros.

—No ibas a hacer nada —le murmuró Alice para calmar la desazón que sentía él—. He podido verlo.

Reprimí la mirada de extrañeza que delataría la mentira de Alice. Teníamos que mantenernos unidos, ella y yo, y no era fácil eso de ser los bichos raros entre los que ya eran de por sí unos bichos raros. Protegíamos mutuamente nuestros secretos.

—Sirve de ayuda pensar en ellos como personas —sugirió Alice con un tono de voz agudo y musical a una velocidad demasiado elevada como para

que los oídos humanos lo entendiesen, de haber habido alguno lo bastante cerca como para oírlo—. Se llama Whitney. Tiene una hermana pequeña a la que adora. Su madre invitó a Esme a aquella fiesta en el jardín, ¿te acuerdas?

—Ya sé quién es —dijo Jasper cortante, y le dio la espalda para quedarse mirando por uno de los ventanucos colocados justo debajo de los aleros, a intervalos regulares por la sala alargada. Su tono de voz le puso fin a la conversación.

Tendría que salir de caza esta noche. Era ridículo arriesgarse de esta manera, tratar de poner a prueba su fortaleza, hacerle ganar resistencia. Jasper debería aceptar sus limitaciones y trabajar dentro de ellas.

Alice suspiró en silencio, se levantó, cogió su bandeja —su atrezo, por así decirlo— para llevársela y dejarlo en paz. Sabía reconocer el momento en que Jasper se hartaba de que ella le diese aquellos ánimos. Aunque Rosalie y Emmett eran más descarados con su relación, eran Jasper y Alice los que conocían todas y cada una de las necesidades del otro como si fueran las suyas. Como si ellos también pudieran leer la mente, pero solo la del otro.

Edward.

Reacción refleja. Me volví hacia el sonido de mi nombre, aunque nadie lo había pronunciado, tan solo pensado.

Durante medio segundo, me sostuvieron la mirada un par de ojos grandes, marrones como el chocolate, dispuestos en un rostro de piel pálida con forma de corazón. Reconocí esa cara, aunque no la había visto por mí mismo hasta entonces. Había estado muy presente en todas aquellas cabezas humanas en el día de hoy. La nueva alumna, Isabella Swan. La hija del jefe de policía del pueblo, a la que habían traído a vivir aquí por alguna cuestión relacionada con su custodia. Bella. Había corregido a todos los que la habían llamado por su nombre completo.

Aparté la mirada, aburrido. Tardé un segundo en percatarme de que no había sido ella quien había pensado en mi nombre.

Por supuesto que ya está coladita por los Cullen, oí que proseguía el primer pensamiento.

Entonces reconocí esa «voz».

Jessica Stanley: hacía tiempo que no me daba la lata con sus cotorreos interiores. Qué alivio había supuesto que por fin superase aquella fijación tan desencaminada. Resultaba prácticamente imposible escapar de esa manera suya tan constante y ridícula de soñar despierta. En aquella época, sentía el deseo de poder explicarle con exactitud lo que habría sucedido de haberle acercado lo más mínimo los labios... y los dientes que venían detrás. Eso

habría acallado aquellas fantasías tan molestas. Pensar en su reacción casi me arrancó una sonrisa.

Para lo que le iba a servir a la chica, continuaba Jessica. La verdad es que ni siquiera es guapa. No sé por qué la mira tanto Eric... o Mike.

Mentalmente, la chica dio un respingo con aquel último nombre. Mike Newton, su nueva obsesión y un chico que por lo general gozaba de popularidad, se mostraba por completo indiferente ante ella. Al parecer, no tanto con la chica nueva. Otro crío que intentaba agarrar el objeto reluciente. Esto le dio un aire de maldad a los pensamientos de Jessica, que sin embargo se mostraba cordial de cara al exterior con la recién llegada mientras le explicaba lo que todo el mundo sabía sobre mi familia. La alumna nueva debía de haberle preguntado sobre nosotros.

Hoy me mira todo el mundo a mí también, pensó Jessica con suficiencia. *¿No es una suerte que Bella tenga dos clases conmigo? Seguro que Mike querrá preguntarme por ella...*

Traté de bloquear aquella cháchara insulsa para que no se me metiera en la cabeza antes de que algo tan nimio y trivial me volviese loco.

—Jessica Stanley le está contando todos los trapos sucios del clan Cullen a esa chica nueva, Swan —le murmuré a Emmett a modo de distracción.

Se rio entre dientes. *Espero que sea algo que merezca la pena,* pensó él.

—Le ha puesto muy poca imaginación, la verdad. Apenas un atisbo de escándalo. Ni un ápice de terror. Me deja un poco decepcionado.

¿Y la chica nueva? ¿También se ha quedado decepcionada con el cotilleo?

Afiné el oído para escuchar lo que pensaba esa tal Bella, la chica nueva, sobre la historia de Jessica. ¿Qué veía ella cuando miraba a aquella familia de piel blanca como la tiza a la que todo el mundo evitaba?

Conocer su reacción formaba parte de mi responsabilidad. Yo hacía las veces de explorador —a falta de un término más adecuado— en mi familia. Para protegernos. Si alguien empezaba a sospechar alguna vez, yo podía advertir con antelación y facilitarnos una retirada sencilla. Alguna vez sucedía: algún humano de imaginación inquieta veía en nosotros a los personajes de un libro o de una película. Por lo general se equivocaban, pero era mejor marcharse a vivir a alguna otra parte que arriesgarse a que investigaran en profundidad. En alguna ocasión rara, extremadamente rara, alguien acertaba con sus fabulaciones. A esos no les dábamos la oportunidad de poner a prueba su hipótesis. Desaparecíamos, simplemente, para convertirnos en poco más que un terrorífico recuerdo.

Hacía décadas que no sucedía algo así.

No oía nada, por mucho que aplicara el oído justo al lado del punto donde continuaba manando a borbotones el frívolo monólogo interior de Jessica. Era como si no hubiera nadie sentado junto a ella. Qué curioso. ¿Se había movido la chica? No parecía probable, ya que Jessica seguía soltándole su parloteo. Alcé la mirada y sentí que perdía el equilibrio. Tener que comprobar mi «oído» extra... era algo que nunca me veía en la obligación de hacer.

Me vi de nuevo anclado a aquellos grandes ojos marrones. Estaba sentada justo en el mismo sitio donde se encontraba antes, y nos estaba mirando; algo natural, supuse, ya que Jessica continuaba deleitándola con los cotilleos del pueblo sobre la familia Cullen.

Pensar en nosotros también sería lo natural.

Pero no oía ni un susurro.

Un rubor cálido le tiñó las mejillas de manera tentadora cuando bajó la vista y la apartó de la vergonzosa pifia de que te sorprendan mirando con descaro a un desconocido. Que Jasper siguiese mirando por la ventana era algo bueno. No me apetecía imaginarme el efecto que aquella acumulación de sangre accesible tendría sobre su capacidad de control.

El rostro de la chica mostraba sus emociones con la misma claridad que si las hubiera expresado en palabras: sorpresa al ir asimilando de forma inconsciente las señales de las sutiles diferencias entre su especie y la mía; curiosidad mientras escuchaba las historias que le contaba Jessica; y algo más... ¿Fascinación? No sería la primera vez. Éramos guapos para ellos, nuestras presas. Entonces, por último, la vergüenza.

Aun así, aunque sus pensamientos se mostraran con tanta claridad en sus extraños ojos —extraños por la profundidad que había en ellos—, no alcanzaba a oír más que silencio procedente del lugar donde ella se encontraba sentada. Solo... silencio.

Me sentí incómodo por un instante.

Jamás me había topado con algo así. ¿Me estaría pasando algo? Me sentía exactamente igual que siempre. Preocupado, escuché con mayor atención.

De repente, todas esas voces que había estado bloqueando me gritaban en la cabeza.

... pregunto qué música le gustará... podría mencionarle mi nuevo CD, a lo mejor..., pensaba Mike Newton, dos mesas más allá, concentrado en Bella Swan.

Fíjate en cómo la mira. ¿No le basta con tener a la mitad de las chicas del instituto esperando a que a él... Los pensamientos de Eric Yorkie eran

cáusticos, y también giraban en torno a la chica.

... qué desagradable. Vamos, ni que fuera famosa o algo... Hasta Edward Cullen la mira fijamente... Lauren Mallory estaba tan celosa que bien podría tener la cara de un tono verde oscuro como el jade. Y Jessica, *alardeando de su nueva mejor amiga. Menudo chiste...* Los pensamientos de aquella chica continuaban exudando un rencor virulento.

... seguro que eso ya se lo ha preguntado todo el mundo. Pero me gustaría charlar con ella. ¿No hay algo más original que pudiera decirle?, musitaba Ashley Dowling.

... a lo mejor está en mi clase de Español..., esperaba June Richardson.

... una montaña de cosas que me quedan por hacer esta noche. Trigonometría y el examen de Lengua. Espero que mamá... Angela Weber, una chica muy callada cuyos pensamientos solían ser amables, era la única de la mesa que no estaba obsesionada con aquella tal Bella.

Podía escucharlos a todos, cada detalle insignificante que estuvieran pensando, conforme se les pasaba por la cabeza, pero no me llegaba nada procedente de aquella alumna nueva que tenía unos ojos tan engañosamente comunicativos.

Y, por supuesto, sí pude oír lo que dijo la chica al dirigirse a Jessica. No me hacía falta leer la mente para ser capaz de escuchar su voz baja y clara en la otra punta de la larga sala.

—¿Quién es el chico de pelo cobrizo? —la oí preguntar mientras me lanzaba otra mirada a hurtadillas con el rabillo del ojo y la volvía a desviar de inmediato al ver que yo seguía observándola.

De haberme dado tiempo a hacerme la ilusión de que su voz me serviría para localizar con precisión sus pensamientos, habría sufrido una decepción inmediata. Por lo general, los pensamientos de la gente llegaban a mí con un timbre similar al de su voz física, pero aquella voz tímida y silenciosa no me resultaba conocida, no era la de ninguno de los centenares de pensamientos que rebotaban por la estancia, de eso estaba seguro. Era completamente nueva.

¡Ah, sí, buena suerte, idiota!, pensó Jessica antes de responder a la pregunta de la chica.

—Se llama Edward. Es guapísimo, por supuesto, pero no pierdas el tiempo con él. No sale con nadie. Quizá ninguna de las chicas del instituto le parece lo bastante guapa —resopló en voz baja.

Volví la cabeza para ocultar mi sonrisa. Jessica y sus compañeras de clase no tenían ni idea de lo afortunadas que eran de que ninguna de ellas me

atrajese de un modo particular.

Sentí un impulso extraño por debajo de aquel humor efímero, un impulso que no terminaba de comprender con claridad. Tenía algo que ver con ese deje despiadado de los pensamientos de Jessica que la chica nueva desconocía... Sentía la extraña necesidad de interponerme entre ellas, de proteger a Bella Swan de las oscuras maquinaciones de la mente de Jessica. Qué sensación más rara. Tratando de sacar a la luz las motivaciones que había detrás de ese impulso, examiné una vez más a la chica nueva, ahora a través de los ojos de Jessica. Mi descaro al mirarla ya había llamado mucho la atención.

Quizá no fuese más que un instinto protector enterrado mucho tiempo atrás: el fuerte por el débil. De alguna manera, esta chica parecía más frágil que sus nuevos compañeros de clase. Tenía una piel tan translúcida que resultaba difícil creer que pudiese ofrecerle alguna clase de protección frente al mundo exterior. Podía ver el pulso rítmico de la sangre que le corría por las venas bajo aquella membrana pálida y clara... Aunque no debería concentrarme en eso. Se me daba muy bien aquella vida que había escogido, pero estaba tan sediento como Jasper, y carecía de sentido exponerse a la tentación.

La chica tenía una leve arruga en el entrecejo de la que no parecía ser consciente.

¡Aquello era increíblemente frustrante! No me costaba ver la presión que suponía para ella estar allí sentada, dar conversación a unos desconocidos, ser el centro de atención. Podía percibir su timidez en la postura de sus hombros, de aspecto frágil, ligeramente caídos, como si se esperase que la rechazaran en cualquier momento. Y, aun así, lo único que yo podía hacer era verla, sentirla e imaginar. No había más que silencio en aquella chica humana que no tenía nada de extraordinario. No podía oír nada. ¿Por qué?

—¿Nos vamos? —murmuró Rosalie, que interrumpió mi concentración.

Aparté la mente de la chica y sentí alivio. No deseaba continuar con aquella decepción: el fracaso era algo poco frecuente para mí, y aún más irritante que inusual. No quería fomentar ningún interés en sus pensamientos ocultos tan solo porque me fueran inaccesibles. No tenía la menor duda de que, cuando los descifrara —y encontraría la manera de hacerlo—, serían tan baladíes y tan triviales como los de cualquier otro ser humano. No merecería la pena el esfuerzo que tendría que emplear para llegar hasta ellos.

—Y bien, ¿la nueva nos tiene miedo ya? —preguntó Emmett, que aún esperaba mi respuesta a su anterior pregunta.

Me encogí de hombros. Emmett no tenía tanto interés como para insistirme en que le diera más información.

Nos levantamos de la mesa y nos marchamos de la cafetería.

Emmett, Rosalie y Jasper se hacían pasar por alumnos de último año; se marcharon camino de sus clases. Yo interpretaba un papel más joven que el suyo; me dirigí a mi clase de Biología de penúltimo año y me fui preparando mentalmente para el tedio. Dudaba mucho que el señor Banner, un hombre con un intelecto medio —en el mejor de los casos—, se las arreglara para ofrecer algo en su clase que pudiera sorprender a alguien que ostentaba dos títulos de Medicina.

En el aula, me acomodé en mi sitio y dejé que los libros —más atrezo: no había nada en ellos que no supiera ya— se desparramaran sobre la mesa. Era el único alumno que tenía una mesa entera para sí. Los humanos no eran tan listos como para ser conscientes de que me temían, pero su instinto innato de supervivencia bastaba para mantenerlos lejos.

La clase se fue llenando poco a poco, según iban entrando de vuelta de la comida. Me apoyé en el respaldo de la silla y aguardé a que pasara el tiempo. De nuevo, deseé ser capaz de dormir.

Dado que había estado pensando en la chica nueva, cuando Angela Weber la acompañó al cruzar la puerta, su nombre se entrometió en mi atención.

Bella parece tan tímida como yo. Seguro que hoy ha sido un día realmente duro para ella. Ojalá pudiera decirle algo..., pero lo más probable es que sonara estúpido.

¡Sí!, pensó Mike Newton, que se giró en su asiento para ver entrar a las chicas.

Seguía sin llegarme nada desde el lugar donde Bella Swan se encontraba de pie. El espacio vacío allá donde se suponía que debían estar sus pensamientos me desconcertaba y me incomodaba.

¿Y si lo perdía todo? ¿Y si esto solo era el primer síntoma de alguna clase de deterioro mental?

Con qué frecuencia había deseado ser capaz de escapar de aquel jaleo de voces, ser normal... hasta donde era posible para mí. Pero ahora me entraba el pánico con solo pensarlo. ¿Quién sería yo sin mis capacidades? Jamás había oído nada semejante. Iría a ver si Carlisle lo había oído alguna vez.

La chica recorrió el pasillo que tenía a mi lado y se dirigió hacia la mesa del profesor. Pobre, el único sitio disponible era el que había junto al mío. Automáticamente, despejé lo que sería su lado de la mesa y empujé mis libros para apilarlos. Dudaba de que se fuera a sentir muy cómoda allí. Le esperaba

un largo semestre, al menos en aquella asignatura. Pero, bueno, quizá allí, sentado junto a ella, sería capaz de hacer salir sus pensamientos del escondite... No es que hubiera necesitado nunca la proximidad física, ni tampoco creía que hubiese nada que me fuera a parecer digno de escuchar.

Bella Swan pasó por delante de la corriente de aire caliente que soplaba en mi dirección desde el conducto de la calefacción.

Percibí su olor como la arremetida de un ariete, el estallido de una granada. No había una imagen lo bastante violenta para abarcar toda la fuerza de lo que me sucedió en ese momento.

Me transformé al instante. No me parecía en nada a aquel humano que había sido antaño. No quedaba ni rastro de los jirones de humanidad en los que había conseguido envolverme a lo largo de los años.

Era un depredador, y ella mi presa. No existía absolutamente nada más en el mundo salvo esa verdad.

No existía el aula llena de testigos: en mi imaginación, ya eran un daño colateral. El misterio de lo que pensaba ella había quedado en el olvido. Sus pensamientos no significaban nada, ya que no iba a seguir albergándolos durante mucho más tiempo.

Yo era un vampiro, y ella tenía la sangre más dulce que había olido en más de ochenta años.

Jamás me había imaginado que pudiera existir un aroma semejante. De haberlo sabido, hacía mucho tiempo que me habría dedicado a buscarlo. Habría escudriñado el planeta entero en busca de ella. Ya me imaginaba el sabor...

La sed me quemaba en la garganta como si la tuviera en llamas. Sentía la boca abrasada y reseca, y el flujo renovado de veneno no lograba disipar lo más mínimo esa sensación. Tenía un nudo en el estómago a causa del hambre que era un reflejo de la sed. Mis músculos se contrajeron para saltar.

No había transcurrido ni un solo segundo entero. La chica aún estaba dando el mismo paso que la había situado en la corriente de aire que venía hacia donde yo me encontraba.

Cuando tocó el suelo con el pie, sus ojos se deslizaron hacia mí, un movimiento que ella pretendía claramente que pasara desapercibido. Su mirada se cruzó con la mía, y me vi reflejado en el espejo de sus ojos.

El impacto del rostro que vi allí le salvó la vida durante unos instantes bien peliagudos.

Ella no facilitó las cosas. Cuando procesó la expresión de mi rostro, la sangre le volvió a inundar las mejillas y le puso la piel del color más delicioso

que había visto jamás. Su olor era un denso manto de niebla en mi cerebro. A duras penas era capaz de lograr que mis pensamientos lo atravesaran. Rugían mis instintos, se resistían al control, incoherentes.

Aceleró el paso entonces, como si comprendiese la necesidad de escapar. Las prisas la entorpecieron: se le enganchó el pie, se tropezó hacia delante y estuvo a punto de caer sobre la chica que estaba sentada delante de mí. Vulnerable, débil. Incluso más de lo habitual para un humano.

Intenté concentrarme en la cara que había visto en sus ojos, un rostro que reconocía con repugnancia. El semblante del monstruo que había en mi interior: aquel rostro al que había rechazado gracias a décadas de esfuerzo y de una disciplina sin fisuras. ¡Con qué facilidad volvía a salir ahora a la superficie!

De nuevo me vi envuelto en aquel olor, que dispersó mis pensamientos y estuvo a punto de tirarme de la silla.

No.

Me agarré con la mano a la mesa por debajo del borde al tratar de mantenerme en el asiento. La madera no estaba a la altura de aquella tarea, destrocé el puntal de la mesa y saqué la mano llena de una masa de astillas después de dejar la marca de los dedos tallada en la madera que había resistido en el sitio.

Destruir las pruebas. Esa era una norma fundamental. Pulvericé de inmediato los bordes de la silueta de mis dedos y no dejé más que un orificio irregular y un montón de virutas en el suelo, que desperdigué con el pie.

Destruir las pruebas. Daños colaterales...

Ya sabía lo que tenía que pasar ahora. La chica tendría que venir a sentarse a mi lado, y yo tendría que matarla.

No podría permitir que se marcharan los inocentes que se hallaban en el aula, otros dieciocho chicos y un hombre adulto, después de haber visto lo que no tardarían en ver.

Me estremecí ante la idea de lo que debía hacer. Incluso en los peores momentos, yo jamás había cometido aquella clase de atrocidad. Nunca había matado a inocentes. Y ahora planeaba masacrar a veinte de ellos de una tacada.

El rostro del monstruo en mi reflejo se estaba riendo de mí.

Aun cuando una parte de mí se apartaba temblorosa de él, había otra parte que estaba planificando lo que iba a suceder a continuación.

Si mataba primero a la chica, solo dispondría de unos quince o veinte segundos con ella antes de que reaccionaran los demás humanos del aula. Tal

vez un poco más, si en un principio no se percataban de lo que estaba haciendo. A ella no le daría tiempo a gritar ni a sentir dolor; no me iba a ensañar al matarla. Al menos eso sí se lo podía conceder a aquella desconocida con una sangre tan horrorosamente apetecible.

Pero después tendría que impedir que el resto escapase. Las ventanas no serían un problema: eran demasiado pequeñas y estaban demasiado altas como para proporcionarle a nadie una vía de escape. Tan solo la puerta: bastaba con bloquearla y estarían atrapados.

Sería algo más lento y más difícil tratar de liquidarlos a todos en un estado de pánico y corriendo de aquí para allá, moviéndose en el caos. No era imposible, pero harían mucho más ruido. Daría tiempo a una gran cantidad de gritos. Alguien los oiría... y yo me vería obligado a matar a más inocentes en aquella hora tan luctuosa.

Y la sangre de la chica se enfriaría mientras yo mataba a los demás.

Aquel olor me castigaba, me cerraba la garganta con un dolor seco...

De modo que los testigos primero, entonces.

Tracé el plan mentalmente. Me encontraba en el medio del aula, en la fila más alejada del frente de la clase. Primero me ocuparía de mi lado derecho. Calculé que iría partiendo unos cuatro o cinco cuellos por segundo. Eso no sería ruidoso. El flanco derecho sería el afortunado: no me verían venir. Si daba la vuelta por delante y regresaba por el lado izquierdo, tardaría como mucho unos cinco segundos en poner fin a todas las vidas que había en aquella sala.

Sería el tiempo suficiente para que Bella Swan viese, fugazmente, lo que se le venía encima. El tiempo suficiente para que sintiese miedo. El tiempo suficiente, quizá —si es que el aturdimiento no la congelaba en el sitio—, para que ella sí gritara, un grito suave que no haría que viniese nadie corriendo.

Respiré hondo, y aquel olor fue como una llamarada que me corría por las venas reseca y me ardía en el pecho para consumir cualquier impulso mejor del que yo fuese capaz.

La chica estaba girando justo ahora. En unos segundos, estaría sentada apenas a unos centímetros de mí.

El monstruo se regocijaba en mis pensamientos.

Alguien cerró de golpe una carpeta a mi izquierda. No levanté la mirada para ver cuál de aquellos malhadados humanos había sido, pero el movimiento envió una bocanada de aire ordinario y sin olores que pasó flotando por delante de mi cara.

Logré pensar con claridad por un breve segundo. En ese valioso instante, vi dos rostros en mi cabeza, uno junto al otro.

Uno era el mío, o lo había sido: ese monstruo de ojos rojos que había matado a tanta gente que ya había dejado de contarlos. Asesinatos justificados, racionalizados. Había sido un asesino de asesinos, asesino de otros monstruos menos poderosos. Aquello era un complejo de dios, eso lo reconocía: decidir quién merecía una sentencia de muerte. Era un compromiso conmigo mismo. Me había alimentado de sangre humana, pero solo conforme a la más laxa de las definiciones. Teniendo en cuenta sus diversos y oscuros pasatiempos, mis víctimas eran poco más humanas que yo.

El otro semblante era el de Carlisle.

No había el menor parecido entre ambos rostros. Eran el día más luminoso y la noche más oscura.

Tampoco había razones para que existiese tal parecido. Carlisle no era mi padre en el sentido biológico más básico. No teníamos ningún rasgo en común. La similitud en el color de piel era producto de lo que éramos: todo vampiro tenía una palidez cadavérica. La semejanza en el color de los ojos era otra cuestión: el reflejo de una elección mutua.

Y, aun así, aunque no hubiera base ninguna para encontrar un parecido, me imaginaba que mi rostro había comenzado a ser un reflejo del suyo —en cierta medida— en los últimos setenta y tantos años en que yo había abrazado la misma decisión que él y había seguido sus pasos. Mis rasgos no habían cambiado, pero a mí me daba la sensación de que una parte de su sabiduría había dejado huella en mi semblante, que se podía hallar un rastro de su compasión en la postura de mis labios y que en la frente se me veía de forma obvia algún eco de su paciencia.

Todos aquellos avances tan minúsculos se perdían en el rostro del monstruo. En unos breves instantes, en mí no quedaría nada que reflejara los años que había pasado con mi creador, mi mentor, mi padre en todos los aspectos relevantes. Los ojos me brillarían rojos como los de un demonio; todo parecido se perdería para siempre.

En mis pensamientos, la mirada amable de Carlisle no me juzgaba. Sabía que él me perdonaría por aquel horrible acto. Porque me quería. Porque él pensaba que yo era mejor de lo que era.

Bella Swan se sentó en la silla a mi lado con movimientos rígidos y torpes —el miedo, sin duda—, y el olor de su sangre brotó en una inevitable nube a mi alrededor.

Iba a demostrarle a mi padre que se equivocaba sobre mí. La desolación de aquel hecho me dolía tanto como la llamada en mi garganta.

Me incliné hacia atrás para apartarme de ella por pura repugnancia, asqueado ante aquel monstruo que ansiaba liquidarla.

¿Por qué había tenido que venir aquí esta chica? ¿Por qué había tenido que existir? ¿Por qué había tenido que estropear ese pequeño remanso de paz que tenía yo en aquella existencia mía sin vida? ¿Por qué había tenido que nacer siquiera aquel ser humano tan exasperante? Sería mi ruina.

Aparté la cara de ella en el instante en que me invadió un odio repentino, fiero e irracional.

¡Yo no quería ser ese monstruo! ¡No quería matar a toda aquella clase de críos inofensivos! ¡No quería perder todo lo que había logrado a lo largo de una vida de sacrificio y abnegación!

No lo haría.

Ella no me podía obligar.

El problema era el olor. Ese aroma de su sangre, tan tentador que resultaba espantoso. Ojalá hubiera alguna forma de resistirlo... Ojalá me aclarase la mente otra bocanada de aire fresco.

Bella Swan se echó el pelo —largo, denso y de color caoba— hacia el lado en que yo me encontraba.

¿Estaba loca?

No, no llegó ninguna bocanada de aire en mi ayuda. Pero tampoco tenía por qué respirar.

Contuve el flujo de aire hacia los pulmones. El alivio fue instantáneo, pero incompleto. Aún tenía el recuerdo de su olor en la cabeza, su sabor en el fondo de la lengua. No sería capaz de resistir ni siquiera eso durante mucho tiempo.

Todas y cada una de las vidas del aula estaban en peligro mientras la chica y yo estuviéramos juntos en ella. Tenía que huir. Quería salir corriendo, alejarme del calor de su cuerpo junto al mío y del extenuante dolor de la quemazón, pero, si desbloqueaba los músculos para moverme, aunque solo fuera para ponerme en pie, tampoco estaba seguro al cien por cien de que no me abalanzaría a cometer la masacre que ya había planeado.

Aunque quizá sí pudiera resistir durante una hora. ¿Bastaría una hora para recuperar el control y moverme sin atacar? Lo dudé, y después me obligué a comprometerme. Yo me encargaría de que bastase. Solo el tiempo justo para salir de aquella aula llena de víctimas, unas víctimas que tal vez no tenían que serlo si yo era capaz de aguantar durante una breve hora.

Qué sensación tan incómoda, el no respirar. Mi cuerpo no necesitaba el oxígeno, pero era algo que iba en contra de mis instintos. En los momentos de estrés me guiaba por el olfato más que por cualquier otro de mis sentidos. Era la orientación en la caza, la primera advertencia en caso de peligro. No era frecuente que me cruzase con algo tan peligroso como yo mismo, pero el instinto de supervivencia era tan fuerte en mi especie como lo era en un humano medio.

Incómoda, pero manejable. Más soportable que olerla a ella y no clavarle los colmillos en esa piel tan fina, delgada y transparente hasta llegar al cálido, húmedo latir de...

¡Una hora! Solo una hora. No debía pensar en el olor, en el sabor.

La chica, silenciosa, mantenía el cabello entre los dos, inclinada hacia delante de tal modo que le caía en cascada sobre la carpeta. No podía verle la cara para intentar interpretar las emociones en esos ojos tan limpios y profundos. ¿Estaba tratando de ocultármelos? ¿Por miedo? ¿Timidez? ¿Para guardar sus secretos?

Mi anterior irritación al haberme visto obstaculizado por sus pensamientos mudos palidecía y se empequeñecía en comparación con la necesidad —y el odio— que ahora me poseía. Porque odiaba a esa chica tan frágil que tenía a mi lado, la odiaba con todo el fervor con el que me aferraba a mi antiguo yo, al amor de mi familia, a mi sueño de ser algo mejor de lo que era. Odiarla, odiar la manera en que me hacía sentir... ayudaba un poco. Sí, la irritación que había sentido antes era débil, pero eso también ayudaba un poco. Me aferré a cualquier pensamiento que me distrajese de imaginarme a qué sabría ella...

Odio e irritación. Impaciencia. ¿Es que no iba a pasar nunca aquella hora?

Y cuando terminase aquella hora... la chica saldría del aula. ¿Y qué haría yo?

Si era capaz de controlar al monstruo, hacerle ver que la espera merecería la pena... podría presentarme. *Hola, me llamo Edward Cullen. ¿Me permites que te acompañe a tu siguiente clase?*

Ella diría que sí. Eso sería lo cortés. Aunque ya me tuviese miedo, como seguramente hacía, seguiría los convencionalismos y caminaría a mi lado. Resultaría bastante sencillo conducirla en la dirección que no era. Una pequeña extensión del bosque se estiraba como un dedo para tocar el rincón del fondo del aparcamiento. Podría decirle que se me había olvidado algún libro en el coche...

¿Se percataría alguien de que yo había sido la última persona con la que la habían visto? Estaba lloviendo, como de costumbre. Dos chubasqueros de color oscuro que se apartaban del resto del mundo tampoco despertarían demasiado interés ni me delatarían.

Salvo que yo no era el único alumno que estaba hoy pendiente de ella, por mucho que ninguno de los demás la percibiese de un modo tan abrasador como yo. Mike Newton, en particular, se fijaba en cada mínimo cambio en la posición del cuerpo de la chica mientras ella jugueteaba con el pelo allí sentada: se la veía incómoda tan cerca de mí, exactamente igual que lo estaría cualquiera, tal y como yo lo había esperado justo antes de que su olor aniquilase toda preocupación generosa por mi parte. Mike Newton se percataría si la chica saliese del aula conmigo.

Si podía aguantar una hora, ¿podría aguantar dos?

Me resistí al dolor de la quemazón.

La chica volvería a casa y se la encontraría vacía. El jefe de policía Swan tenía una jornada de ocho horas. Yo conocía su casa, igual que conocía todas las demás en este pueblo tan pequeño, apartada y protegida por la espesura del bosque a su espalda, sin vecinos cercanos. Aun en caso de que le diera tiempo a gritar —que no le daría—, no habría nadie que la oyese.

Esa sería la manera responsable de encargarse de esto. Había pasado más de siete décadas sin la sangre humana; si contenía la respiración, podría aguantar dos horas. Y cuando la tuviera a solas, no habría ninguna posibilidad de hacer daño a nadie más. *Ni tampoco habría razón ninguna para acabar a toda prisa con semejante experiencia*, añadió el monstruo en mi cabeza.

Era falaz pensar que el hecho de salvar a los diecinueve humanos de aquella aula con esfuerzo y paciencia haría que fuese un poco menos monstruo cuando matase a aquella inocente chica.

Aunque la odiaba, era plenamente consciente de que el odio era injusto. Sabía que mi odio, en realidad, era hacia mí mismo, y nos odiaría aún más a los dos cuando ella estuviese muerta.

Así fue como logré llegar al final de la hora: imaginándome las mejores maneras de matarla. Intenté evitar imaginarme el acto en sí. Eso habría sido excesivo para mí, así que me dediqué a planificar la estrategia y nada más.

En una ocasión, ya casi hacia el final, la chica me lanzó una mirada a través del muro fluido de sus cabellos. Sentí cómo ardía en mí y salía al exterior aquel odio injustificado al mirarla a los ojos, al ver el reflejo de aquello en su mirada aterrorizada. La sangre le tiñó la mejilla antes de que

ella pudiese volver a ocultarse detrás del pelo, y estuve a punto de venirme abajo.

Pero sonó la campana, y qué tópico, pero nos salvó a los dos. A ella de la muerte. A mí, por unos breves instantes, de ser esa criatura de pesadilla que tanto temía y detestaba.

Ahora tenía que ponerme en movimiento.

Aun concentrando toda mi atención en la más simple de las acciones, no pude caminar tan despacio como debería; salí disparado del aula. De haber habido alguien mirándome, podría haber sospechado que había algo raro en mi salida. Nadie me estaba prestando atención; todos los pensamientos seguían dándole vueltas a aquella chica nueva que estaba condenada a morir dentro de poco más de una hora.

Me oculté en mi coche.

No me gustaba pensar en mí como alguien que necesitaba esconderse. Qué cobarde sonaba aquello. Pero ya no me quedaba la suficiente disciplina como para seguir rodeado de humanos. Concentrar tanto mis esfuerzos en no matar a uno de ellos me dejaba sin recursos para resistirme a los demás. Qué desperdicio sería eso. Si cediese ante el monstruo, ya podría hacer al menos que la derrota mereciese la pena.

Puse un CD que solía tranquilizarme, aunque ahora me servía de poco. No, lo que más me ayudaba era el aire fresco y húmedo que entraba con la llovizna por las ventanillas abiertas. Aunque recordaba el olor de la sangre de Bella Swan con perfecta claridad, inhalar aquel aire fresco era como hacerme un lavado del interior del cuerpo para desinfectarme de él.

Volvía a estar cuerdo. Otra vez era capaz de pensar. Y podía luchar de nuevo. Podía combatir aquello que no deseaba ser.

No tenía que ir a su casa. No tenía que matarla. Obviamente, yo era una criatura racional, con capacidad para pensar, y tenía la posibilidad de elegir. Siempre había elección.

No me había sentido así en el aula..., pero ahora estaba lejos de ella.

No tenía por qué decepcionar a mi padre. No tenía por qué causarle estrés a mi madre, ni darle preocupaciones... o provocarle dolor. Sí, aquello haría daño también a mi madre adoptiva, que era tan dulce, tan tierna y cariñosa. Provocarle dolor a alguien como Esme era algo verdaderamente inexcusable.

Tal vez, si evitara a esa chica con mucho, muchísimo cuidado, no haría falta que mi vida cambiase. Tenía las cosas ordenadas a mi gusto. ¿Por qué iba a permitir que una humana exasperante y deliciosa que no era nadie lo echara a perder?

Qué paradójico que hubiese querido proteger a esa misma humana de la triste amenaza sin mordiente que eran los retorcidos pensamientos de Jessica Stanley. Yo era la última persona que jamás se postularía como protector de Isabella Swan. Esa chica jamás necesitaría que la protegieran de algo con más ahínco que de mí.

¿Dónde estaba Alice? Me lo pregunté de repente. ¿Acaso no me había visto matar a la tal Swan en multitud de maneras? ¿Por qué no había acudido en mi ayuda, a impedírmelo o a limpiar las pruebas, lo que correspondiese? ¿Tan absorta estaba vigilando los problemas de Jasper que había pasado por alto esta posibilidad mucho más horrible? ¿O es que yo era más fuerte de lo que pensaba? ¿De verdad no le habría hecho nada a esa chica?

No, yo sabía que eso no era cierto. Alice tenía que estar muy centrada en Jasper.

Busqué en la dirección en la que sabía que estaría mi hermana, en el edificio de menor tamaño que se utilizaba para las clases de Lengua. No tardé en localizar su «voz», tan conocida para mí. Y no me equivocaba. Tenía todos sus pensamientos volcados en Jasper, observando sus pequeñas decisiones con minucioso escrutinio.

Deseaba poder pedirle consejo, pero, al mismo tiempo, me alegraba de que ella no supiera de lo que yo era capaz. Sentí otro ardor en el cuerpo: el de la llama de la vergüenza. No quería que lo supiera ninguno de ellos.

Si podía evitar a Bella Swan, si me las arreglaba para ser capaz de no matarla —no había terminado de pensar aquello y el monstruo ya se retorció y rechinaba los dientes de frustración—, entonces no tendría por qué saberlo nadie. Si pudiese mantenerme lejos de su olor...

No había razón para no intentarlo, al menos. Tomar una buena decisión. Tratar de ser lo que Carlisle pensaba que era.

Prácticamente había terminado la última hora de clase. Decidí poner en práctica de inmediato mi nuevo plan, mejor que quedarme ahí sentado en el aparcamiento, por donde ella podría pasar y echar a perder mis esfuerzos. Otra vez sentí ese odio injusto hacia la chica.

Caminé deprisa —demasiado deprisa, pero no había testigos— y crucé el diminuto campus hasta las oficinas.

Aquello estaba desierto salvo por la recepcionista, que no se percató de mi entrada silenciosa.

—¿Señora Cope?

La mujer del pelo rojo tan poco natural alzó la mirada y se sorprendió. Siempre se quedaban fuera de juego con aquellos pequeños detalles que se

escapaban a su comprensión, por muchas veces que hubieran visto ya a alguno de nosotros.

—Oh —exclamó un tanto aturullada. Se alisó la camisa. *Tonta*, pensó. *Es tan joven que casi podría ser mi hijo*—. Hola, Edward. ¿Qué puedo hacer por ti? —Aleteó las pestañas detrás de las gruesas gafas.

Qué incómodo. Pero yo sabía ser un encanto cuando quería serlo. Era sencillo, ya que tenía la posibilidad de saber al instante cómo se tomaban cualquier tono o gesto.

Me incliné hacia delante y correspondí a su mirada como si estuviera clavando los ojos en los suyos, pardos y planos. La mujer ya tenía el pensamiento agitado. Esto debería ser simple.

—Me preguntaba si me podría ayudar con el horario que tengo —le dije con esa voz suave que me reservaba para no asustar a los humanos.

Oí cómo se le aceleraba el ritmo de los latidos del corazón.

—Por supuesto, Edward. ¿Qué puedo hacer por ti? —*Demasiado joven, demasiado joven*, se decía con un canturreo. Se equivocaba, desde luego. Era más mayor que su abuelo.

—Me preguntaba si podría cambiar mi clase de Biología por otra de ciencias de último año, ¿Física, quizá?

—¿Hay algún problema con el señor Banner, Edward?

—En absoluto, es solo que ya he estudiado todas esas materias...

—En ese instituto de enseñanza acelerada al que fuisteis todos vosotros en Alaska. Ya. —Frunció los labios mientras lo valoraba. *Deberían estar todos en la universidad. He oído cómo se quejan los profesores. Todos con una media de diez, perfecta, jamás vacilan al responder, ni un solo fallo en un examen. El señor Varner prefiere creer que copian en Trigonometría antes que pensar que pueda haber un alumno más listo que él. Seguro que su madre les da clases en casa...*—. Lo cierto, Edward, es que la clase de Física está bastante llena ya. El señor Banner odia tener más de veinticinco alumnos en clase...

—No le causaría ningún problema.

Desde luego que no. Jamás, alguien tan perfecto como un Cullen.

—Ya lo sé, Edward, pero es que no hay asientos suficientes tal y como...

—¿Puedo dejar de ir a esa clase, entonces? Aprovecharía el tiempo para estudiar por mi cuenta.

—¿Dejar Biología? —Se quedó boquiabierta. *Menuda locura. ¿Tan difícil es aguantar sentado en una asignatura que ya dominas? Tiene que haber*

algún problema con el señor Banner—. No conseguirás los créditos suficientes para graduarte.

—Lo recuperaré el año que viene.

—Quizá deberías hablar con tus padres al respecto.

Se abrió la puerta a mi espalda, pero quienquiera que fuese no estaba pensando en mí, así que hice caso omiso del recién llegado y me concentré en la señora Cope. Me incliné hacia ella un poco más y le clavé los ojos como si la estuviese mirando con mayor intensidad. Esto funcionaría mejor si hoy los hubiera tenido dorados en vez de negros. El negro aterrorizaba a la gente, tal y como debería.

Mi error de cálculo afectó a la mujer, que retrocedió de un respingo, confundida por el conflicto de sus instintos.

—¿Señora Cope? Por favor —murmuré con una voz tan sedosa y cautivadora como podía ser, y sus reparos momentáneos se mitigaron—. ¿No hay ningún otro departamento al que me pueda trasladar? Estoy seguro de que tiene que haber alguna plaza libre en alguna parte. No puede ser que Biología en la sexta hora sea la única opción...

Sonreí a la recepcionista con cuidado de no mostrar tanto los dientes como para volver a asustarla y dejé que el gesto me suavizara la expresión de la cara.

El pulso se le aceleró. *Demasiado joven*, se repetía ella, frenética.

—Bueno, tal vez pueda hablar con Bob... Con el señor Banner, quiero decir. Podría ver si...

Bastó un segundo para cambiarlo todo: el ambiente en la sala, mi objetivo allí, la razón por la que me inclinaba hacia la mujer pelirroja... Lo que había tenido un fin concreto, ahora tenía otro.

Un segundo fue lo que tardó Samantha Wells en entrar, dejar un parte por impuntualidad firmado en el cesto junto a la puerta y volver a salir corriendo, con prisas por marcharse del instituto. Recibí una ráfaga repentina de aire y me di cuenta de por qué no me había interrumpido con sus pensamientos la primera persona que había entrado en la sala.

Me di la vuelta, a pesar de que no me hacía falta para estar seguro.

Bella Swan tenía la espalda apoyada en la pared junto a la puerta y una hoja de papel agarrada con fuerza en las manos. Los ojos se le agrandaron aún más al contemplar la ferocidad de mi mirada inhumana.

El olor de su sangre saturaba cada partícula de aire en aquella estancia minúscula y sofocante. Sentí una llamarada en la garganta.

De nuevo, el monstruo me fulminaba con la mirada desde el espejo de sus ojos, la máscara del mal.

Mi mano vaciló en el aire, sobre el mostrador. No tendría ni que girarme para alargar el brazo y estamparle la cabeza a la señora Cope contra su mesa con la fuerza suficiente para matarla. Dos vidas mejor que veinte. Un trueque.

El monstruo aguardaba inquieto, hambriento, a que lo hiciese.

Pero siempre había elección... Tenía que haberla.

Interrumpí el movimiento de mis pulmones y me fijé la imagen del rostro de Carlisle delante de los ojos. Me volví para mirar a la señora Cope y oí su sorpresa interior ante el cambio en mi expresión. Retrocedió ante mí, pero su temor no se concretó en palabras coherentes.

Recurrí a todo el autocontrol que había aprendido a dominar en mis décadas de abnegación y modulé una voz tersa e inalterada. En los pulmones me quedaba el aire justo para hablar una sola vez más, con palabras aceleradas.

—Bueno, no importa. Ya veo que es imposible. Muchas gracias por su ayuda.

Me di la vuelta y me abalancé para salir de la sala al tiempo que trataba de no percibir el calor de la sangre templada en el cuerpo de la chica al pasar a escasos centímetros de ella.

Me desplazé demasiado rápido durante todo el camino hasta el coche, y no me detuve hasta que lo alcancé. La mayoría de los humanos ya se habían marchado, así que no quedaban muchos testigos. Oí a un alumno de segundo año —D. J. Garrett— que se percató, pero lo dejó pasar...

¿De dónde ha salido Cullen? Es como si hubiera aparecido de la nada... Ya estoy otra vez con la imaginación. Mamá siempre me dice...

Al meterme en mi Volvo, los demás ya estaban allí. Intenté controlar la respiración, pero inspiraba cada bocanada de aire fresco como si me hubiera estado asfixiando.

—¿Edward? —me preguntó Alice con un tono de alarma en la voz.

Me limité a hacerle un gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué demonios te ha pasado? —quiso saber Emmett, que se distrajo por un instante del hecho de que Jasper no estuviese de humor para su revancha.

En lugar de responder, metí la marcha atrás. Tenía que salir de aquel aparcamiento antes de que Bella Swan pudiera seguirme también hasta allí. Mi propio demonio particular, que me atormentaba... Di la vuelta al coche y

aceleré. Alcancé los sesenta y cinco por hora antes del salir del aparcamiento. Ya en la carretera, lo puse a ciento diez antes del primer recodo.

Sin mirarlos, ya sabía que Emmett, Rosalie y Jasper se habían girado para mirar a Alice. Ella se encogió de hombros. No podía ver lo que había sucedido, únicamente lo que iba a pasar.

Y ahora estaba mirando hacia el futuro por mí. Los dos procesamos lo que ella estaba viendo mentalmente, y los dos nos quedamos sorprendidos.

—¿Te marchas? —susurró Alice.

Los demás me miraron a mí entonces.

—¿Me marchó? —mascullé enseñando los dientes.

Entonces lo vio, cuando me flaqueó la determinación y surgió otra posibilidad que le dio un giro más tenebroso a mi futuro.

—Oh.

Bella Swan, muerta. Mis ojos, de un rojo vivo y deslumbrante gracias a la sangre fresca. La búsqueda que vendría después. El tiempo medido que aguardaríamos antes de que fuera seguro para nosotros el alejarnos de Forks y volver a empezar...

—Oh —volvió a decir.

La imagen se volvió más específica. Vi el interior de la casa del jefe Swan por primera vez, vi a Bella en una pequeña cocina con armarios amarillos, dándome la espalda mientras yo la acechaba entre las sombras y dejaba que su olor me llevara hasta ella...

—¡Basta! —rugí, incapaz de continuar soportándolo.

—Lo siento —susurró Alice.

El monstruo se regocijaba.

Y la visión en la mente de Alice volvió a transformarse. Una carretera desierta en la noche, los árboles que la flanqueaban cubiertos de nieve, pasando veloces a más de trescientos kilómetros por hora.

—Te echaré de menos —dijo Alice—, por breve que sea el tiempo que estés fuera.

Emmett y Rosalie cruzaron una mirada de aprensión.

Ya casi habíamos llegado al desvío del largo camino de entrada que llevaba hasta nuestra casa.

—Déjanos aquí —me indicó Alice—. Deberías ser tú quien se lo cuente a Carlisle.

Asentí, y el coche se detuvo de repente con un chirrido.

Emmett, Rosalie y Jasper se bajaron en silencio; ya le pedirían a Alice que les diera explicaciones cuando yo me hubiese ido. Alice me tocó en el

hombro.

—Harás lo correcto —murmuró. Esta vez no era una visión, sino una orden—. Esa chica es la única familia que tiene Charlie Swan. Eso también lo mataría a él.

—Sí —le dije, coincidiendo solo con la última parte.

Se bajó para unirse al resto, con las cejas fruncidas en una expresión de inquietud. Se desvanecieron en el bosque y los perdí de vista antes de dar media vuelta al coche.

Ya sabía que las visiones en la mente de Alice se convertirían en fogonazos como los de una luz estroboscópica mientras yo regresaba a Forks a ciento cuarenta por hora. No sabía muy bien adónde iba. ¿A despedirme de mi padre? ¿O a abrazar al monstruo que llevaba en mi interior? La carretera volaba bajo los neumáticos.

2. Libro abierto

Me recosté sobre el montículo de nieve, tan blando, y dejé que aquel polvo seco se amoldara alrededor del peso de mi cuerpo. Se me había enfriado la piel para igualar la temperatura del aire que me rodeaba, y por debajo de ella sentía las minúsculas partículas de hielo como un manto de terciopelo.

En lo alto, el cielo estaba despejado, reluciente con unas estrellas que brillaban azuladas en algunos lugares y amarillentas en otros, luceros que creaban majestuosas formas en espiral contra el negro telón de fondo del vacío del universo: una imagen sobrecogedora. De una belleza exquisita. O, más bien, debería haber sido exquisita. Lo habría sido, de haber podido verla realmente.

No estaba mejorando. Seis días habían pasado ya, seis días que llevaba escondido aquí, en estos parajes inhóspitos de Denali, pero no estaba más cerca de sentirme liberado de lo que había estado en cualquier otro instante desde la primera vez en que capté su olor.

Al clavar la mirada en aquel cielo tachonado, era como si hubiese un obstáculo entre su belleza y mis ojos. Aquel obstáculo era un rostro, una cara humana simple y anodina, pero no me veía ni mucho menos capaz de quitármela de la cabeza.

Oí los pensamientos que se acercaban antes de percibir las pisadas que venían con ellos. El sonido del movimiento era poco más que un débil susurro sobre la nieve en polvo.

No me sorprendía que Tanya me hubiera seguido hasta aquí. Ya sabía que se habría pasado los últimos días meditando sobre esta conversación inminente, aplazándola hasta estar segura de qué era exactamente lo que quería decir.

Surgió de un brinco a unos sesenta metros; saltó sobre la punta de un saliente de roca negra y mantuvo el equilibrio sin apoyar los talones, con los pies descalzos.

La piel de Tanya se veía plateada a la luz de las estrellas, y en sus rizos largos y rubios había un brillo pálido, casi rosado con ese matiz de fresa. El ámbar de sus ojos resplandeció al localizarme allí, semienterrado en la nieve, y sus labios carnosos se fueron estirando poco a poco en una sonrisa.

Exquisita. Si de verdad hubiera sido capaz de verla. Suspiré.

No se había vestido para los ojos de los humanos; tan solo llevaba una leve camisola de algodón con tirantes y pantalones cortos. Agazapada sobre un promontorio de roca, tocó la piedra con las yemas de los dedos y su cuerpo se contrajo.

Bomba va, pensó.

Se lanzó por los aires. Su silueta se convirtió en una sombra oscura que se retorció en unos elegantes giros entre el cielo estrellado y yo. Se hizo un ovillo en el preciso instante en que iba a impactar contra el montículo de nieve que había a mi lado.

Me sepultó en una ventisca de nieve. Las estrellas se apagaron, y me quedé enterrado bien hondo en el suave tacto de los cristales de hielo.

Volví a suspirar, inhalé el hielo, pero no me moví para desenterrarme. La negrura bajo la nieve no estropeaba ni mejoraba el panorama. Seguía viendo el mismo rostro.

—¿Edward?

Acto seguido, la nieve volaba de nuevo mientras Tanya me desenterraba veloz. Me retiró el hielo de la piel sin llegar a mirarme a los ojos.

—Perdona —murmuró—. Era una broma.

—Lo sé. Ha tenido gracia.

Se le curvaron hacia abajo las comisuras de los labios.

—Irina y Kate dicen que debería dejarte en paz. Creen que te estoy dando la lata.

—Ni mucho menos —le garanticé—. Al contrario, soy yo quien está siendo grosero, espantosamente grosero. Lo lamento mucho.

Te vas a casa, ¿verdad?, pensó.

—Pues... no lo he decidido aún..., no del todo.

Pero no te vas a quedar aquí. Ahora había un deje nostálgico en su pensamiento.

—No. No parece que esté... sirviendo de ayuda.

Frunció los labios en un mohín.

—Es por mi culpa, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Tanya no había hecho que las cosas me resultaran más fáciles, desde luego, pero el único y verdadero impedimento era ese rostro que me perseguía.

No seas tan caballeroso.

Le sonreí.

Te estoy incomodando, se acusó.

—No.

Arqueó una ceja con tal expresión de incredulidad que me tuve que echar a reír. Una carcajada breve seguida de otro suspiro.

—Vale —reconocí—. Un poquito.

Ella también suspiró y apoyó el mentón en las manos.

—Eres mil veces más encantadora que las estrellas, Tanya. Pero, por supuesto, tú ya eres muy consciente de ello. No permitas que mi tozudez te haga perder confianza —le dije, y me eché a reír ante la improbabilidad de que eso ocurriera.

—No estoy acostumbrada a que me rechacen —masculló, y sacó el labio inferior en un mohín muy atractivo.

—Ya lo creo que no —admití y, con muy poco éxito, intenté bloquear sus pensamientos mientras ella repasaba fugazmente los recuerdos de sus miles de satisfactorias conquistas.

Fundamentalmente, Tanya prefería a los hombres humanos: por un lado, había mucho más donde elegir, pero además tenían la ventaja añadida de ser blanditos y estar calientes. Y siempre dispuestos, por descontado.

—Súcubo —bromeé con la esperanza de interrumpir la secuencia de imágenes que se le pasaba por la cabeza.

Me sonrió enseñando los dientes.

—El primero y auténtico.

Al contrario que Carlisle, Tanya y sus hermanas habían tardado mucho en descubrir la conciencia. Al final, fue ese encaprichamiento con los hombres humanos lo que las volvió en contra de las masacres. Ahora, sus amantes... sobrevivían.

—Cuando apareciste por aquí —dijo Tanya muy despacio—, pensé que...

Yo ya sabía lo que había pensado, y tendría que haberme imaginado que se sentiría de ese modo, pero en ese momento yo tampoco me encontraba en las mejores condiciones para pensar de forma analítica.

—Pensaste que había cambiado de opinión.

—Sí. —Torció el gesto.

—No me puedo sentir peor por haber jugado con tus expectativas, Tanya. No pretendía hacerlo... Actué sin pensar y me marché... con muchas prisas.

—Y supongo que no me vas a contar por qué, ¿no?

Me incorporé y me crucé de brazos, con los hombros rígidos.

—Preferiría no hablar de ello. Te ruego que disculpes mis reservas.

Volvió a guardar silencio, aún a vueltas con sus conjeturas. No le hice caso e intenté sin el menor éxito admirar las estrellas.

Se rindió tras esos instantes de silencio, y sus pensamientos tomaron una nueva dirección.

Si te marchas, Edward, ¿adónde irás? ¿Volverás con Carlisle?

—No lo creo —susurré.

¿Adónde iba a ir? No se me ocurría un solo lugar en todo el planeta que tuviese algo de interés para mí. No había nada que quisiera ver ni hacer, porque, fuera donde fuese, no estaría yendo a ninguna parte: tan solo estaría huyendo de otra.

Odiaba eso. ¿Cuándo me había convertido en semejante cobarde?

Tanya me rodeó con esos brazos suyos tan esbeltos. Me puse en tensión, pero no me resistí a su tacto. No había en ella más pretensión que la del consuelo de una amiga. Principalmente.

—Yo creo que sí vas a volver —me dijo, y en su voz se filtró poco más que un leve rastro del acento ruso que había perdido tanto tiempo atrás—. Da igual lo que sea... o quien sea... que te atormenta. Lo afrontarás de cara. Tú eres de esos.

En sus pensamientos había tanta certeza como en sus palabras. Traté de abrazar esa imagen de mí que tenía ella, la de ese yo que afrontaba las cosas. Era agradable volver a pensar en mí de ese modo. Yo jamás había puesto en duda mi coraje, mi capacidad para plantarle cara a las dificultades, antes de esa horrible hora de clase de Biología en un instituto hacía muy poco.

Le di un beso en la mejilla y me aparté de inmediato, en el instante en que ella se retorció y giró la cara hacia la mía. Se lamentó de mi velocidad con una sonrisa.

—Gracias, Tanya, me hacía falta oírlo.

Sus pensamientos se volvieron petulantes.

—De nada, supongo. Edward, ojalá fueras más razonable con ciertas cosas.

—Lo siento, Tanya. Ya sabes que eres demasiado buena para mí. Es que... no he dado aún con lo que estoy buscando.

—Bueno, si te marchas antes de que nos volvamos a ver..., adiós, Edward.

—Adiós, Tanya. —Pude verlo en cuanto dije aquellas palabras. Me vi marchándome, siendo lo bastante fuerte como para regresar al único sitio donde quería estar—. Gracias otra vez.

Se puso en pie con un movimiento ágil y veloz, y al momento ya se alejaba corriendo como un fantasma por la nieve, tan rápido que no daba tiempo a que se le hundiesen los pies. No dejó huellas a su paso. No echó la vista atrás. Mi rechazo le molestaba más de lo que había reconocido antes, incluso mentalmente. No querría volver a verme antes de que me marchase.

Un gesto de tristeza se apoderó de mis labios. No me gustaba hacerle daño a Tanya, por mucho que sus sentimientos no fuesen profundos, difícilmente puros y, en cualquier caso, nada a lo que yo pudiese corresponder. Aun así, me hacía sentir muy poco caballeroso.

Apoyé el mentón en las rodillas y volví a alzar la mirada a las estrellas a pesar de que sentía unas ansias repentinas de ponerme en camino. Sabía que Alice me vería regresando a casa, que se lo contaría a los demás. Aquello iba a darles una alegría: en especial a Carlisle y a Esme. Pero me quedé mirando las estrellas un instante más, tratando de ver más allá de aquel rostro que tenía en la cabeza. Entre aquellos luceros resplandecientes del cielo y yo, un par de ojos marrones como el chocolate se preguntaban desconcertados por el motivo de mis actos, como si me preguntaran a mí qué implicaciones tenía para ella esta decisión. Por supuesto, no podía tener la certeza de que esa fuera en realidad la información que buscaban sus ojos curiosos. No podía oír sus pensamientos ni en mi propia imaginación. Los ojos de Bella Swan seguían interrogándome, y yo me seguía perdiendo una vista despejada de las estrellas. Me rendí con un profundo suspiro y me levanté. Si echaba a correr, estaría de vuelta en el coche de Carlisle en menos de una hora.

Con las prisas por ver a mi familia —y el fuerte deseo de ser el Edward que afrontaba las cosas de cara— atravesé a toda velocidad el campo nevado sin dejar huellas.

—Todo va a ir bien —suspiró Alice, que tenía la mirada perdida.

Jasper la acompañaba, guiándola con una mano apoyada con delicadeza en el codo de ella, mientras entrábamos todos juntos como una piña en la deslucida cafetería.

Rosalie y Emmett iban delante; Emmett, con el aspecto ridículo de un guardaespaldas en territorio enemigo. Rose también parecía cautelosa, aunque mucho más irritada que protectora.

—Por supuesto que sí —gruñí.

La conducta de mis hermanos era absurda. De no haber tenido la certeza de que sería capaz de manejar aquel momento, me habría quedado en casa.

Había nevado la noche anterior, y Emmett y Jasper no habían tenido reparos en aprovecharse de mi distracción para bombardearme con bolas de nieve medio derretida; cuando se aburrieron de la ausencia de respuesta por mi parte, se volvieron el uno contra el otro. Después de una mañana normal o incluso entretenida como la que habíamos tenido, el repentino cambio a esta vigilancia exagerada habría resultado cómico de no ser tan irritante.

—No ha llegado aún, pero desde donde va a entrar... no estará en la dirección del aire, si nos quedamos donde siempre.

—Desde luego que nos vamos a sentar donde siempre. Déjalo ya, Alice. Me estás crispando los nervios. Voy a estar perfectamente bien.

Parpadeó una vez mientras Jasper la ayudaba a colocarse en su asiento, y sus ojos por fin se concentraron en mí.

—Mmm —dijo como si sonara sorprendida—. Parece que estás bien.

—Por supuesto que lo estoy —mascullé.

Odiaba ser el centro de sus preocupaciones. Sentí una repentina empatía hacia Jasper, al recordar todas aquellas veces en que habíamos estado encima de él para protegerlo. Él cruzó una breve mirada conmigo y sonrió de oreja a oreja.

Es molesto, ¿a que sí?

Lo fulminé con la mirada.

¿No era apenas la semana pasada cuando aquella sala deslucida y alargada me había parecido terriblemente aburrida, cuando estar allí era como un sopor, como entrar en coma?

Hoy tenía los nervios en máxima tensión: como las cuerdas de un piano, tan tirantes como para sonar con la presión más leve. Tenía los sentidos hiperalerta; escudriñaba cada sonido, cada imagen, cada movimiento del aire que me rozaba la piel, cada pensamiento. En especial los pensamientos. Solo había un sentido que mantenía cerrado a cal y canto, que me negaba a utilizar. El olfato, por supuesto. No respiraba.

Me esperaba oír algo más sobre los Cullen en los pensamientos que iba cribando. Había permanecido a la espera todo el día, en busca de cualquier nueva amistad a la que Bella Swan se pudiera haber confiado, tratando de ver

qué dirección tomaban ahora los cotilleos. Pero no había nada. Nadie se fijó en los cinco vampiros de la cafetería en particular, exactamente igual que antes de que llegara esa chica. Varios de los humanos que estaban allí continuaban pensando en ella, exactamente los mismos pensamientos que la semana anterior. En lugar de encontrarlo insoportablemente aburrido, ahora me fascinaba.

¿Es que la chica no le había dicho nada a nadie sobre mí?

Era imposible que no se hubiese fijado en mi mirada oscura y asesina. La había visto reaccionar ante ella. Seguro, la había traumatizado. Estaba convencido de que se lo habría mencionado a alguien, que tal vez incluso hubiese exagerado el relato para mejorarlo un poco. Que habría puesto en mis labios alguna frase amenazadora.

Además, también me había oído intentar zafarme de la clase de Biología que compartíamos. Después de verme la expresión de la cara, tuvo que haberse preguntado si sería ella la causa. Una chica normal se habría dedicado a preguntar por ahí, habría comparado su experiencia con la de otras chicas y habría buscado una base común que explicara mi conducta de tal modo que ella no se sintiera señalada. Los humanos y su constante desesperación por sentirse normales, por integrarse, por no desentonar respecto de todos los que tienen a su alrededor, como un anodino rebaño de ovejas. Esa necesidad era especialmente fuerte durante los inseguros años de la adolescencia. Esta chica no iba a ser una excepción.

Sin embargo, nadie en absoluto reparó en nosotros allí sentados, en nuestra mesa de siempre. Bella debía de ser excepcionalmente tímida si no se había confiado a nadie. Quizá hubiese hablado con su padre; tal vez esa fuese su relación más estrecha..., aunque parecía poco probable, dado el poco tiempo que había pasado con él a lo largo de su vida. Estaría más unida a su madre. Aun así, yo tendría que pasar cerca del jefe Swan en algún momento no muy lejano y escuchar lo que estaba pensando.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jasper.

Me concentré y permití que aquellos enjambres que formaban los pensamientos me invadieran la mente una vez más. No había nada que destacase; nadie estaba pensando en nosotros. Pese a la inquietud que había sentido en un principio, no parecía que les sucediera nada a mis capacidades, al margen de la chica silenciosa. Al regresar, había comentado con Carlisle mis preocupaciones, pero, hasta donde él sabía, nuestras aptitudes solo se hacían más fuertes con la práctica. Nunca se atrofiaban.

Jasper aguardaba impaciente.

—Nada. Será que... la chica no ha dicho una palabra.

Todos arquearon las cejas al oír aquella noticia.

—A lo mejor es que no das tanto miedo como tú crees —dijo Emmett entre risas—. Estoy seguro de que yo la habría asustado un poquito mejor.

Lo miré y puse los ojos en blanco.

—Me pregunto por qué... —Emmett seguía desconcertado con mi revelación acerca del inusual silencio de la chica.

—Ya hemos hablado de eso. No lo sé.

—Ya viene —murmuró entonces Alice, y el cuerpo se me quedó paralizado—. Intenta parecer humano.

—¿Humano, dices? —preguntó Emmett.

Levantó el puño derecho y giró los dedos para mostrar la bola de nieve que se había guardado en la palma de la mano. No se había derretido; la comprimíó en un bloque irregular de hielo. Tenía los ojos puestos en Jasper, pero vi hacia dónde se dirigían sus pensamientos. Y Alice también, por supuesto. Cuando de repente le tiró a ella el trozo de hielo, Alice lo desvió con un simple manotazo. El hielo salió disparado y cruzó toda la cafetería, demasiado rápido como para ser visible a ojos de los humanos, y se hizo añicos con un fuerte crujido contra la pared de ladrillo, que también se agrietó.

Todos los que se encontraban en ese rincón de la sala volvieron la cabeza para ver los fragmentos de hielo en el suelo, y, acto seguido, la volvieron hacia el otro lado en busca del culpable. No buscaron más allá de unas mesas de distancia. Nadie nos miraba a nosotros.

—Sí, Emmett, muy humano —dijo Rosalie en tono mordaz—. Ya que estás, ¿por qué no atravesas la pared de un puñetazo?

—Sería más impresionante si lo hicieras tú, preciosa.

Traté de prestarles atención y de no perder la sonrisa, como si estuviera tomando parte en sus bromas. No me permití una sola mirada a la fila de gente donde sabía que se encontraba ella. Pero eso era lo único que estaba escuchando.

Podía oír la impaciencia de Jessica con la chica nueva, que también parecía distraída, inmóvil en la fila que avanzaba. En los pensamientos de Jessica, vi que las mejillas de Bella Swan volvían a teñirse de sangre con un vivo color rosado.

Cogí aire en bocanadas cortas y poco profundas, preparado para dejar de respirar en caso de que su olor tocara el aire a mi alrededor.

Mike Newton estaba con las dos chicas. Oí las dos voces del chico, la mental y la verbal, cuando le preguntó a Jessica qué era lo que le pasaba a Bella. Qué mal gusto, la manera que tenía de envolver sus pensamientos en torno a ella, el parpadeo de unas fantasías ya establecidas que le nublaban la mente al chaval mientras la veía sorprenderse y alzar la mirada de su ensoñación como si se hubiera olvidado de que él estaba allí.

—Nada —oí decir a Bella en esa voz clara y callada: era como el tañido de una campana sobre el murmullo de fondo de la cafetería, aunque me daba cuenta de que se debía a la gran atención con que yo la estaba escuchando—. Hoy solo quiero un refresco —prosiguió mientras avanzaba para recuperar el ritmo de la fila.

No pude evitar echar un vistazo fugaz en su dirección. La chica tenía los ojos clavados en el suelo, la sangre le abandonaba poco a poco la cara. Aparté la mirada enseguida, hacia Emmett, que se rio de mi sonrisa afligida.

Se te ha puesto mala cara, hermanito.

Recompuse el gesto para que mi expresión pareciese natural y desenfadada.

Jessica preguntaba en voz alta por la falta de apetito de la otra chica.

—¿Es que no tienes hambre?

—La verdad es que estoy un poco mareada. —Hablaban en una voz más baja, pero aún bastante clara.

¿Por qué me molestaba la preocupación protectora que de pronto emanaban los pensamientos de Mike Newton? ¿Qué importancia tenía que hubiese en ellos un aire posesivo? Si Mike Newton sentía una inquietud innecesaria por ella, eso no era asunto mío. Tal vez fuera ese el modo en que todo el mundo respondía ante ella. ¿No había querido protegerla yo también, de manera instintiva? Antes de haber querido matarla, quiero decir...

Pero ¿de verdad estaba enferma la chica?

Era complicado juzgarlo: parecía tan delicada con esa piel translúcida... Entonces caí en la cuenta de que me estaba preocupando, exactamente igual que hacía aquel tarado, ese chaval, y me obligué a no pensar en la salud de la chica.

A pesar de todo, no me gustaba observarla a través de los pensamientos de Mike. Pasé a los de Jessica y me fijé al detalle mientras ellos tres elegían una mesa donde sentarse. Por suerte, se sentaron con los acompañantes habituales de Jessica, en una de las primeras mesas de la sala. No estaba en la dirección de la corriente de aire, tal y como me había prometido mi hermana.

Alice me dio un golpe con el codo. *No va a tardar en mirar. Actúa como un humano.*

Apreté los dientes detrás de la sonrisa.

—Relájate, Edward —dijo Emmett—. En serio. Pongamos que matas a un humano. Ni que eso fuera el fin del mundo.

—Qué sabrás tú —murmuré.

Emmett se echó a reír.

—Tienes que aprender a superar las cosas, como hago yo. La eternidad es mucho tiempo para estar regodeándose en la culpa.

En ese preciso instante, Alice cogió un trozo de hielo más pequeño que había estado escondiendo y se lo lanzó a la cara a un desprevenido Emmett.

Emmett parpadeó, sorprendido, y sonrió con anticipación.

—Tú te lo has buscado —dijo. Se inclinó sobre la mesa y sacudió hacia Alice el cabello escarchado de hielo, que se estaba derritiendo en el calor de la sala y salió disparado formando un chaparrón medio helado, medio líquido.

—¡Eh! —se quejó Rose conforme Alice y ella retrocedían ante el diluvio.

Alice se echó a reír, y todos nos unimos a ella. Pude ver en la mente de Alice cómo había orquestado aquello en el instante perfecto, y supe que la chica —debería dejar de pensar en ella como «la chica», como si fuera la única en el mundo—... que Bella nos estaría viendo jugar y reír, tan felices y humanos, envueltos en una idealidad tan poco realista como la de un cuadro de Norman Rockwell.

Alice continuó riéndose y levantó su bandeja a modo de escudo. La chica —Bella— aún estaría mirándonos.

... otra vez mirando a los Cullen, pensó alguien. Me llamó la atención.

Miré de forma refleja hacia aquella llamada involuntaria y no me costó reconocer la voz en el momento en que mis ojos dieron con su destino: la estaba escuchando mucho hoy.

No obstante, mis ojos dejaron atrás a Jessica y se centraron en la penetrante mirada de la chica.

Bajó la cabeza enseguida y se volvió a esconder tras su densa melena.

¿En qué estaba pensando? Más que apagarse, la frustración parecía estar haciéndose más aguda conforme pasaba el tiempo. Con incertidumbre, ya que no había hecho aquello nunca, intenté explorar con la mente el silencio que la envolvía. Mi sentido extra del oído siempre había funcionado con naturalidad, sin pedirlo; nunca había tenido que esforzarme. Pero me concentré, traté de abrir una brecha en aquella coraza que la rodeaba, fuera lo que fuese.

Nada salvo silencio.

¿Qué le pasa a esta?, pensó Jessica como si se hiciera eco de mi propia irritación.

—Edward Cullen te está mirando —susurró al oído de Swan, y añadió una risa tonta: no había ni rastro de aquel fastidio celoso en su tono de voz.

Jessica parecía de lo más hábil simulando la amistad.

Yo también aguardaba —demasiado absorto— la respuesta de la chica.

—No parece enojado, ¿verdad?

De modo que sí había advertido mi reacción desbocada de la semana anterior. Por supuesto que sí.

La pregunta desconcertó a Jessica. Vi mis propias facciones en sus pensamientos mientras ella comprobaba la expresión de mi rostro, pero no correspondí a su mirada. Seguía concentrado en la chica, tratando de oír algo. Semejante concentración no parecía servir de la menor ayuda.

—No —le dijo Jess, y supe que había deseado poder decirle que sí: cómo le dolía aquello, que yo la mirase, aunque no había ningún indicio de ello en su voz—. ¿Debería estarlo?

—Creo que no soy de su agrado —contestó la chica en un suspiro, y bajó la cabeza sobre el brazo, como si de pronto estuviese cansada.

Intenté comprender aquel movimiento, pero no pude hacer más que suposiciones. Quizá sí estuviera cansada.

—A los Cullen no les gusta nadie —la tranquilizó Jess—. Bueno, tampoco se fijan en nadie lo bastante para que les guste. —*Antes nunca lo hacían*. Sus pensamientos eran un rezongar quejumbroso—. Pero te sigue mirando.

—No lo mires —dijo la chica, inquieta, y levantó la cabeza del brazo para asegurarse de que Jessica obedecía la orden.

Jessica soltó una risita, pero hizo lo que le habían pedido.

La chica no dejó de mirar a la mesa durante el resto de la hora. Pensé que se trataba de algo intencionado, aunque, por supuesto, no podía estar seguro. Era como si deseara mirarme. Su cuerpo se desplazaba un tanto hacia mí, el mentón comenzaba a girarse, y entonces ella reparaba en lo que estaba haciendo, respiraba hondo y miraba fijamente a quien estuviese hablando.

Ignoré la mayor parte de los pensamientos que rodeaban a la chica, ya que —por ahora— no eran sobre ella. Mike Newton estaba planeando una guerra de bolas de nieve en el aparcamiento después de clase, como si no se diera cuenta de que la nieve ya se había transformado en lluvia. El tenue sonido de los copos al posarse en el tejado se había convertido en el repiqueteo más

habitual de las gotas de lluvia. ¿De verdad era incapaz de oír semejante cambio? A mí me parecía ruidoso.

Al finalizar el descanso del almuerzo, permanecí en mi sitio. Los humanos salieron en fila, y me sorprendí tratando de distinguir el sonido de los pasos de la chica entre el resto, como si en ellos hubiera algo importante o inusual. Menuda estupidez.

Mi familia tampoco se movió para marcharse. Aguardaron a ver qué hacía yo.

¿Iría a clase y me sentaría junto a la chica, donde podría oler el aroma tan increíblemente intenso de su sangre y sentir la calidez de su pulso en el aire en contacto con mi piel? ¿Era lo bastante fuerte para hacer eso? ¿O ya había tenido suficiente por un día?

Este momento ya lo habíamos discutido en familia, desde todos los ángulos posibles. A Carlisle no le parecía bien correr el riesgo, pero no iba a imponer su voluntad sobre la mía. Jasper lo desaprobaba casi tanto como Carlisle, pero por temor a quedar al descubierto, más que por cualquier consideración hacia la humanidad. Rosalie solo se preocupaba por el modo en que influiría en su vida. Alice veía tantos futuros tenebrosos y en conflicto que sus visiones acababan siendo de una inutilidad atípica. Esme no me consideraba capaz de hacer ningún mal, y Emmett solo quería comparar la situación con las historias de sus propias experiencias con otros olores particularmente apetecibles. Arrastró a Jasper hacia aquellas retrospectivas, aunque la historia de este con el autocontrol era tan breve e irregular que ni siquiera se veía en condiciones de asegurar que hubiera pasado alguna vez por una lucha similar. Emmett, por el contrario, sí tenía memoria de dos incidentes de ese corte, y sus recuerdos no resultaban muy alentadores. Pero era mucho más joven por aquel entonces, no tan experto en el autocontrol. Sin duda, yo era más fuerte que eso.

—Creo... que va a ir bien —dijo una Alice dubitativa—. Has tomado una decisión. Creo que aguantarás hasta el final de la clase.

Pero Alice conocía bien lo rápido que podía cambiar una decisión.

—¿Por qué forzar las cosas, Edward? —preguntó Jasper. Aunque mi hermano no deseara jactarse de que ahora yo fuese el débil, pude percibir que lo hacía, solo un poco—. Vete a casa. Tómalo con calma.

—¿Por qué hacer una montaña de esto? —discrepó Emmett—. O la mata o no la mata, pero, bueno, también podría acabar de una vez con el tema, de una forma u otra.

—No quiero irme a vivir a otro sitio todavía —se quejó Rosalie—. No quiero volver a empezar. Ya casi hemos terminado el instituto, Emmett. Por fin.

Me sentía dividido a partes iguales en aquella decisión. Quería, ardía en deseos de afrontar aquello en vez de volver a salir huyendo, pero tampoco quería forzarme en exceso. La semana anterior había sido un error que Jasper pasara tanto tiempo sin salir de caza; ¿no era esto también un error sin sentido?

No quería desarraigar a mi familia. Ninguno de ellos me lo iba a agradecer.

Pero deseaba ir a clase de Biología. Me di cuenta de que deseaba volver a ver su rostro.

Eso fue lo que tomó la decisión por mí. Esa curiosidad. Estaba enfadado conmigo mismo por sentirla. ¿No me había prometido ya que no permitiría que el silencio de la mente de aquella chica me provocara un desmesurado interés en ella? Y, aun así, aquí estaba yo, con el interés más desmesurado.

Quería saber qué estaba pensando. Tenía su mente vedada, pero sus ojos estaban abiertos de par en par. Quizá sí pudiese leerlos.

—No, Rose, creo que va a ir bien de verdad —dijo Alice—. Se está... confirmando. Estoy segura al noventa y tres por ciento de que no va a pasar nada malo si Edward va a clase. —Me miró, inquisitiva, preguntándose qué habría cambiado en mis pensamientos para hacer que sus visiones del futuro se volvieran más firmes.

¿Bastaría la curiosidad para mantener con vida a Bella Swan?

Aun así, Emmett tenía razón: ¿por qué no acabar de una vez con esto, en un sentido u otro? Afrontaría la tentación de cara.

—Marchaos a clase —les ordené, y me aparté de la mesa.

Me di la vuelta y me alejé de ellos con paso decidido y sin mirar atrás. Podía oír la preocupación de Alice, la censura de Jasper, la aprobación de Emmett y la irritación de Rosalie, que seguían mis pasos.

Respiré muy hondo una última vez en la puerta del aula y contuve el aire en los pulmones al entrar en aquella estancia tan reducida y cálida.

No llegaba tarde. El señor Banner aún estaba preparando el laboratorio de hoy. La chica estaba ya sentada en mi... en nuestra mesa, de nuevo con la cabeza gacha, sin levantar la vista de la carpeta en la que estaba garabateando. Examiné el dibujo mientras me aproximaba, interesado incluso en la más trivial de las creaciones de su mente, pero no tenía ningún significado. Un

simple garabato al azar con unos círculos dentro de otros círculos. ¿Quizá no estaba concentrada en el dibujo, sino pensando en otra cosa?

Separé mi silla con una rudeza innecesaria y dejé que raspara sobre el linóleo: los humanos siempre se sentían más cómodos cuando alguien anunciaba su acercamiento con un ruido.

Supe que lo había oído; no levantó la vista, pero la mano le vaciló en uno de los círculos que estaba pintando, y este le quedó desigual.

¿Por qué no miraba? Lo más probable es que estuviera muerta de miedo. Tenía que asegurarme de dejarle ahora una impresión distinta, conseguir que pensara que la otra vez se había imaginado cosas raras.

—Hola —le dije en esa voz baja que utilizaba cuando quería que los humanos se sintiesen más cómodos, y le ofrecí una sonrisa cortés de tal forma que los labios no dejaran ver los dientes.

Entonces sí miró, con esos grandes ojos marrones sorprendidos y llenos de preguntas mudas. Era la misma expresión que me había estado obstaculizando la vista durante la semana pasada.

Tenía los ojos de un color como el del chocolate con leche, pero con una claridad más comparable a la del té muy cargado, profundos, transparentes, con unas pintas diminutas en verde ágata y el dorado del caramelo cerca de las pupilas... Y al mirar fijamente en la extraña profundidad de esos ojos marrones, reparé en que el odio se había evaporado, ese odio que por alguna razón me había imaginado que se merecía aquella chica por el simple hecho de existir. Ahora que había dejado de respirar, que no percibía su olor, me costaba creer que alguien tan vulnerable pudiera ser merecedor de semejante odio alguna vez.

Se le empezaron a sonrojar las mejillas, y no dijo nada.

Mantuve la mirada en sus ojos, concentrado únicamente en aquellas profundidades tan inquisitivas, e intenté hacer caso omiso del apetecible tono de su piel. Había cogido suficiente aire para hablar un rato más sin volver a respirar.

—Me llamo Edward Cullen —le dije, aunque ella ya lo sabía. Ese era el modo educado de comenzar—. No tuve la oportunidad de presentarme la semana pasada. Tú debes de ser Bella Swan.

Pareció confusa: volvía a tener una pequeña arruga entre los ojos. Tardó medio segundo más de lo que debería en responder.

—¿Cómo sabes mi nombre? —quiso saber, y la voz se le quebró apenas un poco.

Debía de haberla aterrorizado de verdad, y eso hizo que me sintiera culpable. Me reí con delicadeza: sabía que ese sonido lograba que los humanos se sintieran más cómodos.

—Creo que todo el mundo sabe tu nombre. —Sin duda, tenía que haberse dado cuenta de que se había convertido en el centro de atención de este lugar tan monótono—. El pueblo entero te esperaba.

Frunció el ceño como si aquella información fuese algo desagradable. Siendo tan tímida como parecía ser, supuse que eso le sonaría como algo malo. La mayoría de los humanos sentían lo contrario. Aunque no querían destacar del rebaño, al mismo tiempo ansiaban que su uniformidad personal fuera el centro de todas las miradas.

—No, no —dijo ella—. Me refiero a que me has llamado Bella.

—¿Prefieres Isabella? —le pregunté perplejo; no era capaz de ver hacia dónde se dirigía aquella pregunta.

No lo entendía. La chica había dejado claras sus preferencias muchas veces en su primer día. ¿Tan incomprensibles eran todos los seres humanos sin el contexto mental que me servía de orientación? Cuánto debía de depender de ese sentido extra. ¿Iría completamente a ciegas sin él?

—No, me gusta Bella —me respondió al tiempo que ladeaba la cabeza en un ligero ángulo. La expresión de su cara, si es que yo la estaba interpretando en condiciones, no se decidía entre la confusión y la vergüenza—. Pero creo que Charlie, quiero decir, mi padre, debe de llamarme Isabella a mis espaldas, porque todos me llaman Isabella. —La piel se le sonrojó en un rosado más oscuro.

—Oh —exclamé, y de inmediato aparté la mirada de su rostro.

Me acababa de percatar del sentido de sus preguntas: había cometido un desliz, un error. De no haber estado escuchando a todo el mundo en aquel primer día, de entrada me habría dirigido a ella por su nombre completo. Ella había notado la diferencia.

Sentí una punzada de inquietud. Había captado mi descuido con enorme rapidez. Muy astuta, en especial para alguien que supuestamente estaba aterrorizada por mi proximidad.

Sin embargo, yo tenía otros problemas más trascendentes que cualquier sospecha sobre mí que aquella chica pudiese guardar bajo llave dentro de la cabeza.

Me había quedado sin aire. Si quería decirle algo más, tendría que respirar.

Evitar hablar iba a ser difícil. Por desgracia para ella, el hecho de compartir mesa la convertía en mi compañera de laboratorio, y hoy tendríamos que trabajar juntos. Parecería extraño —e incomprensiblemente maleducado— que la ignorase mientras hacíamos el ejercicio del laboratorio. Serviría para generarle más sospechas, más temores.

Me aparté de ella tanto como pude sin moverme de la silla y volví la cabeza hacia el pasillo. Me preparé, bloqueé los músculos y, respirando solo por la boca, cogí una rápida bocanada de aire que me llenó el pecho.

¡Ah!

Qué dolor tan intenso, como tragarse un carbón incandescente. Aun sin olerla, podía percibir su sabor en la lengua. Las ansias fueron igual de fuertes que en el primer instante en que había captado su olor la semana pasada.

Rechiné los dientes y traté de recobrar la compostura.

—Empezad —ordenó el señor Banner.

Tuve que hacer uso de todo el autocontrol, hasta la última brizna, que había logrado en setenta y cuatro años de duros esfuerzos para poder girarme de nuevo hacia la chica —que miraba a la mesa— y sonreír.

—¿Las damas primero, compañera? —le ofrecí.

Alzó la mirada hasta la expresión de mi rostro y se puso pálida. ¿Había algo fuera de lugar? Vi en sus ojos el reflejo de la compostura apta para seres humanos que solían adoptar mis facciones. ¿Otra vez estaba aterrada? No dijo nada.

—Puedo empezar yo si lo deseas —le dije en voz baja.

—No —me dijo, y su rostro volvió a pasar de la palidez al sonrojo—. Yo lo hago.

Fijé la mirada en el equipo sobre la mesa —el maltratado microscopio, la caja de placas— en lugar de observar cómo crecía y menguaba la sangre bajo aquella piel transparente. Volví a respirar rápido, entre dientes, e hice una mueca de dolor cuando el sabor me abrasó el interior de la garganta.

—Profase —dijo después de un rápido examen; fue a retirar la placa a pesar de que apenas la había estudiado.

—¿Te importa si lo miro? —De forma instintiva y estúpida, como si fuera uno de los suyos, extendí la mano para impedir que retirase la placa.

Por un segundo, la calidez de su piel se grabó al rojo vivo en la mía. Fue como un impulso eléctrico: el calor me recorrió los dedos y me subió por el brazo. Ella apartó la mano de golpe de debajo de la mía.

—Lo siento —dije entre dientes.

Ante la necesidad de encontrar algún sitio donde mirar, agarré el microscopio y me asomé un segundo por el ocular. Tenía razón.

—Profase —admití.

Me sentía demasiado alterado como para mirarla. Respiré tan silenciosamente como pude entre los dientes apretados, intenté no prestar atención a aquella sed tan abrasadora y me centré en el trabajo, que era de lo más simple; anoté la palabra en la línea adecuada de la hoja de laboratorio y cambié la primera placa por la siguiente.

¿En qué estaba pensando ahora? ¿Qué había sentido cuando le había rozado la mano? Debía de haber notado mi piel fría como el hielo: repulsiva. Normal que estuviese tan callada.

Observé la placa.

—Anafase —dije para mí al tiempo que lo anotaba en la segunda línea.

—¿Puedo? —preguntó.

Alcé la mirada, sorprendido al ver que aguardaba expectante, con una mano medio extendida hacia el microscopio. No parecía tener miedo. ¿De verdad pensaba que me había equivocado en la respuesta?

No pude evitar sonreír ante la expresión esperanzada que había en su rostro mientras le pasaba el microscopio deslizándolo sobre la mesa.

Miró por el ocular con un entusiasmo que no tardó en desvanecerse. Se le curvaron hacia abajo las comisuras de los labios.

—¿Me pasas la diapositiva número tres? —me preguntó sin apartar el ojo del microscopio, con la mano extendida.

Le dejé la siguiente placa en la mano con cuidado de mantener mi piel alejada de la suya esta vez. Estar allí sentado con ella era como sentarse al lado de una lámpara de calor. Con esa temperatura más elevada, mi cuerpo también empezaba a templarse.

Miró la placa solo unos instantes.

—Interfase —dijo de pasada, tal vez con un esfuerzo excesivo por sonar indiferente, y empujó el microscopio hacia mí.

No tocó el papel, sino que esperó a que yo escribiera la respuesta. Lo comprobé: ella volvía a estar en lo cierto.

Así llegamos al final, pronunciando una palabra cada vez y sin mirarnos a los ojos en ningún momento. Éramos los únicos que habían terminado: los demás de la clase lo estaban pasando mal con el ejercicio del laboratorio. A Mike Newton le costaba mantener la concentración: trataba de vigilarnos a Bella y a mí.

Ojalá se hubiera quedado dondequiera que se hubiese ido a pasar unos días, pensó Mike mientras me miraba con una expresión sulfurada. Interesante. No había reparado en que ese chaval me tuviese una especial animadversión. Aquello suponía una novedad, tan reciente como la llegada de la chica, al parecer. Aún más interesante: descubrí —para mi sorpresa— que el sentimiento era mutuo.

Volví a mirarla, divertido con el amplio abanico de estragos y trastornos que ella estaba sembrando en mi vida pese a su apariencia tan común y tan poco amenazadora.

No se trataba de que yo no fuese capaz de ver lo que le pasaba a Mike. La chica era en cierto modo guapa para ser humana, de una belleza inusual. Más que bello, su rostro era... inesperado. Ni mucho menos simétrico: la barbilla estrecha quedaba desequilibrada con esos pómulos tan anchos; unas tonalidades extremas: el contraste de una piel tan clara y el cabello tan oscuro; y después estaban esos ojos, demasiado grandes para su cara, rebosantes de secretos acallados...

Unos ojos que tenía de repente clavados en los míos.

Correspondí a su mirada e intenté adivinar aunque solo fuera uno de aquellos secretos.

—¿Te has puesto lentillas? —me preguntó de sopetón.

Qué pregunta tan extraña.

—No. —Casi me sonreí ante la idea de perfeccionar aún más mi vista.

—Vaya —balbució—. Te veo los ojos distintos.

De pronto sentí que una vez más me quedaba helado, al percatarme de que no era el único que estaba tratando de sonsacarle algún secreto al otro hoy.

Me encogí de hombros, agarrotado, y fijé la mirada al frente, hacia el lugar donde el profesor estaba haciendo sus rondas.

Por supuesto que me había cambiado algo en los ojos desde la última vez que ella se había quedado mirándolos. Con el fin de prepararme para la dura prueba de hoy, la tentación, me había pasado todo el fin de semana cazando, saciándome la sed tanto como fuera posible, en exceso, la verdad. Me había hartado de sangre de animales, aunque tampoco es que supusiera una gran diferencia a la hora de enfrentar el apabullante aroma que flotaba en el aire alrededor de aquella chica. Cuando le había lanzado aquella última mirada fulminante, mis ojos habían estado negros por la sed. Ahora, con el cuerpo nadando en sangre, tenía los ojos de un cálido tono dorado: un ámbar claro.

Otro desliz. De haber visto a qué se refería con su pregunta, le podría haber dicho que sí.

Me había tirado dos años sentándome rodeado de humanos en aquel instituto, y ella era la primera que me examinaba los ojos con la suficiente atención como para reparar en el cambio de color. Los demás, aunque admirasen la belleza de mi familia, solían mirar al suelo en cuanto les devolvíamos la mirada. Nos rehuían y bloqueaban los detalles de nuestra apariencia en un esfuerzo instintivo por evitar entenderlo. La ignorancia era una bendición para la mente humana.

¿Por qué tenía que ser justo ella quien viese tanto?

El señor Banner se acercó a nuestra mesa. Inhalé agradecido la bocanada de aire limpio que trajo consigo antes de que pudiera mezclarse con el olor de Bella.

—En fin, Edward —me dijo—. ¿No crees que deberías dejar que Isabella también mirase por el microscopio?

—Bella —lo corregí en un acto reflejo—. En realidad, ella ha identificado tres de las cinco diapositivas.

Los pensamientos del señor Banner estaban cargados de escepticismo cuando se volvió para mirar a la chica.

—¿Has hecho antes esta práctica de laboratorio?

Absorto, observé cómo ella le sonreía con un ligero aire avergonzado.

—Con la raíz de una cebolla, no.

—¿Con una blástula de pescado blanco? —indagó el señor Banner.

—Sí.

El profesor se sorprendió ante aquello. El ejercicio de laboratorio de hoy era algo que había sacado de un curso de último año. Asintió pensativo hacia la chica.

—¿Estabas en un curso avanzado en Phoenix?

—Sí.

Avanzada, entonces, era inteligente para ser humana. No me sorprendió.

—Bueno —dijo el señor Banner, frunciendo los labios—, supongo que es bueno que ambos seáis compañeros de laboratorio.

Se dio la vuelta y se alejó murmurando para el cuello de su camisa: «Así, los demás tendrán la oportunidad de aprender algo por sí solos». Dudé que la chica hubiese podido oírlo. De nuevo se puso a garabatear círculos en la carpeta.

Por el momento, dos deslices en media hora. Una actuación de lo más pobre por mi parte. Aunque no tenía ni idea de lo que esa chica pensaba de mí —¿hasta dónde me temía?, ¿hasta dónde sospechaba?—, sabía que tendría

que esforzarme más por dejarle una impresión distinta. Algo que mitigase sus recuerdos de nuestro último y violento encuentro.

—Es una lástima lo de la nieve, ¿no? —le dije repitiendo la cháchara intrascendente que había oído comentar ya a una decena de alumnos.

Un tema de conversación típico y aburrido. Hablar del tiempo: siempre seguro.

Me lanzó una mirada con una evidente duda en los ojos: una reacción nada normal ante unas palabras tan normales como las mías.

—En realidad, no.

Intenté reconducir de nuevo la conversación por caminos más que trillados. Ella venía de un sitio mucho más cálido y luminoso —en cierto modo, y a pesar de su palidez, su piel parecía un reflejo de eso—, y el frío debía de incomodarla. Mi roce gélido sin duda lo había hecho.

—A ti no te gusta el frío —supuse.

—Tampoco la humedad —reconoció.

—Para ti, debe de ser difícil vivir en Forks. —*Quizá no deberías haber venido*, me daban ganas de añadir. *Quizá deberías regresar al lugar al que perteneces*.

Sin embargo, no estaba seguro de desear aquello. Siempre recordaría el olor de su sangre: ¿qué me garantizaba que no acabaría yendo a buscarla? Además, si ella se marchaba, su mente seguiría siendo un misterio para siempre, un constante y molesto enigma.

—Ni te lo imaginas —dijo en voz baja, mirando con mala cara por encima de mi hombro durante un instante.

Sus respuestas nunca eran lo que yo me esperaba. Me provocaban el deseo de hacerle más preguntas.

—En tal caso, ¿por qué has venido aquí? —quise saber, y al instante fui consciente de que mi tono de voz había sido demasiado admonitorio, no lo bastante informal para aquella conversación. La pregunta había sonado indiscreta, grosera.

—Es... complicado.

Pestañeó y lo dejó en el aire, y yo estuve a punto de reventar de una curiosidad que, en aquel segundo, me quemó la garganta casi tanto como la sed. Lo cierto era que me estaba resultando ligeramente más sencillo respirar. El sufrimiento se iba haciendo más soportable a base de familiarizarme con ella.

—Creo que voy a poder seguirte —insistí.

Tal vez la simple cortesía la empujara a responder a mis preguntas mientras yo fuese lo bastante maleducado para formularlas.

En silencio, agachó la cabeza y se miró las manos. Aquel gesto me impacientó. Sentía deseos de ponerle la mano bajo el mentón y levantarle la cabeza para poder leerle la mirada. Pero, claro, no le volvería a rozar la piel en ningún caso.

Alzó la vista de repente. Fue un alivio tener la posibilidad de ver las emociones en sus ojos. Habló a la carrera, atropellándose con las palabras.

—Mi madre se ha casado.

Ah, esto sí que era de lo más humano, fácil de comprender. La pena le revoloteaba por el rostro y le devolvía aquella arruga en el entrecejo.

—No me parece tan complicado —le dije con una voz delicada sin necesidad de recurrir a mis artificios para que así fuera. Su abatimiento me hacía sentir una curiosa impotencia, el deseo de que hubiese algo que yo pudiera hacer para que se sintiera mejor. Un impulso extraño—. ¿Cuándo ha sucedido eso?

—El pasado mes de septiembre. —Exhaló con fuerza, pero no llegó a ser un suspiro, y me quedé de piedra cuando la calidez de su aliento me acarició el rostro.

—Pero él no te gusta —sugerí tras una breve pausa, aún tratando de obtener algo más de información.

—No, Phil es un buen tipo —me dijo para corregir mi suposición. La leve sombra de una sonrisa surgió en las comisuras de sus labios—. Demasiado joven, quizá, pero amable.

Aquello no cuadraba con la hipótesis que yo me había estado construyendo en la cabeza.

—¿Por qué no te has quedado con ellos? —Había un exceso de interés en mi voz; sonaba como si estuviera siendo un entrometido.

Y lo estaba siendo, reconozcámoslo.

—Phil viaja mucho. Es jugador de béisbol profesional. —La sonrisita se hizo más pronunciada; le hacía gracia que hubiera elegido aquella profesión.

Yo también sonreí, sin haberlo decidido. No estaba intentando que se sintiese cómoda. Su sonrisa acababa de provocarme el deseo de sonreír en respuesta... como quien comparte un secreto.

—¿Debería sonarme su nombre?

Repasé mentalmente las plantillas de todos los equipos profesionales de béisbol y me pregunté qué Phil sería el suyo.

—Probablemente no. No juega bien. —Otra sonrisa—. Solo compite en la liga menor. Pasa mucho tiempo fuera.

Las plantillas que tenía en la cabeza cambiaron al instante, y ya tenía tabulada una lista de posibilidades en menos de un segundo. Al mismo tiempo, me estaba imaginando la nueva hipótesis.

—Y tu madre te ha enviado aquí para poder viajar con él —le dije.

Al parecer, obtenía más información de ella haciendo conjeturas que formulando preguntas. Volvió a funcionar. Sacó el mentón y adoptó un repentino ademán de tozudez.

—No, ella no me ha enviado aquí —me dijo, y su voz sonó con un renovado aire de dureza. Mi conjetura la había disgustado, aunque me veía incapaz de entender por qué—. Fue cosa mía.

No lograba adivinar a qué se refería ni el origen de su resentimiento. Estaba absolutamente perdido.

Era imposible entender a esta chica, así de simple. No era como los demás humanos. Quizá el silencio de sus pensamientos y la fragancia de su olor no fuesen lo único inusual que había en ella.

—No lo entiendo —admití, y odiaba reconocerlo.

Suspiró y me miró a los ojos durante más tiempo del que la mayoría de los humanos normales era capaz de soportar.

—Al principio, mamá se quedaba conmigo, pero lo echaba mucho de menos —me explicó Bella muy despacio, con un tono de voz que se entristecía con cada palabra—. La separación la hacía desdichada, por lo que decidí que había llegado el momento de venir a vivir con Charlie.

El surco minúsculo en su entrecejo se hizo más profundo.

—Pero ahora tú eres desgraciada —murmuré.

Continué dándole voz a mis hipótesis con la esperanza de obtener información de sus refutaciones. Pero esta no parecía tan desencaminada.

—¿Y? —dijo ella, como si aquello fuese un aspecto que ni siquiera había que tener en cuenta.

Continué mirándola a los ojos, sintiendo que por fin tenía un primer y auténtico atisbo de su alma. En aquella sola palabra, vi el lugar en el que ella se situaba a sí misma entre sus prioridades. Al contrario que la mayoría de los humanos, sus propias necesidades se hallaban muy abajo en la lista.

Era una persona desinteresada.

Al comprender aquello, el misterio del ser que se ocultaba en aquella mente silenciosa comenzó a despejarse un poco.

—No parece demasiado justo —le dije, y me encogí de hombros para tratar de parecer natural.

Se echó a reír, pero no había ninguna diversión en aquel sonido.

—¿Es que no te lo ha dicho nadie? La vida no es justa.

Sus palabras me dieron ganas de sonreír, aunque yo tampoco sentía ninguna auténtica diversión. Sí, yo sabía un poquito sobre las injusticias de la vida.

—Creo haberlo oído antes.

Me devolvió la mirada, de nuevo parecía confusa. Vacilante, desvió los ojos y los trajo de vuelta hacia los míos.

—Bueno, eso es todo —me dijo.

No iba a dejar que la conversación terminara así. Me preocupaba esa pequeña uve que tenía entre los ojos, un vestigio de su aflicción.

—Das el pego —le dije despacio, valorando aún mi siguiente hipótesis—, pero apostarí a que sufres más de lo que aparentas.

Torció el gesto, entrecerró los ojos, frunció los labios de medio lado y volvió a mirar hacia el frente de la clase. No le gustaba cuando acertaba con mis conjeturas. No era la típica mártir: no estaba buscando un público para su dolor.

—¿Me equivoco?

Dio un leve respingo, pero, más allá de eso, fingió que no me había escuchado.

Eso me hizo sonreír.

—Creo que no.

—¿Y a ti qué te importa? —quiso saber, aún con la mirada perdida.

—Muy buena pregunta —reconocí, más para mí que para ella.

Su juicio era mejor que el mío: su mirada iba al núcleo de las cosas mientras yo me las veía y me las deseaba dando vueltas por la periferia, buscando a ciegas entre las pistas. Los detalles de su más que humana vida no deberían importarme. No era correcto que me preocupase por lo que ella pensaba. Más allá de proteger a mi familia de las sospechas, los pensamientos humanos no eran significativos.

No estaba acostumbrado a ser el menos intuitivo en ningún dúo. Dependía demasiado de mi oído extra: estaba claro que no era tan perceptivo como yo mismo me creía.

La chica suspiró y clavó la vista en la parte frontal de la clase. Había algo cómico en su expresión frustrada. Toda aquella situación, toda aquella charla resultaba cómica. Nadie había estado jamás en mayor peligro ante mí que

aquella pobre chica humana: en cualquier instante, distraído por mi ridícula entrega a la conversación, podría respirar por la nariz y atacarla antes de poder controlarme... Y ella estaba irritada porque no había contestado a su pregunta.

—¿Te molesto? —le pregunté con una sonrisa ante lo absurdo de todo aquello.

Me lanzó una mirada rápida, y fue como si sus ojos se quedaran atrapados en los míos.

—No exactamente —me dijo—. Estoy más molesta conmigo. Es fácil ver lo que pienso. Mi madre me dice que soy un libro abierto.

Frunció el ceño, contrariada.

Me quedé mirándola con asombro. Estaba molesta porque pensaba que era demasiado transparente para mí. Qué singular. Jamás me había costado tantos esfuerzos comprender a nadie en toda mi vida, o, más bien, existencia, ya que el término «vida» no era ni mucho menos el apropiado. Lo que yo hacía no era vivir, precisamente.

—Nada de eso —discrepé con una sensación extraña..., con cautela, como si allí hubiese algún peligro oculto que no alcanzaba a ver. Más allá del peligro evidente, algo más... De pronto estaba con los nervios a flor de piel, la premonición me inquietaba—. Me cuesta leerte el pensamiento.

—Ah, será que eres un buen lector de mentes —supuso, haciendo sus propias conjeturas, que, de nuevo, daban de lleno en el clavo.

—Por lo general, sí —reconocí.

Sonreí de oreja a oreja y permití que mis labios se retiraran para dejar expuestas las hileras de dientes brillantes y acerados que había detrás.

Fue una estupidez por mi parte, pero sentí una desesperación súbita e inesperada por hacerle llegar a la chica algún tipo de advertencia. Su cuerpo estaba más cerca de mí que antes, después de haber cambiado inconscientemente de postura en el transcurso de nuestra charla. Era como si no funcionaran con ella todas esas pequeñas señales, los detalles que bastaban para amedrentar al resto de la humanidad. ¿Por qué no retrocedía y se apartaba de mí aterrorizada? Sin duda, ya había visto lo bastante de mi lado oscuro como para percatarse del peligro.

No tuve la oportunidad de ver si mi advertencia había tenido el efecto que pretendía. El señor Banner llamó la atención de la clase en ese preciso momento, y ella apartó de mí la mirada de inmediato. La vi un tanto aliviada por la interrupción, así que tal vez sí lo hubiera entendido de forma inconsciente.

Confié en que así fuera.

Reconocí la fascinación que crecía en mi interior, por mucho que tratara de arrancarla de raíz. No me podía permitir encontrar interesante a Bella Swan. O, mejor dicho, era ella quien no se lo podía permitir. Ya estaba deseando disponer de otra oportunidad de hablar con ella. Quería saber más sobre su madre, sobre su vida antes de venir aquí, sobre su relación con su padre. Todos esos detalles insignificantes que le darían más cuerpo a su personaje. Sin embargo, cada segundo que pasaba con ella era un error, un riesgo que ella no debería tener que correr.

Distraída, se echó a un lado aquellos cabellos densos en el preciso instante en que yo me había permitido respirar otra vez. Una ola especialmente concentrada de su fragancia me impactó contra el fondo de la garganta.

Fue como el primer día: como el estallido de aquella granada. El dolor de la ardiente sequedad me provocó un mareo. De nuevo tuve que agarrarme a la mesa para mantenerme en la silla. Esta vez tuve un poco más de control, ligeramente. Al menos no rompí nada. El monstruo rugía dentro de mí, pero no disfrutó con mi dolor. Estaba muy bien atado. Por ahora.

Dejé de respirar por completo y me incliné para apartarme de la chica tanto como pude.

No, no me podía permitir que me fascinara. Cuanto más interesante la encontrara, más probable sería que la matase. Hoy ya había cometido dos pequeños deslices. ¿Cometería un tercero, uno que no fuese tan pequeño?

Salí volando del aula en cuanto sonó el timbre, y es probable que con ello arruinara cualquier impresión de cortesía que hubiese comenzado a construir en el transcurso de aquella hora. Ya en el exterior, volví a tomar una bocanada de aire fresco y húmedo como si fuese un bálsamo de sanación. Me apresuré a poner tanta distancia como fuese posible entre la chica y yo.

Emmett me esperaba ante la puerta de nuestra clase de Español. Por un instante, observó mi expresión desbocada.

¿Cómo ha ido?, preguntó cauteloso.

—No ha muerto nadie —dije entre dientes.

Algo es algo, supongo. Cuando he visto que Alice se largaba al final, he pensado que...

Mientras entrábamos en el aula, vi el recuerdo de Emmett de aquellos instantes que acababan de producirse, el panorama que él veía a través de la puerta abierta de su última clase: una Alice que empalidecía y cruzaba con brío el campus hacia el edificio de Ciencias. Sentí el recuerdo de su impulso

de levantarse y unirse a ella, y después su decisión de quedarse. Si Alice necesitaba su ayuda, se la pediría.

Horrorizado y asqueado, cerré los ojos y me hundí en mi asiento.

—No me había percatado de que hubiera estado tan cerca. No pensaba que fuese a... No he visto que fuera tan malo —susurré.

No lo ha sido, me tranquilizó Emmett. *No ha muerto nadie, ¿cierto?*

—Cierto —dije entre dientes—. Esta vez no.

Quizá se vuelva más fácil.

—Claro.

O quizá la mates. Se encogió de hombros. *Tampoco serías el primero que la lía. Nadie te iba a juzgar demasiado duro. Hay veces en que alguien huele mejor de la cuenta. Me impresiona que hayas aguantado tanto.*

—No estás siendo de ayuda, Emmett.

Me repugnaba que él aceptara la idea de que mataría a la chica, la idea de que era algo en cierto modo inevitable. ¿Acaso tenía ella la culpa de oler tan bien?

Lo sé, cuando me pasó a mí... Se puso a recordar y me llevó con él medio siglo atrás, hasta un camino por el campo al anochecer, donde una mujer de mediana edad estaba descolgando las sábanas secas de una cuerda tendida entre dos manzanos. Yo ya lo había visto, el más intenso de sus dos encuentros, pero el recuerdo parecía especialmente vívido esta vez, quizá porque aún me dolía la garganta por el ardor de la última hora. Emmett recordaba el ambiente cargado del denso olor de las manzanas: había terminado la cosecha, y por el suelo se hallaba desperdigada la fruta que habían descartado, con la piel estropeada dejando escapar su fragancia en nubes densas. Aquel olor tenía de fondo el aroma de un campo de heno recién segado, muy armonioso. Rosalie le había pedido que hiciera un recado, y Emmett subía por el camino, casi con indiferencia ante la mujer. Sobre él, el cielo se teñía de violeta, anaranjado sobre las montañas del oeste. Habría continuado su ascenso por aquel serpenteante camino rural, y no habría habido motivo para recordar esa noche, de no haber sido porque una brisa nocturna se levantó de manera repentina y, al inflar las sábanas blancas como si fueran velas, le sopló a Emmett en la cara el perfume de la mujer.

—Ah —gruñí en voz baja; como si no me bastase con el recuerdo de mi propia sed.

Lo sé. No duré ni medio segundo. Ni siquiera me planteé la posibilidad de resistirme.

Su recuerdo se volvió demasiado explícito como para que yo pudiera soportarlo.

Me puse en pie de un salto, con los dientes muy apretados.

—*¿Estás bien, Edward?*^[1] —me preguntó la señora Goff, sorprendida ante mi movimiento repentino: pude ver mi rostro en su mente, y supe que tenía un aspecto que distaba mucho de estar bien.

—*Discúlpeme* —musité conforme salía disparado hacia la puerta.

—Emmett, *por favor, ¿puedes ayudar a tu hermano?* —le rogó la profesora señalándome con un gesto de impotencia mientras yo salía volando del aula.

—Claro —le oí decir, y lo sentí justo a mi espalda.

Me siguió hasta el extremo opuesto del edificio, donde me alcanzó y me puso la mano en el hombro.

Se la aparté con una fuerza innecesaria. Habría hecho añicos los huesos de cualquier mano humana, y los del brazo unido a esa mano.

—Lo siento, Edward.

—Lo sé. —Respiraba hondo, en grandes bocanadas de aire con el fin de despejarme la cabeza y los pulmones.

—*¿Tan malo es?* —me preguntó al tiempo que trataba de no pensar en el olor y el sabor de su recuerdo, pero sin lograrlo en absoluto.

—Peor, Emmett, peor.

Guardó silencio un segundo.

Quizá...

—No, no sería mejor que acabara con esto de una vez. Vuelve a clase, Emmett. Quiero estar solo.

Se dio la vuelta sin mediar más palabra ni pensamiento y se alejó con rapidez. Le diría a la profesora de Español que me encontraba mal, que me había largado o que era un vampiro que había perdido el control de una forma muy peligrosa. ¿De verdad tenía importancia qué excusa pusiera? Era posible que yo no regresara. Era posible que tuviese que marcharme.

Regresé a mi coche a esperar a que terminaran las clases. A esconderme. Otra vez.

Tendría que haber dedicado ese tiempo a tomar decisiones o a tratar de reforzar mi determinación, pero, igual que un adicto, me descubrí rebuscando entre el murmullo de fondo que surgía de los edificios del instituto. Destacaban las voces conocidas, aunque ahora mismo no me interesaba escuchar las visiones de Alice ni las quejas de Rosalie. No me costó localizar a Jessica, pero la chica no estaba con ella, así que continué la búsqueda. Me

llamaron la atención los pensamientos de Mike Newton, y por fin di con ella, en clase de Gimnasia con él. A Mike no le gustaba que yo hubiera hablado con ella hoy en clase de Biología. Andaba dándole vueltas a la respuesta que le había dado la chica cuando él le había sacado el tema.

La verdad es que nunca le he visto decirle a nadie más de una palabra aquí o allá. Por supuesto que se tenía que decidir a hablar con Bella. No me gusta cómo la mira. Aunque ella tampoco parecía demasiado emocionada con él. ¿Cómo me ha dicho antes? «A saber qué le pasaba el lunes». Algo así. No ha sonado como si le importase. No puede haber sido una verdadera conversación...

Se animó él solo con la idea de que Bella no se mostrara interesada en su charla conmigo. Aquello me irritó bastante, así que dejé de escuchar los pensamientos de Mike.

Puse un CD de música agresiva y subí el volumen hasta que ahogó las voces. Tuve que concentrarme mucho en la música para evitar que se me fuese el oído de nuevo a los pensamientos de Mike Newton con el fin de espiar a la pobre chica desprevenida.

Hice trampa varias veces cuando la hora llegó a su fin. Eso no era espiar, traté de convencerme a mí mismo. Solo me estaba preparando. Quería saber exactamente cuándo saldría ella del gimnasio, cuándo estaría en el aparcamiento. No deseaba que me pillara por sorpresa.

Cuando los alumnos empezaron a salir en fila por la puerta del gimnasio, me bajé del coche, aunque no estaba muy seguro de por qué lo hacía. Caía una lluvia fina: no le hice caso mientras me empapaba lentamente el pelo.

¿Deseaba que me viese allí? ¿Tenía la esperanza de que viniera a hablar conmigo? ¿Qué estaba haciendo yo?

No me moví, aunque intenté convencerme a mí mismo de que debía volver a meterme en el coche, consciente de que mi conducta era censurable. Mantuve los brazos cruzados y una respiración muy superficial cuando la vi venir caminando muy despacio en mi dirección, con los labios curvados hacia abajo en las comisuras. No me miró. Alzó la vista varias veces hacia las nubes con el gesto torcido, como si la hubiesen ofendido.

Sentí una decepción cuando la chica llegó a su coche antes de tener que pasar por delante del mío. ¿Me habría dicho algo? ¿Se lo habría dicho yo?

Se subió a una camioneta Chevy de un tono rojo descolorido, un mamotreto oxidado con más años que su padre. Vi que arrancaba el motor —aquel motor viejo rugía más fuerte que cualquiera de los vehículos del aparcamiento— y extendía las manos hacia la tobera de la calefacción. El frío

le resultaba incómodo, no le gustaba. Se pasó los dedos por la densa cabellera y puso algunos mechones delante del chorro de aire caliente como si quisiera que se secaran. Me imaginé cómo olería en la cabina de esa camioneta y luego rápidamente aparté aquel pensamiento de mi cabeza.

La chica miró a su alrededor al prepararse para salir marcha atrás y, por fin, miró hacia mí. Lo hizo apenas durante medio segundo, y todo cuanto pude leer en sus ojos fue su sorpresa antes de que los apartase de golpe y acelerase marcha atrás. Se detuvo de nuevo con un frenazo cuando la parte trasera de la camioneta estuvo a escasos centímetros de colisionar con el coche de Nicole Casey.

Clavó la vista en el retrovisor, boquiabierta y horrorizada por lo poco que había faltado. Cuando el otro coche terminó de pasar por detrás de ella, comprobó dos veces todos los puntos ciegos y salió de la plaza de aparcamiento a paso de tortuga, con tal precaución que me hizo sonreír. Era como si se considerase «peligrosa» a sí misma en su camioneta destartalada.

La idea de que Bella Swan fuese peligrosa para alguien, condujera lo que condujese, me hizo reír cuando la chica pasó por delante de mí al volante de su camioneta, con la mirada al frente.

3. Riesgo

No tenía sed, la verdad, pero decidí salir otra vez de caza esa noche. Un pequeño atisbo de prevención, aunque sabía que sería insuficiente.

Carlisle vino conmigo. No habíamos estado a solas desde que yo había regresado de Denali. Mientras corríamos por la negrura del bosque, oí que estaba pensando en aquella despedida apresurada de la semana anterior.

En sus recuerdos, vi la mueca de terrible desesperación que me desfiguraba las facciones. Volví a sentir su sorpresa y su repentina preocupación.

«¿Edward?».

«Tengo que marcharme, Carlisle. Tengo que irme ahora mismo».

«¿Qué ha pasado?».

«Nada. Todavía. Pero lo hará, si me quedo».

Carlisle había alargado entonces la mano hacia mi brazo, y vi el daño que le había causado que me encogiera para retroceder ante ese contacto.

«No lo entiendo».

«¿Alguna vez has...? ¿Te ha pasado alguna vez que...?».

Me vi respirar hondo, vi aquel brillo salvaje en mis ojos a través del filtro de la profunda preocupación de Carlisle.

«¿Ha habido alguna persona, una sola, que te oliese mejor que todas las demás, muchísimo mejor?».

«Oh».

Mi rostro se había hundido por la vergüenza en el momento en que supe que me había comprendido. Él había alargado el brazo para tocarme, haciendo caso omiso cuando yo me había vuelto a encoger, y me había puesto la mano en el hombro.

«Haz lo que debas con tal de resistir, hijo. Te echaré de menos. Toma, llévate mi coche, tiene el depósito lleno».

Ahora se estaba preguntando si entonces había hecho las cosas bien, al decirme que me marchase. Se preguntaba si me había hecho daño con su falta de confianza.

—No —le susurré mientras corría—. Eso era lo que necesitaba. Si me hubieras dicho que me quedase, podría haber traicionado esa confianza con mucha facilidad.

—Siento mucho que estés sufriendo, Edward, pero deberías hacer cuanto puedas con tal de que la hija de Swan continúe con vida. Aunque eso suponga que te tengas que volver a marchar.

—Lo sé, lo sé.

—¿Por qué has regresado? Sabes lo mucho que me alegra tenerte aquí, pero si esto se vuelve demasiado difícil...

—No me gustaba sentirme como un cobarde —reconocí.

Habíamos ido ralentizando el paso; ahora apenas trotábamos a través de la oscuridad.

—Mejor eso que ponerla en peligro. Se habrá marchado dentro de un año o dos.

—Tienes razón, y lo sé. —Por el contrario, sus palabras solo sirvieron para generarme más ansias de quedarme: la chica se marcharía dentro de un año o dos...

Carlisle dejó de correr, y me detuve a su lado. Se dio la vuelta para examinar mi expresión.

Pero no vas a huir, ¿verdad?

Me quedé cabizbajo.

¿Es por orgullo, Edward? No es ninguna vergüenza...

—No, no es el orgullo lo que me retiene aquí. Ahora no.

¿Ningún sitio adonde ir?

Solté una risa breve.

—No, eso no me detendría si fuese capaz de obligarme a marcharme de aquí.

—Iremos contigo, desde luego, si es lo que necesitas. Solo tienes que pedirlo. Tú te has trasladado por todos ellos, sin quejarte. No te lo tendrán en cuenta.

Arqueeé una ceja.

Se echó a reír.

—Sí, tal vez Rosalie lo haga, pero está en deuda contigo. De todas formas, es mucho mejor para nosotros si nos marchamos ahora, sin hacer daño a

nadie, que marcharnos más adelante, después de haber segado una vida. —No había humor de ninguna clase en aquel final.

Me estremecí ante sus palabras.

—Sí —coincidí; mi voz sonó áspera.

Pero ¿no te vas a marchar?

Suspiré.

—Debería.

—¿Qué te retiene aquí, Edward? No consigo verlo...

—No sé si me veo capaz de explicarlo. —Ni siquiera para mí tenía sentido.

Examinó mi expresión durante un rato largo.

No, no lo veo. Pero respetaré tu intimidad, si así lo prefieres.

—Gracias. Es muy generoso por tu parte, teniendo en cuenta que yo no le dejo intimidad a nadie. —Con una excepción, y estaba haciendo lo imposible con tal de privarla de ella, ¿no?

Todos tenemos nuestras rarezas. Se rio de nuevo. ¿Vamos?

Carlisle acababa de captar el olor de una pequeña manada de ciervos. No resultaba sencillo despertar demasiado entusiasmo de cara a algo que era — aun en la mejor de las circunstancias— una fragancia que distaba mucho de hacerte la boca agua. Ahora mismo, con el recuerdo de la sangre de la chica tan reciente en mis pensamientos, aquel olor me revolvió las tripas.

Suspiré.

—Vamos —acepté, aunque sabía que obligarme a tragar más sangre iba a servir de muy poca ayuda.

Los dos nos agazapamos en la postura de caza y dejamos que aquel olor tan poco atrayente nos guiara en silencio.

Hacía más frío cuando regresamos a casa. La nieve fundida se había vuelto a congelar; era como si una fina capa de cristal lo cubriese todo: cada aguja en cada pino, cada hoja de cada helecho, cada brizna de hierba estaba helada.

Mientras Carlisle iba a vestirse para su turno de madrugada en el hospital, yo me quedé junto al río, esperando a que saliera el sol. Me sentía casi... henchido por la cantidad de sangre que había ingerido, pero sabía que la ausencia de una auténtica sed significaría bien poco cuando me volviera a sentar al lado de la chica.

Gélido e inmóvil como la piedra en la que estaba sentado, permanecí allí y observé las aguas oscuras que corrían junto a la orilla congelada, observé a

través de ellas.

Carlisle estaba en lo cierto. Debería marcharme de Forks. Podrían contar cualquier historia para justificar mi ausencia. Un internado en Europa. Una visita a unos parientes lejanos. Una huida adolescente. La historia daba lo mismo. Nadie haría demasiadas preguntas.

Sería tan solo un año o dos, y la chica desaparecería. Continuaría con su vida, porque tendría una vida con la que continuar. Iría a la universidad en alguna parte, comenzaría una carrera profesional, tal vez se casara. Me lo podía imaginar: la chica vestida de blanco de pies a cabeza y caminando del brazo de su padre con un ritmo acompasado.

Qué extraño, el dolor que me causaba aquella imagen. No podía entenderlo. ¿Sentía envidia de su futuro porque era algo que yo jamás podría tener? Eso no tenía sentido. Todos y cada uno de los humanos que me rodeaban tenían por delante esa misma posibilidad —una vida—, y rara vez me detenía a envidiarlos.

Debería dejarla que disfrutase de su futuro. Dejar de poner su vida en peligro. Eso era lo correcto. Carlisle siempre elegía la manera correcta de hacer las cosas. Debería hacerle caso ahora. Lo haría.

El sol se alzó tras las nubes, y el brillo de su tenue luz se reflejó en todos los cristales de hielo.

Un día más, decidí. La vería una vez más. Eso sí lo podía manejar. Quizá le mencionara mi próxima desaparición, allanaría el terreno.

Esto iba a ser difícil, lo notaba en la fuerte renuencia que ya me estaba empujando a ponerme excusas para quedarme, para retrasar el plazo dos días más, tres, cuatro... Pero haría bien las cosas. Sabía que podía confiar en el consejo de Carlisle, y también sabía que yo estaba demasiado confuso como para tomar la decisión correcta solo.

Excesivamente confuso. ¿Cuánta de aquella renuencia procedía de mi obsesiva curiosidad, y cuánta tenía su origen en mi apetito insatisfecho?

Entré para cambiarme y ponerme ropa limpia para ir al instituto.

Alice me estaba esperando, sentada en el escalón más alto, en el tercer piso.

Te vuelves a marchar, pensó en tono acusador.

Suspiré y asentí.

No puedo ver adónde vas esta vez.

—Aún no sé adónde voy —susurré.

Quiero que te quedes.

Le dije que no con la cabeza.

¿Podríamos ir contigo Jazz y yo, quizá?

—Te van a necesitar todavía más si yo no estoy aquí para velar por ellos. Y piensa en Esme. ¿Le arrebatarías la mitad de su familia de un solo golpe?

Menudo disgusto le vas a dar.

—Lo sé. Por eso tú debes quedarte.

No será lo mismo que tenerte a ti aquí, y lo sabes.

—Sí, pero he de hacer las cosas bien.

Hay muchas formas de hacerlas bien, pero también hay muchas formas de hacerlas mal, ¿no?

Por un breve instante, se dejó llevar por una de sus extrañas visiones; observé con ella y vi unas imágenes indefinidas que daban vueltas en un torbellino y parpadeaban. Me vi allí mezclado con unas sombras raras que era incapaz de distinguir: formas borrosas e imprecisas. Entonces, de pronto, la piel me centelleaba bajo la resplandeciente luz del sol en un pequeño claro del bosque. Era un lugar que ya conocía. Había una silueta en aquella pradera, conmigo, pero también se veía indefinida, no estaba «ahí» lo suficiente como para reconocerla. Las imágenes se volvían temblorosas y desaparecían conforme un millón de diminutas opciones reorganizaban de nuevo el futuro.

—No he captado mucho de eso —le dije cuando su visión se oscureció.

Yo tampoco. Tu futuro está cambiando y dando tantas vueltas que no me veo capaz de seguirle el ritmo. Aunque creo que...

Se detuvo y se puso a repasar una inmensa colección de visiones recientes sobre mí. Todas ellas eran iguales: vagas y borrosas.

—Creo que algo está cambiando —dijo en voz alta—. Parece que tu vida ha llegado a una encrucijada.

Sonreí en un gesto circunspecto.

—Te das cuenta de que sueñas como la adivina de un puesto de feria, ¿verdad?

Me sacó la diminuta lengua.

—Pero hoy está todo bien, ¿no es así? —le pregunté con una repentina aprensión en la voz.

—No te veo matando a nadie hoy —me garantizó.

—Gracias, Alice.

—Ve a vestirte. No diré nada: dejaré que seas tú quien se lo cuente a los demás cuando estés listo.

Se levantó y volvió a bajar disparada las escaleras, con los hombros algo hundidos. *Te echaré de menos. Mucho.*

Sí, yo también la echaría de menos a ella.

El trayecto al instituto fue muy silencioso. Jasper notaba que Alice estaba disgustada por algo, pero sabía que, si ella hubiese querido hablar del tema, ya lo habría hecho. Emmett y Rosalie eran totalmente ajenos a ello, sumidos en otro de sus momentos, mirándose el uno al otro a los ojos con asombro: era bastante vergonzoso verlo desde fuera. Todos éramos ya bastante conscientes de lo enamoradísimos que estaban. O tal vez yo estuviera siendo presa de mi amargura por ser el único que estaba solo. Había días en los que era más difícil vivir con tres parejas de amantes perfectamente compenetrados. Este era uno de ellos.

Quizá todos fuesen más felices sin tenerme a mí por allí, con el mal genio y la hostilidad propias del hombre viejo que debería ser a estas alturas.

Por supuesto, lo primero que hice en cuanto llegamos al instituto fue buscar a la chica. Solo para prepararme, otra vez.

Ya.

Era vergonzoso ver cómo, de pronto, mi mundo parecía haberse vaciado de todo lo que no fuese ella.

Sin embargo, era algo bastante sencillo de entender, la verdad. Después de ochenta años de lo mismo todos los días y todas las noches, cualquier cambio se convertía en objeto de una atención absorbente.

Ella no había llegado aún, pero alcanzaba a oír el estruendo de los resoplidos del motor de su camioneta en la distancia. Me apoyé en el lateral del coche para esperar. Alice se quedó conmigo mientras los demás se dirigían directos a clase. Mi obsesión ya los tenía aburridos: para ellos era incomprensible que cualquier ser humano pudiera tenerme interesado durante tanto tiempo, por muy apetecible que fuera su olor.

La chica apareció en su camioneta, muy despacio, con los ojos muy atentos a la carretera y las manos bien agarradas al volante. Se la veía preocupada por algo, y tardé un segundo en percatarme de qué era ese algo, cuando caí en la cuenta de que todos los humanos tenían hoy la misma cara. Ah, la carretera estaba resbaladiza por las placas de hielo, y todos intentaban conducir con más precaución. Saltaba a la vista que se estaba tomando muy en serio aquel riesgo añadido.

Eso parecía encajar con lo poco que había averiguado sobre su manera de ser, y lo añadí a mi pequeña lista: era una persona seria, responsable.

Aparcó no muy lejos de mí, aunque no reparó en mi presencia, allí de pie, mirándola. Me pregunté qué haría cuando me viese. ¿Se sonrojaría y se marcharía? Esa era mi primera opción, aunque lo mismo me devolvía la mirada. Quizá viniese a hablar conmigo.

Respiré hondo y me llené los pulmones esperanzado, por si acaso.

Se bajó de la camioneta con sumo cuidado, probó el suelo resbaladizo antes de apoyar todo su peso en él. No levantó la cabeza, y eso me dejó frustrado. A lo mejor iría yo a hablar con ella...

No, eso sería un error.

En lugar de dirigirse hacia el instituto, se acercó a la parte de atrás de la camioneta agarrándose en el lateral de la caja del vehículo de un modo muy cómico, sin confiar ni una pizca en dónde ponía los pies. Me arrancó una sonrisa, y sentí en el rostro la mirada de Alice. Fuera lo que fuese, yo no deseaba oír lo que esto le estaba haciendo pensar: me estaba divirtiendo demasiado viendo cómo la chica comprobaba las cadenas de sus ruedas. Tal y como se le resbalaban los pies aquí y allá, parecía estar en verdadero peligro de caerse. Nadie más estaba pasando esos apuros; ¿es que había aparcado en la zona con más hielo?

Se detuvo allí, con la mirada baja y una expresión extraña en la cara. Era tan... tierno. Como si algo que hubiese en aquella rueda la hubiese... ¿emocionado?

Volví a sentir una punzada de curiosidad, tan fuerte como la sed. Era como si tuviese que saber en qué estaba pensando... Como si no importara nada más.

Iría a hablar con ella. Tenía pinta de necesitar que le echaran una mano, al menos hasta que saliese del pavimento resbaladizo. Pero, claro, yo tampoco se la podía ofrecer, ¿no? Vacilé, indeciso. Con lo poco que parecía gustarle la nieve, a duras penas agradecería el roce de una gélida mano blanquecina como la mía. Debería haberme puesto guantes...

—¡NO! —soltó Alice con un grito ahogado.

Estudié al instante sus pensamientos y lo primero que pensé fue que yo había tomado alguna mala decisión y que Alice me había visto haciendo algo inexcusable, pero no tenía nada que ver conmigo, en absoluto.

Era Tyler Crowley quien había decidido tomar la curva de entrada al aparcamiento a una velocidad imprudente, y esta decisión iba a provocar que patinara sobre una placa de hielo.

La visión se produjo apenas medio segundo antes que la realidad. El monovolumen de Tyler tomó la curva mientras yo aún presenciaba la imagen que le había arrancado el grito de los labios a Alice.

No, aquella visión no tenía nada que ver conmigo, y, aun así, tenía absolutamente todo que ver conmigo, porque el monovolumen de Tyler —cuyos neumáticos pisaban ahora mismo la placa de hielo en el peor de los

ángulos— iba a hacer un trompo en el aparcamiento e iba a aplastar a aquella chica que se había convertido en el centro de mi universo sin que nadie se lo hubiera pedido.

Aun sin las visiones premonitorias de Alice, habría resultado bastante sencillo interpretar la trayectoria del vehículo, que avanzaba a toda velocidad fuera del control de las manos de Tyler.

La chica, que estaba en el peor sitio posible, junto a la parte de atrás de la camioneta, levantó la vista confundida por el ruido del patinazo de los neumáticos. Miró directamente a mis ojos, horrorizados, y volvió la cabeza para ver cómo le llegaba la muerte.

¡Ella no! Aquellas palabras sonaron en un grito en mi mente, como si fueran de otra persona.

Aún aferrado a los pensamientos de Alice, vi que la imagen cambiaba de forma súbita, pero no me dio tiempo de ver cuál sería el resultado.

Me abalancé a través del aparcamiento y me arrojé entre el derrape del monovolumen y la chica paralizada. Me desplazé a tal velocidad que todo se convirtió en pinceladas borrosas salvo el objeto de mi concentración. Ella no me vio —no había ojo humano capaz de seguirme en mi vuelo—, continuaba mirando fijamente a aquella mole que estaba a punto de triturarla contra el metal de la carrocera de su camioneta.

Le pasé el brazo por la cintura, con demasiada urgencia como para ser tan delicado como a ella le hubiera hecho falta. En la centésima de segundo que transcurrió entre el acto de arrancar su liviano físico de la trayectoria de la muerte y el de impactar contra el suelo con ella en mis brazos, tomé una vívida consciencia de la fragilidad de un cuerpo tan quebradizo como el suyo.

Cuando oí que su cabeza golpeaba contra el hielo, me sentí como si yo mismo me hubiese congelado también.

Pero ni siquiera dispuse de un segundo entero para comprobar su estado. Oí el monovolumen a nuestra espalda, los chirridos y rasponazos al girar contra el sólido chasis de hierro de la camioneta de la chica. Estaba cambiando de trayectoria, trazando una curva, y venía de nuevo a por ella: como si la chica fuese un imán que tirase de aquella mole hacia nosotros.

Dije entre dientes una palabra que jamás se me había escapado en presencia de una dama.

Ya había hecho demasiado. Cuando me había lanzado prácticamente volando por los aires para apartarla de en medio, ya era del todo consciente del error que estaba cometiendo. Saber que era un error no me había detenido,

pero tampoco era ajeno al riesgo que estaba asumiendo, no solo para mí, sino para toda mi familia.

Quedar al descubierto.

Y esto no sería de ayuda, desde luego, pero de ninguna manera iba a permitir que aquel monovolumen se saliese con la suya en su segundo intento de quitarle la vida.

La solté, lancé los brazos hacia delante y sujeté el monovolumen antes de que pudiera tocar a la chica. La fuerza con la que se aproximaba me arrojó de espaldas contra el coche que estaba aparcado junto a la camioneta, y noté cómo se hundía la carrocería en contacto con mis hombros. El monovolumen se agitó y tembló contra el inflexible obstáculo que formaban mis brazos, se columpió y se balanceó inestable sobre las dos ruedas del costado opuesto a nosotros.

Si retiraba las manos, la rueda trasera del monovolumen le caería sobre las piernas a la chica.

Ah, por todos los santos del cielo bendito, ¿es que las catástrofes no se iban a terminar nunca? ¿Había algo más que pudiera salir mal? No me podía quedar allí sentado sujetando el monovolumen en el aire, ni mucho menos, y esperar a que llegara el rescate. Tampoco podía empujar el monovolumen y arrojarlo lejos: había que tener en cuenta al conductor, cuyos pensamientos llegaban incoherentes por el pánico.

Con un gruñido para mis adentros, empujé el monovolumen de tal forma que se balanceara y se alejase de nosotros un instante. En el momento en que volvió a caer hacia mí, lo sujeté por debajo del chasis con la mano derecha al tiempo que de nuevo rodeaba a la chica por la cintura con el brazo izquierdo, la sacaba de debajo de la amenaza de aquella rueda y la atraía para sujetarla con fuerza contra mi costado. Su cuerpo se movió inerte mientras yo tiraba de ella de un lado a otro para que las piernas quedaran libres: ¿estaba consciente? ¿Qué daños le habría provocado en aquel intento espontáneo de rescate?

Ahora que ya no podía hacerle ningún daño, dejé caer el monovolumen, que se estampó contra el pavimento; se le reventaron a una todos los cristales.

Sabía que me encontraba en medio de una crisis. ¿Cuánto había visto la chica? ¿Me habría visto algún otro testigo materializarme a su lado y después hacer malabarismos con el monovolumen al tratar de sacarla de debajo? Estas preguntas deberían ser mi mayor preocupación.

Pero me sentía demasiado inquieto como para que la amenaza de quedar al descubierto me importase tanto como debía. Me aterraba la posibilidad de haberle provocado alguna lesión en mi esfuerzo por salvarle la vida. Sentía

pánico por tenerla tan cerca de mí, consciente de que la olería si me permitía respirar. Tenía demasiado presente el calor de su cuerpo, tan blando y apretado contra el mío: podía sentir ese calor incluso a través del doble obstáculo de nuestros abrigos.

El primero de los temores era el mayor de todos. Cuando estallaron a nuestro alrededor los gritos de los testigos, me incliné para examinar su rostro, para ver si estaba consciente..., con la fervorosa esperanza de que no estuviera sangrando por ninguna parte.

Tenía los ojos abiertos y fijos, una mirada de shock.

—¿Bella? —le pregunté con ansia—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo aquellas palabras de forma automática y con voz aturdida.

Al oír su voz, me invadió un alivio tan exquisito que resultó casi doloroso. Cogí aire entre los dientes y, por una vez, no me importó el sufrimiento del ardor en la garganta que aquello traía consigo. En un cierto y extraño sentido, fue casi como si lo agradeciese.

Forcejeó para incorporarse, pero yo no estaba dispuesto a liberarla aún. Me daba la sensación de que tenerla así, recogida contra mi costado, era... ¿más seguro? Mejor, al menos.

—Ve con cuidado —le advertí—. Creo que te has dado un buen porrazo en la cabeza.

No había percibido el olor de la sangre fresca —qué gran bendición—, pero eso no descartaba las lesiones internas. De pronto me sentía ansioso por llevarla con Carlisle y la dotación completa del equipo de radiología.

—¡Ay! —dijo con un cómico tono de asombro al percatarse de que yo tenía razón respecto a lo del golpe en la cabeza.

—Tal y como pensaba... —El alivio hizo que me resultara gracioso, casi me hizo sentir vértigo.

—¿Cómo demo...? —dejó la frase en el aire y parpadeó con rapidez—. ¿Cómo has llegado aquí tan rápido?

El alivio se volvió amargo, el humor se deshizo. Sí se había dado cuenta, de mucho.

Ahora que parecía que la chica estaba en unas condiciones decentes, la inquietud por mi familia se agravó.

—Estaba a tu lado, Bella.

Por experiencia, sabía que si me mostraba muy confiado al mentir, cualquiera que me interrogara se sentiría menos seguro de la verdad.

De nuevo se revolvió para moverse, y esta vez se lo permití. Me hacía falta respirar para poder interpretar en condiciones mi papel, tenía que separarme del ardor de su sangre caliente de tal forma que no se mezclara con su olor y acabara ganándome la partida. Me aparté de ella, tanto como era posible en aquel espacio tan reducido entre los vehículos siniestrados.

Alzó los ojos, me miró sin parpadear, y correspondí a su mirada. Ser el primero en desviarla sería un error que solo cometería un mentiroso incompetente, y yo no lo era. Mi expresión era tranquila y afable. Pareció confundirla. Eso era bueno.

La escena del accidente ya estaba rodeada de gente. Alumnos, sobre todo, chicos que se asomaban y se empujaban a través de las rendijas por si hubiera algún cuerpo destrozado a la vista. Había un murmullo de gritos y una riada de pensamientos. Leí a toda velocidad los pensamientos para asegurarme de que aún no había ninguna sospecha, y, acto seguido, los bloqueé y me concentré tan solo en la chica.

Estaba distraída con aquel caos. Miraba a su alrededor con una expresión aún aturrida, e intentó ponerse en pie.

Le puse una mano con suavidad en el hombro para retenerla sentada.

—Quédate ahí por ahora.

Parecía estar bien, pero ¿de verdad tenía que ponerse a mover el cuello? Otra vez eché de menos a Carlisle. Mis años de estudio teórico de la medicina no eran en absoluto comparables con sus siglos de ejercicio en la práctica.

—Pero hace frío —se opuso.

Acababa de estar a punto de morir aplastada en dos ocasiones distintas, y era el frío lo que le preocupaba. La risa se me escapó entre los dientes antes de ser capaz de recordar que la situación no tenía ninguna gracia.

Bella parpadeó, y sus ojos se concentraron en mi rostro.

—Estabas allí, lejos.

Aquello me devolvió la seriedad.

Miró hacia el sur, aunque allí no había nada que ver salvo el lateral arrugado del monovolumen.

—Te encontrabas al lado de tu coche.

—No, no es cierto.

—Te he visto —insistió ella; era una voz infantil en su tozudez, con el mentón hacia fuera.

—Bella, estaba contigo, a tu lado, y te he quitado de en medio.

La miré a los ojos, profundamente, intentando convencerla de que aceptase mi versión, la única versión racional que había sobre la mesa.

Encajó la mandíbula.

—No.

Traté de mantener la calma, no ser presa del pánico. Ojalá pudiese mantenerla callada por unos instantes para que me diese tiempo a destruir las pruebas... y a socavar su historia aludiendo al golpe en la cabeza.

¿No debería resultar sencillo mantener en silencio a esta chica tan tímida y callada? Solo tenía que hacerme caso, apenas unos segundos...

—Por favor, Bella —le dije con una voz que sonaba demasiado intensa, porque de repente deseaba su confianza, y la deseaba con desesperación, no solo al respecto de este accidente. Un deseo de lo más estúpido. ¿Qué sentido tendría para ella confiar en mí?

—¿Por qué? —me preguntó, aún a la defensiva.

—Confía en mí —le rogué.

—¿Prometes explicármelo todo después?

Me irritó tener que volver a mentirle, cuando, de alguna manera, deseaba tanto ser merecedor de su confianza. Cuando le respondí, fue de manera brusca.

—Muy bien.

—Muy bien —repitió ella en el mismo tono.

Mientras se iniciaba el intento de rescate a nuestro alrededor —llegaban los adultos, llamaban a las autoridades, sonaban las sirenas en la distancia—, traté de no prestar atención a la chica y de poner en el orden correcto mis prioridades. Estudié todas las mentes del aparcamiento, tanto los testigos como los recién llegados, pero no fui capaz de dar con nada peligroso. Muchos se sorprendían de verme allí al lado de Bella, pero, ya que no había otra conclusión posible, todos daban por sentado que no se habían fijado en mí de pie junto a ella antes del accidente.

La chica era la única que no aceptaba la explicación más sencilla, pero a ella la considerarían la testigo menos fiable. Se había quedado aterrorizada, traumatizada, por no mencionar el golpe que se había llevado en la cabeza. Tal vez se encontrara en estado de shock. Sería algo admisible que su relato estuviese confuso, ¿no? Nadie le daría demasiado crédito por encima del de tantos otros testigos oculares.

Hice una mueca de dolor al captar los pensamientos de Rosalie, Jasper y Emmett, que acababan de llegar a la escena del accidente. Esta noche se armaría una buena por culpa de esto.

Quería alisar la abolladura que había dejado con los hombros en el coche de color beis, pero la chica estaba demasiado cerca. Tendría que esperar hasta

que estuviera distraída.

La espera era muy frustrante —tantas miradas sobre mí— mientras los humanos se afanaban con el monovolumen e intentaban apartarlo de nosotros. Podría haberlos ayudado, solo para acelerar las cosas, pero ya me había metido en bastantes líos, y la chica tenía una mirada atenta. Por fin se las arreglaron para moverlo lo bastante como para que los técnicos sanitarios de emergencias llegaran hasta nosotros con sus camillas.

Fue un rostro entrecano conocido para mí el que me evaluó.

—Hola, Edward —me dijo Brett Warner.

Era enfermero titulado, además de técnico de emergencias, y lo conocía bien del hospital. Fue un golpe de suerte —el único de hoy— que él fuera el primero en llegar a nosotros. En sus pensamientos, Brett se estaba percatando de que yo parecía tranquilo y alerta.

—¿Estás bien, chaval?

—Perfectamente, Brett. No he recibido ningún golpe, con nada, pero me temo que aquí, Bella, podría tener una conmoción. Se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza cuando he tirado de ella para quitarla de en medio.

Brett se centró en la chica, que me lanzó una feroz mirada como si la hubiese traicionado. Ah, cierto, ella era una mártir silenciosa: prefería sufrir en silencio.

Aun así, no contradijo mi relato de forma inmediata, y eso me hizo sentir más tranquilo.

El técnico sanitario que vino después insistió en que me dejase tratar, pero tampoco resultó muy difícil disuadirlo. Le prometí que me encargaría de que me examinara mi padre, y el hombre lo dejó estar. Con la mayoría de los humanos, bastaba con hablar con calma y seguridad. Con la mayoría de los humanos, pero no con la chica, por supuesto. ¿Es que no encajaba en ninguno de los patrones normales?

Mientras le ponían un collarín —y la cara se le volvía roja como un tomate por la vergüenza—, aproveché el momento de distracción para recomponer en silencio la forma de la abolladura del coche beis con el talón. Solo mis hermanos se percataron de lo que estaba haciendo, y en los pensamientos de Emmett oí la promesa de que se encargaría de cualquier cosa que se me escapara a mí.

Agradecido por su ayuda —y más agradecido aún de que Emmett, por fin, me hubiese perdonado ya mi peligrosa elección—, me sentí más relajado al subirme al asiento delantero de la ambulancia al lado de Brett.

El jefe de policía llegó antes de que hubiesen terminado de subir a Bella en la parte de atrás de la ambulancia.

Aunque los pensamientos del padre de Bella estaban más allá de las palabras, el pánico y la preocupación que emanaban de la mente de aquel hombre eclipsaban prácticamente todos los demás pensamientos de alrededor. Una ansiedad y una culpa mudas, una gran avalancha de ambas, salían de él a borbotones al ver a su única hija en la camilla.

Alice no exageraba cuando me advirtió de que matar a la hija de Charlie Swan también lo mataría a él.

Al escuchar el pánico en su voz, esa misma culpa me hizo agachar la cabeza.

—¡Bella! —gritó.

—Estoy perfectamente, Char..., papá. —Suspiró—. No me pasa nada.

La garantía de las palabras de la chica apenas sirvió para calmar el pavor del jefe de policía, que se volvió hacia el sanitario más próximo para exigirle más información.

Hasta que le oí hablar y formar frases del todo coherentes a pesar del pánico, no advertí que la ansiedad y la preocupación del jefe de policía no eran «mudas». Es que yo... no alcanzaba a oír sus palabras exactas.

Mmm. Charlie Swan no era tan silencioso como su hija, pero ya veía de dónde lo había sacado ella. Interesante.

Nunca había pasado mucho tiempo cerca del jefe de policía del pueblo. Siempre lo había tenido por un hombre de pensamiento lento: ahora me percataba de que aquí el lento era yo. Sus pensamientos estaban ocultos en parte, no ausentes. Solo alcanzaba a distinguir su tenor, el tono que tenían.

Quise escuchar con más atención, ver si conseguía hallar la clave de los secretos de la chica en este nuevo enigma un tanto menor, pero ya habían subido a Bella en la parte de atrás, y la ambulancia ya se había puesto en marcha.

Qué duro era obligarme a soltar y dejar ir aquella posible solución del misterio que había llegado a obsesionarme, pero ahora tenía que pensar: observar todo cuanto había sucedido hoy desde todos los ángulos. Debía escuchar, asegurarme de que no nos había puesto a todos en un peligro tal que tuviéramos que marcharnos de inmediato. Debía concentrarme.

En los pensamientos de los técnicos sanitarios de emergencias no había nada que me preocupase. Hasta donde ellos podían ver, a la chica no le pasaba nada grave, y Bella se estaba ciñendo a la historia que yo había contado, por ahora.

Al llegar al hospital, la prioridad era ver a Carlisle. Entré con prisas por las puertas automáticas, pero fui incapaz de renunciar por completo a seguir atendiendo a Bella. Continué echándole un ojo metafórico a través de los pensamientos de los técnicos sanitarios.

Era sencillo encontrar el sonido conocido de la mente de mi padre. Estaba en su pequeño despacho, a solas: el segundo golpe de suerte en este desafortunado día.

—Carlisle.

Me oyó aproximarme y se alarmó nada más verme la cara. Se puso en pie de un salto y se inclinó hacia delante, sobre su escritorio de nogal perfectamente organizado.

Edward... ¿No habrás...?

—No, no. No es eso.

Respiró hondo. *Por supuesto que no. Siento haber contemplado esa posibilidad. Tus ojos, claro, tenía que haberlo sabido.* Aliviado, reparó en que aún tenía los ojos de color miel.

—Pero sí se ha hecho daño, Carlisle, seguramente nada serio, pero...

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente de coche muy absurdo. Estaba en el peor sitio en el peor momento, pero no me he podido quedar ahí plantado; dejar que la aplastara...

Empieza desde el principio, no lo entiendo. ¿Cómo estabas tú implicado?

—Un monovolumen ha patinado en el hielo —susurré. Mientras hablaba, me quedé mirando a la pared que Carlisle tenía detrás. En lugar de un millar de títulos enmarcados, él tenía una simple pintura al óleo: uno de sus cuadros favoritos, un Hassam desconocido—. Ella estaba en medio. Alice lo ha visto venir, pero ya no había tiempo para hacer nada que no fuese atravesar corriendo a toda velocidad el aparcamiento y empujarla para quitarla de en medio. Nadie se ha dado cuenta..., salvo ella misma. También he tenido que parar el monovolumen, pero igual que antes, nadie lo ha visto... aparte de ella. Yo... lo siento, Carlisle. No pretendía ponernos en peligro.

Rodeó su escritorio y me abrazó unos segundos antes de retroceder.

Has hecho lo correcto, y no puede haber sido fácil para ti. Estoy orgulloso, Edward.

Entonces pude mirarlo a los ojos.

—Sabe que yo... Que tengo algo raro.

—Eso no importa. Si tenemos que irnos, nos iremos. ¿Qué ha contado ella?

Hice un gesto negativo con la cabeza, un poco frustrado.

—Todavía nada.

¿Todavía?

—Ha aceptado mi versión de los hechos, pero está esperando una explicación.

Valoró aquello con el ceño fruncido.

—Se ha dado un golpe en la cabeza... Bueno, más bien he sido yo —dije, y proseguí de inmediato—: La he tirado al suelo con bastante fuerza. Parece que está bien, pero... No creo que haga falta mucho para desacreditar su versión.

Me sentí como un canalla tan pronto como pronuncié esas palabras.

Carlisle percibió el profundo desagrado en mi voz.

Tal vez eso no sea necesario. Vamos a ver qué sucede, ¿te parece? Yo diría que tengo una paciente a la que examinar.

—Por favor —le dije—. Temo haberle hecho daño.

La expresión de Carlisle le iluminó el rostro. Se pasó la mano por el pelo rubio —apenas unos tonos más claro que el dorado de sus ojos— y se rio.

Ha sido un día muy interesante para ti, ¿verdad? Pude ver en su mente lo irónico del asunto, y tenía su gracia, al menos para él. Menudo intercambio de papeles. En algún instante en el transcurso de ese breve e irreflexivo segundo en que había salido disparado a través del aparcamiento, me había transformado de asesino en protector.

Me reí con él y recordé lo seguro que había estado de que Bella jamás necesitaría que la protegiesen de nada más que de mí mismo. En mi risa había un deje de nervios, porque, pese al monovolumen, aquello continuaba siendo totalmente cierto.

Aguardé a solas en el despacho de Carlisle —una de las horas más largas de mi existencia—, escuchando un hospital lleno de pensamientos.

Tyler Crowley, el conductor del monovolumen, al parecer había sufrido lesiones más importantes que Bella, y las atenciones se habían centrado en él mientras ella esperaba su turno para entrar en radiología. Carlisle permaneció en un segundo plano y confió en el diagnóstico inicial que decía que la chica apenas había sufrido unas heridas leves. Aquello me hizo sentir ansiedad, aunque sabía que Carlisle estaba en lo correcto al actuar así. En cuanto ella le viese la cara, por fugaz que fuese, de inmediato se acordaría de mí, del hecho de que había algo que no encajaba en mi familia, y eso podría hacer que hablase.

Y no cabía la menor duda de que la chica contaba con un acompañante más que dispuesto a conversar. Era como si Tyler se sintiera consumido por la culpa por haber estado a punto de matarla y no fuese capaz de dejar de hablar del tema. Podía ver la expresión de la cara de ella a través de los ojos de Tyler, y estaba claro que deseaba que él lo dejara de una vez. ¿Cómo es que el chico no lo veía?

Se produjo un momento de tensión para mí cuando Tyler le preguntó cómo había conseguido apartarse.

Aguardé, petrificado, mientras ella vacilaba.

—Pues... —la oyó decir Tyler. Hizo entonces una pausa tan larga que el chico se cuestionó si su pregunta la habría confundido. Por fin, la chica prosiguió—: *Edward me ha empujado para apartarme de la trayectoria de la camioneta.*

Exhalé. Y entonces se me aceleró la respiración. Jamás la había oído pronunciar mi nombre. Me gustó cómo sonaba, incluso al oírlo a través de los pensamientos de Tyler. Deseaba oírlo por mí mismo...

—*Edward Cullen* —dijo ella al ver que Tyler no caía en la cuenta. Me sorprendí al verme ante la puerta, con la mano en el picaporte. El deseo de verla se estaba volviendo más intenso. Tuve que recordarme la necesidad de ser precavido—. *Estaba a mi lado.*

—¿Cullen? —Mmm. Qué raro—. *No lo he visto...* —*Habría jurado que...*
— *¡Vaya, todo ha ocurrido muy deprisa! ¿Está bien?*

—*Supongo que sí. Anda por aquí cerca, pero a él no le han obligado a utilizar una camilla.*

Vi la mirada pensativa en el rostro de la chica, la sospecha que le tensaba los ojos, unos cambios sutiles en su expresión de los que Tyler no se enteraba.

Es mona, estaba pensando él, casi sorprendido. *Incluso hecha un desastre. No es mi tipo. Aun así... Debería invitarla a salir. Compensarla por lo de hoy.*

Me encontraba ya en el pasillo, a medio camino de la sala de urgencias y sin pensar por un solo segundo en lo que estaba haciendo. Afortunadamente, la enfermera accedió a la sala antes de que pudiese hacerlo yo: era el turno de Bella en radiología. Me apreté contra la pared en un rincón oscuro a la vuelta de la esquina e intenté recobrar el autocontrol mientras se la llevaban.

No importaba si Tyler pensaba que era guapa. Cualquiera podía percatarse de eso. No había ninguna razón para que yo me sintiese... ¿Cómo me sentía? ¿Molesto? ¿O sería más realista decir enfadado? Aquello no tenía ningún sentido.

Permanecí donde estaba durante tanto tiempo como pude, pero la impaciencia se apoderó de mí y di un rodeo hasta la sala de radiología. Ya se la habían llevado de vuelta a urgencias, pero pude echar un vistazo a sus radiografías mientras la enfermera tenía la atención puesta en alguna otra parte.

Me sentí más tranquilo después de haberlo hecho. La cabeza estaba en perfectas condiciones. No le había provocado ninguna lesión; nada, en realidad.

Allí me encontró Carlisle.

Tienes mejor aspecto, fue el comentario que me hizo.

Me quedé mirando al frente. No estábamos solos, los pasillos estaban repletos de celadores y de visitas.

Ah, sí. Colgó las radiografías a la luz del negatoscopio, pero no me hizo falta verlas por segunda vez. Ya veo, está en perfectas condiciones. Bien hecho, Edward.

El sonido de la aprobación de mi padre me produjo unas reacciones encontradas. Me habría agradado, pero sabía que él no iba a aprobar lo que iba a hacer a continuación. Al menos, no lo aprobaría si conociese mis verdaderos motivos.

—Creo que voy a ir a hablar con ella... antes de que te vea a ti — murmuré para el cuello de mi camisa—. Comportarme con naturalidad, como si no hubiese pasado nada. Suavizar las cosas.

Razones aceptables, todas ellas.

Carlisle asintió distraído, observando aún las radiografías.

—Buena idea. Mmm.

Miré para ver qué atraía su interés.

¡Fíjate, todas esas contusiones cicatrizadas! ¿Cuántas veces se le escapó a su madre de entre los brazos? Carlisle se rio para sus adentros con su propia broma.

—Estoy empezando a pensar que esa chica tiene verdadera mala suerte, siempre en el peor sitio en el peor momento.

Desde luego, Forks es el peor sitio para ella, contigo aquí.

Di un respingo.

Adelante. Suaviza las cosas. Me uniré a ti de un momento a otro.

Me alejé con paso rápido, sintiéndome culpable. Tal vez mintiese demasiado bien, si era capaz de engañar a Carlisle.

Cuando llegué a urgencias, Tyler estaba farfullando entre dientes, seguía disculpándose. La chica fingía dormir en un intento por escapar de los

remordimientos de su compañero. Tenía los ojos cerrados, pero su respiración no era estable, y de vez en cuando tenía un tic de impaciencia en los dedos.

Observé su rostro durante un rato largo. Esta sería la última vez que la viese. Aquel hecho me produjo un dolor agudo en el pecho. ¿Sería por lo mucho que odiaba dejar un enigma sin resolver? Eso no parecía explicación suficiente.

Por fin, respiré hondo y me moví para quedar a la vista.

Tyler comenzó a hablar en cuanto me vio, pero me llevé un dedo a los labios.

—¿Está durmiendo? —murmuré.

Los ojos de Bella se abrieron de golpe y se centraron en mi rostro. Por un instante se abrieron de forma exagerada, y luego se entrecerraron en un gesto de ira o de sospecha. Recordé que tenía un papel que interpretar, así que le sonreí como si no hubiera sucedido nada inusual aquella mañana..., aparte del golpe en la cabeza y de una imaginación un tanto desbocada.

—Oye, Edward —dijo Tyler—. Lo siento mucho...

Alcé una mano para detener sus disculpas.

—No hay culpa sin sangre —le dije en tono irónico y, sin pensarlo, se me puso una sonrisa demasiado amplia con aquella broma tan personal.

Tyler sintió un escalofrío y apartó la mirada.

Qué sorprendente, lo sencillo que resultaba hacer caso omiso de Tyler, allí tumbado a poco más de metro y medio y con unas heridas más profundas que aún sangraban. Jamás había llegado a entender cómo se las arreglaba Carlisle para hacer eso: ignorar la sangre de sus pacientes a la hora de tratarlos. ¿No supondría aquella tentación constante una distracción demasiado fuerte, un peligro excesivo? Pero ahora... Ahora veía que la tentación se reducía a nada si te concentrabas en alguna otra cosa con la intensidad suficiente.

Incluso fresca y a la vista, la sangre de Tyler no era nada en comparación con la de Bella.

Mantuve la distancia con ella y me senté a los pies del colchón de Tyler.

—Bueno, ¿cuál es el diagnóstico? —le pregunté a ella.

Sacó un poco el labio inferior en un mohín.

—No me pasa nada, pero no me dejan marcharme. ¿Por qué no te han atado a una camilla como a nosotros?

Su impaciencia me hizo volver a sonreír.

Pude oír entonces a Carlisle en el pasillo.

—Tengo enchufe —le dije para quitarle importancia—, pero no te preocupes, voy a liberarte.

Observé con detenimiento su reacción cuando mi padre entró en la sala. Sus ojos se agrandaron y se le abrió la boca en un gesto de sorpresa. Solté un gruñido para mis adentros. Sí, había reparado en el parecido, eso era seguro.

—Bueno, señorita Swan, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Carlisle.

Mi padre tenía un maravilloso trato con los pacientes, los calmaba y lograba que se sintieran cómodos en cuestión de segundos. Yo no podía saber qué efecto había tenido en Bella.

—Estoy bien —dijo en voz baja.

Carlisle colgó sus radiografías en el negatoscopio que había junto a la cama.

—Las radiografías tienen buena pinta. ¿Te duele la cabeza? Edward me ha dicho que te has dado un golpe bastante fuerte.

Bella suspiró e insistió con un «Estoy perfectamente», pero esta vez sí se filtró la impaciencia en su voz. Me lanzó una mirada fulminante.

Carlisle se aproximó más a ella y le pasó los dedos con delicadeza por el cuero cabelludo hasta que dio con el chichón bajo el pelo.

La oleada de emoción que me sobrevino me pilló desprevenido.

Había visto a Carlisle trabajar con humanos un millar de veces. Hacía años, incluso había hecho de su ayudante a título informal, aunque solo en situaciones en las que no había sangre de por medio. De modo que no era algo nuevo para mí, ver su manera de actuar con la chica como si él fuese tan humano como ella. Había sentido envidia de su autocontrol en muchas ocasiones, pero aquello no era lo mismo que esta emoción. Estaba sintiendo envidia por algo que iba mucho más allá de su autocontrol. Suspiraba por lo que nos diferenciaba a Carlisle y a mí: que él pudiese tocarla con esa delicadeza, sin temor, sabiendo que jamás iba a hacerle ningún daño.

Ella hizo una mueca de dolor, y yo di un respingo en mi asiento. Tuve que concentrarme un instante para poder recuperar la postura relajada.

—¿Te duele? —le preguntó Carlisle.

Subió la barbilla en un levísimo gesto.

—No mucho —dijo ella.

Acababa de encajar otra pequeña pieza de su forma de ser: era valiente. No le gustaba mostrarse débil.

Tal vez fuese la criatura más vulnerable que había visto jamás, y no quería parecer débil. Se me escapó la risa entre los dientes.

Ella me lanzó otra mirada fulminante.

—De acuerdo —dijo Carlisle—, tu padre se encuentra en la sala de espera. Te puedes ir a casa con él, pero debes regresar rápidamente si sientes

mareos o algún trastorno de visión.

¿Su padre estaba aquí? Hice un barrido por los pensamientos de la multitud en la sala de espera, pero no fui capaz de localizar en todo el grupo aquella voz mental suya tan sutil antes de que la chica volviese a hablar con una expresión inquieta en la cara.

—¿No puedo ir al instituto?

—Hoy deberías tomarte las cosas con calma —le sugirió Carlisle.

Su mirada volvió a deslizarse hacia mí.

—¿Puede él ir al instituto?

Comportarme con normalidad, suavizar las cosas..., hacer caso omiso de la sensación que percibo cuando ella me mira a los ojos...

—Alguien ha de darles la buena nueva de que hemos sobrevivido —le dije.

—En realidad —me corrigió Carlisle— parece que la mayoría de los estudiantes están en la sala de espera.

Esta vez anticipé la reacción de Bella: su fobia a ser el centro de atención. No me decepcionó.

—¡Oh, no! —se quejó, y se llevó las manos a la cara.

Me gustó el hecho de haber acertado por fin con una conjetura, estar empezando a comprenderla.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó Carlisle.

—¡No, no! —se apresuró a decir, pasó las piernas sobre el lateral del colchón y se deslizó hasta posar los pies en el suelo. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante, en los brazos de Carlisle, que la sujetó y la estabilizó.

De nuevo, la envidia se apoderó de mí.

—Me encuentro bien —dijo ella con un leve sonrojo en las mejillas, antes de que Carlisle pudiese hacer ningún comentario.

Por supuesto, aquel sonrojo no suponía ninguna preocupación para Carlisle. Se aseguró de que Bella había recobrado el equilibrio y bajó las manos.

—Toma unas pastillas de Tylenol contra el dolor —le indicó.

—No me duele mucho.

Carlisle sonrió mientras le firmaba el informe.

—Parece que has tenido muchísima suerte.

Bella volvió el rostro ligeramente, para mirarme a mí con una expresión dura en los ojos.

—La suerte ha sido que Edward estaba a mi lado.

—Ah, sí, bueno —se apresuró a admitir Carlisle en cuanto oyó en su voz lo mismo que había oído yo: Bella no había descartado sus sospechas como si fueran imaginaciones suyas; aún no.

Toda tuya, pensó Carlisle. *Lidia tú con esto como consideres mejor.*

—Muchísimas gracias —susurré, rápido y silencioso; ninguno de los dos humanos me oyó.

Al oír mi sarcasmo, los labios de Carlisle se curvaron levemente hacia arriba al tiempo que se daba la vuelta hacia Tyler.

—Lamento decirle que usted se va a tener que quedar con nosotros un poquito más —dijo mientras comenzaba a examinar las laceraciones superficiales que le había dejado el estallido del parabrisas.

Bueno, yo había generado aquel embrollo, así que era justo que fuese yo quien lidiase con ello.

Bella se dirigió muy despacio hacia mí y no se detuvo hasta que se situó tan cerca que me resultó incómodo. Recordé aquellas esperanzas que me había hecho —antes del caos— de que se acercara a mí. Esto no era sino una parodia de aquel deseo.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me dijo entre dientes.

Su aliento cálido me inundó la cara, y tuve que retroceder un paso con un tambaleo. Su atractivo no había decaído un ápice. Cada vez que la tenía cerca, desencadenaba mis peores instintos, los más incontrolables. El veneno me fluía en la boca, y mi cuerpo ansiaba lanzarse al ataque: agarrarla entre mis brazos y triturarle el cuello con los dientes.

Mi mente era más fuerte que mi cuerpo, pero solo a duras penas.

—Tu padre te espera —le recordé con la mandíbula bien encajada.

Bella miró hacia Tyler, que no nos estaba prestando la menor atención, y hacia Carlisle, que sí estaba siguiendo hasta el último de mis movimientos.

Con cuidado, Edward.

—Quiero hablar contigo a solas, si no te importa —insistió ella en voz baja.

Me daban ganas de decirle que sí, que me importaba mucho, pero sabía que acabaría teniendo que pasar por esto. Por qué no acabar con ello de una vez por todas.

Me sentí invadido por incontables emociones en conflicto al salir de la sala con paso decidido, escuchando sus pisadas tambaleantes a mi espalda mientras trataba de no quedarse atrás.

Tenía que hacer mi teatro, y ya sabía el papel que iba a interpretar, un personaje que tenía absolutamente dominado: sería el villano de la obra.

Mentiría, la ridiculizaría y la trataría con crueldad.

Aquello iba en contra de todos mis buenos impulsos: los impulsos humanos a los que me había aferrado a lo largo de tantos años. Nunca había tenido un mayor deseo de ser digno de confianza que en este momento, cuando me veía en la obligación de hacer añicos cualquier posibilidad de que eso ocurriese.

Saber que este sería el último recuerdo que ella tendría de mí solo empeoraba las cosas. Esta era mi escena de despedida.

Me volví hacia ella.

—¿Qué quieres? —le pregunté con frialdad.

Mi hostilidad la hizo encogerse y retroceder ligeramente. Los ojos se le llenaron de desconcierto, y su rostro adoptó la misma expresión que me había estado atormentando.

—Me debes una explicación —me dijo en un hilo de voz.

El poco color que tenía le abandonó la piel de marfil.

Qué difícil me resultaba mantener la dureza en la voz.

—Te he salvado la vida. No te debo nada.

Dio un respingo. Sentí un escozor como el ácido al ver cómo la herían mis palabras.

—Me lo has prometido —susurró.

—Bella, te has dado un fuerte golpe en la cabeza, no sabes de qué hablas.

Entonces alzó la barbilla.

—No me pasa nada en la cabeza.

Se había enfadado, y esto me facilitaba las cosas. Igualé la agresividad de su mirada y recompose mi rostro para ser más frío, más duro.

—¿Qué quieres de mí, Bella?

—Quiero saber la verdad. Quiero saber por qué miento por ti.

Lo que ella quería era algo justo, así de simple; me frustraba tener que negárselo.

—¿Qué crees que ha pasado? —dije a punto de gruñir.

Sus palabras manaron en un torrente.

—Todo lo que sé es que no estabas cerca de mí, en absoluto, y Tyler tampoco te ha visto, de modo que no me vengas con eso de que me he dado un golpe muy fuerte en la cabeza. La furgoneta iba a matarnos, pero no lo ha hecho. Tus manos han dejado abolladuras tanto en la carrocería de la furgoneta como en el coche marrón, pero has salido ileso. Y luego la has sujetado cuando me iba a aplastar las piernas...

De pronto apretó los dientes, y en los ojos tenía el brillo de unas lágrimas que no había derramado.

Me quedé mirándola con una expresión de absoluta burla y desdén, aunque lo que de verdad sentía era asombro; ella lo había visto todo.

—¿Crees que he apartado a pulso una furgoneta? —le pregunté con aún más sarcasmo en la voz.

Respondió con un rígido gesto de asentimiento.

Adopté un tono más socarrón.

—Nadie te va a creer, ya lo sabes.

Hizo un esfuerzo por controlar sus emociones, la ira, por lo que parecía. Cuando me contestó, pronunció cada palabra con una meditada calma.

—No se lo voy a decir a nadie.

Lo decía en serio, lo veía en sus ojos. Aun furiosa y traicionada, guardaría mi secreto.

¿Por qué?

Durante medio segundo, aquella sorpresa echó a perder mi expresión tan cuidadosamente diseñada, y luego me recompuse de inmediato.

—Entonces ¿qué importa? —le pregunté, e hice un esfuerzo por mantener la severidad en la voz.

—Me importa a mí —dijo con una voz intensa—. No me gusta mentir, por eso quiero tener un buen motivo para hacerlo.

Me estaba pidiendo que confiara en ella, exactamente igual que yo deseaba que ella confiara en mí, pero se trataba de una línea que yo no podía traspasar.

Mantuve el tono insensible en la voz.

—¿Es que no me lo puedes agradecer y punto?

—Gracias —me dijo, y continuó echando humo, en silencio y a la espera.

—No vas a dejarlo correr, ¿verdad?

—No.

—En tal caso... —No podía contarle la verdad ni aunque lo deseara... y tampoco lo deseaba. Prefería que ella se inventase su propia historia en lugar de que supiese lo que yo era, porque nada podría ser peor que la verdad: era un no muerto, una criatura de pesadilla surgida directamente de entre las páginas de una novela de terror—. Espero que disfrutes de la decepción.

Nos miramos el uno al otro con el ceño fruncido.

Se sonrojó y volvió a rechinar los dientes.

—¿Por qué te has molestado en salvarme?

Aquella pregunta no estaba entre las que me esperaba ni entre las que estaba preparado para responder. Había perdido el hilo del papel que estaba interpretando. Sentí que se me caía la careta, y por esta única vez le dije la verdad:

—No lo sé.

Memoricé su rostro una última vez —todavía había en él una expresión de ira, la sangre no se le había desvanecido aún de las mejillas—, me di la vuelta y me alejé de ella.

4. Visiones

Volví al instituto. Era lo correcto, la manera más discreta de proceder.

Antes de que terminara la jornada, casi todos los demás alumnos habían regresado también a clase. Solo Tyler, Bella y unos cuantos más —que seguramente usaban el accidente como excusa para hacer novillos— seguían ausentes.

No entendía por qué me costaba tanto cumplir con mi deber. Sin embargo, llevaba toda la tarde apretando los dientes contra el impulso de saltarme las clases yo también para ir en busca de la chica.

Igual que un acosador. Igual que un acosador obsesivo. Un vampiro obsesionado al acecho.

Las clases de aquel día se me antojaron —por imposible que fuera— todavía más tediosas si cabe que la semana anterior. Había entrado en coma. El color se había escurrido de los ladrillos, los árboles, el cielo, las caras a mi alrededor... Miraba las grietas que discurrían por el enlucido.

También debería estar cumpliendo con mi deber en un segundo aspecto... y no lo estaba haciendo. Aunque, claro, también se podría considerar una conducta incorrecta, desde otro punto de vista.

Desde la perspectiva de un Cullen —no solamente un vampiro, sino un Cullen, el miembro de una familia, lo que suponía un caso excepcional en nuestro mundo—, lo correcto habría sido algo parecido a esto:

—*Me sorprende verte en clase, Edward. Me han comentado que has estado involucrado en ese horrible accidente de esta mañana.*

—*Sí, es cierto, señor Banner, pero he tenido suerte.* —Sonrisa amistosa
—*He salido ileso. Ojalá pudiera decir lo mismo de Tyler y Bella.*

—*¿Cómo están?*

—*Tengo entendido que Tyler está bien... Solamente ha sufrido unos cuantos cortes superficiales a causa del parabrisas roto. En cuanto a Bella, no lo tengo tan claro.* —Un ceño turbado—. *Es posible que sufra una*

conmoción cerebral. Me han comentado que deliraba... Incluso veía cosas. Al parecer, los médicos estaban preocupados...

Así debería haberse desarrollado la escena. Eso era lo que le debía a mi familia.

—Me sorprende verte en clase, Edward. Me han comentado que has estado involucrado en ese horrible accidente de esta mañana.

La sonrisa amistosa brilló por su ausencia.

—No me ha pasado nada.

El señor Banner desplazó el peso de una pierna a otra, incómodo.

—¿Por casualidad sabes cómo están Tyler Crowley y Bella Swan? Por lo que me han dicho, ha habido heridos.

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

El señor Banner carraspeó.

—Ejem, bueno... —dijo. Le falló la voz ante la frialdad de mi mirada.

Se alejó a toda prisa hacia la parte frontal del aula y dio comienzo a la clase.

No había estado bien por mi parte. A menos que se contemplara desde un punto de vista más complejo.

Me parecía tan... tan desconsiderado calumniar a la chica por la espalda, sobre todo cuando había demostrado ser más digna de confianza de lo que yo podía soñar. No había pronunciado ni una sola palabra que pudiera ponerme en evidencia, aunque tenía buenas razones para hacerlo. ¿Cómo iba a traicionarla, si no había hecho nada salvo guardar mi secreto?

Mantuve una conversación casi idéntica con la señora Goff, solo que en español en lugar de en inglés, y Emmett me dedicó una larga mirada.

Espero que tengas una explicación convincente para lo que ha pasado hoy. Rose está en pie de guerra.

Puse los ojos en blanco sin volverme a mirarlo.

En realidad, había discurrido una explicación de lo más convincente. Suponiendo que no hubiera hecho nada para evitar que la furgoneta aplastara a la chica. Me estremecí con solo pensarlo. Pero, de haber sido arrollada, de haber acabado ella mutilada y sangrando, el fluido rojo formando regueros desde sus venas hasta el pavimento, el aroma de la sangre fresca latiendo en el aire...

Me estremecí de nuevo, y no solamente por el horror. Una parte de mí temblaba de puro deseo. No, no habría sido capaz de contemplar su sangre sin exponernos a todos de un modo mucho más escandaloso y espeluznante.

Era una excusa lógica y perfecta..., pero no pensaba usarla. Me daba demasiada vergüenza.

Y, de todos modos, no se me había ocurrido hasta mucho después de que acontecieran los hechos.

Lleva cuidado con Jasper, prosiguió Emmett, ajeno a mis cavilaciones. *Él no está tan enfadado..., pero es más expeditivo.*

Capté lo que quería decir de inmediato y, durante un instante, perdí de vista el aula que me rodeaba. La descarga de rabia fue tan intensa que una neblina roja me empañó la visión. Temí ahogarme en ella.

¡EDWARD! ¡TRANQUILÍZATE!, me gritó Emmett mentalmente. Su mano se posó en mi hombro y me obligó a permanecer sentado antes de que pudiera levantarme de un salto. Rara vez hacía uso de todas sus fuerzas —casi nunca hacía falta, ya que era mucho más fuerte que cualquier vampiro con el que nos hubiéramos topado jamás—, pero tuvo que usarlas ahora. Me aferró el brazo, más que empujarme contra el asiento. De haber ejercido presión, la silla habría estallado debajo de mi cuerpo.

¡CALMA!, me ordenó.

Traté de tranquilizarme, si bien me suponía un esfuerzo enorme. La rabia hervía en mi cabeza.

Jasper no hará nada hasta que hayamos mantenido una reunión. Solamente he creído que debías saber por dónde van los tiros.

Me concentré en relajarme y noté que la mano de Emmett aflojaba la presión.

Intenta no llamar tanto la atención. Ya tienes demasiados problemas como para buscarte más.

Inspiré profundamente y por fin Emmett me soltó.

Eché un vistazo a mi alrededor por pura costumbre, pero nuestro enfrentamiento se había producido en términos tan breves y silenciosos que solamente unas pocas personas sentadas detrás de Emmett habían reparado en él. Ninguno de ellos supo cómo interpretarlo, así que se encogieron de hombros y siguieron a lo suyo. Los Cullen eran bichos raros; todo el mundo lo sabía.

Demonios, chaval, estás hecho un desastre, añadió Emmett con un tono de voz más amable.

—Vete al diablo —rezongué por lo bajo, y le oí soltar una risa entre dientes.

Emmett no era rencoroso y seguramente debería haberle agradecido más su indulgencia. Pero pude ver que él entendía los motivos de Jasper y que

también se estaba planteando cuál sería la mejor manera de actuar en este caso.

La rabia hervía ahora a fuego lento, apenas bajo control. Sí, Emmett era más fuerte que yo, pero todavía no me había vencido en un cuerpo a cuerpo. Él se quejaba de que yo hacía trampas, pero escuchar los pensamientos formaba parte de mi naturaleza, igual que su inmensa fuerza formaba parte de la suya. Luchábamos en igualdad de condiciones.

¿Una pelea? ¿Ese era el inevitable desenlace? ¿Iba a librar una batalla contra mi familia por una humana a la que apenas conocía?

Lo medité unos instantes, pensé en la fragilidad que me había transmitido el cuerpo de la chica comparado con Jasper, Rose y Emmett. Dotados de una fuerza y una rapidez sobrehumanas, ellos eran máquinas de matar por naturaleza.

Sí, lucharía por ella. Contra mi familia. Me estremecí.

¡Pero no sería justo dejarla indefensa cuando había sido yo quien la había puesto en peligro!

Sin embargo, no podía ganar si luchaba solo, no si tenía que enfrentarme a los tres, y me pregunté quiénes serían mis aliados.

Carlisle, sin duda. Él no pelearía, pero se opondría en cuerpo y alma a los propósitos de Rose y Jasper. Tal vez fuera suficiente con eso.

Esme, tenía mis dudas. No tomaría partido contra mí y odiaría disenter con Carlisle, pero apoyaría cualquier plan que mantuviese a su familia intacta. Su máxima prioridad no sería hacer lo correcto, sino yo. Si Carlisle era el alma de la familia, Esme era el corazón. Él nos proporcionó un cabeza de familia al que seguir, y ella convirtió nuestra lealtad hacia él en un acto de amor. Todos nos queríamos; aun ahora, a pesar de la rabia que me inspiraban Jasper y Rose, aunque estuviera planeando enfrentarme a ellos para salvar a la chica, era consciente de que los quería.

Alice..., ni idea. Su elección dependería probablemente del resultado que augurase. Se pondría del lado del ganador, supuse.

Así pues, no podría contar con nadie. Estaría en inferioridad de condiciones, pero no iba a dejar que la chica saliera malparada por mi culpa. Y eso podría implicar la necesidad de recurrir a una maniobra de evasión.

Mi rabia remitió una pizca cuando hizo aparición mi humor negro. Traté de imaginar cómo reaccionaría ella cuando la secuestrase. Ciertamente, rara vez acertaba cuando trataba de anticiparme a sus reacciones, pero ¿de qué otra manera podía reaccionar sino con terror?

Ahora bien, no tenía claro cómo me las ingeniaría para secuestrarla. No sería capaz de soportar su cercanía durante largo rato. Quizá se la devolviera a su madre. Incluso esa estrategia entrañaría gran peligro. Para ella.

Y también para mí, comprendí súbitamente. Si llegase a poner fin a su vida por accidente... No estaba seguro de cuánto dolor me causaría su muerte, pero sabía que sería algo polifacético e intenso.

El tiempo transcurrió raudo mientras rumiaba las dificultades que tenía por delante: la discusión que me esperaba en casa, el conflicto con mi familia, el alcance de las medidas que me vería obligado a tomar después.

Bueno, no podía quejarme de que la vida al otro lado de estas cuatro paredes fuera monótona. Cuando menos, la chica había cambiado eso.

Cuando sonó el timbre, Emmett y yo nos dirigimos al coche en silencio. Él estaba preocupado por mí, y por Rosalie. Sabía que no tendría elección cuando le tocara elegir bando, y eso le angustiaba.

Los demás nos esperaban en el coche, también sin pronunciar palabra. Formábamos un grupo muy silencioso. Solamente yo escuchaba los gritos.

¡Idiota! ¡Pirado! ¡Tarado! ¡Imbécil! ¡Necio egoísta e irresponsable! Rosalie me dedicó un rosario de insultos a pleno pulmón mental. Me impedía escuchar a los demás, pero le hice caso omiso en la medida que pude.

Emmett estaba en lo cierto acerca de Jasper. Tenía muy claro lo que había que hacer.

Alice estaba inquieta, preocupada por Jasper y revisando imágenes de posibles futuros. Fuera cual fuese el frente por el que Jasper se acercase a la chica, Alice siempre me veía ahí, interponiéndome entre los dos. Qué interesante... Ni Rosalie ni Emmett se encontraban a su lado en esas visiones. Así pues, Jasper tenía pensado trabajar solo. Eso igualaría el combate.

Jasper era el mejor luchador de todos y sin duda el más experimentado. Mi única ventaja radicaba en mi capacidad para prever sus movimientos antes de que los ejecutara.

Nunca me había enfrentado a mis hermanos de un modo que no fuera amistoso. Me horrorizaba la idea de hacerle daño a Jasper de manera voluntaria.

No, no lo haría. Me limitaría a cortarle el paso. Nada más.

Me concentré en Alice con el fin de memorizar las distintas posibilidades de ataque por parte de Jasper. Mientras lo hacía, sus visiones se alejaban cada vez más del hogar de los Swan. Yo lo interceptaba antes.

¡Para ya, Edward!, me espetó. *No puede suceder así. No lo permitiré.*

No respondí. Me limité a seguir mirando.

Ella empezó a inspeccionar un futuro más lejano, las regiones vagas y nebulosas de las posibilidades distantes. En aquella zona todo era oscuro e indefinido.

El pesado manto de silencio nos envolvió durante todo el trayecto de vuelta. Aparqué en el enorme garaje que había junto a la casa. El Mercedes de Carlisle estaba allí, junto al gran Jeep de Emmett, el M3 de Rose y mi Vanquish. Me alegré de que Carlisle ya estuviera en casa; el silencio podría quebrarse de manera explosiva y lo quería cerca cuando eso sucediera.

Nos encaminamos directamente al comedor.

La sala, como es natural, nunca se destinaba al uso para el que había sido concebida. Pese a todo, estaba amueblada con una gran mesa de ébano ovalada y sus sillas: éramos muy escrupulosos con nuestro atrezo. A Carlisle le gustaba emplearla como sala de reuniones. En un grupo formado por individuos de personalidades tan potentes y dispares, con frecuencia hacía falta sentarse a discutir las cosas con calma.

Presentía que el escenario no nos iba a resultar de gran ayuda ese día.

Carlisle ocupó su sitio habitual en el lado este de la habitación. Esme estaba junto a él. Se tomaron de la mano sobre la mesa.

Esme mantenía los ojos clavados en mí, esos abismos dorados inundados de inquietud.

Quédate. Ese era su único pensamiento. No tenía ni idea de lo que estaba a punto de comenzar; sencillamente estaba preocupada por mí.

Ansié poder sonreír a la mujer que siempre se había comportado como una madre para mí en todos los sentidos, pero no estaba en mi mano tranquilizarla.

Me senté al otro lado de Carlisle.

Él entendía mejor que ella lo que se avecinaba. Apretaba los labios con fuerza y tenía la frente surcada de arrugas. Su expresión se me antojó demasiado adulta para un rostro tan juvenil.

Cuando el resto de los presentes tomó asiento, advertí que las alianzas acababan de dibujarse.

Rosalie se sentó enfrente de Carlisle, al otro extremo de la mesa alargada. Me fulminó con la mirada, decidida a no despegar los ojos de mí ni por un momento.

Emmett se acomodó a su lado con una expresión tan socarrona como sus pensamientos.

Jasper titubeó y por fin se situó contra la pared, detrás de Rosalie. Había tomado una decisión, fuera cual fuese el resultado de la discusión. Apreté los

dientes.

Alice fue la última en entrar, con los ojos enfocados en algo muy lejano: el futuro, todavía demasiado incierto como para poder recurrir a él. Sin que pareciera que se paraba a pensarlo, se sentó junto a Esme. Se frotó la frente igual que si tuviera jaqueca. Jasper se revolvió inquieto y se planteó unirse a ella, pero permaneció en su sitio.

Inspiré hondo. Yo había empezado esto; debía ser el primero en tomar la palabra.

—Lo lamento —dije mirando a Rose en primer lugar, luego a Jasper y por fin a Emmett—. No pretendía ponerlos en peligro. Actué de manera irreflexiva y asumo plena responsabilidad de mis precipitadas acciones.

Rosalie me lanzó una mirada amenazante.

—¿Qué quieres decir con que «asumes plena responsabilidad»? ¿Lo vas a arreglar?

—No del modo que tú insinúas —repliqué. Hacía esfuerzos por hablar en un tono comedido—. Ya tenía pensado marcharme antes de que esto sucediera. Me iré de inmediato... —*Si me aseguráis que la chica estará a salvo*, añadí mentalmente. *Si tengo claro que ninguno de vosotros le pondrá un dedo encima*—. La situación se resolverá por sí misma.

—No —murmuró Esme—. No, Edward.

Le di unas palmadas suaves en la mano.

—Solamente serán unos años.

—Pero Esme tiene razón —intervino Emmett—. No puedes ir a ninguna parte. Eso no nos ayudaría, sino todo lo contrario. Necesitamos saber qué piensa la gente, ahora más que nunca.

—Alice captará cualquier cosa relevante —discrepé.

Carlisle negó con la cabeza.

—Creo que Emmett está en lo cierto, Edward. Hay más probabilidades de que la chica hable si tú desapareces. O nos marchamos todos o ninguno.

—No diré una palabra —insistí a toda prisa. Rose estaba a punto de estallar y yo quería dejar eso claro antes de que lo hiciera.

—No puedes leerle el pensamiento —me recordó Carlisle.

—Ya lo sé. Alice, échame un cable.

Ella me dirigió una mirada fatigada.

—No puedo ver lo que pasará si decidimos ignorar este problema.

Miró de reojo a Rose y a Jasper.

No, no podía ver ese futuro; no mientras Rosalie y Jasper se mostraran tan reacios a pasar por alto el incidente.

Rosalie golpeó la mesa con la palma de la mano.

—No podemos concederle a la humana la más mínima posibilidad de hablar. Carlisle, seguro que lo entiendes. Aun si decidiéramos marcharnos sin dejar rastro, no sería seguro dejar atrás historias que puedan perseguirnos. Vivimos de un modo tan distinto al del resto de nuestra especie... Muchos se alegrarían de tener una excusa para señalarnos con el dedo y lo sabes. ¡Tenemos que llevar más cuidado que nadie!

—Ya hemos levantado rumores en otras ocasiones —le recordé.

—Nada más que habladurías y sospechas, Edward. ¡No testigos y pruebas!

—¡Pruebas! —resoplé.

Sin embargo, Jasper ya estaba asintiendo con una expresión dura en los ojos.

—Rose... —empezó Carlisle.

—Deja que termine, Carlisle. No será necesario organizar un gran montaje. La chica se ha golpeado la cabeza. Tal vez la herida sea más grave de lo que se pensaba en un principio. —Rosalie se encogió de hombros—. Todo mortal se va a dormir sabiendo que no tiene el despertar garantizado. Los demás dan por supuesto que limpiaremos nuestros estropicios. Estrictamente hablando, eso sería tarea de Edward, pero es obvio que todo esto lo supera. Sabéis que yo soy capaz de controlarme. No dejaré pruebas.

—Sí, Rosalie, todos sabemos hasta qué punto eres una asesina competente —gruñí.

Ella me bufó, incapaz de hablar por un instante. Ojalá esa incapacidad perdurase.

—Edward, por favor —dijo Carlisle. Luego se volvió hacia Rosalie—. Miré hacia otro lado en Rochester porque entendí que necesitaras hacer justicia. Los hombres que asesinaste te habían causado un daño espeluznante. La situación no es la misma. La chica Swan es completamente inocente.

—No es nada personal, Carlisle —dijo Rosalie entre dientes—. Se trata de protegernos a todos.

Se hizo un breve silencio mientras Carlisle meditaba su respuesta a conciencia. Cuando asintió, los ojos de Rosalie se iluminaron. Debería haber sido más lista. Yo sabía lo que iba a decir a continuación. Aunque no hubiera sido capaz de leerle el pensamiento, lo habría adivinado. Carlisle nunca transigía.

—Sé que tus intenciones son buenas, Rosalie, pero... deseo que nuestra familia sea digna de ser protegida. Los... accidentes o pérdidas de control que

acontecen de vez en cuando son una parte lamentable de nuestra naturaleza. —Era muy propio de él incluirse en el plural, por más que nunca hubiera cometido esa clase de deslices—. Asesinar a una niña inocente a sangre fría es algo del todo distinto. Opino que el riesgo que representa, tanto si expresa de viva voz sus sospechas como si no, carece de importancia frente al peligro mayor que nos acecha. Si hacemos excepciones para protegernos, arriesgamos algo mucho más importante. Arriesgamos la esencia de lo que somos.

Me aseguré de controlar la expresión de mi cara. Sonreír no me ayudaría. Ni aplaudir, como me habría gustado.

Rosalie frunció el ceño.

—Es un acto de responsabilidad.

—Es un acto de crueldad —la corrigió Carlisle con dulzura—. Toda vida es un tesoro.

Rosalie suspiró con fuerza e hizo un mohín. Emmett le dio unas palmaditas en el hombro.

—No pasará nada, Rose —la animó en voz baja.

—Lo que estamos debatiendo —prosiguió Carlisle— es si debemos marcharnos.

—No —gimió ella—. Acabamos de instalarnos. No quiero volver a ser alumna de segundo año.

—Podrías conservar tu edad actual, por supuesto —dijo él.

—¿Y volver a tener que mudarnos tan pronto? —replicó Rosalie.

Carlisle se encogió de hombros.

—¡Me gusta esto! El sol es tan escaso que hemos logrado pasar por personas casi normales.

—Bueno, tampoco tenemos que decidirlo ahora mismo. Podemos esperar a ver qué pasa. Edward parece muy seguro de que la joven Swan guardará silencio.

Rosalie resopló.

Sin embargo, yo ya no estaba preocupado por Rose. Notaba que respetaría la decisión de Carlisle, por furiosa que estuviera conmigo. La conversación había pasado a tratar detalles sin importancia.

Jasper permanecía impasible.

Entendía su actitud. Antes de que Alice y él se conocieran, Jasper vivía en una zona de combate, un teatro bélico incesante. Conocía las consecuencias de incumplir las reglas; había presenciado las nefastas repercusiones con sus propios ojos.

Era revelador que no hubiera intentado tranquilizar a Rosalie con sus poderes extrasensoriales, y que tampoco la estuviera azuzando ahora. Se mantenía al margen de la discusión; por encima de ella.

—Jasper —dije.

Me miró a los ojos, impertérrito.

—No pagaré por un error que yo he cometido. No lo permitiré.

—¿Se beneficiará entonces? Hoy debería haber muerto, Edward. Yo me limitaría a devolver las cosas a su estado natural.

Repetí la frase, enfatizando cada palabra.

—No lo permitiré.

Enarcó las cejas. No se lo esperaba. La posibilidad de que yo fuera capaz de actuar para pararle los pies no había cruzado su pensamiento.

Negó con la cabeza una vez.

—Y yo no permitiré que Alice viva en peligro, por mínimo que sea. Tú no sientes por nadie lo que yo siento por ella, Edward, ni has vivido las mismas cosas que yo, tanto si las has presenciado en mis recuerdos como si no. No puedes entenderlo.

—Eso no te lo discuto, Jasper. Pero te lo digo muy en serio: no permitiré que le hagas daño a Isabella Swan.

Nos miramos, no con odio, sino sopesando al contrincante. Noté cómo tanteaba el estado de ánimo a mi alrededor para medir el alcance de mi determinación.

—Jazz —nos interrumpió Alice.

Jasper me sostuvo la mirada todavía unos instantes antes de volverse hacia ella.

—No te molestes en decirme que sabes cuidar de ti misma, Alice. Eso ya lo sé. Y no cambia el hecho de que...

—No iba a decir eso —lo cortó Alice—. Te iba a pedir un favor.

Vi la imagen que había asomado a su mente y mi boca se abrió con un jadeo audible. La miré con atención, impactado, apenas consciente de que todos salvo Alice y Jasper me observaban ahora con recelo.

—Sé que me amas. Gracias por preocuparte por mí. Pero te agradecería infinitamente que no intentases matar a Bella. En primer lugar, Edward habla muy en serio y no quiero que luchéis. En segundo lugar, es mi amiga. O, al menos, lo será.

La imagen era clara como el cristal: Alice sonriendo, el brazo pálido y gélido en torno a los hombros frágiles y cálidos de la chica. Y Bella con una sonrisa en el rostro también, ciñendo la cintura de Alice.

La visión era sólida como una roca; tan solo la fecha era incierta.

—Pero, Alice... —se sobresaltó Jasper. No fui capaz de volver la cabeza para observar su expresión. No lograba arrancar mi atención de la premonición el tiempo suficiente para atender a los pensamientos de él.

—Algún día la querré mucho, Jazz. Me voy a disgustar contigo si no permites que siga viviendo para que yo pueda conocerla.

Yo seguía aferrado a los pensamientos de Alice. Vi titilar el futuro cuando la resolución de Jasper vaciló ante la inesperada petición.

—Ah —suspiró ella. La indecisión de él había abierto un nuevo porvenir—. ¿Lo ves? Bella no va a decir nada. No hay motivos para preocuparse.

Su manera de decir el nombre de la chica... como si ya fueran amigas íntimas.

—Alice —pregunté con voz atragantada—. ¿Qué... significa...?

—Ya te dije que se avecinaba un cambio. No lo sé, Edward.

Pero tensó la mandíbula y advertí que había más. Intentaba no pensar en ello. De pronto sus pensamientos se concentraban con mucha intensidad en Jasper, aunque él estaba demasiado aturdido como para hacer progresos en la decisión que tenía por delante.

Alice recurría a ese truco de tanto en tanto, cuando intentaba ocultarme algo.

—¿Qué pasa, Alice? ¿Qué me estás ocultando?

Oí el gruñido de Emmett. Siempre se ponía de mal humor cuando Alice y yo manteníamos ese tipo de conversaciones.

Ella negó con la cabeza, concentrada en cerrarme el paso.

—¿Guarda relación con la chica? —insistí—. ¿Es algo de Bella?

Ella apretaba los dientes para no perder la concentración. Sin embargo, cuando pronuncié el nombre de Bella, vaciló. El desliz duró apenas una milésima de segundo, pero fue suficiente.

—¡NO! —grité. Escuché el golpe de mi silla contra el suelo y solo entonces me percaté de que me había puesto en pie.

—¡Edward!

Carlisle se había levantado también y me aferraba por el hombro. Yo apenas era consciente de su presencia.

—Se está consolidando —susurró Alice—. Con cada minuto que pasa estás más decidido. Solo hay dos caminos abiertos. Es una opción o la otra, Edward.

Yo veía lo mismo que ella..., pero no podía aceptarlo.

—No —repetí. Ahora prácticamente sin voz. Me flaqueaban las piernas y tuve que sostenerme contra la mesa. Carlisle apartó la mano.

—Esto es tan irritante... —se quejó Emmett.

—Tengo que marcharme —le susurré a Alice, haciendo caso omiso del comentario.

—Edward, ya lo hemos hablado —dijo Emmett de viva voz—. Es muy probable que tu partida solo sirva para empeorar las cosas. Además, si te marchas, no tendremos la seguridad de si la chica está contando algo o no. Tienes que quedarte y afrontar esto.

—No veo que vayas a irte a ninguna parte, Edward —intervino Alice—. Ni siquiera sé si todavía puedes marcharte.

Piénsalo, añadió en silencio. *Considera lo que implica que te vayas.*

Entendí a qué se refería. Sí, la idea de no volver a ver a la chica me provocaba... un dolor insoportable. Ya me había sentido así en el pasillo del hospital, cuando me había despedido de ella de una manera tan brusca. Sin embargo, marcharme ahora se me antojaba todavía más necesario. No podía aprobar ninguno de los futuros a los que al parecer la había condenado.

No puedo poner la mano en el fuego por Jasper, Edward, prosiguió Alice. *Si te marchas y él piensa que la chica supone un peligro para nosotros...*

—No es eso lo que yo oigo —la contradije, aunque seguía percibiendo solo a medias a los demás a nuestro alrededor. Jasper todavía titubeaba. No haría nada que pudiera causarle dolor a Alice.

No de inmediato. ¿Vas a poner en riesgo su vida, dejándola indefensa?

—¿Por qué me haces esto? —gemí. Enterré la cara entre las manos.

Yo no era el guardián de Bella. No podía serlo. ¿Acaso el futuro dividido que Alice preveía no constituía prueba suficiente?

Yo también la quiero. O la querré. No es lo mismo, pero deseo que esté aquí para que eso pueda llegar a suceder.

—¿La quieres... también? —susurré con incredulidad.

Ella suspiró.

Estás tan ciego, Edward. ¿No ves hacia dónde te lleva esto? ¿No ves en qué lugar estás ya? Es tan seguro como que mañana saldrá el sol. Mira lo que yo veo...

Negué con la cabeza, horrorizado.

—No. —Intenté cerrar la mente a las visiones que me estaba revelando—. No tengo por qué tomar ese camino. Me marcharé. Cambiaré el futuro.

—Puedes intentarlo —respondió Alice en un tono empapado de escepticismo.

—¡Oh, venga ya! —vociferó Emmett.

—Presta un poco de atención —lo regañó Rose—. ¡Alice ha visto que se va a enamorar de una humana! ¡Qué típico de Edward!

Fingió una arcada. Yo apenas la oía.

—¿Qué? —dijo Emmett, sobresaltado. Acto seguido, sus potentes carcajadas resonaron por la habitación—. ¿Esa es la razón de todo esto? —Volvió a reír—. Pobre de ti, Edward.

Noté su mano en el brazo, pero la aparté, distraído. No podía prestarle atención ahora mismo.

—¿Enamorado de una humana? —repitió Esme con perplejidad—. ¿De la chica que ha salvado hoy? ¿Se va a enamorar de ella?

—¿Qué ves, Alice? Exactamente —preguntó Jasper.

Ella se volvió a mirarlo. Yo seguía observando el perfil de su cara, anonadado.

—Todo depende de su capacidad de control. O bien la mata él mismo —de nuevo se giró hacia mí para fulminarme con la mirada—, lo cual me enfurecería, Edward, por no mencionar el dolor que te causaría a ti... —Volvió a dirigir la vista hacia Jasper—. O algún día será una de nosotros.

Alguien contuvo una exclamación; no traté de averiguar quién había sido.

—¡Eso no va a pasar! —yo estaba gritando una vez más—. ¡Ninguna de las dos cosas!

Alice habló como si no me hubiera oído.

—Todo depende —repitió—. Tal vez posea la suficiente fuerza de voluntad como para no matarla..., pero estará muy cerca. Le exigirá un autocontrol enorme no hacerlo —musitó—. Más incluso del que posee Carlisle. Pero no será capaz de mantenerse alejado de ella. Eso es una causa perdida.

Yo había perdido la voz. Los demás también, por lo que parecía. Se hizo un silencio absoluto.

Yo miraba fijamente a Alice mientras todos los demás me observaban a mí. Veía mi expresión horrorizada desde cinco ángulos distintos.

Al cabo de un rato, Carlisle suspiró.

—Vaya, eso lo complica todo.

—Ya lo creo que sí —convino Emmett. De nuevo parecía a punto de echarse a reír. Nadie como Emmett para verle el lado cómico a mi desgracia.

—Pese a todo, no tenemos por qué cambiar de planes, supongo —dijo Carlisle en tono meditabundo—. Nos quedaremos a ver qué pasa. Como es evidente, nadie... lastimará a la chica.

Me crispé.

—No —replicó Jasper en tono quedo—. Estoy de acuerdo. Si Alice solo atisba dos caminos...

—¡No! —Mi voz no era un grito ni un gruñido ni un lamento, sino una combinación de los tres—. ¡No!

Tenía que marcharme, alejarme del ruido de sus pensamientos. De la hipócrita repugnancia de Rosalie, de la ironía de Emmett, de la infinita paciencia de Carlisle...

Y lo que era peor: de la seguridad de Alice. De la confianza de Jasper en esa seguridad.

Y aún más horrible si cabe: de la... alegría de Esme.

Abandoné la habitación indignado. Esme buscó mi mano cuando pasé por su lado, pero no respondí a su gesto.

Estaba corriendo antes de llegar siquiera a la puerta. Atravesé el jardín y el río de un salto y me apresuré hacia el bosque. De nuevo estaba lloviendo, un chaparrón tan intenso que en pocos segundos yo ya estaba empapado. Agradecí la densa capa de agua, un muro que me separaba del resto del mundo. Me encerraba, me permitía estar solo.

Corrí rumbo al este, por encima y a través de las montañas en línea recta, hasta que pude atisbar las brumosas luces de Seattle al otro lado de la bahía. Me detuve antes de alcanzar la frontera de la civilización humana.

Aislado por la lluvia, a solas conmigo mismo, me obligué por fin a contemplar lo que había hecho..., cómo había cercenado mi futuro.

En primer lugar, la visión de Alice y la chica abrazadas, caminando juntas por el bosque que rodeaba el instituto; la confianza y la amistad que compartían eran tan tangibles que casi podían palparse. Los grandes ojos color chocolate de Bella no transmitían confusión en esta visión, pero todavía estaban llenos de secretos... Secretos que parecían felices en ese momento. No retrocedía ante el gélido abrazo de Alice.

¿Qué significaba eso? ¿Cuánto sabía? En ese instante congelado en el futuro, ¿qué pensaba ella de mí?

Y luego la segunda imagen, muy similar a la primera, aunque ahora teñida de horror. Alice y Bella en el porche delantero de nuestra casa, abrazadas como si las uniese una estrecha amistad. Pero esta vez no había diferencia entre ambos brazos; los dos eran pálidos, lisos como el mármol, duros como el acero. Los ojos de Bella ya no exhibían el color del chocolate. Sus iris eran de un rojo intenso e impactante. Y ahora albergaban secretos insondables.

¿Aceptación o desolación? Imposible saberlo. El rostro de ella emanaba frío e inmortalidad.

Me estremecí. No podía reprimir las preguntas, parecidas pero distintas: ¿qué implicaba esa imagen? ¿Cómo había sucedido? ¿Y qué pensaba ella de mí en esa situación?

Conocía la respuesta a este último interrogante. Si la había empujado a una vida a medias, hueca, a causa de mi debilidad y egoísmo, sin duda me odiaba.

Sin embargo, había visto una tercera imagen todavía más espeluznante, si cabe; peor que nada que hubiera albergado mi mente jamás.

Mis propios ojos, inyectados en sangre humana, los ojos de un monstruo. El cuerpo desmadejado de Bella en mis brazos, su piel cenicienta, exangüe, sin vida. Era una visión tan concreta, tan nítida...

La estampa se me antojó insoportable. Me superaba. Traté de borrar la imagen de mi mente, ver otra cosa, lo que fuera. Intenté evocar la expresión de su rostro viviente, el mismo que había obstaculizado mi visión durante este último capítulo de mi existencia. Sin resultado.

La lúgubre visión de Alice inundaba mi pensamiento y yo languidecía por dentro de pura agonía. Mientras tanto, el monstruo que habitaba en mí rebosaba de júbilo, exultante ante la posibilidad de un triunfo semejante. Me asqueaba.

No podía permitirlo. Tenía que haber un modo de burlar el futuro. No dejaría que la visión de Alice guiara mis pasos. Podía escoger un camino distinto. Siempre había elección.

Tenía que haber otro modo.

5. Las invitaciones

El instituto. Ya no era el purgatorio, ahora había mudado en el mismísimo infierno. Tormento y fuego... Sí, ambos me acompañaban allá donde iba.

Lo hacía todo como se esperaba de mí. Ninguna «i» sin su punto, ninguna «t» sin su cruz. Nadie podría acusarme de eludir mis responsabilidades.

Para complacer a Esme y proteger a los demás, me quedé en Forks. Retomé mi antigua rutina. No cazaba más que el resto. Acudía al instituto a diario y me hacía pasar por humano. Aplicaba el oído a cualquier pensamiento relativo a los Cullen; nunca había novedades. La chica no compartió con nadie sus sospechas, ni una palabra. Se limitó a repetir la misma historia —yo estaba a su lado y la había apartado de la trayectoria de la furgoneta— hasta que los fisgones se aburrieron y dejaron de pedir más detalles. No había peligro. Mi precipitado acto no había perjudicado a nadie.

A nadie salvo a mí.

Estaba decidido a alterar el futuro. Tal vez no fuera la aspiración menos ambiciosa del mundo, pero era la única alternativa con la que me veía capaz de vivir.

Alice sostenía que yo carecía de la capacidad de autocontrol necesaria para mantenerme alejado de la chica. Le demostraría que se equivocaba.

Pensé que el primer día sería el más complicado. Antes de que terminara la jornada, estaba seguro de haber acertado. Por desgracia, me equivocaba.

Iba a herir los sentimientos de la chica y eso me entristecía. Me consolaba pensando que su dolor sería poco más que un pinchazo —apenas el insignificante aguijón del rechazo— comparado con el mío. Bella era humana e intuía que yo era algo distinto, un engendro aterrador, un error. Con toda probabilidad, cuando yo la ignorara y fingiera que no existía, ella experimentaría más alivio que dolor.

—Hola, Edward —me saludó el primer día después del accidente en clase de Biología. Empleó un tono afable, amistoso, un giro de ciento ochenta

grados respecto a la última vez que habíamos hablado.

¿Por qué? ¿Cómo debía interpretar ese cambio? ¿Había olvidado lo sucedido? ¿O concluido tal vez que la imaginación le había jugado una mala pasada? ¿Me habría perdonado por incumplir la promesa de contarle la verdad?

Las preguntas me quemaban como la sed que me asaltaba con cada respiración cuando ella estaba cerca.

Solo un instante para mirarla a los ojos. Lo suficiente para buscar en ellos las respuestas...

No. No podía permitirme ni siquiera eso. No si estaba decidido a cambiar el futuro.

Giré levemente la barbilla hacia ella sin despegar la vista de la parte frontal del aula. Asentí una vez y volví la cara al frente.

Fue la última vez que me dirigió la palabra.

Por la tarde, tan pronto como terminaron las clases y di mi interpretación por concluida, corrí en dirección a Seattle, igual que el día anterior. Tenía la sensación de que manejaba mejor el dolor cuando sobrevolaba la tierra, tan rápido que el paisaje a mi alrededor mudaba en un borrón verde.

Aquella carrera pasó a formar parte de mi rutina diaria.

¿La amaba? No lo creía. Todavía no. Sin embargo, las imágenes del futuro atisbadas por Alice se habían grabado a fuego en mi retina y ahora comprendía lo cerca que estaba de enamorarme de Bella. Amarla sería igual que una caída: un acto que no requiere el menor esfuerzo. En cambio, resistirme a su amor era lo opuesto a caer. Me sentía como un mortal escalando un precipicio centímetro a centímetro, una tarea infinitamente ardua cuando tus fuerzas son exiguas.

Transcurrió más de un mes, y cada día me costaba más sostener mi decisión. No podía entenderlo. Seguía esperando el día en que superara el dolor, en que este se tornara más llevadero o se estabilizara, al menos. Esto debía de ser a lo que se refería Alice cuando predijo que no podría mantenerme alejado de la chica. Había entrevisto la escalada del dolor.

Sin embargo, yo podía con ese sufrimiento.

No destruiría el futuro de Bella. Si estaba destinado a amarla, ¿acaso evitarla no era el mayor acto de amor, por su propio bien?

Ahora bien, esquivarla ponía a prueba mis capacidades. Podía fingir que no estaba y no volverme nunca a mirarla. Podía fingir que no me interesaba. Pero lo cierto era que seguía pendiente de cada soplo de aire que aspiraba, de cada palabra que pronunciaba.

No podía mirarla con mis ojos, así que la observaba a través de los ojos ajenos. La gran mayoría de mis pensamientos giraba en torno a ella, como si fuera el centro de gravedad de mi mente.

Mientras este infierno proseguía, clasifiqué mis tormentos en cuatro categorías.

Las dos primeras las conocía bien. Su aroma y su silencio. O, más bien —por responsabilizarme de ellos, como correspondía—, mi sed y mi curiosidad.

La sed era el más primario de mis suplicios. Me había acostumbrado a no respirar en absoluto en clase de Biología. Por supuesto, siempre había excepciones: cuando debía responder a una pregunta y necesitaba el aliento para hablar. Cada vez que paladeaba el aire en torno a ella me sentía igual que el primer día: fuego, necesidad y una violencia brutal que pugnaba por ser liberada. Me costaba un esfuerzo enorme aferrarme mínimamente a la razón o a la fuerza de voluntad en esas ocasiones para no flaquear. E, igual que aquel primer día, el monstruo que había en mí rugía casi a flor de piel.

La curiosidad era el más constante de mis tormentos. La pregunta jamás abandonaba mi mente: *¿Qué estará pensando ahora?* Cada vez que la oía suspirar. Cuando jugueteaba con un mechón de cabello con aire distraído. Cuando dejaba caer los libros contra el pupitre con más fuerza de lo habitual. Cuando entraba corriendo porque llegaba tarde. Cada vez que golpeaba el pie contra el suelo de pura impaciencia. Cada uno de los gestos que atisbaba por el rabillo del ojo se me antojaban un misterio enloquecedor. Cuando hablaba con los otros compañeros humanos, yo analizaba sus palabras una por una, su tono de voz. ¿Estaba expresando sus verdaderos pensamientos o solo decía lo que creía que era correcto? A menudo tenía la sensación de que se esforzaba en decir lo que su interlocutor esperaba de ella, y eso me recordaba a mi familia y a nuestra función cotidiana; nosotros fingíamos mejor que ella. Sin embargo, ¿por qué habría ella de interpretar un papel? Era una de ellos: una adolescente humana.

Aunque... de vez en cuando no se comportaba como tal. Por ejemplo, cuando el señor Banner propuso un trabajo en equipo para la asignatura de Biología. Tenía por costumbre dejar que los alumnos formaran los grupos. Como siempre sucedía ante este tipo de proyectos, los más osados de entre los estudiantes que aspiraban a sacar nota —Beth Daws y Nicholas Laghari— corrieron a preguntarme si quería trabajar con ellos. Expresé mi asentimiento encogiéndome de hombros. Sabían que ejecutaría mi parte a la perfección, y la suya, si acaso no la terminaban.

No me sorprendió que Mike se emparejase con Bella. Lo que no me esperaba fue la insistencia de Bella en incluir a un tercer miembro en el grupo, Tara Galvaz.

Por lo general, al señor Banner le tocaba integrar a Tara en un grupo ya constituido. La chica mostró más sorpresa que complacencia cuando Bella le tocó el hombro y le preguntó con torpeza si quería trabajar con ella y con Mike.

—Bueno —fue la respuesta de Tara.

Cuando regresó a su asiento, Mike cuchicheó:

—Es una colgada. No hará nada. Creo que va a suspender Biología.

Bella negó con la cabeza y respondió en susurros:

—No te preocupes. Yo completaré su parte si la deja a medias.

La respuesta no tranquilizó a Mike.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

Era la misma pregunta que yo me moría por formularle, aunque no en el mismo tono.

Tara, efectivamente, iba a suspender Biología. El señor Banner estaba pensando en ella en ese instante, sorprendido y conmovido por la decisión de Bella.

Nadie le concede nunca una oportunidad a esa niña. Qué gesto tan humano por parte de Bella; es más amable que la mayoría de estos energúmenos.

¿Se había fijado Bella en que la clase tendía a marginar a Tara? No se me ocurría ninguna razón aparte de la bondad para tenderle la mano a aquella chica, en particular siendo Bella tan tímida. Consideré cuánto malestar le habría provocado el gesto y concluí que seguramente más del que ningún otro humano presente habría estado dispuesto a afrontar por una desconocida.

Teniendo en cuenta la capacidad de Bella para Biología, me pregunté si la nota del trabajo libraría a Tara del suspenso, al menos en esa asignatura. Y acerté de pleno.

En otra ocasión, durante la comida, Jessica y Lauren estaban hablando del destino estrella en su lista de deseos. Jessica escogió Jamaica y Lauren contraatacó con la Costa Azul. Tyler metió baza y eligió Ámsterdam, pensando en el famoso distrito rojo, y los otros empezaron a meterse con él. Yo aguardaba ansioso por conocer la elección de Bella, pero, antes de que Mike (que se sentía atraído por Río) pudiera preguntarle sus preferencias, Eric mencionó con entusiasmo la Comic-Con, y la mesa al completo estalló en carcajadas.

—Qué pringado —cuchicheó Lauren.

Jessica soltó una risilla maliciosa.

—Sí, ¿verdad?

Tyler puso los ojos en blanco.

—Nunca tendrás novia —le dijo Mike a Eric.

La voz de Bella, en un volumen más alto del que solía permitirle su timidez, se abrió paso entre el tumulto.

—Pues es un destino muy chulo —dijo—. A mí también me gustaría ir.

Mike reculó al instante.

—Bueno, algunos disfraces son guais. El de Leia esclava me encanta.
—*Debería haber cerrado el pico.*

Jessica y Lauren intercambiaron una mirada fugaz con el ceño fruncido.

Puaj, por favor, pensó Lauren.

—Deberíamos ir —le propuso Eric a Bella, emocionado—. O sea, cuando tengamos dinero. —*¡La Comic-Con en compañía de Bella! Todavía mejor que ir solo...*

Bella se quedó descolocada un momento, pero, atisbando de reojo la expresión de Lauren, dobló la apuesta.

—Sí, ojalá. Pero debe de ser muy caro, ¿no?

Eric empezó a calcular los precios de las entradas y de los hoteles frente a la posibilidad de dormir en el coche. Jessica y Lauren retomaron su conversación anterior mientras Mike escuchaba desolado a Eric y a Bella.

—¿Cuánto crees que se tarda en llegar? ¿Dos días en coche o tres? —estaba preguntando Eric.

—Ni idea —respondió Bella.

—Bueno, ¿cuánto se tarda de aquí a Phoenix?

—Puedes hacer el viaje en dos días —dijo ella con seguridad—, si estás dispuesto a conducir quince horas al día.

—San Diego debe de estar un poco más cerca, ¿no?

Por lo visto, yo era el único que se había percatado de que Bella estaba representando un papel.

—Ah, sí, San Diego está más cerca. Pero igualmente tardarás dos días, seguro.

Saltaba a la vista que ni siquiera conocía la ubicación de la Comic-Con. Únicamente había intervenido para impedir que se burlaran de Eric. El gesto hablaba en favor de su carácter —siempre estaba añadiendo cualidades a mi lista—, pero ahora nunca sabría qué destino habría escogido ella. Mike

compartía mi insatisfacción, si bien parecía ajeno a los verdaderos motivos de ella.

Bella acostumbraba a funcionar de ese modo; nunca abandonaba su silenciosa zona de confort, salvo cuando percibía una necesidad en su entorno: cambiar de tema cada vez que su círculo de amigos mortales discutían con excesiva crueldad; dar las gracias a un profesor por la clase cuando lo veía desanimado; renunciar a su taquilla por otra más incómoda con el fin de que dos amigos compartieran ubicación; esbozar cierto tipo de sonrisa que nunca iba destinada a sus alegres compañeros, sino tan solo a las personas que lo estaban pasando mal. Pequeños detalles en los que sus conocidos o admiradores nunca parecían reparar.

A través de estos gestos sin importancia, fui capaz de añadir la cualidad más trascendente a mi lista, la más reveladora de todas, tan sencilla como poco frecuente. Bella era buena. Todas las demás convergían en esa: amable, humilde, altruista y valiente. Era buena de la cabeza a los pies. Y nadie parecía ser consciente de ello, aparte de mí. Aunque Mike estaba tan pendiente de ella como yo.

Y ese era precisamente el más impensable de todos mis tormentos: Mike Newton. ¿Quién habría podido imaginar que un mortal tan mediocre y aburrido pudiera resultar tan molesto? Siendo justos, debería estarle agradecido: Mike inducía a hablar a Bella más que ninguna otra persona. Obtuve mucha información sobre ella a través de sus conversaciones, pero la cooperación del chico en mi proyecto de investigación únicamente servía para sacarme de quicio. Odiaba que fuera él su confidente. Quería ser yo.

En parte me aliviaba saber que él nunca reparaba en sus pequeñas revelaciones, en sus lapsus. Mike no sabía nada de ella en realidad. Había creado una Bella inexistente en su mente: una chica tan mediocre como él. No se había fijado en el altruismo y la valentía que la distinguían del resto de los humanos, no percibía la sorprendente madurez de sus pensamientos cuando los expresaba de viva voz. No percibía que, cuando hablaba de su madre, parecía un adulto hablando de un niño y no a la inversa: cariñosa, tolerante, con un toque de humor y un fiero sentimiento de protección. No notaba la paciencia que exudaba su voz cuando fingía interés en los incoherentes relatos del chico, ni tampoco intuía la bondad que denotaba esa paciencia.

Sin embargo, todos estos descubrimientos, aunque útiles, no me ayudaron a encariñarme del chico. Su mirada posesiva sobre ella —como si fuera un objeto que atesorar— me irritaba tanto como las groseras fantasías que ella le suscitaba. Por si fuera poco, él se sentía cada día más seguro en su relación

con Bella, ya que ella parecía preferirlo por encima de otros que Mike consideraba sus rivales: Tyler Crowley, Eric Yorkie e incluso, de tanto en tanto, yo mismo. De manera rutinaria, antes de que empezara la clase de Biología, se acercaba a la mesa que yo compartía con Bella para charlar con ella, alentado por sus sonrisas. Solo eran sonrisas de cortesía, me decía a mí mismo. De todos modos, con frecuencia me divertía imaginando que lo estampaba de un revés contra la pared del fondo. Dudaba que eso acabase con su vida...

Por lo general, Mike no me consideraba un rival. Después del accidente le había preocupado que la experiencia nos uniera de algún modo, pero obviamente había ocurrido todo lo contrario. En aquel entonces todavía le molestaba el hecho de que yo le dispensara a Bella un trato especial. Sin embargo, ahora me limitaba a ignorarla tan concienzudamente como al resto, y eso lo había empujado a confiarse.

¿Qué pensaba Bella ahora? ¿Recibía con agrado las atenciones de Mike?

Y, para terminar, el último de mis tormentos y el más doloroso: la indiferencia de Bella. Si yo la ignoraba, ella me pagaba con la misma moneda. Nunca más intentó hablar conmigo. Por lo que yo sabía, nunca volvió a pensar en mí siquiera.

Esto podría haberme sumido en la desesperación —o, aún peor, haberme empujado a romper mi decisión—, de no haber sido porque de vez en cuando me miraba con tanta curiosidad como antes. Yo no lo veía por mí mismo, ya que no podía permitirme volver la vista hacia ella, pero Alice siempre nos advertía; los otros seguían recelosos del peligro que la chica representaba.

El hecho de que me observara de lejos mitigaba en parte el dolor. Por supuesto, probablemente no hiciera nada más que preguntarse qué clase de aberración era yo.

—Bella se va a quedar mirando a Edward dentro de un momento. Disimulad —dijo Alice un martes, cuando corría el mes de marzo, y los demás se revolvieron en el asiento o desplazaron el peso de una pierna a otra.

Yo tenía muy presente la frecuencia de esas miradas. Me complacía, aunque no debiera, que no disminuyera con el paso del tiempo. No sabía qué implicaba, pero me ayudaba a sentirme mejor.

Alice suspiró. *Ojalá...*

—No vayas por ahí, Alice —le espeté entre dientes—. Eso no va a pasar.

Hizo un mohín. Alice estaba deseando entablar con Bella la amistad que había atisbado en su visión. De un modo extraño, añoraba a la chica que no conocía.

Lo admito, eres más fuerte de lo que pensaba. El futuro es un caos de confusión otra vez. Espero que estés contento.

—Para mí tiene mucho sentido.

Ella resopló con delicadeza.

Intenté impedirle el acceso a mi mente, demasiado inquieto como para conversar. No estaba de muy buen humor. De hecho, estaba más tenso de lo que dejaba traslucir. Solo Jasper era consciente de mi crispación, pues su capacidad para intuir los estados de ánimo ajenos e influir en ellos le permitía percibir la tensión que yo emanaba. Sin embargo, él no entendía los motivos de mis cambios de humor y —como de todos modos yo siempre andaba enfurruñado esos días— no les concedía importancia.

Hoy iba a ser un día complicado. Más que el día anterior, como solía suceder.

Mike Newton le iba a pedir a Bella una cita.

Pronto se celebraría el baile de primavera. En esta ocasión las chicas debían elegir a su pareja, y él tenía grandes esperanzas de que Bella se lo pidiera. El hecho de que aún no lo hubiera hecho estaba mermando su confianza en sí mismo. Ahora se enfrentaba a una desagradable disyuntiva —yo disfrutaba con su malestar más de lo que debería—, porque Jessica Stanley acababa de invitarlo. Mike no quería aceptar, ya que aún confiaba en ser el escogido de Bella (y declarado así vencedor sobre sus otros pretendientes en potencia), pero tampoco deseaba responder con una negativa por miedo a quedarse sin pareja. Jessica, dolida por las dudas de él y adivinando las razones de estas, le enviaba dagas mentales a Bella. De nuevo sentí el impulso de interponerme entre ella y los desagradables pensamientos de su compañera. Ahora comprendía mejor ese instinto, pero el hecho de conocerlo lo tornaba aún más frustrante si cabe, por no poder darle rienda suelta.

¿Cómo había acabado así? Estaba metido hasta las cejas en el mismo melodrama estudiantil que antes tanto despreciaba.

Mike intentaba reunir valor mientras acompañaba a Bella al aula de Biología. Yo escuchaba su debate interno conforme se acercaban. El chico era un pusilánime. Había esperado adrede a este baile, temeroso de expresar sus sentimientos antes de que ella hubiera insinuado sus preferencias. No quería colocarse en una posición vulnerable y había optado por dejar que fuera ella la que diera el primer paso.

Cobarde.

Volvió a sentarse sobre nuestra mesa, a sus anchas en esta situación tan familiar, e imaginé el crujido que haría su cuerpo cuando se le rompieran casi

todos los huesos al estamparse contra la pared.

—Bueno —le dijo a Bella, con la mirada clavada en el suelo—. Jessica me ha pedido que la acompañe al baile de primavera.

—Eso es estupendo —respondió ella de inmediato y con entusiasmo. Casi se me escapó una sonrisa mientras Mike procesaba el tono animado de Bella. El chico había esperado percibir consternación—. Te vas a divertir un montón con ella.

Él buscó a toda prisa la respuesta más adecuada.

—Eh, bueno... —titubeó y estuvo a punto de recular. Por fin se lanzó—: Le dije que tenía que pensármelo.

—¿Por qué? —preguntó ella. Percibí desaprobación en su voz, pero también un levísimo matiz de alivio.

¿Qué significaba eso? Una furia inesperada e intensa me obligó a cerrar los puños.

Mike no notó el alivio. Se puso rojo como la grana —por más que me enfureciera, la pregunta equivalía a una invitación abierta— y miró de nuevo al suelo mientras hablaba.

—Me preguntaba si... Bueno..., si tal vez tenías intención de pedírmelo tú.

Bella titubeó.

En ese momento, vi el futuro con tanta claridad que ni Alice me habría aventajado.

La chica podía aceptar o rehusar la invitación insinuada de Mike, pero, en cualquier caso, algún día de estos respondería a alguien con un «sí». Era encantadora e interesante, cualidades que no pasaban desapercibidas a los varones humanos. Tanto si se conformaba con una persona de este deslucido grupo de estudiantes como si esperaba a salir de Forks, llegaría el día en que su respuesta sería afirmativa.

Vi su vida como ya la había visualizado antes: universidad, carrera profesional... Amor, matrimonio. La imaginé del brazo de su padre otra vez, vestida de blanco, la cara arrebolada de felicidad según avanzaba al son de la marcha nupcial de Wagner.

El dolor que sentí mientras imaginaba este porvenir solo podía compararse a la agonía de la transformación. No podía soportarlo.

Y no solo dolor, sino una rabia ciega.

La furia me pedía a gritos algún tipo de desahogo físico. Aunque este chico insignificante e indigno no fuera la persona a la que Bella le diera el sí,

ansiaba pulverizarle el cráneo con el puño, convertirlo en el embajador de quienquiera que fuese ese otro.

No comprendía la emoción que estaba sintiendo, esa maraña de dolor, rabia, deseo y desesperación. Nunca antes había experimentado nada parecido; no podía darle nombre.

—Mike, creo que deberías aceptar la propuesta de Jess —respondió Bella en un tono amable.

Las esperanzas de Mike se desmoronaron. En otras circunstancias me habría reído por dentro, pero estaba sumido en el estupor y el remordimiento por lo que el dolor y la furia acababan de hacer conmigo.

Alice tenía razón. Yo no era lo bastante fuerte.

Ahora mismo, ella estaría viendo el futuro girar y retorcerse, desplomarse una vez más. ¿Se sentiría complacida de saber que había acertado?

—¿Se lo has pedido ya a alguien? —preguntó Mike en tono hosco. Me miró de reojo, receloso por primera vez en varias semanas. Comprendí que estaba dejando entrever mi interés; mi cabeza estaba inclinada hacia Bella.

La envidia salvaje que emanaba de sus pensamientos —envidia de quienquiera que esta chica prefiriese por encima de él— puso nombre a mi emoción súbitamente.

Estaba celoso.

—No —respondió ella con cierto tono de sorna—. No tengo intención de acudir al baile.

A través de la rabia y el rencor, experimenté alivio al escuchar sus palabras. Estaba mal, era incluso peligroso considerar rivales a Mike y a los demás mortales interesados en Bella, pero debía reconocer que en eso se habían convertido, nada más y nada menos.

—¿Por qué? —preguntó Mike de mala manera. Me molestó que usara ese tono con ella. Reprimí un gruñido.

—Ese sábado voy a ir a Seattle —respondió ella.

La curiosidad no fue tan atroz como lo habría sido antes. Ahora estaba decidido a averiguar las respuestas a todo. Descubriría las explicaciones que ocultaba esta nueva revelación.

La voz de Mike adoptó un desagradable tono persuasivo.

—¿No puedes ir otro fin de semana?

—Lo siento, pero no —replicó Bella con más brusquedad ahora—. No deberías hacer esperar a Jessica más tiempo. Es de mala educación.

Su preocupación por los sentimientos de Jessica avivó las llamas de mis celos. Saltaba a la vista que el viaje a Seattle no era sino una excusa para

rehusar la invitación. ¿Se había negado únicamente por lealtad a su amiga? Le sobraba generosidad para actuar así. ¿Le habría gustado aceptar? ¿O me estaba equivocando en mis suposiciones? ¿Estaría interesada en otra persona?

—Sí, tienes razón —musitó Mike, tan desmoralizado que casi sentí pena por él. Casi.

Apartó la mirada de la chica, impidiéndome así contemplar el semblante de Bella en mi mente.

No iba a tolerar aquello.

Me volví para observar su rostro yo mismo, por primera vez en más de un mes. Experimenté un intenso alivio al concederme permiso. La sensación debía de ser parecida a la de aplicar hielo a una quemadura reciente, imaginé. Un súbito cese del dolor.

Ella tenía los ojos cerrados, las manos abiertas contra los lados de la cara. Los hombros recogidos en actitud defensiva. Sacudió muy ligeramente la cabeza, como si intentara ahuyentar algún pensamiento.

Fue frustrante. Fascinante.

La voz del señor Banner la arrancó de sus cavilaciones y abrió los ojos despacio. Los volvió hacia mí al instante, quizás porque había notado los míos clavados en ella. Sostuvo mi mirada con la misma expresión perpleja que me había obsesionado durante tanto tiempo.

No sentí remordimientos, culpa ni rabia en aquel momento. Sabía que volverían a asaltarme, y pronto, pero ahora, por una vez, cabalgaba a lomos de un subidón extraño y tembloroso. Tenía la sensación de haber salido triunfante y no derrotado.

Ella no desvió la vista, pese a que yo la observaba con una intensidad inapropiada mientras intentaba en vano leerle el pensamiento a través de sus líquidos ojos marrones. Rebosaban preguntas, más que respuestas.

Veía el reflejo de mis propios ojos, negros de sed. Habían pasado casi dos semanas desde mi última cacería; no era el día ideal para flaquear. Sin embargo, la negrura de mis ojos no parecía asustarla. No apartó la mirada y un rubor suave, irresistiblemente atractivo, empezó a teñirle la piel.

¿Qué estás pensando?

Estuve a punto de formular la pregunta en voz alta, pero en ese momento el señor Banner pronunció mi nombre. Busqué la respuesta correcta en su mente y dirigí una breve mirada en su dirección al tiempo que tomaba aire a toda prisa.

—El ciclo de Krebs.

La sed me abrasaba la garganta —me crispaba los músculos y me llenaba la boca de veneno— y cerré los ojos, haciendo esfuerzos por concentrarme a través del deseo de su sangre que rugía en mi interior.

El monstruo, más fuerte que antes, estaba exultante. Acogía con los brazos abiertos este futuro dual que le proporcionaba una probabilidad del cincuenta por ciento de conseguir aquello que le inspiraba un ansia tan brutal. El tercer futuro, tan endeble, que yo había tratado de construir mediante la mera fuerza de voluntad, se había desmoronado —destruido por unos vulgares celos, nada menos— y él estaba mucho más cerca de su objetivo.

Los remordimientos y el sentimiento de culpa me quemaban ahora junto con la sed y, si hubiera tenido la capacidad de fabricar lágrimas, ya estarían inundando mis ojos.

¿Qué había hecho?

Consciente de que la batalla ya estaba perdida, no encontré razón para privarme de lo que quería. Me volví para contemplarla de nuevo.

Ella se había escondido detrás de la melena, pero advertí que su mejilla estaba roja como la grana.

Al monstruo le encantó su rubor.

No buscó mi mirada esta vez, pero se retorció un mechón de pelo oscuro entre los dedos con ademán nervioso. Sus dedos delicados, su delgada muñeca... eran tan frágiles que tuve la sensación de que habría bastado mi aliento para quebrarlos.

No, no, no. No debía ir por ahí. Ella era demasiado frágil, demasiado buena, demasiado valiosa para merecer esto. No podía permitir que mi vida colisionase con la suya, que la destruyese.

No obstante, tampoco podía mantenerme alejado. Alice tenía razón en eso.

El engendro que llevaba dentro siseó enfadado conforme yo me debatía.

La hora escasa en su compañía pasó en un suspiro mientras yo vacilaba, atrapado entre la espada y la pared. Sonó el timbre y ella empezó a recoger sus cosas sin mirarme. Su reticencia me decepcionó, pero tampoco podía esperar otra cosa. Mi manera de tratarla desde el accidente no tenía perdón.

—¿Bella? —dije, incapaz de contenerme. Mi fuerza de voluntad yacía en añicos por el suelo.

Ella vaciló antes de mirarme. Cuando volvió la vista hacia mí, su expresión era recelosa, suspicaz.

Me recordé que tenía todo el derecho del mundo a desconfiar de mí. Que debía hacerlo.

Esperó a que siguiera hablando, pero me limité a observarla con atención mientras intentaba interpretar su semblante. Aspiré bocanadas de aire a intervalos regulares, tratando de controlar la sed.

—¿Qué? —preguntó por fin con tono cortante—. ¿Me vuelves a dirigir la palabra?

No tenía muy claro qué responder a eso. ¿Volvía a dirigirle la palabra, en el sentido que ella insinuaba?

No, si podía evitarlo. Tendría que hacer lo posible para evitarlo.

—No, en realidad no —le dije.

Ella cerró los ojos, un gesto que solo sirvió para complicar las cosas. Cortó mi mejor vía de acceso a sus sentimientos. Inspiró profundamente, despacio, sin abrir los ojos, y por fin habló:

—Entonces ¿qué quieres, Edward?

Sin duda no se trataba de una conversación normal entre humanos. ¿Por qué estaba dispuesta a participar?

Y ante todo, ¿cómo podía responderle?

Con la verdad, decidí. A partir de ahora, sería tan sincero con ella como pudiera. No quería merecer su recelo, por más que fuera imposible ganarme su confianza.

—Lo siento —le dije. Era una disculpa infinitamente más sincera de lo que ella sabría jamás.

Por desgracia, solo podía ofrecerle disculpas por cuestiones nimias.

—Estoy siendo muy grosero, lo sé, pero de verdad que es mejor así.

Abrió los ojos, todavía con una expresión cauta.

—No sé qué quieres decir.

Intenté que mis palabras le transmitieran tanta prevención como se me permitía.

—Es mejor que no seamos amigos. —Sin duda, eso ya lo había notado. Era una chica lista—. Confía en mí.

Entornó los ojos y recordé que ya le había dirigido esas mismas palabras en otra ocasión; justo antes de romper una promesa. Hice una mueca compungida cuando apretó los dientes con fuerza. Era obvio que ella también lo recordaba.

—Es una lástima que no lo descubrieras antes —replicó enfadada—. Te habrías ahorrado todo ese pesar.

La miré con perplejidad. ¿Qué sabía ella de la batalla que yo libraba por dentro?

—¿Pesar? ¿Pesar por qué? —quise saber.

—Por no dejar que esa estúpida furgoneta me hiciera puré.

Me quedé de piedra.

¿Cómo era posible que pensara eso? Salvarle la vida era lo único aceptable que había hecho desde que la conocí, lo único de lo que no estaba avergonzado, que me inducía a dar gracias por mi existencia. Llevaba luchando por mantenerla con vida desde el primer instante en que capté su aroma. ¿Cómo podía dudar de mi única buena obra en todo este embrollo?

—¿Crees que me arrepiento de haberte salvado la vida?

—Sé que es así —replicó.

Su manera de interpretar mi conducta me enfureció.

—No sabes nada.

¡Qué confusos e incomprensibles eran sus mecanismos mentales! No debía pensar como el resto de los mortales, en absoluto. Esa era la clave de su silencio mental. No se parecía en nada a los demás.

Ella apartó el rostro con brusquedad, de nuevo apretando los dientes. Sus mejillas estaban enrojecidas, esta vez de rabia. Empujó los libros para amontonarlos, los recogió a toda prisa y se alejó hacia la puerta sin volverse a mirarme.

Aun irritado como estaba, su enfado se las ingenió para paliar mi furia. No tenía muy claro por qué motivo hallaba su exasperación... entrañable.

Se alejó con la cabeza alta, sin mirar por dónde iba, y se le enganchó la bota en el reborde de la puerta. Se le cayeron los libros al suelo. En lugar de inclinarse para recogerlos, se irguió con rigidez, sin mirar abajo siquiera, como dudando de si merecía la pena recuperarlos.

Nadie me estaba mirando. Me planté a su lado de un salto y recogí los libros antes de que hubiera tenido tiempo de examinar el estropicio.

Empezó a inclinarse, me vio y se quedó de piedra. Le tendí los libros con cuidado de que mi gélida piel no rozara la suya.

—Gracias —dijo en tono hostil.

—¡No hay de qué! —La irritación anterior se filtró en mi voz, pero, antes de que pudiera carraspear y volver a intentarlo, ella se incorporó y se alejó ofendida hacia su siguiente clase.

La observé hasta que su enfurecida figura se perdió de vista.

La clase de Español pasó en un suspiro. La señora Goff no me llamó la atención por estar distraído —era consciente de que sabía más español que ella y me daba mucha libertad—, de modo que pude pensar a placer.

Así pues, no podía ignorar a la chica. Eso saltaba a la vista. Ahora bien, ¿significaba eso que no tenía más remedio que aniquilarla? Ese no podía ser

el único futuro viable. Tenía que haber alguna otra alternativa, un punto intermedio. Me puse a pensar la manera.

No presté demasiada atención a Emmett hasta poco antes de que terminara la clase. Ahora mismo estaba pensando en mí con curiosidad. Emmett no poseía demasiada intuición para captar los estados de ánimo ajenos, pero había percibido un cambio evidente en el mío. Se preguntaba qué habría sucedido para que se hubiera borrado de mi rostro el permanente resentimiento. Se había esforzado en definir el cambio y por fin había decidido que yo parecía «esperanzado».

¿Esperanza? ¿Eso expresaba mi semblante?

Medité la idea mientras nos dirigíamos al Volvo; me preguntaba qué podría estar esperando yo con ilusión, exactamente.

Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para reflexionar. Sensible como era a los pensamientos sobre Bella, el sonido de su nombre en las mentes de dos de esos humanos a los que en ningún caso debería considerar rivales captó mi atención. Tras conocer —con gran satisfacción— el fracaso de Mike, se disponían a abordarla.

Eric ya había tomado posición, recostado contra la camioneta de ella, donde no podría esquivarlo. Tyler seguía atrapado en clase, recibiendo las instrucciones para los deberes, y estaba desesperado por salir a toda prisa para interceptarla antes de que se le escapara.

No me lo quería perder.

—Espera aquí a los demás, ¿vale? —le murmuré a Emmett.

Él me observó con suspicacia, pero se encogió de hombros y asintió.

El pobre ha perdido el juicio, pensó con sorna.

Bella estaba saliendo del gimnasio, y yo esperé donde no pudiera verme. Según se fue aproximando a la emboscada de Eric, salí andando en dirección a ella, ajustando la marcha para pasar por delante en el momento adecuado.

Advertí cómo su cuerpo se crispaba cuando avistó al chico esperándola. Se quedó paralizada por un instante, pero luego se relajó y siguió avanzando.

—Hola, Eric —lo saludó en tono amistoso.

Fui presa de una inquietud repentina e inesperada. ¿Y si ese desgarrado adolescente de piel sembrada de acné le gustaba? Tal vez sus antiguos gestos de amabilidad hacia él no fueran del todo altruistas.

Eric tragó saliva con dificultad y la nuez le bailó en el cuello.

—Hola, Bella.

Ella no pareció percatarse del nerviosismo del chico.

—¿Qué hay? —preguntó al tiempo que abría la camioneta sin volverse a mirar la expresión asustada de Eric.

—Me preguntaba... si querías venir al baile conmigo. —Se le quebró la voz al final de la frase.

Ella alzó la vista por fin. ¿Estaba perpleja o complacida? Eric no se atrevía a mirarla a los ojos, así que yo no podía ver su semblante en la mente del chico.

—Creí que era la chica quien elegía —respondió aturdida.

—Bueno, sí —admitió él en tono angustiado.

Aquel adolescente penoso no me irritaba tanto como Mike Newton, pero aun así no logré hallar en mi interior ni un ápice de compasión por su angustia, no hasta que Bella le hubo respondido con voz amable.

—Te agradezco que me lo pidas, pero ese día voy a estar en Seattle.

Él ya estaba enterado; pese a todo, se sintió decepcionado.

—Oh —musitó, sin apenas atreverse a alzar los ojos más allá de la nariz de Bella—. Bueno, quizás la próxima vez.

—Claro —accedió ella. A continuación se mordió el labio, como si se arrepintiera de haberle dejado un hueco para la esperanza. Eso me complació.

Eric hundió los hombros y empezó a alejarse en dirección contraria a su propio coche, tan solo pendiente de marcharse de allí cuanto antes.

Yo pasé junto a Bella en ese momento y la oí respirar aliviada. Me reí por lo bajo sin poder contenerme.

Ella se giró a toda prisa, pero yo miraba al frente mientras hacía esfuerzos por evitar que la sonrisa asomara a mis labios.

Tyler venía detrás de mí, casi corriendo en sus prisas por alcanzarla antes de que subiera a su vehículo y se alejara. Era un chico atrevido y más seguro de sí mismo que los otros dos. Si había esperado todo este tiempo para abordar a Bella era solo porque respetaba los derechos adquiridos de Mike.

Yo quería que Tyler la alcanzara por dos razones. Si —como empezaba a sospechar— tanta atención estaba sacando a Bella de quicio, quería disfrutar observando su reacción. Pero de no ser así, si la invitación de Tyler era la que ella estaba esperando..., entonces también quería saberlo.

Evalué a Tyler Crowley como si fuera mi rival, consciente de lo censurable de mi actitud. Me parecía un chico corriente hasta extremos tediosos, pero ¿qué sabía yo de los gustos de Bella? Tal vez le gustaban los chicos normales.

Me encogí angustiado ante la idea. Yo nunca sería un chico normal. Qué necio por mi parte considerarme como candidato a su afecto. ¿Cómo podría

ella encariñarse con alguien que era, por defecto, el villano de la historia?

Bella era demasiado buena para un villano.

Si bien debería haber permitido que ella escapara, mi inexcusable curiosidad me impedía hacer lo que estaba bien. De nuevo. Pero ¿y si Tyler perdía ahora la oportunidad solo para hablar con ella más tarde, cuando yo no estuviera presente para conocer el resultado? Aparqué el Volvo en el estrecho camino de salida para cortarle el paso a Bella.

Emmett y los demás ya se estaban acercando, pero él les había descrito mi extraño comportamiento y ahora caminaban despacio, mirándome con curiosidad y tratando de averiguar qué me traía entre manos.

Observé a la chica por el espejo retrovisor. Ella fulminaba con la mirada la parte trasera de mi coche, sin buscar mis ojos. A juzgar por su expresión, habría dado algo por conducir un tanque en lugar de un Chevrolet oxidado.

Tyler avanzó hacia su furgoneta y se puso a la cola tras ella, dando gracias por mi inexplicable conducta. Le hizo gestos para llamar su atención, pero Bella no lo vio. El chico aguardó un momento, se apeó del coche y se obligó a caminar con tranquilidad hasta llegar a la ventanilla del pasajero. Golpeó el cristal con los nudillos.

Ella dio un brinco sobresaltada y luego lo miró con desconcierto. Al cabo de un segundo bajó la ventanilla manualmente, al parecer con cierta dificultad.

—Lo siento, Tyler —dijo en tono irritado—. El coche de los Cullen me tiene atrapada.

Pronunció mi apellido en tono despectivo.

—Oh, lo sé —respondió Tyler, sin dejar que el mal humor de la chica lo amilanase—. Solo quería preguntarte algo mientras estábamos aquí bloqueados.

Esbozó una sonrisa arrogante.

Me llenó de alegría que ella palidiese ante lo que obviamente venía a continuación.

—¿Me vas a pedir que te acompañe al baile de primavera? —dijo él, sin considerar siquiera la posibilidad de un rechazo.

—No voy a estar en el pueblo, Tyler —respondió ella, la irritación todavía palpable en su voz.

—Ya, eso me dijo Mike.

—Entonces ¿por qué...? —empezó a preguntar.

Él se encogió de hombros.

—Tenía la esperanza de que fuera una forma de suavizarle las calabazas.

Los ojos de Bella echaron chispas, luego se enfriaron.

—Lo siento, Tyler —dijo, aunque no parecía compungida en absoluto—, pero me voy de verdad.

Dada su tendencia a poner las necesidades de los demás por delante de las propias, me sorprendió su inquebrantable determinación con relación a este baile. ¿De dónde salía?

Tyler aceptó la excusa sin perder ni una pizca de aplomo.

—Está bien. Aún nos queda el baile de fin de curso.

Regresó a su coche con esos andares arrogantes.

Había hecho bien en quedarme a presenciar todo esto.

La expresión horrorizada de Bella no tenía precio. Me informaba de algo cuya confirmación no debería haber buscado con tanta desesperación: no sentía nada por ninguno de esos mortales que tanto ansiaban conquistarla.

Además, su semblante ahora mismo era, con seguridad, lo más divertido que había visto nunca.

Mi familia llegó en ese momento, extrañada de encontrarme por una vez desternillándome de risa en lugar de fulminando con la mirada a todo aquel que se cruzase conmigo.

¿Qué te hace tanta gracia?, quiso saber Emmett.

Me limité a negar con la cabeza mientras Bella arrancaba el ruidoso motor con furia. De nuevo parecía estar deseando encontrarse a los mandos de un tanque.

—¡Vamos! —gruñó Rosalie con impaciencia—. Deja de hacer el idiota. Si es que puedes.

Sus palabras no me irritaron. Estaba demasiado entretenido. Pero hice lo que me pedía.

Nadie me dirigió la palabra durante el trayecto a casa. Yo seguía riendo entre dientes de tanto en tanto, recordando la cara de Bella.

Según accedíamos al camino de entrada —a toda velocidad ahora que no había testigos—, Alice echó por tierra mi buen humor.

—Entonces ¿ya puedo hablar con Bella? —preguntó de sopetón.

—No —respondí lacónico.

—¡No es justo! ¿A qué estamos esperando?

—Todavía no he tomado una decisión, Alice.

—Lo que tú digas, Edward.

Los dos destinos de Bella seguían nítidos en la mente de Alice.

—¿Qué sentido tiene trabar amistad con ella —musité, súbitamente arisco— si la voy a asesinar?

Alice titubeó un segundo.

—En eso tienes razón —reconoció.

Tomé la última curva a ciento cuarenta kilómetros por hora y frené en seco a pocos centímetros de la pared trasera del garaje.

—Que disfrutes con tu carrera —me soltó Rosalie con petulancia mientras yo bajaba del coche.

Sin embargo, no salí a correr. En vez de eso, fui de caza.

Los demás tenían previsto salir de caza al día siguiente, pero yo no podía permitirme estar sediento ahora mismo. Me excedí, bebiendo más de lo necesario hasta empacharme de nuevo: un pequeño rebaño de alces y un oso negro con el que tuve la suerte de toparme en estos meses tempranos del año. Estaba tan lleno que me sentía incómodo. ¿Por qué no bastaba con eso? ¿Por qué su aroma tenía que ser más intenso que cualquier otra cosa?

Y no solo su aroma, sino también lo que fuera que la hiciera tan propensa al desastre. Apenas llevaba unas semanas en Forks y ya había estado dos veces al borde de sufrir un final violento. Por lo que yo sabía, ahora mismo podría estar de camino a una nueva sentencia de muerte. ¿Qué sería esta vez? ¿Un meteorito que se estrellase contra su tejado y la aplastara en la cama?

No podía cazar más y todavía faltaban muchas horas para la salida del sol. Ahora que se me había ocurrido, no podía quitarme de la cabeza la idea del meteorito y otras catástrofes parecidas. Intentaba pensar de manera racional, considerar las nimias probabilidades contra todas las desgracias que pudiera imaginar, pero no me servía de nada. ¿Qué posibilidades había, al fin y al cabo, de que la chica se hubiera mudado a un pueblo que contaba entre sus residentes fijos con un porcentaje considerable de vampiros? ¿Qué posibilidades de que atrajese a uno de ellos sin remedio?

¿Y si le sucedía algo durante la noche? ¿Y si yo acudía mañana al instituto, con todos los sentidos y sentimientos enfocados en el espacio que ella debería ocupar, solamente para enfrentarme a un asiento vacío?

De pronto, el riesgo se me antojó inaceptable.

El único modo de adquirir la seguridad de que estaba sana y salva era que hubiera alguien allí para detener el meteorito antes de que pudiera tocarla. El emocionante subidón volvió a recorrerme por dentro cuando comprendí que estaba a punto de ir en busca de la chica.

Pasaba de la medianoche y en casa de Bella reinaban la oscuridad y el silencio. Su camioneta estaba aparcada junto a la acera, el coche patrulla de su padre en el patio. No percibía pensamientos conscientes en ninguna parte del

vecindario. Observé la vivienda desde la negrura del bosque que la envolvía por el flanco este.

No había indicios de ninguna clase de peligro... que no fuera yo mismo.

Enfocando los sentidos, capté el sonido de dos personas que respiraban en el interior de la casa, incluso de dos corazones distintos. Así pues, todo iba bien. Me recosté contra el tronco de un joven abeto y me dispuse a esperar la caída de meteoritos.

Por desgracia, la ociosa espera le proporcionaba libertad a mi mente para enzarzarse en toda clase de especulaciones. Como es evidente, el meteorito no era sino la metáfora de todos los improbables sucesos desafortunados que podían acontecer. Sin embargo, no todos los peligros surcarían el cielo con una brillante cola de fuego. Se me ocurrían muchos que llegarían sin avisar, amenazas que podían deslizarse inadvertidas al interior del silencioso hogar, que tal vez ya estuvieran allí dentro.

Tanta preocupación era absurda. La calle carecía de conductos de gas natural, de modo que una fuga de monóxido de carbono difícilmente ocurriría. Dudaba que usaran carbón con frecuencia. La península de Olympic albergaba poca vida salvaje que se pudiera considerar peligrosa. Estando yo allí, captaría la proximidad de cualquier animal grande. No había serpientes venenosas, escorpiones o escolopendras, y tan solo unas cuantas especies de araña, que en ningún caso eran mortales para un adulto sano y que, de todos modos, rara vez anidaban en el interior. Era absurdo. Lo sabía. Sabía que me estaba comportando de un modo irracional.

Pese a todo, era presa del desasosiego. No conseguía ahuyentar las oscuras fantasías de mi mente. Si tan solo pudiera verla...

Echaría un vistazo más de cerca.

En menos de medio segundo, había cruzado el jardín y escalado la fachada. La ventana de la primera planta debía de pertenecer a un dormitorio, seguramente el principal. Tal vez debería haber empezado por la parte trasera. Habría sido más discreto. Colgado del alero con una mano, delante de la ventana, miré a través del cristal y me quedé sin aliento.

Era su habitación. Podía verla en una cama individual, con el edredón en el suelo y las sábanas retorcidas alrededor de las piernas. Estaba perfectamente bien, por supuesto, como mi parte racional ya sabía. A salvo, pero no tranquila. Mientras yo la miraba, se retorció inquieta y levantó un brazo por encima de la cabeza. No dormía con placidez, al menos no esta noche. ¿Acaso presentía el peligro que tenía cerca?

Sentí repugnancia de mí mismo mientras la veía agitarse. ¿En qué me diferenciaba yo de un asqueroso mirón? No era mejor que un *voyeur*. Era algo mucho, muchísimo peor.

Relajé las yemas de los dedos para dejarme caer al suelo. Antes, sin embargo, me permití observar su rostro una última vez.

Seguía inquieta. La leve arruga que le surcaba el entrecejo estaba ahí, las comisuras de los labios hacia abajo. Los labios temblorosos se abrieron en ese momento.

—Vale, mamá —musitó.

Bella hablaba en sueños.

La curiosidad se disparó hasta vencer la repugnancia. Llevaba tanto tiempo intentando leerle la mente sin conseguirlo... El poder de atracción de esos pensamientos espontáneos e inconscientes fue demasiado poderoso.

¿Qué importancia tenían para mí, al fin y al cabo, las reglas humanas? ¿Cuántas me saltaba a diario?

Pensé en la enorme cantidad de documentos ilegales que mi familia precisaba para vivir como queríamos. Nombres e historias falsos, documentos que nos permitían asistir al instituto y un título de Medicina para que Carlisle pudiera ejercer. Papeles que le otorgaban a nuestro extraño grupo de adultos con edades muy similares la categoría de familia. No serían necesarios si no hiciéramos lo posible por disfrutar periodos más o menos largos de permanencia, si no prefiriésemos tener un hogar.

Y luego, por supuesto, estaba el modo en que financiábamos nuestras vidas. Las leyes relativas al uso de la información privilegiada no se aplicaban a los videntes, pero desde luego lo que hacíamos no era honrado. Y el traspaso de herencias de un nombre inventado al siguiente tampoco se podía considerar legal.

Por no mencionar el hecho de que todos éramos asesinos.

No nos tomábamos el asesinato a la ligera, pero, como es evidente, ninguno de nosotros había sido juzgado en un tribunal humano por nuestros crímenes. Los encubríamos: también un delito.

Entonces ¿por qué me sentía tan culpable por una pequeña fechoría? Las leyes humanas no me afectaban. Y aquel no era en absoluto mi primer coqueteo con el allanamiento de morada.

Sabía que podía hacerlo sin peligro. El monstruo estaba intranquilo pero saciado.

Guardaría una distancia segura. No le haría daño. Ella no sabría siquiera que había estado allí. Solo quería tener la certeza de que se encontraba a

salvo.

Los argumentos no eran sino racionalizaciones, viles excusas sopladas por el demonio en mi hombro izquierdo. Yo lo sabía, pero carecía de un ángel en el derecho. Me comportaría como la criatura de pesadilla que era.

Probé la ventana, que no estaba cerrada, aunque sí atascada por falta de uso. Inspiré hondo —la última respiración mientras estuviera cerca de ella— y corrí a un lado la hoja de cristal, encogiéndome ante cada leve gemido del marco de metal. Por fin la abertura fue lo bastante grande como para que me pudiera colar al interior.

—Espera, mamá —murmuró ella—. Por Scottsdale Road es más rápido...

La habitación era pequeña; desorganizada y llena de cosas, pero limpia. Había libros amontonados en el suelo, junto a su cama, con los lomos orientados hacia el otro lado, y CD con sus carátulas escampados por el suelo junto a un reproductor barato; encima del aparato solo había un estuche transparente. Montones de papeles rodeaban un ordenador que parecía sacado de un museo dedicado a la tecnología obsoleta. Los zapatos salpicaban aquí y allá el suelo de tarima.

Ardía en deseos de leer los títulos de los libros y CD, pero estaba decidido a no correr más riesgos. En lugar de eso, me acerqué a la vieja mecedora que había en el rincón más alejado. Mi ansiedad cedió, los pensamientos sombríos se replegaron y mi mente se despejó.

¿De verdad alguna vez la había considerado una chica mediocre? Pensé en aquel primer día y la hostilidad que me inspiraron los chicos humanos que tan fascinados estaban con ella. Y sin embargo, cuando recordé su rostro en las mentes de todos ellos en aquel entonces, no logré comprender por qué no la había considerado hermosa de inmediato. Su belleza saltaba a la vista.

Ahora mismo —con el pelo enredado y salvaje en torno a su semblante pálido, enfundada en una camiseta raída y unos andrajosos pantalones de chándal, las facciones sumidas en el abandono de la inconsciencia, los labios llenos entreabiertos— su visión me quitaba el aliento. O lo habría hecho, pensé con ironía, de haber estado respirando.

No hablaba. Tal vez el sueño hubiera concluido.

Miré su rostro con atención e intenté pensar algún modo de hacer que el futuro fuera tolerable.

No podría soportar hacerle daño. ¿Significaba eso que mi única opción era volver a marcharme?

Los demás no podrían oponerse esta vez. Mi ausencia no pondría a nadie en peligro. No levantaría sospechas, nadie la relacionaría con el accidente.

Flaqueé, igual que por la tarde, y nada me pareció posible.

Una pequeña araña marrón salió a rastras por la rendija del armario. Mi llegada debía de haberla perturbado. *Eratigena agrestis*, una araña vagabunda, un macho joven, a juzgar por su tamaño. Considerada peligrosa en otros tiempos, estudios científicos más recientes habían demostrado que su veneno carecía de consecuencias para los seres humanos. Pese a todo, la picadura seguía siendo dolorosa... Alargué el dedo y la aplasté en silencio.

Tal vez debería haber dejado vivir al animal, pero la idea de que algo pudiera hacerle daño me resultaba intolerable.

Y entonces, de pronto, mis pensamientos se me antojaron también intolerables.

Porque podía matar hasta la última araña de su hogar, cortar las espinas de cada rosal que pudiera rozarla algún día, impedir el paso a cada coche que se acercara zumbando a un kilómetro de distancia de su persona, pero nunca podría hacer nada que me convirtiera a mí en algo distinto de lo que era. Observé mi mano blanca y pétrea, tan monstruosamente inhumana, y perdí toda esperanza.

No podía aspirar a competir contra los chicos humanos, tanto si despertaban su interés como si no. Yo era el villano, la pesadilla. ¿Cómo iba a verme ella de otro modo? De saber la verdad acerca de mí, no sentiría sino miedo y repulsa. Como la protagonista de una película de terror, huiría gritando horrorizada.

Recordé aquel primer día en Biología... y comprendí que esa era exactamente la reacción que ella debería tener ante mí.

Era una necesidad imaginar que, de haber sido yo el que la hubiese invitado al estúpido baile, habría cancelado sus precipitados planes y aceptado.

No era a mí a quien estaba destinada a darle el sí, sino a otra persona, alguien humano y cálido. Y ni siquiera me podría permitir —algún día, cuando ella pronunciara ese «sí»— perseguirlo y acabar con su vida, porque Bella se merecía a ese hombre, quienquiera que fuese. Merecía felicidad y amor con la persona que escogiera.

Y yo tenía que hacer lo correcto ahora. Por ella. No podía seguir fingiendo que solamente estaba «en peligro» de amarla.

Al fin y al cabo, en realidad no importaba si me quedaba o me marchaba, porque Bella jamás me vería como yo anhelaba que me viese. Jamás podría considerarme una persona merecedora de amor.

¿Puede romperse un corazón muerto y helado? Yo sentí que el mío se hacía pedazos.

—Edward —dijo Bella.

Me quedé paralizado, con la mirada clavada en sus ojos cerrados.

¿Había despertado? ¿Me había visto? Parecía dormida, y sin embargo su voz había sonado tan clara.

Suspiró sin hacer ruido y volvió a revolverse en la cama hasta rodar sobre un costado; todavía completamente dormida y soñando.

—Edward —murmuró con suavidad.

Estaba soñando conmigo.

¿Puede un corazón muerto y helado volver a latir? Yo sentí que el mío estaba a punto de hacerlo.

—Quédate —jadeó—. No te marches. Por favor... No te marches.

Estaba soñando conmigo y ni siquiera era una pesadilla. En sueños, me pedía que me quedara a su lado.

Me esforcé en buscar las palabras capaces de nombrar los sentimientos que me inundaban, pero no había vocablo tan poderoso como para albergarlos. Durante un rato, me ahogué en ellos.

Cuando volví a emerger, no era el mismo hombre que había sido antes.

Mi vida era una noche infinita e inmutable. Para mí, por necesidad, no cabía nada salvo tinieblas. Entonces ¿cómo era posible que el sol estuviera saliendo en mitad de mi noche eterna?

En el instante en que me convertí en vampiro, cambiando mi alma y mortalidad por la vida eterna durante el tormentoso proceso de la transformación, mi existencia se congeló. Mi cuerpo se convirtió en algo más parecido a la piedra que a la carne, resistente e inmutable. Mi yo se paralizó también en el punto en el que estaba: mi personalidad, mis gustos y aversiones, mis estados de ánimo y deseos; todo quedó fijado.

A los demás les sucedió lo mismo. Éramos seres congelados en el tiempo. Piedra viviente.

Cualquier cambio, para nosotros, era algo raro y permanente. Yo lo había presenciado con Carlisle y luego, pasada una década, con Rosalie. El amor los había transformado para toda la eternidad, de un modo que nunca se disiparía. Habían transcurrido más de ochenta años desde que Carlisle conoció a Esme, y sin embargo él todavía la miraba con los ojos asombrados del primer amor. Para ellos, eso nunca cambiaría.

Y lo mismo me ocurriría a mí por toda la eternidad. Siempre amaría a esta frágil humana, durante el resto de mi existencia ilimitada.

Observé su cara inconsciente y noté cómo el amor por ella se asentaba en cada parte de mi pétreo cuerpo.

Ella dormía más plácidamente ahora, con una sonrisa incipiente en los labios.

Empecé a maquinar.

La amaba, de modo que trataría de reunir las fuerzas necesarias para separarme de ella. Era consciente de que ahora no contaba con ellas. Tendría que trabajar con ahínco en eso. Pero tal vez fuera también lo bastante fuerte como para burlar el futuro de otra manera.

Alice había atisbado tan solo dos posibles futuros para Bella, y ahora yo comprendía ambos.

Amarla no me impediría acabar con su vida, si me permitía cometer algún error. Sin embargo, en este momento, no notaba la presencia del monstruo en mi interior, no podía encontrarlo. Puede que el amor lo hubiera silenciado para siempre. Si la mataba ahora, no sería un acto voluntario, tan solo un horrible accidente.

Tendría que proceder con extrema cautela. Nunca jamás podría bajar la guardia. Tendría que controlar cada una de mis inhalaciones. Debería guardar una distancia prudente en todo momento.

No cometería errores.

Comprendí por fin el segundo futuro, la visión que tanto me había perturbado. ¿Qué derroteros podían tomar los acontecimientos para que Bella acabara siendo prisionera de esta perpetua vida a medias? Ahora —devastado por el deseo de tenerla— entendía cómo podría llegar, en un acto de imperdonable egoísmo, a pedirle ese favor a mi padre. Suplicarle que le arrebatara la vida y el alma para que yo pudiera conservarla a mi lado por siempre.

Ella merecía algo mejor.

Sin embargo, atisé un futuro más, un camino exiguo como una cuerda floja que tal vez fuese capaz de recorrer si lograba mantener el equilibrio.

¿Podría hacerlo? ¿Estar con ella sin que tuviese que sacrificar su humanidad?

Con deliberación, bloqueé todos los músculos de mi cuerpo y, en esa inmovilidad absoluta, inspiré a fondo una bocanada de aire. Luego otra y otra más, de tal modo que su aroma me corriese por dentro como una llamarada. Su perfume inundaba la habitación; su fragancia estaba impregnada en cada una de las superficies. Me mareé de dolor, pero luché contra el vértigo. Tendría que acostumbrarme a esto si de verdad estaba decidido a pasar tiempo con ella. Otra respiración, honda y ardiente.

La contemplé mientras dormía hasta que el sol asomó tras las nubes del este, sin dejar de maquinarse y respirar.

Cuando llegué a casa, los demás acababan de salir hacia el instituto. Yo me cambié de ropa a toda prisa al tiempo que me aseguraba de eludir la mirada inquisitiva de Esme. Había advertido el brillo febril de mi rostro y eso le suscitaba preocupación y alivio a partes iguales. Mi larga inmersión en la melancolía le había provocado un gran dolor y se alegraba de que al parecer aquello hubiera llegado a su fin.

Corrí hasta el instituto y conseguí llegar pocos segundos después que mis hermanos. No se volvieron a mirar, si bien Alice, al menos, debía de saber que yo acechaba entre los frondosos bosques de las inmediaciones. Aguardé a que no hubiera nadie mirando y salí caminando tranquilamente entre los árboles al aparcamiento rebosante de coches.

Cuando oí la camioneta de Bella traquetear por el desvío, me detuve detrás de un Chevrolet Suburban, desde donde podía observar sin ser visto. Se internó en el aparcamiento y fulminó mi Volvo con la mirada un largo instante antes de estacionar en una de las plazas más alejadas, con el ceño fruncido.

Fue raro recordar que seguramente seguía enfadada conmigo, y con razón.

Tuve ganas de reír o de morirme allí mismo. Todos mis planes y maquinaciones serían irrelevantes si yo le era indiferente, ¿verdad? Su sueño bien podía haber versado sobre algo del todo aleatorio. Yo solo era un necio arrogante.

Bueno, en caso de que no se sintiera atraída por mí, tanto mejor para ella. Eso no me impediría tratar de acercarme. Ahora bien, aceptaría su negativa. Se lo debía. Le debía más. Le debía la verdad que no se me permitía revelar. De modo que le ofrecería tanta veracidad como pudiera. Intentaría advertirla. Y, cuando ella me confirmase que yo no era el escogido, me marcharía.

Avancé en silencio, mientras meditaba cuál sería el mejor modo de abordarla. Me lo puso fácil. Cuando bajó de la camioneta, la llave se le escurrió entre los dedos y fue a parar a un gran charco.

Se agachó a recogerla, pero yo me adelanté a recuperarla antes de que hundiera los dedos en el agua helada.

Me recliné contra la camioneta mientras ella se erguía con brusquedad, sobresaltada.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó.

Sí, seguía enfadada.

Le tendí la llave.

—¿Hacer qué?

Ella alargó la mano y dejó caer el objeto en su palma. Respiré profundamente para inhalar su aroma.

—Aparecer del aire —aclaró.

—Bella, no es culpa mía que seas excepcionalmente despistada.

Era un comentario sarcástico, casi una broma. ¿Acaso había algo que se le pasara por alto?

¿Se percató de que mi voz envolvía su nombre como una caricia?

Me fulminó con la mirada, reticente a reírme la gracia. Su pulso se aceleró. ¿De rabia? ¿De miedo? Pasado un momento, bajó la vista.

—¿A qué vino taponarme el paso ayer? —preguntó sin mirarme a los ojos—. Se suponía que ibas a fingir que yo no existía, no a irritarme hasta acabar conmigo.

Seguía muy enfadada. Requeriría cierto esfuerzo por mi parte reconducir la situación con ella. Recordé mi decisión de mostrarme sincero.

—Eso fue culpa de Tyler, no mía. Tenía que darle su oportunidad.

Se me escapó la risa al recordar la expresión de Bella. No pude evitarlo. Precisaba tanta concentración para mantenerla a salvo, para controlar mis reacciones físicas a su persona, que apenas me quedaban recursos para dominar mis emociones.

—Tú... —me acusó con voz ahogada, y a continuación echó a andar, al parecer demasiado furiosa para terminar la frase. Ahí estaba: la misma expresión de ayer. Contuve otra carcajada. No quería echar más leña al fuego.

—No finjo que no existas —añadí. Me pareció adecuado darle a mi voz un tono desenfadado, burlón. No quería asustarla más. Debía esconder la profundidad de mis sentimientos, aligerar el ambiente.

—¿Entonces sí que quieres irritarme hasta acabar conmigo, dado que la furgoneta de Tyler no lo consiguió?

Un destello de rabia latió en mi interior. ¿Cómo era posible que pensara eso?

No tenía razones para sentirme tan ofendido. Bella desconocía los esfuerzos que había dedicado a mantenerla viva, no sabía que me había enfrentado a mi familia por ella ni la transformación que se había obrado en mí la noche anterior. Pero estaba enfadado a pesar de todo. Emoción mal gestionada.

—Bella, eres totalmente absurda —le espeté.

Se sonrojó y me dio la espalda. Empezó a alejarse.

Sentí remordimientos. Mi ira no estaba justificada.

—Espera —le supliqué.

No se detuvo, así que la seguí.

—Lo siento. He sido descortés. No estoy diciendo que no sea cierto — realmente era absurdo imaginar que yo tuviera intención de perjudicarla del modo que fuera—, pero, de todos modos, no ha sido de buena educación.

—¿Por qué no me dejas sola?

¿Era esta mi negativa? ¿Era eso lo que ella quería? ¿Mi nombre en su sueño carecía de trascendencia?

Recordaba a la perfección el tono de su voz, la expresión de su rostro mientras pedía que me quedara.

Pero si su respuesta ahora era un «no»... Bueno, pues que así fuera. Ya sabía lo que debía hacer.

Aligera el ambiente, me recordé. Esta podía ser la última vez que la viera. Y, de ser el caso, quería separarme de ella sin remordimientos. Así que fingiría ser un chico humano normal y corriente. Lo que es más importante, le daría elección y luego aceptaría su respuesta.

—Quería pedirte algo, pero me has desviado del tema.

Se me acababa de ocurrir una posibilidad interesante, y me reí por lo bajo.

—¿Tienes un trastorno de personalidad múltiple? —me preguntó.

Eso debía de parecer desde fuera. Mi estado de ánimo fluctuaba a su antojo, con tantas emociones nuevas como me embargaban.

—Y lo vuelves a hacer —protesté.

Suspiró.

—Vale, entonces ¿qué me querías pedir?

—Me preguntaba si el sábado de la próxima semana... —Una expresión de estupor asomó a su rostro, y tuve que reprimir otra carcajada—. Ya sabes, el día del baile de primavera...

Me interrumpió a media frase, ahora sosteniendo mi mirada.

—¿Intentas ser gracioso?

—Por favor, ¿vas a dejarme terminar?

Aguardó en silencio, mordiéndose el labio inferior. La imagen me distrajo un instante. Reacciones extrañas, desconocidas, aletearon en las profundidades de mi olvidado corazón humano. Traté de ahuyentarlas para poder representar mi papel.

—Te he escuchado decir que vas a ir a Seattle ese día y me preguntaba si querías dar un paseo —me ofrecí. Había concluido que, en lugar de

limitarme a conocer sus planes, podía compartirlos. Si es que me respondía con un «sí».

Me miró estupefacta.

—¿Qué?

—¿Quieres dar un paseo hasta Seattle?

A solas en un coche con ella; la mera idea me abrasó la garganta. Inspiré profundamente. *Acostúmbrate.*

—¿Con quién? —preguntó, desconcertada.

—Conmigo, obviamente —respondí despacio.

—¿Por qué?

¿Tanto le extrañaba que quisiera pasar un rato en su compañía? Bella debía de haber asignado el peor significado posible a mi conducta anterior.

—Bueno —dije en el tono más desenfadado que pude adoptar—, planeaba ir a Seattle en las próximas semanas y, para ser honesto, no estoy seguro de que tu camioneta lo pueda conseguir.

Me parecía más seguro mantener el tono jocoso que ponerme demasiado serio.

—Mi coche va perfectamente, muchísimas gracias por tu preocupación —replicó con la misma voz cargada de sorpresa. Echó a andar de nuevo. Yo caminé a su lado.

No era un rechazo explícito, pero casi. ¿Se estaba mostrando educada?

—¿Puede llegar gastando un solo depósito de gasolina?

—No veo que sea de tu incumbencia —rezongó.

El pulso se le había acelerado de nuevo, su aliento surgía ahora con más rapidez. Yo había pensado que el tono burlón la tranquilizaría, pero puede que la estuviera asustando otra vez.

—El despilfarro de recursos limitados es asunto de todos.

A mis oídos, el comentario sonó espontáneo y normal, pero no podía saber si ella lo había interpretado así. Su silencio mental siempre me descolocaba.

—De verdad, Edward, no te sigo. Creía que no querías ser amigo mío.

Me atravesó un escalofrío cuando pronunció mi nombre y me sentí trasladado de vuelta a su dormitorio, al instante en que pronunció mi nombre en sueños y me pidió que me quedara. Ansié poder vivir en ese momento por siempre.

Sin embargo, por ahora, debía aferrarme a la sinceridad.

—Dije que sería mejor que no lo fuéramos, no que no lo deseara.

—Vaya, gracias, eso lo aclara todo —replicó con sarcasmo.

Se detuvo bajo el alero del tejado de la cafetería y de nuevo me sostuvo la mirada. Se le alteró el pulso. ¿De miedo o de ira?

Escogí las palabras con cuidado. Necesitaba que lo entendiera. Que comprendiera que debía rechazarme por su propio bien.

—Sería más... prudente para ti que no fueras mi amiga. —Sumido en las profundidades de esos ojos color chocolate fundido, mis dedos se soltaron del concepto «aligerar». Pero me he cansado de alejarme de ti, Bella.

Tuve la sensación de que las palabras incendiaban el camino a mi boca.

Se le cortó el aliento y, en el instante que tardó su respiración en reanudarse, entré en pánico. Ahora sí la había asustado de verdad, ¿no?

Tanto mejor. Obtendría mi «no» y trataría de sobrellevarlo.

—¿Me acompañarás a Seattle? —pregunté sin más rodeos.

Asintió, con el corazón desbocado.

Sí. Me había dado el sí a mí.

En ese momento noté el embate de mi conciencia. ¿Qué precio tendría que pagar Bella por ello?

—Deberías alejarte de mí, de veras —le advertí. ¿Me haría caso? ¿Escaparía del futuro con el que yo la amenazaba? ¿Podía hacer algo yo para rescatarla de mí mismo?

Aligera el ambiente, me grité.

—Te veré en clase.

Y al instante recordé que eso no sucedería. Hasta ese punto su presencia me impedía pensar.

Tuve que concentrarme a fondo para no echar a correr conforme me alejaba.

6. Grupo sanguíneo

La observé todo el día a través de ojos ajenos, sin apenas ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor.

No recurrí a la mirada de Mike Newton, porque ya no podía seguir soportando sus ofensivas fantasías, ni a la de Jessica Stanley, porque su resentimiento hacia Bella me irritaba. Angela Weber ofrecía una buena alternativa cuando sus ojos estaban disponibles. Era amable; me sentía cómodo en su mente. Y también, de vez en cuando, los profesores aportaban excelentes vistas.

Me sorprendió descubrir, conforme veía a Bella trastabillar de acá para allá a lo largo del día —tropezando con las grietas de la acera, con algún libro caído y, la mayoría de las veces, con sus propios pies—, que la gente a la que escuchaba a hurtadillas la consideraba «torpe».

Lo medité. Era cierto que a menudo experimentaba problemas para permanecer erguida. Recordé su accidentada llegada al pupitre aquel primer día, su resbalón en el hielo antes del accidente, su traspies con el reborde de la puerta ayer mismo. Qué curioso... Tenían razón. Era torpe.

No sé por qué razón me pareció tan gracioso el descubrimiento, pero me reí a carcajadas mientras recorría el trayecto de Historia a Lengua y Literatura. Varias personas me miraron con recelo antes de apartar los ojos a toda prisa de mi dentadura al descubierto. ¿Cómo era posible que nunca hubiera reparado en ello? Tal vez porque, en reposo, su porte emanaba elegancia, la posición de su cabeza, el arco de su cuello...

Ahora mismo no desprendía ni un ápice de refinamiento. El señor Warner la vio introducir la punta de la bota en una junta de la moqueta y desplomarse sobre la silla.

De nuevo se me escapó la risa.

El tiempo transcurrió con insufrible lentitud mientras aguardaba el momento de contemplarla con mis propios ojos. Por fin sonó el timbre y me

dirigí a grandes zancadas hacia la cafetería para asegurarme mi posición. Fui el primero en llegar. Escogí una mesa que solía estar vacía y que sin duda seguiría así en cuanto me vieran sentado allí.

Cuando mi familia entró y me avistó a solas en mi nueva ubicación, no mostraron sorpresa ninguna. Alice ya debía de haberles advertido.

Rosalie pasó por mi lado sin volverse a mirarme siquiera.

Idiota.

Mi relación con ella nunca había sido fácil. Por lo visto la ofendí desde el primer instante en que abrí la boca para hablar, y a partir de entonces las cosas fueron de mal en peor. Sin embargo, yo intuía que últimamente estaba aún más irritable si cabe que de costumbre. Suspiré. Rosalie se lo tomaba todo como algo personal.

Jasper me dedicó una sonrisa de medio lado al pasar.

Buena suerte, me transmitió sin demasiado convencimiento.

Emmett puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

Ha perdido el juicio, pobre chaval.

Alice, en cambio, exhibía una expresión tan radiante que dejaba demasiado a la vista su resplandeciente dentadura.

¿Ya puedo hablar con Bella?

—Mantente al margen —le dije por lo bajo.

Su gesto languideció, pero al instante volvió a iluminarse.

Muy bien. Tú sigue en tus trece. Solo es cuestión de tiempo.

Volví a suspirar.

No olvides lo del laboratorio de Biología de hoy, me recordó.

Asentí. Me fastidiaba que el señor Banner hubiera organizado ese ejercicio. Yo había perdido infinidad de horas sentado al lado de Bella en clase de Biología mientras fingía ignorarla; se me antojó una triste ironía que precisamente hoy fuera a perderme ese rato en su compañía.

Mientras aguardaba la llegada de Bella, la seguí en los ojos de un alumno de primer curso que caminaba detrás de Jessica rumbo a la cafetería. Esta parloteaba sobre el inminente baile, pero Bella no le respondía. Tampoco es que Jessica le concediera demasiadas ocasiones de intervenir.

En el instante en que cruzó la puerta, los ojos de Bella saltaron a la mesa que ocupaban mis hermanos. La observó un momento antes de arrugar el entrecejo y bajar los ojos al suelo. No me había visto.

Parecía tan... triste. Sentí el impulso irrefrenable de levantarme y acudir a su lado para consolarla, si bien ignoraba qué podría servirle de consuelo.

Jessica proseguía con su cháchara sobre el baile. ¿Estaba Bella disgustada porque se lo iba a perder? No me parecía probable.

Pero de ser así... Ansié poder ofrecerle esa opción. Imposible. La proximidad física que exige un baile sería demasiado peligrosa.

Compró una bebida y nada más para almorzar. ¿Era adecuada su elección? ¿No necesitaría más nutrientes? Nunca antes de ahora había prestado demasiada atención a la dieta humana.

¡Los mortales eran frágiles hasta límites exasperantes! Mis motivos de preocupación se contaban por millones.

—Edward Cullen te vuelve a mirar —oí decir a Jessica—. Me pregunto por qué se sienta solo hoy.

Di gracias a Jessica en silencio —aunque ella estaba más resentida que nunca—, porque Bella levantó la cabeza y sus ojos escudriñaron las mesas hasta dar con los míos.

Ahora no había la menor traza de tristeza en su semblante. Ansié que su abatimiento anterior se explicara por la suposición de que yo me había marchado temprano del instituto, y la idea me arrancó una sonrisa.

Con un gesto del dedo índice, le pedí que se reuniera conmigo. Su rostro reflejó tal sorpresa que de nuevo quise tomarle el pelo. De modo que le guiñé un ojo y su boca se abrió con incredulidad.

—¿Se refiere a ti? —preguntó Jessica con un tono ofensivo.

—Puede que necesite ayuda con los deberes de Biología —respondió Bella con voz queda e insegura—. Eh, será mejor que vaya a ver qué quiere.

Su respuesta casi significaba otro «sí».

Trastabilló dos veces de camino a mi mesa, aunque no había nada allí salvo linóleo liso y uniforme. Por todos los demonios, ¿cómo era posible que no me hubiera fijado en sus problemas de equilibrio? Había estado más pendiente de sus indescifrables pensamientos, supuse. ¿Qué más me había perdido?

Prácticamente había llegado a la altura de mi mesa. Traté de prepararme. *Sé sincero, aligera el ambiente*, entoné en silencio.

Ella se detuvo detrás de la silla que había frente a mí, indecisa.

Aguanta el dolor de la quemazón, pensé sin humor.

—¿Por qué no te sientas hoy conmigo? —le pregunté.

Ella retiró la silla y tomó asiento, todo ello sin despegar los ojos de mí. Parecía nerviosa. Esperé a que hablara.

Tardó un instante, pero al fin dijo:

—Esto es diferente.

—Bueno... —titubeé—. Decidí que, ya puesto a ir al infierno, lo podía hacer del todo.

¿Qué me había inducido a decir eso? Al menos era un comentario sincero. Y tal vez ella hubiera captado la sutil advertencia que contenían mis palabras. Quizá la ayudaran a comprender de una vez por todas que haría bien en levantarse y marcharse sin mirar atrás.

No se movió. Me observó con atención, expectante, como si hubiera dejado la frase a medias.

—Sabes que no tengo ni idea de a qué te refieres —aclaró al comprobar que yo no seguía hablando.

Fue un alivio. Sonreí.

—Cierto.

Me costaba un gran esfuerzo ignorar los pensamientos que resonaban a todo volumen por detrás de su espalda; y, en cualquier caso, quería cambiar de tema.

—Creo que tus amigos se han enojado conmigo por haberte raptado.

Mi comentario no la alteró lo más mínimo.

—Sobrevivirán.

—Aunque es posible que no quiera liberarte.

Ni siquiera tenía claro si estaba bromeando o siendo sincero. Su proximidad desordenaba mis pensamientos.

Bella tragó saliva con dificultad. Su expresión me arrancó una carcajada.

—Pareces preocupada.

Lo cierto era que no tenía ninguna gracia. Debería estar preocupada.

—No. —Supe que estaba mintiendo. Se le quebró la voz, delatando así el engaño—. Más bien sorprendida. ¿A qué se debe este cambio?

—Ya te lo dije —le recordé—. Me he hartado de permanecer lejos de ti, por lo que me he rendido. —Mantuve la sonrisa en mi rostro con cierta dificultad. Mi estrategia de mostrarme sincero y espontáneo al mismo tiempo no estaba funcionando.

—¿Rendido? —repitió perpleja.

—Sí, he dejado de intentar ser bueno. —Y también al tono casual, por lo visto—. Ahora voy a hacer lo que quiera, y que sea lo que tenga que ser.

Ahora sí estaba diciendo la verdad. Que fuera consciente de mi egoísmo. Que escuchara mi advertencia.

—Me he vuelto a perder.

Yo era tan mezquino como para alegrarme por ello.

—Siempre digo demasiado cuando hablo contigo. Ese es uno de los problemas.

Un problema insignificante, comparado con el resto.

—No te preocupes —me tranquilizó—. No me entero de nada.

Bien. En ese caso no se marcharía de momento.

—Cuento con ello.

—Ya. En cristiano, ¿somos amigos ahora?

Sopesé la idea un instante.

—Amigos... —repetí. La palabra no me convencía del todo. No me parecía... suficiente.

—O no —musitó con aire apurado.

¿Pensaba acaso que ella no acababa de agradarme? Sonreí.

—Bueno, supongo que podemos intentarlo, pero te prevengo que no voy a ser un buen amigo para ti.

Aguardé su respuesta, dividido. Por un lado deseaba que por fin atendiera a mis advertencias, por otro pensaba que moriría si lo hacía. Qué melodramático.

Se le aceleró el corazón.

—Lo repites un montón.

—Sí, porque no me escuchas —le dije, de nuevo con demasiada intensidad—. Sigo a la espera de que me creas. Si eres lista, me evitarás.

Apenas empezaba a atisbar el dolor que me aguardaba cuando Bella intuyese lo suficiente como para tomar la decisión adecuada.

Me dirigió una mirada afilada.

—Me parece que ya has dejado suficientemente clara tu opinión sobre mi intelecto.

No acababa de entender a qué se refería, pero esboqué una sonrisa de disculpa al adivinar que la había ofendido involuntariamente.

—En ese caso —empezó en tono pausado—, hasta que yo sea lista... ¿Vamos a intentar ser amigos?

—Suená bien.

Agachó la mirada y observó con atención la botella de limonada que sostenía entre las manos.

La curiosidad de siempre volvió a atormentarme.

—¿Qué piensas? —le pregunté. Experimenté un alivio inmenso al pronunciar por fin las palabras en voz alta. No recordaba la sensación de falta de oxígeno en los pulmones, pero supuse que al volver a inhalar se sentiría algo parecido a esto.

Ella buscó mi mirada y su respiración se aceleró al tiempo que un leve rubor rosado le teñía las mejillas. Aspiré con la intención de paladear su reacción en el aire.

—Intentaba averiguar qué eres.

Sostuve la sonrisa para borrar cualquier otra expresión, mientras el pánico me atenazaba por dentro.

Pues claro que sentía curiosidad. Era muy inteligente. No podía esperar que se le escapara algo tan evidente.

—¿Y has tenido fortuna en tus pesquisas? —pregunté en el tono más desenfadado que pude adoptar.

—No demasiada —reconoció.

Me reí entre dientes de puro alivio.

—¿Qué teorías barajas?

Sin duda no serían peores que la verdad, por lejos que hubiera llevado sus suposiciones.

El rojo de sus mejillas se tornó aún más intenso y no respondió. El calor de su rubor me alcanzó.

Probaría con mi tono persuasivo. Solía funcionar bien con los mortales normales.

Esbocé una sonrisa sugerente.

—¿No me lo quieres decir?

Ella negó con la cabeza.

—Resulta demasiado embarazoso.

Me impacienté. No saber qué pensaba era la peor de las torturas. ¿Por qué razón le avergonzaban sus especulaciones?

—Eso es realmente frustrante, ya lo sabes.

Mi queja desató algo en su interior. Sus ojos echaron chispas y sus palabras fluyeron más raudas de lo habitual.

—No, no concibo por qué ha de resultar frustrante, en absoluto, solo porque alguien rehúse revelar sus pensamientos, sobre todo después de haber efectuado unos cuantos comentarios crípticos, especialmente ideados para mantenerme en vela toda la noche, pensando en su posible significado... Bueno, ¿por qué iba a resultar frustrante?

Fruncí el ceño, irritado al comprender que tenía toda la razón. No estaba jugando limpio. Ella desconocía los vínculos de lealtad y los límites que me sellaban los labios, pero eso no le impedía percibir el desequilibrio de la situación.

Prosiguió:

—O, mejor, digamos que una persona hace un montón de cosas raras, como salvarte la vida bajo circunstancias imposibles un día y al siguiente tratarte como si fueras un paria, y jamás te explica ninguna de las dos, incluso después de haberlo prometido. Eso tampoco debería resultar demasiado frustrante.

Fue el discurso más largo que le había oído pronunciar desde que la conocía y me proporcionó una nueva cualidad que sumar a mi lista.

—Tienes un poquito de genio, ¿verdad?

—No me gustan los dobles raseros.

Su irritación estaba más que justificada, desde luego.

Clavé los ojos en Bella al mismo tiempo que me preguntaba en qué podía beneficiarle a ella mi amistad, hasta que un grito silencioso en la mente de Mike Newton me distrajo. El chico estaba tan enfadado, hacía gala de una vulgaridad tan infantil, que solté una carcajada ronca una vez más.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Tu novio parece creer que estoy siendo desagradable contigo. Se debate entre venir o no a interrumpir nuestra discusión.

Me habría encantado ver cómo lo intentaba. Se me escapó la risa de nuevo.

—No sé de quién me hablas —replicó en tono gélido—. Pero, de todos modos, estoy segura de que te equivocas.

Me deleité en su facilidad para desdeñarlo con un comentario indiferente.

—No me equivoco. Te lo dije, me resulta fácil saber qué piensan la mayoría de las personas.

—Excepto yo, por supuesto.

—Sí. Excepto tú. —¿Tenía que ser ella la excepción en todo?—. Me pregunto por qué será.

La miré fijamente a los ojos mientras volvía a intentarlo.

Ella desvió la vista, abrió la limonada y bebió un pequeño trago con los ojos clavados en la mesa.

—¿No tienes hambre? —le pregunté.

—No. —Contempló el espacio vacío que nos separaba—. ¿Y tú?

—No. No estoy hambriento —respondí. No tenía esa clase de apetito.

Frunciendo los labios, Bella bajó la mirada. Aguardé.

—¿Me puedes hacer un favor? —preguntó, buscando mis ojos de improviso.

¿Qué podía querer de mí? ¿Me pediría una verdad que no estaba autorizado a revelar, la misma verdad que, si estaba en mi mano, jamás

llegaría a conocer?

—Eso depende de lo que quieras.

—No es mucho —prometió.

Esperé, ardiendo con una curiosidad tortuosa, como de costumbre.

—Solo me preguntaba —empezó despacio, miró su botella de limonada y repasó el círculo de la boca con el dedo meñique— si podrías ponerme sobre aviso la próxima vez que decidas ignorarme por mi propio bien. Únicamente para estar preparada.

¿Me pedía una advertencia? En ese caso, debía de molestarle que la ignorase. Sonreí.

—Me parece justo.

—Gracias —dijo, y alzó la vista. Su rostro parecía tan aliviado que tuve ganas de lanzar una carcajada de puro alivio yo también.

—En ese caso, ¿puedo hacer una pregunta a cambio? —pregunté esperanzado.

—Una —me concedió.

—Cuéntame una teoría.

Se sonrojó.

—Esa, no.

—No has puesto condiciones, solo has prometido una respuesta —argüí.

—Claro, y tú no has roto ninguna promesa —me recordó.

—Solo una teoría... No me reiré.

—Sí lo harás.

Parecía convencida, aunque yo no podía imaginar de qué modo sus conjeturas podían resultarme divertidas.

Decidí darle otra oportunidad a mi capacidad de persuasión.

Me sumí en las profundidades de sus ojos —algo sencillo ante unos ojos tan insondables como los suyos— y susurré:

—Por favor.

Ella pestañeó y su rostro adoptó una expresión ausente.

Vaya, no era esa precisamente la reacción que buscaba.

—Eh... ¿Qué? —me preguntó pasado un segundo. Parecía desorientada. ¿Se encontraba bien?

Volví a intentarlo.

—Cuéntame solo una de tus pequeñas teorías, por favor —le rogué en un tono suave, nada alarmante, al mismo tiempo que le sostenía la mirada.

Sorprendido y satisfecho, descubrí que esta vez sí había dado resultado.

—Pues... Eh... ¿Te mordió una araña radiactiva?

¿Me había tomado por un personaje de cómic? No era de extrañar que temiera mis carcajadas.

—Eso no es muy imaginativo —la reprendí para esconder una nueva oleada de alivio.

—Lo siento, es todo lo que tengo —replicó ofendida.

Eso me relajó todavía más. Podía volver a bromear con ella.

—Ni siquiera te has acercado.

—¿Nada de arañas?

—No.

—¿Ni un poquito de radiactividad?

—Nada.

—Maldición —suspiró.

—Tampoco me afecta la kriptonita —me apresuré a decirle (antes de que pudiera preguntar por más mordiscos), y luego no pude evitar reírme ante la idea de que Bella me hubiera tomado por un superhéroe.

—Se suponía que no te ibas a reír, ¿te acuerdas?

Apreté los labios con fuerza.

—Con el tiempo, lo voy a averiguar —prometió.

Y cuando lo hiciera, huiría como alma que lleva el diablo.

—Desearía que no lo intentaras —respondí, sin un ápice de la burla anterior.

—¿Por...?

Le debía sinceridad. Intenté sonreír pese a todo, para que mis palabras sonaran menos amenazadoras.

—¿Qué pasaría si no fuera un superhéroe? ¿Y si fuera el chico malo?

Durante una milésima de segundo, sus ojos se agrandaron y un pequeño espacio se abrió entre sus labios.

—Oh —dijo. Luego, transcurrido otro segundo—: Ya veo.

Por fin me había escuchado.

—¿Sí? —pregunté, haciendo esfuerzos por ocultar el dolor que me atenazaba.

—¿Eres peligroso? —adivinó. Percibí su aliento entrecortado, el pulso acelerado.

No podía responderle. ¿Sería este el último momento que compartiría con ella? ¿Saldría huyendo ahora? ¿Tendría ocasión de decirle que la amaba antes de que se marchara? ¿O eso la asustaría todavía más?

—Pero no malo —susurró, sacudiendo la cabeza de lado a lado, sin trazas de miedo perceptibles en esos ojos sinceros—. No, no creo que seas malo.

—Te equivocas —musité

Pues claro que era malo. ¿Acaso no me estaba regocijando ahora al descubrir que me consideraba mejor de lo que merecía? De ser una buena persona, me habría mantenido bien alejado de ella.

Alargué la mano por encima de la mesa con la excusa de alcanzar el tapón de la limonada. Ella no se apartó ante la súbita cercanía de mi mano. Había dicho la verdad: no me tenía miedo. Todavía no.

Hice girar el tapón como si fuera una peonza, observando el objeto en lugar de mirarla a ella. Mis pensamientos eran un caos.

Huye, Bella, huye. No lograba obligarme a pronunciar las palabras en voz alta.

Se puso en pie. Empezaba a temer que hubiera oído de algún modo mi advertencia silenciosa cuando dijo:

—Vamos a llegar tarde.

—Hoy no voy a ir a clase.

—¿Por qué no?

Porque no quiero acabar con tu vida.

—Es saludable hacer novillos de vez en cuando.

Para ser más exactos, era saludable para los humanos que los vampiros faltaran a clase cuando se iba a derramar sangre. Hoy el señor Banner tenía previsto analizar los grupos sanguíneos. Alice ya se había saltado la clase de la mañana.

—Bueno, yo sí voy —dijo. No me sorprendió. Bella era responsable; siempre hacía lo correcto.

Éramos polos opuestos.

—En ese caso, te veré luego —me despedí, de nuevo en un tono desenfadado, sin apartar la vista de las piruetas del tapón. *Por favor, sálvate. Por favor, nunca me dejes.*

Titubeé y albergué la esperanza momentánea de que se quedara conmigo a pesar de todo. Pero sonó el timbre y ella partió a toda prisa.

Esperé a que se hubiera ido para guardarme el tapón en el bolsillo: el recuerdo de una conversación tan relevante. Acto seguido, me encaminé bajo la lluvia hacia mi coche.

Puse mi CD relajante favorito —el mismo al que había recurrido aquel primer día—, pero no estaba destinado a escuchar las notas de Debussy largo rato. Otras notas aleteaban por mi cabeza, un fragmento de melodía que me agradaba e intrigaba a partes iguales. Apagué el equipo y atendí a la música mental, reproduciéndola una y otra vez hasta que evolucionó en una armonía

completa. Sin pensar, desplacé los dedos por el aire sobre las teclas imaginarias de un piano.

La nueva composición hacía grandes progresos cuando una oleada de angustia mental captó mi atención.

¿Se va a desmayar? ¿Qué hago?, se preguntaba Mike aterrado.

A cien metros de distancia, Mike Newton ayudaba a Bella a tumbarse sobre la acera. Ella se desplomó inconsciente contra el hormigón mojado, los ojos cerrados, la piel cenicienta como la de un cadáver.

Estuve a punto de arrancar la puerta del coche.

—¿Bella? —grité.

Su rostro exangüe no experimentó el menor cambio cuando grité su nombre. Una sensación gélida se apoderó de mi cuerpo. Tenía delante la confirmación de cada uno de los disparatados escenarios que había imaginado. Tan pronto como la había perdido de vista...

Fui consciente de la sorpresa exasperada de Mike cuando me abrí paso con furia a través de sus pensamientos. El chico solo pensaba en la rabia que yo le inspiraba, de modo que me era imposible averiguar qué le había pasado a Bella. Si había lastimado a la chica de algún modo, lo aniquilaría. Ni el más ínfimo fragmento de su cuerpo se recuperaría jamás.

—¿Qué le sucede? ¿Está herida? —lo interpele para enfocar sus pensamientos. Era desesperante tener que caminar a paso humano. Debería haberme acercado sin llamar la atención.

Por fin alcancé a oír el latido del corazón de Bella e incluso su respiración. Bajo mi atenta mirada, apretó los párpados con fuerza. El gesto mitigó una parte de mi terror.

Vi instantáneas de recuerdos en la cabeza de Mike, un despliegue de imágenes procedentes del laboratorio de Biología. La cabeza de Bella sobre la mesa, su tez pálida teñida de un tono verdoso. Gotas rojas contra las tarjetas blancas.

La tipificación de los grupos sanguíneos.

Me detuve y contuve el aliento. Tal vez pudiera soportar su aroma, pero no podía decir lo mismo de su sangre derramada.

—Creo que se ha desmayado —aclaró Mike, nervioso y resentido a partes iguales—. No sé qué ha pasado, no se ha llegado a pinchar el dedo.

Me inundó el alivio. Volví a respirar y paladeé el aire. Ah, solamente percibía el minúsculo sangrado del pinchazo de Mike Newton. En otro tiempo, me habría parecido apetecible.

Me arrodillé al lado de Bella mientras Mike pululaba a mi alrededor, furioso por mi intervención.

—Bella. ¿Me oyes?

—No —gimió—. Vete.

La sensación de alivio fue tan exquisita que me reí. No estaba en peligro.

—La llevaba a la enfermería —dijo Mike—. Pero no ha querido avanzar más.

—Yo me encargo de ella. Puedes volver a clase —lo despaché.

A Mike le rechinaron los dientes.

—No. Se supone que he de hacerlo yo.

No pensaba quedarme allí discutiendo con ese idiota.

Emocionado y aterrado, en parte agradecido y en parte agitado por el conflicto que implicaba tocarla, la recogí de la acera con suavidad y la sostuve en brazos con cuidado de entrar en contacto únicamente con el anorak y los vaqueros, manteniéndola tan alejada como fuera posible de mi cuerpo. Eché a andar en el mismo movimiento, ansioso por ponerla a salvo; en otras palabras: más lejos de mí.

Abrió los ojos de par en par, estupefacta.

—¡Bájame! —ordenó con voz frágil. De nuevo se sentía avergonzada, a juzgar por su expresión. No le gustaba mostrar debilidad. Pese a todo, su cuerpo transmitía tal endebles que dudaba de que fuera capaz de sostenerse por su propio pie, y mucho menos de caminar.

Hice caso omiso de las protestas que profería Mike a nuestra espalda.

—Tienes un aspecto espantoso —le dije, incapaz de ocultar mi sonrisa al saber que no le pasaba nada salvo un mareo y una ligera indisposición.

—¡Déjame otra vez en la acera! —insistió. Tenía los labios pálidos.

—¿De modo que te desmayas al ver sangre?

Una retorcida ironía. Cerró los ojos y presionó los labios entre sí.

—Y ni siquiera era la visión de tu propia sangre —añadí. Mi sonrisa se ensanchaba por momentos.

Llegamos a las oficinas. La puerta estaba entornada y la abrí de un puntapié.

La señora Cope dio un respingo al vernos.

—Oh, Dios mío —jadeó mientras examinaba a la chica desfallecida en mis brazos.

—Se ha desmayado en Biología —expliqué, antes de que la imaginación de la mujer se disparase.

La señora Cope corrió a abrir la puerta de la enfermería. Bella, de nuevo con los ojos abiertos, la observaba. Oí el asombro interno de la enfermera mientras yo depositaba cuidadosamente a la chica en la única y destartada camilla de la sala. Tan pronto como la dejé, me alejé a la otra punta de la habitación. Mi cuerpo rezumaba excitación y deseo, tenía los músculos tensos y el veneno fluía en mi boca. Era tan cálida y fragante...

—Ha sufrido un leve desmayo —tranquilicé a la señora Hammond—. En Biología están haciendo la prueba del Rh.

Ella asintió. Ahora lo entendía.

—Siempre le ocurre a alguien.

Reprimí una risa. Y ese alguien tenía que ser Bella.

—Quédate tendida un minutito, cielo —dijo la señora Hammond—. Se pasará.

—Lo sé —dijo Bella.

—¿Te sucede muy a menudo? —quiso saber la enfermera.

—A veces —reconoció ella.

Tosí para disimular una carcajada. Mi gesto captó la atención de la enfermera.

—Puedes regresar a clase —dijo.

La miré a los ojos y mentí con una confianza absoluta.

—Se supone que me tengo que quedar con ella.

Mmmm. No sé yo... Ah, está bien. La señora Hammond asintió.

Con la enfermera había funcionado a la perfección. ¿Por qué me resultaba tan difícil con Bella?

—Voy a traerte un poco de hielo para la frente, cariño —dijo la enfermera, ligeramente incómoda después de mirarme a los ojos (como debería sentirse cualquier mortal), y abandonó la consulta.

—Tenías razón —gimió Bella, que volvió a cerrar los ojos.

¿A qué se refería? Al instante imaginé la peor conclusión posible: había decidido hacer caso de mis advertencias.

—Suelo tenerla —dije, aún aferrado al tono socarrón; ahora me sonaba amargo—. ¿Sobre qué tema en particular en esta ocasión?

—Hacer novillos es saludable —suspiró.

Ah, de nuevo el alivio.

Bella guardó silencio después de eso. Se limitó a inhalar y exhalar, despacio. Sus labios estaban recuperando el tono sonrosado. Tenía una boca levemente asimétrica, el labio superior demasiado carnoso con relación al

inferior. Mirarle la boca me producía una sensación extraña. Me despertaba deseos de acercarme a ella, lo que no era buena idea.

—Ahí fuera ha habido un momento en que me has asustado —dije con la intención de reanudar la conversación. El silencio me producía un malestar extraño, me sentía solo sin su voz—. Creía que Newton arrastraba tu cadáver para enterrarlo en los bosques.

—Ja, ja —respondió.

—Lo cierto es que he visto cadáveres con mejor aspecto. —Era verdad—. Me preocupaba tener que vengar tu asesinato.

Y lo habría hecho.

—Pobre Mike —suspiró—. Apuesto a que se ha enfadado.

La furia latió en mi cuerpo, pero la contuve a toda prisa. Sin duda su inquietud no era más que compasión. Bella era bondadosa. Nada más.

—Me aborrece por completo —le dije, más animado ante aquella idea.

—No lo puedes saber.

—He visto su rostro... Te lo aseguro.

Seguramente fuera verdad que me habría bastado con ver la expresión en el rostro del chico para sacar esa conclusión en concreto. El entrenamiento con Bella me estaba sirviendo para refinar mi habilidad.

—¿Cómo es que me has visto? Creí que te habías ido.

Su rostro estaba volviendo a la normalidad. El matiz verdoso había desaparecido de su tez translúcida.

—Estaba en mi coche escuchando un CD.

Torció la boca, como si no se esperara una respuesta tan prosaica por mi parte.

Abrió los ojos de nuevo cuando la señora Hammond regresó con una compresa de hielo.

—Aquí tienes, cariño —le dijo la enfermera al mismo tiempo que la posaba en la frente de Bella—. Tienes mejor aspecto.

—Creo que ya estoy bien —respondió. Se sentó y retiró la compresa de su frente. Cómo no. A Bella no le gustaba que cuidaran de ella.

Las manos arrugadas de la señora Hammond revolotearon hacia la chica, como si pretendiera empujarla de vuelta a la camilla. En ese momento la señora Cope abrió la puerta de la enfermería y se asomó. Con su aparición entró flotando un tufillo a sangre fresca, apenas una leve vaharada.

Invisible al otro lado de la puerta, Mike Newton seguía muy enfadado mientras deseaba que el muchacho recio al que arrastraba ahora fuera la chica que estaba dentro conmigo.

—Ahí viene otro —dijo la señora Cope.

Bella se apresuró a bajar de la camilla, ansiosa por dejar de ser el centro de atención.

—Tome —dijo. Le devolvió la compresa a la señora Hammond—. Ya no la necesito.

Con un gruñido, Mike prácticamente empujó a Lee Stephens a través de la puerta. La sangre aún goteaba por la mano que Lee sostenía junto a su cara y le resbalaba por la muñeca.

—Oh, no. —Lo consideré una señal de que había llegado el momento de marcharme; al igual que Bella—. Vámonos fuera de aquí, Bella.

Ella levantó la vista para mirarme con expresión sorprendida.

—Confía en mí... Vamos.

Dio media vuelta y sujetó la puerta antes de que se cerrara para salir disparada hacia el despacho al otro lado. Yo le pisaba los talones. Su melena ondulante me rozó la mano.

Ella se volvió a mirarme, todavía aturdida.

—Por una vez me has hecho caso.

Era la primera vez. Bella arrugó su pequeña nariz.

—He oído la sangre.

La miré con perplejidad.

—La gente no puede oler la sangre.

—Bueno, yo sí. Eso es lo que me pone mala. Huele a óxido... y sal.

Todavía anclado a sus ojos, mi semblante se petrificó.

¿Era realmente humana? Parecía humana. Su tacto era cálido como el de una humana. Olía como una humana; bueno, en realidad mejor. Y se comportaba como una humana... más o menos. Pero no pensaba como ellos ni reaccionaba como si lo fuera.

Ahora bien, ¿qué otras opciones había?

—¿Qué? —me espetó.

—No es nada.

Mike Newton nos interrumpió cuando entró en el despacho envuelto en pensamientos rencorosos y violentos.

—Tienes mejor aspecto —le soltó de malos modos.

Mi mano se crispó cuando me invadió el deseo de enseñarle buenos modales. Tendría que controlarme o acabaría por matar realmente a ese chico repulsivo.

—Tú solo métete la mano en el bolsillo por si acaso —le dijo. Por un segundo enloquecido, pensé que me hablaba a mí.

—Ya no sangra —respondió él malhumorado—. ¿Vas a volver a clase?

—¿Bromeas? Tendría que dar media vuelta y volver aquí.

Qué buena noticia. Pensaba que me perdería esa hora con ella y ahora acababa de ganar algún tiempo extra. Un regalo que sin duda no merecía.

—Sí, supongo que sí —musitó Mike—. ¿Vas a venir este fin de semana a la playa?

¿De qué hablaba? Habían hecho planes juntos, al parecer. La rabia me paralizó. Sin embargo, al momento descubrí que se trataba de un viaje en grupo. Mike pasaba lista mental de los demás invitados según contaba las plazas. No iban los dos solos. El descubrimiento no mitigó mi furia. Me recosté contra el mostrador para controlar mis reacciones, todavía agarrotado.

—Claro. Te dije que iría —prometió ella.

De modo que él también había recibido una respuesta afirmativa. Los celos me abrasaron por dentro, más dolorosos que la sed.

—Nos reuniremos en la tienda de mi padre a las diez. —*Y Cullen NO está invitado.*

—Allí estaré —dijo Bella.

—Entonces te veré en clase de gimnasia.

—Hasta la vista —respondió ella.

Mike se alejó a regañadientes, con la mente rebosante de pensamientos airados. *¿Qué verá en ese bicho raro? Debe de ser porque es rico. A las chicas les parece guapo, pero no entiendo por qué motivo. Es demasiado... perfecto. Me juego algo a que su padre lleva a cabo experimentos de cirugía plástica con todos ellos. Por eso son tan blancos y atractivos. No es natural. Y él me produce... escalofríos. A veces, cuando me mira fijamente, juraría que está pensando en matarme. Es un bicho raro.*

Mike no estaba del todo ciego.

—Gimnasia —repitió Bella con tono quedo. Gimió.

Cuando la miré, advertí que algo la había vuelto a entristecer. No tenía claro el motivo, pero era obvio que no le apetecía acudir a la clase siguiente con Mike, y yo apoyaba su plan al cien por cien.

Me acerqué hasta situarme a su lado y me incliné hacia ella. El calor de su piel flotaba hacia mis labios. No me atreví a respirar.

—Puedo hacerme cargo de eso —murmuré—. Ve a sentarte e intenta parecer paliducha.

Siguiendo mis instrucciones, se acomodó en una de las sillas plegables y apoyó la cabeza contra la pared mientras, a mi espalda, la señora Cope salía de la enfermería de camino a su escritorio. Con los ojos cerrados, Bella

parecía a punto de desmayarse otra vez. El color todavía no había regresado del todo a su tez.

Me volví a mirar a la recepcionista. Ojalá Bella prestara atención esta vez, pensé con sarcasmo. Era así como se suponía que debían reaccionar los humanos.

—¿Señora Cope? —pregunté, de nuevo empleando mi voz aterciopelada.

Pestañeó y su corazón se aceleró al instante. *¡Contrólate!*

—¿Sí?

Qué interesante. El pulso de Shelly Cope se había alterado porque me consideraba atractivo físicamente, no porque yo le inspirase temor. Estaba acostumbrado a ejercer ese efecto en las mujeres humanas, aquellas que de algún modo se habían acostumbrado a los de mi especie mediante una exposición continuada. Sin embargo, nunca había contemplado esa explicación para justificar las reacciones físicas de Bella.

Me agradó la idea, quizá demasiado. Esbocé mi sonrisa afable, diseñada para tranquilizar a los humanos, y la respiración de la señora Cope se tornó más ruidosa.

—Bella tiene gimnasia la próxima hora y creo que no se encuentra del todo bien. ¿Cree que podría dispensarla de asistir a esa clase?

Me hundí en esos ojos sin misterio, deleitándome en los estragos que mi gesto infligía a sus procesos mentales. ¿Sería posible que Bella...?

La señora Cope tragó saliva con dificultad antes de poder contestar.

—Edward, ¿necesitas que también te dispense a ti?

—No. Tengo clase con la señora Goff. A ella no le importará.

Ya no le prestaba demasiada atención. Estaba explorando esa nueva posibilidad.

Mmm. Me habría gustado pensar que Bella me consideraba atractivo igual que lo hacían otros humanos. Sin embargo, ¿desde cuándo mostraba ella las mismas reacciones que los demás? No debía hacerme ilusiones.

—De acuerdo, no te preocupes por nada. Que te mejores, Bella.

Ella asintió con debilidad... un tanto sobreactuada.

—¿Puedes caminar o quieres que te lleve en brazos otra vez? —le pregunté, divertido ante sus tristes dotes dramáticas. Supuse que querría andar; no le gustaba mostrarse vulnerable.

—Caminaré —respondió.

De nuevo, había acertado.

Se levantó y titubeó un instante como para comprobar que era capaz de mantener el equilibrio. Sosteniendo la puerta, le cedí el paso y nos internamos

juntos en la lluvia.

La observé cuando levantó el rostro hacia el cielo con los ojos cerrados para que la llovizna la empapara. Un esbozo de sonrisa se dibujó en sus labios. ¿En qué estaría pensando? El gesto, por alguna razón, se me antojó extraño y al momento comprendí por qué no estaba familiarizado con él. Las chicas humanas no solían alzar la cara para disfrutar de la lluvia. Las chicas humanas acostumbraban a llevar maquillaje, incluso en un paraje borrascoso como este.

Bella nunca llevaba maquillaje y tampoco le hacía falta. La industria cosmética ganaba miles de millones de dólares al año gracias a mujeres que intentaban conseguir una tez como la suya.

—Gracias —me dijo, ahora sonriendo—. Merecía la pena seguir enferma para perderse la clase de gimnasia.

Oteé los terrenos mientras me preguntaba cómo prolongar ese rato con ella.

—Sin duda —respondí.

—¿Y qué? ¿Tienes pensado ir? Este sábado, quiero decir. —Sonaba esperanzada.

Su esperanza amortiguó el resquemor de los celos. Me quería a mí con ella, no a Mike Newton. Y yo ansiaba responder afirmativamente. Por desgracia, debía tener en cuenta una serie de factores. En primer lugar, el sábado brillaría el sol.

—¿Adónde vais a ir, exactamente? —traté de imprimirle a mi voz un tono de indiferencia, como si la respuesta no me importara en exceso. Mike había hablado de la playa. Difícilmente podría eludir la luz del sol a la orilla del mar. Emmett se molestaría si cancelaba los planes que tenía con él, pero eso no me detendría si había alguna posibilidad de pasar un rato con ella.

—A La Push, al puerto.

En ese caso, imposible.

Me tragué la decepción y la miré con una sonrisa burlona.

—En verdad, no creo que me hayan invitado.

Suspiró, ya resignada.

—Acabo de invitarte.

—No avasallemos más entre los dos al pobre Mike esta semana, no sea que se vaya a romper.

Imaginé que hacía trizas al «pobre» Mike con mis propias manos y me regocijé hasta lo indecible en la imagen mental.

—El blandengue de Mike... —dijo, de nuevo con desdén. Sonreí.

Y acto seguido echó a andar.

Sin pensar en lo que hacía, alargué la mano para aferrarla por la espalda del anorak. Bella se detuvo en seco.

—¿Adónde te crees que vas?

Estaba disgustado, casi enfadado al comprender que se disponía a marcharse. Quería pasar más tiempo con ella.

—Me voy a casa —respondió. Me miró con perplejidad, como si no entendiera por qué me molestaba su partida.

—¿Acaso no me has oído decir que te iba a dejar a salvo en casa? ¿Crees que te voy a permitir que conduzcas en tu estado?

Sabía que mi comentario la irritaría, la insinuación de que pudiera considerarla frágil. Sin embargo, tenía que practicar para el viaje a Seattle; comprobar que podía sobrellevar su proximidad en un espacio cerrado. Este trayecto sería mucho más breve.

—¿En qué estado? —protestó—. ¿Y qué va a pasar con mi coche?

—Le pediré a Alice que te lo acerque después de clase.

La arrastré por la espalda hacia mi coche, con suavidad. Por lo que yo sabía, caminar hacia delante ya le suponía suficiente desafío.

—¡Déjame! —exigió. Intentó zafarse de mi agarre y tropezó consigo misma. Yo alargué la mano para sujetarla, pero se incorporó antes de que fuera necesario. No debería andar buscando excusas para tocarla. El pensamiento me llevó de vuelta a la reacción de la señora Cope, pero lo archivé para más tarde. Había mucho que meditar en ese frente.

La solté como pedía y al momento me arrepentí; tropezó de inmediato y se estampó contra la puerta del pasajero de mi coche. Debería haber sido aún más cuidadoso, haber tenido en cuenta sus problemas de equilibrio.

—¡Eres tan insistente!

Tenía razón. Me estaba comportando de un modo extraño y aquel era el calificativo más amable que me podía dedicar. ¿Sería una negativa lo siguiente?

—Está abierto.

Subí por el lado del conductor y arranqué el motor. Ella permaneció inmóvil en una postura agarrotada, todavía a la intemperie aunque la lluvia arreciaba y yo sabía que le molestaban el frío y la humedad. El agua le estaba empapando la densa melena, que había mudado a un tono negro azabache.

—Soy perfectamente capaz de conducir hasta casa.

Pues claro que lo era. Pero yo ansiaba su tiempo de un modo que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. No era una necesidad

urgente e inmediata como la que me inspiraba la sed, sino algo distinto, otro tipo de anhelo, otra clase de dolor.

Se estremeció.

Bajé la ventanilla del lado del copiloto y me incliné hacia ella.

—Entra, Bella.

Entrecerró los ojos y supuse que se estaba planteando salir corriendo hacia su camioneta.

—Te arrastraría de vuelta aquí —bromeé mientras me preguntaba si mi suposición era correcta. La consternación de su rostro me indicó que así era.

Alzando la barbilla con ademán desafiante, abrió la puerta del pasajero y subió al vehículo. Su cabello empapó el tapizado de cuero y sus botas chirriaron cuando se sentó.

—Esto es totalmente innecesario —insistió.

Pensé que parecía más apurada que enfadada. ¿Me estaba comportando de un modo inadecuado? Yo pensaba que estaba coqueteando, que actuaba como cualquier adolescente embelesado, pero ¿y si no lo había entendido bien? ¿Se sentía coaccionada? Comprendí que tenía razones de sobra para sentirse así.

A decir verdad, yo no sabía hacer esto. ¿Cómo podía cortejarla igual que lo haría un hombre normal, humano, moderno, del año 2005? Como humano, solamente había aprendido las costumbres de mi época. Gracias a mi extraño don, estaba relativamente bien informado de la mentalidad de las gentes, lo que hacían, cómo se comportaban, pero, cuando yo intentaba actuar como un chico despreocupado y moderno, lo hacía todo al revés. Seguramente porque no era normal ni moderno ni humano. Y tampoco había aprendido nada práctico de mi familia en ese aspecto. Ninguno de ellos había protagonizado un cortejo normal, aun exceptuando las otras dos características.

Lo de Rosalie y Emmett había sido un flechazo, la clásica historia de amor a primera vista. No atravesaron una etapa inicial en la que tuvieran que averiguar qué significaban el uno para el otro. En el instante en que vio a Emmett, Rosalie se sintió atraída por la inocencia y la honestidad que la habían eludido durante su vida, y quiso estar con él. En el instante en que Emmett vio a Rosalie, supo que tenía delante una diosa a la que idolatraría sin tregua por siempre jamás. Nunca afrontaron una primera conversación incómoda y plagada de dudas, jamás se mordieron las uñas aguardando un «sí» o un «no».

La unión de Alice y Jasper fue aún más peculiar si cabe. Durante los veintiocho años previos a su primer encuentro, Alice supo que amaría a Jasper. Había visto años, décadas, siglos de su futura vida en común. Y

Jasper, rendido ante todas aquellas emociones en ese instante por tanto tiempo esperado, anonadado por la pureza, la certeza y la profundidad del amor de Alice, no pudo sino sucumbir. Debió de vivirlo como un tsunami.

La historia de Carlisle y Esme discurrió de un modo más típico que las demás, supongo. Esme ya estaba enamorada de Carlisle —para sorpresa de él—, aunque en su caso no intervino ninguna fuerza mágica o mística. Conoció a Carlisle siendo una niña y, atraída por su dulzura, sabiduría y belleza sobrenatural, construyó un vínculo con él que la obsesionaría durante el resto de sus años humanos. La vida no trató bien a Esme y, en consecuencia, no es de extrañar que nadie suplantara en su corazón el recuerdo dorado de aquel buen hombre. Tras la ardiente tormenta de la transformación, cuando despertó ante el semblante de un sueño acariciado durante tanto tiempo, le entregó su afecto incondicionalmente.

Yo había estado ahí para advertir a Carlisle sobre la inesperada reacción de Esme. Él temía que despertara impactada por la transformación, traumatizada por el dolor, horrorizada al descubrir la clase de ser en que se había convertido, como había sucedido en mi caso. Esperaba tener que dar explicaciones y ofrecer disculpas, tranquilizarla y desagraviarla. Sabía que se arriesgaba a que ella prefiriese la muerte, que lo despreciara por una elección realizada sin su conocimiento ni consentimiento. De modo que cuando Esme se mostró dispuesta sin reservas a unirse a esta vida —no tanto a la vida como a él— lo pilló desprevenido.

Él nunca se había visto a sí mismo como el posible objeto de un amor romántico antes de ese momento. Le parecía contrario a lo que él era: un vampiro, un monstruo. El conocimiento que yo le brindé cambió su perspectiva de Esme y de sí mismo.

Más allá de eso, tomar la decisión de salvar a alguien era algo muy poderoso. No se trataba de una decisión que ningún individuo cuerdo pudiera tomar a la ligera. Cuando Carlisle me escogió, él ya había sentido infinidad de emociones de apego hacia mí antes de que yo comprendiera lo que había pasado. Responsabilidad, ansiedad, ternura, piedad, esperanza, compasión... El acto, de manera natural, conllevaba una responsabilidad hacia el escogido que yo nunca había experimentado en persona, solamente a través de sus pensamientos y los de Rosalie. Él ya se sentía mi padre antes de que yo conociera su nombre. Para mí, fue espontáneo e instintivo adoptar el rol de hijo. El amor surgió por sí solo, si bien yo siempre atribuí esa simplicidad a la personalidad de Carlisle más que al hecho de que él me transformase.

De modo que yo nunca podría saber, ni siquiera recurriendo a mi don para presenciarlo todo tal como sucedió, si la unión entre Carlisle y Esme surgió de ese vínculo natural o porque sencillamente estaban destinados a amarse. Ella lo quería y él pronto descubrió que podía corresponder a ese amor. No habría de pasar mucho tiempo antes de que su sorpresa mudase en asombro, descubrimiento y romance. E infinita felicidad.

Tan solo unos momentos embarazosos fáciles de superar, mitigados con la ayuda de una pequeña lectura mental. Nada tan incómodo como mi situación actual. Ninguno de ellos había estado nunca tan perdido como yo.

No transcurrió ni un segundo mientras estas historias de amor menos complicadas que la mía desfilaban por mi mente; Bella acababa de cerrar la puerta del coche. Subí a toda prisa la calefacción para que estuviera más cómoda y bajé la música de tal modo que sonara únicamente de fondo. Circulando hacia la salida del aparcamiento, la observé por el rabillo del ojo. Su labio inferior se proyectaba hacia fuera en un mohín malhumorado.

De pronto miró la radio con interés. Su expresión hosca se había esfumado.

—¿Claro de luna? —preguntó.

¿Era aficionada a la música clásica?

—¿Conoces a Debussy?

—No mucho —reconoció—. Mi madre pone mucha música clásica en casa, pero solo conozco a mis favoritos.

—También es uno de mis favoritos.

Me quedé mirando la lluvia mientras meditaba la información. Al parecer sí tenía algo en común con esta chica. Había empezado a pensar que éramos como la noche y el día en todos los aspectos.

Ahora parecía más tranquila. Observaba el aguacero igual que yo, con la mirada perdida en el infinito. Empleé su distracción momentánea para experimentar con la respiración.

Inhalé con cuidado por la nariz.

La sensación fue potente.

Me aferré al volante con fuerza. La lluvia mejoraba su aroma todavía más si cabe. Jamás hubiera pensado que eso fuera posible. Noté un cosquilleo en la lengua, ávida de su sabor.

El monstruo no había muerto, comprendí asqueado. Tan solo estaba esperando el momento propicio. Intenté tragar saliva para paliar la quemazón en la garganta. No me sirvió de nada y me malhumoré. Tenía tan poco tiempo para estar con ella. Por qué si no habría organizado este embrollo para

conseguir quince minutos más en su compañía. Inspiré de nuevo y bregué con mi reacción. Debía encontrar el modo de ser más fuerte.

¿Qué estaría haciendo si no fuera el villano de esta historia?, me pregunté. *¿Cómo estaría usando este valioso tiempo?*

Estaría conociéndola mejor.

—¿Cómo es tu madre? —quise saber.

Bella sonrió.

—Se parece mucho a mí, pero es más guapa. —Le dirigí una mirada escéptica—. He heredado muchos rasgos de Charlie —prosiguió—. Es más sociable y atrevida que yo.

¿Más sociable? Posiblemente. ¿Más atrevida? Lo dudaba.

—También es irresponsable y un poco excéntrica, y una cocinera impredecible. Es mi mejor amiga.

Su voz se había vuelto melancólica. Varias arrugas surcaron su frente.

Como ya había advertido en otras ocasiones, hablaba más como una madre que como una hija.

Detuve el coche delante de su casa conforme me preguntaba, demasiado tarde, si tenía sentido que yo supiera dónde vivía. No, eso no levantaría sospechas en un pueblo tan pequeño y siendo su padre un representante de la ley.

—Bella, ¿cuántos años tienes?

Debía de ser mayor que sus compañeros. Quizás había empezado la escuela un poco tarde o se había retrasado por alguna razón. Esto último, sin embargo, no me parecía probable, teniendo en cuenta lo brillante que era.

—Diecisiete —respondió.

—No los aparentas.

Se rio con ganas.

—¿Qué pasa?

—Mi madre siempre dice que nací con treinta y cinco años y que cada año me vuelvo más madura. —Volvió a reír y luego suspiró—. En fin, una de las dos debía ser adulta.

Eso explicaba muchas cosas. No era difícil concluir que la irresponsabilidad de la madre había propiciado la madurez de la hija. Tuvo que crecer pronto, convertirse en la cuidadora. Por eso no le gustaba que cuidaran de ella; tenía la sensación de que ese era su papel.

—Tampoco tú te pareces mucho a un adolescente de instituto —dijo, arrancándome de mis cavilaciones.

Fruncí el ceño. Por cada detalle que percibía sobre ella, Bella se percataba de otros tantos detalles sobre mí. Cambié de tema.

—En ese caso, ¿por qué se casó tu madre con Phil?

Titubeó un momento antes de responder.

—Mi madre tiene... un espíritu muy joven para su edad. Creo que Phil hace que se sienta aún más joven. En cualquier caso, ella está loca por él.

Sacudió la cabeza con ademán indulgente.

—¿Lo apruebas? —quise saber.

—¿Importa? —preguntó a su vez—. Quiero que sea feliz. Y Phil es lo que ella quiere.

La generosidad de su comentario me habría chocado de no ser porque encajaba a la perfección con esa personalidad suya que yo había ido descubriendo.

—Es muy generoso por tu parte. Me pregunto...

—¿El qué?

—¿Tendría ella esa misma cortesía contigo, sin importarle tu elección?

Era una pregunta estúpida, y ni siquiera pude sostener el tono desenfadado mientras la formulaba. Qué necedad, plantearme siquiera si alguien me daría el visto bueno a mí para su hija. Qué necedad, pensar que Bella pudiera escogerme.

—E-so c-creo —balbució. Había experimentado una reacción a mi mirada. ¿Era miedo tal vez? De nuevo pensé en la señora Cope. ¿Cuáles eran las otras señales? Unos ojos muy abiertos podían deberse a ambas emociones. El aleteo de pestañas, sin embargo, indicaba lo contrario a temor. Bella había despegado los labios...

Se recompuso.

—Pero, después de todo, ella es la madre. Es un poquito diferente.

Esbocé una sonrisa socarrona.

—Entonces, nadie que asuste demasiado.

—¿A qué te refieres con que asuste demasiado? ¿Múltiples piercings en el rostro y grandes tatuajes?

Me sonrió.

—Supongo que esa es una posible definición.

Una definición inocua, en mi opinión.

—¿Cuál es la tuya?

Siempre formulaba la pregunta equivocada. O la pregunta exacta, quizá.

—¿Crees que puedo asustar? —le pregunté, tratando de esbozar una pequeña sonrisa.

Lo meditó a fondo antes de responder en tono serio:

—Eh... Creo que puedes hacerlo si te lo propones.

Yo también hablaba en serio.

—¿Te doy miedo ahora?

Bella respondió de inmediato, sin pararse a pensarlo.

—No.

Sonreí, ya sin esfuerzo. No creía que fuera del todo sincera, pero tampoco me estaba mintiendo. No estaba lo bastante asustada como para salir corriendo, al menos. Me pregunté cómo se sentiría si le confesara que estaba manteniendo esta conversación con un vampiro, y al instante me encogí por dentro al imaginar su reacción.

—Bueno, ¿vas a contarme algo de tu familia? Debe de ser una historia mucho más interesante que la mía.

Y más terrorífica, cuando menos.

—¿Qué es lo que quieres saber? —pregunté con cautela.

—¿Te adoptaron los Cullen?

—Sí.

Titubeé y acto seguido preguntó casi en susurros:

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

La respuesta no era complicada. Ni siquiera tenía que mentirle.

—Murieron hace muchos años.

—Lo siento —musitó, claramente temerosa de haber entrado en un terreno delicado.

Se preocupaba por mí. Fue una sensación extraña, ser el objeto de su atención, aunque fuera de un modo tan corriente.

—En realidad, los recuerdo de forma confusa —le aseguré—. Carlisle y Esme llevan siendo mis padres desde hace mucho tiempo.

—Y tú los quieres —adivinó.

Sonreí.

—Sí. No puedo concebir a dos personas mejores que ellos.

—Eres muy afortunado.

—Sé que lo soy.

En ese único aspecto, en cuestión de padres, no podía negar que tenía suerte.

—¿Y tu hermano y tu hermana?

Si seguía intentando sonsacarme información, tendría que mentirle. Eché un vistazo al reloj, apenado de que ese rato con ella tuviera que concluir, pero

también aliviado. El dolor era agudo y me preocupaba que la quemazón de mi garganta mudara de pronto en una llamarada que no fuera capaz de controlar.

—A propósito, mi hermano y mi hermana, así como Jasper y Rosalie, se van a disgustar bastante si tienen que esperarme bajo la lluvia.

—Oh, lo siento. Supongo que debes irte.

No se movió. Ella tampoco tenía ganas de dar por concluido este rato compartido.

El dolor no era tan terrible en realidad, pensé. Pero debía ser responsable.

—Y tú probablemente quieres recuperar el coche antes de que el jefe de policía Swan vuelva a casa para no tener que contarle el incidente de Biología.

Sonreí ante el recuerdo de su apuro cuando la había llevado en brazos.

—Estoy segura de que ya se ha enterado. En Forks no existen los secretos.

Pronunció el nombre del pueblo con desagrado manifiesto. Me reí del comentario. No existían los secretos, claro.

—Diviértete en la playa... —Lancé un vistazo a la lluvia torrencial. Aun sabiendo que no duraría, deseé con más intensidad que nunca que las nubes no escampasen—. Que tengáis buen tiempo para tomar el sol.

En fin, eso sería el sábado. Lo pasaría bien. Y su felicidad se había convertido en mi máxima prioridad. Todavía más que la mía propia.

—¿No te voy a ver mañana?

El desencanto que se filtraba en su voz me complació, pero también lamenté no poder poner remedio a su decepción.

—No. Emmett y yo vamos a adelantar el fin de semana.

Ahora estaba molesto conmigo mismo por haber hecho planes para el día siguiente. Podría haberlos cancelado, pero salir de caza era más importante que nunca en estos momentos, y mi familia ya se preocuparía bastante por mi conducta sin necesidad de revelarles el alcance de mi obsesión. Todavía no acababa de entender la locura que se había apoderado de mí la noche anterior. Debía encontrar un modo de controlar mis impulsos. Tal vez poner cierta distancia me sirviese de ayuda.

—¿Qué es lo que vais a hacer? —preguntó. No parecía en absoluto complacida con mi revelación.

Más placer, más dolor.

—Vamos de excursión al bosque de Goat Rocks, al sur del monte Rainier. Emmett estaba ansioso por inaugurar la temporada de los osos.

—Ah, vaya, diviértete —me deseó con poco convencimiento. Su falta de entusiasmo me deleitó una vez más.

Mientras demoraba la mirada en Bella, empecé a angustiarme ante la idea de despedirme de ella, por más que fuera un adiós temporal. Era tan tierna, tan vulnerable... Se me antojaba una temeridad perderla de vista, sabiendo que podía pasarle cualquier cosa. Y sin embargo, lo más terrible que le podía suceder sería una consecuencia directa de estar conmigo.

—¿Querrías hacer algo por mí este fin de semana? —le pregunté con expresión grave.

Ella asintió, aunque perpleja ante la intensidad que yo transmitía.

Aligera el ambiente.

—No te ofendas, pero pareces ser una de esas personas que atraen los accidentes como un imán. Así que... intenta no caerte al océano, dejar que te atropellen, ni nada por el estilo... ¿De acuerdo?

Fingí una sonrisa compungida, con la esperanza de que no pudiera atisbar el verdadero pesar que ocultaban mis ojos. Cuánto me habría gustado que no estuviera más segura lejos de mí, por más peligros que pudiera correr en esa playa.

Huye, Bella, huye. Te amo demasiado para tu bien y para el mío.

Mi broma la ofendió. De nuevo había metido la pata. Me fulminó con la mirada.

—Veré qué puedo hacer —me respondió cortante antes de salir a la tarde lluviosa y cerrar la puerta del coche con todas sus fuerzas.

Cerré la mano en torno a la llave que acababa de extraer de su bolsillo e inhalé su intenso aroma antes de arrancar.

7. Melodía

Cuando llegué al instituto, tuve que esperar un rato. La última clase del día todavía no había terminado. Me alegré, porque tenía cosas en las que pensar y necesitaba estar unos minutos a solas.

Su aroma persistía en el coche. Dejé las ventanillas cerradas con el fin de que la fragancia me embistiese y me ayudase a acostumbrarme al dolor de esa quemazón que me infligía a mí mismo de forma deliberada.

Atracción.

Era una cuestión peliaguda. Con tantos aspectos, tantos sentidos y niveles distintos. No era lo mismo que el amor, pero estaba vinculado a este de un modo inextricable.

No tenía la menor idea de si Bella se sentía atraída por mí. (¿Su silencio mental me provocaría más y más frustración hasta enloquecerme? ¿O existía un límite y yo acabaría por alcanzarlo?).

Intenté comparar sus reacciones físicas con las de otras personas, como la recepcionista o Jessica Stanley, pero el ejercicio no me proporcionó pruebas concluyentes. Marcadores idénticos —cambios en el ritmo cardíaco y en las pautas respiratorias— podían ser tanto indicativos de miedo, sorpresa o ansiedad como de interés. Sin duda otras mujeres, al igual que hombres, habían reaccionado a mi rostro con aprensión de manera instintiva. De hecho, era una reacción mucho más frecuente que la alternativa. Me parecía improbable que Bella albergara hacia mí la misma clase de pensamientos que Jessica Stanley había albergado en el pasado. Al fin y al cabo, ella era muy consciente de que había algo extraño en mi persona, aunque no supiera qué era exactamente. Había tocado mi piel gélida y apartado la mano presa de un escalofrío.

Y sin embargo... recordaba sin poder evitarlo esas fantasías que antes me repugnaban, aunque con Bella en el lugar de Jessica.

Mi respiración se estaba acelerando, el aliento subía y bajaba por mi garganta como llamaradas.

¿Y si hubiera sido Bella quien hubiese imaginado que le rodeaba el delicado cuerpo con los brazos? ¿Y si ella hubiera fantaseado que la estrechaba contra mi pecho y le levantaba la barbilla con la mano? ¿Que apartaba la sedosa melena de su rostro ruborizado y repasaba sus carnosos labios con los dedos? Y acercaba mi cara a la suya hasta tal punto que notaba en la boca el calor de su aliento, cada vez más cerca...

Al llegar a este punto abandoné mis ensoñaciones sobresaltado. Sabía muy bien, igual que cuando Jessica imaginaba esas cosas, lo que pasaría si me acercaba a ella.

La atracción ofrecía un dilema insoluble, dado que yo ya me sentía demasiado atraído por Bella del peor modo posible.

¿Quería yo que Bella sintiera deseo por mí, igual que una mujer deseaba a un hombre?

No, la pregunta estaba mal formulada. Debería preguntar si estaba bien que yo aspirase a despertar en Bella esa clase de atracción y la respuesta era «no». Porque yo no era humano y no sería justo para ella.

Cada fibra de mi ser ansiaba ser un hombre normal para poder envolverla entre mis brazos sin poner en riesgo su vida. Para tener la libertad de dar rienda suelta a mis fantasías, ensoñaciones que no terminasen con su sangre empapando mis manos, con su sangre brillando en mis ojos.

Mi aspiración era inexcusable. ¿Qué clase de relación le podía ofrecer, si no podía arriesgarme a tocarla?

Enterré la cara entre las manos.

Estaba confuso a más no poder porque jamás en toda mi vida me había sentido tan humano..., ni siquiera cuando estaba vivo, hasta donde yo recordaba. En aquella época tan solo aspiraba a la gloria del soldado. La Gran Guerra había causado estragos durante buena parte de mi adolescencia, y únicamente me faltaban nueve meses para cumplir dieciocho años cuando azotó la gran pandemia de gripe española. Tan solo conservaba imágenes difusas de aquellos años humanos, recuerdos turbios que se tornaban menos reales con cada década que transcurría. Recordaba a mi madre por encima de todo y notaba un dolor antiguo cada vez que evocaba su rostro. Me acordaba vagamente del odio que le inspiraba ese futuro que a mí tanto me ilusionaba y su costumbre de rogar cuando bendecía la mesa de la cena que la «espantosa guerra» terminara pronto. No conservaba recuerdos de otro tipo de anhelo.

Aparte del amor de mi madre, no había ningún otro afecto que suscitara en mí el deseo de quedarme.

Esto era del todo nuevo para mí. Carecía de experiencia para trazar paralelismos y hacer comparaciones.

El amor que sentía por Bella había llegado de la forma más pura, pero ahora las aguas se habían enturbiado. Deseaba con toda mi alma tener la posibilidad de acariciarla. ¿Sentía ella lo mismo?

Eso no importaba, traté de convencerme a mí mismo.

Observé mis manos blancas y odié su dureza, su frialdad, su fuerza inhumana...

Di un respingo cuando la puerta del pasajero se abrió.

Ja. Te he pillado por sorpresa. Siempre hay una primera vez, pensó Emmett mientras tomaba asiento.

—Me apuesto algo a que la señora Goff piensa que andas metido en drogas, con lo raro que estás últimamente. ¿Dónde andabas hoy?

—Estaba... haciendo buenas obras.

¿Eh?

Me reí entre dientes.

—Cuidando enfermos, ese tipo de cosas.

La aclaración terminó de despistarle, pero en ese momento inhaló y captó el aroma del coche.

—Ah. ¿Esa chica otra vez?

Fruncí el ceño.

Esto empieza a ser preocupante.

—Dímelo a mí —musité.

Volvió a inhalar.

—Mmm... Menudo aroma desprende, ¿eh?

El gruñido brotó de mi garganta antes incluso de que hubiera procesado sus palabras, un reflejo automático.

—Tranquilo, chaval, solo era un comentario.

Los demás llegaron en ese instante. Rosalie percibió el olor de inmediato y me miró con el ceño fruncido. Parecía incapaz de superar su enfado. Me pregunté qué problema tenía conmigo en realidad, pero lo único que encontraba en su mente eran insultos.

Tampoco me gustó la reacción de Jasper. Igual que Emmett, captó al momento el atractivo de Bella. No es que el aroma guardara para ellos ni la milésima del magnetismo que guardaba para mí, pero de todos modos me

molestaba que percibieran la dulzura de su sangre. Jasper poseía poca capacidad de control.

Alice se acercó por mi lado del coche y abrió la palma de la mano para pedir la llave de la camioneta.

—Solo me he visto —dijo crípticamente, como tenía por costumbre—. Tendrás que explicarme los porqués.

—Esto no significa...

—Ya lo sé, ya lo sé. Esperaré. Tampoco será mucho tiempo.

Suspiré y le entregué la llave.

La seguí hasta el domicilio de Bella en mi coche. La lluvia azotaba la tierra como millones de minúsculos martillos, tan intensa que los oídos humanos de la chica tal vez no oyeran el estrepitoso motor de la camioneta. Observé su ventana, pero no salió a mirar. Puede que no estuviera allí. No había pensamientos que escuchar.

Me entristeció no percibir ni siquiera su temperatura emocional, lo suficiente para saber que estaba contenta o sana y salva, al menos.

Alice se acomodó en el asiento trasero y pusimos rumbo a casa a toda velocidad. Las carreteras estaban vacías, de modo que apenas tardamos unos minutos en llegar. Entramos en tropel y al momento nos enfrascamos en nuestras respectivas aficiones. Emmett y Jasper estaban enzarzados en una compleja partida de ajedrez que implicaba ocho tableros unidos a lo largo del cristal de la pared trasera y su propio sistema de intrincadas reglas. No me dejaban jugar; tan solo Alice osaba desafiarme ya.

Alice se acercó al ordenador, ubicado a la vuelta de la esquina, y oí cómo los monitores cobraban vida. Estaba trabajando en un proyecto de moda para el guardarropa de Rosalie, que esta vez no se plantó tras ella para darle indicaciones relativas al corte y al color mientras la mano de Alice se desplazaba por las pantallas táctiles. En vez de eso, Rosalie se desparramó en el sofá malhumorada y procedió a cambiar de canal veinte veces por segundo en la pantalla plana, sin detenerse ni un instante. La oía tratando de decidir si salir o no al garaje a tunear el BMW una vez más.

Percibí el canturreo de Esme procedente de la primera planta, donde se encontraba dibujando una serie de planos. Siempre estaba diseñando algo. Tal vez fuese un proyecto para nuestra nueva casa, o para la que ocuparíamos después de esa.

Pasado un momento, Alice asomó la cabeza y empezó a soplarle a Jasper los siguientes movimientos de Emmett, que estaba sentado de espaldas a ella. Con ademán impasible, Jasper mató el alfil favorito de su oponente.

Y, por primera vez en tanto tiempo que me sentí avergonzado, yo me senté al espectacular piano de cola que se erguía justo al lado de la entrada.

Deslizando la mano con suavidad por las teclas, toqué las escalas para probar los tonos. La afinación era perfecta.

Arriba, el lápiz de Esme se detuvo sobre el papel. Ladeó la cabeza para escuchar.

Toqué la primera línea melódica que me había venido a la mente en el coche, complacido al descubrir que sonaba todavía mejor de lo que había imaginado.

Edward está tocando otra vez, pensó Esme con júbilo, conforme una sonrisa se extendía por su semblante. Abandonó la mesa de dibujo y se deslizó en silencio hacia la parte alta de la escalera.

Añadí la serie armónica, dejando que la melodía central se entrelazara con esta.

Esme suspiró satisfecha, se sentó en el peldaño superior y recostó la cabeza contra la barandilla. *Un tema nuevo. Hacía tanto tiempo. Qué música tan maravillosa.*

Dejé que la melodía tomara un nuevo rumbo y le sumé la línea del bajo.

¿Edward está componiendo de nuevo?, pensó Rosalie, y al momento apretó los dientes con un resentimiento feroz.

En ese instante perdió la concentración y pude atisbar la indignación subyacente. Entendí la razón de que estuviera tan molesta conmigo. Y por qué la idea de asesinar a Isabella Swan no le provocaba el menor remordimiento.

Para Rosalie, todo giraba en torno a la vanidad.

La música cesó de golpe y se me escapó la risa, una carcajada efímera que cesó tan pronto como me llevé la mano a la boca.

Rosalie se volvió para fulminarme con la mirada y sus ojos lanzaron chispas cargadas de furia abochornada.

Emmett y Jasper se giraron a mirar también, y pude percibir el desconcierto de Esme. Al instante estaba en la planta baja para interponer su presencia entre Rosalie y yo.

—No pares, Edward —me animó tras un instante de tensión.

Le di la espalda a Rosalie y, haciendo esfuerzos por controlar la sonrisa que me bailaba en el rostro, seguí tocando. Ella se puso en pie y abandonó ofendida la estancia, más enfadada que avergonzada. Pero sin duda un tanto avergonzada.

Si dices una palabra, te liquido como a un perro.

Reprimí otra carcajada.

—¿Qué pasa, Rose? —le gritó Emmett.

Rosalie no se volvió. Rígida como una vara, prosiguió hacia el garaje y se escurrió bajo su coche como si pudiera enterrarse allí.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó Emmett.

—No tengo ni la menor idea —mentí.

Emmett protestó entre dientes, frustrado.

—Sigue tocando —me apremió Esme. Mis dedos se habían detenido de nuevo.

Obedecí y ella acudió a situarse detrás de mí para posarme las manos en los hombros.

El tema sonaba cautivador, aunque todavía incompleto. Probé un interludio, pero no me acabó de gustar.

—Es encantador. ¿Tiene nombre? —preguntó Esme.

—Todavía no.

—¿Hay una historia detrás? —me preguntó con una sonrisa en la voz. Esto le proporcionaba una alegría inmensa y me sentí culpable por haber abandonado la música durante tanto tiempo. Había sido un egoísta.

—Es... una nana, creo.

En ese preciso instante, di con el interludio adecuado, que me llevó con fluidez al siguiente movimiento igual que si la pieza cobrara vida propia.

—Una nana —repitió para sí.

Sí, había una historia detrás de la melodía y, tan pronto como entendí aquello, las piezas encajaron sin esfuerzo. Era la historia de una chica durmiendo en una cama angosta, el cabello oscuro, denso y salvaje, retorcido como algas marinas sobre la almohada...

Alice dejó a Jasper a su suerte y acudió para sentarse a mi lado en la banqueta. Con su voz trémula de carrillón, improvisó un acompañamiento sin letra dos octavas por encima de la melodía.

—Me gusta —murmuré—. Pero ¿qué te parece esto?

Añadí su línea a la armonía —mis manos aleteaban sobre las teclas para encajar las piezas—, la modifiqué mínimamente y le di un nuevo rumbo.

Ella captó la intención y me acompañó.

—Sí. Perfecto —dije.

Esme me estrechó el hombro con cariño.

Sin embargo, yo empezaba a atisbar la conclusión de mi pieza, según la voz de Alice se elevaba por encima de la melodía para conducirla hacia otro lugar. Adivinaba adónde se dirigía la canción, porque la chica durmiente era perfecta tal y como era, y cualquier cambio acarrearía malestar, tristeza. La

pieza derivó hacia esa revelación, cada vez más lenta y grave. La voz de Alice descendió con ella y se tornó solemne, un tono que habría sido adecuado bajo las resonantes bóvedas de una catedral, a la luz de las velas.

Toqué la última nota y apoyé la cabeza en las teclas.

Esme me acarició el cabello. *Todo va a salir bien, Edward. Las cosas suceden por algo. Mereces ser feliz, hijo mío. El destino te lo debe.*

—Gracias —susurré. Ojalá pudiera creerla. Ojalá fuera mi felicidad la que importase.

A veces el amor no aparece en el envase más práctico.

Proferí una carcajada amarga.

Tú, de todas las personas de este planeta, eres quizá el más preparado para afrontar este dilema tan complicado. Eres el mejor y el más inteligente de todos nosotros.

Suspiré. Toda madre pensaba eso mismo de su hijo.

Esme aún estaba exultante ante la idea de que alguien se hubiera abierto paso a mi corazón después de tanto tiempo, por más que todo apuntase a una tragedia. Había llegado a pensar que siempre estaría solo.

No me cabe duda de que te corresponderá, pensó de pronto. El rumbo de sus reflexiones me tomó por sorpresa. *Es una chica lista.*

Sonrió.

Aunque no concibo que exista ninguna tan obtusa como para no darse cuenta del gran partido que eres.

—Para ya, mamá, me estás haciendo sonrojar —me burlé. Sus palabras, por improbables que fueran, me animaron.

Alice se rio y empezó a tocar la melodía de *Heart and Soul*. Yo sonreí y me uní a ella con el acompañamiento. Acto seguido la obsequié con una versión de *Chopsticks*.

Lanzó una risita y al momento suspiró.

—Me gustaría que me contaras qué te ha hecho tanta gracia con relación a Rose —dijo Alice—. Pero ya veo que no lo harás.

—No.

Me propinó un capirotazo en la oreja.

—Sé amable, Alice —la regañó Esme—. Edward se está portando como un caballero.

—Pero quiero saberlo.

Me reí de su tono quejumbroso y luego volví la cabeza hacia atrás.

—Para ti, Esme —dije, y empecé a tocar su canción favorita, un homenaje sin título al amor que compartían Carlisle y ella desde hacía tantos años.

—Gracias, cariño. —Me hizo otra caricia en el hombro.

No precisaba concentrarme para tocar esa pieza que me resultaba tan familiar. En vez de eso pensé en Rosalie, que metafóricamente seguía retorciéndose de vergüenza en el garaje, y sonreí para mis adentros.

Recién descubierta la potencia de los celos en mi propia carne, sentí una pizca de compasión por ella. Los celos son un sentimiento mezquino. Como cabía esperar, los suyos eran mil veces más ruines que los míos. El clásico caso del perro del hortelano.

Me pregunté si la vida y la personalidad de Rosalie habrían sido distintas de no haber sido siempre la más hermosa. ¿Habría sido una persona más feliz, menos egocéntrica, más bondadosa... si su físico no hubiera sido su mejor baza? En fin, tampoco tenía mucho sentido darle vueltas, porque el mal ya estaba hecho y ella realmente había sido siempre la más hermosa en cualquier ocasión. Aun siendo humana, su belleza llamaba la atención allá donde iba. Y a ella no le molestaba, precisamente, sino todo lo contrario: ansiaba admiración por encima de cualquier otra cosa. Eso no había cambiado con la pérdida de la mortalidad.

No era de extrañar, pues, conociendo esta necesidad suya, que se hubiera sentido ofendida cuando yo no había caído postrado ante su belleza nada más conocernos, como les sucedía a casi todos los hombres. Y no porque se hubiera fijado en mí en ningún aspecto; ni de lejos. Pero le sacaba de quicio que yo no la deseara, aunque ella no albergara ningún interés hacia mí.

El caso de Jasper y Carlisle era distinto; ellos ya estaban enamorados de otras personas. Yo, en cambio, carecía de compromiso y sin embargo me mostraba obstinadamente impasible a sus encantos.

Pensaba que Rosalie había dejado atrás ese antiguo resentimiento, que lo había superado hacía tiempo. Y así había sido... hasta el día en que por fin conocí a una persona cuya belleza me impactó de un modo que la suya no había logrado. Cómo no. Debería haber intuido hasta qué punto le molestaría. Y lo habría hecho, de no haber estado tan angustiado.

Rosalie debía de haber estado convencida de que, si yo no consideraba su belleza digna de adoración, ninguna belleza en el mundo me conmovía. Había estado furiosa desde el instante en que salvé la vida de Bella, seguramente porque había percibido, gracias a una intuición astuta y competitiva, un interés del que yo todavía no era consciente. Le ofendía sobremanera que yo considerase a una insignificante humana más atractiva que ella.

Reprimí una vez más las ganas de reír a carcajadas.

Me molestaba en cierta medida, sin embargo, la opinión que tenía de Bella. Rosalie la consideraba realmente una chica del montón. ¿Cómo era posible que pensara eso? A mí me parecía inconcebible. Una consecuencia de los celos, sin duda.

—¡Ah! —exclamó Alice de pronto—. ¿Sabes qué, Jasper?

Vi lo mismo que ella acababa de ver y mis manos se paralizaron sobre las teclas.

—¿Qué, Alice? —preguntó Jasper.

—¡Peter y Charlotte vendrán de visita la semana que viene! Van a pasar por aquí cerca. Qué agradable sorpresa, ¿verdad?

—¿Qué te pasa, Edward? —me preguntó Esme al percibir la tensión en mis hombros.

—¿Peter y Charlotte van a venir a Forks? —le pregunté a Alice crispado. Ella puso los ojos en blanco.

—Tranquilízate, Edward. No es su primera visita.

Apreté los dientes. Era su primera visita desde la llegada de Bella, y la dulzura de su sangre no me atraía solo a mí.

Advirtiendo mi expresión, Alice frunció el ceño.

—Nunca cazan aquí. Ya lo sabes.

Pero Peter, que había sido una especie de hermano para Jasper, y la pequeña vampira a la que él amaba no eran como nosotros. Ellos se alimentaban de la manera habitual. No podía fiarme de ellos si Bella andaba cerca.

—¿Cuándo? —pregunté.

Alice hizo un mohín de disgusto, pero me dijo lo que quería saber. *El lunes por la mañana. Nadie va a lastimar a Bella.*

—No —coincidí, antes de volverme hacia el otro lado—. ¿Estás listo, Emmett?

—Pensaba que nos marchábamos por la mañana.

—Regresaremos el domingo a medianoche. Podemos marcharnos cuando tú quieras.

—De acuerdo, está bien. Deja que me despida de Rose.

—Claro.

Estando Rosalie de tan mal humor, la despedida sería breve.

Has perdido un tornillo, Edward, te lo digo en serio, pensó mientras se dirigía hacia la puerta trasera.

—Supongo que sí.

—Tócame otra vez la pieza nueva —me pidió Esme.

—Si te apetece escucharla... —accedí, aunque tenía reparos en llevarla hasta su inevitable final; el mismo final que me provocaba un nuevo tipo de malestar. Lo medité un momento y, acto seguido, extraje el tapón de botella que llevaba en el bolsillo y lo dejé en el atril vacío. Eso me sirvió de ayuda; mi pequeño recuerdo de su «sí».

Asentí para mis adentros y empecé a tocar.

Esme y Alice intercambiaron una mirada, pero no preguntaron.

—¿Nadie te ha enseñado que no se juega con la comida? —le grité a Emmett.

—¡Ah, hola, Edward! —respondió con una sonrisa al tiempo que me saludaba con la mano. El oso aprovechó la distracción para asestarle un potente zarpazo en el pecho. Las agudas garras le rasgaron la camisa y chirriaron contra su piel como cuchillas contra acero.

El oso rugió, molesto por el agudo sonido.

¡Diablos, Rose me regaló esta camisa!

Emmett respondió al encolerizado animal con otro rugido.

Suspiré y me senté en una roca cercana. Aquello podía ir para largo. No obstante, Emmett casi había terminado. Dejó que el oso intentara arrancarle la cabeza de otro zarpazo y estalló en carcajadas cuando la pata rebotó y el animal trastabilló hacia atrás. El plantígrado protestó de nuevo. Emmett le respondió entre risas. Por fin se abalanzó sobre el oso, que le sacaba una cabeza entera plantado sobre las patas traseras, y los cuerpos de ambos se precipitaron enmarañados al suelo, llevándose consigo una píceca madura en el proceso. Los gruñidos del animal cesaron con un gorgoteo.

Pocos minutos más tarde, Emmett trotó hasta mi improvisado asiento. Tenía la camisa destrozada: desgarrada, ensangrentada, pegajosa de savia y cubierta de pelos de oso. El cabello oscuro y rizado no ofrecía mucho mejor aspecto. Su rostro exhibía una enorme sonrisa.

—Este era de los fuertes. Casi he notado sus zarpas.

—Eres un crío, Emmett.

Observó con recelo mi camisa impoluta.

—¿No has logrado capturar al puma, entonces?

—Por supuesto que sí. Pero yo no me alimento como un salvaje.

Emmett estalló en atronadoras carcajadas.

—Ojalá fueran más fuertes. Sería más divertido.

—Nadie dice que tengas que luchar contra tu comida.

—Sí, pero ¿con quién voy a pelear si no? Alice y tú hacéis trampas, Rose no quiere despeinarse y Esme se enfada si Jasper y yo nos aplicamos a fondo.

—La vida es dura por todos los flancos, ¿verdad?

Emmett me sonrió y desplazó el peso para adoptar una súbita postura de ataque.

—Venga, Edward. Apaga eso un momento y luchemos en igualdad de condiciones.

—No se apaga —le recordé.

—No entiendo qué hace esa chica humana para impedirte la entrada a su mente —musitó Emmett—. A lo mejor me puede dar unos cuantos consejos.

Mi buen humor se esfumó al instante.

—Ni te acerques a ella —gruñí entre dientes.

—No seas tan susceptible.

Suspiré. Emmett se acercó para sentarse a mi lado en la piedra.

—Perdona. Ya sé que estás pasando una mala racha. Y hago grandes esfuerzos por no portarme como un patán insensible todo el tiempo, pero dado que es mi estado natural...

Aguardó a que le riera la broma. Luego hizo una mueca.

Estás tan serio todo el tiempo... ¿Qué bicho te ha picado ahora?

—Estoy pensando en ella. Bueno, preocupándome por ella, en realidad.

—¿Y por qué tendrías que preocuparte hoy? ¡Ya te ocuparás mañana! —Se rio con estrépito.

De nuevo hice caso omiso de su chiste, pero respondí a su pregunta.

—¿Nunca te has parado a pensar hasta qué punto son frágiles? ¿Cuántas cosas terribles le pueden pasar a un mortal?

—La verdad es que no. Aunque entiendo lo que dices. Yo no era rival para un oso en aquel momento, ¿verdad?

—Osos —musité, y añadí un nuevo miedo a una lista ya interminable—. Eso sería muy propio de Bella, ¿verdad? Un oso perdido en el pueblo. Y por supuesto se dirigiría directamente hacia ella.

Emmett rio entre dientes.

—Hablas como un chiflado. Eres consciente, ¿no?

—Tú imagina por un momento que Rosalie fuera humana, Emmett. Y que pudiera toparse con un oso... o ser atropellada por un coche... o alcanzada por un rayo... o caer por las escaleras... o ponerse enferma... Contagiarse de una enfermedad... —Las palabras brotaban de mí a borbotones. Fue un alivio pronunciarlas en voz alta; llevaban reconcomiéndome todo el fin de semana—. ¡Incendios, terremotos y tornados! ¡Uf! ¿Cuándo fue la última vez que

viste las noticias? ¿Te has fijado en la cantidad de cosas que les pasan? Asaltos y homicidios...

Hice una mueca de rabia. De improviso estaba tan furioso ante la idea de que otro ser humano pudiera lastimarla que no podía respirar.

—¡Eh, eh! Para el carro, chaval. Vive en Forks, ¿recuerdas? Se moja cuando llueve. Punto.

Se encogió de hombros.

—Creo que la persigue la mala suerte, Emmett, te lo digo de verdad. Solo hay que ver las pruebas. De todos los lugares del mundo a los que podría haber ido a parar, ha terminado en un pueblo donde los vampiros constituyen un porcentaje significativo de la población.

—Sí, pero somos vegetarianos. ¿Eso no es buena suerte, más que mala?

—¿Y qué me dices del olor que desprende? Definitivamente mala. Y, por si fuera poco, el efecto que ese olor ejerce sobre mí.

Fulminé mis manos con la mirada. De nuevo las odiaba.

—Salvo que tú tienes más capacidad de control que nadie, exceptuando a Carlisle. Eso es buena suerte, otra vez.

—¿La furgoneta?

—Eso no fue nada más que un accidente.

—Deberías haber visto cómo se precipitaba hacia ella, Em, una y otra vez. Fue como si Bella ejerciera alguna clase de atracción magnética sobre el vehículo, te lo juro.

—Pero tú estabas allí. Eso fue buena suerte.

—¿Sí? ¿Que un vampiro se enamore de ti? ¿Puede haber peor fortuna que esa?

Emmett lo meditó un instante en silencio. Visualizó a la chica mentalmente y la imagen lo dejó indiferente. *A decir verdad, yo no le veo el magnetismo por ninguna parte.*

—Bueno, yo tampoco aprecio el atractivo de Rosalie —repliqué de mala manera—. «A decir verdad», dudo que una cara bonita compense tantas molestias.

Emmett rio entre dientes.

—Supongo que no me dirás...

—No sé cuál es su problema, Emmett —mentí con una sonrisa amplia y repentina.

Percibí su intención a tiempo para prepararme. Trató de empujarme de la roca y sonó un restallido cuando una grieta recorrió la piedra entre los dos.

—Tramposo —masculló.

Aguardé a que volviera a intentarlo, pero sus pensamientos tomaron un rumbo distinto. De nuevo estaba visualizando el rostro de Bella, aunque ahora la veía más pálida, los ojos de un rojo intenso.

—No —repliqué con voz estrangulada.

—Eso resolvería tus inquietudes relativas a la mortalidad, ¿no es cierto? Y ya no tendrías que preocuparte por si la matas. ¿No te parece la mejor opción?

—¿Para mí? ¿O para ella?

—Para ti —respondió con naturalidad. Su tono de voz venía a añadir: «obviamente».

Lancé una carcajada amarga.

—Respuesta incorrecta.

—Para mí no fue tan terrible —me recordó.

—Para Rosalie sí.

Suspiró. Ambos sabíamos que Rosalie haría cualquier cosa, renunciaría a todo, con tal de recuperar su condición humana. A todo. Incluido Emmett.

—Sí, para Rose sí —concedió con voz queda.

—No puedo... No debería... No voy a destrozar la vida de Bella. ¿No te sentirías así si se tratara de Rosalie?

Emmett lo meditó un instante. *¿De verdad... la amas?*

—Ni siquiera puedo describir lo que siento por ella, Em. De un día para otro, esta chica se ha convertido en el centro de mi mundo. Todo lo demás no tiene sentido sin ella.

¿Pero no la quieres transformar? No vivirá para siempre, Edward.

—Ya lo sé —gemí.

Y, como tú mismo has señalado, es quebradiza, por así decirlo.

—Eso también lo sé, créeme.

Emmett no tenía demasiado tacto, y las conversaciones delicadas como esta no eran su especialidad. Ahora hacía esfuerzos para transmitir lo que le rondaba la cabeza sin resultar ofensivo en exceso.

¿Puedes tocarla siquiera? Es decir, si la amas..., ¿no desearás, bueno, acariciarla?

Emmett y Rosalie compartían un amor intensamente físico. Le costaba imaginar que fuera posible amar renunciando a ese aspecto.

Suspiré.

—Ni siquiera puedo pensar en eso, Emmett.

—Uf. Entonces ¿qué alternativas tienes?

—No lo sé —susurré—. Estoy buscando la manera de... de apartarme de ella. Sencillamente no se me ocurre cómo forzarme a mí mismo a

mantenerme alejado.

Con una profunda sensación de satisfacción, comprendí que, estando Peter y Charlotte de camino, yo debía quedarme en el pueblo, al menos de momento. Bella estaría más segura si yo andaba cerca, temporalmente al menos, que si me marchaba. Sería su improbable guardián mientras hiciera falta.

La idea me puso nervioso. Ansiaba regresar para empezar a cumplir con mi misión cuanto antes.

Emmett advirtió el cambio en mi expresión.

¿En qué piensas?

—Ahora mismo —reconocí con cierta timidez— me muero por regresar a Forks para comprobar que está bien. No sé si aguantaré hasta el domingo por la noche.

—¡Ni hablar! No vas a volver a casa antes de tiempo. Espera a que Rosalie se haya aplacado un poco. ¡Por favor! Hazlo por mí.

—Lo intentaré —respondí con poca seguridad.

Emmett dio unos toques al teléfono que yo llevaba en el bolsillo.

—Alice llamaría si tu ataque de pánico estuviera justificado. Está tan obsesionada con esa chica como tú.

Eso no se lo podía discutir.

—Vale. Pero me quedaré hasta el domingo como máximo.

—No tiene sentido darse prisa en volver. Además, va a salir el sol. Alice dijo que no debemos ir a clase hasta el miércoles.

Yo negué con la cabeza, sin dar mi brazo a torcer.

—Peter y Charlotte se comportarán.

—Me da igual, Emmett. Con la mala suerte que tiene Bella, seguro que sale a pasear al bosque en el peor momento posible y... —Me encogí, horrorizado—. Pienso volver el domingo.

Emmett suspiró. *Loco de remate.*

Bella dormía plácidamente cuando entré por la ventana de su dormitorio el lunes a primera hora de la mañana. Había llevado aceite para engrasar el mecanismo —sucumbiendo por completo a los susurros del diablo de mi hombro— y la ventana se desplazó en silencio.

Noté, por el modo en que su cabello yacía liso sobre la almohada, que había pasado una noche menos inquieta que cuando la visité por última vez. Dormía con las manos plegadas bajo la barbilla como una niña pequeña y

tenía la boca ligeramente entreabierta. Oía su aliento entrar y salir despacio entre sus labios.

Era un alivio increíble estar allí, volver a verla. Comprendí que nunca acababa de estar tranquilo a menos que la tuviera delante. Nada iba bien cuando estaba alejado de ella.

Aunque tampoco iba todo bien si estaba con ella. Suspiré e inhalé, dejando que la quemazón me arañara la garganta. Llevaba demasiado tiempo alejado de Bella. El tiempo transcurrido sin dolor ni tentación tornaba mi condición más vehemente ahora. La sensación era tan fuerte que me daba miedo arrodillarme junto a su cama para leer los títulos de sus libros. Quería conocer las historias que llevaba en la cabeza, pero no solo temía mi sed, me asustaba confirmar que, si me concedía permiso a mí mismo para acercarme demasiado a ella, querría estar todavía más cerca.

Sus labios parecían tan suaves y cálidos. Imaginé que los rozaba con la yema del dedo. Con infinita suavidad...

Esa era exactamente la clase de error que debía evitar.

Mis ojos recorrían su rostro una y otra vez en busca de cambios. Los mortales cambiaban todo el tiempo; me ponía nervioso la posibilidad de perderme algo.

Pensé que parecía... cansada. Como si le hubieran faltado horas de sueño este fin de semana. ¿Habría salido?

Me reí con amargura, sin hacer ruido, de lo mucho que esto me inquietaba. ¿Y qué, si lo había hecho? Ella no me pertenecía. No era mía.

No, no era mía... Y me entristecí de nuevo.

—Mamá —murmuró por lo bajo—. No... Déjame. Por favor...

La arruga de estrés que tenía en el entrecejo, en forma de uve, se le marcaba ahora con fuerza. Lo que fuera que la madre de Bella estuviera haciendo en su sueño le preocupaba. Rodó súbitamente hacia el otro lado de la cama, pero sus párpados no se abrieron.

—Sí, sí —musitó. Acto seguido suspiró—. Ugh. Es demasiado verde.

Una de sus manos se crispó y advertí que tenía arañazos superficiales, apenas curados, en la palma de la mano. ¿Se había hecho daño? Aunque no era una herida grave, no por eso dejaba de inquietarme. A juzgar por la ubicación, debía de haber tropezado. Me pareció una explicación plausible, visto lo visto.

Rogó a su madre unas cuantas veces más y murmuró algo sobre el sol antes de deslizarse a un sueño más tranquilo. Ya no se movió más.

Me reconfortaba pensar que no tendría que dar mil vueltas a cada uno de estos pequeños misterios por siempre. Ahora éramos amigos; o, al menos, intentábamos serlo. Podía preguntarle por el fin de semana, por la playa o por esa actividad nocturna que la había dejado tan cansada. Podía preguntarle qué le había pasado en las manos. Y reírme con suavidad cuando confirmara mi teoría sobre los arañazos.

Sonreí con dulzura mientras sopesaba si se habría caído al mar. Y me pregunté si lo habría pasado bien en la excursión. Si sus pensamientos habrían viajado hacia mí en algún momento. Si me habría echado de menos, aunque fuera una minúscula parte de lo que yo la había extrañado a ella.

Traté de imaginarla bajo el sol de la playa. La escena estaba incompleta, sin embargo, porque yo nunca había visitado First Beach. Únicamente conocía su aspecto a través de las fotos.

Me invadió la aprensión cuando pensé en la razón por la que nunca había pisado esa bonita playa situada a poca distancia de mi casa. Bella había pasado el día en La Push, una comunidad a la que yo tenía prohibido acceder debido a un tratado. Una zona en la que unos cuantos ancianos todavía recordaban las historias sobre los Cullen; recordaban y creían. Un lugar en el que nuestro secreto se conocía.

Sacudí la cabeza. No tenía que preocuparme por nada. Los quileutes también estaban obligados por el acuerdo a guardar silencio. Aunque Bella se hubiera topado con uno de esos sabios, los ancianos no le habrían revelado nada. Además, por qué iba a salir a colación el tema. No, los quileutes tal vez fueran la menor de mis preocupaciones.

Miré al sol con resentimiento cuando empezó a alborear. Su presencia me recordó que no podría satisfacer mi curiosidad durante los días siguientes. ¿Por qué tenía que empezar a brillar ahora?

Con un suspiro, me escabullí por la ventana antes de que hubiera luz suficiente para que nadie me viera. Tenía pensado quedarme en el frondoso bosque que rodeaba la casa y observar desde allí cómo se dirigía al instituto, pero, cuando alcancé los árboles, descubrí sorprendido el vestigio de su aroma en la angosta senda que se internaba en la espesura.

Lo seguí a toda prisa, con curiosidad al principio y luego preocupado según el rastro me llevaba cada vez más adentro. ¿Qué había estado haciendo Bella en las profundidades del bosque?

El olor cesaba de manera abrupta en mitad de ninguna parte. Se había desviado unos pasos del camino, hacia los helechos, donde había tocado un tronco caído. Tal vez se hubiera sentado allí...

Tomé asiento en el mismo lugar en el que había estado ella y miré alrededor. Allí no había nada más que helechos y árboles. Seguramente estaba lloviendo cuando se sentó; el aroma se percibía desvaído, como si no hubiera llegado a impregnar el tronco.

¿Por qué razón había ido Bella hasta allí para sentarse a solas —y había estado sola, de eso no cabía duda— en mitad de un bosque húmedo y lúgubre?

No tenía sentido y, a diferencia de los otros detalles que me habían provocado curiosidad, este asunto no podía sacarlo a colación en una conversación informal.

Bueno, Bella, estuve siguiendo el rastro de tu aroma por el bosque el otro día, al salir de tu dormitorio... Fue un allanamiento sin importancia, no te preocupes. Solamente estaba... exterminando arañas. Sí, sería un comienzo excelente para romper el hielo.

Nunca sabría qué había estado haciendo ella allí, ni qué pensaba, y no podía salvo rechinar los dientes de pura frustración. Lo que era peor, esto se parecía demasiado al escenario que le había pintado a Emmett: Bella vagando a solas por los bosques, donde su aroma atraería a cualquiera que estuviera en posesión de los sentidos necesarios para rastrearlo.

Gemí. No solamente tenía mala suerte, además la tentaba.

Bueno, de momento contaba con un guardián. Yo la vigilaría e impediría que le hicieran daño durante tanto tiempo como pudiera justificarlo.

De pronto me sorprendí a mí mismo deseando que la estancia de Peter y Charlotte fuera muy larga.

8. El fantasma

Los invitados de Jasper pasaron dos días soleados en Forks, pero yo apenas los vi. La única razón por la que pasé por casa fue para que Esme no se preocupara. Por lo demás, mi existencia parecía más propia de un espectro que de un vampiro. Merodeaba invisible entre las sombras, desde donde podía seguir al objeto de mi amor y mi obsesión, verla y oírla a través de las mentes de los afortunados humanos que podían caminar junto a ella bajo el sol. A veces, le rozaban la mano con la suya sin querer, pero ella nunca parecía reaccionar a ese contacto: la piel de los demás era tan cálida como la suya.

El lunes por la mañana espí una conversación que tenía el potencial de destruir mi confianza en mí mismo y de convertir en una tortura el tiempo que pasaba lejos de ella. Sin embargo, terminó alegrándome el día.

No me quedaba otro remedio que sentir un poco de respeto por Mike Newton: era más valiente de lo que yo había dado por supuesto. No se había contentado con rendirse y retirarse a lamerse las heridas, sino que tenía intención de volver a intentarlo.

Bella llegó bastante temprano al instituto. Al parecer, quería disfrutar del sol mientras durase, así que se sentó en uno de los bancos de las mesas de pícnic a esperar que sonara la campana. Su cabello reflejaba el sol de formas diversas e inusitadas; resplandecía con unos destellos rojos que no me esperaba.

Allí, garabateando de nuevo, fue donde la encontró Mike, encantado con su buena suerte. Mientras tanto, yo no podía más que observar, impotente, atrapado en las sombras del bosque por la brillante luz del sol. Era una agonía.

Ella lo saludó con entusiasmo; aquello lo puso eufórico y a mí... lo opuesto.

¿Ves? Le gusto. No sonreiría así si no le gustara. Seguro que quiere ir conmigo al baile. ¿Qué habrá en Seattle que sea tan importante?

El chico reparó en el cambio de su cabello.

—No me había dado cuenta antes de que tu pelo tiene reflejos rojos.

Le cogió un mechón con dos dedos y arranqué sin querer el joven abeto sobre el que descansaba mi mano.

—Solo al sol —respondió ella.

Para mi profunda satisfacción, se apartó un poco cuando él le colocó el mechón detrás de la oreja. Mike tardó un minuto en aunar el coraje necesario e hizo tiempo con una conversación trivial. Ella le recordó que tenían que entregar un trabajo el miércoles. A juzgar por la expresión ligeramente petulante de su rostro, Bella ya lo había terminado. En cambio, a él se le había olvidado por completo, lo que disminuía en gran medida su tiempo libre.

Por fin fue al grano —mientras yo apretaba los dientes con tanta fuerza que habría sido capaz de pulverizar granito—, pero ni siquiera entonces fue capaz de preguntárselo directamente.

—Te iba a preguntar si querías salir.

—Ah —respondió ella.

Se produjo un breve silencio.

¿«Ah»? ¿Y eso qué quiere decir? ¿Me va a decir que sí? Un momento... Creo que en realidad no se lo he preguntado.

Mike tragó saliva.

—Bueno, podríamos ir a cenar o algo así... Puedo trabajar más tarde.

Serás estúpido... Eso tampoco es una pregunta.

—Mike...

Me golpeó una oleada de celos agónicos y furiosos tan poderosa como la de la semana anterior. Sentí la necesidad de cruzar hasta donde estaban a toda prisa, a una velocidad superior a la que es capaz de registrar el ojo humano, y llevármela, apartarla de aquel chico al que, en aquel momento, odiaba tanto que lo podría haber matado sin una razón más allá de mi propio disfrute.

¿Aceptaría salir con él?

—Creo que no es una buena idea.

Volví a respirar. Mi cuerpo rígido se relajó.

Resulta que lo de Seattle era solo una excusa, después de todo. No debería habérselo pedido. ¿En qué estaba pensando? Seguro que es por ese bicho raro de Cullen.

—¿Por qué? —preguntó él con resentimiento.

—Creo... —vaciló—. Y te voy a dar una buena tunda sin remordimiento alguno como repitas una sola palabra de lo que voy a decir. —Oír una amenaza en boca de ella me hizo reír en voz alta. Un arrendajo graznó,

sobresaltado, y se alejó de mí a toda prisa—. Pero creo que eso heriría los sentimientos de Jessica.

—¿Jessica?

¿Qué dice? Pero... Ah. Ya. Supongo que... Vaya.

Sus pensamientos habían perdido toda coherencia.

—De verdad, Mike, ¿estás ciego?

Estaba de acuerdo con Bella. No debería esperar que todo el mundo fuese igual de intuitivo que ella, pero en este caso era más que evidente. A Mike le había costado muchísimo atreverse a preguntarle a Bella si quería salir con él, pero ¿acaso había imaginado que a Jessica le había resultado igual de difícil? Debía de ser su egoísmo lo que lo cegaba respecto a los demás. Bella, en cambio, era tan poco egoísta que lo veía todo.

Jessica. Vaya. Guau. Vaya...

—Vaya —balbució.

Bella aprovechó su confusión para marcharse.

—Es hora de entrar en clase, y no puedo llegar tarde.

A partir de entonces, Mike se convirtió en un punto de vista poco fiable. A medida que le daba vueltas al asunto de Jessica, fue descubriendo que no le desagradaba la idea de resultarle atractivo a la chica. Para él era un segundo plato; habría preferido que fuese Bella quien se sintiera así.

Bueno, es guapa, supongo. De cuerpo no está mal, tiene más tetas que Bella. Mejor pájaro en mano...

Y se marchó, perdiéndose en nuevas fantasías, tan vulgares como las que protagonizaba Bella, solo que estas solo le irritaban, no le enfurecían. No se merecía a ninguna de las dos chicas, para él eran casi intercambiables. Después de aquello, me mantuve alejado de su mente.

Cuando ya no lograba ver a Bella, me acurruqué contra el tronco fresco de un enorme madroño y dancé de mente en mente para no perderla de vista. Siempre era un placer poder verla a través de los ojos de Angela Weber. Ojalá hubiera alguna forma de darle las gracias a esa chica, solo por ser una persona amable. Pensar que Bella tenía una amiga que merecía la pena me hacía sentir mejor.

Contemplaba el rostro de Bella desde cualquier ángulo disponible. Estaba disgustada por algo. Esto me sorprendió, ya que pensaba que el sol bastaría para hacerla sonreír. A la hora de comer, la vi mirar una y otra vez a la mesa vacía de los Cullen, y sentí que me ponía eufórico. Quizá ella también me echaba de menos.

Después de clase, Bella tenía planes para salir con las otras chicas —yo planeé de inmediato la vigilancia subsiguiente—, pero Jessica los pospuso porque Mike la había invitado a acompañarlo en la cita que había organizado para Bella.

Así pues, me dirigí a su casa para hacer un rápido barrido por el bosque y asegurarme de que no había nadie peligroso por las inmediaciones. Sabía que Jasper había avisado a su antiguo hermano de que debía evitar el pueblo —mencionando mi locura a modo de explicación a la vez que lo advertía del peligro—, pero no pensaba arriesgarme. Peter y Charlotte no tenían ninguna intención de causar animosidad en el seno de mi familia, pero no debía olvidar la naturaleza cambiante de las intenciones.

De acuerdo, estaba exagerando. Era consciente de ello.

Bella, como si supiera que yo la observaba, como si sintiera compasión de mi agonía cuando no podía verla, salió al patio trasero tras pasar una larga hora en el interior de la casa. Tenía un libro en la mano y una manta bajo el brazo.

Trepé con sigilo a las ramas más altas de un árbol cercano que daba al patio. Ella extendió la manta sobre la hierba húmeda, se tumbó boca abajo y empezó a hojear las páginas del ajado libro —que obviamente había sido leído incontables veces— mientras trataba de encontrar el punto donde se había quedado. Leí por encima de su hombro.

Vaya, más clásicos. *Sentido y sensibilidad*. Le gustaba Austen. Saboreé el efecto que la luz del sol y el aire libre ejercían sobre su aroma. El calor parecía endulzar su fragancia y mi garganta ardía de deseo; había pasado tanto tiempo alejado de ella que el dolor era fresco y, de nuevo, feroz. Dediqué un momento a controlarlo y me obligué a respirar por la nariz.

Leía rápido, cruzando y descruzando los tobillos en el aire. Yo ya conocía el libro, así que no la acompañé en su lectura. Me dediqué a contemplar cómo el viento y la luz del sol jugueteaban sobre su cabello hasta que, de repente, se quedó rígida, con la mano congelada sobre el papel. Había llegado a la última página del segundo capítulo. La primera frase estaba empezada: «quizá, a pesar de todas las muestras de cortesía y afecto maternal que le había demostrado, a ambas damas les había resultado imposible haber vivido juntas tanto tiempo».

Cogió un montón de páginas y las pasó de golpe, casi como si algo de lo que había leído la hubiese enfurecido. ¿Pero el qué? La historia acababa de empezar; la autora estaba planteando el primer conflicto entre suegra y nuera. Presentaba al héroe, Edward Ferrars, y ensalzaba los méritos de Elinor

Dashwood. Repasé de memoria el capítulo anterior en busca de algo que pudiera resultarle ofensivo en la prosa excesivamente educada de Austen. ¿Qué podría haberla disgustado?

Se detuvo en una página en la que se leía el título de *Mansfield Park*. Iba a empezar otra historia: el libro era una antología de novelas. Sin embargo, no pasó de la séptima página. Esta vez sí leí junto a ella; justo cuando la señora Norris detallaba el peligro que suponía que Tom y Edmund Bertram no se encontraran con su prima Fanny Price hasta que todos fuesen adultos, Bella apretó los dientes y cerró el libro de golpe. Respiró hondo, como si quisiera serenarse, arrojó el libro a un lado y rodó hasta quedar tumbada boca arriba. Entonces se arremangó, dejando la piel de los antebrazos expuesta al sol.

¿Por qué reaccionaba de ese modo a una historia que ya conocía? Otro misterio. Suspiré.

Se quedó muy quieta; solo se movió una vez para apartarse el cabello de la cara. Tenía la melena desplegada alrededor de la cabeza, como un río castaño. Después se quedó inmóvil de nuevo. Ofrecía una imagen muy apacible, allí tumbada a la luz del sol. Respiraba con más suavidad, pues había recuperado la paz que un rato antes parecía haberla abandonado. Tras unos largos minutos, le empezaron a temblar los labios. Murmuraba en sueños.

Sentí un incómodo ramalazo de culpa, porque lo que estaba haciendo en aquel momento no era precisamente bueno, pero no era ni la mitad de malo que mis actividades nocturnas. En realidad, ni siquiera estaba cometiendo allanamiento —las raíces del árbol se hallaban en el solar de al lado—, ni ningún otro acto delictivo. Sin embargo, sabía que cuando cayera la noche continuaría por la senda del mal.

Incluso ahora, una parte de mí deseaba cometer allanamiento. Deseaba saltar al suelo, aterrizar con sigilo sobre los dedos de los pies y penetrar poco a poco en el brillante círculo de luz solar que la rodeaba, solo para estar más cerca de ella, para oírla murmurar palabras como si me las estuviera susurrando a mí.

No era mi cuestionable moralidad lo que me impedía hacerlo, sino el aspecto que me confería la luz del sol. Ya era bastante malo que mi piel fuese pétrea e inhumana en las sombras; no quería verme al lado de Bella iluminado por el sol. La diferencia entre los dos ya era insalvable, ya dolía lo suficiente sin esa imagen en la cabeza. ¿Se podía ser más grotesco? Imaginé el terror de su mirada si abría los ojos y me descubría junto a ella.

—Mmm... —gimió.

Retrocedí hasta apoyarme en el tronco del árbol, sumergiéndome más entre las sombras. Ella suspiró.

—Mmm...

No temí que se hubiera despertado. Su voz no era más que un murmullo suave y anhelante.

—Edmund... Ah...

¿Edmund? Recordé el pasaje donde había interrumpido su lectura, justo cuando habían mencionado a Edmund Bertram por primera vez. ¡Ajá! Comprendí, de un ánimo sombrío, que no estaba soñando conmigo. Mi desprecio por mí mismo regresó con fuerza. Soñaba con personajes de ficción. Quizá había sido así todo el tiempo, y todos sus sueños los había protagonizado Hugh Grant con un pañuelo a modo de corbata. Eso me pasaba por arrogante.

No volvió a decir nada inteligible. La tarde pasó sin que yo dejara de observarla, presa, una vez más, de la impotencia. El sol descendió poco a poco desde el cielo y las sombras empezaron a arrastrarse hacia ella por el césped. Quise apartarlas, pero, por supuesto, la oscuridad era inevitable. Al final, las sombras la envolvieron. Cuando la luz se hubo esfumado, su piel adquirió un aspecto demasiado pálido, fantasmal. El cabello volvía a verse oscuro, casi negro alrededor de su rostro.

La imagen me resultó aterradora, como si estuviera presenciando las visiones de Alice convirtiéndose en realidad. Los latidos fuertes y rítmicos de Bella eran mi único consuelo, el único sonido que evitaba que aquel momento se convirtiera en una pesadilla.

Me sentí aliviado cuando su padre llegó a casa.

Oía poco de sus pensamientos a medida que el coche se acercaba a la casa. Sentía vagamente que estaba molesto... Pero ya había pasado, era algo relacionado con el trabajo. Sentía expectación por algo y eso se entremezclaba con el hambre: supuse que tenía ganas de cenar. Sin embargo, sus pensamientos eran tan silenciosos y contenidos que no estaba seguro de haber acertado. Solo percibía lo más esencial. Me pregunté cómo serían los pensamientos de la madre de Bella, qué combinación genética había dado lugar a una persona tan particular.

Cuando las ruedas del coche de su padre golpearon el camino pavimentado de la entrada, Bella se despertó sobresaltada y se incorporó de golpe. Miró a su alrededor, confundida por la repentina oscuridad. Por un instante, su mirada acarició las sombras donde me escondía, pero enseguida apartó la vista.

—¿Charlie? —preguntó en voz baja, mirando los árboles que rodeaban el pequeño patio.

La puerta del coche se cerró de golpe y ella miró hacia la fuente del sonido. Se puso de pie a toda prisa y recogió sus cosas, no sin mirar una vez más hacia el bosque. Me desplazé hasta un árbol que estaba junto a la ventana de atrás, la más cercana a la pequeña cocina, y escuché cómo transcurría su velada. Comparar las palabras de Charlie con sus vagos pensamientos era interesante. El amor y la preocupación que sentía por su única hija eran abrumadores y sus palabras, en cambio, siempre concisas y triviales. La mayoría del tiempo se hacían compañía en silencio.

La oí hablar de sus planes para ir de compras a Port Angeles la tarde siguiente con Jessica y Angela y, mientras la escuchaba, fui trazando los míos propios. Jasper no había advertido a Peter y Charlotte que se mantuvieran alejados de Port Angeles. Aunque yo sabía que se habían alimentado hacía poco y que no tenían intención de ir de caza por las inmediaciones de nuestro hogar, iría a vigilarla, por si acaso. Al fin y al cabo, por ahí fuera rondaban otros de mi especie y, además, ahora debía tener en cuenta todos esos peligros humanos que nunca antes había tomado en consideración.

Le dijo a su padre que le preocupaba no estar para hacerle la cena y sonreí al ver confirmada mi teoría: sí, aquí también era ella quien se hacía cargo de los cuidados.

Me fui, consciente de que volvería cuando estuviese dormida, ignorando todo argumento ético y moral contrario a mi comportamiento. Pero, por supuesto, no violaría su intimidad como lo haría un mirón cualquiera. Estaba aquí para protegerla, no para contemplarla con la misma lujuria con la que sin duda lo haría Mike Newton, de ser lo bastante ágil como para desplazarse por las copas de los árboles. Yo no la trataría de forma tan burda.

No había nadie en casa cuando llegué. Mejor así. No echaba de menos esos pensamientos confusos o desdeñosos que cuestionaban mi cordura. Emmett me había dejado una nota en el poste de la escalera.

«¿Partido de fútbol en el campo Rainier? ¡Venga, por favor!».

Busqué un bolígrafo y escribí «lo siento» debajo de su súplica. De todas maneras, sin mí eran pares para hacer los equipos.

Me fui de caza. Fue una excursión muy breve; me conformé con criaturas más pequeñas y amables, menos sabrosas que los demás depredadores. Luego me puse una muda limpia y regresé corriendo a Forks.

Esa noche Bella no durmió bien. Se revolvía bajo las mantas, con el semblante a veces preocupado y otras veces triste. Me pregunté cuál sería la

pesadilla que la atormentaba... y entonces me di cuenta de que tal vez no quería saberlo.

Cuando hablaba, era sobre todo para mascullar algo despectivo sobre Forks con tono melancólico. Solo una vez, cuando murmuró la palabra «vuelve» en un suspiro y abrió la mano de forma súbita —un ruego mudo—, tuve la oportunidad de desear que estuviese soñando conmigo.

Al día siguiente, el último día que el sol me tendría prisionero, la jornada de instituto se desarrolló más o menos igual que el día anterior. Bella tenía un aspecto todavía más taciturno y me pregunté si cancelaría sus planes. No parecía estar de humor para ir de compras. Sin embargo, se trataba de Bella, así que lo más probable era que pusiera el deleite de sus amigas por encima del suyo.

Llevaba puesta una blusa azul oscuro que resaltaba a la perfección su piel de color cremoso.

Cuando terminaron las clases, Jessica les dijo a las dos chicas que pasaría a buscarlas más adelante. Fui a casa a por mi coche. Al descubrir que Peter y Charlotte estaban allí, decidí que podía darles a las chicas alrededor de una hora de ventaja. De todos modos, me habría costado horrores seguir las conduciendo al límite de velocidad. Qué espanto.

Todos estaban reunidos en el luminoso salón. Tanto Peter como Charlotte se percataron de que estaba distraído cuando los saludé y me disculpé sin entusiasmo por mi ausencia. Besé a Charlotte en la mejilla y le estreché la mano a Peter, pero luego no fui capaz de concentrarme lo suficiente para unirme a la conversación. En cuanto pude, me excusé educadamente, me senté al piano y empecé a tocar con suavidad.

Qué criatura más extraña, pensó Charlotte, que tenía el cabello rubio casi blanco y una complexión similar a la de Alice. Y eso que la última vez que vinimos fue muy agradable y se comportó con normalidad.

Los pensamientos de Peter iban en la misma dirección, como era habitual.

Debe de ser por comer animales. La falta de sangre humana los acaba volviendo locos, concluyó. Tenía el pelo tan claro y casi tan largo como su compañera. Eran muy parecidos, excepto en el tamaño: él era casi tan alto como Emmett. Siempre me había parecido que hacían buena pareja.

¿Para qué se molesta en venir a casa?, pensó Rosalie con desdén.

Oh, Edward. Cómo odio verlo sufrir. La preocupación de Esme empezaba a empañar su felicidad. Hacía bien en preocuparse. La historia de amor que había imaginado para mí se inclinaba hacia la tragedia con más claridad a cada segundo que pasaba.

Diviértete en Port Angeles esta noche, pensó Alice alegremente. *Ya me dirás cuándo puedo hablar con Bella.*

Eres patético. No me puedo creer que te perdieras el partido de anoche por ver a alguien dormir, gruñó Emmett.

Al cabo de unos segundos, todos salvo Esme dejaron de pensar en mí, así que seguí tocando de forma muy sutil para no llamar la atención. Pasé largo rato sin prestarles atención, permitiendo que la música aliviara mi inquietud. No tener a Bella a la vista siempre era angustiioso. Volví a reparar en la conversación cuando empezaron las despedidas.

—Si vuelves a ver a Maria —dijo Jasper con cierto recelo—, dile que le deseo lo mejor.

Maria era la vampira que había creado a Jasper y a Peter; a Jasper a finales del siglo XIX y a Peter hacía menos tiempo, en los años cuarenta. En una ocasión, cuando vivíamos en Calgary, había venido en busca de Jasper. Había sido una visita memorable... Tuvimos que mudarnos de inmediato. Jasper le pidió educadamente que en el futuro se mantuviera alejada de nosotros.

—No creo que nuestros caminos vayan a cruzarse pronto —respondió Peter con una carcajada. Era innegable que Maria era peligrosa y ella y Peter no se tenían mucho aprecio. Al fin y al cabo, él había tenido un papel clave en la desertión de Jasper. Este había sido siempre el preferido de Maria; para ella, el hecho de haber intentado matarlo era una nimiedad—. Pero si es así, lo haré, no lo dudes.

Se dieron un apretón de manos, preparándose para su partida. Dejé que la canción que tocaba se fuese apagando hasta llegar a un insatisfactorio final y me puse en pie a toda prisa.

—Charlotte, Peter... —Asentí.

—Me alegro de volver a verte, Edward —dijo Charlotte, vacilante. Peter se limitó a imitar mi gesto.

Pirado, me espetó Emmett.

Idiota, pensó Rosalie al mismo tiempo.

Pobre muchacho. Esme.

Y Alice, en tono de reprimenda, añadió: *Se van hacia el este, a Seattle. Bien lejos de Port Angeles*. Me mostró pruebas en forma de visiones.

Fingí no haberlo oído. Mis excusas ya eran lo bastante inconsistentes.

Cuando me subí al coche, me tranquilicé un poco. El robusto ronroneo del motor, cuya potencia Rosalie había aumentado para mí —el año anterior, cuando estaba de mejor humor—, me relajaba. Ponerme en marcha fue un

alivio, pues sabía que, con cada kilómetro que pasaba volando bajo mis ruedas, estaba más cerca de Bella.

9. Port Angeles

Cuando llegué a Port Angeles, descubrí que no podía adentrarme en la ciudad. El sol resplandecía demasiado y seguía en lo alto del cielo y, aunque llevaba las lunas tintadas para protegerme, no había razón para correr riesgos innecesarios. O más riesgos innecesarios, debería decir.

Qué condescendiente había sido en el pasado al juzgar a Emmett por sus actos irreflexivos o a Jasper por su falta de disciplina. Ahora era yo quien incumplía conscientemente las reglas, con un abandono y una insensatez que, en comparación, convertía sus fallas en nimiedades. Yo solía ser el responsable.

Suspiré.

Estaba seguro de que sería capaz de encontrar los pensamientos de Jessica desde la distancia. Los suyos eran más escandalosos que los de Angela, pero, una vez que encontrase a la primera, no tardaría en oír a la segunda. Más tarde, cuando las sombras empezaran a alargarse, podría acercarme más. Salí de la carretera justo antes de entrar a la ciudad y me detuve en un camino que no parecía usarse con demasiada frecuencia.

Sabía en qué dirección buscar: en Port Angeles no había muchas tiendas de vestidos. No tardé en encontrar a Jessica, que daba vueltas frente a un espejo tríplico, y entonces vi a Bella en su visión periférica, alabando el vestido negro y largo que su amiga llevaba puesto.

Bella sigue cabreada, ja, ja. Angela tenía razón, Tyler es un engreído. Pero no me puedo creer que le haya molestado tanto. Al menos ella sabe que tiene una cita asegurada para el baile de fin de curso. ¿Y si Mike no se lo pasa bien en el baile del sábado y no me vuelve a pedir salir? ¿Y si le pide a Bella que vaya al baile de fin de curso con él? ¿Pensará que es más guapa que yo? ¿Piensa ella que es más guapa que yo?

—Creo que el azul me gusta más. Te resalta mucho el color de los ojos.

Jessica le sonrió a Bella con falso afecto mientras la miraba con suspicacia.

¿Lo piensa de verdad? ¿O quiere que el sábado parezca una vaca?

Ya me estaba hartando de escuchar a Jessica. Busqué a Angela a su alrededor, pero la chica se estaba cambiando de vestido, así que salí a toda prisa de su mente para darle un poco de intimidad.

Bueno, Bella no podía meterse en muchos líos en unos grandes almacenes. Decidí dejar que hicieran sus compras y volver cuando hubieran acabado. El cielo no tardaría mucho en oscurecerse: las nubes estaban volviendo, flotando a la deriva desde el oeste. Solo alcanzaba a atisbarlas intermitentemente a través de los gruesos árboles, pero sabía que acelerarían la llegada del crepúsculo. Les di la bienvenida, ansiaba sus sombras mucho más de lo que nunca antes las había anhelado. Al día siguiente volvería a sentarme junto a Bella en el instituto, volvería a monopolizar su atención a la hora de comer. Podría hacerle todas las preguntas que me había estado guardando.

Así que estaba furiosa por lo que Tyler había dado por hecho. Yo ya lo había visto en la mente del chico: cuando le había dicho a Bella que todavía les quedaba el baile de fin de curso, lo había hecho de forma literal, estaba reclamando su territorio. Recordé la expresión de incredulidad e indignación de Bella de la tarde anterior y me eché a reír. Me pregunté qué le diría a Tyler. ¿O quizá preferiría fingir ignorancia, marcarse un farol y esperar que eso lo disuadiera? Sería interesante ver qué hacía.

El tiempo pasaba despacio mientras esperaba a que las sombras se alargaran. De vez en cuando echaba un vistazo a los pensamientos de Jessica; su voz interior era la más fácil de encontrar, pero no me gustaba permanecer ahí mucho tiempo. Vi el lugar donde pensaban ir a cenar. Para entonces ya habría oscurecido... Quizá yo elegiría el mismo restaurante por casualidad. Me metí la mano en el bolsillo y toqué el teléfono, pensando en invitar a Alice a que me acompañase. Estaría encantada, pero también querría hablar con Bella. No estaba convencido de querer que la chica acabase más involucrada en mi mundo. ¿No tenía ya bastantes problemas con un solo vampiro?

Volví a echar un vistazo rutinario a Jessica. Estaba pensando en sus joyas y le pedía opinión a Angela.

—Igual debería devolver el collar. En casa tengo uno que seguramente me combine y ya me he gastado más de lo que debía. Mi madre se subirá por las paredes. ¿Cómo se me ha ocurrido?

—*No me importa volver a la tienda. Pero ¿no crees que Bella nos estará buscando?*

¿Qué quería decir eso? ¿Bella no estaba con ellas? Primero miré a través de los ojos de Jessica y luego cambié a los de Angela. Estaban en la acera frente a una hilera de tiendas y acababan de dar media vuelta. Bella no estaba por ninguna parte.

Uf, ¿y a quién le importa Bella?, pensó Jess con impaciencia antes de responder la pregunta de Angela.

—*Estará bien. Llegaremos al restaurante con tiempo de sobra aunque volvamos a la tienda. Además, me parece que le apetecía estar sola.*

Vislumbré una imagen fugaz de la librería a la que Jessica pensaba que Bella había ido.

—*Bueno, pues démonos prisa* —contestó Angela. *Espero que Bella no piense que le hemos dado esquinazo. Antes, en el coche, ha sido muy amable conmigo. Pero ha estado un poco triste todo el día. ¿Será por Edward Cullen? Seguro que por eso nos ha preguntado por su familia.*

Tendría que haber prestado más atención. ¿Qué me había perdido? ¿Bella estaba deambulando por ahí sola y había preguntado por mí? Angela estaba escuchando a Jessica —que parloteaba y parloteaba sobre el imbécil de Mike — y ya no iba a conseguir sacarle más información.

Evalué las sombras. El sol no tardaría en esconderse tras las nubes. Si me quedaba en la parte oeste de la carretera, donde los edificios proyectarían su sombra bajo la tenue luz...

Mientras conducía a través del escaso tráfico hacia el centro de la ciudad, empecé a ponerme nervioso. No había previsto que Bella se marchase sola y no tenía ni idea de cómo encontrarla. ¡Debería haber considerado la posibilidad!

Conocía bien Port Angeles. Fui directo hasta la librería que había visto en la mente de Jessica con la esperanza de que mi búsqueda fuese breve, pero dudaba que fuera a ser tan fácil. Bella nunca me lo ponía fácil.

Por supuesto, la pequeña librería estaba vacía, salvo por la mujer de ropajes anacrónicos que se encontraba tras el mostrador. No parecía la clase de sitio que a Bella le resultaría interesante, era demasiado *new age* para alguien tan pragmático. Me pregunté si se habría molestado siquiera en entrar.

Encontré un lugar en la sombra donde aparcar. Desde allí se extendía un camino oscuro que llegaba justo hasta la marquesina de la tienda. No debía hacerlo. Pasearme durante las horas de sol no era seguro. ¿Y si un rayo de sol se reflejaba en un coche y me iluminaba justo en el peor momento?

Pero ¿no sabía de qué otro modo buscar a Bella!

Aparqué, salí del coche y caminé sin apartarme del lado en el que las sombras eran más densas. Entré en la librería a grandes zancadas al captar ligeras trazas del aroma de Bella en el aire. Había estado allí, en aquella acera, pero no había restos de su fragancia en el interior de la tienda.

—¡Bienvenido! ¿Puedo ayudar...? —comenzó a decir la librera, pero yo ya me había marchado.

Seguí el olor de Bella tanto como me permitieron las sombras y me detuve al borde de las mismas, justo donde empezaba la luz del sol. ¡Qué impotente me sentía! Estaba atrapado por esa línea que separaba la luz de la oscuridad y que se extendía a lo largo de la acera ante mis ojos. No me quedó más remedio que deducir que habría continuado calle abajo, en dirección al sur. Por allí no había nada. ¿Se había perdido? Aquella posibilidad no parecía improbable, tratándose de ella...

Volví al coche y conduje despacio por las calles, buscándola. Me apeé en algunas otras zonas que también se hallaban sumidas en la sombra, pero solo percibí su olor una vez más, y la dirección que había tomado me resultó confusa. ¿Adónde intentaba ir?

Conduje de la librería al restaurante varias veces con la esperanza de avistarla. Jessica y Angela ya estaban allí e intentaban decidir si pedir o esperarla. Jessica insistía en pedir de inmediato.

Empecé a ir de una mente a otra, a mirar a través de los ojos de desconocidos. Alguien tenía que haberla visto en algún sitio.

Cuanto más tiempo pasaba sin encontrarla, más angustiado me sentía. No había previsto lo difícil que podía llegar a ser dar con ella cuando, como en aquel momento, estaba lejos de mi vista y apartada de sus caminos habituales.

Las nubes seguían agrupándose en el horizonte; en unos minutos sería libre para seguirla a pie. Entonces no tardaría mucho en encontrarla; el sol era lo único que me detenía, llenándome de impotencia. Solo unos minutos más y volvería a tener la ventaja, sería el mundo humano quien quedaría indefenso.

Otra mente, y otra. Eran tantos y tantos los pensamientos triviales...

... creo que el bebé vuelve a tener otitis...

¿Era seis-cuatro-cero o seis-cero-cuatro?

Otra vez tarde. Tengo que decírselo...

¡Ajá! ¡Ahí viene!

Ahí, al fin, estaba su rostro. ¡Por fin alguien se había fijado en ella!

Pero el alivio solo duró una fracción de segundo, hasta que leí más a fondo los pensamientos del hombre que se regodeaba con la expresión de

Bella mientras ella vacilaba entre las sombras.

La mente del hombre me era extraña, pero no del todo desconocida. Antaño me había dedicado a cazar mentes idénticas a la suya.

—¡NO! —rugí.

Un torrente de gruñidos brotó de mi garganta. Pisé a fondo el pedal del acelerador, pero ¿para ir adónde?

Sabía de dónde venían sus pensamientos, pero la ubicación no era lo bastante específica. Tenía que haber algo, lo que fuera, el letrero de la calle, un escaparate, cualquier cosa en su campo de visión que delatara su localización exacta. Pero Bella estaba sumergida en las sombras y los ojos de él estaban clavados en su expresión aterrorizada. Disfrutaba de su miedo.

El rostro de Bella se difuminaba en la mente del hombre, mezclándose con otros. No era su primera víctima.

El sonido de mis rugidos sacudió el coche, pero eso no me distrajo. No había ventanas en la pared a espaldas de Bella. Era una zona industrial, alejada del transitado distrito comercial. Doblé una esquina derrapando con las ruedas del coche y adelanté a otro vehículo, en dirección a lo que esperaba que fuese el lugar correcto. Para cuando el otro conductor hizo sonar la bocina, yo ya estaba muy lejos.

¡Mira cómo tiembla! El hombre se rio, expectante. Era el miedo lo que lo atraía, esa era la parte que disfrutaba.

—*¡Apártese de mí!*

La voz de Bella era grave y firme; no chillaba.

—*No seas así, ricura.*

Observó cómo ella se estremecía al oír una escandalosa carcajada que venía de otra dirección. El sonido lo irritó. *¡Cierra el pico, Jeff!*, pensó, pero le encantó ver la manera en que ella se encogía. Lo excitaba. Empezó a imaginar sus súplicas, la forma en que le rogaría...

No me había dado cuenta de que había otros con él hasta que no escuché la fuerte risotada. Miré a través de sus ojos, desesperado por encontrar algo útil. Dio un primer paso hacia ella mientras flexionaba las manos.

Las mentes que lo rodeaban no eran un pozo de oscuridad, como la suya. Todos iban un poco ebrios y ninguno se había dado cuenta de lo lejos que pensaba llegar el hombre al que llamaban Lanny. Lo seguían ciegamente: les había prometido un poco de diversión...

Uno de ellos echó un vistazo hacia el final de la calle, nervioso. No quería que lo pillaran acosando a la chica. Me dio lo que necesitaba: reconocí la intersección hacia la que miraba.

Crucé volando un semáforo en rojo, pasando por un espacio apenas lo bastante ancho entre dos coches en movimiento. Los bocinazos retumbaron a mi paso.

Me vibraba el teléfono en el bolsillo, pero lo ignoré.

Lanny se acercó despacio hacia la chica, alargando el suspense, el momento de terror que lo excitaba. Esperó a oírla gritar, dispuesto a saborear el instante.

Sin embargo, Bella apretó los dientes y se preparó. Eso lo sorprendió; esperaba que echara a correr. Estaba sorprendido y ligeramente decepcionado. Le gustaba perseguir a su presa, sentir la adrenalina de la caza.

Esta es de las valientes. Supongo que así es mejor... Más luchará.

Yo estaba a una manzana de allí. Aquel maníaco ya podía oír el sonido del motor de mi coche, pero no le prestó atención. Estaba demasiado concentrado en su víctima.

Ya veríamos lo que disfrutaba de la caza cuando él se convirtiera en la presa. Ya veríamos qué pensaba de mis métodos de caza.

En otro compartimento de mi mente, me encontraba rebuscando entre los horrores de los que había sido testigo durante mis días como justiciero, en busca del más doloroso de todos. Nunca había torturado a mi presa, por mucho que lo mereciera, pero este hombre era distinto. Sufriría por esto. Se retorcería, agonizante. Los demás se limitarían a morir por haber tomado parte, pero esta criatura llamada Lanny suplicaría que lo matase mucho antes de que le concediera ese deseo.

El hombre estaba en la carretera, cruzándola, dirigiéndose hacia ella.

Doblé la esquina con brusquedad y los faros del coche iluminaron la escena. Los demás se quedaron paralizados. Podría haber atropellado al líder, que se apartó de un salto, pero habría sido una muerte demasiado rápida.

Dejé que el coche siguiera girando; di una vuelta completa de forma que el morro quedase de cara a la calle por la que había venido y la puerta del copiloto, más cerca de Bella. Cuando la abrí, ella ya corría hacia el coche.

—Entra —gruñí.

¿Quién demonios es este?

¡Ya sabía yo que no era buena idea! No está sola.

¿Qué hago, me voy corriendo?

Creo que voy a potar...

Sin pensárselo un segundo, Bella entró de un salto en el coche y cerró la puerta de golpe. Me miró con la expresión de confianza más absoluta que jamás había visto en un rostro humano y todos mis violentos planes se

desmoronaron. Tardé mucho, mucho menos de un segundo en darme cuenta de que no sería capaz de dejarla en el coche para lidiar con los cuatro hombres que había en la calle. ¿Qué le diría, que no mirara? ¡Ja! ¿Cuándo había hecho ella lo que yo le pedía?

¿Qué iba a hacer? ¿Arrastrarlos fuera de su vista y dejarla allí sola? Era poco probable que hubiera otro psicópata pululando por las calles de Port Angeles aquella noche, pero ¡también lo era que hubiese uno, y sin embargo ella había ido a topar con él! Me hallaba ante la prueba irrefutable de que no estaba loco: como un imán, Bella atraía todos los peligros. Si no estaba yo lo bastante cerca para proporcionárselo, sería otro mal el que ocupase mi lugar.

Para ella, todo debió de ser parte de un mismo movimiento: aceleré para alejarla de sus perseguidores, tan rápido que me miraron boquiabiertos, pasmados. Bella no repararía en mi instante de vacilación.

Ni siquiera podía golpearlo con el coche. La habría asustado.

Deseaba su muerte con tanta fiereza que las ansias resonaban en mis oídos, me nublaban la vista y me dejaban un sabor amargo en la boca, más fuerte que el ardor que me provocaba la sed. Tenía los músculos agarrotados por culpa del apremio, la avidez, la necesidad de darle caza. Tenía que matarlo, lo necesitaba. Lo desollaría poco a poco, lo destruiría pedazo a pedazo, le arrancaría la piel de los músculos, los músculos de los huesos...

Pero la chica —la única chica que había en el mundo— estaba aferrada al asiento con ambas manos y me miraba fijamente, con unos ojos que reflejaban una tranquilidad e incondicionalidad extrañas. La venganza tendría que esperar.

—Ponte el cinturón de seguridad —le ordené.

Mi voz sonaba áspera por el odio y la sed de sangre. No era la sed de sangre habitual. Hacía mucho que había adoptado el compromiso de abstenerme de la sangre humana, y no permitiría que esa criatura me condujese a romperlo. Se trataba solo de venganza.

Se puso el cinturón y el sonido metálico la sobresaltó. Aquel ruidito la hizo saltar, pero ni siquiera se estremeció cuando recorrí la ciudad a toda velocidad, ignorando todas las normas de circulación. Sentía su mirada sobre mí. Por extraño que fuera, parecía relajada. No tenía sentido, no después de lo que le acababa de ocurrir.

—¿Estás bien? —me preguntó, con la voz ronca por el estrés y el miedo.

¿Quería saber si estaba bien? ¿Yo?

¿Lo estaba?

—No —respondí, en un tono impregnado de ira.

La llevé hasta el mismo camino desierto donde había pasado la tarde dedicado a la peor misión de vigilancia jamás efectuada. Allí, bajo los árboles, todo estaba oscuro.

Me sentía tan furioso que mi cuerpo estaba congelado, absolutamente inmóvil. Mis manos gélidas y cerradas en puños ansiaban aplastar a su atacante, machacarlo en pedazos, dejarlo tan mutilado que jamás pudieran identificar su cuerpo. Pero eso implicaría abandonarla allí, sola y desprotegida en mitad de la negra noche.

Mi mente reproducía escenas de mis días de caza, imágenes que deseaba olvidar, sobre todo ahora, cuando las ansias de matar eran más fuertes que cualquier otra compulsión de cazar que hubiese sentido nunca.

Ese hombre, esa abominación, no era el peor de los de su clase, aunque no era fácil clasificar las profundidades del mal según su mérito. No obstante, aún recordaba al peor de todos. Jamás había dudado que mereciera ese título.

La mayoría de los hombres a los que había dado caza durante el tiempo en que hice las veces de juez, jurado y verdugo habían sentido algún tipo de remordimiento, o, al menos, miedo a ser descubiertos. Muchos de ellos recurrían al alcohol o las drogas para silenciar sus preocupaciones. Otros establecían una separación, creaban fracturas en sus personalidades y vivían como dos hombres, uno en la luz y otro en la oscuridad.

Pero para el peor, para la más vil aberración con que jamás me había encontrado, los remordimientos no eran un problema.

Nunca me había topado con nadie que aceptara su maldad con tanto agrado, que la disfrutara de tal modo. Sentía alborozo ante el mundo que había creado, un mundo de víctimas indefensas y gritos torturados. El dolor era el objeto de todo su interés y había adquirido mucha destreza en provocarlo y prolongarlo.

Yo estaba muy comprometido con mis reglas, con mis justificaciones ante todas las víctimas que me cobraba. Sin embargo, en aquella ocasión, vacilé. Darle a ese hombre en concreto una muerte rápida me parecía una huida demasiado fácil para él.

Fue la ocasión en que más cerca estuve de cruzar esa línea. Y, sin embargo, lo maté con tanta rapidez y eficiencia como al resto.

Quizá el resultado habría sido distinto si cuando lo descubrí no hubiera tenido a dos de sus víctimas encerradas en aquel sótano de los horrores, dos mujeres jóvenes y muy malheridas. Aunque las llevé a ambas a un hospital tan rápido como pude, solo una de ellas sobrevivió.

No tuve tiempo de beberme su sangre. No importó. Había muchos otros que también merecían morir.

Como este tal Lanny. Él también era una atrocidad, pero de ningún modo era peor que aquel hombre que yo recordaba. Entonces ¿por qué me parecía correcto, imperativo, que sufriera mucho más?

Pero, primero...

—¿Bella? —la llamé entre dientes.

—¿Sí? —respondió con voz ronca. Se aclaró la garganta.

—¿Estás bien?

Aquello era, en realidad, lo más importante, la máxima prioridad. La venganza era secundaria. Lo sabía, era consciente de ello, pero mi cuerpo estaba tan colmado de ira que pensar no me resultaba sencillo.

—Sí —repitió, con la voz todavía espesa... de miedo, sin duda.

Así que no podía dejarla. Aunque no estuviera en riesgo constantemente por alguna maldita razón —por alguna broma que trataba de gastarme el universo—, aunque pudiera estar del todo seguro de que estaría bien en mi ausencia, no sería capaz de dejarla sola en la oscuridad.

Debía de estar tan asustada...

Y, sin embargo, yo no estaba en condiciones de reconfortarla, ni siquiera si hubiera sabido con exactitud cómo hacerlo, lo que no era así. Debía de sentir la brutalidad que yo irradiaba, seguro que al menos eso era obvio. La asustaría todavía más si no lograba calmar la avidez de aniquilación que hervía en mi interior.

Necesitaba pensar en otra cosa.

—Distráeme, por favor —le rogué.

—Perdona, ¿qué?

Apenas tenía el control suficiente para explicarle lo que necesitaba.

—Limítate a charlar de cualquier cosa insustancial hasta que me calme...

—No se me ocurría cómo expresarlo. Elegí la palabra que más se le acercaba.

No había dado con las palabras adecuadas; fui consciente de ello en cuanto las pronuncié, pero no podía preocuparme por eso ahora. Lo único que me mantenía en el interior del coche era saber que ella me necesitaba. Oía los pensamientos del hombre, su ira, su decepción. Sabía dónde encontrarlo. Cerré los ojos y deseé no poder verlo.

—Eh... —vaciló, supongo que intentando encontrarle un sentido a mi petición. ¿O se habría ofendido? Y entonces continuó—: Mañana antes de clase voy a atropellar a Tyler Crowley —lo dijo como si fuera una pregunta.

Sí, era justo lo que necesitaba. Por supuesto que a Bella se le ocurriría decir algo inesperado. Como había sucedido antes, la amenaza de violencia en su boca resultaba cómica y discordante. Si no hubiese estado ardiendo en ansias de matar, me habría echado a reír.

—¿Por qué? —pregunté, para que volviera a hablar.

—Va diciendo por ahí que me va a llevar al baile de promoción —respondió indignada—. O está loco o todavía intenta compensarme por haber estado a punto de matarme cuando... Bueno, tú lo recuerdas —añadió secamente—. Y cree que el baile es la forma adecuada de hacerlo. Así que imagino que, si pongo su vida en peligro, estaremos en paz y ya no podrá seguir intentando enmendarlo. No necesito enemigos, y puede que Lauren se apacigüe si Tyler me deja tranquila. Aunque también podría destrozarle el Sentra —continuó, pensativa—. No podrá llevar a nadie al baile de fin de curso si no tiene coche...

Era un alivio ver que a veces ella también se equivocaba. La perseverancia de Tyler no tenía nada que ver con el accidente. No parecía comprender lo atractiva que les resultaba a los chicos humanos del instituto. ¿Acaso tampoco se daba cuenta de lo atractiva que me resultaba a mí?

Ah, estaba funcionando. Los desconcertantes procesos de su mente siempre eran cautivadores. Estaba empezando a recuperar el control sobre mí mismo, a ver más allá de la venganza y la masacre.

—Estaba enterado —contesté. Había dejado de hablar y yo necesitaba que continuase.

—¿Sí? —me preguntó, incrédula. Con la voz más enfadada que antes, añadió—: Si está paralizado de cuello para abajo, tampoco podrá ir al baile de fin de curso.

Deseé que hubiera alguna forma de pedirle que siguiera con las amenazas de muerte y daños físicos sin parecer un demente. No podría haber escogido una forma mejor de tranquilizarme. Además, sus palabras —aunque en su caso no eran más que sarcasmo e hipérboles— eran un recordatorio que en aquel momento yo necesitaba encarecidamente.

Suspiré y abrí los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó ella con timidez.

—En realidad, no.

No, estaba más tranquilo, pero no mejor, porque acababa de comprender que no podía matar a ese maníaco llamado Lanny. En este momento, lo único que deseaba por encima de cometer un asesinato más que justificado era a esa

chica. Aunque no podía ser mía, solo el sueño de que lo fuera imposibilitaba que dedicase mi noche a una matanza.

Bella merecía algo mejor que un asesino.

Había pasado más de siete décadas intentando ser algo —cualquier cosa— distinto a un asesino, pero todos esos años de esfuerzo jamás me harían merecedor de la chica que estaba sentada a mi lado. Y aun así sentía que regresar a esa vida, aunque fuera solo por una noche, la pondría para siempre fuera de mi alcance. Aunque no me bebiera la sangre de esos hombres, aunque la ausencia del rojo llameante en mis iris no fuese una prueba fehaciente de ello, ¿acaso no percibiría ella la diferencia?

Estaba intentando ser lo bastante bueno para ella. Era una meta imposible, pero no soportaba la idea de rendirme.

—¿Qué es lo que pasa? —susurró.

Su aroma me inundó la nariz, y recordé por qué jamás sería digno de ella. Después de todo lo sucedido, incluso con lo mucho que la amaba... se me seguía haciendo la boca agua.

Le regalaría toda la sinceridad que pudiese. Se lo debía.

—A veces tengo problemas con mi genio, Bella. —Oteé la negra noche, deseoso de que oyera el horror inherente a mis palabras y al mismo tiempo anhelando que no pudiera oírlo. Fundamentalmente, esperaba que no pudiera oírlo. *Huye, Bella, huye. Quédate, Bella, quédate*—. Pero no me serviría de nada dar media vuelta y dar caza a esos... —Solo pensarlo bastó para que estuviese a punto de bajar del coche. Respiré hondo y dejé que su aroma me abrasara la garganta—. Al menos, de eso me intento convencer.

—Ah.

No dijo nada más. ¿Cuánto había entendido? Le dirigí una mirada furtiva, pero su rostro era impenetrable, ilegible, quizás debido a la conmoción. Bueno, no estaba gritando horrorizada. Todavía no.

—Jessica y Angela se van a preocupar —dijo en voz baja. Su voz sonaba muy tranquila y yo no acababa de entender cómo era eso posible. ¿Estaba en estado de shock? Igual todavía no había comprendido la magnitud de los acontecimientos de aquella noche—. Iba a reunirme con ellas.

¿Quería estar lejos de mí? ¿O solo le preocupaba asustar a sus amigas?

No le contesté, pero arranqué el coche y la llevé de vuelta. Cuanto más me aproximaba a la ciudad, más me costaba cumplir lo que me había propuesto. Estaba tan cerca de ese hombre...

Si era imposible, si no podía estar con esta chica ni tampoco merecerla, ¿qué sentido tenía no castigar a aquel hombre? Era algo que podía

concederme, sin duda.

No. No iba a rendirme, todavía no. La quería demasiado para rendirme.

Llegamos al restaurante donde iba a reunirse con sus amigas antes de que consiguiera dar sentido a mis pensamientos. Jessica y Angela habían terminado de cenar y, ahora sí, ambas estaban muy preocupadas por Bella. Se disponían a ir en su busca e iban camino de la calle oscura.

No era la noche adecuada para que deambularan por ahí.

—¿Cómo sabías dónde...?

La pregunta inacabada de Bella me interrumpió y me di cuenta de que había vuelto a meter la pata. Había estado demasiado distraído como para acordarme de preguntarle dónde se suponía que se iba a encontrar con sus amigas.

Pero, en lugar de terminar su pregunta e insistir en que le diera una respuesta, Bella negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa.

¿Qué significaba eso?

Bien, no tenía tiempo de intentar descifrar su inexplicable aceptación de mi aún más inexplicable conocimiento. Abrí la puerta del coche.

—¿Qué haces? —preguntó, sobresaltada.

No quitarte la vista de encima. Y no permitirme quedarme solo esta noche. En ese orden.

—Llévate a cenar.

Bueno, esto iba a ser interesante. Parecía una noche totalmente distinta a cuando me había imaginado allí con Alice, fingiendo haber elegido el mismo restaurante que Bella y sus amigas por casualidad. Y aquí estaba, prácticamente en una cita con la chica, solo que no contaba, porque tampoco le había dado la oportunidad de negarse.

Ella ya tenía la puerta medio abierta cuando rodeé el coche para abrírsele; no me había dado opción a tener aquel gesto caballeroso. Normalmente, no moverme a una velocidad que no llamara la atención no me resultaba tan frustrante. Esperé a que se uniera a mí, cada vez más nervioso al ver que sus amigas seguían caminando hacia la esquina oscura.

—Detén a Jessica y a Angela antes de que también tenga que ir a buscarlas a ellas —le ordené—. Dudo que pudiera volver a contenerme si me tropiezo otra vez con tus amigos.

No, no tendría fuerzas para contenerme.

Ella se estremeció, pero recobró la compostura enseguida, dio un paso hacia ellas y las llamó:

—¡Jess! ¡Angela!

Cuando se volvieron, las saludó con el brazo en alto para que la vieran.

¡Bella! ¡Oh, está bien!, pensó Angela, aliviada.

Llega un poco tarde, ¿no?, gruñó Jessica para sí, aunque ella también estaba aliviada de que Bella no hubiese desaparecido ni estuviese herida. Eso hizo que me cayera un poco mejor.

Se acercaron a toda prisa, pero cuando me vieron junto a ella se detuvieron, pasmadas.

¡Pero, bueno!, pensó Jess, asombrada. *¡No me lo puedo creer!*

¿Edward Cullen? ¿En serio? ¿Se ha ido por su cuenta para encontrarse con él? Pero ¿por qué iba a preguntar si estaban fuera de la ciudad si sabía que estaba aquí? Vi una imagen fugaz de la expresión avergonzada de Bella cuando le había preguntado a Angela si mi familia faltaba a menudo al instituto. *No, no es posible que lo supiera*, concluyó Angela.

Los pensamientos de Jessica habían dejado atrás la sorpresa y estaban plagados de sospecha. *Bella me esconde cosas*.

—¿Dónde has estado? —preguntó, mirando a Bella pero espiándome a mí por el rabillo del ojo.

—Me he perdido, y luego me he encontrado con Edward —respondió ella, y me señaló con la mano. Su tono de voz era sorprendentemente normal, como si eso fuera realmente lo único que había sucedido.

Debía de estar en estado de shock. Era la única explicación plausible para su tranquilidad.

—¿Os importaría que me uniera a vosotras? —pregunté por educación. Sabía que ya habían cenado.

¡Madre mía, está buenísimo!, pensó Jessica. Sus pensamientos se habían vuelto súbitamente incoherentes. Los de Angela no eran mucho más serenos: *Ojalá no hubiésemos cenado ya. Guau... Es que... Guau.*

Pero ¿por qué no podía tener ese efecto en Bella?

—Eh, sí, claro —accedió Jessica.

Angela frunció el ceño.

—De hecho, Bella, lo cierto es que hemos cenado mientras te esperábamos —admitió—. Perdona.

¡Cállate!, protestó Jessica mentalmente.

Bella se encogió de hombros de forma desenfadada, como si nada. Definitivamente, estaba en estado de shock.

—No pasa nada, no tengo hambre.

—Creo que deberías comer algo —protesté.

Necesitaba algo de azúcar en su organismo; aunque su olor ya era lo bastante dulce, pensé con ironía. De un momento a otro, el horror que había vivido caería como una losa sobre sus hombros y tener el estómago vacío no le sería de ayuda. Se desmayaba con facilidad, lo había visto con mis propios ojos.

Las chicas no correrían peligro alguno si iban directas a casa. A ellas, el peligro no les iba pisando siempre los talones. Además, prefería estar a solas con Bella... Siempre que ella estuviese dispuesta a estar a solas conmigo.

—¿Os importa que lleve a Bella a casa esta noche? —le pregunté a Jessica antes de que Bella pudiera responder—. Así no tendréis que esperar mientras cena.

—Eh, supongo que no... hay problema... —Jessica miró fijamente a su amiga, buscando una señal que le confirmara que eso era lo que ella quería.

Seguro que lo quiere para ella sola. ¿Y quién no?, pensó. Al mismo tiempo, vio que Bella le guiñaba un ojo.

¿Bella guiñando el ojo?

—De acuerdo —respondió Angela enseguida, ansiosa por quitarse de en medio si eso era lo que Bella quería. Y parecía que sí lo quería—. Os vemos mañana, Bella, Edward...

Le costaba pronunciar mi nombre con un tono despreocupado. Cogió a Jessica de la mano y empezó a tirar de ella.

Encontraría la forma de darle las gracias a Angela por esto.

El coche de Jessica estaba cerca, en medio de un resplandeciente círculo de luz que arrojaba una farola. Bella las observó con expresión atenta y una arruguita de preocupación entre las cejas hasta que entraron, así que, de algún modo, sí era consciente de que había estado en peligro. Jessica se despidió con la mano mientras se alejaba conduciendo y Bella respondió al saludo. Hasta que el coche no desapareció en la distancia, no respiró hondo y se volvió para mirarme.

—De verdad, no tengo hambre —insistió.

¿Por qué había esperado a que se marcharan para hablar? ¿De verdad quería quedarse a solas conmigo, incluso después de presenciar mi ira literalmente homicida?

Fuera o no el caso, Bella tenía que comer algo.

—Compláceme —le dije.

Le abrí la puerta del restaurante y esperé. Ella suspiró y entró.

Caminé junto a ella hacia la recepcionista, que esperaba detrás del atril. Bella todavía parecía estar completamente serena. Quería acariciarle la mano,

la frente, tomarle la temperatura, pero mi mano fría le repugnaría, como ya había ocurrido antes.

Madre mía... La voz mental de la recepcionista, bastante escandalosa, interrumpió mis propios pensamientos. *Pero, madre mía...*

Al parecer, esta noche me tocaba a mí ser el centro de todas las miradas. ¿O acaso lo notaba más que de costumbre por lo mucho que anhelaba que Bella me viera con esos ojos? Siempre les resultábamos atractivos a nuestras presas, pero hasta entonces no me había detenido a pensar en ello demasiado. En general —a no ser que, como ocurría con gente como Shelly Cope y Jessica Stanley, hubiera una repetición constante que amortiguara el horror—, el miedo sustituía con notable rapidez a la atracción inicial.

—¿Tienen una mesa para dos? —pregunté al ver que la recepcionista no decía nada.

Uf, qué voz...

—Eh... Sí, claro. Bienvenidos a La Bella Italia. Síganme, por favor.

Estaba absorta, sus pensamientos eran calculadores.

Igual es su prima. No puede ser su hermana, no se parecen en nada. Pero son familia, sin duda. No es posible que esté con ella.

Los ojos humanos siempre estaban nublados, no veían nada con claridad. ¿Cómo podía esta mujer tan mezquina sentirse tan atraída por mis encantos físicos —una trampa para las presas— y ser incapaz de ver la sutil perfección de la chica que me acompañaba?

Bueno, tampoco tengo por qué ayudarla, no vaya a ser..., pensaba la recepcionista mientras nos llevaba a una mesa para cuatro en la parte más concurrida del restaurante. *¿Le podré dar mi número con ella delante?,* rumió.

Me saqué un billete del bolsillo de atrás. La gente siempre se mostraba muy solícita cuando había dinero de por medio.

Bella ya se estaba sentando en el asiento que le había indicado la camarera sin poner objeciones. Yo hice un gesto negativo, mirándola, y ella dudó y ladeó la cabeza con curiosidad. Sí, esta noche sin duda despertaría su curiosidad. Un sitio en el que estuviéramos rodeados de gente no era la opción idónea para tener esta conversación.

—¿Tiene, tal vez, algo más privado? —le pregunté a la recepcionista mientras le tendía el dinero. Se sobresaltó, sorprendida, pero lo cogió.

—Naturalmente.

Miró el billete mientras nos llevaba detrás de una mampara.

¿Cincuenta dólares por una mesa mejor? Encima es rico. Tiene sentido. Seguro que su chaqueta vale más que mi último sueldo. Maldita sea. ¿Por qué quiere un sitio más privado para estar con una chica así?

Nos ofreció un reservado en una esquina apartada del restaurante donde nadie nos podría ver. Nadie sería testigo de las reacciones de Bella a lo que yo le iba a contar. No tenía ni idea de qué querría de mí, ni tampoco de qué le daría yo.

¿Cuánto habría adivinado? ¿Qué explicación se habría inventado para darles sentido a los acontecimientos de la noche?

—¿Algo como esto? —preguntó la recepcionista.

—Perfecto —respondí, y, sintiéndome algo molesto por su actitud resentida hacia Bella, le dediqué una ancha sonrisa, enseñándole los dientes, para que me viera con claridad.

Guau.

—Esto... Ahora mismo los atienden.

No puede ser de verdad. Igual ella desaparece... Igual puedo escribirle mi número en el plato con salsa de tomate.

Se marchó inclinándose un poco hacia un lado. Qué raro. Seguía sin estar asustada. De repente, me acordé de cuando Emmett me había tomado el pelo hacía varias semanas. «Estoy seguro de que yo la habría asustado un poquito mejor».

¿Estaría perdiendo facultades?

—De veras, no deberías hacerle eso a la gente. —Bella interrumpió mis pensamientos con su tono de desaprobación—. Es muy poco cortés.

Miré la expresión crítica de su rostro. ¿A qué se refería? No había conseguido asustar a la recepcionista, pese a mis intenciones.

—¿Hacer qué?

—Deslumbrarla... Probablemente, ahora está en la cocina hiperventilando.

Vaya, Bella estaba casi en lo cierto. En ese momento, la recepcionista le estaba describiendo, de forma bastante incoherente, su poco ajustada imagen de mí a su amiga camarera.

—Oh, venga —me reprendió al ver que no contestaba—. Tienes que saber el efecto que produces en los demás.

—¿Los deslumbro? —Era una forma interesante de describirlo y, para esa noche en concreto, bastante acertada. Me pregunté cuál era la diferencia...

—¿No te has dado cuenta? —preguntó, todavía con gesto crítico—. ¿Crees que todo el mundo se sale con la suya con tanta facilidad?

—¿Te deslumbro a ti?

Di voz a mi curiosidad de forma impulsiva; cuando me quise dar cuenta, las palabras ya estaban ahí fuera y era demasiado tarde para retirarlas. Sin embargo, antes de que me diera tiempo a arrepentirme demasiado, respondió:

—Con frecuencia.

Y sus mejillas se tiñeron de un suave resplandor rosado.

La deslumbraba.

Mi silencioso corazón se hinchó con la esperanza más intensa que recordaba haber sentido jamás.

—Hola —dijo alguien.

Era la camarera, se estaba presentando. Sus pensamientos eran escandalosos y más explícitos que los de la recepcionista, pero desconecté. Me quedé mirando a Bella, observando cómo la sangre se extendía sobre sus pómulos, pero no me fijé en cómo aquello hacía que me ardiera la garganta, sino en cómo le iluminaba el pálido rostro, en cómo resaltaba el color cremoso de su piel.

La camarera estaba esperando a que yo le dijera algo. Ah, sí, nos había preguntado qué queríamos beber. Seguí contemplando a Bella y la mujer se volvió para mirarla a regañadientes.

—Voy a tomar una Coca-Cola —dijo Bella, como si buscara aprobación.

—Dos —la corregí.

La sed —la sed humana normal— era uno de los síntomas del estado de shock. Pensaba asegurarme de que recibiera una dosis extra de azúcar con la bebida. Sin embargo, parecía encontrarse bien. Más que bien; estaba radiante.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Debía de estarse preguntando por qué la miraba así. La camarera se había marchado, pero yo apenas me había dado cuenta.

—¿Cómo te sientes?

Parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—Estoy bien.

—¿No tienes mareos, ni frío, ni malestar...?

Se mostró todavía más confundida.

—¿Debería?

—Bueno, de hecho esperaba que entraras en estado de shock.

Esbocé una media sonrisa. Supuse que lo negaría. No querría que cuidaran de ella. Tardó un instante en responder; su mirada estaba algo desenfocada. A veces, cuando le sonreía, sus ojos respondían así. ¿La habría... deslumbrado?

Me habría encantado creerlo.

—Dudo que eso vaya a suceder. Siempre se me ha dado muy bien reprimir las cosas desagradables —respondió, casi sin aliento.

¿Quería eso decir que tenía práctica con las cosas desagradables? ¿Habría sido su vida siempre igual de peligrosa?

—Da igual, me sentiré mejor cuando hayas tomado algo de glucosa y comida.

La camarera nos trajo las Coca-Colas y un cesto de pan. Los dejó delante de mí y me preguntó qué quería comer mientras intentaba que nuestras miradas se cruzasen. Le sugerí que atendiera a Bella y volví a desconectarme de su mente. Era muy vulgar.

—Eh... —Bella echó un vistazo al menú—. Tomaré los raviolis de setas.

La camarera se volvió hacia mí, ilusionada.

—¿Y usted?

—Nada para mí.

Bella hizo una mueca. Mmm... Debía de haberse percatado de que no comía nunca. Se percataba de todo. Siempre me olvidaba de ser cuidadoso cuando estaba con ella. Esperé hasta que volvimos a quedarnos a solas.

—Bebe —insistí.

Me sorprendió que me obedeciera de inmediato y sin protestar. Bebió hasta terminarse todo el vaso, así que le acerqué el otro con un empujoncito, frunciendo un poco el ceño. ¿Tenía sed o estaba en estado de shock?

Bebió un poco más y se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Es solo la Coca-Cola —contestó, pero se estremeció de nuevo. Le temblaban los labios, como si estuviesen a punto de castañetearle los dientes.

La bonita blusa que llevaba puesta parecía demasiado fina como para abrigoarla como era debido. Se le pegaba como una segunda piel, casi tan frágil como la primera.

—¿No tienes una cazadora?

—Sí. —Miró a su alrededor, algo perpleja—. Vaya, me la he dejado en el coche de Jessica.

Me quité la mía, con la esperanza de que mi temperatura corporal no estropeará el gesto. Me habría gustado poder ofrecerle un abrigo cálido. Me miró a los ojos y se volvió a sonrojar. ¿Qué estaría pensando? Le tendí la chaqueta y se la puso al instante, aunque se volvió a estremecer.

Sí, me habría gustado ser cálido.

—Gracias —dijo.

Respiró hondo y se recogió las mangas para que no le tapara las manos. Volvió a respirar profundamente. ¿Habría empezado a comprender lo que le había sucedido? Seguía teniendo buen color. Su piel era como nata y rosas en contraste con el azul oscuro de su camisa.

—Tu piel tiene un aspecto encantador con ese color azul —la halagué. Solo estaba siendo sincero.

Tenía buen aspecto, pero arriesgarse no tenía ningún sentido. Le acerqué el cestito de pan.

—No voy a entrar en estado de shock, de verdad —protestó al adivinar lo que pretendía.

—Pues deberías, una persona normal lo haría, y tú ni siquiera pareces alterada. —La miré con desaprobación y me pregunté por qué no podía ser normal y, después, me pregunté si de verdad quería que lo fuese.

—Me siento segura contigo —explicó, con los ojos nuevamente colmados de confianza. Una confianza que no me merecía.

Sus instintos funcionaban mal, al revés. Ese debía de ser el problema. No reconocía el peligro como se suponía que hacían los seres humanos normales. Tenía la reacción opuesta: en lugar de huir, se quedaba, atraída por aquello que debería aterrarla.

¿Cómo iba a protegerla de mí mismo si ninguno de los dos lo deseaba?

—Esto es más complicado de lo que pensaba —murmuré.

Me di cuenta de que ella le daba vueltas a lo que yo había dicho y me pregunté cómo lo interpretaría. Cogió un palito de pan y empezó a comérselo; no parecía ser consciente de lo que hacía. Masticó yladeó la cabeza, pensativa.

—Normalmente estás de mejor humor cuando tus ojos están claros —dijo de forma despreocupada.

La observación, expresada de forma tan natural, me dejó impactado.

—¿Qué?

—Estás de mal humor cuando tienes los ojos negros. Entonces, me lo veo venir. Tengo una teoría al respecto —añadió en tono desenfadado.

Así que se había buscado su propia explicación. Por supuesto. Sentí un profundo terror al preguntarme cuánto se habría acercado a la verdad.

—¿Más teorías?

—Ajá.

Volvió a morder el palito con un aire totalmente indiferente, como si no estuviese discutiendo los distintos aspectos de un demonio con el demonio en cuestión.

—Espero que esta vez seas más creativa —mentí al ver que no seguía hablando. Lo que de verdad esperaba era que se equivocase, que estuviese a kilómetros de la verdad—. ¿O sigues tomando ideas de los tebeos?

—Bueno, no. No la he sacado de ningún tebeo —reconoció, algo avergonzada—. Pero tampoco me la he inventado.

—¿Y? —pregunté entre dientes.

Seguro que no hablaría con tanta entereza si estuviese a punto de chillar.

Mientras ella dudaba y se mordisqueaba el labio, apareció la camarera con su comida. Dejó el plato sobre la mesa y me preguntó si quería algo, pero yo no le estaba prestando demasiada atención. Le dije que no, pero le pedí más Coca-Cola, ya que ella no se había dado cuenta de que los vasos estaban vacíos.

—¿Qué decías? —insistí, ansioso, en cuanto volvimos a quedarnos solos.

—Te lo diré en el coche —respondió en voz baja. Ah, aquello no pintaba bien. No quería hablar de sus suposiciones delante de la gente—. Si... —añadió de repente.

—¿Hay condiciones? —Estaba tan tenso que casi rugí las palabras.

—Tengo unas cuantas preguntas, por supuesto.

—Por supuesto —repetí con aspereza.

Seguramente, sus preguntas me bastarían para saber por dónde iban sus pensamientos. Pero ¿cómo las contestaría? ¿Con mentiras responsables? ¿La apartaría de mí confesándole la verdad? ¿O sería incapaz de decidirme y no le diría nada?

Nos quedamos sentados en silencio mientras la camarera le rellenaba el refresco.

—Bueno, adelante —le dije con la mandíbula apretada, cuando la mujer se hubo retirado.

—¿Por qué estás en Port Angeles?

Era una pregunta demasiado fácil... Para ella. No revelaba nada; pero mi respuesta, si era sincera, le daría demasiada información. Prefería que fuese ella quien revelase algo en primer lugar.

—Siguiente pregunta.

—Pero esa es la más fácil.

—La siguiente.

Mi negativa la exasperó. Apartó la vista y miró al plato. Despacio, devanándose los sesos, se llevó un ravioli a la boca y masticó con decisión.

De repente, mientras ella comía, se me vino una extraña comparación a la cabeza. Vi a Perséfone con la granada en la mano, descendiendo al

inframundo.

¿Ese era yo? ¿Era el mismísimo Hades, que codiciaba la primavera y la robó, condenándola a la noche eterna? Intenté apartar el pensamiento, sin éxito. Ella dio un sorbo de Coca-Cola para ayudarse a tragar y por fin me miró. Tenía los ojos entornados con aire suspicaz.

—En tal caso, de acuerdo. Supongamos que, hipotéticamente, alguien es capaz de... saber qué piensa la gente, de leer sus mentes, ya sabes, salvo unas cuantas excepciones.

Podría ser peor.

Eso explicaba esa media sonrisa que había esbozado en el coche. Era lista, ninguna otra persona lo había adivinado, excepto Carlisle, y al principio había sido algo muy evidente. Yo respondía a sus pensamientos como si los hubiese pronunciado en voz alta. Él comprendió lo que pasaba antes que yo.

Esta pregunta no era tan difícil. Estaba claro que sabía que había algo raro en mí, pero no era tan grave como podría haber sido. Leer la mente, al fin y al cabo, no era un aspecto canónico del vampiro. Le seguí la corriente.

—Solo una excepción —la corregí—. Hipotéticamente.

Reprimió una sonrisa; mi vaga sinceridad la complacía.

—De acuerdo entonces, una sola excepción. ¿Cómo funciona? ¿Qué limitaciones tiene? ¿Cómo podría... ese alguien... encontrar a otra persona en el momento adecuado? ¿Cómo sabría que ella está en un apuro?

—¿Hipotéticamente?

—Claro. —Apretó los labios y me miró expectante con esos límpidos ojos marrones.

—Bueno... —vacilé—. Si... ese alguien...

—Supongamos que se llama Joe —sugirió.

Su entusiasmo me hizo sonreír. ¿Realmente pensaba que la verdad sería algo bueno? Si mis secretos fuesen agradables, ¿qué razón tendría yo para ocultárselos?

—En ese caso, Joe. Si Joe hubiese estado atento, la sincronización no tendría por qué haber sido tan exacta. —Negué con la cabeza y reprimí un escalofrío al pensar en lo cerca que había estado de llegar demasiado tarde—. Solo tú podrías meterte en líos en un sitio tan pequeño. Destrozarías las estadísticas de delincuencia para una década, ya sabes.

Curvó los labios hacia abajo e hizo un mohín.

—Estamos hablando de un caso hipotético.

Me eché a reír al ver que se había molestado.

Esos labios, esa piel... parecían tan suaves... Quise comprobar si eran tan aterciopelados como parecían. Imposible. Mi tacto le resultaría repulsivo.

—Sí, cierto. —Volví a la conversación antes de deprimirme profundamente—. ¿Qué tal si te llamamos Jane?

Se inclinó hacia mí por encima de la mesa, con la expresión desprovista de humor e irritación.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó en voz baja e intensa.

¿Debía contarle la verdad? Y, en ese caso, ¿cuánto debía contarle?

Quería confesárselo. Quería merecer la confianza que todavía reflejaba su rostro. Y, como si pudiera oír mis pensamientos, susurró:

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes.

Alargó una mano, como si quisiera tocar las mías, que descansaban sobre mi lado de la mesa. Las aparté; odiaba la idea de tener que presenciar su reacción al tocar mi piel frígida y pétrea. Ella dejó caer la mano.

Sabía que podía confiar en ella, que guardaría mis secretos. Era pura honestidad, poseía un corazón bondadoso. Sin embargo, no confiaba en que esos secretos no la fueran a horrorizar. Deberían hacerlo. La verdad era un auténtico horror.

—No sé si tengo otra alternativa —murmuré. Recordé que una vez le había tomado el pelo, llamándola «excepcionalmente despistada». La había ofendido, si no me había equivocado al interpretar su expresión. Bueno, al menos podía enmendar esa injusticia—. Me equivoqué. Eres mucho más observadora de lo que pensaba.

Y, aunque quizá no se diese cuenta, ya pensaba muy bien de ella.

—Creí que siempre tenías razón —bromeó, sonriente.

—Así era.

Antes sabía lo que hacía. Siempre estaba seguro de cuál era el camino a seguir. Ahora, en cambio, todo era caótico y tumultuoso..., pero no lo habría cambiado por nada. No si ese caos significaba que podía estar cerca de Bella.

—Hay otra cosa en la que también que equivoqué contigo —proseguí, para dejar clara la segunda cuestión—. No eres un imán para los accidentes... Esa no es una clasificación lo suficientemente extensa. Eres un imán para los problemas. Si hay algo peligroso en un radio de quince kilómetros, inexorablemente te encontrará.

¿Por qué ella? ¿Qué había hecho ella para merecer esto? Su semblante se tornó serio de nuevo.

—¿Te incluyes en esa categoría?

La sinceridad de mi respuesta respecto a esta pregunta era mucho más importante que respecto a ninguna otra.

—Sin ninguna duda.

Entornó ligeramente los ojos, no con suspicacia, sino, por extraño que pudiera parecer, con preocupación. Sus labios se curvaron en esa sonrisa tan particular que solo le había visto exhibir cuando se hallaba ante el dolor de otra persona. Volvió a alargar la mano sobre la mesa, despacio y con determinación. Yo aparté un poco las mías, pero hizo caso omiso de mi gesto; estaba decidida a tocarme. Contuve el aliento, no por su aroma, sino por la tensión abrumadora y repentina que me inundaba. Por miedo. Mi piel le repugnaría, saldría corriendo.

Rozó el dorso de mi mano suavemente con las puntas de los dedos. El calor de su tacto gentil y dispuesto no era comparable a nada que hubiera sentido nunca. Era casi puro placer; lo habría sido de no ser por el miedo. Contemplé su rostro mientras sentía el pétreo hielo de mi piel; aún no me veía capaz de respirar.

Su sonrisa de preocupación mutó a algo más cálido y poderoso.

—Gracias —me dijo, y su intensa mirada se clavó en la mía—. Es la segunda vez.

Sus suaves dedos seguían sobre mi piel, como si les resultara placentera. Le respondí de la forma más casual de la que fui capaz.

—No dejarás que haya una tercera, ¿de acuerdo?

Frunció el ceño con suavidad, pero asintió. Aparté las manos, que seguían debajo de la suya. Por exquisito que fuese su tacto, no estaba dispuesto a esperar a que la magia de su tolerancia se desvaneciera, a que apareciera la repulsión. Oculté las manos bajo la mesa.

Estudié su mirada; pese a que su mente estaba siempre en silencio, en sus ojos percibía asombro y confianza. En ese preciso instante, me di cuenta de que quería responder a sus preguntas. Lo deseaba, y no solo porque se lo debiera, no porque quisiera que confiase en mí.

Quería que me conociera.

—Te he seguido a Port Angeles —confesé; las palabras brotaron con tanta rapidez que no tuve tiempo de medirlas. Conocía los peligros que encerraba la verdad, sabía el riesgo que corría. Esa calma antinatural de la que ella hacía gala se haría añicos de un momento a otro y daría lugar a la histeria. Sin embargo, ser consciente de eso solo me hizo hablar con más premura—. Nunca antes había intentado mantener con vida a alguien en concreto y es

mucho más problemático de lo que creía, pero eso tal vez se deba a que se trata de ti. La gente normal parece capaz de pasar el día sin tantas catástrofes.

La observé expectante.

Volvió a sonreír. Su mirada oscura y cristalina parecía más profunda que nunca.

Acababa de admitir que la había estado siguiendo y su reacción era... sonreír.

—¿Crees que me había llegado la hora la primera vez, cuando ocurrió lo de la furgoneta, y que has interferido en el destino?

—Esa no fue la primera vez —respondí. Bajé la vista al mantel granate, con los hombros hundidos, avergonzado. Había derrumbado todas las barreras y la verdad seguía fluyendo libre y desenfrenada—. La primera fue cuando te conocí.

Era cierto, y me enfurecía. Yo sobrevolaba su vida como la hoja de una guillotina, como si siguiera los designios del destino, tal y como ella había dicho. Como si ese destino cruel e injusto la hubiese marcado para la muerte y, al haberme negado yo a cumplir mi cometido, no cesara en su empeño de ejecutarla. Imaginé al destino personificado, una vieja bruja celosa y espeluznante, una harpía vengativa.

Quería que algo, alguien, asumiese su responsabilidad sobre aquello para tener algo concreto contra lo que luchar. Algo que destruir, cualquier cosa, para que Bella estuviese a salvo.

Se había quedado muy callada y se le había acelerado la respiración. Levanté la vista para mirarla, consciente de que por fin vería en su rostro el terror que había estado esperando. ¿Acaso no acababa de admitir que había estado a punto de matarla? Había estado más cerca de acabar con ella que la furgoneta que no le había arrancado la vida por apenas unos centímetros y, sin embargo, su semblante seguía sereno, su mirada tensa, pero solo de preocupación.

—¿Lo recuerdas? —pregunté.

—Sí —respondió con voz grave y firme. La profundidad de sus ojos indicaba que lo había comprendido.

Lo sabía. Sabía que había deseado matarla. ¿Dónde estaban los gritos?

—Y aun así estás aquí sentada —dije, señalando la inherente contradicción.

—Sí, estoy aquí... gracias a ti. —Su expresión mutó, se tornó curiosa, mientras cambiaba de tema de forma sutil—. Porque de alguna manera has sabido encontrarme hoy.

Desesperanzado, empujé una vez más la barrera que protegía sus pensamientos, desesperado por comprender. No tenía ninguna lógica. ¿Cómo podía darle importancia a todo aquello cuando esa terrible verdad estaba sobre la mesa?

Esperó, con curiosidad y nada más. Tenía la piel pálida, lo que era normal en ella, pero me preocupaba de todos modos. Su plato de comida seguía casi intacto. Si yo seguía hablando demasiado, cuando entrase en estado de shock no habría forma de devolverla a la normalidad.

Le expuse mis condiciones.

—Tú comes y yo hablo.

Se lo pensó medio segundo y luego se llevó un bocado a los labios a una velocidad que se contradecía con su serenidad. Estaba más ansiosa por mi respuesta de lo que revelaban sus ojos.

—Seguirte el rastro es más difícil de lo habitual —confesé—. Normalmente puedo hallar a alguien con suma facilidad siempre que haya «oído» su mente antes.

Mientras confesaba, observé su rostro con atención. Suponer algo era una cosa, que te lo confirmaran era otra muy distinta. Se quedó inmóvil, con la mirada inexpresiva. Apreté los dientes mientras esperaba a que se dejara llevar por el pánico.

Pero parpadeó, tragó con fuerza y se metió otro ravioli en la boca. Estaba deseando que continuase.

—Vigilaba a Jessica sin mucha atención —proseguí, mientras evaluaba el efecto que tenía cada palabra que pronunciaba—. Como te he dicho, solo tú puedes meterte en líos en Port Angeles. —No me pude resistir a añadir aquello. ¿Era consciente de que el resto de vidas humanas no estaban tan plagadas de experiencias cercanas a la muerte, o pensaba que las cosas que le pasaban eran normales?—. Al principio no me he percatado de que te habías ido por tu cuenta y luego, cuando he comprendido que ya no estabas con ellas, he ido a buscarte a la librería que he vislumbrado en la mente de Jessica. He percibido que no habías llegado a entrar y que te habías dirigido al sur. Sabía que tendrías que dar la vuelta pronto, por lo que me he limitado a esperarte, investigando al azar en los pensamientos de los viandantes para saber si alguno se había fijado en ti, y saber de ese modo dónde estabas. No tenía razones para preocuparme, pero estaba extrañamente ansioso...

Se me aceleró la respiración al recordar esa sensación de pánico. Su aroma me ardía en la garganta y me alegré de ello. Ese dolor significaba que estaba viva.

Mientras yo conviviera con las llamas, ella estaría a salvo.

—He comenzado a conducir en círculos, seguía alerta. —Esperé que la palabra tuviera sentido para ella; todo aquello debía de resultarle confuso—. El sol se ha puesto al fin y estaba a punto de salir y seguirte a pie cuando...

El recuerdo se adueñó de mí, tan nítido y vívido como si me hubiese trasladado hasta ese momento, y sentí que la misma furia asesina se me extendía por todo el cuerpo, convirtiéndolo en hielo.

Lo quería muerto. Debería estar muerto. Apreté la mandíbula con fuerza mientras me concentraba en contenerme, en quedarme allí, sentado a la mesa. Bella todavía me necesitaba. Eso era lo único que importaba.

—¿Qué ha pasado entonces? —susurró con los ojos muy abiertos.

—He oído lo que pensaban —confesé entre dientes, incapaz de evitar que esas palabras se convirtieran en un gruñido—. Y he visto tu rostro en sus mentes.

Aún sabía exactamente dónde encontrarlo. Sus negros pensamientos impregnaban el cielo nocturno y me atraían hacia él. Me cubrí la cara, consciente de que exhibía la expresión de un cazador, de un asesino. Fijé la imagen de Bella tras mis párpados cerrados para controlarme. Vislumbré la delicada complexión de sus huesos, la fina capa de su pálida piel, como seda estirada sobre vidrio, increíblemente suave y quebradiza. Era demasiado vulnerable para este mundo. Necesitaba un protector, lo necesitaba imperiosamente y, debido a un retorcido error del destino, yo era lo más parecido a eso.

Intenté explicarle el porqué de mi violenta reacción.

—Ha sido duro, no sabes cuánto, dejarlos... vivos —susurré—. Te podría haber dejado ir con Jessica y Angela, pero temía que, si me quedaba solo, iría a por ellos.

Por segunda vez aquella noche, confesé mi intención de cometer un asesinato. Al menos este sí estaba justificado.

Mientras yo me esforzaba por recuperar el control, ella seguía en silencio. Escuché los latidos de su corazón. El ritmo era irregular, pero se fue acompasando a medida que pasaba el tiempo, hasta estabilizarse. Su respiración también era lenta y pausada.

Estaba al borde de un precipicio. Tenía que llevarla a casa antes de...

¿Lo mataría, entonces? ¿Volvería a convertirme en un asesino ahora que ella confiaba en mí? ¿Había alguna forma de contenerme?

Me había prometido que me contaría su última teoría cuando estuviéramos a solas. ¿Quería escucharla? Estaba ansioso por conocerla, pero

¿sería peor satisfacer mi curiosidad que permanecer en la ignorancia?

En cualquier caso, ella ya debía de haber tenido suficientes verdades por una noche.

La miré de nuevo. Estaba más pálida que antes, pero serena.

—¿Estás lista para ir a casa? —pregunté.

—Lo estoy para salir de aquí —respondió tras elegir con cuidado sus palabras, como si un simple «sí» no acabara de expresar lo que quería decir.

Qué frustrante.

La camarera volvió. Había oído las últimas palabras de Bella, ya que había estado rumiando detrás de la mampara, pensando qué más podía ofrecerme. Con algunas de sus ocurrencias me habían entrado ganas de poner los ojos en blanco.

—¿Qué tal todo? —me preguntó.

—Dispuestos para pagar la cuenta, gracias —le dije sin apartar la vista de Bella.

Su respiración se aceleró, pues mi voz la había —en palabras de Bella— «deslumbrado» momentáneamente.

En un repentino momento de lucidez, al oír la forma en que mi voz resonaba en la mente de aquella insignificante humana, comprendí por qué esa noche parecía causar tanta admiración, libre de los estragos del miedo que despertaba habitualmente en los de su especie.

La razón era Bella. Al esforzarme tanto por no ser un peligro para ella, por ser menos terrorífico y, en resumidas cuentas, más humano, había perdido mi toque. Con mi horror innato bajo control, los demás humanos solo veían belleza.

Miré a la camarera y esperé a que recuperase la compostura. Ahora que había comprendido la razón, me parecía casi gracioso.

—Claro. Aquí la tiene. —Me tendió la carpetita con la cuenta, pensando en la tarjeta que había dejado dentro. Una tarjeta en la que había escrito su nombre y su número de teléfono.

Sí, era bastante gracioso.

Yo ya tenía el dinero preparado, así que le devolví la carpetita de inmediato para que no malgastase su tiempo esperando una llamada que no llegaría jamás.

—Quédese con el cambio —le dije, con la esperanza de que la generosa propina mitigase su decepción.

Me puse en pie y Bella enseguida me imitó. Quise ofrecerle mi mano, pero consideré que tal vez sería tentar demasiado mi suerte. Le di las gracias a

la camarera sin dejar de mirar a Bella ni un instante. A juzgar por la expresión de Bella, algo de todo aquello le había hecho gracia también a ella.

Caminé todo lo cerca de ella que me permitía mi atrevimiento, lo suficiente como para que el calor que emanaba de su cuerpo fuese como una caricia en la parte izquierda del mío. Suspiró con suavidad cuando le abrí la puerta para que pasara y me pregunté cuál sería la pena que le pesaba. La miré a los ojos, a punto de preguntárselo, pero entonces ella bajó la vista, aparentemente avergonzada. Aquello no hizo más que alimentar mi curiosidad, aunque también me volvió más reticente a preguntárselo. El silencio se alargó mientras le abría la puerta y ambos subíamos al coche.

Encendí la calefacción; las altas temperaturas habían bajado de forma abrupta y el frío del coche debía de ser incómodo para ella. Se acurrucó bajo mi chaqueta con una tímida sonrisa en los labios.

Esperé, pospuse la conversación hasta que las luces del paseo marítimo se apagaron en la distancia. Me sentía todavía más a solas con ella.

¿Estaba haciendo lo correcto? El coche parecía muy pequeño. Su aroma se arremolinaba a mi alrededor con la corriente de la calefacción, crecía y se fortalecía; fue ganando peso hasta convertirse en una tercera entidad en el interior del vehículo, una presencia que exigía ser identificada.

Y así era; yo ardía, pero, sin embargo, ese fuego era aceptable. Por extraño que pudiera parecer, se me antojaba adecuado. Esa noche se me había dado mucho, más de lo que esperaba. Y ella seguía aquí, a mi lado, por voluntad propia. Le debía algo a cambio. Un sacrificio. Una ofrenda de fuego.

Ojalá pudiera limitarse a eso..., a esas llamas en la garganta y nada más. Pero el veneno me llenaba la boca, los músculos se me tensaban, expectantes, como si estuviese de caza.

Tenía que mantener esos pensamientos alejados de mi mente y sabía bien qué me distraería.

—Ahora... —le dije, y el temor a su respuesta mitigó ese ardor—. Te toca a ti.

10. La teoría

—¿Puedo hacerte solo una pregunta más? —me rogó en lugar de responder a mi demanda.

Yo tenía los nervios crispados, me temía lo peor. Y, sin embargo, qué tentador era prolongar ese momento, tenerla conmigo, dispuesta a estar a mi lado, aunque fuese solo durante unos segundos más. Suspiré ante el dilema y luego respondí:

—Una.

—Bueno... —vaciló unos instantes, como si estuviese decidiendo qué pregunta elegir—. Has dicho que sabías que no había entrado en la librería y que me había dirigido hacia el sur. Solo me preguntaba cómo lo sabías.

Miré por el parabrisas. Otra pregunta que no revelaba nada por su parte y demasiado por la mía.

—Pensaba que habíamos pasado la etapa de las evasivas —insistió con un tono crítico y contrariado.

Qué ironía... Ella se mostraba implacablemente evasiva y ni siquiera era su intención. En fin, ella quería que fuese directo y, fuera como fuese, esta conversación no iba a terminar bien.

—De acuerdo —me rendí—. He seguido tu olor.

Quise observar su reacción, pero me daba miedo lo que podía encontrarme. Me limité a escuchar su respiración, que se aceleró y luego se estabilizó. Volvió a hablar al cabo de un instante, con una voz más firme de lo que me esperaba.

—Aún no has respondido a la primera de mis preguntas —dijo.

La miré con el ceño fruncido. Ella también estaba intentando ganar tiempo.

—¿Cuál?

—¿Cómo funciona lo de leer mentes? —preguntó, reiterando lo que me había planteado en el restaurante—. ¿Puedes leer la mente de cualquiera en

cualquier parte? ¿Cómo lo haces? ¿Puede hacerlo el resto de tu familia...? — se interrumpió y se sonrojó de nuevo.

—Has hecho más de una pregunta —protesté.

Ella se limitó a mirarme, esperando mi respuesta.

Y ¿por qué no dársela? Ya había adivinado mucho al respecto y era un asunto mucho menos peliagudo que el otro que se cernía sobre nosotros.

—Solo yo tengo esa facultad, y no puedo oír a cualquiera en cualquier parte. Debo estar bastante cerca. Cuanto más familiar me resulta esa «voz», más lejos soy capaz de oírla, pero aun así no más de unos pocos kilómetros. —Intenté dar con una forma de describirlo para que lo entendiera, una analogía que pudiera interpretar—. Se parece un poco a un enorme *hall* repleto de personas que hablan todas a la vez. Solo es un zumbido, un bisbiseo de voces al fondo, hasta que localizo una voz, y entonces está claro lo que piensan... La mayor parte del tiempo no los escucho, ya que puede llegar a distraer demasiado. —Fruncí el ceño—. Y así es más fácil parecer normal, y no responder a los pensamientos de alguien antes de que los haya expresado con palabras.

—¿Por qué crees que a mí no puedes «oírme»?

Respondí con otra verdad y otra analogía.

—No lo sé —admití—. Mi única suposición es que tal vez tu mente funcione de forma diferente a la de los demás. Es como si tus pensamientos fluyeran en onda media y yo solo captase los de frecuencia modulada.

En cuanto pronuncié las palabras, me di cuenta de que esa analogía no le iba a gustar; sonreí al anticiparme a su reacción. No me decepcionó:

—¿Mi mente no funciona bien? —preguntó, alzando la voz—. ¿Soy un bicho raro?

Ah, otra ironía.

—Yo oigo voces en la cabeza y es a ti a quien le preocupa ser un bicho raro...

Me eché a reír. Bella era capaz de comprender todos los pequeños detalles, pero lo esencial lo entendía al revés. Sus instintos siempre funcionaban a la contra.

Se estaba mordiendo el labio y ya le había aparecido esa arruga en el entrecejo, esta vez profunda.

—No te inquietes —la tranquilicé—. Es solo una teoría... —Y todavía nos quedaba una teoría más importante que discutir. Estaba ansioso porque llegara el momento. A cada segundo que pasaba, más sentía que estaba disfrutando de un tiempo robado—. Y eso nos trae de vuelta a ti.

Suspiró; seguía mordiéndose el labio. Lo hacía todo el tiempo, me preocupaba que se hiciera daño. Me miró a los ojos con una expresión atribulada.

—Pensaba que habíamos pasado la etapa de las evasivas —dije en voz baja.

Bajó la vista; estaba batallando contra un dilema interno. De pronto, se puso rígida y abrió los ojos de par en par. El terror se reflejó en su rostro por primera vez.

—¡Dios santo! —gritó.

Me asusté. ¿Qué había visto? ¿En qué momento la había asustado? Y entonces volvió a gritar:

—¡Ve más despacio!

—¿Qué pasa? —No entendía qué la había aterrorizado tanto.

—¡Vas a ciento sesenta! —chilló.

Miró por la ventanilla y retrocedió al ver los oscuros árboles que pasaban por nuestro lado con una celeridad vertiginosa. ¿Una nimiedad como esta, un poco de velocidad, la hacía chillar de terror? Puse los ojos en blanco.

—Tranquilízate, Bella.

—¿Pretendes que nos matemos? —preguntó con una voz aguda y crispada.

—No vamos a chocar —le prometí.

Cogió aire con fuerza y luego, en un tono un poco más sosegado, preguntó:

—¿Por qué vamos tan deprisa?

—Siempre conduzco así.

La miré a los ojos, divertido ante su expresión conmovida.

—¡No apartes la vista de la carretera!

—Nunca he tenido un accidente, Bella. Ni siquiera me han puesto una multa. —Le sonreí y me toqué la frente. Aquello hacía que la situación fuese todavía más cómica: era absurdo poder bromear con ella sobre algo tan extraño y tan secreto—. Llevo un detector de radares incorporado.

—Muy divertido —me espetó con sarcasmo, aunque en su voz había más miedo que ira—. Charlie es policía, ¿recuerdas? He crecido respetando las leyes de tráfico. Además, si nos la pegamos contra el tronco de un árbol y nos convertimos en una galleta de Volvo, seguro que tú te puedes levantar y marcharte tranquilamente.

—Probablemente —repetí, y me reí con amargura. Sí, en un accidente de tráfico correríamos suertes muy distintas. Tenía razones para estar asustada, a

pesar de mis habilidades al volante—. Pero tú no. —Suspiré y disminuí a una velocidad de tortuga—. ¿Satisfecha?

Eché un vistazo al velocímetro.

—Casi.

¿Seguía yendo demasiado rápido para ella?

—Odio conducir despacio —mascullé, pero reduje la velocidad un poco más.

—¿A esto lo llamas despacio? —inquirió.

—Basta de criticar mi conducción —dije con impaciencia. ¿Cuántas veces había evitado responder a mi pregunta? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Tan horribles eran sus conjeturas? Necesitaba saberlo. De inmediato—. Todavía estoy esperando a que me cuentes tu última teoría.

Se volvió a morder el labio y adoptó una expresión de disgusto, casi de dolor. Contuve la impaciencia y suavicé el tono de voz; no quería angustiarla.

—No me voy a reír —le prometí, con la esperanza de que fuese solo la vergüenza lo que la empujaba a callar.

—Temo más que te enfades conmigo —susurró.

—¿Tan malo es? —pregunté, esforzándome para que no me temblara la voz.

—Bastante, sí.

Bajó la vista, reacia a mirarme a los ojos. Los segundos iban pasando.

—Adelante —la apremié.

—No sé cómo empezar... —confesó con una vocecilla.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —Recordé lo que había comentado antes de cenar—. Has dicho que no era de tu invención.

—No —respondió, y volvió a quedarse en silencio.

Pensé en cosas que podrían haber inspirado sus suposiciones.

—¿Cómo empezaste? ¿Con un libro? ¿Con una película?

Tendría que haber echado un vistazo a su colección mientras ella estaba fuera de casa. Si había ejemplares de Bram Stoker o Anne Rice entre su arsenal de ajados libros de bolsillo, yo no tenía ni idea.

—No —repitió—. Fue el sábado, en la playa.

Eso no me lo esperaba. Las habladurías respecto a nosotros nunca habían ido por derroteros demasiado extraños... ni demasiado precisos. ¿Corría en el pueblo un rumor nuevo del que yo no estaba enterado? Bella levantó la vista de sus manos y vio mi expresión de sorpresa.

—Me encontré con un viejo amigo de la familia... Jacob Black. —Luego añadió—: Su padre y Charlie han sido amigos desde que yo era niña.

Jacob Black... No conocía ese nombre y, sin embargo, me recordaba a algo... A otro tiempo, muy muy lejano... Miré por el parabrisas mientras buscaba entre mis recuerdos, intentando dar con la conexión.

—Su padre es uno de los ancianos de los quileutes —dijo.

Jacob Black. ¡Ephraim Black! Era uno de sus descendientes, no me cabía la menor duda.

Las cosas no podían ir peor.

Bella sabía la verdad.

Mi mente recorría a toda prisa todas las posibles ramificaciones mientras el coche volaba por las oscuras curvas de la carretera; tenía el cuerpo rígido de angustia, inmóvil, excepto por los movimientos leves y automáticos que requería la conducción.

Sabía la verdad.

Pero... si lo había descubierto el sábado... Esta noche ya lo sabía, y aun así...

—Fuimos a dar un paseo... —continuó—, y él me estuvo contando viejas leyendas para asustarme. Me contó una...

Se detuvo de golpe, pero ya no había necesidad de apelar a los escrúpulos. Yo ya sabía lo que iba a decir. El único misterio que quedaba por resolver era por qué estaba allí conmigo.

—Continúa —la apremié.

—... sobre vampiros —musitó con un hilo de voz, apenas un susurro.

De algún modo, oírla pronunciar la palabra fue aún peor que confirmar que lo sabía. Me estremecí al escucharla, pero enseguida me controlé de nuevo.

—¿E inmediatamente te acordaste de mí? —quise saber.

—No. Jacob mencionó a tu familia.

¿No era irónico que fuese un descendiente del mismísimo Ephraim el que hubiera violado el tratado que él había jurado respetar? Un nieto suyo, o bisnieto. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Setenta?

Debería haberme dado cuenta de que el peligro no estaba en los ancianos que creían en las leyendas. Estaba, por supuesto, en la generación más joven, en aquellos que habían sido advertidos pero que consideraban las viejas supersticiones como algo risible. Era ahí donde residía el peligro de quedar expuestos.

Supuse que eso significaba que ahora podía masacrar a esa pequeña e indefensa tribu de la costa, si así lo deseaba. Ephraim y su manada de protectores llevaban mucho tiempo muertos.

—Solo creía que era una superstición estúpida —dijo Bella de repente, con la voz teñida de una ansiedad distinta, casi como si pudiera leerme la mente—. No esperaba que yo me creyera ni una palabra. —Por el rabillo del ojo, vi que se retorció las manos, inquieta—. Fue culpa mía —añadió al cabo de unos segundos, y luego agachó la cabeza, como si estuviese avergonzada—. Lo obligué a contármelo.

—¿Por qué? —Ya no me costaba hablar con voz firme. Lo peor ya había pasado. Mientras discutiésemos los detalles de la revelación, no tendríamos que hablar de las consecuencias de la misma.

—Lauren dijo algo sobre ti... Intentaba provocarme. —Hizo una mueca al recordarlo. Me distraje momentáneamente: quería saber por qué el hecho de que alguien hablase sobre mí podría ser una provocación para Bella—. Y un chico mayor de la tribu mencionó que tu familia no acudía a la reserva, solo que sonó como si aquello tuviera un significado especial, por lo que me llevé a Jacob a solas y lo engañé para que me lo contara.

Agachó aún más la cabeza al admitirlo, con una expresión que parecía... culpable. Aparté la vista y solté una carcajada, un sonido ronco. ¿Se sentía culpable? ¿Ella? Pero ¿qué podría haber hecho que mereciera reprimenda alguna?

—¿Cómo lo engañaste? —quise saber.

—Intenté flirtear un poco... Funcionó mejor de lo que había pensado —explicó, y su voz se tornó incrédula al recordar el suceso.

Teniendo en cuenta lo atractiva que parecía resultarles a los ejemplares masculinos de cualquier especie —aunque ella no fuese en absoluto consciente de ello—, era capaz de imaginarme lo abrumadora que podía llegar a ser cuando realmente intentaba ser atractiva. De repente, sentí compasión por el pobre chaval sobre el que se había desatado de repente semejante poder de seducción.

—Me gustaría haberlo visto —dije, y me eché a reír otra vez, dejándome llevar por mi humor negro. Ojalá hubiese visto la reacción del chico, ojalá hubiese sido testigo de su desolación—. Y tú me acusas de confundir a la gente... ¡Pobre Jacob Black!

No estaba tan enfadado con el responsable de haberme delatado como cabría esperar. ¿Qué sabía él? Y ¿cómo iba a pretender que nadie le negase algo a esta chica? No, solo sentía empatía por los estragos que Bella debía de haber causado en la quietud de su espíritu.

Noté cómo su rubor caldeaba el aire que había entre los dos. Le eché un vistazo; ella miraba por la ventanilla, de nuevo en silencio.

—¿Qué hiciste entonces? —insistí. Era hora de volver a la historia de terror.

—Busqué en internet.

Siempre tan práctica.

—¿Y eso te convenció?

—No. Nada encajaba. La mayoría eran tonterías, y entonces...

Se interrumpió de nuevo. Oí que apretaba los dientes.

—¿Qué? —la apremié. ¿Qué había encontrado? ¿Qué le había dado sentido a la pesadilla?

Hizo una corta pausa y entonces susurró:

—Decidí que no importaba.

El impacto congeló mis pensamientos durante medio segundo; de repente, todas las piezas encajaron. Por qué había dejado que sus amigas se fuesen en lugar de escaparse con ellas; por qué se había metido conmigo en el coche en vez de salir corriendo, llamando a gritos a la policía...

Sus reacciones siempre eran erróneas, total y absolutamente equivocadas. Atraía el peligro hacia sí. Lo invocaba.

—¿Que no importaba?! —repetí entre dientes, rebosante de ira. ¿Cómo iba a proteger a una chica tan... tan... tan empeñada en estar desprotegida?

—No —respondió en voz baja, con un tono inexplicablemente tierno—. No me importa lo que seas.

Era un caso perdido.

—¿No te importa que sea un monstruo? ¿Que no sea humano?

—No.

Empecé a recelar de su salud mental. Suponía que podía encargarme de que recibiera el mejor tratamiento posible... Carlisle tendría contactos para hallar a los mejores médicos, a los terapeutas más renombrados. Tal vez se pudiera hacer algo para arreglar lo que le pasaba, lo que fuera que hacía que estuviese sentada al lado de un vampiro tan alegremente, con el corazón latiéndole de forma tranquila y acompasada. Yo montaría guardia en las instalaciones, por supuesto, e iría a verla tanto como ella me permitiera.

—Te has enfadado —suspiró—. No debería haber dicho nada.

Como si esconderme estas tendencias tan perturbadoras nos fuese a servir de algo a alguno de los dos...

—No. Prefiero saber qué piensas, incluso cuando lo que pienses sea una locura.

—Así que ¿me equivoco otra vez? —preguntó con actitud beligerante.

—No me refiero a eso. —Volví a apretar la mandíbula—. «No importaba» —repetí en tono mordaz.

Ella dio un respingo.

—¿Estoy en lo cierto?

—¿Importa? —repliqué.

Respiró hondo. Iracundo, esperé su respuesta.

—En realidad, no —respondió, de nuevo con voz firme—. Siento curiosidad.

«En realidad, no». En realidad, no importaba. Le daba igual. Sabía que era inhumano, un horror, y no le importaba.

Empecé a sentir, además de la preocupación por su cordura, el fulgor de un pequeño rayo de esperanza. Intenté acallarlo.

—¿Sobre qué sientes curiosidad? —le pregunté. Ya no quedaban secretos, solo pequeños detalles.

—¿Cuántos años tienes?

Mi respuesta fue automática, la tenía muy arraigada.

—Diecisiete.

—¿Y cuánto hace que tienes diecisiete años?

Intenté no sonreír al oír su tono condescendiente.

—Bastante —admití.

—De acuerdo.

De pronto sonaba entusiasmada. Me sonrió. Cuando la miré, de nuevo angustiado por su salud mental, sonrió todavía más. Yo fruncí el ceño.

—No te rías —me advirtió—, pero ¿cómo es que puedes salir durante el día?

Me reí de todos modos. Parecía que durante su investigación no había dado con resultados que se alejaran de lo habitual.

—Un mito.

—¿No te quema el sol?

—Un mito.

—¿Y lo de dormir en ataúdes?

—Un mito. —Hacía mucho tiempo que dormir no tenía lugar alguno en mi vida, al menos hasta hacía unas noches, desde que observaba a Bella soñar—. No puedo dormir —añadí, para ofrecerle una respuesta más completa.

Ella se quedó en silencio unos instantes.

—¿Nada?

—Jamás —respondí en voz baja.

Al encontrarme con su mirada penetrante y descubrir en ella sorpresa y compasión, anhelé súbitamente dormir. No por abandonarme al olvido, como antaño, ni por escapar del aburrimiento, sino porque deseaba soñar. Quizá, si pudiera caer en la inconsciencia, si pudiera soñar, podría vivir durante unas horas en un mundo donde ella y yo pudiéramos estar juntos. Ella soñaba conmigo y yo quería soñar con ella.

Me miró con una expresión maravillada. Tuve que apartar la vista.

Si yo no podía soñar con ella, ella no debería soñar conmigo.

—Aún no me has formulado la pregunta más importante —le dije.

El corazón de piedra que descansaba en mi pecho mudo parecía haberse tornado más frío y más duro que antes. Tenía que obligarla a comprender. En algún momento, era preciso que viera que todo esto sí importaba... más que cualquier otra cosa. Importaba más que el hecho de que yo la amaba, por ejemplo.

—¿Cuál? —preguntó, sorprendida.

No sabía a qué me refería; aquello solo me hizo hablar con más dureza.

—¿No te preocupa mi dieta?

—Ah... Esa —respondió en un tono calmado que no supe interpretar.

—Sí, esa. ¿No quieres saber si bebo sangre?

Retrocedió un poco, por fin.

—Bueno... Jacob me dijo algo al respecto.

—¿Qué dijo Jacob?

—Que no cazabais personas. Dijo que se suponía que vuestra familia no era peligrosa porque solo dabais caza a los animales.

—¿Dijo que no éramos peligrosos? —pregunté con tono cínico.

—No exactamente —aclaró—. Dijo que se suponía que no lo erais, pero los quileutes siguen sin quereros en sus tierras. Solo por si acaso.

Me quedé mirando la carretera. Mis pensamientos eran una maraña sin remedio y me dolía la garganta debido a ese fuego tan familiar.

—Entonces ¿tiene razón en lo de que no cazáis personas? —inquirió, con tanta tranquilidad como si me estuviese preguntando por la previsión del tiempo.

—La memoria de los quileutes llega lejos... —Asintió para sí, pensativa—. Aunque no dejes que eso te vuelva confiada —añadí enseguida—. Tienen razón al mantener las distancias con nosotros. Seguimos siendo peligrosos.

—No comprendo.

No, estaba claro que no lo entendía. ¿Cómo podía hacérselo ver?

—Intentamos... —expliqué—. Normalmente se nos da muy bien, pero a veces cometemos errores. Yo, por ejemplo, al permitirme estar a solas contigo.

Su aroma seguía estando muy presente en el coche. Había empezado a acostumbrarme, ya casi podía ignorarlo, pero no se podía negar que mi cuerpo todavía la anhelaba por la peor razón imaginable. Tenía la boca repleta de veneno. Tragué saliva.

—¿Esto es un error?

Habló con la voz teñida de dolor, y eso me desarmó. Quería estar conmigo. A pesar de todo, quería estar conmigo. La esperanza volvió a despuntar, pero la aplasté.

—Uno muy peligroso —respondí con sinceridad, pese a que deseaba que, de algún modo, la verdad dejase de importar.

Ella tardó unos instantes en contestar. Oí que su respiración cambiaba, que se entrecortaba de maneras extrañas que no parecían tener nada que ver con el miedo.

—Cuéntame más —me pidió de repente, con la voz distorsionada por la angustia.

La miré con atención. Parecía estar sufriendo. ¿Cómo había podido permitir que sucediera algo así?

—¿Qué más quieres saber? —pregunté mientras intentaba hallar la forma de no causarle más dolor. Ella no debía sentir dolor, no podía tolerar que sufriera.

—Dime por qué cazáis animales en lugar de personas —respondió, todavía angustiada.

¿Acaso no era obvio? Aunque quizá esto tampoco le importaba.

—No quiero ser un monstruo —murmuré.

—Pero ¿no bastan los animales?

Pensé en otra comparación, algo que la ayudase a entender.

—No puedo estar seguro, por supuesto, pero yo lo compararía a vivir a base de queso y leche de soja. Nos llamamos a nosotros mismos vegetarianos, es nuestro pequeño chiste privado. No sacia el apetito por completo, bueno, más bien la sed, pero nos mantiene lo bastante fuertes para resistir... la mayoría de las veces. —Bajé la voz. Me avergonzaba por haberla expuesto al peligro, por seguir exponiéndola—. Unas veces es más difícil que otras.

—¿Te resulta muy difícil ahora?

Suspiré. Por supuesto, me había hecho justo la pregunta que no quería contestar.

—Sí —admití.

Esta vez, anticipé correctamente su respuesta física: siguió respirando con regularidad, los latidos de su corazón no se alteraron. Era lo que había adivinado, pero seguía sin comprenderlo. ¿Cómo era posible que no tuviese miedo?

—Pero ahora no tienes hambre —afirmó con total seguridad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tus ojos —contestó en tono despreocupado—. Te dije que tenía una teoría. Me he dado cuenta de que la gente, y los hombres en particular, están más gruñones cuando tienen hambre.

Me reí entre dientes por su descripción: «gruñones». Eso se quedaba corto, pero había dado en el clavo, como de costumbre.

—Eres muy observadora, ¿verdad? —me volví a reír.

Ella esbozó una tímida sonrisa, pero volvió a arrugar la frente, como si estuviese concentrada en algo.

—Este fin de semana estuviste cazando con Emmett, ¿verdad? —me preguntó cuando terminé de reír.

Su despreocupada forma de hablar me resultaba tan fascinante como frustrante. ¿De verdad era capaz de tomárselo con tanta tranquilidad? Yo estaba más cerca que ella de entrar en estado de shock.

—Sí —respondí y, entonces, cuando estaba a punto de dejarlo ahí, sentí el mismo impulso que había sentido en el restaurante: quería que me conociera—. No quería salir, pero era necesario. Es un poco más fácil estar cerca de ti cuando no tengo sed.

—¿Por qué no querías marcharte?

Respiré hondo y me volví para mirarla a los ojos. Esta clase de sinceridad también era difícil, aunque de un modo muy distinto.

—El estar lejos de ti me pone... ansioso. —Supuse que con esa palabra bastaría, aunque carecía de la fuerza suficiente—. No bromeaba cuando te pedí que no te cayeras al mar o te dejaras atropellar el jueves pasado. Estuve abstraído todo el fin de semana, preocupándome por ti, y, después de lo acaecido esta noche, me sorprende que hayas salido indemne del fin de semana. —Entonces recordé que tenía arañazos en las palmas de las manos—. Bueno, no del todo —me corregí.

—¿Qué?

—Tus manos —le recordé.

Suspiró y curvó los labios hacia abajo.

—Me caí.

—Eso es lo que pensé —dije, incapaz de reprimir la sonrisa—. Supongo que, siendo tú, podría haber sido mucho peor, y esa posibilidad me atormentó mientras duró mi ausencia. Fueron tres días realmente largos y la verdad es que puse a Emmett de los nervios.

Lo cierto era que no tendría que haber conjugado la frase en pasado. Seguramente, seguía sacando de quicio a Emmett, a él y al resto de la familia. Salvo Alice.

—¿Tres días? —preguntó, con un tono repentinamente irritado—. ¿No acabas de regresar hoy?

No entendía el deje afilado en su voz.

—No, volvimos el domingo.

—Entonces ¿por qué no fuisteis ninguno de vosotros al instituto? —quiso saber.

Me resultaba confuso que estuviera molesta. No parecía haber reparado en que esta pregunta también estaba relacionada con la mitología.

—Bueno, me has preguntado si el sol me daña, y no lo hace, pero no puedo salir a la luz del día... Al menos, no donde me pueda ver alguien.

Eso la distrajo de su misterioso enfado.

—¿Por qué? —preguntó ladeando la cabeza.

Para esta cuestión en concreto, dudaba de ser capaz de dar con una analogía adecuada, así que le respondí sin más:

—Alguna vez te lo mostraré.

Me pregunté de inmediato si acabaría rompiendo esa promesa. La había hecho sin pensar, pero no me imaginaba cumpliéndola.

De todos modos, ahora no debía preocuparme por eso. No sabía si podría volver a verla después de esta noche. ¿La amaba lo suficiente como para ser capaz de separarme de ella?

—Me podrías haber llamado.

Qué conclusión tan extraña.

—Pero sabía que estabas a salvo.

—Pero yo no sabía dónde estabas. Yo... —Se interrumpió abruptamente y se miró las manos.

—¿Qué?

—Me disgusta no verte —confesó con timidez, al tiempo que se le encendía la piel de las mejillas—. También me pone ansiosa.

¿*Ya estás contento?*, me dije. Ahí estaba la recompensa a mis esperanzas.

Estaba perplejo, eufórico, horrorizado —sobre todo horrorizado—, pues mis fantasías más descabelladas no se habían alejado tanto de la realidad. Por

eso no le importaba que fuese un monstruo. Era exactamente la misma razón por la que a mí tampoco me importaban ya las reglas, la misma por la que mis prioridades habían cambiado, descendiendo un puesto para que esa chica ocupase el primero.

Yo también le importaba a Bella.

Sabía que no podía ser nada comparado con lo mucho que la amaba yo. Ella era mortal, susceptible a los cambios. No estaba congelada, sin esperanzas de recuperarse. Y, sin embargo, yo le importaba lo suficiente como para arriesgar su vida sentándose a mi lado. Como para arriesgarla de buena gana.

Lo suficiente como para causarle dolor si hacía lo correcto y la abandonaba.

¿Había algo que pudiera hacer ya para no causarle dolor? ¿Algo, fuera lo que fuese?

Cada palabra que nos habíamos dicho era una de las semillas de la granada. Esa extraña visión que había tenido en el restaurante se aproximaba a la verdad más de lo que había imaginado.

Debería haberme mantenido lejos de ella. Jamás debería haber vuelto a Forks. No le causaría más que dolor.

¿Saber esto evitaría que me quedase ahora? ¿Haría que me marchase para no empeorar las cosas?

La forma en que me sentía en ese momento, la sensación de notar su calor sobre la piel...

No. Nada lo evitaría.

—Ay —gruñí para mí—. Esto no está bien.

—¿Qué he dicho? —preguntó; enseguida había dado por hecho que era culpa suya.

—¿No lo ves, Bella? De todas las cosas en las que te he involucrado, esta es una de las que me hace sentir peor. No quiero oír que te sientes así. —Era verdad y era mentira. Mi lado más egoísta flotaba en la euforia de saber que me deseaba igual que yo a ella—. Es un error. No es seguro. Bella, soy peligroso. Grábatelo, por favor.

—No. —Hizo un mohín con gesto testarudo.

—Hablo en serio.

Estaba librando una cruel batalla contra mí mismo; medio desesperado porque tuviese en cuenta mis advertencias y medio desesperado por evitar que las escuchara, tanto que mi voz se había transformado en un rugido que se me escapaba entre los dientes.

—También yo —insistió—. Te lo he dicho, no me importa qué seas. Es demasiado tarde.

¿Demasiado tarde? Durante un segundo interminable, el mundo se convirtió en algo lúgubre y blanco y negro. En mi memoria, vislumbré las sombras que cruzaban la hierba soleada, acechando a una Bella Durmiente. Eran inevitables, no había forma de detenerlas. Le robaban el color de la piel y la arrojaban a la oscuridad, al inframundo.

¿Demasiado tarde? La visión de Alice daba vueltas y vueltas en mi mente; allí, los ojos rojo sangre de Bella me miraban, impasibles e inexpresivos. Era imposible que no me odiase por condenarla a ese futuro. Me odiaría por arrebatárselo todo.

No podía ser demasiado tarde.

—Jamás digas eso —le espeté.

Ella miraba por la ventanilla, de nuevo mordiéndose el labio. Tenía las manos apretadas en dos puños, encima del regazo, y respiraba de forma entrecortada.

—¿En qué piensas? —Necesitaba saberlo.

Negó con la cabeza sin mirarme. Vi un destello resplandeciente en su mejilla, como el cristal.

Pura agonía.

—¿Estás llorando?

Era yo quien la había hecho llorar, tal era la gravedad con que la había herido. Se enjugó la lágrima con el dorso de la mano.

—No —mintió con la voz rota.

Un instinto que llevaba mucho tiempo enterrado me impulsó a alargar una mano hacia ella. Durante ese segundo, me sentí más humano de lo que me había sentido nunca, pero entonces recordé que... no lo era. Y bajé la mano.

—Lo siento —le dije con la mandíbula apretada.

¿Cómo podía expresar lo mucho que lo sentía? Sentía todos los errores estúpidos que había cometido. Sentía mi egoísmo infinito. Sentía que fuese tan desafortunada como para haber inspirado este primer, último y trágico amor mío. Sentía todo lo que escapaba a mi control, ser el verdugo que había elegido el destino para poner fin a su vida.

Respiré hondo, ignoré el despreciable efecto que el aroma que impregnaba el coche ejercía sobre mí e intenté recuperar la compostura. Quería cambiar de tema, pensar en otra cosa. Por suerte, la curiosidad que sentía por esa chica era insaciable.

—Dime una cosa —le pedí.

—¿Sí? —preguntó con la voz ronca, todavía impregnada de lágrimas.

—Esta noche, justo antes de que yo doblara la esquina, ¿en qué pensabas? No he conseguido comprender tu expresión... No parecías asustada, sino más bien concentrada al máximo en algo.

Recordé su rostro y su mirada de determinación, obligándome a olvidar al dueño de los ojos desde los que la miraba.

—Intentaba recordar cómo incapacitar a un atacante —respondió con un tono más firme—. Ya sabes..., autodefensa. Le iba a meter la nariz en el cerebro a ese...

No consiguió mantener la compostura hasta el final de la frase; la voz le falló y se le distorsionó a causa del odio que destilaba. No era una hipérbole, y su furia carecía de toda gracia ahora. Vislumbré su frágil figura —seda sobre vidrio— eclipsada tras las sombras de aquellos agresivos y corpulentos monstruos humanos que querían hacerle daño. La furia hervía en el fondo de mi mente.

—¿Ibas a luchar contra ellos? —Quise gemir. Esos instintos suyos acabarían matándola—. ¿No pensaste en correr?

—Me caigo mucho cuando corro —admitió, cabizbaja.

—¿Y en chillar?

—Estaba a punto de hacerlo.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Tienes razón —le dije, con un matiz de amargura en la voz—. Definitivamente, estoy luchando contra el destino al intentar mantenerte con vida.

Ella suspiró y volvió a mirar por la ventanilla. Luego, sus ojos se volvieron hacia mí.

—¿Te veré mañana? —preguntó de repente.

Si debíamos recorrer el camino que nos llevaría al infierno, ¿por qué no disfrutar del viaje?

—Sí. También tengo que entregar un trabajo. —Le sonreí, y eso me hizo sentir bien. Estaba claro que no era solo su instinto el que funcionaba al revés—. Te reservaré un asiento para almorzar.

El corazón le palpitó de forma agitada y el mío, muerto como estaba, pareció entrar en calor. Detuve el coche frente a la casa de su padre, pero ella no hizo ademán de alejarse de mí.

—¿Me prometes estar ahí mañana? —insistió.

—Lo prometo.

¿Cómo era posible que hacer lo incorrecto me causara tanta felicidad? Tenía que ser un error.

Ella asintió, satisfecha, y empezó a quitarse la chaqueta.

—Te la puedes quedar... —le ofrecí. Me apetecía dejarle algo mío. Un amuleto, como el tapón de botella que yo llevaba en el bolsillo en este momento—. No tienes una para mañana.

Pero ella me la tendió con una sonrisa triste.

—No quiero tener que explicárselo a Charlie.

Ya imaginaba que no. Le sonreí.

—Ah, de acuerdo.

Llevó la mano a la manija de la puerta, pero entonces se detuvo. No deseaba marcharse, del mismo modo que yo no deseaba que se marchara.

Que estuviese desprotegida, aunque fuese solo unos instantes...

Hacía ya rato que Peter y Charlotte se habían despedido; ya debían de haber dejado Seattle atrás, no me cabía duda. Pero siempre podía haber otros.

—¿Bella? —la llamé, maravillado ante el placer que me producía simplemente pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—¿Vas a prometerme algo?

—Sí —accedió felizmente, y luego entornó los ojos, como si estuviese pensando en una razón para oponerse.

—No vayas sola al bosque —le advertí, al tiempo que me preguntaba si sería mi petición lo que provocaría sus objeciones.

Parpadeó, desconcertada.

—¿Por qué?

Miré fijamente hacia la traicionera oscuridad. La ausencia de luz no era un problema para mis ojos, pero tampoco lo sería para otro cazador.

—No soy la criatura más peligrosa que ronda por ahí fuera. Dejémoslo así.

Se estremeció, pero se recuperó enseguida e incluso me sonrió al responderme:

—Lo que tú digas.

Su aliento me acarició el rostro. Era tan dulce... Podría haberme quedado así toda la noche, pero ella necesitaba dormir. Ambos deseos se me antojaban igual de poderosos; luchaban entre sí en mi interior, sin descanso. La deseaba y a la vez deseaba su bienestar.

Suspiré ante tanta imposibilidad.

—Nos vemos mañana —le dije, a sabiendas de que la vería mucho antes de entonces. Aunque, claro, ella no me vería a mí hasta el día siguiente.

—Entonces, hasta mañana —respondió mientras abría la puerta.

De nuevo la agonía de verla marchar.

Me incliné tras ella; quería retenerla.

—¿Bella?

Se volvió y se quedó paralizada, sorprendida al encontrar mi rostro tan cerca del suyo. Yo también me sentía abrumado por su proximidad. Emitía calor en oleadas que me acariciaban; casi podía sentir la seda de su piel.

El corazón le dio un brinco y entreabrió los labios.

—Que duermas bien —susurré.

Me aparté antes de que la urgencia que se había adueñado de mi cuerpo —ya fuera la sed que me era tan familiar o esa nueva avidez tan extraña y repentina que crecía en mi interior— me llevaran a herirla de algún modo.

Se quedó allí sentada, inmóvil durante un segundo, con los ojos muy abiertos y asombrados. Deslumbrada, supuse.

Igual que yo.

Recuperó la compostura —aunque seguía teniendo un aspecto algo atolondrado— y estuvo a punto de caerse al salir del coche. Se tropezó con los pies y se tuvo que agarrar de la puerta para no darse de bruces contra el suelo.

Me reí, esperaba que con el suficiente disimulo como para que no se hubiera dado cuenta. Luego la observé trastabillar hasta la nube de luz que bañaba la puerta. Estaba a salvo por el momento. Y yo no tardaría en volver para asegurarme de que siguiera siendo así.

Sentí que me seguía con la mirada mientras conducía por la calle oscura. No estaba acostumbrado a esa sensación. Por lo general, si me apetecía, sencillamente podía verme a mí mismo a través de los ojos de otro. Esto era emocionante y extraño: esta sensación intangible de que alguien me observaba. Aunque sabía que solo era así porque se trataba de Bella.

Conduje sin rumbo en mitad de la noche, mientras millones de pensamientos se perseguían los unos a los otros a través de mi mente. Di vueltas y vueltas por las calles, sin dirigirme a ningún sitio en particular; solo pensaba en Bella y en el increíble alivio que sentía ahora que la verdad había salido a la luz. Ya no tenía que vivir aterrorizado esperando el momento en el que descubriera lo que yo era: ya lo sabía y no le importaba. Aunque esto era indudablemente malo para ella, para mí era una maravillosa liberación.

Además, pensaba en Bella y el amor correspondido. Ella no era capaz de amarme como yo la amaba a ella; un amor tan abrumador, poderoso y aplastante rompería un cuerpo tan frágil. Sin embargo, sus sentimientos tenían la fuerza suficiente para subyugar el miedo instintivo, la fuerza suficiente para que quisiera estar conmigo. Y estar con ella me provocaba la felicidad más intensa que había conocido jamás.

Ya que estaba solo y, para variar, no le estaba haciendo daño a nadie, me permití el lujo de disfrutar durante un rato de esa felicidad sin regodearme en la tragedia. Me permití sentirme exultante porque ella también me quisiera, regocijarme en el triunfo que suponía haberme ganado su afecto, en imaginarme sentado a su lado al día siguiente, escuchando su voz y siendo el destinatario de sus sonrisas.

Reproduje esa sonrisa en mi mente; observé cómo sus mullidos labios se curvaban desde las comisuras y recordé ese suave hoyuelo que se le formaba en la barbilla, la forma en que sus cálidos ojos se derretían. El tacto de sus dedos era suave y cálido, esta noche lo había sentido. Imaginé cómo sería acariciar la delicada piel que recubría sus pómulos, tan cálida, tan sedosa, tan... frágil. Seda sobre vidrio... Terroríficamente quebradiza.

No vi adónde se dirigían mis pensamientos hasta que no fue demasiado tarde. Mientras me perdía en esa devastadora vulnerabilidad, otras imágenes de su rostro interrumpieron mis fantasías.

Perdida entre las sombras, pálida de terror, pero con la mandíbula tensa en un gesto de decisión, la mirada concentrada y el cuerpo preparado para golpear a las corpulentas siluetas que la rodeaban, a las pesadillas ocultas en la penumbra.

—Ah... —gruñí, al tiempo que ese odio hirviente que mi amor por ella me había hecho olvidar resurgía y se transformaba en una ira infernal.

Estaba solo. Confiaba en que Bella estaría a salvo en su hogar. Por un instante, me alegré mucho de que su padre fuese Charlie Swan, el jefe de la policía local, un hombre armado y entrenado. Eso tenía que servir de algo, debía proporcionarle cierto amparo.

Ella estaba sana y salva y yo no tardaría mucho en destruir al mortal que había querido herirla.

No. Bella merecía algo mejor. No podía permitir que quisiera a un asesino.

Pero... ¿y las demás?

Bella estaba a salvo, sí, y seguro que Angela y Jessica también; ya debían de estar en la cama. Pero un depredador andaba suelto por las calles de Port

Angeles. Era un monstruo humano, ¿no lo convertía eso en un problema de los humanos? No solíamos interferir en los problemas de los humanos, excepto Carlisle, que trabajaba de forma constante curándolos y salvándolos. Para el resto de nosotros, la debilidad por la sangre humana era un impedimento a la hora de involucrarnos estrechamente con ellos. Y, por supuesto, también estaban nuestros vigilantes en la distancia, el cuerpo de policía *de facto* de los vampiros, los Vulturis. Nosotros, los Cullen, llevábamos una vida demasiado alejada de la norma. Llamar su atención con un numerito de superhéroe inoportuno sería extremadamente peligroso para nuestra familia.

Sin duda, se trataba de un asunto humano que no incumbía a los de nuestro mundo. Cometer el asesinato que ansiaba cometer no era lo correcto y lo sabía. No obstante, dejarlo en libertad para que volviera a atacar tampoco podía serlo.

Pensé en la recepcionista rubia del restaurante, en la camarera a la que ni siquiera me había molestado en mirar. Ambas me habían causado un fastidio trivial, pero eso no quería decir que merecieran estar en peligro.

Giré hacia el norte y, ya con un propósito, pisé el acelerador. Cada vez que me enfrentaba a un dilema que me superaba, algo tangible, como esto, sabía dónde acudir en busca de ayuda.

Alice estaba sentada en el porche, esperándome. Detuve el vehículo delante de la casa en lugar de aparcarlo en el garaje.

—Carlisle está en su despacho —me dijo antes de que le preguntara.

—Gracias.

Le alboroté el pelo al pasar por su lado. *Muchas gracias por devolverme la llamada*, pensó con sarcasmo.

—Vaya. —Me detuve al lado de la puerta, me saqué el móvil del bolsillo y lo miré—. Lo siento. Ni siquiera me he parado a mirar quién era. Estaba... ocupado.

—Sí, ya lo sé. Yo también lo siento. Cuando vi lo que iba a pasar, ya te habías ido.

—Ha faltado poco... —murmuré.

Lo siento, repitió, avergonzada.

Ahora que sabía que Bella estaba bien, ser generoso me resultaba sencillo.

—No lo sientas. Soy consciente de que no puedes prestar atención a todo. Nadie espera que seas omnisciente, Alice.

—Gracias.

—He estado a punto de pedirte que cenaras conmigo hoy. ¿Has podido verlo antes de que cambiara de idea?

Sonrió.

—No, eso también se me ha escapado. Ojalá lo hubiera sabido, habría ido.

—¿En qué estabas tan concentrada para que se te hayan escapado tantas cosas?

Jasper está pensando en nuestro aniversario. Se echó a reír. Intenta no decidirse por ningún regalo, pero creo que ya lo he adivinado...

—No tienes vergüenza.

—Pues no.

Apretó los labios y levantó la vista para mirarme con aire acusador. *Después he prestado más atención. ¿Piensas contarles que lo sabe?*

Suspiré.

—Sí, luego.

Yo no voy a decir nada, pero hazme un favor y no se lo digas a Rosalie cuando yo esté delante, ¿vale?

Me estremecí.

—Claro.

Bella se lo ha tomado bastante bien.

—Demasiado bien.

Me sonrió. *No la subestimes.*

Intenté bloquear la imagen que no quería ver. Bella y Alice, mejores amigas. Respiré hondo; estaba impaciente. Quería terminar con la siguiente parte de la noche; quería encargarme de ello ya. Sin embargo, salir de Forks me preocupaba.

—Alice... —empecé a decir. Ella vio lo que me disponía a preguntar.

Esta noche no le va a pasar nada. Ahora estoy más atenta. Parece que necesita vigilancia las veinticuatro horas, ¿no?

—Por lo menos.

—De todos modos, no tardarás en estar con ella.

Suspiré profundamente. Esas palabras se me antojaron maravillosas.

—Venga, termina con esto de una vez y podrás estar donde quieres estar —me animó.

Asentí y me dirigí a toda prisa a la habitación de Carlisle. Él me estaba esperando; tenía la vista clavada en la puerta en lugar de en el grueso libro que descansaba sobre el escritorio.

—He oído que Alice te decía dónde encontrarme —dijo, y sonrió.

Era un alivio estar con él, ver la comprensión y esa profunda inteligencia de sus ojos. Carlisle sabría qué hacer.

—Necesito ayuda.

—Cualquier cosa, Edward —me prometió.

—¿Te ha contado Alice lo que le ha sucedido a Bella?

Lo que casi le ha sucedido, me corrigió.

—Sí, casi. Tengo un dilema, Carlisle. Verás... Tengo muchas ganas de matarlo. —Las palabras empezaron a fluir con rapidez y pasión—. Muchísimas. Pero sé que no estaría bien, porque sería venganza y no justicia. Solo habría ira, no imparcialidad. Pero, de todos modos, dejar suelto a un asesino y violador en serie por Port Angeles tampoco puede estar bien. No conozco a los humanos de allí, pero no puedo permitir que nadie ocupe el lugar de Bella como víctima. Las demás mujeres... ¡No está bien!

Su ancha e inesperada sonrisa interrumpió en seco mi torrente de palabras.

Ella te hace mucho bien, ¿verdad? Cuánta compasión, cuánto control... Estoy impresionado.

—No vengo en busca de cumplidos, Carlisle.

—Por supuesto que no. Pero no puedo controlar mis pensamientos, ¿no te parece?

Sonrió de nuevo. *Yo me encargo; puedes quedarte tranquilo. Nadie saldrá herido ocupando el lugar de Bella.*

Vi el plan que se formaba en su mente. No era exactamente lo que yo quería porque no satisfacía mis ansias de brutalidad, pero comprendí que era lo correcto.

—Te enseñaré dónde encontrarlo —le dije.

—Vamos.

Cogió su bolsa negra mientras se dirigía a la puerta. Yo habría preferido una forma más agresiva de sedación —partirle el cráneo, por ejemplo—, pero dejaría que Carlisle hiciera las cosas a su manera.

Cogimos mi coche. Alice seguía en el porche. Sonrió y saludó cuando nos alejamos. Pude ver que había mirado en el futuro para mí: no tendríamos ninguna dificultad.

El viaje por la carretera oscura y vacía fue muy breve. Dejé las luces apagadas para no llamar la atención. Pensé en cómo reaccionaría Bella a la velocidad a la que íbamos ahora y eso me hizo sonreír. Antes, cuando ella había protestado, yo ya estaba conduciendo más despacio de lo habitual para prolongar nuestro tiempo juntos.

Carlisle también estaba pensando en ella.

No había previsto que tuviera un efecto tan positivo sobre él. Ha sido inesperado. Quizá estuvieran predestinados, tal vez todo esto tenga un propósito futuro. Aunque...

Imaginó a Bella con la piel fría como la nieve y los iris color rojo sangre, pero apartó rápidamente la imagen.

Sí, en efecto. «Aunque...». ¿Cómo podía haber algo bueno en destruir algo tan puro y encantador?

Clavé la vista en la noche oscura; todo resto de felicidad se había desvanecido.

Edward merece ser feliz. Le toca. La fiereza de los pensamientos de Carlisle me sorprendió. Tiene que haber una manera.

Deseé poder creer en sus esperanzas, pero lo que le estaba sucediendo a Bella no respondía a ningún propósito. No era más que la voluntad de una cruel harpía, de un destino amargo y terrible que no soportaba que ella tuviese la vida que merecía.

No me quedé mucho rato en Port Angeles. Llevé a Carlisle al antro donde aquella retorcida criatura llamada Lanny ahogaba su decepción en alcohol junto a sus amigos, dos de los cuales ya habían bebido hasta perder la conciencia. Carlisle se dio cuenta de lo difícil que me resultaba estar tan cerca de aquel monstruo, oír sus pensamientos y ver sus recuerdos; recuerdos en los que Bella se mezclaba con las chicas menos afortunadas a las que ya nadie podía salvar.

Se me aceleró la respiración y me agarré al volante con más fuerza.

Vete, Edward, me dijo con gentileza. Yo me encargaré de que las demás estén a salvo. Vuelve junto a Bella.

Era justo lo que necesitaba oír. Su nombre era la única distracción que tenía algún significado para mí.

Dejé a Carlisle en el coche y corrí hasta Forks en línea recta, a través del bosque durmiente. Tardé menos que en el viaje de ida, que habíamos hecho en coche a toda velocidad. Apenas unos minutos después, trepé por un lado de su casa y abrí la ventana.

Suspiré en silencio, aliviado. Todo estaba tal y como debía estar. Bella estaba a salvo en su cama, soñando, con el pelo húmedo enredado en la almohada.

Pero, a diferencia de la mayoría de las noches, hoy estaba hecha un ovillo, apretujada bajo las mantas, que la cubrían hasta los hombros. Supuse que tenía frío. Antes de que pudiera instalarme en mi asiento habitual, se estremeció en sueños. Le temblaban los labios.

Me detuve a pensar durante unos breves instantes y luego salí al pasillo, para explorar otra parte de su casa por primera vez.

Charlie roncaba estruendosa y acompasadamente. Casi pude atisbar parte de su sueño. Tenía que ver con una corriente de agua y una paciente expectación... ¿Estaría pescando?

Allí, al lado de las escaleras, había un armario de aspecto prometedor. Lo abrí, esperanzado, y encontré lo que buscaba. Elegí la manta más gruesa entre toda la ropa de cama y la llevé a la habitación. La guardaría en su sitio antes de que se despertara y así nadie se enteraría.

Contuve el aliento y tapé a Bella con cuidado. No reaccionó al peso. Me senté en la mecedora.

Mientras esperaba ansioso a que entrase en calor, me pregunté dónde estaría Carlisle. Sabía que su plan funcionaría a la perfección; Alice lo había visto.

Suspiré al pensar en mi padre. Tenía demasiada confianza en mí. Deseé ser la persona que él veía. Esa persona, la que merecía la felicidad, podría albergar la esperanza de ser digno de la chica que ahora dormía frente a mí. Qué distinto sería todo si pudiera ser ese Edward.

O, si yo no podía ser lo que debía, al menos debería haber cierto equilibrio en el universo para compensar por mi oscuridad. ¿No debería existir un bien opuesto equivalente? Vislumbré al destino con rostro de bruja como si fuese la explicación a las pesadillas aterradoras e improbables que perseguían a Bella sin cesar: primero yo, luego, la furgoneta y, después, la abominable bestia de esta noche. Pero, si ese destino era tan poderoso, ¿no debería haber una fuerza equivalente que actuara para contrarrestarlo?

Alguien como Bella debería tener un protector, un ángel de la guarda. Se lo merecía. Y, sin embargo, era evidente que la habían dejado indefensa. Me habría encantado creer que la vigilaba un ángel, u otra cosa, cualquiera que pudiera protegerla de algún modo, pero, cuando intentaba imaginar a semejante defensor, me resultaba obvio que era imposible que existiera. ¿Qué ángel de la guarda habría permitido que Bella viniese a este pueblo, que se cruzara en mi camino siendo ella como era? Nunca había existido posibilidad alguna de que no me fijara en ella: un aroma de una potencia impensable que pedía mi atención, una mente silenciosa para alimentar mi curiosidad, una belleza tranquila de la que mis ojos quedaran prendados y un alma altruista que me fascinara. Si le añadíamos la falta total de instinto de supervivencia que hacía que yo no le repugnara, además de la catastrófica mala suerte que la situaba siempre en el peor sitio posible y en el peor momento posible...

No había pruebas más concluyentes de que los ángeles de la guarda eran una fantasía. Nadie necesitaba o merecía uno más que Bella, y cualquier ángel que hubiese permitido que nos conociésemos sería tan irresponsable, tan temerario, tan... tan descerebrado, que de ningún modo podría estar del lado del bien. Preferiría que la aborrecible harpía fuese real antes que enfrentarme a un ser celestial tan inútil. Contra un destino terrible, al menos, se podía luchar.

Y lucharía, seguiría luchando. Fuera cual fuese la fuerza que ansiaba herir a Bella, tendría que pasar por encima de mí. No, ella no tenía ningún ángel de la guarda, pero yo haría todo lo posible por compensar esa carencia.

Un vampiro de la guarda... Quizá fuera pasarse un poco

Al cabo de una media hora, Bella relajó su postura ovillada. Su respiración se fue haciendo más profunda y empezó a murmurar. Sonreí, satisfecho. Era una nimiedad, pero al menos esa noche dormiría mejor porque yo estaba ahí.

—Edward —suspiró, y ella también esbozó una sonrisa.

Olvidé la tragedia por el momento y me permití volver a ser feliz.

11. Interrogantes

La CNN fue la primera en dar la noticia.

Me alegré de que informaran de ello antes de que llegase la hora de ir al instituto. Estaba ansioso por saber cómo contarían los humanos lo sucedido y cuánta atención atraería el suceso. Por suerte, ese día estaba cargado de noticias. Se había producido un terremoto en Sudamérica y un secuestro político en Oriente Medio, así que, al final, el asunto se vio reducido a unos cuantos segundos, unas pocas frases y una fotografía de baja calidad.

«Orlando Calderas Wallace, sospechoso de asesinato buscado en los estados de Texas y Oklahoma, fue detenido anoche en Portland, Oregón, gracias a un chivatazo anónimo. La policía encontró a Wallace inconsciente en un callejón a primera hora de la mañana, a solo unos metros de la comisaría. Los agentes todavía no pueden confirmar si será extraditado a Houston o a Oklahoma City para la celebración del juicio».

La foto era borrosa; era una instantánea policial y en ella el hombre lucía una barba muy espesa. Aunque Bella la viese, era poco probable que lo reconociera. Esperé que eso no sucediera, solo serviría para asustarla innecesariamente.

—Aquí en el pueblo no se hará mucha cobertura del tema. Lo han detenido demasiado lejos como para que lo consideren de interés local —dijo Alice—. Ha sido buena idea que Carlisle lo sacara del estado.

Asentí. De todos modos, Bella no veía mucho la televisión, y yo nunca había visto a su padre mirando algo que no fuesen deportes.

Había hecho lo que había podido. Aquella criatura repugnante ya no podría darle caza a nadie y yo no me había convertido en un asesino. Al menos, no recientemente. Había hecho bien en confiar en Carlisle, por mucho que deseara que aquel ser despreciable no hubiese tenido un castigo tan benévolo. Me descubrí deseando que lo extraditaran a Texas, donde la pena de muerte era tan popular.

No. Eso daba igual. Dejaría este tema atrás y me concentraría en lo importante.

Había salido de la habitación de Bella hacía menos de una hora y ya ansiaba volver a verla.

—Alice, ¿te importa...?

—Va a conducir Rosalie —me interrumpió—. Se hará la enfadada, pero ya sabes que le encantará tener una excusa para presumir de coche.

Alice soltó una carcajada musical y yo le sonreí.

—Nos vemos en el instituto.

Cuando suspiró, mi sonrisa se transformó en una mirada fulminante.

Sí, ya lo sé, pensó. Todavía no. Esperaré a que estés preparado para que Bella me conozca. Pero deberías saber que si insisto no es por egoísmo: yo también le caeré bien a ella.

Me fui a toda prisa sin contestarle. Era una forma distinta de ver la situación. ¿Querría Bella conocer a Alice? ¿Tener una amiga vampira?

Conociendo a Bella, esa idea no le molestaría lo más mínimo.

Fruncí el ceño. Lo que Bella quería y lo que era mejor para ella eran dos cosas muy distintas.

Empecé a sentirme inquieto mientras aparcaba en la entrada de la casa de Bella. El proverbio humano decía que las cosas tenían un aspecto distinto por la mañana, después de haberlas consultado con la almohada. ¿Me vería Bella de manera distinta bajo la luz mortecina de un día nublado? ¿Sería más o menos siniestro que envuelto en la negrura de la noche? ¿Habría asimilado la verdad mientras dormía y tendría, por fin, miedo de mí?

Sin embargo, aquella noche sus sueños habían sido apacibles. Había pronunciado mi nombre una y otra vez, siempre con una sonrisa. Más de una vez había rogado que me quedara en un murmullo. ¿Acaso eso no significaría nada durante el día?

Esperé, nervioso, mientras escuchaba los sonidos que se producían en el interior de su casa: unos pasos rápidos y traspies en las escaleras, el ruido del papel de aluminio al rasgarse, el contenido de la nevera chocando y repiqueteando tras cerrar la puerta de golpe. Sonaba como si tuviera prisa. ¿Estaría ansiosa por llegar al instituto? Esa idea me hizo sonreír, esperanzado de nuevo.

Eché un vistazo al reloj. Supuse que, teniendo en cuenta la velocidad a la que debía de limitarla su destartada camioneta, sí que iba con un poco de retraso.

Salió a toda prisa de su casa con la mochila colgada del hombro y el pelo recogido en una especie de moño bajo que ya se le estaba despeinando. Llevaba un jersey verde y grueso que no abrigaba lo suficiente, a juzgar por cómo hundía sus delgados hombros para protegerse de la fría niebla.

El jersey era demasiado grande para ella; no le favorecía. Enmascaraba su esbelta figura y convertía sus suaves y delicadas curvas en un amasijo sin forma. Lo agradecí casi tanto como deseé que se hubiese puesto algo más parecido a la suave blusa azul de la noche anterior. La tela se le pegaba a la piel de una forma muy atractiva y tenía un escote que mostraba el cautivador relieve de sus clavículas, que despuntaban desde el hueco de la garganta. El azul fluía como el agua sobre la sutil silueta de su cuerpo.

Era mejor —esencial— que mantuviera mis pensamientos muy muy alejados de esa silueta, así que agradecí que llevase un jersey tan poco favorecedor. No podía permitirme ningún error, y habría sido un error monumental obsesionarme con esas ansias tan extrañas que se desataban en mi interior cuando pensaba en sus labios..., su piel..., su cuerpo... Unas ansias que me habían evitado durante cien años. Pero no debía pensar en tocarla; eso era imposible.

La rompería.

Bella se dio la vuelta con tanta prisa que casi pasó corriendo junto a mi coche sin verlo. Se detuvo en seco; sus piernas se agarrotaron como las de un potro asustado. La mochila se le deslizó más abajo por el brazo y miró el coche con unos ojos como platos.

Salí sin preocuparme de moverme a velocidad humana y le abrí la puerta del copiloto. No tenía intención de seguir engañándola: sería yo mismo, al menos cuando estuviésemos a solas.

Me miró, sobresaltada, al ver que prácticamente me había materializado en la niebla frente a ella. Pero entonces la sorpresa de sus ojos mutó a otra cosa y dejé de tener miedo —o esperanzas— de que sus sentimientos por mí hubiesen cambiado durante la noche. En las profundidades translúcidas de aquellos ojos flotaba calidez, asombro y fascinación.

—¿Quieres que te lleve yo hoy? —le pregunté. A diferencia de lo que había ocurrido en la cena de la noche anterior, esta vez la dejaría elegir. De ahora en adelante, siempre tendría elección.

—Sí, gracias —musitó mientras se subía al coche sin vacilar.

¿Alguna vez dejaría de emocionarme que fuera a mí al que ella le decía que sí?

Rodeé el coche como un rayo, deseoso de acompañarla. No dio muestras de estar sorprendida por mi repentina reaparición.

La felicidad que sentía al tenerla sentada a mi lado de ese modo no tenía precedentes. Por mucho que disfrutase del amor y la compañía de mi familia, pese a los muchos pasatiempos y distracciones que me ofrecía mi mundo, jamás había sido tan feliz. Incluso a sabiendas de que no era lo correcto, de que era imposible que esto terminase bien, cuando estaba con ella era incapaz de borrarle la sonrisa de la cara.

Había dejado mi chaqueta doblada sobre el reposacabezas de su asiento. Ella la miró.

—He traído la cazadora para ti —le dije. Iba a ser mi excusa, de haber necesitado una para justificarme por haberme presentado en su casa sin invitación. Hacía frío y ella no tenía chaqueta. Era una caballerosidad aceptable, seguro—. No quiero que vayas a enfermar ni nada por el estilo.

—No soy tan delicada —respondió con la mirada fija en mi pecho en lugar de mi cara, como si no se atreviera a mirarme a los ojos. Pero se puso la chaqueta antes de que tuviera que recurrir a las súplicas o la persuasión.

—¿Ah, no? —murmuré para mí.

Miró a la carretera mientras yo aceleraba en dirección al instituto. Solo soporté unos segundos de silencio; tenía que saber qué pensaba ella esta mañana. Muchas cosas habían cambiado entre nosotros desde la última vez que había salido el sol.

—¿Qué? ¿No tienes veinte preguntas para hoy? —le pregunté, de nuevo tratando de aligerar el ambiente.

Ella sonrió, parecía complacida de que le hubiese sacado el tema.

—¿Te molestan mis preguntas?

—No tanto como tus reacciones —respondí con sinceridad y con otra sonrisa.

Ella curvó los labios hacia abajo.

—¿Reaccioné mal?

—No. Ese es el problema. Te lo tomaste todo demasiado bien, no es natural. —Hasta el momento, no había gritado ni una sola vez. ¿Cómo era posible?—. Eso me hace preguntarme qué piensas en realidad.

Por supuesto, todo lo que hacía o dejaba de hacer me llevaba a preguntármelo.

—Siempre te digo lo que pienso de verdad.

—Lo censuras.

Se mordió el labio. No parecía reparar en el gesto, era una respuesta inconsciente a la tensión.

—No demasiado.

Esas palabras bastaron para que se despertara en mí una curiosidad imperiosa. ¿Qué información me ocultaba a propósito?

—Lo suficiente para volverme loco —dije.

Vaciló y luego susurró:

—No quieres oírlo.

Tuve que pensar unos segundos, repasar la conversación de la noche anterior al completo, palabra por palabra, para poder atar cabos. Quizá tuve que concentrarme tanto porque no se me ocurría nada que no quisiese que compartiera conmigo. Pero entonces, al percatarme de que su tono de voz era idéntico al de la noche anterior —una vez más, escondía una nota de dolor—, lo recordé. Le había pedido que no me dijera lo que pensaba. «Nunca digas eso», le había espetado. La había hecho llorar...

¿Era eso lo que me ocultaba? ¿La profundidad de lo que sentía por mí? ¿Que el hecho de que yo fuese un monstruo no le importaba y que era demasiado tarde para cambiar de opinión?

Era incapaz de hablar, porque el júbilo y el dolor eran demasiado poderosos para las palabras, el conflicto entre ambos demasiado feroz como para darle una respuesta coherente. En el coche reinaba el silencio, excepto por los sonidos rítmicos de sus pulmones y su corazón.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó de pronto.

Respiré hondo, aspirando el aroma que flotaba en el aire con verdadero dolor por primera vez desde que se había subido al coche. Me di cuenta, satisfecho, de que empezaba a acostumbrarme. Me obligué a comportarme de nuevo con desenfado.

—Han venido en el coche de Rosalie. —Aparqué al lado del vehículo en cuestión y reprimí una sonrisa al ver que abría unos ojos como platos—. Ostentoso, ¿verdad?

—Eh... ¡Caramba! Si ella tiene esto, ¿por qué viene contigo?

Rosalie hubiera apreciado la reacción de Bella... si fuera capaz de ser objetiva con Bella, claro, lo cual probablemente no ocurría nunca.

—Como te he dicho, es ostentoso. Intentamos no desentonar.

Por supuesto, a Bella se le había pasado por alto la contradicción inherente a mi propio coche. No era casualidad que a menudo se nos viera con el Volvo, un coche del que se valoraba sobre todo la seguridad. Seguridad, lo único que los vampiros jamás necesitarían de un vehículo. Pocos reconocerían

el modelo de carreras, que era poco común, por no hablar de las modificaciones que le habíamos hecho después de comprarlo.

—No tenéis éxito —replicó, y luego soltó una carcajada despreocupada.

Ese sonido jovial y libre de preocupaciones me calentó el pecho vacío.

—Entonces ¿por qué ha conducido Rosalie hoy si es más ostentoso?

—¿No lo has notado? Ahora estoy rompiendo todas las reglas.

Mi respuesta debería haberla asustado moderadamente, así que, por supuesto, sonrió. Una vez que salimos del coche, caminé tan cerca de ella como me permitía mi audacia, mientras observaba detenidamente si mi proximidad le molestaba. En dos ocasiones, vi que extendía la mano hacia atrás, para luego apartarla. Parecía querer tocarme... Se me aceleró la respiración.

—¿Por qué todos vosotros tenéis coches como esos si queréis pasar desapercibidos?

—Un lujo —admití—. A todos nos gusta conducir deprisa.

—Me cuadra —masculló en tono amargo.

No levantó la vista para ver la sonrisa con que le respondí.

¿¡Qué!? ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo narices se las ha arreglado Bella para conseguirlo?

La perplejidad mental de Jessica interrumpió mis pensamientos. Estaba esperando a Bella bajo el alero del tejado de la cafetería, resguardada de la lluvia, con su anorak colgado del brazo. Tenía los ojos abiertos de par en par.

Bella la vio enseguida. Cuando reparó en la expresión de su amiga, se le tiñeron las mejillas de un rosa suave.

—Eh, Jessica. Gracias por acordarte —la saludó.

Jessica le tendió la chaqueta sin mediar palabra. Decidí ser educado con los compañeros de Bella, fueran buenos amigos o no.

—Buenos días, Jessica.

Guau...

Parecía que se le fuesen a salir los ojos de las órbitas, pero no se estremeció ni dio un paso atrás, como yo esperaba. Aunque en el pasado me había encontrado atractivo, siempre había mantenido las distancias, igual que hacían todos nuestros admiradores de forma inconsciente. Era extraño y gracioso descubrir lo mucho que estar cerca de Bella me había ablandado, lo cierto era que me avergonzaba un poco. Parecía que ya nadie me tenía miedo. Si Emmett se enteraba, se pasaría un siglo entero burlándose de mí.

—Eh... Hola —balbució Jessica, y le dedicó a Bella una mirada cargada de significado—. Supongo que te veré en Trigonometría.

*Más vale que me lo cuentes todo. Con detalles. ¡Quiero todos los detalles!
¡El mismísimo EDWARD CULLEN!*

Bella hizo una mueca.

—Sí, allí nos vemos.

Jessica se fue a toda prisa en dirección a su primera clase, volviéndose para mirarnos de vez en cuando. Sus pensamientos iban a toda velocidad. *Quiero saberlo todo, no pienso conformarme con menos. ¿Habían quedado anoche en encontrarse? ¿Están saliendo juntos? ¿Desde cuándo? ¿Cómo ha podido Bella guardarme el secreto? ¿Por qué querría que fuese un secreto? No tiene pinta de ser una tontería, debe de estar muy pillada. Lo pienso descubrir. ¿Se habrán liado? Ay, que me va a dar algo...* De repente, su voz interior se volvió inconexa, se transformó en un remolino de fantasías sin palabras. Hice una mueca al ver la dirección que tomaban sus conjeturas, y no solo porque en sus imágenes mentales se hubiese cambiado por Bella.

Lo nuestro no podía ser así. Y, sin embargo, anhelaba...

Me resistí a admitirlo, ni siquiera para mí mismo. ¿De cuántas formas incorrectas podía querer a Bella? ¿Cuál acabaría por matarla?

Negué con la cabeza e intenté animarme.

—¿Qué le vas a contar? —le pregunté.

—¡Eh! —protestó en un susurro—. ¡Creía que no podías leerme la mente!

—No puedo. —La miré, sorprendido, mientras intentaba descifrar a qué se refería. Ah... Debíamos de haber pensado lo mismo a la vez—. Pero puedo leer la suya. Te va a tender una emboscada en clase.

Bella gimió mientras se deslizaba la chaqueta por los hombros. Al principio no comprendí que pretendía devolvérmela, así que tardé demasiado en ofrecerle mi ayuda. Yo no se la habría pedido; prefería que se la quedara, como un amuleto. Me la tendió y se puso su anorak.

—Bueno, ¿qué le vas a decir? —insistí.

—Una ayudita, ¿qué quiere saber?

Sonreí y negué con la cabeza. No quería darle pistas, quería aprovechar para ver lo que pensaba.

—Eso no es elegante —respondí.

Ella entornó los ojos.

—No, lo que no es elegante es que no compartas lo que sabes.

Claro, no le gustaban los dobles raseros.

—Quiere saber si nos estamos viendo a escondidas —dije despacio—. Y también qué sientes por mí.

Enarcó las cejas, no en un gesto de sobresalto, sino de ingenuidad. Se estaba haciendo la inocente.

—¡Oh, no! —murmuró—. ¿Qué debo decirle?

—Mmm...

Siempre intentaba que yo le revelara más de lo que ella me revelaba a mí. Consideré mi respuesta.

Un mechón de pelo rebelde, ligeramente húmedo por culpa de la niebla, se le deslizó por el hombro y se rizó en la zona de la clavícula, escondida bajo ese ridículo jersey. Bajé la vista y deslicé la mirada por las otras curvas ocultas...

Alargué una mano con cuidado de no tocarle la piel —esa mañana ya hacía suficiente frío— y lo volví a colocar en su sitio, en ese moño despeinado, para que no volviera a distraerme. Recordé cuando Mike Newton le había tocado el pelo y se me tensó la mandíbula. Entonces, ella se había apartado de él, pero su reacción a mi gesto no tuvo nada que ver: de repente, un torrente de sangre zumbó bajo su piel y el corazón le empezó a palpar de forma irregular.

Intenté ocultar mi sonrisa y respondí su pregunta.

—Supongo que, si no te importa, le puedes decir que sí a lo primero... — Su elección, siempre debía ser su elección—. Es más fácil que cualquier otra explicación.

—No me importa —susurró ella. Su corazón todavía no había recuperado el ritmo habitual.

—En cuanto a la pregunta restante... —Ya no era capaz de esconder la sonrisa—. Bueno, estaré a la escucha para conocer la respuesta.

Ya le había dado algo en que pensar. Contuve una carcajada al ver su expresión conmocionada. Me di la vuelta enseguida, antes de que pudiera preguntarme nada más. Me costaba mucho no revelar lo que quería saber, y yo quería oír sus pensamientos, no los míos.

—Te veré en el almuerzo —le dije volviendo la vista hacia atrás, una excusa para ver si seguía mirándome.

Estaba boquiabierta. Miré al frente y me eché a reír.

Mientras me alejaba, era consciente a medias de los pensamientos asombrados e inquisitivos que flotaban a mi alrededor, de los ojos que iban del rostro de Bella a mi figura según los iba dejando atrás. No les presté mucha atención; no podía concentrarme. Ya me resultaba bastante difícil hacer que mis pies se movieran a una velocidad aceptable mientras me desplazaba por la hierba mojada en dirección a mi primera clase. Quería

correr, correr de verdad, lo bastante rápido para desaparecer, para sentir que volaba. Una parte de mí ya estaba volando.

Cuando llegué a clase me puse la chaqueta y dejé que su densa fragancia me envolviera. Ahora me abrasaría, pero dejaría que el olor me insensibilizara y más tarde, cuando me reuniera con ella a la hora de comer, me costaría menos ignorarlo.

Menos mal que los profesores ya no se molestaban en preguntarme nada sobre la lección. Este podría haber sido el día en que me pillaran desprevenido, poco preparado y sin respuestas. Mi mente deambulaba por muchos lugares, en el aula solo estaba mi cuerpo.

Por supuesto, estaba observando a Bella. Se había convertido en algo natural, tan automático como respirar, algo de lo que apenas era consciente. Escuché su conversación con un desmoralizado Mike Newton. Ella no tardó en desviar el tema hacia Jessica y yo dibujé una sonrisa tan ancha que Rob Sawyer, que se sentaba a mi derecha, se estremeció de forma visible y se hundió más en su asiento, para alejarse de mí.

Uf... Qué repelús.

Bueno, todavía conservaba algunas de mis facultades.

También estaba echándole una ojeada a Jessica, viendo cómo iba perfeccionando las preguntas que le haría a Bella. Apenas podía esperar a que llegase la cuarta hora de la mañana; estaba diez veces más nervioso y entusiasmado que la curiosa chica humana que ansiaba enterarse de los últimos cotilleos.

Y también escuché a Angela Weber. No había olvidado la gratitud que sentía hacia ella; en primer lugar, por pensar siempre bien de Bella y, en segundo, por la ayuda que me había prestado la noche anterior. Así que aquella mañana deambulé por su mente en busca de algo que deseara. Di por hecho que sería fácil: como cualquier otro ser humano, debía de anhelar algún juguete o chuchería; varios, probablemente. Le enviaría algo en un paquete anónimo y así estaríamos en paz.

Pero, en cuestión de pensamientos, Angela demostró ser casi tan poco complaciente como Bella. Estaba extrañamente satisfecha para ser una adolescente. Era feliz. Quizá era eso lo que motivaba su inusual amabilidad: era una de esas pocas personas que tenía lo que quería y quería lo que tenía. Cuando no prestaba atención a los profesores o a sus apuntes, pensaba en sus hermanos pequeños, a los que iba a llevar a la playa ese fin de semana. Imaginaba la emoción de los gemelos con un placer casi maternal. Los

cuidaba a menudo, pero no sentía ningún resentimiento por ello. Era muy tierno.

Aunque a mí no me servía de mucho.

Tenía que haber algo que quisiera; tendría que seguir buscando. Pero lo haría más tarde: a Bella y a Jessica les tocaba Trigonometría.

Me dirigí hacia clase de Lengua y Literatura sin mirar por dónde iba. Jessica ya estaba sentada en su sitio y golpeteaba en el suelo con los pies, impaciente y deseosa de que llegara Bella.

Por el contrario, yo, cuando llegué a mi asiento, me acomodé y permanecí quieto como una estatua. Tuve que recordarme que debía moverme de vez en cuando, para seguir representando correctamente mi papel. No era fácil; mis pensamientos estaban muy concentrados en los de Jessica. Esperaba que prestase atención e intentase analizar bien el rostro de Bella en mi beneficio.

La chica golpeteó el suelo todavía con más intensidad cuando la vio entrar.

Parece... triste. ¿Por qué? Igual no tiene nada con Edward Cullen. Sería una decepción, aunque... significaría que él sigue disponible. Si ahora, de repente, está interesado en salir con chicas, a mí no me importaría echarle una mano...

Bella no parecía triste, sino reticente. Estaba preocupada; sabía que yo escucharía toda la conversación.

—*¡Cuéntamelo todo!* —le pidió Jess mientras ella se quitaba la chaqueta y la colgaba del respaldo. Se movía de forma deliberada, renuente.

Uf, mira que es lenta. A ver si llega pronto a los detalles jugosos.

—*¿Qué quieres saber?*

Bella se sentó despacio, intentaba ganar tiempo.

—*¿Qué ocurrió anoche?*

—*Me llevó a cenar y luego me trajo a casa.*

¿Y después? ¡Venga ya, tiene que haber algo más! Es mentira, estoy segura. Se lo voy a decir.

—*¿Cómo llegaste a casa tan pronto?*

Vi que Bella ponía los ojos en blanco ante una desconfiada Jessica.

—*Conduce como un loco. Fue aterrador.*

Esbozó una sonrisilla y yo me reí tan alto que el señor Mason interrumpió su discurso. Intenté disimular fingiendo que tosía, pero no engañé a nadie. El señor Mason me miró con fastidio, pero ni siquiera me molesté en escuchar lo que estaba pensando. Me interesaba más Jessica.

Vaya, pues parece que está contando la verdad. ¿Por qué hay que sacársela palabra por palabra? Yo estaría presumiendo a tope.

—¿Fue como una cita? ¿Le habías dicho que os reuniríais allí?

Jessica vio que la expresión de Bella se tornaba confusa; le decepcionó darse cuenta de que no fingía.

—No, me sorprendió mucho verlo en Port Angeles —aclaró Bella.

¿Qué está pasando?

—Pero él te ha recogido hoy para traerte a clase...

Tiene que haber algo que no me está contando.

—Sí... Eso también ha sido una sorpresa. Se dio cuenta de que la noche pasada no tenía la cazadora.

Pues eso no es muy emocionante, pensó Jessica, de nuevo decepcionada.

Su interrogatorio empezaba a hastiarle; quería enterarme de algo que no supiera ya. Esperé que no estuviese tan insatisfecha como para saltarse las preguntas que me interesaban.

—Así que... ¿vais a salir otra vez? —quiso saber Jessica.

—Se ofreció a llevarme a Seattle el sábado, ya que cree que mi coche no es demasiado fiable. ¿Eso cuenta?

Vaya... Pues parece que se está esforzando mucho para..., bueno, para cuidarla. Tiene que haber algo por el lado de él, si es que no lo hay por el de ella. Pero ¿cómo es posible? Bella está pirada.

—Sí —respondió Jessica.

—Bueno, entonces, sí.

—V-a-y-a... ¡Edward Cullen!

No sé si a ella le gustará o no, pero, de todos modos, esto es un bombazo.

—Lo sé...

Bella suspiró. Su tono de voz animó a Jessica. *¡Por fin parece que se da cuenta!*

Me pregunté si Jessica estaría interpretando bien el tono de Bella. Ojalá le hubiese preguntado qué quería decir en lugar de darlo por hecho. De repente, pareció acordarse de la pregunta más importante.

—¡Aguarda! ¿Te ha besado?

Por favor, dime que sí. ¡Y luego descríbemelo segundo por segundo!

—No —murmuró Bella, y se miró las manos, con el rostro ensombrecido —. No es de esos.

Madre mía... Ya me gustaría a mí. ¡Ja! Y parece que a ella también.

Fruncí el ceño. Bella parecía disgustada por algo, pero no era posible que estuviese decepcionada, como Jessica pensaba. No era posible que deseara

algo así, no cuando sabía lo que sabía. ¿Cómo iba a querer estar tan cerca de mis... dientes? Igual incluso pensaba que tenía colmillos.

Me estremecí.

Jessica insistió:

—*¿Crees que el sábado...?*

Bella respondió, con una expresión aún más frustrada:

—*Lo dudo, de verdad.*

Sí, está claro que se muere de ganas. Lo siento por ella.

No parecía que Jessica se equivocase. ¿O me daba esa impresión porque lo estaba viendo todo a través de sus percepciones?

Durante medio segundo, me distrajo esa idea, esa imposibilidad. ¿Cómo sería besar a Bella? Mis labios sobre los suyos, la fría piedra sobre la seda cálida y blanda.

Y entonces... caería muerta.

Sacudí la cabeza, me estremecí y me volví a concentrar.

—*¿Sobre qué hablasteis?*

¿Hablaste con él de verdad o lo exprimiste para sacarle información como estoy haciendo yo contigo?

Sonreí con cierta tristeza. Jessica no se alejaba mucho de la realidad.

—*No sé, Jess, de un montón de cosas. Hablamos un poco del trabajo de Literatura.*

Muy poco. Sonreí todavía más.

¡Venga ya!

—*Por favor, Bella. Dame algunos detalles.*

Bella reflexionó unos instantes.

—*Bueno... De acuerdo. Tengo uno. Deberías haber visto a la camarera flirteando con él. Fue una pasada, pero él no le prestó ninguna atención.*

Qué extraño el detalle que Bella había decidido compartir. Me sorprendió incluso que se hubiese dado cuenta. Para mí, era una nimiedad.

Interesante...

—*Eso es buena señal. ¿Era guapa?*

Vaya... A Jessica le parecía más relevante que a mí.

—*Mucho, y probablemente tendría diecinueve o veinte años.*

Jessica se distrajo con un recuerdo fugaz de Mike en su cita del lunes por la noche. Había sido un poco demasiado amable con una camarera que a ella no le había parecido nada guapa. Apartó la imagen, se tragó su irritación y volvió a su misión.

—*Mejor aún. Debes de gustarle.*

—*Eso creo* —respondió Bella despacio. Yo estaba en el borde de mi asiento, rígido e inmóvil—. *Pero resulta difícil de saber. Es siempre tan críptico...*

Supuse que mi transparencia, obviedad y falta de control no habían sido tan evidentes como me pensaba. De todos modos, con lo observadora que era, ¿cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de que estaba enamorado de ella? Repasé nuestra conversación y casi me sorprendí al descubrir que no había pronunciado esas palabras exactas. Las había dado por sabidas, sentía que eran el subtexto de cada frase que intercambiábamos.

¡Vaya! ¿Cómo se hace para sentarse delante de un modelo y darle conversación?

—*No sé cómo has tenido suficiente valor para estar a solas con él.*

Bella se sobresaltó.

—*¿Por qué?*

Qué reacción más extraña. ¿Qué se cree que quiero decir?

—*Intimida tanto...* —*¿Cómo se lo digo?*—. *Yo no sabría qué decirle. Hoy no he podido ni hablarle en mi idioma, y lo único que ha hecho es darme los buenos días. Debo de haber quedado como una idiota.*

Bella sonrió.

—*Cometo algunas incoherencias cuando estoy cerca de él.*

Debía de estar intentando que Jessica no se sintiera mal. Cuando estábamos juntos, siempre era absolutamente dueña de sí, de una forma casi antinatural.

Jessica suspiró.

—*Oh, bueno. Es increíblemente guapo.*

De repente, el rostro de Bella adoptó una expresión fría; le brillaron los ojos del mismo modo que cuando le molestaba alguna injusticia. Jessica, sin embargo, no se dio cuenta del cambio.

—*Él es mucho más que eso.*

¡Oh! Ahora sí que vamos a algún lado.

—*¿De verdad? ¿Como qué?*

Bella se mordió el labio y dijo:

—*No te lo puedo explicar ahora, pero es incluso más increíble por dentro.*

Apartó la vista de Jessica; tenía la mirada perdida, como si estuviese mirando algo muy lejano.

Me sentía igual que cuando Carlisle o Esme me halagaban más de lo que merecía. Era un sentimiento parecido pero más intenso; me consumía.

Esta se cree que soy tonta... No hay nada mejor que esa cara. A no ser que se refiera al cuerpo. ¡Ay, me va a dar algo!

—¿Es eso posible?

Jessica se rio, pero Bella no la miró. Siguió con la mirada perdida en la distancia, ignorándola.

Una persona normal estaría presumiendo. Igual es mejor que le haga preguntas más simples... Ja, ja, ja. Como si estuviese hablando con un niño pequeño.

—Entonces ¿te gusta?

Me puse tenso otra vez. Bella no la miró.

—Sí.

—Me refiero a que si te gusta de verdad.

—Sí.

¡Se ha puesto roja!

—¿Cuánto te gusta? —insistió Jessica.

La clase de Literatura se podría haber incendiado de repente y yo no me habría dado ni cuenta. Bella se había puesto como la grana; su imagen mental casi emanaba calor.

—Demasiado —susurró—, más de lo que yo le gusto a él, pero no veo la forma de evitarlo.

¡Ay! ¿Qué me acaba de preguntar el señor Varner?

—Esto... ¿Qué número, señor Varner?

Me alegré de que Jessica no pudiera seguir interrogando a Bella. Necesitaba un minuto. ¿Dónde narices tenía esa chica la cabeza? ¿«Más de lo que yo le gusto a él»? ¿De dónde sacaba eso? ¿«No sé qué hacer para remediarlo»? ¿Qué se suponía que significaba eso? No conseguía encontrar una explicación racional a sus palabras. No tenían ningún sentido.

Según parecía, no podía dar nada por sentado. De algún modo, las cosas más obvias y razonables se deformaban en ese cerebro suyo tan extraño. Fulminé el reloj con la mirada, rechinando los dientes. ¿Cómo era posible que los minutos pasaran tan rematadamente lentos para un inmortal? ¿Dónde había quedado mi perspectiva?

Tuve la mandíbula tensa durante toda la clase de Trigonometría del señor Varner. Presté más atención a esa lección que a la mía. Bella y Jessica no hablaron más, pero la segunda miró de reojo a la primera varias veces y en una ocasión reparó en que de nuevo se había puesto como un tomate sin razón aparente.

No veía el momento de que llegase la hora de comer.

Tenía la esperanza de que Jessica consiguiera algunas de las respuestas que yo ansiaba cuando terminara la clase, pero Bella fue más rápida. En cuanto sonó la campana, se volvió hacia ella y le dijo:

—*En Lengua, Mike me ha preguntado si me has dicho algo sobre la noche del lunes.*

Se le escapó una sonrisa. Comprendí su estrategia: un buen ataque es la mejor defensa.

¿*Mike ha preguntado por mí?* La mente de Jessica se enterneció repentinamente por el júbilo, se volvió menos afilada y perdió su sarcasmo habitual.

—*¡Estás de guasa! ¡¿Qué le has dicho?!*

Estaba claro que ya no obtendría nada más de Jessica. Bella sonreía, como si hubiese llegado a la misma conclusión, como si me hubiese ganado la partida.

Bueno, la hora de comer sería otra historia.

Durante la clase de gimnasia, Alice y yo nos movimos con apatía, como siempre que teníamos que hacer deporte junto a los humanos. Ella estaba en mi equipo, por supuesto. Ningún humano querría nunca formar equipo con nosotros. Era el primer día de bádminton. Suspiré, aburrido, mientras movía la raqueta a cámara lenta para golpear la pluma hacia el otro lado. Lauren Mallory estaba en el otro equipo; falló. Alice daba vueltas a su raqueta como un bastón, mirando al techo. Dio un paso hacia la red y Lauren retrocedió dos.

Todos odiábamos gimnasia, sobre todo Emmett. Perder los partidos a propósito era una afronta a su filosofía de vida. Ese día, la clase me parecía peor de lo normal; estaba tan molesto como Emmett. Sin embargo, antes de que mi cabeza pudiera explotar de pura impaciencia, el entrenador Clapp dio los partidos por terminados y nos dejó salir antes. Me sentí ridículamente agradecido de que se hubiese saltado el desayuno —un nuevo intento de ponerse a dieta— y de que el hambre resultante de tal experimento lo hubiese apremiado a salir antes del instituto para ir en busca de una comida grasienta. Se había prometido que volvería a empezar al día siguiente...

Eso me dio tiempo para llegar al edificio de Matemáticas antes de que Bella saliera de clase.

Pásatelo bien, pensó Alice mientras iba al encuentro de Jasper. Solo tienes que ser paciente unos días más. Supongo que no saludarás a Bella de mi parte, ¿no?

Negué con la cabeza, exasperado. ¿Serían así de petulantes todos los videntes?

Ah, para que lo sepas, este fin de semana hará sol en los dos lados de la bahía. Quizá deberías cambiar de planes.

Suspiré y seguí caminando en la dirección contraria. Petulante pero útil, sin duda.

Me apoyé en la pared, al lado de la puerta, a esperar. Estaba tan cerca que oía la voz de Jessica a través de los ladrillos, además de sus pensamientos.

—Hoy no te vas a sentar con nosotros, ¿verdad?

Tiene un aspecto... radiante. Seguro que hay un montón de cosas que no me ha contado.

—Creo que no —respondió Bella; sonaba extrañamente insegura.

¿Acaso no le había prometido que comeríamos juntos? ¿En qué estaría pensando?

Salieron juntas del aula y abrieron unos ojos como platos al verme, aunque yo solo podía oír a Jessica.

Uf, madre mía. Sí, seguro que aquí están pasando más cosas de las que me cuenta.

—Te veo luego, Bella.

Bella vino hacia mí, pero se detuvo a un paso de distancia, todavía insegura. Tenía la piel de los pómulos sonrosada. La conocía lo bastante bien como para saber que no había miedo alguno tras su vacilación. Al parecer, se debía al abismo que imaginaba que separaba sus sentimientos de los míos. «Más de lo que yo le gusto a él». ¡Qué absurdo!

—Hola —la saludé en tono cortante.

Se sonrojó todavía más.

—Hola.

No parecía que fuese a decir nada más, así que me dirigí hacia la cafetería y ella me siguió en silencio.

La chaqueta había funcionado: su aroma no me había golpeado como de costumbre. Solo era una intensificación del dolor que ya sentía. Era capaz de ignorarlo con más facilidad de lo que antes creía posible.

Bella estaba inquieta mientras esperábamos en la fila, jugueteaba distraídamente con la cremallera de la chaqueta y cambiaba el peso de un pie a otro, nerviosa. Me miraba con frecuencia, pero, cada vez que nuestros ojos se cruzaban, bajaba la vista, avergonzada. ¿Sería porque mucha gente nos estaba mirando? Quizá oía los indiscretos susurros; hoy los rumores corrían verbalmente, además de mentalmente.

O quizá había comprendido, al ver mi expresión, que le iba a pedir algunas explicaciones.

No dijo nada hasta que no empecé a elegir su comida. Todavía no sabía qué le gustaba, así que cogí una cosa de cada.

—¿Qué haces? —protestó en voz baja—. ¿No irás a llevarte todo eso para mí?

Negué con la cabeza y empujé la bandeja hacia la caja registradora.

—La mitad es para mí, por supuesto.

Enarcó una ceja con aire escéptico, pero no dijo nada más. Pagué y la acompañé a la mesa donde nos habíamos sentado la semana anterior. Parecía que hubiese pasado mucho más tiempo; ahora todo era distinto.

Se sentó enfrente de mí y yo empujé la bandeja en dirección a ella.

—Toma lo que quieras —la animé.

Cogió una manzana y le dio vueltas en las manos, con una mirada inquisitiva.

—Siento curiosidad.

Qué sorpresa.

—¿Qué harías si alguien te desafiara a comer? —continuó en voz baja, tanto que debió de pasar desapercibida a oídos humanos. Los oídos inmortales eran otra historia, siempre que prestasen atención. Fruncí el ceño.

—Tú siempre sientes curiosidad —me quejé.

Qué se le iba a hacer. Tampoco era como si no hubiese tenido que comer nunca, era parte del teatro. Una parte desagradable.

Alargué una mano y cogí lo primero que pillé. Le di un pequeño mordisco sin dejar de mirarla a los ojos. No sabía qué era. Era viscoso, repulsivo y con tropezones, como cualquier otro alimento humano. Mastiqué rápido y tragué, intentando no hacer muecas. La bola de comida me descendió de forma lenta e incómoda por la garganta. Suspiré al pensar que tendría que sacármelo más tarde. Qué asco.

Bella estaba asombrada. Impresionada. Me entraron ganas de poner los ojos en blanco. Por supuesto que habíamos perfeccionado este tipo de engaños.

—Si alguien te desafía a tragar tierra, puedes, ¿verdad?

Arrugó la nariz y sonrió.

—Una vez lo hice... en una apuesta. No fue tan malo.

Me eché a reír.

—Supongo que no me sorprende.

¿Cómo ha podido? ¡El muy idiota egoísta! ¿Cómo ha podido hacernos esto? Los penetrantes chillidos mentales de Rosalie interrumpieron mi buen humor.

—Cálmate, Rose —oí susurrar a Emmett desde el otro lado de la cafetería. Le había puesto el brazo sobre los hombros para atraerla hacia sí. Para sujetarla.

Lo siento, Edward, pensó Alice en tono culpable. *Ha deducido que Bella sabía demasiado por vuestra conversación y... Bueno, habría sido peor si yo no le hubiera contado la verdad enseguida. Créeme.*

Hice una mueca al ver la imagen mental que me ofreció después, al ver lo que habría sucedido si Rosalie se hubiera enterado de todo más tarde, en casa, cuando no hubiese tenido que mantener su fachada. Tendría que esconder mi Aston Martin en otro estado si no se había calmado cuando terminasen las clases. Me disgusté al ver mi coche preferido destrozado y envuelto en llamas, aunque sabía que me lo había ganado.

Jasper no estaba mucho más contento.

Lidiaría con ellos después. Mi tiempo con Bella era limitado y no pensaba malgastarlo.

Edward y Bella parecen estar muy a gusto, ¿verdad? Los pensamientos de Jessica irrumpieron en mi mente mientras intentaba ignorar los de Rosalie. Esta vez no me molestó la interrupción. *El lenguaje corporal pinta bien. Luego se lo comentaré a Bella. Está inclinado hacia ella en la posición exacta que indica que está interesado. Se le ve interesado. Se le ve... perfecto.* Suspiró. *Ñam.*

Encontré la mirada de curiosidad de Jessica y ella apartó la vista, nerviosa, y se encogió en su asiento. *Mmm... Creo que es mejor que me quede con Mike. Mejor la realidad que una fantasía...*

No había pasado mucho rato, pero Bella se dio cuenta de que me había abstraído.

—Jessica está analizando todo lo que hago —dije, utilizando la distracción menos importante como excusa—. Luego te lo contará con todo lujo de detalles.

Rosalie seguía destilando furia en un cáustico monólogo interno y constante. Apenas callaba un segundo o dos para buscar insultos nuevos que poder dedicarme. Me obligué a relegar el sonido a un segundo plano y concentrarme en mi conversación con Bella.

Empujé el plato de comida hacia ella —resultó ser pizza— mientras me preguntaba por dónde empezar. Me sentí frustrado de nuevo al recordar sus palabras: «Más de lo que yo le gusto a él. Pero no sé qué hacer para remediarlo».

Dio un bocado al mismo trozo de pizza que había mordido yo. Me fascinaba lo confiada que era. Ella no sabía que yo era venenoso, claro, aunque compartir la comida no le haría daño. De todos modos, yo seguía esperando que me tratase de forma distinta. Como uno trataría a «algo» diferente. Pero nunca lo hacía.

Así que empezaría por ser amable.

—¿De modo que la camarera era guapa?

Volvió a enarcar una ceja.

—¿De verdad que no te diste cuenta?

Como si hubiese en el mundo otra mujer, además de Bella, que pudiese captar mi atención. De nuevo, absurdo.

—No. No prestaba atención. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—Pobre chica —dijo Bella con una sonrisa.

Le complacía que la camarera no me hubiese resultado en absoluto interesante. Lo comprendía. ¿Cuántas veces me había imaginado mutilando a Mike Newton en el aula de Biología?

Pero no era posible que Bella creyera sinceramente que los sentimientos humanos, que los frutos de diecisiete cortos años mortales, pudieran ser más fuertes que esta bola de demolición que había arrasado en mi interior después de un siglo de vacuidad.

—Algo de lo que le has dicho a Jessica... —No conseguí que mi tono de voz fuese desenfadado—. Bueno..., me molesta.

Se puso a la defensiva de inmediato.

—No me sorprende que oyeras algo que te disgustara. Ya sabes lo que se dice de los cotillas.

Que los cotillas jamás oían nada bueno sobre sí mismos. Eso decían.

—Te previne de que estaría a la escucha —le recordé.

—Y yo de que tú no querrías saber todo lo que pienso.

Ah, estaba pensando en el momento en que la había hecho llorar.

—Lo hiciste —respondí con la voz espesa y cargada de remordimientos—. Aunque no tienes razón exactamente. Quiero saber todo lo que piensas... Todo. Solo que desearía que no pensaras algunas cosas.

Más medias verdades. Sabía que no debía desear que ella me quisiera, pero lo deseaba. Por supuesto que lo deseaba.

—Esa es una distinción importante —gruñó con el ceño fruncido.

—Pero, en realidad, ese no es el tema ahora mismo.

—Entonces ¿cuál es?

Se inclinó hacia mí, acariciándose la garganta con una mano. Eso atrajo mi mirada... Me despidió. Qué suave debía de ser su piel...

Concéntrate, me ordené.

—¿De verdad crees que te interesas por mí más que yo por ti?

La pregunta se me antojó ridícula, como si las palabras estuviesen desordenadas. Ella se quedó paralizada unos instantes; incluso dejó de respirar. Luego apartó la vista y parpadeó rápidamente. Tomó aire dando un suave respingo.

—Lo has vuelto a hacer —murmuró.

—¿El qué?

—Deslumbrarme —admitió, mirándome con recelo.

—Ah...

No sabía muy bien qué hacer al respecto. Seguía entusiasmándome ser capaz de deslumbrarla, pero no estaba contribuyendo a la fluidez de la conversación.

—No es culpa tuya. —Suspiró—. No lo puedes evitar.

—¿Vas a responderme a la pregunta?

Ella bajó la vista a la mesa.

—Sí —se limitó a decir.

—¿Sí me vas a responder o sí lo piensas de verdad? —insistí con impaciencia.

—Sí, lo pienso de verdad —admitió sin levantar los ojos.

En su voz había un leve matiz de tristeza. Volvió a sonrojarse y se mordió el labio de forma inconsciente. De improviso, me di cuenta de lo mucho que le costaba reconocerlo, ya que lo creía de verdad. Yo no era mejor que el cobarde de Mike, pidiéndole que me confirmara sus sentimientos antes de confirmar yo los míos. No importaba que lo que yo sentía estuviese claro como el agua para mí. No se lo había transmitido a ella, así que no tenía excusa.

—Te equivocas —le prometí.

Debió de notar la ternura que impregnaba mi voz, porque levantó la vista y me miró. Sus ojos eran impenetrables, no me daban ninguna pista.

—Eso no lo puedes saber —musitó.

—¿Qué te hace pensarlo?

Deduje que Bella pensaba que yo subestimaba sus sentimientos porque no podía leerle la mente. Pero, en realidad, el problema era que ella subestimaba los míos de manera flagrante.

Me miró con el ceño fruncido, sin dejar de morderse el labio. Deseé, desesperadamente y por enésima vez, poder oír lo que le rondaba por la cabeza. Cuando estaba a punto de empezar a suplicar, alzó un dedo para acallarme.

—Déjame pensar —me pidió.

Mientras solo estuviese organizando sus pensamientos, yo sería capaz de ser paciente. O de fingir que lo era.

Presionó las manos una contra la otra, enredando y desenredando sus largos dedos. Se las miró mientras hablaba, como si pertenecieran a otra persona.

—Bueno, dejando a un lado lo obvio, en algunas ocasiones... No estoy segura, yo no puedo leer mentes, pero algunas veces parece que intentas despedirte cuando estás diciendo otra cosa.

No levantó la vista. Por supuesto que se había dado cuenta de eso. ¿Comprendía que lo que me mantenía a su lado eran el egoísmo y la debilidad? ¿Pensaba mal de mí por eso?

—Muy perceptiva —musité y, horrorizado, vi que su expresión reflejaba un intenso dolor. Me apresuré a desmentir sus conclusiones precipitadas—. Aunque por eso es por lo que te equivocas. —Me detuve y recordé las primeras palabras de su explicación. Me molestaban, aunque no acababa de entenderlas—. ¿A qué te refieres con «lo obvio»?

—Bueno, mírame. —Ya la estaba mirando. Era lo único que hacía—. Soy absolutamente normal; bueno, salvo por las cosas malas, como las experiencias mortales o esta torpeza que me convierte casi en una inútil. Y ahora mírate a ti.

Me señaló con un gesto teatral, como si estuviese diciendo algo tan obvio que no merecía la pena ponerlo en palabras.

¿Se pensaba que era corriente? ¿Creía que, de algún modo, yo era preferible a ella? ¿Según quién? ¿Humanos bobos de miras estrechas como Jessica o la señora Cope? ¿Cómo podía no darse cuenta de que era lo más hermoso..., lo más exquisito...? Ni siquiera esas palabras le hacían justicia.

Y ella no tenía ni idea.

—No te ves a ti misma con mucha claridad, ¿sabes? —le dije—. Voy a admitir que has dado en el clavo con las cosas malas. —Me reí sin humor. El cruel destino que la perseguía no me parecía gracioso. Su torpeza, en cambio, sí que era divertida. Dulce. ¿Me creería si le decía que era hermosa, por dentro y por fuera? Quizá si se lo corroboraba sería más persuasivo—. Pero

no has oído lo que pensaban todos los chicos de este instituto el día de tu llegada.

Ah, la esperanza, la emoción, las ansias de todos aquellos pensamientos... Lo rápido que se habían convertido en fantasías imposibles. Imposibles porque a ella no le interesaba ninguno de ellos.

Me había dicho que sí a mí.

Esbocé una sonrisa que debió de ser petulante.

Ella estaba perpleja.

—No me lo creo... —murmuró.

—Confía en mí por esta vez, eres lo opuesto a lo normal.

No estaba acostumbrada a los cumplidos, era evidente. Se sonrojó y cambió de tema.

—Pero yo no estoy diciendo adiós.

—¿No lo ves? Eso demuestra que tengo razón. Soy quien más se preocupa, porque si he de hacerlo... —¿Conseguiría algún día renunciar a mi egoísmo y hacer lo correcto? Negué con la cabeza, desolado. Debía encontrar las fuerzas para lograrlo. Ella merecía tener una vida, y no el futuro que Alice había visto para ella—. Si dejarlo es lo correcto... —Y tenía que ser lo correcto, ¿verdad? El lugar de Bella no estaba a mi lado. Ella no había hecho nada para merecer mi inframundo—. Sufiré para evitar que resultes herida, para mantenerte a salvo.

Deseé que mis palabras fuesen ciertas en cuanto las pronuncié.

Ella me fulminó con la mirada. Por alguna razón, mi afirmación la había enfurecido.

—¿Acaso piensas que yo no haría lo mismo? —me preguntó, furiosa.

Tan furiosa, tan suave y frágil. ¿Qué daño podría hacerle a nadie?

—Nunca vas a tener que tomar la decisión —respondí, de nuevo deprimido por la vasta diferencia que nos separaba.

Ella se me quedó mirando; la ira de sus ojos se había convertido en preocupación. Arrugó la frente. Había algo terriblemente erróneo en el orden del universo si alguien tan bondadoso y tan frágil no merecía un ángel de la guarda que la mantuviese a salvo.

Bueno..., pensé con sarcasmo, *al menos tiene un vampiro de la guarda...*

Sonreí. Me encantaba tener una excusa para quedarme.

—Por supuesto, mantenerte a salvo se empieza a parecer a un trabajo a tiempo completo que requiere de mi constante presencia.

Ella me devolvió la sonrisa.

—Nadie me ha intentado matar hoy —apuntó, más relajada, y luego adoptó una expresión interrogante antes de volver a dejar la mirada inexpresiva.

—Aún —añadí con aspereza.

—Aún —repitió ella, para mi sorpresa. Había esperado que negara necesitar protección.

Al otro lado de la cafetería, las quejas de Rosalie, en lugar de apagarse, iban aumentando en estridencia.

Lo siento, pensó Alice de nuevo; debía de haberme visto hacer una mueca. Pero escucharla me recordaba que aún tenía que encargarme de otros asuntos.

—Tengo otra pregunta para ti.

—Dispara —me animó ella, sonriente.

—¿Tienes que ir a Seattle este sábado de verdad o es solo una excusa para no tener que dar una negativa a tus admiradores?

Me miró con el ceño fruncido.

—Todavía no te he perdonado por el asunto de Tyler, ya sabes. Es culpa tuya que se haya engañado hasta creer que lo voy a acompañar al baile.

—Oh, hubiera encontrado la ocasión para pedírtelo sin mi ayuda. En realidad, solo quería ver tu cara. —Me reí al recordar su expresión de espanto. Nada de lo que le había contado yo sobre mi oscura historia había provocado un horror semejante—. Si te lo hubiera pedido, ¿me habrías rechazado?

—Probablemente, no, pero lo habría cancelado después, alegando una enfermedad o un tobillo torcido.

Qué raro.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza, como si le decepcionara que no lo hubiese entendido a la primera.

—Supongo que nunca me has visto en gimnasia, pero creía que tú lo entenderías.

Ah, claro.

—¿Te refieres al hecho de que eres incapaz de caminar por una superficie plana y estable sin encontrar algo con lo que tropezar?

—Obviamente.

—Eso no sería un problema. Todo depende de quién lleve a quién al bailar.

Durante una breve fracción de segundo me sentí abrumado ante la idea de tenerla entre mis brazos en un baile; una ocasión para la que seguro que se pondría algo bonito y delicado, en lugar de ese jersey horroroso. Con perfecta

claridad, recordé la sensación de tener su cuerpo bajo el mío tras haberla apartado de la trayectoria de la furgoneta. Era una sensación más poderosa que el pánico o la desesperación. Era tan cálida, tan suave, encajaba con tanta facilidad en mi propia silueta pétrea...

Me alejé de aquel recuerdo.

—Pero aún no me has contestado —dije a toda prisa para evitar que se enfrascara en una discusión conmigo, que era lo que claramente pretendía—. ¿Estás decidida a ir a Seattle o te importaría que fuéramos a un lugar diferente?

Qué ladino... Le había dado a elegir sin darle la opción de librarse de mí. No era justo. Pero la noche anterior le había hecho una promesa. Había sido inconsciente, no lo había pensado bien, pero... tenía que ganarme la confianza que había depositado en mí sin que yo la mereciera. Tenía que cumplir todas las promesas que pudiera, aunque me aterrorizara.

El sábado brillaría el sol. Podía enseñarle mi verdadero yo si lograba aunar el coraje necesario para soportar su espanto y su repugnancia. Y conocía el lugar perfecto para correr ese riesgo.

—Estoy abierta a sugerencias. Pero he de pedirte un favor.

Era un sí. ¿Qué querría?

—¿Cuál?

—¿Puedo conducir?

¿Era eso lo que entendía por una broma?

—¿Por qué?

—Bueno, sobre todo porque cuando le dije a Charlie que me iba a Seattle, me preguntó concretamente si viajaba sola, como era en ese momento. Probablemente, no le mentiría si me lo volviera a preguntar, pero dudo que lo haga de nuevo, y dejar el coche enfrente de la casa solo sacaría el tema a colación de forma innecesaria. Y, además, porque tu manera de conducir me asusta.

Puse los ojos en blanco.

—De todas las cosas por las que te tendría que asustar, a ti te preocupa mi conducción.

Le funcionaba el cerebro al revés, no me cabía duda. Negué con la cabeza, disgustado. ¿Por qué no podían asustarle las cosas adecuadas? ¿Por qué no podía yo desear que fuera así? No fui capaz de proseguir con el tono juguetón de nuestra charla.

—¿No le quieres decir a tu padre que vas a pasar el día conmigo? —le pregunté, con la voz impregnada de oscuridad. Pensé en todas las razones por

las que aquello era importante, aunque ya adivinaba cuál sería su respuesta.

—Con Charlie, menos es siempre más —respondió, convencida—. De todos modos, ¿adónde vamos a ir?

—Va a hacer buen tiempo —respondí despacio, luchando contra el pánico y la indecisión. ¿Cuánto me arrepentiría de esto?—. Por lo que me mantendré alejado de sitios públicos... Y podrás estar conmigo si así lo quieres.

Bella lo entendió enseguida. Me miró con ojos brillantes e ilusionados.

—¿Y me enseñarás a qué te refieres con lo del sol?

Quizá, como tantas otras veces, su reacción sería lo opuesto a lo que esperaba. Sonreí ante esa posibilidad, esforzándome por recuperar la ligereza de la conversación.

—Sí, pero... —Todavía no me había dicho que sí—. Si no quieres estar a solas conmigo, seguiría prefiriendo que no fueras a Seattle tú sola. Me estremezco al pensar con qué problemas te podrías encontrar en una ciudad de ese tamaño.

Frunció los labios; se había ofendido.

—Solo en población, Phoenix es tres veces más grande que Seattle. En tamaño físico...

—Pero al parecer en Phoenix no te había llegado la hora —la interrumpí—. Por lo que preferiría que permanecieras cerca de mí.

Podría quedarse para siempre y seguiría sin ser demasiado tiempo.

No debía pensar eso. No disponíamos de un «para siempre». Los segundos que pasaban contaban más que nunca; cada segundo la cambiaba, mientras que yo permanecía inmutable. Al menos físicamente.

—Pues resulta que no me importa estar a solas contigo.

No, claro, porque sus instintos funcionaban al revés.

—Lo sé. —Suspiré—. Pero se lo deberías contar a Charlie.

—¿Por qué diablos iba a hacer eso? —preguntó; la sola idea la mortificaba.

La fulminé con la mirada, aunque la ira, como de costumbre, iba dirigida hacia mí. Ojalá pudiera darle una respuesta distinta.

—Para darme algún pequeño incentivo para que te traiga de vuelta —le espeté.

Debía concederme al menos eso: un testigo que me obligase a ser cauteloso. Ella tragó saliva con fuerza y me contempló largo rato. ¿Qué veía?

—Creo que me arriesgaré —decidió.

¡Uf! ¿Es que arriesgar su vida le parecía emocionante? ¿Necesitaba el subidón de adrenalina?

¿Te quieres callar de una vez?! El grito mental de Rosalie se agudizó y penetró mi abstracción. Vi lo que pensaba de nuestra conversación, de cuánto sabía Bella exactamente. Miré atrás de inmediato y vi que me observaba con furia, pero entonces comprendí que no podía importarme menos. Que me destrozara el coche si quería. Solo era un juguete.

—Hablemos de cualquier otra cosa —propuso Bella de repente.

Volví a mirarla, maravillado de que pudiese darle tan poca importancia a lo que de verdad importaba. ¿Por qué no me veía como el monstruo que realmente era? A Rosalie no le costaba nada.

—¿De qué quieres hablar?

Miró a la izquierda y a la derecha, como si quisiera asegurarse de que nadie nos estaba escuchando. Debía de tener intención de sacar otro tema relacionado con la mitología. Por un segundo, sus ojos se detuvieron en algún punto y se puso rígida, pero enseguida volvió a mirarme a mí.

—¿Por qué te fuiste a ese lugar, Goat Rocks, el último fin de semana? ¿Para cazar? Charlie dijo que no era un buen lugar para ir de acampada a causa de los osos.

Era tan inocente. Me la quedé mirando y enarqué una ceja.

—¿Osos? —ahogó un grito.

Esbocé una sonrisa burlona y la observé mientras asimilaba la información. ¿Conseguiría con esto que me tomara en serio? ¿Habría algo capaz de lograrlo?

Cuéntaselo todo, ya que estás. No es que tengamos reglas, ni nada parecido, me espetó Rosalie desde sus pensamientos. Me esforzaba por no oírla.

Bella se recompuso.

—Ya sabes, no estamos en temporada de osos —aseveró con los ojos entornados.

—Si lees con cuidado, verás que las leyes recogen solo la caza con armas.

Perdió el control sobre sus facciones por un instante. Se quedó boquiabierta.

—¿Osos? —repitió, esta vez, tenía más de pregunta que de exclamación.

—El favorito de Emmett es el oso pardo.

La miré a los ojos mientras se recuperaba poco a poco de su asombro.

—Mmm... —murmuró.

Dio un mordisco a la pizza y bajó la vista. Masticó, pensativa, y luego bebió.

—Bueno —dijo al fin, y levantó los ojos—. ¿Cuál es tu favorito?

Supuse que debería haberme esperado una pregunta como esa, pero me sorprendió.

—El puma —respondí con brusquedad.

—Ah —dijo en tono neutral.

Seguía respirando con normalidad, de forma acompasada, como si estuviésemos hablando de mi restaurante favorito. Bueno, de acuerdo. Si quería comportarse como si aquello no fuese nada inusual...

—Por supuesto, debemos tener cuidado para no causar un impacto medioambiental desfavorable con una caza imprudente —añadí, con voz distante y cínica—. Intentamos concentrarnos en zonas con sobrepoblación de depredadores... Y nos alejamos tanto como sea necesario. Aquí siempre hay ciervos y alces. Nos servirían, pero ¿qué diversión puede haber en eso?

Escuchó con una expresión de educado interés, como si yo fuese un guía describiendo un cuadro en un museo. No me quedó más remedio que sonreír.

—Claro, qué diversión —murmuró con serenidad, y tomó otro bocado de pizza.

—El comienzo de la primavera es la estación favorita de Emmett para cazar al oso —proseguí en el mismo tono—. Acaban de salir de la hibernación y se muestran mucho más irritables.

Habían pasado setenta años y todavía no había superado su derrota en aquel primer combate.

—No hay nada más divertido que un oso pardo irritado. —Asintió solemnemente.

No pude reprimir una risita. Negué con la cabeza, incrédulo ante su ilógica tranquilidad. Tenía que ser impostada.

—Dime lo que realmente estás pensando, por favor.

—Me lo estoy intentando imaginar, pero no puedo. —Volvió a arrugar la frente—. ¿Cómo cazáis a un oso sin armas?

—Oh, las tenemos —respondí, y le dediqué una sonrisa resplandeciente. Esperaba que retrocediera, pero se quedó muy quieta, observándome—. Solo que no de la clase que se contempló al legislar las leyes de caza. Si has visto atacar a un oso en la televisión, tendrías que poder visualizar cómo caza Emmett.

Desvió la vista hacia la mesa en la que estaban los demás y se estremeció.

Por fin. Me reí de mí mismo, porque sabía que una parte de mí deseaba que sus instintos siguieran funcionando al revés.

Me miró con sus ojos oscuros y profundos muy abiertos.

—¿También tú te pareces a un oso? —preguntó casi en un susurro.

—Más al puma, o eso me han dicho —respondí, esforzándome por volver a sonar distante—. Tal vez nuestras preferencias sean significativas.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Tal vez —repitió. Entonces ladeó la cabeza. Era fácil distinguir la curiosidad en sus ojos—. ¿Es algo que podría llegar a ver?

Por un instante, la imagen de mi mente fue muy vívida. El cuerpo desfallecido y exangüe de Bella entre mis brazos. Era como si la visión hubiese sido mía, en lugar de haberla visto en la mente de Alice. Pero no necesitaba ser vidente para ilustrar semejante horror; la conclusión era obvia.

—¡Absolutamente no! —gruñí.

Se apartó de golpe, impactada y asustada ante mi rabia repentina. Yo también retrocedí; quería dejar un espacio entre los dos. Jamás se iba a dar cuenta, ¿verdad? No pensaba mover ni un dedo para ayudarme a mantenerla con vida.

—¿Demasiado aterrador para mí? —preguntó con voz firme. Sin embargo, su corazón latía al doble de la velocidad habitual.

—Si fuera eso, te sacaría esta noche —mascullé entre dientes—. Necesitas una saludable dosis de miedo. Nada te podría sentar mejor.

—Entonces ¿por qué? —insistió, sin inmutarse.

Le dirigí una mirada furibunda; quería que tuviera miedo. Yo lo tenía.

Pero sus ojos seguían cargados de curiosidad, impacientes y nada más. Bella esperaba su respuesta, no pensaba ceder.

Aunque la hora de comer había terminado.

—Más tarde —dije de forma cortante, y me puse en pie—. Vamos a llegar con retraso.

Miró a su alrededor, desorientada, como si hubiese olvidado que estábamos en la cafetería, como si se hubiese olvidado de que nos encontrábamos en el instituto y le sorprendiera ver que no estábamos solos en un lugar privado. Comprendía perfectamente esa sensación. Cuando estaba con ella, me costaba acordarme del resto del mundo.

Se levantó con rapidez, de un saltito, y se echó la mochila a la espalda.

—En tal caso, más tarde —respondió, y percibí la determinación en su gesto.

No se olvidaría.

12. Complicaciones

Bella y yo nos dirigíamos en silencio hacia la clase de Biología. Pasamos por delante de Angela Weber, que se había quedado rezagada discutiendo un trabajo con un chico de su clase de Trigonometría. Analicé sus pensamientos por encima, esperando sentirme decepcionado una vez más, pero me vi sorprendido por su tono melancólico.

Ah, así que sí que había algo que Angela quería. Desgraciadamente, no era algo que yo pudiera regalarle.

Sentí un consuelo extraño durante un breve momento mientras oí los fútiles anhelos de Angela. Me atravesó una sensación de afinidad, y, en ese segundo, estuve en consonancia con la amable humana.

Fue extrañamente reconfortante saber que no era el único ser que estaba viviendo una trágica historia de amor. El desamor estaba en todas partes.

Inmediatamente después, me invadió una ira repentina. Porque la historia de Angela no tenía por qué ser trágica. Ella era humana, y él era humano, y esos obstáculos insalvables de su mente eran totalmente ridículos comparados con los míos. No tenía motivos para tener el corazón roto. Qué congoja tan desperdiciada. ¿Por qué esta historia no debería tener un final feliz?

Quería hacerle un regalo... Pues bien, le daría lo que quería. Conociendo como conocía la naturaleza humana, probablemente ni siquiera me resultaría difícil. Examiné los pensamientos del chico que estaba a su lado, el objeto de sus deseos, y no parecía reacio. Estaba simple y llanamente bloqueado por las mismas razones que ella.

Lo único que tenía que hacer yo era sembrar la idea en sus cabezas.

El plan se elaboró fácilmente; la historia se escribía sola sin ningún esfuerzo por mi parte. Necesitaría la ayuda de Emmett..., solo que conseguir que me ayudara con esto sería lo único realmente difícil. La naturaleza humana era mucho más fácil de manipular que la naturaleza inmortal.

Me complació mi solución, el regalo que le haría a Angela. Fue una agradable manera de no pensar en mis propios problemas. Ojalá los míos se arreglaran con tanta facilidad.

El humor me cambió ligeramente a mejor en cuanto Bella y yo ocupamos nuestros sitios. Quizá debería ser más positivo. Quizá había alguna solución para nosotros que se me escapaba, del mismo modo en el que a Angela le había resultado invisible la suya, tan obvia. No era muy probable..., pero ¿por qué desperdiciar el tiempo con la desesperanza? No había tiempo que perder cuando estaba con Bella. Cada segundo contaba.

El señor Banner entró arrastrando un reproductor de vídeo y una tele un tanto arcaicos. Se iba a saltar toda una sección en la que no estaba muy interesado que digamos —las enfermedades genéticas—, poniéndonos una película los tres días siguientes. *El aceite de la vida* no era una obra alegre, pero eso no impidió que los alumnos estuviesen encantados. No había que tomar apuntes ni habría examen. Los humanos se regocijaron.

A mí nada de eso me importaba, de todas formas. No había planeado prestarle atención a nada que no fuese Bella.

Hoy no alejé mi silla de la suya para poder respirar. Al contrario, me senté cerca de ella, como lo haría cualquier humano. Más cerca de lo que nos sentábamos en mi coche, lo suficientemente cerca como para que el lado izquierdo de mi cuerpo se sintiese envuelto por el calor de su piel.

Era una sensación extraña, agradable y ansiosa a la vez, pero prefería estar así a sentarme al otro lado de la mesa. Era más de a lo que yo estaba acostumbrado y, aun así, me di cuenta rápidamente de que no me bastaba. No estaba satisfecho. Estar tan cerca de ella solo me hacía desear estar más cerca todavía.

La había acusado de ser un imán para el peligro. Ahora mismo, parecía como si aquella fuese la única verdad. Yo era el peligro, y, con cada centímetro que me permitía a mí mismo acercarme a ella, su atracción era más y más fuerte.

Entonces el señor Banner apagó las luces.

No me esperaba la gran diferencia que supuso aquel detalle, teniendo en cuenta que la falta de luz apenas significaba algo para mi vista. Aún podía ver igual de bien que antes. Cada detalle de la clase estaba claro.

Así que ¿de dónde venía la repentina descarga eléctrica que había en el aire? ¿Se debía a que sabía que yo era el único que podía ver con claridad? ¿Que tanto Bella como yo éramos invisibles para el resto? Como si

estuviésemos solos, únicamente los dos, escondidos en la clase a oscuras, sentados tan cerca el uno al lado del otro.

Mi mano se movió en su dirección sin que yo le diera permiso. Solo para tocar su mano, para sostenerla en la oscuridad. ¿Tan terrible error sería? Si mi piel la molestaba, solo tendría que apartarla.

Retiré la mano, crucé los brazos con fuerza contra mi pecho y apreté los puños. Ningún error; me lo había prometido a mí mismo. Si sostenía su mano, solo querría más: otro roce insignificante, otro movimiento para estar más cerca de ella. Lo sentía. Un nuevo tipo de deseo crecía en mi interior, luchando contra mi autocontrol.

Ningún error.

Bella cruzó los brazos firmemente contra su pecho, con los puños cerrados. Exactamente igual que yo.

¿En qué piensas? Me moría por susurrarle la pregunta, pero la habitación estaba demasiado silenciosa como para ocultar incluso una charla en susurros.

La película empezó, iluminando solo un poco la oscuridad. Bella me miró. Notó la postura rígida de mi cuerpo —exactamente igual a la suya— y sonrió. Sus labios se abrieron suavemente y sus ojos parecieron llenarse de invitaciones placenteras.

O quizá yo veía lo que quería ver.

Le devolví la sonrisa. Recuperó el aliento con un suspiro y apartó la mirada rápidamente.

Eso lo empeoró. No sabía lo que pensaba, pero de repente supe que antes había estado en lo cierto, que ella quería que yo la tocara. Había sentido aquel peligroso deseo igual que lo había sentido yo.

La electricidad zumbaba entre su cuerpo y el mío.

No se movió en toda la hora, manteniendo su postura controlada y rígida; yo mantuve la mía. De vez en cuando me lanzaba una mirada de soslayo, y el zumbido de la corriente me atravesaba con una sacudida repentina.

Pasó la hora... lentamente y, sin embargo, no lo suficientemente despacio. Todo esto era tan nuevo que podría haber permanecido sentado así con ella días enteros, solo para experimentar aquella sensación en toda su plenitud.

Me debatí de doce maneras diferentes contra mí mismo mientras pasaban los minutos, luchando racionalmente contra el deseo.

Por fin, el señor Banner encendió de nuevo la luz.

Bajo el brillo de los fluorescentes, el aire de la clase volvió a la normalidad. Bella suspiró y se estiró, flexionando los dedos delante de ella.

Mantener aquella posición durante tanto tiempo debía de haberle resultado incómodo. Para mí era más fácil: la quietud me salía de forma natural.

Reí al ver la expresión de alivio en su rostro.

—Bien, ha sido interesante.

—Mmm —murmuró, entendiendo claramente a qué me refería yo, pero sin hacer ningún comentario. Qué no daría yo por oír lo que estaba pensando en aquel preciso instante.

Suspiré. Por mucho que lo deseara, no serviría de ayuda.

—¿Nos vamos? —pregunté, al tiempo que me levantaba.

Hizo una mueca y se puso en pie torpemente, con las manos extendidas como si tuviese miedo de caerse.

Podía ofrecerle mi mano. O podía poner la mano debajo de su codo — solo ligeramente— y sujetarla. Seguramente eso no sería una infracción atroz.

Ningún error.

Mientras andábamos hacia el gimnasio, Bella permaneció muy callada. Tenía el entrecejo fruncido, señal evidente de que estaba absorta en sus pensamientos. Yo también estaba absorto en los míos.

Un roce de mi piel no le haría daño, afirmaba la parte egoísta de mi ser.

Podía moderar fácilmente la presión de mi mano. No sería precisamente difícil. Mi sentido del tacto estaba mejor desarrollado que el de un humano: podía hacer juegos malabares con doce bolas de cristal sin romper ninguna; podía acariciar una pompa de jabón sin hacerla estallar. Siempre y cuando pudiese controlarme con firmeza a mí mismo.

Bella era como una pompa de jabón: frágil y efímera. Temporal.

¿Durante cuánto tiempo podría justificar mi presencia en su vida? ¿De cuánto tiempo disponíamos? ¿Volvería a tener otra oportunidad como esta, como este momento, como este segundo? No siempre estaría al alcance de mi mano.

Bella se giró para mirarme en la puerta del gimnasio y abrió mucho los ojos ante la expresión de mi rostro. No habló. Me fijé en mi reflejo en sus ojos y vi el conflicto que rugía en los míos. Observé cómo cambiaba mi semblante cuando la mejor parte de mí perdió la batalla.

Mi mano se elevó sin recibir una orden consciente para hacerlo. Suavemente, como si Bella estuviese hecha del cristal más fino, como si fuese igual de frágil que la pompa que había imaginado, mis dedos acariciaron la cálida piel que le cubría los pómulos. Se calentó bajo mi tacto, y pude sentir el ritmo de la sangre acelerándose bajo su piel translúcida.

Basta, ordené, aunque mi mano suspiraba por acoplarse a la forma de su rostro. *Basta*.

Fue difícil retirar la mano, obligarme a mí mismo a no acercarme aún más a ella. Mil posibilidades distintas recorrieron mi mente en un instante... Mil maneras distintas de tocarla. La punta de mis dedos recorriendo la forma de sus labios. Mi mano sosteniendo su barbilla. Quitándole la horquilla del pelo y dejando que se deslizase por mi mano. Mis brazos rodeándola por la cintura, sujetándola contra mi cuerpo.

Basta.

Me obligué a girarme, a alejarme de ella. Mi cuerpo se movió con rigidez... sin quererlo.

Dejé que mi mente se quedara atrás para observarla mientras yo me alejaba rápidamente, casi huyendo de la tentación. Oí los pensamientos de Mike Newton —eran los más sonoros— mientras miraba cómo Bella pasaba delante de él sin reparar en su presencia, con los ojos perdidos y las mejillas sonrojadas. Frunció el ceño y de repente mi nombre se mezcló con una serie de insultos en su cabeza. No pude evitar sonreír levemente ante eso.

La mano me hormigueaba. La flexioné y luego la cerré en un puño, pero seguía punzándome sin dolor.

No, no la había herido..., pero, aun así, tocarla había sido un error.

Sentía que unas brasas ardían en mi interior, como si una versión apagada de mi sedienta quemazón se hubiese extendido por todo mi cuerpo.

La próxima vez que me acercara a ella, ¿sería de nuevo capaz de refrenar mis impulsos de tocarla? Y si la tocara una vez más, ¿sería capaz de detenerme ahí?

Ni un error más. Eso era todo. *Saborea el recuerdo, Edward*, me dije tristemente a mí mismo, *y guárdate tus manos para ti*. Era eso, o tendría que obligarme a partir... de alguna manera. No me podía permitir estar cerca de ella si no lograba dejar de cometer errores.

Respiré profundamente y traté de poner en orden mis pensamientos.

Emmett me alcanzó fuera del edificio de Lengua.

—Eh, Edward. —*Tiene mejor aspecto. Extraño, pero mejor. Feliz.*

—Eh, Em. —¿Parecía feliz? Supuse que, a pesar del caos en mi cabeza, sentía algo parecido a la felicidad.

Vaya forma más sutil tienes de cerrar el pico, chaval. Rosalie te va a arrancar la lengua.

Suspiré.

—Lamento que tengáis que haber lidiado con ello por mi culpa. ¿Estáis enfadados conmigo?

—Nah. A Rose se le pasará. Iba a suceder antes o después. —*Con lo que Alice ha visto venir...*

En aquel momento, no quería pensar en las visiones de Alice. Miré hacia delante, con los dientes muy apretados.

Mientras buscaba algo para distraer mi atención, vi a Ben Cheney entrar en la clase de Español por delante de nosotros. Ah... Esta era mi oportunidad para darle a Angela Weber mi regalo.

Detuve mi paso y agarré a Emmett del brazo.

—Espera un segundo.

¿Qué pasa?

—Sé que no lo merezco, pero ¿me harías un favor igualmente?

—¿Qué favor? —preguntó con curiosidad.

Hablando en voz muy baja, y a una velocidad que habría hecho ininteligibles mis palabras a cualquier humano, le expliqué lo que quería.

Me miró detenidamente cuando acabé, con la mente tan en blanco como su rostro.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Me ayudarás a hacerlo?

Tardó un minuto en contestar.

—Pero ¿por qué?

—Venga, Emmett. ¿Y por qué no?

¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano?

—¿Acaso no eres tú el que se queja de que en el colegio todo es siempre igual? Pues esto es algo distinto, ¿no? Míralo como un experimento... Un experimento sobre el comportamiento humano.

Me miró de nuevo antes de ceder.

—Bueno, sí que es distinto, lo admito. Bien, vale. —Emmett resopló y luego se encogió de hombros—. Te ayudaré.

Le sonreí, más entusiasmado con mi plan ahora que contaba con él. Rosalie era una lata, pero siempre le estaría agradecido por haber elegido a Emmett; nadie tenía un hermano mejor que el mío.

Emmett no necesitó practicar. Le susurré entre dientes las frases que tenía que decir según entrábamos en clase.

Ben ya estaba en su sitio, detrás de mí, sacando sus deberes. Emmett y yo nos sentamos e hicimos lo mismo. La clase aún no estaba en silencio; el murmullo de las tenues charlas continuó hasta que la señora Goff nos llamó la

atención. No tenía prisa alguna y estaba corrigiendo los exámenes de la clase anterior.

—Así que —dijo Emmett con un tono de voz más elevado del necesario —... ¿ya le has pedido salir a Angela Weber?

El sonido del papeleo a mi espalda se detuvo de golpe y Ben se quedó de piedra, con su atención súbitamente centrada en nuestra charla.

¿Angela? ¿Están hablando de Angela?

Perfecto. Había captado su interés.

—No —dije, moviendo la cabeza lentamente para parecer arrepentido.

—¿Por qué no? —improvisó Emmett—. ¿Falta de valor, quizá?

Lo miré frunciendo el ceño.

—No. Es que oí que estaba interesada en otra persona.

¿Edward Cullen le iba a pedir a Angela que saliese con él? Pero... no... Eso no me gusta. No quiero que se acerque a ella. Él no es... bueno para ella. No es... seguro.

No había previsto esa caballerosidad ni su instinto protector. Más bien había esperado celos por su parte. Pero también podía trabajar con esto.

—¿Y vas a dejar que eso te detenga? —preguntó Emmett en tono socarrón, improvisando de nuevo—. ¿No vas a luchar por ella?

Le dediqué una mirada furibunda, pero aproveché sus palabras.

—Mira, creo que le gusta mucho ese tal Ben. No voy a intentar convencerla. Hay más chicas.

La reacción en la silla de detrás de mí fue eléctrica.

—¿Quién? —preguntó Emmett volviendo al guion.

—Mi compañera de laboratorio dijo que era un chico llamado Cheney. No sé quién es.

Reprimí la sonrisa. Solo a los altivos Cullen les podía salir bien fingir que no conocían a todos los estudiantes de esta diminuta escuela.

A Ben le daba vueltas la cabeza de la impresión. *¿Yo? ¿Por delante de Edward Cullen? Pero ¿por qué iba a gustarle yo?*

—Edward —murmuró Emmett en un tono más bajo, desviando la mirada hacia el chico—. Está justo detrás de ti —dijo moviendo los labios, para que el humano pudiese leer sin problemas las palabras.

—Oh —murmuré yo.

Me giré en la silla y le eché una mirada al chico sentado detrás de mí. Durante un segundo, aquellos ojos negros detrás de las gafas reflejaron miedo, pero luego se enderezó y cuadró los hombros, ofendido ante mi

escrutinio tan despectivo y descarado. Alzó la barbilla y un arrebato de enfado le oscureció su piel marrón dorada.

—Ajá —dije arrogante mientras me giraba de nuevo hacia Emmett.

Piensa que es mejor que yo. Pero Angela no lo piensa. Se lo demostraré... Perfecto.

—Pero ¿no dijiste que Angela iba a ir al baile con Yorkie? —preguntó Emmett, y resopló al pronunciar el nombre del chico al que muchos menospreciaban por su torpeza.

—Por lo visto, fue una decisión de grupo. —Quería asegurarme de que Ben tuviese esto muy claro—. Angela es tímida. Si B..., bueno, si un chico no es lo bastante valiente como para pedirle que salga con él, ella nunca se lo pediría a él.

—A ti te gustan las tímidas —dijo Emmett, volviendo a improvisar. *Chicas tímidas. Chicas como... Mmm... No sé, ¿Bella Swan, quizá?*

Le sonreí abiertamente.

—Exacto. —Luego volví a retomar mi papel—. A lo mejor Angela se cansa de esperar. Puede que le pida que vaya al baile conmigo.

No, no lo harás, pensó Ben, irguiéndose en la silla. ¿Y qué si es más alta que yo? Si a ella no le importa, entonces a mí tampoco. Es la chica más simpática, lista y guapa de este colegio... y me quiere a mí.

Me gustaba este Ben. Tenía pinta de ser brillante y con buenas intenciones. Quizá hasta merecedor de estar con una chica como Angela.

Levanté los pulgares por debajo de la mesa para que lo viera Emmett al tiempo que la señora Goff se ponía en pie y saludaba a la clase.

Vale, lo reconozco... Ha sido un poco divertido, pensó Emmett.

Sonreí para mis adentros, encantado de haber podido darle forma a una historia de amor. Estaba seguro de que Ben cumpliría y Angela recibiría mi regalo anónimo. Mi deuda estaba saldada.

Qué necios, los humanos; eran capaces de permitir que una diferencia de altura de quince centímetros se interpusiera en su felicidad.

Mi logro me puso de buen humor. Volví a sonreír cuando me acomodé en mi silla, preparado para el espectáculo. Después de todo, tal y como Bella me había dicho a la hora de comer, nunca la había visto en acción en clase de gimnasia.

Los pensamientos de Mike eran los más fáciles de localizar en el batiburrillo de voces que invadía el gimnasio. Me había familiarizado demasiado con su mente durante las últimas semanas. Suspirando, me resigné

a tener que escuchar a través de él. Al menos podía estar seguro de que el chico estaría pendiente de Bella.

Llegué justo a tiempo de oír cómo le pedía a Bella que fuera su pareja de bádminton; cuando se lo ofreció, se le pasaron por la cabeza otro tipo de emparejamientos con ella. Se desvaneció mi sonrisa, apreté los dientes y me tuve que recordar a mí mismo que matar a Mike Newton seguía sin estar permitido.

—*Gracias, Mike, no tienes por qué hacerlo, ya lo sabes.*

—*No te preocupes, me mantendré lejos de tu camino.*

Bella le dedicó una amplia sonrisa, y destellos de muchos accidentes, siempre relacionados con Bella de un modo u otro, parpadearon en la cabeza de Mike.

Al principio, Mike jugó solo, mientras Bella titubeaba en la mitad trasera de la pista, sujetando la raqueta con mucho cuidado, como si fuese a explotar si la movía con demasiado ahínco. Después el entrenador Clapp se acercó y le ordenó a Mike que dejara jugar a Bella.

Oh, oh, pensó Mike cuando ella se adelantó con un suspiro, sujetando la raqueta en un ángulo raro.

Jennifer Ford sacó la pluma directamente hacia Bella, con un giro petulante en sus pensamientos. Mike vio a Bella tambalearse hacia él, balanceando la raqueta a varios metros de su objetivo, y corrió para intentar salvar el punto.

Miré alarmado la trayectoria de la raqueta de Bella. Efectivamente, golpeó la tensa red y rebotó contra ella; impactó contra la frente de Bella antes de girarse y golpear a Mike en el brazo con un sonoro clonc.

Au. Au. Ains. Me va a salir un buen moratón.

Bella se estaba masajeando la frente. No me resultaba fácil quedarme en mi silla sabiendo que estaba herida. Pero ¿qué podía hacer, aunque estuviese ahí con ella? Y no parecía nada serio. Dudé mientras observaba.

El entrenador se rio.

—*Lo siento, Newton. —Esa chica es la peor gafe que he visto en mi vida. No debería imponérsela a los demás.*

Volvió la espalda deliberadamente y se fue a mirar otro juego para que Bella pudiese retomar su anterior rol de mera espectadora.

Au, pensó de nuevo Mike, masajeándose el brazo. Se volvió hacia Bella.

—*¿Estás bien?*

—*Sí. ¿Y tú?* —preguntó ella tímidamente.

—*Creo que lo superaré. —No quiero quedar como un cobardica, pero, colega, ¡cómo duele!*

Mike empezó a mover el brazo en círculos, con una mueca de dolor.

—*Me quedaré aquí detrás* —dijo Bella, exhibiendo más vergüenza que dolor en su rostro. A lo mejor Mike se había llevado la peor parte. Sin duda deseé que así fuera. Al menos Bella ya no jugaba. Sujetaba la raqueta con muchísimo cuidado detrás de la espalda, con una expresión de remordimiento absoluto... Tuve que ponerme a toser para disimular la risa.

¿De qué te ríes?, quiso saber Emmett.

—Luego te lo cuento —murmuré.

Bella no se arriesgó a volver a jugar. El entrenador la ignoró y dejó que Mike jugara solo.

Hice el examen con los ojos cerrados al terminar la hora y la señora Goff me dejó salir antes. Según caminaba por el campus, escuchaba a Mike con atención.

Jessica me juró que están saliendo. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que elegirla a ella?

Mike no era consciente de que en realidad lo que había pasado era... que ella me había elegido a mí.

—Así...

—Así... *¿qué?* —preguntó Bella.

—Tú y Cullen, *¿eh?* —Tú y el bicho raro ese. Bueno, si para ti un tío con pasta es lo importante...

Apreté los dientes ante semejante suposición.

—*No es de tu incumbencia, Mike.*

Está a la defensiva. O sea, que es cierto. Mierda.

—*No me gusta.*

—*No tiene por qué* —le contestó Bella secamente.

¿Por qué no es capaz de ver la atracción de circo que es Edward? Como todos ellos. El modo en que la observa. Me da escalofríos con solo mirarlo.

—*Te mira como si... Te mira como si fueras comestible.*

Me encogí, esperando su respuesta.

Se puso roja como la grana y apretó los labios como si estuviese aguantando la respiración. Y, luego, de repente, se le escapó una risa tonta.

Qué bien. Ahora se ríe de mí.

Mike se dio la vuelta, con la mente esquiva, y se alejó hacia los vestuarios.

Me apoyé en la pared del gimnasio e intenté calmarme.

¿Cómo había podido reírse de la recriminación que le había hecho Mike? Había dado tan en el blanco que empecé a preocuparme de que todo Forks también estuviese al tanto. ¿Por qué se había reído cuando él había sugerido que yo era capaz de matarla, cuando ella sabía perfectamente que era la pura verdad?

¿Qué demonios le pasaba a Bella?

¿Acaso tenía un sentido del humor morboso? Aquello no me cuadraba en absoluto con la noción que tenía yo de su carácter, pero ¿cómo podía estar seguro? O puede que mi idea del ángel insensato fuera real en cierto sentido: Bella no sentía miedo. Valiente. Esa era una palabra para describirla. Otros dirían que estúpida, pero yo sabía lo brillante que era. Sin importar el motivo, ¿era esta extraña ausencia de miedo por su parte lo que la ponía en peligro constantemente? A lo mejor siempre necesitaría que yo estuviese con ella.

Y así fue como mejoró mi ánimo.

Si pudiese ser más disciplinado, convertirme en alguien seguro, entonces sí que cabía la posibilidad de que estar cerca de ella fuese lo correcto.

Cuando cruzó las puertas del gimnasio, tenía los hombros rígidos y se estaba mordiendo otra vez el labio inferior. Un claro signo de ansiedad. Pero, en cuanto nuestras miradas se encontraron, se relajó y una amplia sonrisa se extendió por su rostro. Era un gesto extrañamente tranquilo. Caminó hasta mí sin dudar, y solo paró cuando estuvo tan cerca que el calor de su cuerpo cayó sobre mí como una ola.

—Hola —murmuró.

La felicidad que sentí en aquel momento no tenía, una vez más, precedentes.

—Hola —dije, y después, como estaba de tan buen humor que no podía resistirme a tomarle un poco el pelo, añadí—: ¿Cómo te ha ido en gimnasia?

Le vaciló la sonrisa.

—Bien.

Mentía muy mal.

—¿De verdad? —pregunté, a punto de insistir más en el tema; aún estaba preocupado por su cabeza, ¿le dolía? Pero entonces, los pensamientos de Mike Newton se hicieron tan sonoros que perdí la concentración.

Lo odio. Ojalá se muriese. Espero que se despeñe por un acantilado con ese coche tan reluciente que tiene. ¿Por qué no puede dejarla en paz y punto? Limitarse a los de su propia especie... A los monstruos.

—¿Qué pasa? —preguntó Bella.

Volví a centrarme en su rostro. Miró cómo se alejaba Mike, y luego a mí de nuevo.

—Newton me saca de mis casillas —admití.

Se quedó con la boca abierta y su sonrisa se desvaneció. Debía de haber olvidado que yo tenía las capacidades necesarias para haberla observado durante su desastrosa última clase, o quizá había esperado que no las utilizara.

—¿No habrás estado escuchando otra vez?

—¿Cómo va esa cabeza?

—¡Eres increíble! —dijo entre dientes, y luego se alejó caminando furiosa hacia el aparcamiento. Su piel se había puesto colorada. Estaba avergonzada.

La alcancé y me puse a caminar con ella, deseando que se le pasara pronto el enfado. Solía perdonarme rápidamente.

—Has sido tú quien ha mencionado que nunca te había visto en clase de gimnasia —le expliqué—. Eso ha despertado mi curiosidad.

No me contestó. Arqueó las cejas.

Se detuvo de golpe en el aparcamiento cuando vio que el camino hasta mi coche estaba siendo bloqueado por una multitud de estudiantes, en su mayoría chicos.

Me pregunto a qué velocidad han puesto este trasto.

Mira ese cambio de marchas SMG. No lo había visto más que en las revistas.

¡Menudas rejillas laterales!

Ojalá me sobraran sesenta mil dólares...

Este era precisamente el motivo por el que era mejor que Rosalie solo usara su coche fuera del pueblo.

Me abrí paso a través de aquellos chicos lujuriosos hasta llegar a mi propio coche. Después de dudarle un segundo, Bella me siguió.

—Ostentoso —murmuré cuando subió a mi lado.

—¿Qué tipo de coche es ese? —preguntó.

—Un M3.

Frunció el ceño.

—No hablo la jerga de *Car and Driver*.

—Es un BMW. —Puse los ojos en blanco y luego me concentré en no atropellar a nadie mientras echaba marcha atrás. Tuve que mirar fijamente a varios chicos que no parecían estar dispuestos a moverse ni un ápice. Medio segundo sosteniendo sus miradas fue suficiente para persuadirlos.

—¿Sigues enfadada? —le pregunté. Ya no tenía el entrecejo tan fruncido.

—Muchísimo —contestó bruscamente.

Suspiré. A lo mejor no debería haber sacado el tema. Paciencia. Podía intentar arreglarlo, supuse.

—¿Me perdonarás si te pido disculpas?

Se lo pensó un momento.

—Puede... Si te disculpas de corazón —decidió— y si prometes no hacerlo otra vez.

No tenía intención alguna de mentirle, pero tampoco pensaba, ni por asomo, acceder a esa petición. A lo mejor le podía hacer una contraoferta.

—¿Qué te parece si me disculpo sinceramente y accedo a dejarte conducir el sábado? —Me estremecí solo de pensarlo.

Volvió a fruncir el ceño mientras le daba vueltas al nuevo pacto.

—Hecho —dijo después de pensárselo un momento.

Y ahora debía disculparme... Nunca antes había intentado deslumbrar a Bella a propósito, pero este parecía un buen momento. La miré fijamente a los ojos mientras me alejaba conduciendo del colegio, preguntándome si estaba haciéndolo bien. Usé el tono de voz más persuasivo que tenía.

—Entonces, lamento haberte molestado.

El pulso le latía mucho más fuerte que antes, y el ritmo pasó a ser un brusco *staccato*. Tenía los ojos como platos. Estaba aturdida.

Sonreí un poco. Parecía que había funcionado. Por supuesto, a mí también me estaba costando apartar la mirada de sus ojos. Estaba igual de deslumbrado que ella. Agradecí conocer de memoria aquella carretera.

—A primera hora de la mañana del sábado estaré en el umbral de tu puerta —añadí para cerrar el trato.

Parpadeó suavemente, moviendo la cabeza como si quisiera despejarla.

—Mmm —dijo—. Que, sin razón alguna, un Volvo se quede aparcado enfrente de mi casa no me va a ser de mucha ayuda con Charlie.

Ah, qué poco sabía todavía de mí.

—No tengo intención de llevar el coche.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar.

La interrumpí. La respuesta solo serviría para generar otra ronda de preguntas.

—No te preocupes. Estaré ahí sin coche.

Eché la cabeza a un lado y por un instante pareció que iba a pedirme más explicaciones, pero luego cambió de idea, aparentemente.

—¿Ya es «más tarde»? —preguntó, haciéndome recordar la charla que habíamos dejado a medias en la cafetería.

Debería haber respondido a su otra pregunta. Esta era mucho menos apetecible.

—Supongo que sí —accedí reacio.

Aparqué enfrente de su casa, tenso, intentando pensar cómo explicárselo... sin que se notase mucho mi naturaleza monstruosa, sin volverla a asustar. ¿O acaso era un error intentar disimular mi oscuridad?

Bella esperaba con la misma expresión de interés que, por cortesía, había tenido durante la comida. Si yo no hubiese estado tan nervioso, me habría puesto a reír ante su ridícula tranquilidad.

—Y aún quieres saber por qué no puedes verme cazar, ¿no? —le pregunté.

—Bueno, sobre todo me preguntaba el motivo de tu reacción —dijo.

—¿Te he asustado? —pregunté, seguro de que me diría que no.

—No. —Qué gran mentira.

Intenté no sonreír, pero no fui capaz.

—Lamento haberte asustado. —Y entonces mi sonrisa desapareció, al igual que el momentáneo buen humor—. Ha sido solo la simple idea de que estuvieras allí mientras cazábamos.

—¿Estaría mal?

La imagen que se creó en mi cabeza fue demasiado: Bella, tan vulnerable en aquella oscuridad vacía; yo, fuera de control... Intenté borrarla de mi mente.

—En grado sumo.

—¿Por...?

Respiré hondo, concentrándome un segundo en aquella sed que me abrasaba. Sintiéndola, gestionándola, demostrándole que podía controlarla. Nunca me volvería a dominar... Quise que fuese cierto. Yo lograría ser alguien seguro para ella. Miré hacia las nubes sin verlas realmente, deseando creer que mi determinación sería suficiente si, en plena caza, me llegaba el aroma de Bella.

—Nos entregamos por completo a nuestros sentidos cuando cazamos —le conté, midiendo cada palabra antes de hablar—. Nos regimos menos por nuestras mentes. Domina sobre todo el sentido del olfato. Si estuvieras en cualquier lugar cercano cuando pierdo el control de esa manera...

Sacudí la cabeza, agonizando ante la idea de que sin duda eso sería lo que pasaría, no lo que «podría» llegar a pasar.

Escuché el incremento de sus latidos, y luego me giré, inquieto, a leer sus ojos.

La cara de Bella estaba serena, pero su mirada era grave. Tenía ligeramente fruncidos los labios en lo que me pareció un gesto de preocupación. Pero ¿preocupada por qué? ¿Por su propia seguridad? ¿Existía la esperanza de que finalmente pudiese haberle hecho entender la realidad tal y como era? Seguí mirándola, intentando convertir su expresión ambigua en algo certero.

Me devolvió la mirada. Sus ojos se abrieron después de un momento y se le dilataron las pupilas, aunque la luz no había variado.

Se me aceleró la respiración, y de repente el silencio del coche parecía zumbiar, tal y como había pasado en la oscuridad de la clase de Biología esta misma tarde. La corriente eléctrica fluía entre nosotros una vez más, y mi deseo por tocarla fue, brevemente, más fuerte incluso que mi sed de ella.

La vibración de la electricidad me hizo sentir como si tuviese pulso de nuevo. Mi cuerpo la acompañaba. Como si fuese humano. Por encima de cualquier otra cosa en el mundo, quería sentir el calor de sus labios contra los míos. Durante un segundo, tuve que luchar desesperadamente para hallar la fuerza, el control necesario para poder acercar tanto mi boca a su piel.

Bella respiraba entrecortadamente, y solo entonces me di cuenta de que, cuando a mí se me había empezado a acelerar la respiración, a ella se le había detenido la suya.

Cerré los ojos, intentando cortar aquella conexión entre nosotros.

Ni un error más.

La existencia de Bella estaba ligada a un millar de procesos químicos delicadamente equilibrados, todos fácilmente alterables: la expansión rítmica de sus pulmones, ese flujo de oxígeno, para ella significaba la vida o la muerte. La cadencia agitada de su frágil corazón se podía detener por cualquier accidente o enfermedad estúpidos o... por mi culpa.

Yo sabía que ningún miembro de mi familia —salvo, posiblemente, Emmett— vacilaría ni un segundo si se le ofreciera la posibilidad de regresar, de intercambiar la inmortalidad por mortalidad de nuevo. Rosalie y yo, y también Carlisle, nos meteríamos en una hoguera solo a cambio de eso. Arderíamos los días o siglos que fuesen necesarios.

La mayoría de nuestra especie anteponía la inmortalidad a todo lo demás. Incluso había humanos que la deseaban, que buscaban en lugares oscuros a aquellos que les pudieran ofrecer el regalo más tenebroso.

Nosotros no. Mi familia no. Cambiaríamos cualquier cosa por ser humanos.

Pero ninguno de nosotros, ni siquiera Rosalie, había estado jamás tan desesperado por regresar como ahora.

Abrí los ojos y miré los agujeros y defectos microscópicos del parabrisas, como si en aquel cristal imperfecto pudiese hallar alguna solución. La electricidad no se había desvanecido, y tuve que concentrarme para mantener las manos en el volante.

La mano derecha me empezó a punzar sin dolor una vez más, como si recordara el tacto de Bella.

—Bella, creo que deberías entrar en casa.

Obedeció de inmediato, sin decir nada, salió del coche y cerró la puerta detrás de ella. ¿Era capaz de sentir el potencial desastre tanto como yo?

¿Le dolía irse tanto como me dolía a mí verla partir? Mi único consuelo era que la vería pronto. Antes de lo que ella me vería a mí. Esbocé una sonrisa ante la idea, luego bajé la ventana y me incliné para hablar con ella una vez más. Ahora era más seguro, con el calor de su cuerpo fuera del coche.

Se giró para ver lo que quería, curiosa.

Siempre tan curiosa, a pesar de que yo le había contestado casi todas sus innumerables preguntas. Era mi curiosidad la que no estaba satisfecha en absoluto. No era justo.

—¿Bella?

—¿Sí?

—Mañana me toca a mí.

Frunció el ceño.

—¿El qué te toca?

—Hacer las preguntas.

Mañana, cuando estuviésemos en un lugar más seguro, rodeados de testigos, obtendría mis propias respuestas. Sonreí ante la idea, y luego me aparté cuando Bella no hizo movimiento alguno para irse. Incluso con ella fuera del coche, el eco de la electricidad zumbó en el aire. Yo también quería salir, acompañarla hasta la puerta para tener una excusa para quedarme a su lado.

Ningún error más. Apreté el acelerador y luego suspiré cuando ella desapareció detrás de mí. Era como si siempre estuviera corriendo hacia Bella o huyendo de ella, nunca quieto. Tendría que hallar la manera de permanecer firme, si es que alguna vez queríamos llegar a encontrar la paz.

Mi casa parecía tranquila y silenciosa desde el exterior mientras pasaba por delante de ella, en dirección al garaje. Pero podía escuchar la agitación que había dentro, tanto la que se hablaba en voz alta como la que se pensaba en silencio. Eché una mirada pensativa hacia mi coche favorito —aún impecable, de momento— antes de salir y enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Sabía que no lograría recorrer la corta distancia que iba del garaje a la casa sin que me abordaran.

Rosalie salió disparada por la puerta principal en cuanto oyó mis pasos. Se plantó en la base de las escaleras y me mostró los dientes.

Me detuve a unos veinte metros de distancia, sin agresividad alguna en mi postura. Sabía que me lo merecía.

—Lo siento mucho, Rose —le dije antes de que tuviese tiempo de ordenar sus pensamientos y lanzarse al ataque. Probablemente, yo no podría decir mucho más después de eso.

Cuadró los hombros y alzó la barbilla, desafiante.

¿Cómo has podido ser tan estúpido?

Emmett bajó lentamente las escaleras detrás de ella. Sabía que, si Rosalie me atacaba, Emmett se interpondría entre nosotros. No para protegerme. Sino para evitar que Rose me provocara demasiado y yo tuviera que defenderme.

—Lo siento —le dije de nuevo.

Pude ver lo sorprendida que estaba por la falta de sarcasmo en mi voz, por mi rápida rendición. Pero estaba demasiado enfadada todavía como para aceptar disculpas.

¿Estás contento?

—No —dije, con tal sufrimiento en mi voz que evidenciaba toda negativa.

¿Por qué lo hiciste, entonces? ¿Por qué se lo contaste? ¿Solo porque ella te lo preguntó? Las palabras en sí no eran tan duras: era su tono mental el que estaba afilado como un cuchillo. En su mente también estaba la cara de Bella..., solo que se trataba de una caricatura del rostro que yo amaba. Por mucho que Rosalie me odiara en este momento, no era nada en comparación al odio que sentía por Bella. Quería hacerse creer a sí misma que este odio estaba justificado, basado únicamente en lo mal que me había portado yo, y que Bella solo era un problema porque ahora representaba un peligro para nosotros. Una regla quebrantada. Bella sabía demasiado.

Pero pude ver lo mucho que le nublaban el juicio los celos. Ya no se trataba solo del hecho de que yo encontrase a Bella mucho más fascinante de lo que jamás había considerado a Rosalie. Sus celos habían cambiado y modificado el rumbo. Bella tenía todo lo que Rosalie quería. Era humana.

Podía elegir. A Rose le enfurecía que Bella pusiese todo eso en peligro, que coqueteara con la oscuridad cuando tenía otras opciones.

Rose había llegado a pensar que aceptaría incluso intercambiarse la cara con aquella chica a la que consideraba tan mediocre, siempre que pudiese meter su humanidad en el trato.

Aunque Rosalie intentaba no pensar en todas estas cosas mientras esperaba mi respuesta, no podía alejarlas totalmente de su cabeza.

—¿Por qué? —exigió en voz alta cuando yo no dije nada. No quería que yo siguiera leyéndole la mente—. ¿Por qué se lo contaste?

—Estoy francamente sorprendido de que fueses capaz —dijo Emmett antes de que yo pudiese contestar—. Casi nunca hablas de eso, ni siquiera con nosotros. No es tu tema favorito, que digamos.

Emmett estaba pensando en lo mucho que nos parecíamos Rose y yo en esto, en cómo los dos siempre evitábamos usar aquel término de la no vida que tanto odiábamos. Él no tenía tantas reservas al respecto.

¿Cómo sería sentirse como Emmett? ¿Ser tan práctico, tan libre de arrepentimientos? ¿Ser capaz de aceptar las cosas y avanzar tan fácilmente?

Rose y yo seríamos mucho más felices si pudiéramos imitarlo.

Ver eso —nuestras similitudes— de manera tan clara hizo que me resultara todavía más fácil perdonar aquellas agujas envenenadas que Rose enviaba mentalmente en mi dirección.

—No te equivocas —le dije a Emmett—. Dudo que yo mismo hubiese podido decirlo alguna vez.

Emmett ladeó la cabeza hacia un lado. Detrás de él, dentro de la casa, podía sentir la conmoción del resto de la audiencia. La única que no estaba sorprendida era Alice.

—Entonces ¿por qué lo sabe? —siseó Rosalie.

—No exageres —le dije sin mucha esperanza. Arqueó las cejas—. No violé las normas a propósito. Probablemente sea algo que deberíamos haber previsto.

—¿De qué estás hablando? —exigió.

—Bella es amiga del bisnieto de Ephraim Black.

Rosalie se quedó de piedra. A Emmett también lo había pillado desprevenido. Al igual que yo, no estaban preparados para que las cosas tomaran aquel rumbo.

Carlisle apareció en la puerta. Aquello era mucho más que una simple pelea entre Rosalie y yo.

—¿Edward? —preguntó.

—Tendríamos que haberlo sabido, Carlisle. Como era de esperar, los ancianos advirtieron a la nueva generación cuando volvimos. Y, como era de esperar, la nueva generación no se creyó nada. Otra estúpida historia más. El chico que respondió a las preguntas de Bella no se creía nada de lo que él mismo le estaba contando.

No estaba nervioso por la reacción de Carlisle. Sabía cómo respondería. Pero sí que presté especial atención a la habitación de Alice, para oír lo que pensaba Jasper.

—Tienes razón —dijo Carlisle—. Naturalmente, así sería —suspiró—. Ya es mala suerte que la progenie de Ephraim tenga un público tan bien informado.

Jasper había oído la respuesta de Carlisle, y le preocupaba. Pero sus pensamientos giraban más en torno a irse con Alice que en torno a silenciar a los quileutes. Alice ya veía las ideas para el futuro que tenía Jasper, y se preparaba para refutarlas. No tenía intención alguna de ir a ninguna parte.

—De mala suerte, nada —dijo Rosalie entre dientes—. Es culpa de Edward que la chica lo sepa.

—Es cierto —le di la razón rápidamente—. Es culpa mía. Lo siento.

Por favor, Rosalie pensó directamente hacia mí. Se acabó el jueguecito de arrastrarte. Deja de hacerte el arrepentido.

—No estoy jugando —le dije—. Sé que la culpa de todo esto es mía. Lo he estropeado todo.

—Alice te dijo que yo estaba pensando en quemarte el coche, ¿verdad? Sonreí..., más o menos.

—Sí. Pero me lo merezco. Si así te sientes mejor, hazlo.

Me miró un rato largo, planteándose si debía seguir adelante con la destrucción o no. Poniéndome a prueba, para ver si aquello era un farol por mi parte.

Me encogí de hombros hacia ella.

—Solo es un juguete, Rose.

—Has cambiado —dijo de nuevo entre dientes.

Asentí.

—Lo sé.

Se dio la vuelta y se fue hacia el garaje. Pero ahora era ella la que se estaba echando el farol. Si no podía herirme, aquello no tenía ningún sentido. De toda mi familia, la única que sentía la misma devoción que yo por los coches era ella. El mío era demasiado bonito para destrozarlo sin motivo.

Emmett la siguió con la mirada.

—Supongo que no vas a contarme lo que pasa realmente.

—No sé de qué estás hablando —dije con tono inocente. Puso los ojos en blanco y luego siguió a Rosalie.

Miré a Carlisle y articulé el nombre de Jasper en silencio.

El asintió. *Sí, me lo imagino. Iré a hablar con él.*

Alice apareció en la puerta.

—Te está esperando —le dijo a Carlisle. Carlisle le sonrió con una pizca de ironía. Aunque estuviésemos tan acostumbrados a Alice —todo lo acostumbrados que podíamos estar—, solía resultar inquietante. Carlisle le dio unas palmaditas en su pelo corto negro cuando pasó por delante de ella.

Me senté en lo alto de las escaleras con Alice junto a mí, ambos escuchando la conversación del piso de arriba. Alice no estaba en absoluto tensa. Sabía cómo terminaría aquello. Me lo enseñó, y mi tensión se esfumó también. El conflicto se acabó antes de empezar siquiera. Jasper admiraba a Carlisle tanto como cualquiera de nosotros, y estaba feliz siguiendo su ejemplo... hasta que pensó que Alice podría estar en peligro. En aquel momento comprendí mejor la perspectiva de Jasper. Qué extraño era todo lo que había sido incapaz de entender antes de que Bella llegara a mi vida. Ella me había cambiado más de lo que yo había creído posible, sin dejar por ello de ser yo mismo.

13. Otra complicación

Aquella noche, al volver al cuarto de Bella, no me invadió el sentimiento de culpa habitual, aunque sabía que debería haber sido así. Pero sentía que era... la forma de proceder adecuada. La única opción correcta. Estaba allí para que la garganta me quemara lo máximo posible. Me entrenaría a mí mismo para poder ignorar su aroma. Podía lograrlo. No permitiría que aquello fuese un obstáculo entre los dos.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Pero sabía que esto ayudaba. Practicar. Abrazar el dolor, dejar que esa fuese la reacción más fuerte. Expulsar de mí completamente el elemento del deseo.

En los sueños de Bella no había paz. Ni había paz en mí, mientras la veía temblar inquieta y escuchaba cómo susurraba mi nombre una y otra vez. La atracción física, esa abrumadora química que había experimentado en el aula, a oscuras, era todavía más fuerte aquí, en su dormitorio bañado por la oscuridad de la noche. Aunque ella no era consciente de mi presencia, también parecía sentirla.

Se despertó en más de una ocasión. La primera vez no abrió los ojos; se limitó a enterrar la cabeza bajo la almohada y gimió. Me lo tomé como un signo de buena suerte, una segunda oportunidad que no merecía, ya que decidí ignorarla y no me marché, como tendría que haber hecho. En cambio, me senté en el suelo, en el rincón más oscuro y apartado de la habitación, y confié en que sus ojos humanos no me encontraran allí.

No me vio, ni siquiera cuando se levantó y fue al baño a buscar un vaso de agua. Se movía enfadada, tal vez frustrada porque aún la evadía el sueño.

Ojalá hubiese algo que yo pudiese hacer, como lo había hecho hacía unas noches con esa manta cálida del armario. Pero solo podía observar mientras me quemaba, sin servirle de nada a ella. Fue un alivio cuando al fin se sumió en un estado inconsciente, sin sueños.

Me encontraba entre los árboles cuando el cielo se iluminó de negro a gris. Contuve el aliento, esta vez para evitar que se me escapara su aroma. Me negué a que el aire puro de la mañana borrara la agonía de mi garganta.

Escuché cómo desayunaba con Charlie y una vez más me esforcé por hallar las palabras en los pensamientos de su padre. Era fascinante: podía adivinar las razones que se escondían tras las palabras que decía en voz alta, casi sentía sus intenciones, pero nunca se convertían en oraciones completas, tal y como lo hacían en los pensamientos de los demás. Me sorprendí a mí mismo deseando que los padres de Charlie aún estuvieran vivos. Sería interesante ver hasta dónde llegaba aquella característica genética.

Aquella mañana, la combinación de sus pensamientos inarticulados y las palabras que dijo fueron suficientes para hacerme una idea de su estado de ánimo. Estaba preocupado por Bella, física y emocionalmente. También estaba preocupado ante la idea de que Bella paseara sola por Seattle, igual que lo estaba yo, aunque sin llegar a mi nivel de demencia. Pero, claro, él no disponía de tanta información como yo; desconocía la cantidad de situaciones peligrosas de las que Bella se había escapado de milagro últimamente.

Bella elegía las palabras para contestarle con mucho cuidado, aunque, en el sentido estricto de la palabra, no le estaba mintiendo. Obviamente, no planeaba contarle nada acerca de su cambio de planes. O sobre mí.

Charlie también estaba preocupado por el hecho de que Bella no fuese al baile del sábado. ¿Acaso estaba decepcionada por esto? ¿Se sentía rechazada? ¿Los chicos de la escuela eran crueles con ella? Se sintió impotente. No parecía deprimida, pero sospechó que ella le ocultaría cualquier cosa negativa. Decidió llamar a su exmujer a lo largo del día y pedirle consejo.

Al menos, eso era lo que yo pensaba que él pensaba. Podría haber interpretado mal alguna parte.

Recogí mi coche mientras Charlie cargaba el suyo. En cuanto dobló la esquina, aparqué en la entrada para esperar. Vi cómo se movía la cortina de la ventana de Bella, y luego escuché sus pasos tambalearse por las escaleras.

Me quedé en mi asiento, en vez de salir a abrirle la puerta como quizá debería haber hecho. Pero pensé que era más importante observar. Ella nunca actuaba como yo esperaba, y yo tenía que ser capaz de poder anticiparme correctamente; necesitaba estudiarla, aprender el modo en que se movía cuando la dejaban sola, para poder así deducir qué la impulsaba. Dudó un momento fuera del coche, y luego se subió con una pequeña sonrisa. Un poco tímida, pensé.

Hoy llevaba un jersey de cuello vuelto color café. No era ceñido, pero aun así se ajustaba a su cuerpo, y eché de menos el jersey espantoso. Era más seguro.

Se suponía que esto iba a girar en torno a sus reacciones, pero me sentí de repente abrumado con las mías propias. No sabía cómo podía estar tan tranquilo con todo lo que sobrevolaba nuestras cabezas, pero estar con ella era un antídoto para el dolor y la ansiedad.

Respiré profundamente por la nariz —algunos dolores persistían— y sonreí.

—Buenos días. ¿Cómo estás hoy?

En su rostro se reflejaba de manera evidente su noche intranquila. Su piel translúcida era incapaz de ocultar nada. Pero sabía que no se quejaría.

—Bien, gracias —dijo con otra sonrisa.

—Pareces cansada.

Se agachó, sacudiéndose el pelo alrededor de la cara en un movimiento que parecía habitual. Le tapó parte de la mejilla izquierda.

—No he podido dormir.

Le sonreí.

—Yo tampoco.

Se rio, y yo absorbí el sonido de su felicidad.

—Eso es cierto —dijo—. Supongo que he dormido un poquito más que tú.

—Apostaría a que sí.

Me miró a través de su pelo, con los ojos iluminados de una manera que reconocí. Curiosidad.

—¿Qué hiciste anoche?

Me reí en voz baja, feliz por tener una excusa para no tener que mentirle.

—No te escapes. Hoy me toca hacer las preguntas a mí.

La pequeña arruga del ceño surgió entre sus cejas.

—Ah, es cierto. ¿Qué quieres saber? —Su tono era ligeramente escéptico, como si no pudiera creer que yo tuviese ningún interés real. Parecía no tener ni idea de lo extraña que era.

Había tantas cosas que yo no sabía. Decidí empezar poco a poco.

—¿Cuál es tu color favorito?

Ella puso los ojos en blanco: aún dudaba de mi nivel de interés.

—Depende del día.

—¿Cuál es tu color favorito hoy?

Lo pensó apenas un segundo.

—El marrón, probablemente.

Supuse que se estaba burlando de mí, y cambié el tono para que coincidiera con su sarcasmo.

—¿El marrón?

—Claro —dijo, y de repente se puso a la defensiva. Quizá debería haberlo visto venir. No le gustaban los prejuicios—. El marrón significa calor. Echo de menos el marrón. Aquí una sustancia verde, blanda y mullida cubre todo lo que se suponía que debía ser marrón, los troncos de los árboles, las rocas, la tierra.

Aquel tono resucitó el sonido de sus quejas sonámbulas de la otra noche. «Demasiado verde». ¿Era eso lo que había querido decir? La miré, pensando cuánta razón tenía. Francamente, al mirarla ahora a los ojos, me di cuenta de que el marrón también era mi favorito. No me podía imaginar un color más hermoso.

—Tienes razón —le dije—. El marrón significa calor.

Empezó a sonrojarse un poco, e inconscientemente se escondió más aún detrás de su cabello. Con cuidado, preparándome para cualquier reacción inesperada, le puse el pelo detrás de los hombros para poder verle el rostro de nuevo. La única reacción fue el aumento repentino de su ritmo cardíaco.

Entré en el instituto y aparqué al lado de mi plaza habitual; Rosalie me la había quitado.

—¿Qué CD hay puesto en tu equipo de música ahora mismo? —pregunté mientras giraba las llaves del motor. Nunca había confiado en mí mismo lo bastante como para acercarme tanto a ella cuando dormía, y lo desconocido me molestaba.

Ladeó la cabeza hacia un lado, como si intentara recordar.

—Ah, sí —dijo—. Linkin Park. *Hybrid Theory*.

No me lo esperaba.

Mientras sacaba el mismo CD del compartimento de música de mi coche, traté de imaginar lo que este disco significaba para ella. No parecía coincidir con ninguno de los estados de ánimo que yo le había visto, pero... había tantas cosas que yo no sabía.

—¿De Debussy a esto? —le pregunté.

Miró fijamente la portada y no pude entender su expresión.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—Mmm —murmuró, sin dejar de mirar la portada—. *With You*, creo.

Repasé la letra rápidamente.

—¿Y esa, por qué?

Sonrió un poco y se encogió de hombros.

—No estoy segura.

Aquello no era de mucha ayuda.

—¿Tu película favorita?

Pensó la respuesta un instante.

—No creo que pueda elegir solo una.

—¿Películas favoritas, entonces?

Bella iba asintiendo mientras salía del coche.

—Mmm. *Orgullo y prejuicio* sí o sí, pero la de seis horas con Colin Firth. *Vértigo*. Y... *Los caballeros de la mesa cuadrada*. Hay más..., pero ahora estoy en blanco.

—Cuando te acuerdes me las dices —le dije según caminábamos hacia su clase de Lengua—. Mientras te lo piensas, dime cuál es tu olor favorito.

—El de la lavanda. O... igual el de la ropa limpia. —Hasta ese momento, había estado mirando hacia delante, pero de repente sus ojos se fijaron en mí un segundo y las mejillas se le tiñeron de un rosa pálido.

—¿Alguno más? —dije, preguntándome qué podía significar esa mirada.

—No. Solo esos.

No estaba seguro de por qué tendría que omitir parte de una respuesta a una pregunta tan sencilla, pero tenía la impresión de que eso era lo que había hecho.

—¿Qué golosina te gusta más?

Esto lo tenía clarísimo.

—Regaliz negro y las gominolas ácidas.

Sonreí ante tal entusiasmo.

Habíamos llegado a su clase, pero vaciló antes de volverse hacia la puerta. Yo tampoco tenía prisa por separarme de ella.

—¿Adónde te gustaría viajar por encima de todo? —le pregunté..., esperando que no me dijera la Comic-Con.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados, imbuida en sus pensamientos. Dentro del aula, el señor Mason carraspeó para llamar la atención de la clase. Estaba a punto de llegar tarde.

—Piénsalo y cuéntamelo en la hora de la comida —sugerí.

Sonrió, abrió la puerta, y se volvió para mirarme. Se le desvaneció la sonrisa, y esa uve de su entrecejo volvió a aparecer.

Podría haberle preguntado en qué pensaba, pero eso habría hecho que llegara tarde y se metiera en problemas, posiblemente. Y yo creía saber la

verdad. Al menos, sabía cómo me sentía yo al dejar que esa puerta se cerrara entre nosotros.

Me obligué a sonreír para darle ánimos. Entró corriendo cuando el señor Mason comenzó a hablar.

Caminé rápidamente hacia mi propia clase, consciente de que de nuevo me pasaría todo el día ignorando lo que me rodeaba. Sin embargo, me sentí decepcionado, porque nadie habló con ella en ninguna de sus clases de la mañana, así que no pude aprender nada nuevo. Solo destellos suyos mirando al infinito, con la expresión abstraída. El tiempo avanzaba despacio mientras esperaba el momento de volver a verla con mis propios ojos.

Cuando salió de Trigonometría, yo ya estaba en mi lugar, esperándola. Los otros estudiantes miraban y cuchicheaban, pero Bella corrió hacia mí con una sonrisa.

—*La Bella y la Bestia* —anunció—. Y *El Imperio contraataca*. Ya sé que es la favorita de todo el mundo, pero... —Se encogió de hombros.

—Con razón —le aseguré.

Comenzamos a caminar. Ya me había acostumbrado a acortar mi paso y bajar la cabeza para estar más cerca de la de ella.

—¿Has pensado en la pregunta del viaje?

—Sí... Creo que a la Isla del Príncipe Eduardo. La isla de *Ana de las Tejas Verdes*, ya sabes. Pero también me gustaría ver Nueva York. Nunca he estado en una gran ciudad que sea fundamentalmente vertical. Solo en lugares a lo ancho, como Los Ángeles y Phoenix. Me encantaría intentar parar un taxi. —Se rio—. Y luego, de todos los lugares del mundo, me gustaría ir a Inglaterra. He leído tanto sobre Inglaterra...

Esto me llevaba directamente a mi siguiente línea de investigación, pero quería ser minucioso antes de continuar.

—Dime cuáles son tus lugares favoritos entre los que ya has visitado.

—Mmm. Me gustó el muelle de Santa Mónica. Mi madre decía que Monterrey era mejor, pero nunca llegamos tan arriba de la costa. Nos quedamos casi siempre en Arizona; no teníamos mucho tiempo para viajar y ella no quería gastarlo conduciendo. Le gustaba viajar a sitios que se supone que están encantados: Jerome, Domes... Cualquier pueblo fantasma, básicamente. No veíamos nunca fantasmas, pero decía que era por mi culpa. Que yo era demasiado escéptica y que los asustaba. —Se rio de nuevo—. Le encanta la feria renacentista, y todos los años vamos a la de Gold Canyon... Bueno, este año no, supongo. Una vez vimos caballos salvajes en el río Salt. Estuvo genial.

—¿Cuál es el sitio más alejado de tu casa en el que has estado? —pregunté. Empezaba a estar un poco preocupado.

—Este, supongo —dijo—. Al menos por lo que respecta al norte de Phoenix. Al este..., Albuquerque, pero yo era muy pequeña y no me acuerdo. Y, probablemente, el más lejano al oeste sea la playa de La Push.

Se calló de repente. Me pregunté si pensaba en su última visita a La Push, y en todo lo que allí había descubierto. En este momento ya estábamos en la cola de la cafetería, y Bella eligió rápidamente lo que quería en vez de esperar a que yo comprara uno de cada. También se apresuró a pagárselo ella.

—¿Nunca has salido del país? —insistí cuando llegamos a nuestra mesa vacía. Una parte de mí se preguntó si el hecho de que yo me sentara aquí hacía que los demás alumnos sintieran que era zona prohibida.

—Todavía no —dijo alegremente.

Aunque Bella solo había tenido diecisiete años para explorar, aun así, me sorprendí. Y... me sentí culpable. Había visto muy poco; apenas había experimentado una pequeña parte de todo lo que la vida podía ofrecerle. Era imposible que ella fuera capaz de saber lo que quería realmente en aquel momento.

—*Gattaca* —dijo masticando un trozo de manzana con expresión pensativa. No se había dado cuenta de mi repentino cambio de humor—. Es buena. ¿La has visto?

—Sí. A mí también me gustó.

—¿Y cuál es tu película favorita?

Sacudí la cabeza y sonreí.

—No me toca a mí responder.

—En serio, soy muy aburrida. Ya no deben de quedarte preguntas.

—Es mi día —le recordé—. Y no estoy en absoluto aburrido.

Frunció los labios, como si quisiese discutir un poco más acerca de mi nivel de interés, pero luego sonrió. Supuse que en realidad no me creía, pero estaba resuelta a ser justa al respecto. Este era mi día para hacer preguntas.

—Háblame de libros.

—No pretenderás que elija uno solo —insistió casi implacable.

—Jamás. Cuéntame todo lo que te gusta.

—¿Por dónde empiezo? Mmm, *Mujercitas*. Ese fue el primer libro importante que leí. Lo sigo leyendo casi cada año. Todo lo de Austen, aunque no me gusta mucho *Emma*...

Ya sabía lo de Austen, después de haberla visto con su destrozada antología el día que se había tumbado a leer fuera, pero me pregunté a qué se

debía la exclusión.

—¿Por qué no?

—Puf, porque es una egocéntrica.

Sonreí y ella siguió sin que yo tuviera que animarla.

—*Jane Eyre*. También lo leo con bastante frecuencia. Representa lo que para mí debe ser una heroína. Cualquier cosa de cualquiera de las Brontë. *Matar a un ruiseñor*, por supuesto. *Fahrenheit 451*. Todas *Las crónicas de Narnia*, pero sobre todo *La travesía del viajero del alba*. *Lo que el viento se llevó*. Douglas Adams y David Eddings y Orson Scott Card y Robin McKinley. ¿Ya te he dicho L. M. Montgomery?

—Lo había intuido por tus deseos de viajar.

Ella asintió, y luego pareció entrar en conflicto consigo misma.

—¿Querías más? Me estoy enrollando demasiado.

—Sí —le aseguré—. Quiero más.

—Estos no siguen ningún orden —me advirtió—. Mi madre tenía un montón de libros de bolsillo de Zane Grey. Algunos bastante buenos. Shakespeare, sobre todo las comedias. —Sonrió—. ¿Ves? Sin orden ni concierto. Mmm, todo lo de Agatha Christie. Los libros de dragones de Anne McCaffrey... y, hablando de grandes dragones, *Garras y colmillos* de Jo Walton. *La princesa prometida*, mucho mejor que la película... —Golpeteó el dedo contra los labios—. Hay muchísimos más, pero me he quedado otra vez en blanco.

Parecía un poco estresada.

—Por ahora es suficiente.

Había explorado más en la ficción que en la realidad, y me sorprendió que hubiese mencionado un libro que yo aún no había leído. Tendría que hacerme con una copia de *Garras y colmillos*.

Pude ver indicios de esas historias en su carácter..., los personajes que le habían dado forma al contexto de su mundo. Había en ella un poco de Jane Eyre, un trocito de Scout Finch y Jo March, una porción de Elinor Dashwood y Lucy Pevensie. Estaba seguro de que encontraría más conexiones a medida que la fuese conociendo más.

Era como hacer un puzle, uno con cientos de miles de piezas, y sin la imagen completa de referencia para guiarme. Era laborioso, había muchas pistas que no llevaban a ninguna parte, pero al final podría ver la imagen completa.

Ella interrumpió mis pensamientos.

—*En algún lugar del tiempo.* Me encanta esa película. No me puedo creer que no me acordara enseguida.

No era una de mis favoritas. La idea de que los dos amantes solo pudiesen estar juntos en el cielo después de morir me fastidiaba. Cambié de tema.

—Háblame de la música que te gusta.

Se detuvo para tragar de nuevo. Y después, de manera inesperada, se sonrojó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Bueno, yo... No soy muy de música, supongo. El CD de Linkin Park me lo regaló Phil. Está intentando poner al día mis gustos.

—¿Y antes de Phil?

Suspiró y levantó las manos, con gesto impotente.

—Me limitaba a oír lo que tenía mi madre.

—¿Música clásica?

—A veces.

—¿Y otras veces?

—Simon y Garfunkel. Neil Diamond. Joni Mitchell. John Denver. Ese tipo de cosas. Mi madre es como yo, escucha lo que escuchaba su madre. Le gustaba cantar en el coche, en la carretera. —De pronto, apareció ese hoyuelo asimétrico que solo hacía acto de presencia con sus sonrisas más amplias—. ¿Recuerdas las distintas definiciones de «asustar» de las que hablamos hace días? —Se rio—. Hasta que no nos hayas escuchado a mi madre y a mí intentar llegar a las notas altas de la banda sonora de *El fantasma de la ópera*, no sabrás lo que es dar miedo de verdad.

Me reí con ella, pero anhelaba poder ver y oír aquello. Me la imaginé en una carretera resplandeciente, serpenteando el desierto con las ventanas cerradas, con el sol resaltando los reflejos rojos de su melena. Quería saber cómo era su madre, y hasta la marca del coche, para que mi imagen fuese más precisa. Quería estar allí con ella, escucharla cantar mal y verla sonreír bajo el sol.

—¿Programa de televisión favorito?

—No veo mucho la tele.

Me preguntaba si tenía miedo de entrar en detalles, de nuevo preocupada por si yo me aburría. Igual debía apostar por unas cuantas preguntas fáciles para que se relajara.

—¿Coca-Cola o Pepsi?

—Dr Pepper.

—¿Helado favorito?

—De galletas.

—¿Pizza?

—Con queso. Soso pero cierto.

—¿Equipo de fútbol?

—Mmm, ¿paso?

—¿Baloncesto?

Se encogió de hombros.

—No me van mucho los deportes.

—¿Ballet u ópera?

—Ballet, supongo. Nunca he estado en la ópera.

Yo sabía que esta lista que estaba recopilando tenía más usos aparte del mero hecho de aprender a comprenderla al máximo. También estaba averiguando cosas que la podrían complacer. Regalos que le podría dar. Lugares a los que podría llevarla. Cosas pequeñas y cosas grandes. Era demasiado presuntuoso por mi parte imaginar que alguna vez podría estar de ese modo en su vida. Pero cuánto lo deseaba...

—¿Cuál es tu piedra preciosa favorita?

—El topacio —lo dijo de una manera decidida, pero luego apretó los ojos de repente y se le enrojecieron los pómulos.

Antes ya le había pasado lo mismo, cuando le había preguntado por los olores. En aquel momento lo había dejado pasar, pero esta vez no. Estaba seguro de que esa curiosidad no satisfecha me atormentaría demasiado.

—¿Por qué te da... vergüenza esto? —No sabía si esa era la emoción correcta.

Ella sacudió la cabeza rápidamente y se miró las manos.

—No es nada.

—Me gustaría entenderlo.

Volvió a negar con la cabeza, todavía sin mirarme.

—Por favor, ¿Bella?

—Siguiente pregunta.

Ahora estaba desesperado por saberlo. Frustrado.

—Dímelo —insistí. De malas maneras. Me arrepentí de inmediato.

No levantó la vista. Retorció un mechón de su cabello a un lado y a otro entre las yemas de los dedos.

Pero finalmente respondió.

—Es el color de tus ojos hoy —musitó—. Supongo que te diría el ónice si me lo preguntaras dentro de dos semanas.

Al igual que ahora mi color favorito era un marrón chocolate intenso.

Había dejado caer los hombros, y de pronto reconocí esa postura. Era idéntica a la del día anterior, cuando había dudado al responder a mi pregunta sobre si creía que yo le importaba más a ella que ella a mí. La había puesto de nuevo en la misma situación, la de reafirmar su interés por mí sin recibir ninguna garantía a cambio.

Maldiciendo mi curiosidad, volví a las preguntas. Quizá mi evidente fascinación con cada detalle de su personalidad la convencería del nivel obsesivo de mi interés.

—¿Cuáles son tus flores favoritas?

—Eh, las dalias. Para mirarlas. Y la lavanda y las lilas, por el aroma.

—No te gusta ver deportes, pero ¿alguna vez has jugado en un equipo?

—Solo en el colegio cuando me obligaban.

—¿Tu madre nunca te metió en un equipo de fútbol?

Se encogió de hombros.

—A mi madre le gustaba tener los fines de semana libres por si surgía alguna aventura. Fui de las Girl Scouts un tiempo, y una vez me puso en clase de baile, pero aquello fue un error. —Levantó las cejas casi retándome a dudar de sus palabras—. Pensó que estaría bien porque estaba lo suficientemente cerca como para ir andando después del colegio, pero el caos que se montaba no valía la pena.

—¿Caos, en serio? —pregunté escéptico.

—Si tuviera el número de la señora Kamenev, ella te corroboraría mi historia.

Levantó la vista de repente. A nuestro alrededor, los demás estudiantes recogían sus cosas. ¿Cómo había pasado tan rápido el tiempo?

Reaccionando al alboroto, se puso en pie, y yo me levanté con ella. Recopilé la basura en su bandeja mientras ella se colgaba la mochila al hombro. Alargó la mano como si fuera a quitarme la bandeja.

—Ya lo hago yo —dije.

Resopló en voz baja, algo exasperada. Todavía no le gustaba que cuidaran de ella.

No era capaz de concentrarme en las preguntas que aún tenía pendientes mientras nos dirigíamos a Biología. Estaba recordando lo sucedido el día anterior, preguntándome si esa misma tensión, con el deseo y la electricidad, volvería a aparecer hoy. Y efectivamente, en cuanto se apagaron las luces, volvieron las mismas abrumadoras ansias. Hoy había puesto mi silla más lejos de la de ella, pero no sirvió de nada.

Todavía seguía ahí esa parte egoísta de mi ser que afirmaba que sujetarle la mano no estaría tan mal; hasta sugería que aquella podría ser una buena manera de poner a prueba sus reacciones, y así prepararme para cuando estuviésemos los dos a solas. Traté de ignorar la egoísta voz y la tentación lo mejor que pude.

Me percaté de que Bella también lo estaba intentando. Se inclinó hacia delante, con la barbilla apoyada sobre los brazos, y pude ver que aferraba el borde del escritorio por debajo, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Hizo que me preguntara contra qué tentación en concreto luchaba ella. Hoy no me miró. Ni una sola vez.

Había muchas cosas que no entendía de ella. Tantas cosas que no podía preguntar.

Mi cuerpo se inclinó ligeramente hacia ella. Me aparté.

Cuando las luces volvieron a encenderse, Bella suspiró y, si hubiese tenido que adivinar, habría dicho que su expresión era de alivio. Pero ¿alivio por qué?

Caminé junto a ella hasta su próxima clase, librando la misma batalla interna que el día anterior.

Se detuvo en la puerta y me miró con esos ojos seguros y profundos. ¿Era expectativa o confusión? ¿Invitación o advertencia? ¿Qué quería ella?

Esto es solo una pregunta, me dije mientras mi mano se acercaba a ella por voluntad propia. *Otro tipo de pregunta*.

Tenso, sin respirar, dejé que el dorso de mi mano rozara el costado de su cara, desde su sien hasta su estrecha mandíbula. Como ayer, su piel se calentó al tocarla, su corazón latió más rápido. Su cabeza se inclinó solo una fracción de centímetro mientras se apoyaba en mi caricia.

Era otro tipo de respuesta.

Me alejé de ella otra vez rápidamente, sabiendo que esa parte de mi autocontrol no era segura; la mano me punzaba de la misma manera indolora.

Emmett ya estaba sentado cuando llegué al aula de Español. Igual que Ben Cheney. No fueron los dos únicos que se percataron de mi entrada. Podía oír la curiosidad de los otros estudiantes, el nombre de Bella y el mío juntos en sus pensamientos, cómo especulaban...

Ben era el único humano que no pensaba en Bella. Mi presencia le hizo erizarse un poco, pero no de forma hostil. Ya había hablado con Angela y había conseguido una cita para ese fin de semana. Ella había recibido su invitación complacida, y él seguía con la moral por las nubes. Aunque desconfiaba de mis intenciones, Ben era consciente de que yo había sido el

catalizador de su felicidad actual. Mientras me mantuviese alejado de Angela, él no tendría ningún problema conmigo. Incluso pude ver un atisbo de gratitud, aunque él no tuviese ni idea de que aquel era exactamente el resultado que yo había esperado. Parecía un chico inteligente... Mi aprecio por él iba en aumento.

Bella estaba en el gimnasio, pero, igual que en la segunda mitad de la clase de ayer, no participaba. Sus ojos se hallaban muy lejos cada vez que Mike Newton se volvía para mirarla. Obviamente tenía la cabeza en otra parte. Mike intuyó que cualquier cosa que tuviera que decirle no sería precisamente bienvenida.

Supongo que nunca tuve una oportunidad real, pensó, medio resignado, medio hosco. *¿Cómo ha pasado? Ha sido de la noche a la mañana. Imagino que, cuando Cullen quiere algo, no tarda mucho en conseguirlo.* Las imágenes que siguieron, las ideas de lo que él creía que yo había obtenido, eran ofensivas. Dejé de escuchar.

No me gustaba su punto de vista. Como si Bella no tuviese voluntad propia. No había duda de que la que había elegido era ella, ¿no? Si alguna vez me hubiera pedido que la dejara en paz, me habría dado media vuelta y marchado en el sentido contrario. Pero ella había querido que yo me quedara, en aquel momento y en este.

Mis pensamientos volvieron a mi clase de Español, y de manera automática sintonizaron con la voz más familiar, pero mi mente estaba tan concentrada en Bella como siempre, así que por un momento no me di cuenta de lo que estaba escuchando.

Y entonces mis dientes se apretaron con tanta fuerza que incluso los humanos que estaban cerca de mí lo escucharon. Un chico miró a su alrededor buscando la fuente del crujido.

Vaya, pensó Emmett.

Apreté los puños y me concentré en no moverme de la silla.

Lo siento, intentaba no pensar en eso.

Miré el reloj. Quince minutos hasta que pudiera darle un puñetazo en la cara.

No ha sido con mala intención. Oye, estoy de tu lado, ¿no? Sinceramente, Jasper y Rose se están comportando como dos idiotas, apostando contra Alice. Esta es la apuesta más fácil de mi vida.

Una apuesta para este fin de semana: si Bella vivía o moría.

Catorce minutos y medio.

Emmett se retorció en la silla, muy consciente de lo que indicaba mi total inmovilidad.

Vamos, Ed. Sabes que no iba en serio. De todos modos, ni siquiera se trata de la chica. Tú entiendes mejor que yo lo que le pasa a Rose, sea lo que sea. Supongo que es algo entre vosotros dos. Todavía está enfadada, y no admitiría ni por todo el oro del mundo que en realidad te apoya.

Él siempre le daba a Rosalie el beneficio de la duda y, aunque yo sabía que en mi caso era todo lo contrario —yo nunca se lo daba—, no creía que esta vez Emmett tuviese razón. Rosalie estaría encantada de verme fallar. Estaría encantada de ver que las malas elecciones de Bella obtenían lo que ella consideraba su justa recompensa. Y, luego, todavía seguiría celosa cuando el alma de Bella se escapase a lo que fuera que esperaba más allá.

Y Jazz, bueno, ya sabes. Está cansado de ser el eslabón más débil. Eres demasiado perfecto con el tema del autocontrol, y eso es molesto. Carlisle es diferente. Admítelo, eres un poco... presumido.

Trece minutos.

Para Emmett y Jasper, esto solo era un pegajoso pozo de arenas movedizas en el que me había metido yo solito. Fracasar o tener éxito... Para ellos, al final no era más que una anécdota mía más. Bella no formaba parte de la ecuación. Su vida era simple y llanamente un marcador de la apuesta que habían hecho.

No te lo tomes como algo personal.

¿Había otra manera de tomármelo? Doce minutos y medio.

¿Quieres que me retire de la apuesta? Lo haré.

Suspiré y dejé que la rigidez de mi postura fuese desapareciendo.

¿Qué sentido tenía que le diera rienda suelta a mi ira? ¿Debería culparlos por su incapacidad para entenderlo? ¿Cómo podían hacerlo?

Qué insignificante era todo. Exasperante, sí, pero... ¿me habría comportado yo de manera diferente si no hubiera sido mi vida la que había cambiado? ¿Si no se hubiera tratado de Bella?

De todos modos, no tenía tiempo para pelearme con Emmett. Iba a esperar a Bella después de la clase de gimnasia. Aún quedaban muchas piezas del puzle que necesitaba descubrir.

Oí el alivio de Emmett cuando lo ignoré y salí corriendo por la puerta en cuanto sonó el timbre.

Cuando Bella cruzó la puerta del gimnasio y me vio, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Sentí un alivio similar al que había sentido en el coche por la

mañana. Todas mis dudas y tormentos parecieron desaparecer. Sabía que eran muy reales todavía, pero el peso era mucho más fácil de llevar cuando la veía.

—Háblame de tu casa —le dije mientras nos dirigíamos hacia el coche—. ¿Qué echas de menos?

—Eh... ¿Mi casa? ¿O Phoenix? ¿O quieres decir aquí?

—Todo eso.

Me miró como preguntándose si hablaba en serio.

—¿Por favor? —le rogué mientras le sujetaba la puerta. Levantó una ceja conforme subía, con la duda aún en el rostro.

Pero, cuando entré y nos encontramos de nuevo solos los dos, pareció relajarse.

—¿Nunca has estado en Phoenix?

Sonreí.

—No.

—Ah, claro —dijo ella—. Por supuesto. El sol. —Le dio vueltas en silencio un instante—. ¿Para ti supone algún problema...?

—Pues sí. —No pensaba elaborar esa respuesta. Realmente era algo que tenía que ver por sí misma para poder comprenderlo. Además, Phoenix estaba demasiado cerca de las tierras que reclamaban los violentos clanes sureños, pero tampoco me apetecía entrar en esa historia.

Esperó, preguntándose si yo entraría o no en detalles.

—Háblame de ese lugar que nunca he visto —le pedí.

Se lo pensó un momento.

—La ciudad es casi toda plana, no mucho más de una o dos plantas de media. Hay algunos pequeños rascacielos en el centro, pero están bastante lejos de donde yo vivía. Phoenix es enorme. Puedes tardar un día entero en recorrer las zonas residenciales. Mucho estuco, y azulejos, y grava. No es como aquí, todo suave y blando, sino que todo es duro... y la mayoría de las cosas tienen espinas.

—Pero te gusta.

Asintió con una sonrisa.

—Es tan... abierto. Prácticamente es todo cielo. A lo que llamamos montañas en realidad son solo colinas: colinas duras y llenas de pinchos. Pero la mayor parte del valle es como un barreño grande y poco profundo que parece estar siempre bañado por el sol. —Ilustró la forma con sus manos—. En comparación con lo que hay aquí, las plantas parecen arte moderno, llenas de ángulos y bordes. La mayoría cubiertas de púas. —Otra sonrisa—. Pero también están abiertas. Incluso si tienen hojas, son como cosas plumosas y

muy dispersas. Allí no se puede esconder nada. Nada impide que pasen los rayos del sol.

Paré el coche frente a su casa. En mi sitio habitual.

—Bueno, llueve de vez en cuando —corrigió—. Pero allí es distinto. Es más emocionante. Hay muchos truenos, relámpagos e inundaciones repentinas, no solo esta llovizna interminable. Y allí huele mejor. Por la creosota.

Conocía esos arbustos perennes del desierto a los que se refería. Los había visto a través de la ventanilla de un coche en el sur de California... de noche. No tenían nada de especial.

—Nunca he olido el aroma de la creosota —admití.

—Solo huele cuando llueve.

—¿Y cómo es el olor?

Se lo pensó un momento.

—Dulce y amargo a la vez. Un poco a resina, un poco a medicina. Qué mal suena eso... Huele a fresco. Como a desierto limpio. —Se rio entre dientes—. No te dice mucho, ¿verdad?

—Al contrario. ¿Qué más me he perdido por no visitar Arizona?

—Saguaros, pero estoy segura de que has visto fotos.

Asentí.

—Son más grandes de lo que te esperas cuando los ves en persona. A todo el mundo le pilla por sorpresa. ¿Alguna vez has vivido en algún sitio con cigarras?

—Sí —me reí—. Estuvimos una temporada en Nueva Orleans.

—Entonces, ya sabes cómo es —dijo—. El verano pasado trabajé en un vivero de plantas. Los chirridos... son como si arrastrases clavos por una pizarra. Me volvían loca.

—¿Qué más?

—Mmm. Los colores son diferentes. Las montañas, colinas, o lo que sea, son casi todas volcánicas. Muchas son de color púrpura. Lo suficientemente oscuras como para absorber el calor del sol. Igual que el asfalto. En verano no se enfría jamás: lo de freír un huevo en la acera no es un mito urbano. Pero hay mucho verde gracias a los campos de golf. Algunas personas también tienen césped, aunque yo creo que eso es una locura. De todos modos, el contraste de los colores es genial.

—¿Cuál es tu lugar favorito para pasar el tiempo?

—La biblioteca. —Sonrió—. Si no me veías ya como una empollona, con esto no te quedará duda alguna. Creo que me he leído todos los libros de

ficción de la pequeña sucursal que tengo cerca. El primer lugar al que fui cuando me saqué el carné de conducir fue a la biblioteca central de la ciudad. Podría vivir allí.

—¿Y dónde más?

—En verano, íbamos a la piscina de Cactus Park. Mi madre me metió en clases de natación antes de que pudiese andar. Siempre había alguna noticia en la tele sobre algún niño que se había ahogado, y le daba pánico que pudiera ocurrirme. En invierno, íbamos al Roadrunner Park. No es gigantesco, pero tiene un lago pequeño. Poníamos barcos de papel a navegar cuando era pequeña. Nada muy emocionante, como he intentado decirte...

—Creo que es encantador. Yo no recuerdo mucho de mi infancia.

Su sonrisa burlona se desvaneció y frunció el ceño.

—Eso debe de ser difícil. Y extraño.

Me tocó a mí encogerme de hombros.

—Es todo lo que sé. Sin duda, nada de que preocuparse.

Permaneció callada mucho rato, dándole vueltas en la cabeza.

Soporté su silencio todo lo que pude antes de preguntar por fin:

—¿Qué estás pensando?

Ahora su sonrisa era más tenue.

—Tengo un montón de preguntas. Pero sé que...

Lo dijimos los dos a la vez:

—Hoy es mi día.

—Hoy es tu día.

Nuestras risas también se sincronizaron, y pensé cuán extrañamente fácil era estar así con ella. Lo suficientemente cerca. Sentía muy lejos el peligro. Estaba tan entretenido que casi me había olvidado del dolor en mi garganta, aunque no era en absoluto sutil. Simplemente, era mucho más interesante pensar en ella.

—¿Ya te he vendido Phoenix lo suficiente? —preguntó después de otro tranquilo momento.

—Quizá necesito un poco más de persuasión.

Lo sopesó.

—Hay un tipo de acacia... No sé cómo se llama. Se parece a todas las demás; con espinas, medio muerta. —De repente, su expresión se llenó de anhelo—. Pero en primavera tiene unas flores amarillas y peluditas que parecen pompones. —Me intentó enseñar el tamaño, haciendo como que sostenía una flor entre el pulgar y el índice—. Su olor es... asombroso. No hay nada parecido. Es muy débil, muy delicado: se percibe de repente con la

brisa, y luego desaparece. Tendría que haberlo incluido entre mis aromas favoritos. Ojalá alguien hiciera una vela o algo así.

»Y las puestas de sol son increíbles —continuó, cambiando de tema bruscamente—. De verdad, aquí nunca verás nada ni remotamente parecido. —Pensó otro instante—. Incluso en mitad del día, el cielo... Esa es la gran diferencia. No es azul como el cielo de aquí... Si es que aquí alguna vez se llega a ver. Es más brillante, más pálido. A veces es casi blanco. Y está en todas partes. —Enfatizaba cada palabra con la mano, trazando un arco sobre su cabeza—. Allí hay mucho más cielo. Si te alejas un poco de las luces de la ciudad, puedes ver un millón de estrellas. —Sonrió con melancolía—. De verdad, alguna noche deberías echarle un vistazo tú mismo.

—Te parece realmente hermoso.

Asintió.

—No a todos les gusta, supongo.

Hizo una pausa, pensativa, pero pude ver que había más, así que la dejé pensar.

—Me gusta su... minimalismo —decidió—. Es un tipo de lugar íntegro. No esconde nada.

Pensé en todas las cosas que aquí estaban ocultas para ella, y me pregunté si sus palabras significaban que era consciente de eso, de la invisible oscuridad que había a su alrededor. Pero me miró sin una pizca de recriminación en los ojos.

No añadió nada más, y pensé, por la forma en la que estaba inclinando sutilmente su barbilla, que ella volvía a tener la sensación de que hablaba demasiado.

—Debes de echarlo muchísimo de menos —le dije.

Su expresión no se nubló de la forma que yo casi había anticipado.

—Al principio sí.

—¿Y ahora?

—Supongo que me he acostumbrado a esto. —Sonrió como si estuviese más que resignada al bosque y la lluvia.

—Háblame de tu casa allí.

Se encogió de hombros.

—No es nada del otro mundo. Estuco y azulejos, como te he dicho. Una sola planta, tres dormitorios, dos baños. Echo mucho de menos mi pequeño baño. Compartir baño con Charlie me estresa. Grava y cactus fuera. Todo el interior es antiguo, de los años setenta: paneles de madera, linóleo, alfombra de lana, mostradores de formica color mostaza, las obras de mi madre... A mi

madre no le gustan las reformas. Afirma que las cosas anticuadas tienen carácter.

—¿Cómo es tu habitación?

Su expresión me hizo preguntarme si había alguna broma que yo no estaba entendiendo.

—¿Ahora o cuando vivía allí?

—¿Ahora?

—Creo que es un estudio de yoga o algo así. Mis cosas están en el garaje. La miré sorprendido.

—¿Y qué vas a hacer cuando vuelvas?

No parecía preocupada.

—Volveremos a meter la cama de algún modo.

—¿No había un tercer dormitorio?

—Es su taller. Se necesitaría un milagro para hacer hueco y que allí cupiese una cama. —Se rio alegremente. Yo había asumido que Bella pensaba pasar más tiempo con su madre, pero hablaba como si su vida en Phoenix fuese pasado y no futuro. Reconocí la sensación de alivio que me generó la idea, pero intenté que no se me notara en la cara.

—¿Cómo era tu habitación cuando vivías allí?

Un pequeño sonrojo.

—Mmm, desordenada. No soy la persona más organizada.

—Háblame de eso.

Me miró una vez más con ese aire de «debes estar bromeando», pero cuando no me retraje, obedeció, imitando las formas con sus manos.

—Es una habitación estrecha. Con una cama individual en la pared sur y una cómoda en la norte, debajo de la ventana, y un pasillo bastante estrecho en el medio. Tenía un pequeño vestidor, lo cual habría sido maravilloso si lo hubiese podido mantener lo suficientemente ordenado como para poder entrar. Mi habitación de aquí es más grande y menos caótica, pero eso es porque todavía no llevo el tiempo suficiente como para tenerlo todo hecho un desastre.

Suavicé mi expresión para esconder el hecho de que sabía muy bien cómo era su habitación de aquí, y también para ocultar mi sorpresa ante la posibilidad de que su habitación en Phoenix estuviese más abarrotada aún.

—Eh... —Me miró para ver si quería más, y asentí para alentarla—. El ventilador del techo está roto, solo funciona la luz, así que tenía un ventilador grande y ruidoso encima de la cómoda. En verano suena como un túnel de

viento. Pero es mucho mejor para dormir que la lluvia de aquí. El sonido de la lluvia no es lo suficientemente uniforme.

Pensar en lluvia me hizo mirar al cielo, y enseguida me sorprendió lo tenue que se había vuelto la luz. No podía entender el modo en que el tiempo disminuía y se comprimía cuando estaba con ella. ¿Cómo era posible que ya se nos hubiese gastado el rato que teníamos?

Ella entendió mal mi preocupación.

—¿Has terminado? —preguntó aliviada.

—Ni por asomo —le dije—. Pero tu padre estará pronto en casa.

—¡Charlie! —jadeó, como si se hubiese olvidado de su existencia—. ¿Es muy tarde? —Miró el reloj del salpicadero mientras lo preguntaba.

Observé las nubes; aunque eran gruesas, estaba claro dónde se situaba el sol tras ellas.

—Es la hora del crepúsculo —dije. El momento en el que los vampiros salían a jugar, en el que nunca teníamos que temer que una nube cambiante pudiera darnos problemas... El momento en el que podíamos disfrutar de los últimos restos de luz en el cielo sin preocuparnos de estar expuestos.

Bajé la vista y la encontré mirándome con curiosidad, centrándose más en el tono de mi voz que en las palabras que había dicho.

—Es la hora más segura para nosotros —le expliqué—. El momento más fácil, pero también el más triste, en cierto modo... El fin de otro día, el regreso de la noche. —Tantos años de noche. Traté de sacudir la pesadez en mi voz—. La oscuridad es demasiado predecible, ¿no crees?

—Me gusta la noche —dijo, contradiciéndome como era habitual—. Jamás veríamos las estrellas sin la oscuridad. —Frunció el ceño y sus rasgos se reacomodaron—. Aunque tampoco es que aquí se vean mucho.

Me reí de su expresión. Así que todavía no estaba del todo reconciliada con Forks. Pensé en las estrellas que había descrito al hablarme de Phoenix, y me pregunté si eran como las estrellas de Alaska, tan brillantes, claras y cercanas. Ojalá pudiese llevarla allí esta noche para que pudiésemos comparar. Pero ella tenía una vida normal.

—Charlie estará aquí en cuestión de minutos —le dije. Podía escuchar un breve indicio de lo que pensaba, quizá a medio kilómetro de distancia, conduciendo lentamente. Pensaba en ella—. Por lo que, a menos que quieras decirle que vas a pasar conmigo el sábado...

Comprendí que había muchas razones por las que Bella no quería que su padre se enterara de que estábamos juntos. Pero lo deseé... No solo porque necesitara ese estímulo extra para mantenerla a salvo, no solo porque pensara

que la amenaza para mi familia me ayudaría a controlar a mi monstruo interior. Deseé que ella quisiera... que su padre me conociese. Que quisiera que yo fuese parte de su vida normal.

—Gracias, pero no —dijo rápidamente.

Por supuesto que era un deseo imposible. Como muchos otros. Ella empezó a recoger sus cosas mientras se preparaba para irse.

—Entonces ¿mañana me toca a mí? —preguntó. Me miró con ojos brillantes y curiosos.

—¡Desde luego que no! No te he dicho que haya terminado, ¿verdad?

Frunció el ceño, confundida.

—¿Qué más queda?

Todo.

—Lo averiguarás mañana.

Charlie estaba a punto de llegar. Me acerqué a ella para abrirle la puerta y escuché cómo su corazón empezaba a latir de manera fuerte e irregular. Nuestros ojos se encontraron, y de nuevo fue como una invitación. ¿Me podría permitir tocar su rostro, solo una vez más?

Y luego me quedé paralizado, con la mano apoyada en la manija de su puerta.

Venía otro coche por la esquina. No era el de Charlie; él todavía estaba a dos calles, así que yo tampoco había estado prestando mucha atención a aquellos pensamientos desconocidos que se dirigían, había supuesto, a una de las otras casas de la calle.

Pero hubo una palabra que llamó mi atención ahora.

Vampiros.

Debería ser seguro para el chico. No hay motivo para encontrarse aquí con ningún vampiro, pensó la mente, aunque esto sea territorio neutral. Espero haber hecho bien trayéndolo conmigo a la ciudad.

¿Qué posibilidades había?

—Mal asunto —respiré.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, ansiosa, mientras intentaba entender el cambio en mis gestos.

Ya no podía hacer nada. Qué mala suerte.

—Otra complicación —admití.

El vehículo dobló la esquina de la pequeña calle; iba directamente hacia la casa de Charlie. Cuando los faros iluminaron mi coche, escuché una reacción joven y entusiasta por parte de la otra mente que viajaba dentro del viejo Ford Tempo.

Guau. ¿Eso es un S60 R? Nunca había visto uno en la vida real. Cómo mola. Me pregunto quién conducirá uno de esos por aquí Parachoques delantero de recambio pintado a medida... Llantas semi-slicks... Ese cacharro debe de destrozar la carretera. Tengo que echarle un vistazo al tubo de escape...

No me concentré en el chico, aunque estoy seguro de que habría disfrutado de aquel interés tan entusiasta cualquier otro día. Le abrí la puerta a Bella, más de lo necesario, luego me aparté y me incliné hacia delante, hacia las luces que se aproximaban, esperando.

—Charlie ha doblado la esquina —le advertí.

Saltó rápidamente bajo la lluvia, pero no hubo tiempo para que entrara antes de que nos vieses juntos. Cerró la puerta de golpe, pero luego titubeó y se quedó allí, mirando el vehículo que se aproximaba.

El coche aparcó frente al mío, con los faros enfocados directamente hacia el lugar en el que yo me encontraba.

Y, de repente, los pensamientos del hombre mayor gritaron de sorpresa y miedo.

¡Un frío! ¡Vampiro! ¡Un Cullen!

Miré por el parabrisas y encontré su mirada.

Yo no podría adivinar si se parecía o no a su abuelo, porque nunca había visto a Ephraim en su forma humana. Pero ese hombre debía de ser Billy Black, sin duda, con su hijo Jacob.

Confirmando mis sospechas, el chico se inclinó hacia delante con una sonrisa.

¡Oh, es Bella!

Una pequeña parte de mí se dio cuenta de que, sí, era evidente que Bella había causado algún estrago el día que había estado fisgoneando en La Push.

Pero yo seguía centrado en el padre, el que lo sabía.

El hombre tenía razón: este era territorio neutral. Y yo tenía tanto derecho a estar aquí como él, y él lo sabía. Lo supe al ver cómo se le endurecía aquella cara asustada y enfadada, cómo apretaba la mandíbula.

¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué hago?

Llevábamos en Forks dos años; no había habido nunca ningún herido. Pero su horror era tan potente como si hubiéramos matado a una nueva víctima cada día.

Lo fulminé con la mirada, separando los labios ligeramente de mis dientes como respuesta automática a su hostilidad.

Sin embargo, convertirlo en mi enemigo no serviría de nada. A Carlisle no le gustaría que yo hiciese algo que pudiera preocupar al viejo. Lo único que yo podía esperar era que se adhiriera a nuestro tratado mejor de lo que lo había hecho su hijo.

Arranqué y vi cómo el chico disfrutaba del sonido de mis neumáticos — que rozaban la ilegalidad— al chirriar contra el pavimento mojado. Se dio la vuelta para examinar el tubo de escape del coche mientras yo me alejaba.

Me crucé con Charlie al doblar la siguiente esquina, y disminuí automáticamente cuando él advirtió mi velocidad y me dedicó un ceño fruncido de lo más profesional. Siguió hasta su casa, y pude escuchar la sorpresa amortiguada en sus pensamientos, sin palabras pero evidente, mientras divisaba el coche que esperaba frente a su hogar. Olvidó todo lo relacionado con el Volvo plateado y su exceso de velocidad.

Paré dos calles más arriba y dejé mi coche aparcado discretamente al lado del bosque, entre dos plazas muy amplias. En unos segundos me hallaba empapado, oculto entre las gruesas ramas del abeto que daba a su patio trasero, el mismo lugar en el que me había escondido aquel primer día soleado.

Era difícil seguir a Charlie. No escuché nada preocupante en sus vagos pensamientos. Solo entusiasmo... Debía de complacerle la visita. No le habían dicho nada alarmante... todavía.

En la cabeza de Billy se agolparon mil preguntas cuando Charlie lo saludó y le hizo pasar adentro. Por lo que pude ver, Billy no había tomado ninguna decisión. Me alegré al escuchar pensamientos acerca del tratado mezclados con su agitación. Ojalá aquello le contuviera la lengua.

El chico siguió a Bella cuando ella se fue a la cocina... Ah, por sus pensamientos me quedó claro que estaba enamorado. Pero no era difícil escuchar su mente, no como lo había sido con Mike Newton o los otros admiradores de Bella. Había algo muy... atrayente en la mente de Jacob Black. Pura y abierta. Me recordó un poco a Angela, solo que no tan recatada. De repente, me apenó que este chico en particular hubiese nacido siendo enemigo mío. La suya era esa extraña clase de mente en la que era fácil permanecer. Casi relajante.

En el salón, Charlie se había percatado de que Billy estaba absorto, pero no le preguntó nada. Había cierta tensión entre ellos... Un viejo desacuerdo ocurrido hacía mucho tiempo.

Jacob le preguntó a Bella por mí. Cuando oyó mi nombre, se echó a reír.

—Entonces, supongo que eso lo explica todo —dijo—. Me preguntaba por qué mi padre se comportaba de un modo tan extraño.

—Es cierto —respondió Bella con una inocencia exagerada—. No le gustan los Cullen.

—Viejo supersticioso —murmuró el chico.

Sí, tendríamos que haber previsto que sería así. Obviamente, los jóvenes miembros de la tribu veían su historia como un mito: vergonzoso, divertido, todavía más jocosos porque los mayores se lo tomaban muy en serio.

Se reunieron con sus padres en el salón. Los ojos de Bella siempre puestos en Billy mientras él y Charlie miraban la televisión. Parecía que, al igual que yo, estuviese esperando algún tipo de conflicto.

No pasó nada. Los Black se fueron antes de que se hiciera muy tarde. Era una noche entre semana, después de todo. Los seguí a pie hasta la línea fronteriza entre nuestros territorios, solo para asegurarme de que Billy no le pedía a su hijo que diera la vuelta. Pero sus pensamientos aún eran confusos. Había nombres que yo no conocía, personas con las que él hablaría esta noche. Aunque seguía muerto de miedo, sabía lo que dirían los otros ancianos. Que ver a un vampiro cara a cara lo había desestabilizado, pero que no había cambiado nada.

Para cuando se encontraron más allá del punto desde el que podía escucharlos, yo estaba bastante seguro de que no había ningún peligro nuevo del que preocuparse. Billy seguiría las reglas. ¿Qué opción tenía? Si nosotros rompíamos el tratado, los viejos no podrían hacer nada. Ya no tenían ni dientes. Si rompían ellos el tratado... Bueno, nosotros ahora éramos todavía más fuertes que antes. Siete en lugar de cinco. Seguro que eso les haría andarse con cuidado.

Aunque Carlisle no nos permitiría jamás imponer el tratado de ese modo. En lugar de regresar directamente a casa de Bella, decidí desviarme hacia el hospital. Mi padre tenía turno de noche.

Podía escuchar sus pensamientos en la zona de urgencias. Estaba auscultando a un conductor de camión de reparto de Olympia que tenía una profunda perforación en la mano. Entré en la recepción y vi a Jenny Austin en el mostrador. Estaba ocupada con una llamada de su hija adolescente y apenas reparó en mi saludo cuando pasé por delante de ella.

No quería interrumpir, así que me limité a pasar de largo la cortina detrás de la cual Carlisle estaba escondido y después me fui a su despacho. Él reconocería el sonido de mis pasos —a los que no acompañaban latidos del

corazón—, y luego mi olor. Sabría que quería verlo y que no era urgente. Se reunió conmigo en su oficina solo unos minutos después.

—¿Edward? ¿Está todo bien?

—Sí. Solo quería que supieras rápidamente que Billy Black me ha visto en casa de Bella esta noche. No le ha dicho nada a Charlie, pero...

—Mmm —dijo Carlisle. *Llevamos aquí tanto tiempo que sería una desgracia que volviesen a surgir tiranteces.*

—Probablemente no sea nada. Sencillamente, no estaba preparado para estar a dos metros de un «frío». Ya lo convencerán los demás. Después de todo, ¿qué pueden hacer?

Carlisle frunció el ceño. *No deberías verlo así.*

—Aunque hayan perdido a sus protectores, por nuestra parte no corren ningún peligro.

—No. Por supuesto que no.

Sacudió la cabeza lentamente, dándole vueltas a la mejor manera de proceder. No parecía que hubiera ninguna, salvo ignorar este desafortunado encuentro. Yo había llegado a la misma conclusión.

—¿Podrías... volver a casa pronto? —me preguntó Carlisle de repente.

Me sentí avergonzado en cuanto me hizo la pregunta.

—¿Esme está muy disgustada conmigo?

—No está disgustada contigo..., sino por ti. —*Se preocupa. Te echa de menos.*

Suspiré y asentí. Bella estaría lo suficientemente segura en su casa unas horas. Probablemente.

—Me voy a casa.

—Gracias, hijo.

Pasé la noche con mi madre, dejando que se preocupara un poco por mí. Me obligó a ponerme ropa seca..., más preocupada por que no le estropeará los suelos que tanto tiempo había pasado terminando que por ninguna otra cosa. Los demás se habían dispersado, y me di cuenta de que ella les había pedido que lo hicieran; Carlisle había llamado con antelación. Disfruté la tranquilidad. Nos sentamos los dos al piano y hablamos mientras yo tocaba.

—¿Cómo estás, Edward? —fue su primera pregunta. No fue una consulta casual. Estaba ansiosa por saber mi respuesta.

—No estoy... seguro del todo —le dije honestamente—. Va y viene.

Escuchó las notas durante un momento, tocando de vez en cuando una tecla que armonizara con la melodía.

Ella te hace daño.

Sacudí la cabeza.

—Yo me hago daño a mí mismo. No es culpa suya.

Tampoco la tuya.

—Soy lo que soy.

Eso no es culpa tuya.

Sonreí amargamente.

—¿Le echas la culpa a Carlisle?

No. ¿Y tú?

—No.

Entonces ¿por qué te culpas a ti mismo?

No tenía una respuesta preparada. En realidad, no estaba resentido con Carlisle por lo que había hecho, y sin embargo... ¿no tendría que culpar a alguien por ello? ¿Y no era yo esa persona?

Odio verte sufrir.

—No todo es sufrimiento. —Aún no.

Esta chica... ¿te hace feliz?

Suspiré.

—Sí..., cuando no me interpongo en mi propio camino. Sí que me hace feliz.

—Entonces está bien. —Parecía aliviada.

Torcí la boca.

—¿Lo está?

Estaba callada, y sus pensamientos analizaban mis respuestas, imaginando la cara de Alice, pensando en sus visiones. Estaba al tanto de la apuesta y también de que yo lo sabía. Estaba enfadada con Jasper y Rose.

Si ella muere, ¿qué implicará para él?

Me encogí, retirando los dedos de las teclas.

—Lo siento —dijo rápidamente—. No quería...

Sacudí la cabeza y se detuvo. Me miré las manos, frías y angulosas, inhumanas.

—No sé cómo... —susurré—, cómo podría superarlo. No puedo ver nada... Nada más que eso.

Me rodeó los hombros con sus brazos, entrelazando sus dedos con fuerza.

—No va a suceder. Sé que no lo hará.

—Ojalá yo pudiera estar tan seguro.

Observé sus manos, tan parecidas a las mías..., pero no. No podría odiarlas de la misma manera. También eran de piedra, pero... no eran las manos de un monstruo. Eran las manos de una madre, amables y gentiles.

Estoy segura. No le harás daño.

—Así que has apostado tu dinero del lado de Alice y Emmett, por lo que veo.

Desenlazó los dedos para darme un golpecito en el hombro.

—Esto no es una broma.

—No, no lo es.

Pero, cuando Jasper y Rosalie pierdan, no me enfadaré si Emmett se lo restriega un poquito.

—No creo que en eso te decepcione.

Tú tampoco me decepcionarás, Edward. Oh, hijo mío, cómo te quiero. Cuando acabe la peor parte... Voy a ser muy feliz, ya lo sabes. Creo que querré a esta chica.

La miré con las cejas arqueadas.

No serías tan cruel como para mantenerla alejada de mí, ¿verdad?

—Ahora sueñas como Alice.

—No sé por qué te opones a ella. Es más fácil aceptar lo inevitable.

Fruncí el ceño, pero comencé a tocar de nuevo.

—Tienes razón —dije después de un momento—. No le haré daño.

Por supuesto que no se lo harás.

Ella siguió rodeándome con los brazos, y poco después apoyé mi cabeza contra la suya. Suspiró y me abrazó más fuerte. Me hizo sentir vagamente infantil. Tal como le había dicho a Bella, no tenía recuerdos de mi infancia, nada en concreto. Pero había una especie de memoria sensorial en aquellos brazos que me rodeaban. Mi primera madre también debía de haberme abrazado; debía de haberme consolado del mismo modo.

Cuando acabó la canción, suspiré y me enderecé.

¿Vas a ir a verla ahora?

—Sí.

Ella frunció el ceño, confundida.

¿Y qué haces durante toda la noche?

Sonreí.

—Pensar... y arder. Y escuchar.

Me tocó la garganta.

—No me gusta que esto te haga daño.

—Esa es la parte más fácil. No es nada, la verdad.

¿Y la parte más difícil?

Pensé en eso un minuto. Había muchas respuestas que podían ser verdaderas, pero una era más cierta que ninguna.

—Creo que... el hecho de que no puedo ser humano con ella. Que la mejor versión de mí es la que es imposible.

Sus cejas se juntaron.

—Todo saldrá bien, Esme. —Qué fácil me resultaba mentirle. Yo era el único que podía mentir en esta casa.

Sí, así será. Esa chica no podría estar en mejores manos.

Me reí, otra vez sin humor. Pero intentaría demostrar que mi madre tenía razón.

14. Más cerca

La habitación de Bella estaba tranquila esta noche. Incluso la lluvia irregular, que normalmente la inquietaba, no parecía molestarla. A pesar del dolor, yo también estaba tranquilo, más tranquilo de lo que había estado en mi propia casa con los brazos de mi madre rodeándome. Bella murmuró mi nombre mientras dormía, como solía hacer, y sonrió.

Por la mañana, durante el desayuno, Charlie hizo mención al buen humor de Bella, y me tocó a mí sonreír. Al menos yo también la hacía feliz a ella. Se subió a mi coche rápidamente, con una amplia y ansiosa sonrisa, y parecía tan deseosa de pasar tiempo juntos como lo estaba yo.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté.

—Bien. ¿Qué tal tu noche?

Sonreí.

—Placentera.

Frunció los labios.

—¿Puedo preguntarte qué hiciste?

Podía imaginarme cuál sería mi nivel de interés si hubiera tenido que pasar ocho horas inconsciente, sin saber nada ella. Pero no estaba listo para responder a esa pregunta por ahora... O puede que nunca.

—No. El día de hoy sigue siendo mío.

Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—No creo que haya nada que no te haya contado.

—Cuéntame más de tu madre.

Era uno de mis temas favoritos, porque obviamente era uno de los suyos.

—Vale. Mmm, mi madre es algo así como... ¿salvaje, supongo? No como un tigre, sino como un gorrión, como un ciervo. A ella, simplemente..., no le gusta estar en una jaula. Mi abuela (que era totalmente normal, por cierto, y no tenía ni idea de dónde había salido mi madre) solía decir que era como el fuego fatuo. Me da la sensación de que criar a mi madre durante su

adolescencia no debió de ser nada fácil. De todos modos, para ella es muy difícil quedarse en un lugar durante mucho tiempo. Poder irse por ahí con Phil sin un destino seguro final en mente... Bueno, creo que es cuando más feliz la he visto. Pero conmigo se esforzó mucho. Se conformaba con aventuras de fin de semana y cambiaba constantemente de trabajo. Yo hacía lo que podía para liberarla de todas las cosas mundanas. Me imagino que Phil hará lo mismo. Me siento... algo así como una mala hija. Porque me siento un poco aliviada, ¿sabes? —Hizo una mueca de disculpa, levantando las palmas de las manos—. Ella ya no tiene que quedarse ahí para mí. Es un peso que me quito de encima. Y luego Charlie... Nunca pensé que me necesitara, pero realmente es así. Esa casa está demasiado vacía para él.

Asentí pensativamente, analizando esta inmensa mina de información. Ojalá pudiese conocer a la mujer que tanto había moldeado el carácter de Bella. Una parte de mí habría preferido que Bella tuviera una infancia más fácil y tradicional..., que hubiese podido ser la niña y no la adulta. Pero entonces ella no habría sido la misma persona, y, la verdad, no parecía resentida en absoluto. Le gustaba cuidar, que la necesitaran.

Quizá aquel era el verdadero secreto de por qué se sentía atraída hacia mí. ¿Alguien la había necesitado en algún momento más de lo que yo la necesitaba?

La dejé en la puerta de clase, y la mañana se desarrolló como el día anterior. Alice y yo nos pasamos la hora de gimnasia prácticamente en coma. Observé la cara de Bella nuevamente a través de los ojos de Jessica Stanley, y me percaté, al igual que la humana, de que Bella parecía estar a años luz de la clase.

Me pregunto por qué Bella no quiere hablar de ello, pensó Jessica. *Supongo que se lo guarda para ella solita. A menos que me dijera la verdad, y no esté pasando nada realmente.* Su mente repasó las veces que Bella se lo había negado el miércoles por la mañana —«no va por ahí la cosa», le había dicho cuando Jessica le había preguntado por los besos—, y su deducción de que Bella estaba decepcionada al respecto.

Debe de ser una tortura, pensó Jessica en ese momento. *Mirar, pero no tocar.*

La palabra me sorprendió.

¿Tortura? Estaba exagerando, obviamente, pero... ¿de verdad algo así podría hacerle daño a Bella, sin importar cuán leve fuera? Seguramente no, sabiendo como ella sabía la realidad de la situación. Fruncí el ceño y capté la mirada inquisitiva de Alice. Sacudí mi cabeza hacia ella.

Parece bastante feliz, pensó Jessica, que seguía observando a Bella mientras esta miraba a través de las ventanas de la claraboya sin enfocar los ojos. *Debe de haber estado mintiéndome. O ha pasado algo nuevo.*

¡Oh! La repentina quietud de Alice me alertó al mismo tiempo que su exclamación mental. En su mente veía la cafetería en un futuro cercano y...

¡Bueno, ya era hora!, pensó, esbozando una gran sonrisa.

Las imágenes se iban descubriendo: Alice estaba de pie detrás de mi hombro hoy en la cafetería, frente a Bella. Una breve presentación. Cómo había empezado todo todavía no estaba claro. La visión iba y venía, dependiendo de algún otro factor. Pero sería pronto, si no hoy.

Suspiré, al tiempo que devolvía distraídamente la pluma de bádminton al otro lado de la red. Voló mejor de lo que hubiese volado si hubiese estado atento; anoté un punto justo cuando el entrenador hizo sonar el silbato para terminar la clase. Alice ya se dirigía hacia la puerta.

No seas tan infantil. No es para tanto. Y ya puedo ver que no me detendrás.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—No, no será para tanto —reconocí en voz baja mientras caminábamos juntos.

—Puedo ser paciente. Pasito a pasito.

Puse los ojos en blanco.

Siempre era un alivio cuando podía prescindir de los puntos de vista secundarios y simplemente ver a Bella cara a cara, pero todavía estaba pensando en las suposiciones de Jessica cuando Bella entró por la puerta del aula. Sonrió con una sonrisa amplia y cálida, y a mí también me pareció que estaba muy feliz. No debería preocuparme por las imposibilidades cuando a ella no le molestaban.

Había una serie de preguntas que hasta ahora no había querido abordar. Pero, con los pensamientos de Jessica todavía rondándome en la cabeza, de pronto sentí más curiosidad que aversión.

Nos sentamos en la que ahora era nuestra mesa habitual, y ella picoteó de la comida que le había comprado. Hoy había logrado ser más rápido que ella.

—Háblame de tu primera cita —le dije.

Sus ojos se abrieron de golpe y se sonrojó. Vaciló.

—¿No me lo vas a contar?

—Es que no estoy muy segura... de lo que realmente cuenta.

—Pues pon el listón lo más bajo posible, a cero —sugerí.

Miró hacia el techo, pensando con los labios fruncidos.

—Bueno, entonces supongo que ese sería Mike... Otro Mike —dijo rápidamente cuando vio cómo cambiaba mi expresión—. Era mi compañero de bailes de salón en sexto. Me invitaron a su fiesta de cumpleaños: a ver una película. —Sonrió—. *Somos los mejores 2*. Yo fui la única que apareció. Luego la gente empezó a decir que era una cita. No sé quién empezó el rumor.

Había visto las fotos del colegio en casa de su padre, así que ya sabía cómo era la Bella de once años. Parecía que las cosas no habían cambiado tanto desde entonces.

—A lo mejor eso es poner el listón demasiado bajo.

Sonrió.

—Has dicho que lo pusiera a cero.

—Sigue entonces.

Sus labios se torcieron hacia un lado mientras se lo pensaba.

—Unas amigas iban a ir a la pista de hielo con unos chicos. Me necesitaban para que las parejas cuadraran. No habría ido si me hubiera dado cuenta de que eso significaba que me emparejarían con Reed Merchant. —Se estremeció delicadamente—. Y, por supuesto, descubrí rápidamente que el patinaje sobre hielo no era buena idea. Mis lesiones fueron leves, pero lo bueno fue que pude sentarme junto a la barra de la cafetería y leer durante el resto de la noche. —Sonrió, casi... victoriosa.

—¿Nos saltamos esta parte y me cuentas alguna cita de verdad?

—¿Quieres decir si alguien me invitó a salir con antelación y luego fuimos juntos a algún lugar solos?

—Eso podría definirlo.

Sonrió con la misma sonrisa triunfal.

—Entonces, lo siento, porque no hay nada.

Fruncí el ceño.

—¿Nunca te han pedido salir antes de venir aquí? ¿De verdad?

—No estoy segura del todo. ¿Era una cita? ¿O solo amigos pasando el rato? —Se encogió de hombros—. No es que me importara mucho. Nunca tuve tiempo para ninguna de las dos cosas. Después de un tiempo, se corre la voz y nadie te lo vuelve a pedir.

—¿Estabas ocupada de verdad? ¿O inventando excusas como las que das aquí?

—Estaba ocupada de verdad —insistió, un poco ofendida—. Llevar una casa supone mucho tiempo y, además, solía tener trabajos de media jornada, por no hablar del colegio. Si quiero ir a la universidad, voy a necesitar una beca completa y...

—Espera un momento —la interrumpí—. Antes de pasar al siguiente tema, me gustaría terminar este. Si no hubieses estado tan ocupada, ¿te habría gustado aceptar alguna de esas invitaciones?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—En realidad, no. Quiero decir, si hubiera accedido, solo habría sido una excusa para salir una noche por ahí. No eran chicos muy interesantes.

—¿Y los otros chicos? ¿Los que no te lo pidieron?

Sacudió la cabeza, y sus ojos sinceros no parecían esconder nada.

—No les hacía mucho caso.

Entrecerré los ojos.

—¿Nunca has conocido a nadie que te haya gustado?

Suspiró de nuevo.

—En Phoenix, no.

Nos miramos el uno al otro un momento mientras yo procesaba el hecho de que, al igual que ella era mi primer amor, según esto, yo también era el primer... chico que le gustaba, por lo menos. Esta convergencia me complació de una extraña manera, pero también me preocupaba. Sin duda, esta era una forma retorcida y poco saludable para que ella comenzara su vida romántica. Y luego estaba el hecho de que yo supiese que ella sería la primera y la última para mí. No sería lo mismo para un corazón humano.

—Sé que no es mi día, pero...

—No, no lo es.

—Venga —insistió—. Acabo de contarte toda mi vergonzosa historia exenta de citas.

Sonreí.

—La mía es bastante parecida, en realidad... Menos el patinaje sobre hielo y las fiestas de cumpleaños trampa. Tampoco he estado prestando mucha atención a ese tema.

Me pareció que no me creía del todo, pero era cierto. También había tenido ofertas que había rechazado. No exactamente el mismo tipo de ofertas, admití para mí mismo, al tiempo que recordaba la cara de Tanya haciendo pucheros.

—¿A qué universidad te gustaría ir? —pregunté.

—Eh... —Sacudió la cabeza ligeramente, como para adaptarse al nuevo tema—. Bueno, solía pensar que la Universidad Estatal de Arizona era lo más práctico, porque podría vivir en casa. Pero, con mamá yendo de un lado a otro ahora, supongo que puedo ampliar mis miras. Tendría que ser una estatal, algo razonablemente barato, aunque me dieran una beca. Cuando vine aquí

por primera vez... En fin, me alegré de que Charlie no viviese lo suficientemente cerca de la Universidad Estatal de Washington como para que fuera práctica.

—¿Estás menospreciando a los Cougars de nuestra excelente universidad estatal?

—No tengo nada en contra de la institución, solo del clima.

—Y si pudieras ir a cualquier parte, sin importar el dinero, ¿adónde irías?

Mientras consideraba mi pregunta sobre ese futuro hipotético, traté de imaginar un futuro con el que yo pudiera vivir. Bella a los veinte, a los veintidós, a los veinticuatro... ¿Cuánto tiempo quedaba antes de que ella envejeciera y yo continuara inalterable? Aceptaría ese plazo limitado si eso significaba que ella podría vivir sana, humana y feliz. Si tan solo lograra ser alguien seguro para ella, bueno para ella, y encajar en esa imagen feliz cada segundo del tiempo que ella me concediese.

Me volví a preguntar cómo podría lograr que eso sucediera: estar con ella sin afectar negativamente su vida. Mantenerme en la eterna primavera de Perséfone, ponerla a salvo de mi inframundo.

Estaba claro que ella no sería feliz en la clase de lugares en los que yo solía habitar. Evidentemente. Pero, mientras ella me quisiera, la seguiría. Significaría pasar muchos días lentos encerrados en algún sitio, pero aquel era un precio tan insignificante que apenas valía la pena mencionarlo.

—Tendría que investigar un poco. La mayoría de las universidades caras están en zona de nieve. —Sonrió—. Me pregunto cómo serán las universidades de Hawái.

—Maravillosas, estoy seguro. Y después de la universidad, ¿qué? —Me di cuenta de lo importante que era para mí conocer sus planes de futuro. Así no se los desbarataría. Así podría darle forma a este futuro improbable de la mejor manera y adaptarlo a ella.

—Algo con libros. Siempre pensé que me dedicaría a enseñar, como... Bueno, no exactamente como mi madre. Si pudiera... Me gustaría enseñar a nivel universitario en algún sitio, probablemente en un colegio comunitario. Clases de Lengua optativas, para que todos los que se hubiesen inscrito estuviesen allí por voluntad propia.

—¿Eso es lo que siempre has querido?

Ella se encogió de hombros.

—Básicamente, sí. Una vez pensé en trabajar para una editorial, como editora o algo así. —Arrugó la nariz—. Investigué un poco. Y es mucho más fácil conseguir un trabajo de profesora. Mucho más práctico.

Todos sus sueños tenían las alas cortadas... No eran las aspiraciones del adolescente habitual, dispuesto a conquistar el mundo. Evidentemente, era el resultado de tener que lidiar con la realidad mucho antes de lo que debería haberlo hecho.

Le dio un mordisco al bagel, masticando pensativa. Me preguntaba si todavía estaba pensando en el futuro, o en algo más. Me preguntaba si podría verme a mí en ese futuro.

Mi mente se desvió hasta el día siguiente. Debería haberme emocionado la idea de pasar un día entero con ella. Un día era mucho tiempo. Pero solo podía pensar en el momento en el que ella vería lo que realmente era. Cuando ya no pudiese esconderme detrás de mi fachada humana. Intenté imaginar su reacción y, aunque a menudo me equivocaba al tratar de predecir sus sentimientos, yo sabía que solo existían dos posibilidades. La única reacción válida además de la repulsión sería el terror.

Quería creer que había una tercera posibilidad. Que ella perdonaría lo que yo era, tal como lo había hecho tantas veces en el pasado. Que me aceptaría a pesar de todo. Pero no lograba imaginármelo.

¿Tendría el valor de cumplir mi promesa? ¿Podría vivir conmigo mismo si le ocultaba esto?

Pensé en la primera vez que había visto a Carlisle al sol. Entonces yo era muy joven, y todavía estaba obsesionado con la sangre por encima de cualquier otra cosa, pero esa visión había llamado mi atención de un modo en que pocas cosas más lo habían hecho. Aunque confiaba completamente en Carlisle, aunque ya había empezado a quererlo, sentí miedo. Todo era demasiado imposible, demasiado extraño. Se activó mi instinto de defensa, y tuvo que pasar mucho tiempo antes de que sus pensamientos calmados y tranquilizadores pudieran tener algún efecto en mí. Finalmente, Carlisle me convenció para que diese el paso adelante y pudiera comprobar por mí mismo que el fenómeno no hacía daño.

Y recordé haberme visto bajo la brillante luz de la mañana y comprender —más a conciencia que en toda mi vida— que ya no tenía ninguna relación con mi antiguo yo. Que ya no era humano.

Pero no era justo esconderme de ella. Era una mentira por omisión.

Intenté visualizarla junto a mí en el prado, cómo sería la imagen si yo no fuera un monstruo. Era un lugar hermoso y tranquilo. Cómo deseaba que pudiera disfrutarlo conmigo a su lado.

Edward, pensó Alice con urgencia, con un toque de pánico en su tono que hizo que me irguiera en el sitio.

De repente, estaba atrapado en una de las visiones de Alice, mirando un brillante círculo de luz solar. Me desorienté, porque acababa de estar imaginándome allí con Bella —en la pequeña pradera a la que solo iba yo—, así que al principio no estaba seguro de si estaba viendo la mente de Alice o la mía.

Pero era una imagen distinta a la mía: era el futuro, no el pasado. Bella me observaba, con el arcoíris bailando en su rostro y aquellos ojos insondables. Así que, al parecer, yo sí que era lo suficientemente valiente para cumplir mi promesa.

Es el mismo lugar, pensó Alice. Su mente rezumaba un horror que no coincidía con la visión. Tensión, quizá, pero ¿horror? ¿Qué quería decir con que era «el mismo lugar»?

Y luego lo vi.

¡Edward!, protestó Alice estridentemente. *¡La quiero, Edward!*

Pero ella no quería a Bella como yo. Su visión era absurda. Incorrecta. Por algún motivo, Alice estaba cegada, viendo imposibilidades. Mentiras.

No había pasado ni medio segundo. Bella seguía masticando, pensando en algún misterio que yo nunca conocería. No habría visto el rápido destello de temor en mi cara.

Era solo una vieja visión. Ya no era válida. Todo había cambiado desde entonces.

Edward, tenemos que hablar.

No tenía nada de lo que hablar con Alice. Sacudí la cabeza muy ligeramente, solo una vez. Bella no lo vio.

Los pensamientos de Alice ahora eran órdenes. Hizo que la imagen que yo no podía soportar volviese a estar en primer plano en mi mente.

La quiero, Edward. No dejaré que ignores esto. Nos vamos, y vamos a lidiar con esto. Tienes hasta que acabe la hora. Excústate... ¡Oh!

La visión totalmente benigna que Alice había tenido esta mañana en el gimnasio interrumpió su retahíla de órdenes. La breve presentación. Ahora vi exactamente cómo sucedería, segundo a segundo. Así que ¿esa visión ofensiva, nula y desfasada era el catalizador que faltaba? Apreté los dientes.

De acuerdo. Hablaríamos. Sacrificaría mi tiempo con Bella esta tarde para demostrarle a Alice lo equivocada que estaba. En realidad, sabía que yo no podría descansar hasta que le hiciera ver eso y le hiciese admitir que esta vez no tenía razón.

Alice vio cómo variaba el futuro según mi mente cambiaba de opinión. *Gracias.*

Qué extraño era —dado el repentino giro entre la vida y la muerte que había dado mi tarde—, lo mucho que me dolía perder aquel tiempo con el que había contado. Debería ser algo insignificante... Solo unos minutos, en realidad.

Intenté sacudirme el horror que Alice me había infligido para no arruinar los minutos que me quedaban.

—Hoy debería haberte dejado que condujeras —le dije, esforzándome todo lo posible para que no notara la desesperación en mi voz.

Sus ojos se posaron en los míos. Tragó saliva.

—¿Por qué?

—Me voy a ir con Alice después del almuerzo.

—Vaya. —Se le nubló el gesto—. Está bien, no está demasiado lejos para un paseo.

Fruncí el ceño.

—No te voy a hacer ir a casa andando. —¿De verdad pensaba que la iba a dejar tirada?—. Tomaremos tu coche y lo dejaremos aquí para ti.

—No llevo la llave encima —dijo, y suspiró. Aquel era un obstáculo enorme e insuperable para ella—. No me importa caminar, de verdad.

—Tu camioneta estará aquí, y la llave en el contacto —le dije—. A menos que temas que alguien te la pueda robar.

El sonido de su motor era tan bueno como la alarma de un coche. Puede que más escandaloso. Forcé una risa al imaginármelo, pero sonó amarga.

Bella frunció los labios y sus ojos se volvieron opacos.

—De acuerdo —dijo. ¿Dudaba de mis habilidades?

Traté de sonreír con confianza —estaba seguro de que no podría fallar en una tarea tan simple—, pero tenía los músculos demasiado tensos como para lograr que el gesto resultara natural. Ella no pareció darse cuenta. Parecía que estaba lidiando con su propia decepción.

—Entonces —dijo—. ¿Adónde vas a ir?

Alice me mostró la respuesta a la pregunta de Bella.

—De caza. —Pude oír cómo mi voz se oscurecía de repente. Porque era algo para lo que habría encontrado tiempo igualmente. La necesidad de esta excursión era tan frustrante como vergonzosa. Pero no le mentiría al respecto —. Si voy a estar a solas contigo mañana, voy a tomar todas las precauciones posibles. —La miré a los ojos, preguntándome si ella era capaz de ver el miedo en los míos. La visión de Alice subyugaba mi compostura. —Siempre lo puedes cancelar, ya sabes.

Por favor, vete. No te des la vuelta.

Bajó la vista, y su rostro palideció más que antes. ¿Escucharía al fin? La visión de Alice no significaría nada si Bella me decía en aquel momento que la dejara en paz. Yo sabía que sería capaz de dejarla, si era lo que ella quería. Mi corazón estaba a punto de romperse por la mitad.

—No —susurró, y mi corazón se movió en otra dirección. Se acercaba un peor tipo de rotura. Me miró fijamente—. No puedo.

—Tal vez tengas razón —susurré. Tal vez ella estaba, después de todo, tan ligada a mí como yo a ella.

Se inclinó hacia mí, y sus ojos se tensaron con preocupación.

—¿A qué hora te veré mañana?

Respiré hondo, tratando de calmarme, para alejar la sensación de fatalidad. Me obligué a hablar en un tono más suave.

—Eso depende... Es sábado, ¿no quieres dormir hasta tarde?

—No —respondió ella de inmediato.

Me hizo querer sonreír.

—Entonces, a la misma hora de siempre. ¿Estará Charlie ahí?

Sonrió.

—No, mañana se va a pescar.

Obviamente, aquello la complacía tanto como su actitud al respecto me frustraba a mí. ¿Por qué estaba decidida a ponerse tan completamente a mi merced..., a merced de la peor parte de mí?

—¿Y qué pensará si no vuelves? —pregunté entre dientes.

Su rostro estaba sereno.

—No tengo ni idea. Sabe que tengo intención de hacer la colada. Tal vez crea que me he caído dentro de la lavadora.

La fulminé con la mirada. No le vi la gracia a su chiste en absoluto. Arrugó la frente un momento y después su semblante se relajó de nuevo. Cambió de tema.

—¿Qué vas a cazar esta noche?

Qué extraño era todo. Por un lado, no parecía que se tomara en serio el peligro en absoluto. Por otro, estaba muy tranquila aceptando las facetas más horribles de mi vida.

—Cualquier cosa que encontremos en el parque. No vamos a ir lejos.

—¿Por qué vas con Alice?

Alice estaba escuchando atentamente ahora.

Fruncí el ceño.

—Alice es la más... compasiva. —Había otras palabras que me gustaba decir en beneficio de Alice, pero solo confundirían a Bella.

—¿Y los otros? —Bella casi susurró, y su voz mutó de curiosa a ansiosa —. ¿Cómo se lo toman? —Se horrorizaría si supiera con qué facilidad podían oír ese susurro.

También había muchas formas de responder a esa pregunta. Elegí la menos aterradora.

—La mayoría con incredulidad. —Sin duda, era una manera de expresarlo.

Sus ojos se dirigieron a la esquina trasera de la cafetería, donde se sentaba mi familia. Alice les había advertido, así que todos estaban mirando a otro lado.

—No les gusto —supuso.

—No es eso —respondí rápidamente.

¡Ja!, pensó Rosalie.

—No comprenden por qué no te puedo dejar sola —continué, intentando ignorar a Rose.

Bueno, eso sí que es cierto.

Bella hizo una mueca.

—Yo tampoco, si vamos al caso.

Sacudí la cabeza, pensando en su ridícula suposición: que ella no me importaba tanto a mí como yo a ella. Creía que esto ya había quedado claro.

—Te lo dije, no te ves a ti misma con ninguna claridad. No te pareces a nadie que haya conocido. Me fascinas.

Parecía dudar. A lo mejor tenía que ser más específico.

Le sonreí. A pesar de todo lo que tenía en la cabeza, era importante que ella lo entendiera:

—Al tener las ventajas que tengo —me pasé dos dedos casualmente por la frente—, disfruto de una comprensión superior de la naturaleza humana. Las personas son predecibles, pero tú nunca haces lo que espero. Siempre me pillas desprevenido.

Apartó la vista de mí con cierta insatisfacción en su rostro. Obviamente, este detalle en concreto no la había convencido.

—Esa parte resulta bastante fácil de explicar —continué rápidamente, esperando que me volviera a mirar—, pero hay más... —Mucho más—. Y no es tan sencillo expresarlo con palabras...

Mírame a mí, ¿quieres, pequeño incordio con cara de murciélago?

Bella se quedó lívida. Parecía haberse congelado, como si no pudiera apartar la mirada de la esquina al fondo de la habitación.

Me di la vuelta rápidamente y le lancé a Rosalie una mirada amenazante, con los labios separados para mostrarle los dientes. Le siseé por lo bajo.

Me miró de soslayo y luego apartó los ojos de nosotros. Miré de nuevo a Bella justo en el momento en que ella se volvió para observarme a mí.

Ha empezado ella, pensó Rosalie hoscamente.

Los ojos de Bella estaban abiertos de par en par.

—Lo lamento —murmuré a toda velocidad—. Solo está preocupada. —Me irritó tener que defender el comportamiento de Rosalie, pero no se me ocurrió otra forma de explicarlo. Y, en lo más profundo de la hostilidad de Rosalie, el verdadero problema era ese—. Verás... Después de haber pasado tanto tiempo en público contigo no es solo peligroso para mí si...

No pude terminar. Lleno de horror y vergüenza, me miré las manos, las manos de un monstruo.

—¿Si...? —inquirió Bella.

¿Cómo no iba a responderle ahora?

—Si las cosas van... mal.

Dejé caer la cabeza en mis manos. No quería ver sus ojos a medida que Bella empezaba a comprender lo que estaba diciendo. Durante todo este tiempo, había estado tratando de ganarme su confianza. Y ahora había tenido que decirle exactamente lo poco que me la merecía.

Lo correcto era que ella lo supiera. Este sería el momento en que se iría. Y eso era bueno. Mi primer e instintivo rechazo al pánico de Alice empezaba a esfumarse. Honestamente, no podía prometerle a Bella que yo no era un peligro para ella.

—¿Tienes que irte ahora? —La miré lentamente. Su rostro estaba tranquilo: había un indicio de tristeza en esa arruga entre sus cejas, pero no había miedo en absoluto. La confianza perfecta que yo había visto cuando ella había saltado a mi coche en Port Angeles de nuevo estaba plasmada en sus ojos. Aunque no lo mereciese, ella aún confiaba en mí.

—Sí —le dije.

Mi respuesta le hizo fruncir el ceño. Debería haberse sentido aliviada al verme partir, pero en cambio estaba triste.

Quise poder borrar la pequeña uve entre sus cejas con la punta de mis dedos. Quería que sonriera de nuevo.

Meforcé a esbozar una sonrisa:

—Probablemente sea lo mejor. En Biología aún nos quedan por soportar quince minutos de esa espantosa película. No creo que lo aguante más.

Supongo que esto sí era verdad... Que no habría podido soportarlo. Que habría cometido más errores.

Ella me devolvió la sonrisa, y era obvio que al menos entendía una parte de lo que quería decir.

Entonces brincó ligeramente en la silla, sobresaltada.

Escuché a Alice situarse detrás de mí. No me sorprendió. Ya había visto antes esta parte.

—Alice —la saludé.

Su sonrisa emocionada se reflejó en los ojos de Bella.

—Edward —respondió, copiando mi tono.

Seguí el guion.

—Alice, te presento a Bella... —dije al presentarlas, tratando de ser lo más conciso posible. Fijé la mirada en Bella e hice un gesto sin entusiasmo con una mano—. Bella, esta es Alice.

—Hola, Bella. Es un placer conocerte al fin.

El énfasis que puso en «al fin» era sutil, pero molesto. Le lancé una mirada furiosa.

—Hola, Alice —contestó Bella con la voz insegura.

No voy a tentar mi suerte, prometió Alice.

—¿Estás preparado? —me preguntó en voz alta.

Como si no supiera mi respuesta.

—Casi. Me reuniré contigo en el coche.

Ya me voy. Gracias.

Bella miró a Alice con los labios fruncidos levemente hacia abajo. Cuando Alice desapareció por la puerta, se volvió lentamente para mirarme.

—Debería decir «que te diviertas» ¿o es el sentimiento equivocado? —preguntó.

Le sonreí.

—No, «que te diviertas» es tan bueno como cualquier otro.

—En tal caso, que te diviertas —dijo ella, un poco apesadumbrada.

—Lo intentaré. —Pero no era verdad. Solo la echaría de menos mientras estuviese fuera—. Y tú intenta mantenerte a salvo, por favor. —No importaba cuántas veces tuviese que despedirme de ella, porque siempre volvía el mismo pánico al imaginarla desprotegida.

—A salvo en Forks... —murmuró—. ¡Menudo reto!

—Para ti lo es —señalé—. Prométemelo.

Suspiró, pero su sonrisa ahora exudaba buen humor.

—Prometo que intentaré mantenerme ilesa —dijo—. Esta noche haré la colada... Una tarea que no debería entrañar demasiado peligro.

No agradecí el recordatorio de la parte previa de nuestra conversación.

—No te caigas dentro de la lavadora.

Trató de mantener el rostro serio, pero no pudo.

—Haré lo que pueda.

Qué difícil me resultaba marcharme. Me puse en pie. Ella también.

—Te veré mañana —suspiró.

—Te parece mucho tiempo, ¿verdad? —Qué extraño, la inmensa cantidad de tiempo que me parecía a mí también.

Ella asintió, abatida.

—Por la mañana, allí estaré —prometí.

Alice tenía toda la razón en esto: yo no había dejado de cometer errores. De nuevo, no fui capaz de contenerme cuando me incliné sobre la mesa y pasé los dedos por su pómulos. Antes de que pudiera hacer más daño, me di la vuelta y la dejé allí.

Alice estaba esperándome en el coche.

—Alice...

Lo primero es lo primero. Tenemos que hacer un recado, ¿no?

Por su mente pasaron imágenes de la casa de Bella. Un juego de ganchos vacíos —diseñados para poner las llaves—, en la pared de la cocina. Yo en la habitación de Bella, examinando su cómoda y su escritorio. Alice, literalmente olfateando el salón. Alice otra vez, en un cuartito para la colada, sonriendo, con una llave en la mano.

Conduje rápidamente hasta la casa de Bella. Habría podido encontrar la llave yo mismo: el olor a metal era bastante fácil de rastrear, sobre todo el del metal manchado con los aceites de los dedos de Bella, pero definitivamente el sistema de Alice era más rápido.

Las visiones se hicieron más nítidas. Vi cómo Alice entraba sola por la puerta principal. Pensó en una docena de sitios distintos para buscar una llave de repuesto de la casa, luego la localizó cuando decidió revisar debajo del alero sobre la puerta principal.

Cuando llegamos a la casa, Alice solo tardó unos segundos en seguir el rumbo que ya se había fijado. Después de cerrar el picaporte de la puerta principal, pero dejando el cerrojo abierto —tal y como lo había encontrado—, Alice se subió a la camioneta de Bella. El motor cobró vida propia con el volumen de un trueno. Pero ahora no había nadie en la casa que se pudiera dar cuenta.

El viaje de regreso al instituto fue más lento, limitado por la velocidad máxima a la que la vieja Chevy era capaz de llegar. Me preguntaba cómo podía soportarlo Bella, pero parecía que ella prefería conducir despacio. Alice aparcó en el espacio que mi Volvo había dejado vacío y apagó el estruendo del motor.

Miré aquel gigante oxidado, imaginándome a Bella en él. Había sobrevivido a la camioneta de Tyler con apenas un rasguño, pero obviamente no tenía airbags ni zonas de deformación programadas. Sentí cómo se fruncía mi ceño.

Alice se subió al asiento del copiloto.

Toma, pensó ella. Tenía un trozo de papel y un bolígrafo. Se los quité.

—Reconozco que eres útil.

No podrías sobrevivir sin mí.

Escribí una breve nota y salí corriendo para dejarla en el asiento del conductor de la camioneta de Bella. Sabía que esta acción no tenía ningún poder, pero esperé que le recordara su promesa. Me hizo sentir un poco menos angustiado.

15. Probabilidad

— **A**hora, Alice —dije mientras cerraba la puerta.
Suspiró.

Lo siento. Desearía no tener que...

—No es real —interrumpí, al tiempo que aceleraba para salir del aparcamiento. No tuve que pensar en el camino. Me lo sabía muy bien—. Es solo una visión antigua. Antes de todo. Antes de saber que yo la amaba.

Allí estaba otra vez, en su cabeza, la peor de todas las visiones: la posibilidad angustiosa que me había torturado durante semanas, el futuro que Alice había visto el día que aparté a Bella de la trayectoria de la camioneta.

El cuerpo de Bella en mis brazos, retorcido, blanco y sin vida... Con una herida irregular y azulada en su cuello roto... Su sangre roja en mis labios y el rojo carmesí de mis ojos.

La visión en la memoria de Alice trajo consigo un gruñido furioso que me desgarró la garganta, una respuesta involuntaria al dolor que me azotaba.

Alice se quedó quieta, con la mirada angustiada.

Es el mismo lugar. Alice se había dado cuenta hoy en la cafetería, con sus pensamientos teñidos de un horror que al principio yo no había entendido.

Yo nunca había mirado más allá de la espantosa imagen central; apenas podía soportar ver tanto. Pero Alice llevaba muchas más décadas que yo examinando sus visiones. Sabía cómo eliminar los sentimientos de la ecuación, cómo ser imparcial, cómo mirar la imagen sin apartarse de ella.

Alice había podido absorber todos los detalles..., como el paisaje.

La horrible escena tenía lugar en el mismo prado donde yo había pensado llevar a Bella mañana.

—No puede ser una visión válida. No lo volviste a ver, solo lo recordabas.
Alice sacudió la cabeza lentamente.

No es solo un recuerdo, Edward. Ahora lo veo.

—Iremos a otro lugar.

En su cabeza, los escenarios de su visión daban vueltas como caleidoscopios giratorios, cambiando de brillante a oscuro y viceversa. El primer plano era el mismo. Me aparté de las imágenes, tratando de alejarlas de mi ojo mental, deseando ser capaz de cegarlas.

—Lo cancelaré —dije entre dientes—. Ya me ha perdonado antes mis promesas incumplidas.

La visión brilló, vaciló y luego volvió a ser sólida, con bordes afilados y claros.

Su sangre es muy fuerte para ti, Edward. Cuanto más te acercas a ella...

—Volveré a mantener las distancias.

—No creo que funcione. No lo hizo antes.

—Me iré.

Se estremeció ante la agonía de mi voz, y la imagen en su cabeza volvió a temblar. Las estaciones cambiaban, pero las figuras centrales seguían ahí.

—Todavía está ahí, Edward.

—¿Cómo puede ser? —gruñí.

—Porque si te vas, volverás —dijo con la voz implacable.

—No —dije—. Puedo alejarme. Sé que puedo.

—No puedes —dijo con calma—. Tal vez... si fuera solo tu propio dolor...

Su mente recorrió todo un folioscopio de futuros. La cara de Bella desde mil ángulos distintos, siempre teñida de gris, sin luz. Estaba más delgada, con unos huecos que hasta ahora me eran desconocidos debajo de sus pómulos, unos círculos profundos debajo de los ojos, y con la expresión vacía. Se podría decir sin vida..., pero solo sería una metáfora. No como las otras visiones.

—¿Qué pasa? ¿Por qué está así?

—Porque te has ido. Ella... no está bien.

Odiaba cuando Alice hablaba así, en ese extraño tiempo suyo presente-futuro, que hacía que pareciese que la tragedia estaba sucediendo en este mismo momento.

—Mejor que otras opciones —dije.

—¿De verdad crees que puedes dejarla así? ¿Crees que no volverías para comprobar cómo está? ¿Crees que cuando la veas así serías capaz de no decir una sola palabra?

Mientras hacía las preguntas, vi las respuestas en su cabeza. Yo entre las sombras, mirando. Volviendo a la habitación de Bella, arrastrándome. Viéndola sufrir por una pesadilla, acurrucada, con los brazos apretados contra

el pecho, jadeando sin apenas aire, incluso en sueños. Alice también se acurrucó en un gesto de solidaridad, envolviendo los brazos tensamente alrededor de sus rodillas.

Por supuesto, Alice tenía razón. Sentí un eco de las emociones que sentiría entonces, en esta versión del futuro, y sabía que volvería... solo para comprobar cómo estaba. Y cuando viese esto... despertaría a Bella. No podría verla sufrir.

Los futuros se realinearon en la misma visión inevitable, con un poco de retraso nada más.

—Nunca debería haber regresado —susurré.

¿Y si nunca hubiese aprendido a amarla? ¿Y si no hubiera sabido nunca lo que me faltaba en mi vida?

Alice sacudía la cabeza.

Hubo cosas que vi, mientras estabas fuera...

Esperé a que me lo mostrara, pero ahora se estaba concentrando al máximo en mirarme a la cara. Intentando no enseñármelo.

—¿Qué cosas? ¿Qué viste?

Sus ojos estaban llenos de dolor. *No eran cosas agradables. En algún momento, si no hubieras regresado cuando lo hiciste, si nunca la hubieras amado, habrías regresado a por ella de todos modos. Para... cazarla.*

Todavía no había imágenes, pero no las necesitaba para entender. Me aparté de ella, y estuve a punto de perder el control del coche. Pisé el freno y salí de la carretera. Los neumáticos se clavaron en los helechos y arrojaron trozos de musgo al pavimento.

La idea había estado allí, desde el principio, cuando el monstruo era prácticamente incontrolable: nada me garantizaba que tarde o temprano no la seguiría, donde fuera que Bella se marchase.

—¡Dame algo que funcione! —exploté. Alice se apartó por el volumen de mi voz—. ¡Dime otra manera! ¡Muéstrame cómo mantenerme alejado, adónde ir!

De repente, en sus pensamientos otra visión reemplazó a la primera. Un jadeo de alivio atravesó mis labios cuando se eliminó el horror. Pero esta visión no era mucho mejor.

Alice y Bella abrazadas, blancas como el mármol y pétreas como diamantes.

Una semilla de granada más y estaría ligada al inframundo conmigo. Sin vuelta atrás. La primavera, la luz solar, la familia, el futuro, el alma... Todo se lo habían robado.

Está a sesenta-cuarenta... Tal vez incluso sesenta y cinco-treinta y cinco. Todavía hay alguna posibilidad de que no la mates. Su tono era de ánimo.

—De cualquier modo, está muerta —susurré—. Le pararé el corazón.

—Eso no es exactamente lo que quería decir. Te digo que hay futuros para ella más allá del prado..., pero primero tiene que atravesar el prado, el prado metafórico, si entiendes lo que quiero decir.

Sus pensamientos... Qué difíciles eran de describir... Se dilataban cada vez más, como si estuviera pensando todo al mismo tiempo... Y yo podía ver una maraña de hilos, y cada hilo era una larga línea de imágenes congeladas, cada hilo un futuro contado en instantáneas, todos unidos en un nudo desordenado.

—No lo entiendo.

Todos los caminos de Bella conducen a un punto: todos sus caminos están unidos. Tanto si ese punto está en el prado o en otro lugar, ella está ligada a ese momento de decisión. Tu decisión, su decisión... Algunos de los hilos continúan en el otro lado. Algunos...

—No. —Mi voz vaciló a través de la presión de mi garganta.

No puedes evitarlo, Edward. Tendrás que enfrentarte a ello. Sabiendo que puede ir fácilmente en cualquier dirección, aun así tienes que enfrentarte a ello.

—¿Cómo la salvo? ¡Dímelo!

—No lo sé. Tendrás que encontrar la respuesta tú mismo, en el nudo. No puedo ver exactamente qué forma tendrá, pero creo que habrá un momento..., una prueba, un intento. Puedo verlo, pero no puedo ayudarte con ello. Solo vosotros dos podéis elegir en ese momento.

Apreté los dientes.

Sabes que te quiero, así que ahora escúchame. Posponer esto no cambiará nada. Llévala a tu prado, Edward, y, por mí, y sobre todo por ti, tráela de vuelta.

Dejé caer la cabeza en las manos. Me sentía mal, como un humano dañado, víctima de alguna enfermedad.

—¿Qué te parece si te doy una buena noticia? —preguntó Alice dulcemente.

La miré furioso. Ella sonrió levemente.

En serio.

—Dime.

—He visto una tercera vía, Edward —dijo—. Si puedes superar la crisis, ahí fuera hay un nuevo camino.

—¿Un nuevo camino? —repetí sin comprender.

—Está incompleto. Pero mira.

Otra imagen en su cabeza. No tan definida como las demás. Tres personas en el pequeño salón de la casa de Bella. Yo en el viejo sofá, Bella a mi lado, con mi brazo reposando de manera casual en sus hombros. Alice sentada en el suelo junto a Bella, apoyada contra su pierna de una manera familiar. Alice y yo éramos exactamente los mismos de siempre, pero esta versión de Bella yo no la había visto nunca. Su piel todavía era suave y translúcida, rosa en las mejillas, sana. Sus ojos todavía eran cálidos, marrones y humanos. Pero ella era diferente. Analicé los cambios y comprendí lo que estaba viendo.

Bella no era una niña, sino una mujer. Sus piernas parecían un poco más largas, como si hubiera crecido un centímetro o dos, y su cuerpo era sutilmente más voluptuoso, dando una nueva curvatura a su esbelta figura. Tenía el pelo negro, como si hubiera pasado poco tiempo al sol durante los años transcurridos. No muchos años, tal vez tres o cuatro. Pero todavía era humana.

Me invadieron la alegría y el dolor. Todavía era humana; estaba envejeciendo. Este era el único futuro, desesperado e improbable, con el que yo podía vivir. El futuro que no le hacía engañar ni a la vida ni al más allá. El futuro que la alejaría de mí algún día, tan inevitable como que el día se convierta en noche.

—Todavía no es muy probable, pero pensé que te gustaría saber que esa opción está ahí. Si los dos superáis la crisis, esto está ahí fuera.

—Gracias, Alice —susurré.

Puse el coche en marcha y me incorporé de nuevo a la carretera, cortándole el paso a un monovolumen que circulaba por debajo del límite de velocidad. Aceleré automáticamente, sin ser apenas consciente del proceso.

Por supuesto, esto es todo tuyo, pensó. Alice todavía se imaginaba al trío improbable del sofá. *Esto no tiene en cuenta sus deseos*.

—¿Qué quieres decir con «sus deseos»?

—¿Nunca se te ha ocurrido que Bella podría no estar dispuesta a perderte? ¿Qué esa corta vida mortal podría no ser lo suficientemente larga para ella?

—Eso es una locura. Nadie elegiría...

—No tenemos por qué discutir sobre eso ahora. La crisis primero.

—Gracias, Alice —dije de nuevo, esta vez con tono cáustico.

Soltó una carcajada. Era un sonido nervioso, como el de un pájaro. Estaba tan angustiada como yo, casi igual de horrorizada por las trágicas posibilidades.

—Sé que tú también la quieres —murmuré.

No es lo mismo.

—No, no lo es.

Después de todo, Alice tenía a Jasper. Tenía el centro de su universo a salvo junto a ella, incluso más indestructible que la mayoría. Y no le pesaba el alma de Jasper en la conciencia. A él solo le había traído felicidad y paz.

Te quiero. Puedes hacerlo.

Quería creerla, pero sabía perfectamente cuándo sus palabras se basaban en pilares fuertes y cuándo no eran más que una esperanza normal y corriente.

Conduje en silencio hasta el borde del parque nacional y encontré un lugar discreto para dejar el coche. Alice no se movió cuando el coche se detuvo. Podía ver que yo necesitaba un momento.

Cerré los ojos e intenté no escucharla, no escuchar nada, centrar mis pensamientos realmente en una decisión. Una resolución. Presioné las yemas de mis dedos con fuerza contra las sienes.

Alice había dicho que yo tendría que tomar una elección. Quería gritar en voz alta que ya había decidido, que no había una decisión, pero, a pesar de que sentía que todo mi anhelo estaba enfocado en la seguridad de Bella, sabía que el monstruo todavía estaba vivo.

¿Cómo lo mataba? ¿Cómo lo silenciaba para siempre?

Oh, qué callado estaba ahora. Escondido. Ahorrando fuerzas para la pelea que se avecinaba.

Por unos momentos, pensé seriamente en suicidarme. Era la única forma de asegurarme de que el monstruo no sobreviviría.

Pero ¿cómo? Carlisle había agotado la mayoría de las posibilidades al comienzo de su nueva vida, y nunca había logrado poner fin a su propia historia, a pesar de su auténtica determinación por hacerlo. Yo no tendría éxito actuando solo.

Cualquiera de mi familia sería capaz de hacerlo por mí, pero sabía que ninguno de ellos lo haría, aunque se lo suplicara hasta el infinito. Ni siquiera Rosalie, quien con toda seguridad afirmaría estar lo suficientemente enfadada como para hacerlo, que me gritaría y amenazaría la próxima vez que me viese, lo haría. Porque, aunque a veces me odiaba, siempre me quería. Y yo sabía que, si estuviese en el lugar de cualquiera de ellos, me sentiría y actuaría exactamente de la misma manera. No podría hacerle daño a ningún miembro de mi familia, sin importar cuánto dolor sintieran, sin importar cuánto quisieran huir de aquella vida.

Había otros... Pero los amigos de Carlisle no me ayudarían. Nunca lo traicionarían así. Se me ocurría un lugar al que podría ir, un lugar con el poder de acabar con el monstruo muy rápidamente..., pero hacer eso pondría a Bella en peligro. Aunque yo no era el que le había revelado la verdad sobre mí, ella sabía cosas que tenía prohibido saber. No era nada que pudiera atraer hacia ella el tipo de atención equivocado, a no ser que yo hiciera algo estúpido, como ir a Italia.

Era una pena que a los quileutes no les quedaran dientes. Hacía tres generaciones, lo único que habría tenido que hacer sería caminar hasta La Push. Una idea inútil ahora.

Por lo que esas formas de matar al monstruo no eran posibles.

Alice estaba muy segura de que yo tenía que seguir adelante, para enfrentarme a ello cara a cara. Pero ¿cómo podía estar bien aquello, cuando existía la posibilidad de que matara a Bella?

Me estremecí. La idea era tan dolorosa que no podía imaginar cómo podría el monstruo superar mi aversión para vencerme. No me revelaba nada, solo aguardaba su momento en silencio.

Suspiré. ¿No había más remedio que enfrentar esto cara a cara? ¿Se consideraría valor si estaba obligado a ello? Estaba seguro de que no.

Parecía que lo único que podía hacer era aferrarme a mi decisión con las dos manos, con todas mis fuerzas. Sería más fuerte que mi monstruo. No le haría daño a Bella. Haría lo correcto con las posibilidades que se me habían dado. Yo sería quien ella necesitaba que fuera.

Y, de repente, al reflexionar sobre ello, no me pareció tan imposible. Por supuesto que podría hacerlo. Podría ser el Edward que Bella quería, que necesitaba. Podía aferrarme a ese futuro incompleto con el que podía vivir, y luego hacerlo realidad. Por Bella. Por supuesto que podría hacerlo, si era por ella.

La decisión cada vez se hacía más fuerte. Más clara. Abrí los ojos y miré a Alice.

—Ah. Eso está mejor —dijo. En su cabeza, la maraña de hilos seguía siendo un laberinto irremediabilmente confuso para mí, pero ella veía más en él que yo—. Setenta-treinta. Lo que sea que estés pensando, sigue pensándolo.

A lo mejor, limitarme a aceptar el futuro inmediato era la clave. Enfrentarme a él. No subestimar mi propio mal. Prepararme para ello. Prevenirlo.

Ahora podía hacer la preparación básica. Para eso estábamos aquí.

Alice vio mi acción antes de que yo la emprendiera, y salió por la puerta y echó a correr antes de que yo abriera la mía. Sentí una pequeña sensación de humor y casi sonreí. Nunca podría superarme; siempre me intentaba engañar.

Y después yo también corrí.

Por aquí, pensó Alice cuando casi le había dado alcance. Su mente iba por delante, buscando presas. Pero, aunque capté el aroma de varias opciones cercanas, evidentemente no eran lo que ella quería. Hizo caso omiso de todo lo que vio.

No estaba del todo seguro de qué buscaba Alice tan minuciosamente, pero la seguí sin dudar. Pasó por alto algunas manadas más de ciervos y nos adentramos más en el bosque, girando hacia el sur. Vi que se adelantaba, buscando en el futuro; nos veía a los dos en diferentes rincones del parque, todos ellos familiares. Se dirigió hacia el este y giró hacia norte de nuevo. ¿Qué buscaba?

Y luego sus pensamientos se centraron en un movimiento furtivo entre la maleza, unos atisbos de pelaje rojizo.

—Gracias, Alice, pero...

¡Chsss! Estoy cazando.

Puse los ojos en blanco, pero la seguí. Estaba intentando hacer algo bueno por mí. Cómo iba a saber ella lo poco que importaba todo. Últimamente me había obligado tanto a alimentarme que dudé si sería capaz de notar la diferencia entre un puma y un conejo.

No tardamos mucho en encontrar su visión, ahora que Alice estaba concentrada en ella. Cuando los movimientos del animal fueron audibles, Alice disminuyó la velocidad para dejarme tomar la iniciativa.

—La verdad es que no debería, porque la población de pumas del parque...

El tono mental de Alice era de exasperación. *Vive un poco.*

Nunca había tenido mucho sentido pelear con ella. Me encogí de hombros y pasé por delante de ella. Ahora me llegaba el olor. Fue fácil cambiar mi actitud: me limité a que la sangre me atrajera mientras acechaba a mi presa.

Fue relajante dejar de pensar durante unos minutos. Ser simplemente un depredador más: el superpredador. Escuché que Alice se dirigía hacia el este, buscando su propia comida.

El puma aún no se había percatado de mi presencia. También él se dirigía al este, buscando algo para cazar. Gracias a mí, el día de algún otro animal acabaría mejor.

Me abalancé sobre él en un segundo. A diferencia de Emmett, yo no le veía sentido alguno a darle a la bestia la oportunidad de defenderse. Daría lo mismo, ¿y no era más humano hacerlo rápidamente? Le rompí el cuello al puma y luego drené rápidamente su cálido cuerpo. Lo cierto era que no tenía tanta sed, así que no obtuve ningún alivio real como consecuencia de la acción. Alimentación forzada una vez más.

Cuando terminé, seguí el aroma de Alice hacia el norte. Había encontrado una cierva dormida, acostada en un nido de zarzas. El estilo de caza de Alice se parecía más al mío que al de Emmett. No parecía que la criatura se hubiese despertado siquiera.

—Gracias —le dije, por cortesía.

De nada. Hay una manada más grande al oeste.

Se puso en pie y lideró el camino nuevamente. Reprimí un suspiro.

Ambos terminamos después de una presa más. Yo me sentía muy lleno de nuevo, y mi interior estaba licuado en exceso. Sin embargo, me sorprendió que ella estuviera lista para dejarlo.

—No me importa continuar —le dije, preguntándome si ella había visto que en la próxima ronda yo me sentaría y que estaba siendo cortés.

—Voy a salir mañana con Jasper —me dijo.

—¿No acaba de...?

—Hace un rato he decidido que es necesario prepararse más —dijo sonriendo. *Una nueva posibilidad.*

En su mente, vi nuestra casa. Carlisle y Esme esperaban expectantes en el salón. La puerta se abría, yo entraba y, a mi lado, agarrándome de la mano...

Alice se echó a reír y traté de recuperar la compostura.

—Pero ¿cómo? —pregunté—. ¿Cuándo?

—Pronto. —*El domingo posiblemente...*

—¿Este domingo?

Sí, el que viene después de mañana.

Bella estaba perfecta en la visión: humana y saludable, sonriéndoles a mis padres. Llevaba esa blusa azul que hacía brillar su piel.

En cuanto al cómo, no estoy completamente segura. Esta es solo una posibilidad remota, pero quería que Jasper estuviera preparado.

Jasper, con sus ojos dorados, estaba al pie de las escaleras en la visión, asintiendo cortésmente con la cabeza a Bella.

—Esto es... ¿a través del nudo?

De uno de los hilos.

Giró de nuevo en su mente, llena de largas cuerdas de posibilidades. Tantas convergiendo en mañana... y no las suficientes saliendo por el otro lado.

—¿Dónde estoy?

Frunció los labios. *¿Setenta y cinco-veinticinco?* Lo pensó como una pregunta, y pude ver que estaba siendo generosa.

Vamos, pensó mientras veía cómo me encorbaba yo. Aceptarías esa apuesta. Yo lo hice.

Automáticamente, mis labios se retiraron para mostrar los dientes.

—¡Por favor! —dijo—. Como si pudiese dejar pasar esa oportunidad. No se trata solo de Bella. Estoy relativamente segura de que estará bien. Se trata de enseñarles a Rosalie y Jasper un poco de respeto.

—No eres omnisciente.

—Casi.

Yo no podía estar de tan buen humor como ella.

—Si fueras omnisciente, podrías decirme qué hacer.

Lo solucionarás, Edward. Sé que lo harás.

Ojalá yo también pudiera saberlo.

Los únicos que estaban en casa cuando regresamos eran mi padre y mi madre. Emmett les había dicho a los demás que desapareciesen, sin duda. Me daba completamente igual. No tenía energía como para que me importara su estúpido juego. Alice también salió corriendo en busca de Jasper. Yo agradecí la escasez de conversaciones mentales. Me ayudó un poco a concentrarme.

Carlisle estaba esperando al pie de las escaleras, y sus pensamientos eran difíciles de bloquear, llenos de las mismas preguntas que yo le había rogado a Alice que respondiera. No quería tener que admitirle a él todas las debilidades que me impedían escapar antes de que hubiese más daños. No quería que Carlisle conociese el horror que habría sucedido si yo no hubiera regresado a Forks cuando lo hice, las profundidades en las que mi monstruo se habría hundido.

Asentí con fuerza, agradecido, cuando pasé por delante de él. Él sabía lo que significaba: que yo conocía todos sus miedos y que no tenía una respuesta buena que ofrecer. Con un suspiro, él asintió también. Subió las escaleras más despacio, y le escuché unirse a Esme en su estudio. No hablaron. Intenté hacer caso omiso de los pensamientos de Esme mientras ella analizaba la expresión de Carlisle; quise ignorar su miedo, su dolor.

Carlisle, más que ninguno, incluso más que Alice, entendía lo que era aquello para mí: la charla, balbuceo y conmoción interminables que habitaban en mi cabeza; él llevaba viviendo conmigo más tiempo. Así que, sin decir una palabra, condujo a Esme hacia la gran ventana que solíamos usar como salida. En cuestión de segundos, estuvieron lo suficientemente lejos como para que no pudiera oír nada. Silencio al fin. La única conmoción que había ahora en mi cabeza era de mi propia cosecha.

Al principio me moví lentamente, apenas más rápido que un humano medio, mientras me duchaba y limpiaba los restos del bosque de mi piel y cabello. Tal y como me había ocurrido antes, en el coche, me sentí dañado, afectado, como si me hubieran agotado las fuerzas. Todo eran imaginaciones mías, por supuesto. Si de alguna manera pudiera realmente perder mi fuerza, sería un milagro, un regalo. Si pudiera ser débil, inofensivo, y no supusiese un peligro para nadie.

Casi había olvidado mi miedo previo —un miedo engreído—: la posibilidad de que Bella me encontrara repulsivo cuando le revelara mi verdadero yo a la luz del sol. Estaba enfadado conmigo mismo por malgastar un solo momento en aquella preocupación tan egoísta. Pero, mientras buscaba ropa limpia, tuve que pensar en ello otra vez. No porque importara si yo le asqueaba, sino porque tenía que cumplir mi promesa.

Muy pocas veces me paraba a pensar en qué ponerme. Alice había llenado mi armario con una gran variedad de prendas que parecían conjuntar. El objetivo principal de la ropa era ayudar a integrarnos: adaptarnos a la moda del período actual, minimizar nuestra palidez y cubrir la mayor parte de piel posible sin que pareciese fuera de temporada. Alice llevó más allá los límites dentro de esas restricciones, ofendida ante la idea de que debíamos intentar pasar desapercibidos. Ella eligió su propia ropa y nos vistió a todos nosotros como si fuésemos una forma de expresión artística. Nuestra piel quedaba cubierta, el tono pálido nunca entraba en contraste con tonos más oscuros, y lo cierto era que estábamos al día con el estilo actual. Pero lo que no hacíamos era integrarnos. Era una especie de indulgencia inofensiva, como los coches que conducíamos.

Dejando a un lado el gusto innovador de Alice, toda mi ropa estaba diseñada para cubrir al máximo, a falta de otra opción. Si iba a cumplir el espíritu de mi promesa con Bella, tendría que dejar al descubierto algo más que mis manos. Cuanto menor fuese mi exposición, más fácil sería para ella compartimentar mi enfermedad. Tenía que verme por lo que yo era.

En ese momento recordé una camisa, al fondo de mi armario, que nunca había usado.

La camisa era algo inusual. Normalmente, Alice no nos compraba nada que no pudiera «vernós» llevando. En general, era bastante estricta siguiendo la ley al pie de la letra. Recordé la tarde, hacía dos años, en que vi por primera vez aquella camisa colgada con un montón de nuevas adquisiciones de Alice, guardada al fondo, como si supiera que era un error.

—¿Para qué es esto? —le pregunté.

Se encogió de hombros. *No lo sé. Quedaba bien en el modelo.*

No ocultaba nada en sus pensamientos. Parecía tan confundida como yo por aquella compra impulsiva. Y, sin embargo, tampoco me había dejado tirar la camisa.

Nunca se sabe, había insistido. *Tal vez la quieras algún día.*

Ahora saqué la camisa y sentí una extraña oleada de asombro. Casi un escalofrío, si hubiese sido capaz de sentir algo así. Sus extrañas premoniciones llegaban tan lejos, alargaba sus tentáculos tanto en el futuro, que incluso ella misma no entendía todas las decisiones que tomaba. De alguna manera, había sentido, años antes de que Bella hubiera elegido venir a Forks, que en algún momento yo me enfrentaría a este juicio tan extraño.

A lo mejor sí que era omnisciente después de todo.

Me puse la camisa blanca de algodón, desconcertado al ver mis brazos desnudos en el espejo de la puerta. La abotoné, suspiré, y luego la volví a desabotonar. El objetivo era exponer mi piel. Pero no tenía que estar tan visible desde el principio. Agarré un jersey beis pálido y me lo puse por encima. Estaba mucho más cómodo así: solo el cuello de la camisa blanca asomaba por encima del cuello del jersey; cubierto hasta arriba, como era habitual. A lo mejor me dejaba el jersey puesto. A lo mejor revelarlo todo no era el camino correcto.

Ya no me movía tan despacio. Era casi cómico, con todos esos temores y resoluciones terribles que se me agolpaban en la cabeza, que el miedo más conocido, el que había dictado últimamente casi todos mis movimientos, fuese todavía capaz de controlarme con esta facilidad.

No había visto a Bella desde hacía horas. ¿Estaría a salvo en este momento?

Qué curioso, que me pudiese preocupar siquiera por los millones de peligros que no eran... yo mismo. Ninguno de ellos era tan letal. Y sin embargo, y sin embargo, y sin embargo... ¿Y si?

Aunque desde el principio había planeado pasar la noche con el aroma de Bella —esta noche era más importante que cualquier otra anterior—, ahora de pronto tenía prisa por estar allí.

Llegué temprano y, por supuesto, todo estaba bien. Bella todavía estaba haciendo la colada. Podía escuchar el golpeteo y chapoteo de la lavadora desnivelada y oler el aroma de las hojas de suavizante que brotaba del tubo de la secadora. Una parte de mí quería sonreír al pensar en cómo me había tomado el pelo durante el almuerzo, pero ese humor superficial era demasiado débil para superar mi pánico constante. Pude oír a Charlie viendo un resumen deportivo en el salón. Sus pensamientos tranquilos parecían apacibles, perezosos. Estaba seguro de que Bella no había cambiado de opinión y no le había contado sus verdaderos planes para mañana.

A pesar de todo, el flujo fácil y sencillo de la noche sin incidentes de casa de los Swan era tranquilizador. Me encaramé a mi árbol habitual y me relajé.

Estaba celoso del padre de Bella. La suya era una vida tranquila. No le pesaba nada serio sobre la conciencia. Mañana era otro día normal, con pasatiempos familiares y agradables...

Pero al día siguiente...

No estaba en su poder garantizar lo que ese día sería para él. ¿Estaba en el mío?

Me sorprendió escuchar el sonido de un secador de pelo en el baño compartido. Bella no solía secarse el pelo. Por lo que yo había visto en mis noches de vigilancia protectora —si bien inexcusable—, solía irse a dormir con el cabello húmedo, y lo dejaba secar en el transcurso de la noche. Me pregunté a qué se debía el cambio. La única explicación que se me ocurrió fue que quería que su cabello tuviese buen aspecto. Y, como era a mí a quien planeaba ver mañana, eso significaba que debía de querer tener buen aspecto para mí.

Tal vez me equivocaba. Pero si tenía razón... ¡Qué exasperante! ¡Qué entrañable! Su vida nunca había corrido tanto peligro, pero todavía le importaba que a mí, la mayor amenaza para su existencia, me gustara su aspecto.

Tardó más de lo normal, a pesar del tiempo extra con el secador, en apagar las luces de su habitación, y pude oír algo de alboroto en el interior antes de que lo hiciera. Intrigado, siempre demasiado intrigado, me pareció que habían pasado horas antes de poder estar seguro de que había esperado lo suficiente para que estuviera durmiendo.

Una vez dentro, pude ver que no tendría por qué haber esperado tanto tiempo. Esta noche dormía más serena que de costumbre, con el cabello extendido suavemente sobre la almohada y los brazos relajados a los lados. En su sueño más profundo, no murmuraba tanto.

Su habitación me reveló de inmediato la fuente del alboroto que había escuchado antes. Había montones de ropa arrojados sobre cada superficie del cuarto, incluso unos pocos a los pies de su cama, bajo sus pies descalzos. Reconocí nuevamente el placer y el dolor de saber que ella quería estar guapa para mí.

Comparé los sentimientos, el desconsuelo y el deleite, con mi vida antes de Bella. Estaba tan hastiado, tan cansado del mundo, como si ya hubiera experimentado todas las emociones que había que sentir. Qué idiota. Apenas había bebido de la copa que la vida tenía que ofrecerme. Solo ahora era consciente de todo lo que me había perdido y lo mucho que tenía que aprender. Mucho más sufrimiento que alegría por delante, sin duda. Pero la alegría era tan dulce y fuerte que nunca me perdonaría perderme un solo segundo.

Pensé en el vacío de una vida sin Bella, y me vino a la mente una noche en la que no había pensado desde hacía mucho tiempo.

Era diciembre de 1919. Había pasado más de un año desde que Carlisle me había transformado. Mis ojos ya se habían enfriado del rojo brillante a un ámbar suave, aunque el estrés de mantenerlos así era constante.

Carlisle me había tenido lo más aislado posible mientras yo lidiaba con esos primeros meses tan difíciles. Después de casi un año, estaba bastante seguro de que la locura había pasado, y Carlisle aceptó mi autoevaluación sin dudar. Se preparó para introducirme en la sociedad humana.

Al principio, solo era una tarde aquí o allá: tan bien alimentados como fuera posible, caminábamos por la calle principal de un pequeño pueblo después de que el sol se ocultara tras el horizonte. En aquel momento, me sorprendió que pudiéramos integrarnos así. Los rostros humanos eran tan sumamente distintos a los nuestros: su piel opaca y picada, sus rasgos mal moldeados, tan redondeados y grumosos, los colores moteados de su carne imperfecta. Pensé que aquellos ojos nublados y llenos de pestañas debían de ser casi ciegos, si realmente podían creer que pertenecíamos a su mundo. Pasaron muchos años antes de que me acostumbrara a los rostros humanos.

Estaba tan concentrado en controlar mi instinto de matar durante aquellos paseos que apenas reconocía como lenguaje esa cacofonía de pensamientos que me asaltaba; era solo ruido. A medida que mi capacidad para ignorar mi

sed se fortalecía, los pensamientos de la multitud se volvían más claros, más difíciles de descartar, y el peligro del primer desafío era suplantado por la molestia del segundo.

Pasé aquellas primeras pruebas, si bien no con facilidad, al menos con resultados perfectos. El siguiente reto fue vivir entre ellos durante una semana. Carlisle eligió el concurrido puerto de Saint John, en Nueva Brunswick, y reservó habitaciones en una pequeña posada de madera cerca de los muelles del West Side. Más allá de nuestro anciano propietario, los únicos vecinos con los que nos encontrábamos eran marineros y estibadores.

Este fue un arduo desafío. Estaba completamente rodeado. El aroma de la sangre humana siempre estaba presente. Podía oler el tacto de las manos humanas en las telas de nuestra habitación, percibir el aroma del sudor humano que entraba por las ventanas. Contaminaba cada aliento que inhalaba.

Pero, aunque era joven, también era obstinado y decidido a triunfar. Sabía que Carlisle estaba muy orgulloso de mi rápido progreso, y complacerle se había convertido en mi principal motivación. Incluso en la relativa cuarentena que había llevado hasta entonces, había escuchado los suficientes pensamientos humanos como para saber que mi mentor era único en este mundo. Era digno de mi idolatría.

Conocía su plan de escape, por si el desafío resultaba demasiado duro para mí, aunque él quisiese ocultármelo. Para él, guardar un secreto era casi imposible. A pesar de la sensación de estar rodeado de sangre humana por todos lados, existía una rápida posibilidad de retirada a través de las frías aguas del puerto. Estábamos a unas pocas calles de las profundidades grises y opacas. Si la tentación estuviese a punto de vencer, él me instaría a correr.

Pero Carlisle creía que yo era capaz, que tenía demasiado talento, que era demasiado fuerte, demasiado inteligente como para ser víctima de mis deseos más viles. Debió de ver cómo respondía yo a sus alabanzas internas. Creo que me hizo arrogante, pero también me convirtió en el hombre que él tenía en mente, pues yo estaba decidido a ganarme esa aprobación que él ya me había dado.

Carlisle era así de astuto.

También era muy amable.

Era mi segunda fiesta de Navidad como inmortal, aunque era el primer año que veía el cambio de estaciones: el año anterior había estado demasiado atormentado por el frenesí característico del neófito como para ser consciente de mucho más. Sabía que Carlisle se preocupaba en secreto por todo lo que yo echaría de menos. Toda la familia y amigos que había conocido en mis años

humanos, todas las tradiciones que habían alegrado el clima sombrío. No tenía por qué preocuparse. Las coronas y las velas, la música y las reuniones... Todo aquello a mí me daba igual. Lo miraba desde lo que parecía una distancia imposible.

Una noche, a mediados de la semana, me envió a dar un paseo solo por primera vez. Me tomé la tarea muy en serio e hice todo lo posible por parecer lo más humano posible, envolviéndome en gruesas capas de ropa, fingiendo sentir frío. Una vez fuera, mantuve mi cuerpo rígido contra toda tentación, y mis movimientos lentos y deliberados. Me crucé con unos hombres que regresaban a casa desde los muelles helados. Nadie se dirigió a mí, pero yo no me aparté para evitar el contacto. Pensé en mi vida futura, cuando estuviese tan sereno y tranquilo como Carlisle, e imaginé un millón de paseos como este. Carlisle había puesto su vida en pausa para estar conmigo, pero yo estaba decidido a convertirme pronto en un activo para él, y no una carga.

Estaba muy orgulloso de mí mismo cuando regresé a nuestra habitación, sacudiendo la nieve del gorro de lana. Carlisle estaría deseando oír mi informe, y yo ansioso por dárselo. Después de todo, salir a pasear entre ellos tan solo con mi propia voluntad de protección no había sido tan difícil, y fingí indiferencia mientras entraba por la puerta, percibiendo con retraso el fuerte aroma a resina.

Me había preparado para sorprender a Carlisle con la facilidad de mi éxito, pero era él quien estaba esperando para sorprenderme a mí.

Las camas estaban cuidadosamente apiladas en la esquina, el inestable escritorio metido detrás de la puerta para dejar espacio a un abeto lo suficientemente alto como para tocar el techo con la rama más alta. Las agujas estaban mojadas, y aún quedaban restos de nieve en algunos puntos, como si acabara de derretir rápidamente los trozos de velas para fundirlos con los extremos de las ramas. Todas brillaban, reflejando el calor y el amarillo en la suave mejilla de Carlisle. Él esbozó una enorme sonrisa.

Feliz Navidad, Edward.

Me di cuenta un poco avergonzado de que mi gran logro, mi expedición en solitario, había sido simplemente una artimaña. Y me alegré de nuevo al pensar que Carlisle confiaba tanto en mi control que había estado dispuesto a enviarme a un juicio simulado para sorprenderme de aquella manera.

—Gracias, Carlisle —respondí rápidamente—. Feliz Navidad para ti también. —A decir verdad, no estaba seguro de cómo me había hecho sentir aquel gesto por su parte. Me parecía... un poco juvenil, como si mi vida humana fuera solo una etapa larval que había dejado muy atrás, junto con

todos sus adornos, y ahora se esperaba de mí que volviera a arrastrarme lentamente por el barro a pesar de la existencia de mis alas. Me sentí demasiado viejo para aquella exhibición, pero al mismo tiempo conmovido por el gesto de Carlisle, por el hecho de que quisiera devolverme brevemente a mis alegrías de antaño.

—Tengo palomitas de maíz —me dijo—. ¿Te apetece ayudarme a decorar el árbol?

En su mente, vi lo que esto significaba para él. Escuché, no por primera vez, la profunda culpa que sentía por haberme arrastrado a esta vida. Me daría cualquier pedacito de placer humano que estuviese en su mano. Y yo no sería tan caprichoso como para negarle a él su propio placer en esto.

—Por supuesto —asentí—. Me imagino que este año será un trabajo rápido.

Se rio y se fue a intentar revivir las brasas de la chimenea.

No fue difícil relajarse en su visión de unas vacaciones familiares, pese a que conformábamos una familia muy pequeña e inusual. Aunque descubrí que mi papel era fácil de interpretar, la sensación de no pertenecer al mundo en el que estaba jugando seguía ahí. Me preguntaba si con el tiempo me asentaría en la vida que Carlisle había creado o si siempre me sentiría como una criatura alienígena. ¿Era yo más auténtico como vampiro que él? ¿Una criatura demasiado sanguinaria como para adaptarse a las sensibilidades más humanas de Carlisle?

El tiempo se encargó de responder a mis preguntas. Aún seguía siendo un neófito en aquellos días, más de lo que pensaba, y todo fue más fácil a medida que fui envejeciendo. La sensación de alienación se desvaneció, y descubrí que sí pertenecía al mundo de Carlisle.

Sin embargo, en aquella temporada en particular, mis preocupaciones me dejaron más vulnerable de lo que debería haber estado a los pensamientos de un extraño.

La noche siguiente quedamos con amigos: mi primer encuentro social.

Fue después de la medianoche. Abandonamos la ciudad y nos aventuramos en las colinas del norte, buscando una zona lo suficientemente lejos de la humanidad como para que mi caza fuese segura. Entonces ya tenía un estricto control sobre mí mismo, y me esforzaba por dominar los ansiosos sentidos que anhelaban ser liberados y guiarme a través de la noche para cazar algo que saciara mi sed. Teníamos que estar seguros de estar lo bastante alejados de la población. Una vez que liberara esos poderes, no sería lo suficientemente fuerte como para alejarme del olor de la sangre humana.

Esto tendría que ser seguro, aprobó Carlisle, y disminuyó la velocidad para dejarme liderar la caza. A lo mejor encontrábamos algunos lobos, cazando también en la espesa nieve. Pero, con aquel clima, seguramente tendríamos que sacar a los animales de sus madrigueras.

Dejé que mis sentidos se liberaran: hacerlo fue un alivio distinto, como relajar un músculo contraído durante mucho tiempo. Al principio, lo único que olía era la nieve limpia y las desnudas ramas de los árboles de hoja caduca. Me alivió no oler humanos: si no había deseo, no había dolor. Corrimos en silencio por el espeso bosque.

Y luego capté un nuevo aroma, familiar y extraño a la vez. Era dulce, claro y más puro que la nieve fresca. Había un brillo en la fragancia que solo estaba relacionado con dos aromas que conocía: el de Carlisle y el mío. Pero por lo demás me era desconocido.

Me detuve bruscamente. Carlisle captó el olor y se quedó petrificado a mi lado. Durante una décima de segundo, pude oír su ansiedad. Que luego se convirtió en reconocimiento.

Ah, Siobhan, pensó, y se relajó de inmediato. *No sabía que estaba en este lado del mundo.*

Lo miré inquisitivo, sin saber si podía o no hablar en voz alta. Yo me sentía inquieto, a pesar de su tranquilidad. Lo desconocido me puso en guardia.

Viejos amigos, me aseguró. *Supongo que ya es momento de que conozcas a más de nuestra especie. Vamos a encontrarlos.*

Parecía sereno, pero detecté una preocupación silenciosa detrás de aquellos pensamientos que había convertido en palabras para mí. Por primera vez me pregunté por qué no habíamos contactado nunca con ningún otro vampiro hasta ahora. Por lo que me había enseñado Carlisle, sabía que no éramos tan escasos. Debía de haberme alejado de los demás deliberadamente. Pero ¿por qué? Ahora no temía ningún peligro físico. ¿Qué más lo motivaba?

El aroma era bastante fresco. Pude distinguir dos senderos diferentes. Lo miré inquisitivamente.

Siobhan y Maggie. Me pregunto dónde está Liam. Ese es su aquelarre, ellos tres. Suelen viajar juntos.

Aquelarre. Conocía la palabra, pero siempre había pensado en ella en relación con los grandes grupos militarizados que protagonizaban las lecciones de historia de Carlisle. El aquelarre de los Vulturis y, antes que ellos, los rumanos y los egipcios. Pero si esta tal Siobhan podía tener un aquelarre de tres, ¿podíamos nosotros usar también la palabra? ¿Éramos

Carlisle y yo un aquelarre? No encajaba mucho con nosotros. Era demasiado... frío. O a lo mejor lo que yo entendía por aquelarre no era lo correcto.

Tardamos algunas horas en lograr dar alcance a nuestras presas, pues también ellas corrían. El rastro nos adentró cada vez más en el páramo nevado, lo que resultó ser una suerte. Si nos hubiéramos acercado demasiado a la población humana, Carlisle me habría pedido que esperara atrás. Usar mi sentido del olfato para rastrear no era muy diferente de usarlo para cazar, y yo sabía que me sentiría abrumado si me cruzaba con un rastro humano.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca como para que yo pudiera distinguir el sonido de sus pies corriendo delante de nosotros —no se esforzaban mucho en no hacer ruido, y obviamente les daba igual que los siguieran—, Carlisle gritó en voz alta:

—¡Siobhan!

El movimiento que había más allá cesó un breve instante, y luego se dieron la vuelta hacia nosotros, con una asertividad que me puso tenso, a pesar de la confianza de Carlisle. Se detuvo, y yo lo imité y me situé a su lado. Nunca lo había visto equivocarse, pero aun así me agazapé casi automáticamente.

Tranquilo, Edward. Al principio es un poco difícil conocer a un depredador igual a ti. Pero hoy no te tienes por qué preocupar. Confío en ella.

—Por supuesto —susurré, y me enderecé a su lado, aunque no pude evitar que mi postura fuese algo rígida.

Quizá por eso me había mantenido apartado de sus otros conocidos. Tal vez este extraño instinto de defensa era demasiado fuerte cuando uno ya estaba abrumado con los sentimientos apasionados propios del neófito. Apreté fuertemente mis músculos bloqueados. Ahora no lo iba a decepcionar.

—¿Eres tú, Carlisle? —resonó una voz, como el tono claro y profundo de la campana de una iglesia. Al principio, solo emergió un vampiro de los árboles cubiertos de nieve. Era la mujer más grande que había visto en mi vida; más alta que Carlisle o que yo, con los hombros más anchos y las extremidades más gruesas. Sin embargo, no había nada masculino en ella. Tenía una forma profundamente femenina, agresiva, con una fuerza llena de femineidad. Estaba claro que no tenía intención de hacerse pasar por humana aquella noche: tan solo llevaba puesta una simple túnica de lino sin mangas y una cadena de plata con un diseño muy intrincado a modo de cinturón.

La última vez que yo había contemplado a una mujer de este modo había sido en otra vida, y descubrí que me costaba saber dónde mirar. Me centré en su rostro, que, como su cuerpo, era intensamente femenino. Sus labios eran carnosos y curvos, sus profundos ojos carmesí enormes y rodeados de unas pestañas más gruesas que las agujas en las ramas de un pino. Llevaba su cabello negro brillante recogido en un generoso moño en la parte superior de la cabeza, con dos varillas finas de madera clavadas sin demasiado esmero para mantenerlo en su lugar.

Sentí un alivio extraño al mirar otra cara tan parecida a la de Carlisle: perfecta, suave, carente de la carnosa protuberancia de los rostros humanos. La simetría me relajaba.

Medio segundo después, apareció la otra vampira, asomándose por detrás de la mujer más grande. Esta era menos excepcional; era una chiquilla, nada más que una niña. Si la mujer alta parecía tener un exceso de todo, la chica era todo lo contrario. Era todo huesos debajo de su vestido liso y oscuro, y sus ojos cautelosos eran demasiado grandes para su rostro, aunque, como el de su compañera, era reconfortantemente perfecto. Lo único que tenía la chica en abundancia era el cabello: una mata salvaje de rizos rojos brillantes que parecían estar enredados sin remedio.

La hembra más grande saltó hacia Carlisle, y tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no saltar entre ellos y detenerla. En aquel momento, observando la musculatura de sus sólidas extremidades, me di cuenta de que solo podía limitarme a intentarlo. Fue un pensamiento humillante. A lo mejor, al mantenerme aislado, Carlisle también había estado tratando de proteger mi ego.

Ella lo abrazó, envolviéndolo con sus brazos desnudos. Todos sus brillantes dientes quedaron expuestos, pero en lo que pareció ser una sonrisa amistosa. Carlisle le rodeó la cintura con los brazos y se echó a reír.

—Hola, Siobhan. Cuánto tiempo. —Siobhan lo soltó, pero dejó las manos sobre sus hombros.

—¿Dónde te has estado escondiendo, Carlisle? Estaba empezando a preocuparme que te hubiese sucedido algo malo. —Su voz era casi tan grave como la de él, un alto vibrante, con la cadencia de los trabajadores portuarios irlandeses transformada en algo mágico.

Los pensamientos de Carlisle se volvieron hacia mí, y vi pasar cien instantáneas de nuestro último año. Al mismo tiempo, los ojos de Siobhan se dirigieron rápidamente a mi cara y luego más allá.

—Ha sido una época muy ajetreada —dijo Carlisle, pero yo estaba más concentrado en los pensamientos de Siobhan.

Prácticamente un neófito... Pero sus ojos. Extraños, aunque no tan extraños como los de Carlisle. Ámbar en lugar de oro. Es bastante guapo. Me pregunto dónde lo encontró Carlisle.

Siobhan dio un paso atrás.

—Qué grosera soy. No conozco a tu compañero.

—Permíteme presentarte. Siobhan. Este es Edward, mi hijo. Edward, esta es, como supongo que habrás adivinado, mi amiga de muchos años, Siobhan. Y esta es su Maggie.

La niña ladeó la cabeza, pero no como muestra de reconocimiento. Las delgadas líneas de sus cejas se juntaron como si se estuviera concentrando mucho en algún rompecabezas.

¿Hijo?, pensó Siobhan, desconcertada inicialmente por la palabra. Ah, entonces, después de todo este tiempo, ha elegido crear un compañero. Interesante. Me pregunto por qué ahora. Debe de haber algo especial en él.

Lo que dice es cierto, pensó Maggie simultáneamente. Pero falta algo. Algo que Carlisle no nos dice. Asintió una vez, como para sí misma, y luego miró a Siobhan, que todavía me estaba examinando.

—Edward, es un placer conocerte —dijo Siobhan. Me tendió la mano, y su mirada se detuvo en mis iris, como si tratara de adivinar su tono exacto.

Yo solo conocía la respuesta humana para este tipo de encuentros. Tomé su mano y posé mis labios contra el dorso, notando la suavidad vidriosa de su piel contra la mía.

—Un placer —respondí.

Qué encantador. Dejó caer su mano, sonriéndome ampliamente. Qué guapo. Me pregunto cuál será su don y por qué le atrajo a Carlisle.

Me sorprendió su pensamiento —solo entonces, cuando usó la palabra «don», comprendí a qué se había referido antes, cuando había asumido que debía de haber «algo especial» en mí—, pero yo ya había practicado lo suficiente como para esconder la reacción de sus ojos interesados.

Por supuesto, ella tenía razón. Yo tenía un don. Pero... Carlisle se había sorprendido de verdad cuando había comprendido lo que yo podía hacer. Yo sabía, gracias a mi don, que no estaba fingiendo. No había mentira ni evasión en sus pensamientos cuando había respondido a mis propios porqués. Él estaba muy solo. Mi madre había suplicado por mi vida. Mi rostro había prometido de forma inconsciente alguna virtud que yo no estaba muy seguro de poseer.

Todavía estaba reflexionando sobre lo correcto y lo incorrecto de sus suposiciones cuando Siobhan se volvió hacia Carlisle. Mientras se movía, dejó deambular un último pensamiento sobre mí.

Pobre chico. Supongo que Carlisle le habrá impuesto sus extraños hábitos al muchacho. Por eso sus ojos son tan raros. Qué trágico: ser privado de la mayor alegría de esta vida.

En aquel momento, esta conclusión no me molestó tanto como su otra especulación. Luego —su conversación duró toda la noche y estuvimos lejos de nuestras habitaciones alquiladas hasta que se puso el sol—, cuando volvimos a estar solos, se lo comenté. Carlisle me contó la historia de Siobhan, su fascinación por los Vulturis, su curiosidad por el mundo de los talentos místicos de los vampiros y, finalmente, cómo había descubierto a una extraña niña que parecía saber más de lo que era humanamente posible. Siobhan no había cambiado a Maggie porque necesitara compañía o porque se preocupase por la niña —quien, en otras circunstancias, podría haber sido su cena—, sino porque quería a toda costa añadir un talento a su propio aquelarre. Era una forma diferente de ver el mundo, una forma menos humana que la que Carlisle había logrado conservar. Carlisle le había ocultado la información de mi propio talento a Siobhan (esto explicaba la extraña respuesta de Maggie a mi presentación; sabía que Carlisle estaba ocultando algo gracias a su don particular) porque no estaba seguro de cómo habría reaccionado Siobhan al hecho de que él tuviese acceso a un don tan extraordinario y poderoso sin ni siquiera haber tenido que buscarlo. Porque el hecho de que yo ostentase ese don no había sido más que una extraña coincidencia. Mi don para leer mentes era parte de mí, y por eso a Carlisle no le interesaba deshacerse de él más de lo que hubiera querido cambiar el color de mi cabello o el timbre de mi voz. Sin embargo, nunca había visto ese don como una mercancía para su propio uso o ventaja.

Yo pensaba en estas revelaciones de vez en cuando, cada vez menos a medida que pasaba el tiempo. Empecé a sentirme más cómodo en el mundo humano, y Carlisle volvió a su trabajo anterior como cirujano. Estudié medicina, entre muchas otras cosas, mientras él estaba fuera, pero siempre gracias a los libros, nunca en el hospital. Solo unos años más tarde, Carlisle encontró a Esme y volvimos a una vida más ermitaña mientras ella se iba aclimatando. Fue un momento muy ajetreado, lleno de nuevos conocimientos y nuevos amigos, por lo que tuvieron que pasar varios años más antes de que las palabras de lástima de Siobhan comenzaran a molestarme.

«Pobre chico... Qué trágico: ser privado de la mayor alegría de esta vida».

A diferencia de su otra conjetura —tan fácil de refutar cuando tenía la posibilidad de leer la honestidad transparente de los pensamientos de Carlisle—, esta idea comenzó a enquistarse. Fue esa frase, «la mayor alegría de esta vida», lo que finalmente me llevó a separarme de Carlisle y Esme. En la búsqueda de esa alegría prometida, acabé con vidas humanas una y otra vez, pensando que, haciendo un uso prepotente de mi don, podría hacer más bien que mal.

La primera vez que probé sangre humana, mi cuerpo se estremeció. Me sentí totalmente completo y totalmente... bien. Más vivo que nunca. Aunque la sangre no era de la mejor calidad —el cuerpo de mi primera presa estaba lleno de drogas de un sabor amargo—, hizo que mi anterior sustento pareciese agua de una zanja. Y aun así... mi mente seguía un poco alejada de la satisfacción de mi cuerpo. No podía evitar ver lo espantoso que era. No podía olvidar lo que Carlisle debía pensar de mi elección.

Asumí que esos reparos se acabarían desvaneciendo. Encontré hombres muy malos que habían mantenido sus cuerpos limpios, si bien no habían hecho lo mismo con sus manos, y saboreé la calidad de su sangre. Mentalmente, tabulé la cantidad de vidas que podría estar salvando con mi papel de juez, jurado y verdugo. Aunque solo fuese una por cada asesinato, solo la próxima víctima en la lista, ¿no era eso mejor que el que yo permitiera que aquellos depredadores humanos siguiesen viviendo?

Pasaron años antes de que me diese por vencido. Nunca estaba seguro de por qué la sangre no era el éxtasis que coronaba la existencia que Siobhan decía que era, de por qué seguía añorando a Carlisle y Esme más de lo que disfrutaba mi libertad, de por qué el peso de cada muerte parecía ir acumulándose, hasta que acabé aplastado por toda aquella carga. A lo largo de los años, después de mi regreso con Carlisle y Esme, mientras luchaba por volver a aprender la disciplina que había dejado de lado, llegué a la conclusión de que a lo mejor Siobhan solo conocía la llamada de la sangre, pero yo había nacido para algo mejor.

Y ahora, las palabras que en su momento me habían perseguido, que una vez habían dirigido mi vida, volvieron con una fuerza sorprendente.

«La mayor alegría de esta vida».

No tenía dudas. Ahora sabía el significado de esa frase. La mayor alegría de mi vida era esta chica frágil, valiente, cálida y perspicaz que dormía tan

plácidamente cerca de mí. Bella. La alegría más grande que la vida podía ofrecerme, y el dolor más grande cuando la perdiese.

Mi teléfono vibró en silencio en el bolsillo de mi camisa. Lo saqué, vi el número y lo acerqué a mi oído.

—Veo que no puedes hablar —dijo Alice en voz baja—, pero pensé que querrías saberlo. Están a ochenta-veinte ahora. Lo que sea que estés haciendo, sigue haciéndolo. —Colgó.

Por supuesto, no podía confiar en la esperanza de su voz cuando no podía leerle los pensamientos, y ella lo sabía. Podía mentirme por teléfono. Pero aun así me sentí animado.

Lo que estaba haciendo era disfrutar, ahogarme, revolcarme en mi amor por Bella. No creí que fuese difícil seguir haciéndolo.

16. El nudo

Bella dormía tan profundamente esta noche que resultaba enervante.

Me daba la sensación de que había pasado ya mucho tiempo y, desde entonces, desde el primer momento en que había percibido su olor, me había sentido impotente a la hora de evitar que mi estado de ánimo virase desbocado de un extremo al otro a cada minuto del día. Esta noche era peor de lo habitual: la carga que suponía la amenaza del peligro inmediato me había llevado a un pico de tensión mental más allá de cualquier cosa que hubiese conocido en un centenar de años.

Y Bella continuaba durmiendo, con los miembros relajados, la tersura en la frente, los labios curvados hacia arriba en las comisuras, la respiración en un flujo suave de entrada y salida con la constancia de un metrónomo. En todas mis noches con ella, jamás la había visto dormir con semejante paz. ¿Qué significaba?

Lo único que se me ocurría que podía significar era que ella no lo entendía. Pese a todas las advertencias que le había hecho, aún no se creía la verdad. Confiaba demasiado en mí. Y se equivocaba al hacerlo.

Ni siquiera se movió cuando su padre se asomó a su habitación. Todavía era muy temprano; no había amanecido aún. Me mantuve en mi rincón, con la certeza de ser invisible en la penumbra. El remordimiento y la culpa teñían los velados pensamientos de su padre. Nada serio, pensé, tan solo el hecho de admitir que de nuevo la estaba dejando sola. Dudó por un instante, pero el sentimiento de obligación —planes, compañeros, la promesa de llevarlos en coche— acabó tirando de él. Al menos, esa era mi mejor hipótesis.

Charlie hizo un ruido espantoso al sacar sus aparejos de pesca del armario de los abrigos bajo la escalera. Bella no reaccionó al escándalo. Ni siquiera le temblaron los párpados.

Después de que se marchara Charlie, me llegó a mí el turno de partir, aunque me resistía a abandonar la serenidad de la habitación de Bella. A pesar

de todo, aquel sueño suyo tan placentero me había calmado los ánimos. Inhalé una última bocanada de fuego y la retuve en el pecho; acogí el dolor y me abracé a él hasta que pudiese reabastecerlo.

El alboroto se reanudó en cuanto Bella se despertó; fue como si a la luz del día hubiese desvanecido toda la calma que había hallado en sus sueños. El sonido de sus movimientos era apresurado, y apartó las cortinas varias veces, buscándome, supuse. Aquello me hacía sentir la impaciencia de volver a estar con ella, pero habíamos quedado a una hora, y no quería interrumpir sus preparativos de forma prematura. Yo había hecho ya los míos, pero tenía la sensación de que estaban incompletos. ¿Podría estar alguna vez realmente listo para un día como este?

Ojalá pudiera sentir el gozo de semejante situación: un día entero a su lado, respuestas a todas las preguntas que pudiera hacerle, su calor a mi alrededor. Al mismo tiempo, deseaba poder darle la espalda a su casa en aquel preciso instante y echar a correr en la dirección opuesta, poder ser lo bastante fuerte como para huir a la otra punta del mundo y quedarme allí, no volver a ponerla en peligro jamás. Pero recordé el rostro de Bella en la visión de Alice, funesto en la penumbra, y supe que nunca podría ser tan fuerte.

Cuando me dejé caer de entre las sombras del árbol y crucé el jardín delantero de su casa, ya me las había arreglado para ponerme de un humor bien sombrío. Intenté borrar de mi cara las pruebas de ese estado de ánimo, pero era como si no recordara la forma correcta de reacomodar los músculos.

Llamé a la puerta con los nudillos sin hacer demasiado ruido, consciente de que ella estaba atenta, y oí el tropiezo de sus pasos en los últimos escalones del vestíbulo. Corrió hasta la puerta y se peleó con la cerradura durante un buen rato; por fin la abrió de golpe, con tal fuerza que la estampó contra la pared con un estruendo.

Me miró a los ojos y de pronto se quedó quieta, con una evidente muestra de la paz de la noche previa en su sonrisa.

Mi estado de ánimo también se aligeró. Inspiré y sustituí el ardor rancio con un dolor nuevo, pero ese dolor estaba muy por debajo del gozo de estar con ella.

Una curiosidad descarriada atrajo mis ojos hacia su ropa. ¿Por qué atuendo se había decidido? De inmediato recordé aquel conjunto: ahora que lo pensaba, ese jersey estaba extendido en la posición más prominente, sobre su ordenador anticuado, con una camisa blanca debajo y unos vaqueros azules justo al lado. Beis claro, cuello blanco, vaquero en un tono medio de azul...

No tuve que mirarme para saber que los tonos y el estilo eran prácticamente idénticos.

Solté una sola carcajada. Otra vez algo en común.

—Buenos días.

—¿Qué ocurre? —me respondió.

Había un millar de respuestas a esa pregunta, y me quedé sorprendido por un instante, pero entonces vi que se estaba mirando a sí misma e inferí que lo hacía en busca del motivo de mi risa.

—Vamos a juego —me expliqué.

Me volví a reír mientras ella lo procesaba y procedía a examinar primero mi ropa y después la suya con cara de sorpresa. De repente, la sorpresa se transformó en un ceño fruncido. ¿Por qué? No se me ocurría ninguna razón para encontrar aquella coincidencia como algo más que ligeramente divertida. ¿Habría quizá alguna razón más profunda por la que ella hubiese elegido aquella ropa, algún motivo por el que se hubiese enfadado al reírme yo? ¿Cómo podría preguntarle eso sin que sonara extraño? De lo único que podía estar seguro era de que el motivo de su elección no había sido el mismo que el mío.

Me estremecí por dentro ante la idea del propósito final de mi vestimenta y de lo que eso presagiaba. Pero tampoco debía rehuir esto. No debería querer esconderme de ella. Se merecía saberlo todo.

Su sonrisa regresó al caminar conmigo hacia su camioneta: de pronto, parecía tan orgullosa de sí misma. No me iba a echar atrás respecto a la promesa que había hecho, pero tampoco me gustaba especialmente. Sabía que no era algo racional. Ella se movía todos los días en aquella antigualla monstruosa, y nunca le había pasado nada malo. Por supuesto, era como si las catástrofes estuviesen esperando a que yo estuviese cerca para convertirme en su horrorizado testigo. Mi expresión debía de haberle hecho creer que estaba molesto por aquel acuerdo.

—Hicimos un trato —se regodeó, y se inclinó sobre el asiento para quitar el pestillo de la puerta del acompañante.

No pude sino desear con todas mis ganas que mis preocupaciones fuesen tan triviales.

El motor destartado cobró vida entre carraspeos. El chasis de metal vibraba con tal violencia que me preocupó que se soltara algo con el traqueteo.

—¿Adónde? —me dijo casi a gritos sobre aquel jaleo; pegó un tirón de la palanca de cambios para meter la marcha atrás y miró por encima de su

hombro.

—Ponte el cinturón... —le insistí—. Ya estoy nervioso.

Me lanzó una mirada sombría, pero enganchó la hebilla en su sitio y dejó escapar un suspiro.

—¿Adónde? —volvió a decir.

—Toma la 101 hacia el norte.

Mantuvo los ojos clavados en la calzada mientras conducía muy despacio por el pueblo. Me pregunté si iba a acelerar cuando saliésemos a la carretera, pero continuó a cinco kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad que indicaban las señales. El sol aún se encontraba bajo en el horizonte del este, envuelto en finas capas de nubes, pero, según Alice, se despejaría a mediodía. Me pregunté si —a este ritmo— estaríamos a salvo en el bosque antes de que la luz del sol me pudiese tocar.

—¿Tienes intención de salir de Forks antes del anochecer? —le pregunté, consciente de que protestaría al oírme hablar mal de su camioneta.

Reaccionó como esperaba.

—Un poco de respeto —me soltó—. Este trasto tiene los suficientes años para ser el abuelo de tu coche. —Pero sí le exigió un poco más de velocidad al motor: tres kilómetros por hora por encima del límite.

Sentí un cierto alivio cuando por fin salimos del centro de Forks. No tardamos en ver más bosque que civilización por la ventanilla. El motor sonaba con el zumbido monótono de un martillo hidráulico picando granito. Bella no apartaba los ojos de la carretera ni por un segundo. Tenía ganas de decirle algo, de preguntarle en qué estaba pensando, pero no quería distraerla. Había algo casi feroz en su concentración.

—Gira a la derecha para tomar la 110 —le dije.

Asintió para sí y redujo la velocidad a un paso de tortuga para realizar el giro.

—Ahora, avanzaremos hasta que se acabe el asfalto.

—¿Qué hay allí, donde se acaba el asfalto? —me preguntó.

Un bosque desierto. Una ausencia total de testigos. Un monstruo.

—Una senda.

Su voz sonó más aguda y más tensa cuando me respondió, sin dejar de mirar aún hacia la carretera.

—¿Vamos de caminata?

La intranquilidad en su tono de voz me dejó preocupado. Yo no había tenido en cuenta... La distancia era muy corta, y la pista no era difícil, no muy distinta del sendero de detrás de su casa.

—¿Supone algún problema?

¿Había algún otro sitio donde pudiera llevarla? No había preparado ningún plan de contingencia.

—No —se apresuró a decir, pero seguía habiendo algo de tensión en su voz.

—No te preocupes —le aseguré—. Solo son unos ocho kilómetros y no iremos deprisa. —Ciertamente, después de sentir una oleada de pánico al percatarme de lo corta que era la distancia, no había nada que deseara más que un retraso.

La arruga en su ceño estaba de vuelta. Tras unos segundos de silencio, comenzó a mordisquearse el labio inferior.

—¿En qué piensas?

¿Acaso quería dar media vuelta? ¿Había cambiado de opinión sobre todo aquello? ¿Deseaba no haber abierto la puerta de su casa esta mañana?

—Solo me preguntaba adónde nos dirigimos —respondió con un tono que pretendía ser natural, pero que se quedaba corto por muy poco.

—Es un lugar al que me gusta mucho ir cuando hace buen tiempo.

Miré por la ventanilla y ella me imitó. Las nubes ya no eran más que un velo liviano. No tardaría en escampar.

¿Qué pensaba ella que iba a ver cuando el sol me rozara la piel? ¿Qué imagen mental se había formado para explicarse ella esta salida al campo?

—Charlie dijo que hoy haría buen tiempo.

Pensé en su padre y me lo imaginé junto al río, disfrutando de un día agradable. No sabía que se hallaba en una encrucijada mientras una posible pesadilla, de esas que te destruyen la vida, aguardaba tan cerca de él para engullir todo su mundo entero.

—¿Le dijiste lo que te proponías? —le hice aquella pregunta sin hacerme demasiadas esperanzas.

Me sonrió, con la mirada al frente.

—No.

Ojalá no sonara tan feliz al respecto. Aun así, yo sabía que había un testigo, una voz que hablaría por Bella en caso de que ella no volviese a casa.

—Pero Jessica cree que vamos a Seattle juntos, ¿no?

—No —me dijo, satisfecha—. Le dije que habías suspendido el viaje..., cosa que es cierta.

¿Qué? De esto no me había enterado. Debía de haber sucedido mientras yo estaba de caza con Alice. Bella se había dedicado a cubrirme las huellas como si deseara que saliese airoso después de matarla.

—¿Nadie sabe que estás conmigo?

Dio un leve respingo ante mi tono, pero entonces levantó la barbilla y forzó una sonrisa.

—Eso depende. ¿He de suponer que se lo has contado a Alice?

Tuve que respirar hondo para mantener la voz estable.

—Eso es de mucha ayuda, Bella.

Su sonrisa desapareció, pero no dio más indicación de haberme oído.

—¿Te deprime tanto Forks que estás preparando tu suicidio?

—Dijiste que podría ocasionarte problemas que nos vieses juntos en público —dijo en voz baja, toda nota de humor desvanecida.

Recordaba perfectamente la conversación, y me preguntaba cómo era posible que Bella lo hubiese entendido todo al revés. Yo no le había contado eso para que ella tratara de hacerse más vulnerable ante mí. Se lo había dicho para que huyese de mí.

—Así que estás preocupada por los problemas que me podría causar a mí... —le pregunté entre dientes, e intenté colocar las palabras en el orden preciso para que resultara imposible que ella no percibiese la inherente ridiculez de su postura— si tú no regresaras a casa, ¿es eso?

Con los ojos en el camino, asintió una vez.

—¿Cómo es posible que no veas lo poco que te convengo? —dije en un bufido, demasiado iracundo para frenar las palabras y convertirlas en algo que resultara comprensible para ella: decírselo nunca había funcionado, se lo tendría que enseñar.

Parecía nerviosa, pero de una forma nueva, y sus ojos estuvieron a punto de desviarse hacia mí, aunque nunca llegara a apartarlos de la carretera. Aterrorizada por mi furia, aunque no como debería estarlo. Solo le preocupaba haberme hecho infeliz. No me hacía falta leerle el pensamiento para adelantarme a aquel patrón ya conocido.

Como de costumbre, no estaba realmente enfadado con ella, solo conmigo. Sí, sus reacciones ante mí eran siempre incorrectas, pero eso se debía a que, en otro sentido distinto, eran las correctas. Siempre era demasiado considerada. Me concedía un mérito que yo no me merecía y se preocupaba por mis sentimientos como si estos importaran. Aquella mismísima bondad la había puesto en peligro. Su virtud, mi vicio, los dos opuestos que nos vinculaban.

Habíamos llegado al final de la carretera asfaltada. Bella aparcó la camioneta en el terreno blando y fértil del arcén y apagó el motor. El silencio repentino fue casi impactante después de una agresión auditiva tan larga. Se

desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó de la camioneta sin mirarme. De espaldas a mí, se quitó el jersey por la cabeza. Le costó unos segundos de forcejeo, y después se ató las mangas en la cintura. Me sorprendió ver que su camisa era un reflejo de la mía en algo más que el color; también le dejaba los brazos al descubierto hasta la altura del hombro. Aquello era más piel de la que estaba acostumbrado a ver, pero, a pesar de la fascinación que prendió de manera inmediata, lo que sentí por encima de todo fue inquietud. Todo lo que interrumpiese mi concentración era un peligro.

Suspiré. No quería seguir adelante con esto. Había muchas razones de peso, cuestiones de vida o muerte, pero en aquel instante mi mayor miedo era la expresión de su rostro, la repulsión en sus ojos cuando por fin me viese de verdad.

Pero lo afrontaría de cara. Fingiría ser valiente, estar por encima de aquel temor egoísta, aunque no fuese más que una farsa.

Yo también me quité el jersey, y sentí que me volvía visible de un modo muy llamativo. Jamás había dejado una parte tan extensa de mi piel al descubierto salvo delante de mi familia.

Me bajé de la camioneta con la mandíbula encajada —dejé allí dentro el jersey para evitar la tentación— y cerré la puerta. Miré fijamente al bosque. Tal vez, si me salía del camino, entre los árboles, no me sentiría tan desnudo.

Percibía su mirada sobre mí, pero era demasiado cobarde para girarme. En lugar de eso, miré por encima del hombro.

—Por aquí. —Las palabras surgieron entrecortadas, demasiado veloces; tenía que poner la ansiedad bajo control.

Arranqué a caminar con paso lento.

—¿Y la senda? —Su voz era una octava más aguda de lo normal.

Volví a mirarla: parecía nerviosa mientras rodeaba la parte delantera de la camioneta para unirse a mí. Eran tantas las cosas que le podrían resultar aterradoras que yo no podía estar seguro de cuál era la que le preocupaba.

Intenté sonar como una persona normal. Desenfadado, gracioso. Quizá sí fuera capaz de rebajar su aprensión, aunque no la mía.

—He dicho que al final de la carretera había un sendero, no que lo fuéramos a seguir.

—¿No iremos por la senda? —Dijo la palabra «senda» como si se estuviese refiriendo al último chaleco salvavidas de un barco en pleno naufragio.

Cuadré los hombros, me puse una falsa sonrisa en los labios y me di la vuelta para quedar frente a ella.

—No voy a dejar que te pierdas —le prometí.

Fue peor que la situación para la que me había estado preparando. Se quedó realmente boquiabierta, como un personaje de una de esas comedias televisivas con risas enlatadas. Me echó un vistazo rápido, y luego sus ojos reaccionaron para volver a mirarme enseguida y recorrerme la piel desnuda.

Y esto no era nada. Tan solo piel pálida. Bueno, una piel con una palidez cadavérica y cincelada de un modo levemente inhumano sobre la angulosidad de mi musculatura inhumana. Si esta era su respuesta a poco más que mi piel a la sombra...

Se le nubló el gesto. Fue como si le hubiera transferido mi anterior desolación, como si esta hubiese caído sobre ella con el peso de mi centenar de años. Tal vez no necesitara más. Quizá ya hubiese visto lo suficiente.

—¿Quieres volver a casa?

Si Bella deseara abandonarme, si quisiera marcharse, la dejaría ir. La vería desaparecer y lo soportaría. No estaba en absoluto seguro de cómo, pero hallaría la manera.

En sus ojos brilló una reacción incomprensible, y me dijo un «¡No!» tan veloz que fue casi una réplica automática. Vino corriendo a mi lado y se acercó tanto que solo habría tenido que inclinarme unos centímetros para rozarle el brazo con el mío.

¿Qué significaba eso?

—¿Qué va mal? —le pregunté.

Aún había dolor en sus ojos, un dolor que no tenía sentido en combinación con sus reacciones. ¿Quería marcharse y dejarme allí, o no?

Cuando respondió, lo hizo con una voz tenue y prácticamente plana, sin entonación.

—No soy una buena senderista. Deberás tener paciencia conmigo.

No terminaba de creérmelo, pero bueno, era una mentira piadosa. Era obvio que le preocupaba la ausencia de un verdadero sendero que seguir, pero eso difícilmente bastaba para provocar aquella intensa pena que inundaba su expresión. Me incliné un poco más hacia ella y le sonreí con tanta delicadeza como pude, tratando de arrancarle otra sonrisa a ella en respuesta. Cómo odiaba aquella sombra de tristeza que no le abandonaba la comisura de los labios, los ojos.

—Puedo ser paciente si hago un gran esfuerzo —le garanticé con un tono de voz desenfadado.

Puso una media sonrisa ante mis palabras, pero un lado de su boca se negó a curvarse hacia arriba.

—Te llevaré de vuelta a casa —le prometí.

Quizá Bella se sintiese como si no tuviera más elección que afrontar aquella prueba de fuego, que me lo debía de alguna manera. No me debía nada. Tenía toda la libertad para marcharse cuando quisiera.

Me sorprendió su respuesta. En lugar de aceptar aliviada la salida que yo le estaba ofreciendo, me puso una evidente cara de pocos amigos, y, cuando habló, lo hizo con un tono mordaz.

—Si quieres que recorra ocho kilómetros a través de la selva antes del atardecer, será mejor que empieces a indicarme el camino.

Me quedé atónito, mirándola, esperando algo más —algo que me ayudase a entender cómo la había ofendido—, pero ella se limitó a levantar la barbilla y entornar los ojos como si de un desafío se tratase.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, extendí el brazo para invitarla a avanzar y con la otra mano levanté una rama que sobresalía. Pasó por debajo con determinación y se quitó de en medio otra rama más pequeña con un manotazo.

Era más fácil en el bosque. O quizá tan solo me hacía falta un momento para procesar su reacción inicial. Yo iba delante y le sujetaba las ramas para despejar el recorrido. La mayor parte del tiempo, Bella mantuvo la vista en el suelo, no como si tratara de evitar mirarme, sino como si desconfiase del terreno. La vi fulminar con la mirada varias raíces al pasar por encima de ellas, y entonces lo entendí: sin duda, una persona torpe se pondría nerviosa con el terreno irregular. No obstante, aquello seguía sin explicar su melancolía inicial ni su posterior ira.

En el bosque, muchas cosas fueron más sencillas de lo que yo me esperaba. Allí estábamos los dos, completamente solos, sin testigos, y no lo percibí como algo peligroso. Incluso en las escasas ocasiones en que nos encontramos con algún obstáculo —un tronco caído que se cruzase en nuestro recorrido, algún saliente de roca que fuese demasiado alto como para pasarlo por encima—, cuando le ofrecí la mano de forma instintiva para ayudarla, tocarla no me costó más que en el instituto. Decir que «no costaba» no sería la descripción más adecuada, en absoluto. Fue emocionante, agradable, tanto como lo había sido antes. Al ayudarla a subir, oía el tamborileo acelerado de su corazón y me imaginé que el mío sonaría exactamente igual si también pudiese latir.

Era probable que la sensación de seguridad —o de relativa seguridad— se debiera a que sabía que este no era el lugar. Alice nunca me había visto matar a Bella en medio del bosque. Ojalá no tuviese que retener la visión de Alice en la cabeza... Por supuesto, el hecho de no conocer ese futuro posible, de no prepararme para él, podría haberse convertido en la ignorancia que condujese a la muerte de Bella. Qué concatenado y enrevesado era todo.

No era la primera vez en mi vida que deseaba que mi cerebro pudiese ir más despacio, poder obligarlo a trabajar a la velocidad de un humano, aunque solo fuese por un día, por una hora, de forma que no me diese tiempo de obsesionarme una y otra vez con los mismos problemas irresolubles.

—¿Cuál fue tu cumpleaños favorito? —le pregunté.

Necesitaba desesperadamente una distracción.

Torció los labios en un gesto que se hallaba a medio camino entre una sonrisa sarcástica y una cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Hoy no me toca a mí hacer preguntas?

Se echó a reír, y agitó la mano como si estuviese descartando aquella preocupación.

—No hay problema. Es que no conozco la respuesta, nada más. No me van mucho los cumpleaños.

—Eso es algo... inusual. —No me venía a la cabeza ningún otro adolescente al que hubiese conocido que pensara lo mismo.

—Es mucha presión —me dijo encogiéndose de hombros—. Los regalos y todo eso. ¿Y si no te gustan? Tienes que poner cara de póquer de inmediato para no herir los sentimientos de nadie. Y la gente te mira mucho.

—¿Tu madre no es de las que hacen regalos por intuición? —me imaginé.

La sonrisa que me dirigió en respuesta fue críptica. Me daba cuenta de que no iba a decir nada negativo sobre su madre, aunque resultara obvio que tenía algún trauma.

Caminamos en silencio durante casi un kilómetro. Esperaba que ella se ofreciese a contar algo más, o que me hiciese alguna pregunta que me dijera dónde tenía puesto el pensamiento, pero mantuvo los ojos en el suelo del bosque, concentrada. Lo intenté de nuevo.

—¿Quién fue tu profesor favorito en primaria?

—La señora Hepmanik —respondió sin dilación—. En segundo. Me dejaba leer en clase prácticamente lo que yo quisiera.

Le sonreí.

—La maestra ideal.

—¿Quién fue tu profesor preferido en primaria?

—No me acuerdo —le recordé.

Frunció el ceño.

—Ah, ya. Perdona, no pensé que...

—No hace falta que te disculpes.

Tardé otro medio kilómetro en pensar en otra pregunta que Bella no pudiese volver contra mí con tanta facilidad.

—¿Perro o gato?

Ladeó la cabeza.

—Pues no estoy segura... Creo que ¿gato, quizá? Muy monos, pero independientes, ¿no crees?

—¿Nunca has tenido un perro?

—Nunca he tenido ni lo uno ni lo otro. Mamá dice que es alérgica.

Había un extraño escepticismo en su respuesta.

—¿No la crees?

Hizo otra pausa; no quería ser desleal.

—Bueno —dijo muy despacio—, la he sorprendido acariciando muchos perros de otras personas.

—Me pregunto por qué... —me dije.

Bella se echó a reír. Era un sonido despreocupado, que carecía por completo de cualquier clase de amargura.

—Me costó una eternidad convencerla para que me dejase tener un pez. Por fin descubrí que le preocupaba quedarse atada en casa. Ya te he contado lo mucho que le gustaba que nos largásemos todos los fines de semana que podíamos y que fuésemos a ver algún pueblo o algún monumento histórico de poca importancia donde no hubiésemos estado. Le enseñé esas pastillas de comida para peces que se van deshaciendo poco a poco y que duran una semana, y entonces cedió. Renée no soporta quedarse anclada. Quiero decir, ya me tenía a mí, ¿no? Ya era suficiente con un ancla así, que te cambia tanto la vida. No iba a aceptar otra más de forma voluntaria.

Mantuve una expresión hierática. Aquella perspicacia suya —de la que no tenía yo la menor duda, pues ella siempre había sabido verme con toda claridad— le daba un giro sombrío a mi interpretación de su pasado. ¿Acaso la necesidad que sentía Bella de cuidar a los demás no tenía su fundamento en la vulnerabilidad de su madre, sino más bien en la sensación de tener que ganarse el sitio? Me enfurecía pensar que Bella se hubiera podido sentir alguna vez como una hija no deseada, o que se viera en la necesidad de demostrar su valía. Sentía el deseo más extraño de servirla de alguna manera

que fuese socialmente aceptable, demostrarle a Bella que su sola existencia ya era más que suficiente.

No se percató de mis intentos por controlar mi propia reacción. Soltó otra risotada y continuó.

—Tal vez fue una suerte que nunca probásemos con nada que fuese más grande que un pececillo de colores. No se me daba muy bien cuidar de las mascotas. Pensé que a lo mejor me había pasado dándole de comer al primero, así que me corté mucho con el segundo, pero eso fue un error. Y el tercero... —Levantó la vista y me miró—. La verdad es que no sé qué problema tenía el tercero. No dejaba de saltar fuera de la pecera. Al final, hubo una vez en que no lo encontré a tiempo. —Frunció el ceño—. Tres seguidos... Supongo que eso me convierte en una asesina en serie.

Era imposible no echarse a reír, pero Bella no pareció ofenderse. Se rio conmigo.

Se nos fue pasando la diversión, y la luz cambió. El sol que me había prometido Alice ya se encontraba sobre el denso dosel de la vegetación, y de inmediato me volví a sentir inquieto y nervioso.

Sabía que aquella emoción —«miedo escénico» era el término más aproximado que se me ocurría— era verdaderamente absurda. ¿Y qué, si Bella me encontraba repulsivo? ¿Y qué, si me rechazaba asqueada? Pues perfecto, mejor que perfecto. Se trataba literalmente del menor, del más minúsculo sufrimiento que podría herirme en el día de hoy. ¿De verdad era tan fuerte el empuje de la vanidad, de la fragilidad del ego? Jamás creí que algo así tuviese ese tipo de poder sobre mí, y tampoco lo creía ahora. Obsesionarme con esta revelación evitaba que me obsesionara con otras cosas, como el rechazo que vendría después de la repugnancia. Que Bella se apartase de mí y saber que tendría que dejarla marchar. ¿La aterrorizaría tanto como para que se negara a que la acompañase de vuelta hasta la camioneta? Al menos tendría que acompañarla hasta verla a salvo en el asfalto, sin duda. Entonces, ya se podría marchar sola a casa.

Aunque tuviera la sensación de que se me iba a desmoronar todo el cuerpo con el dolor de aquella imagen, había algo mucho peor: la prueba inminente que Alice había visto. Si no lograba pasar esa prueba... No me lo podía imaginar. ¿Cómo iba a vivir con ello? ¿Cómo iba a encontrar la manera de dejar de vivir?

Qué cerca estábamos.

Bella percibió el cambio en la luz cuando pasamos por una zona menos densa de bosque. Frunció el ceño en un gesto burlón.

—¿Aún no hemos llegado?

Fingí un tono igualmente desenfadado.

—Casi. ¿Ves ese fulgor de ahí delante?

Bella entornó los ojos hacia el bosque ante nosotros, y entre las cejas se le formó una arruga de concentración.

—Mmm. ¿Debería verlo?

—Puede que sea un poco pronto para tus ojos —reconocí.

Se encogió de hombros.

—Tendré que pedir hora para visitar al oculista.

Fue como si el silencio se volviese más denso conforme avanzábamos. Pude notar cuando Bella localizó la luminosidad de la pradera. Sonrió casi de modo inconsciente y alargó los pasos. Ya no miraba al suelo: tenía los ojos clavados en el resplandor del sol que se filtraba entre los árboles. Su entusiasmo no hizo sino aumentar mi renuencia. Más tiempo. Tan solo una hora o dos... ¿No podríamos detenernos aquí? ¿Me perdonaría si me echaba atrás?

Pero yo sabía que no tenía ningún sentido retrasarlo. Alice había visto que esto iba a llegar, antes o después. Evitarlo no serviría nunca para hacerlo más sencillo.

Bella iba delante ahora; no vaciló al traspasar la barrera de helechos y adentrarse en la pradera.

Ojalá pudiera verle la cara. Podía imaginarme lo maravilloso que sería aquel lugar en un día como hoy. Podía oler las flores silvestres, más fragantes con el calor, y oír el leve borboteo del riachuelo en el otro extremo. Los insectos zumbaban, y, a lo lejos, se escuchaba el trino y el arrullo de los pájaros. Ahora no había ninguno cerca: mi presencia bastaba para espantar de este lugar a todas las formas de vida de un cierto tamaño.

Bella se situó en aquella luz áurea con un paso casi reverente. Le doraba los cabellos y resplandecía en su piel clara. Ella acarició las flores más altas con los dedos, y de nuevo me recordó a Perséfone, la Primavera personificada.

Podía haberme quedado mirándola durante mucho tiempo, tal vez para siempre, pero era mucho pedir que la belleza de aquel sitio pudiera conseguir que se olvidara por un rato largo del monstruo entre las sombras. Se volvió con los ojos muy abiertos por el asombro y una sonrisa maravillada en los labios y me miró. Expectante. Al ver que no me movía, caminó lentamente hacia mí. Levantó un brazo y me ofreció la mano en un gesto para animarme.

En ese instante, sentí con tal desesperación el deseo de ser humano que estuve a punto de quedarme paralizado.

Pero no era humano, y había llegado el momento de una perfecta disciplina. Levanté la palma de la mano, una advertencia. Lo entendió, pero no estaba asustada. Dejó caer el brazo y se quedó en el sitio. A la espera. Intrigada.

Respiré hondo el aire del bosque y percibí de manera consciente su abrasadora fragancia por primera vez en varias horas.

Pese a la gran confianza que tenía en las visiones de Alice, no estaba seguro de cómo podría haber otra versión de esta historia. Bella me vería y sentiría todo aquello que debía haber sentido desde el principio: terror, repugnancia, consternación, repulsión..., y no querría volver a saber de mí.

Tuve la sensación de que jamás me vería en la situación de tener que hacer nada que fuese más difícil que esto, pero me obligué a levantar el pie y a desplazar el peso de mi cuerpo hacia delante.

Me enfrentaría a esto de cara.

Y aun así... no podría soportar la primera reacción en su rostro. Querría ser amable, pero le resultaría imposible ocultar el impacto y la repulsión en ese instante inicial. Así que le otorgaría un momento para recomponerse.

Cerré los ojos y salí a la luz del sol.

17. Confesiones

Sentí el sol, cálido sobre mi piel, y me alegré también de no poder ver aquello. En este momento no quería mirarme a mí mismo. Durante el medio segundo más largo de mi existencia, todo quedó en silencio. Y entonces Bella gritó.

—¡Edward!

Abrí los ojos de golpe y, sin duda, me esperaba verla huyendo de todo cuanto le acababa de revelar que era.

Pero venía corriendo directa hacia mí, en una trayectoria de impacto y con la boca abierta de angustia. Traía las manos medio extendidas en mi dirección, y se acercaba tropezándose y tambaleándose entre las hierbas altas. Su expresión no era de terror, sino de desesperación. Yo no entendía lo que estaba haciendo.

No podía permitir que se chocara contra mí, fuera lo que fuese lo que pretendía. Tenía que guardar la distancia. Volví a levantar la mano, mostrándole la palma.

Titubeó, y después se tambaleó en el sitio durante un segundo, irradiando ansiedad.

Cuando la miré a los ojos, vi en ellos mi reflejo y creí entenderlo. En aquel espejo, yo parecía un hombre en llamas. Pese a haberle desmentido los mitos, Bella debía de haberse aferrado a ellos de manera inconsciente.

Porque estaba preocupada. Más que temer al monstruo, temía por el monstruo.

Dio un paso hacia mí y vaciló al ver que yo retrocedía medio paso.

—¿Te duele? —susurró.

Sí, yo estaba en lo cierto. No temía por sí misma. Ni siquiera ahora.

—No —le contesté en otro susurro.

Se acercó otro paso más, ahora con cuidado. Dejé caer la mano.

Bella seguía anhelando estar más cerca de mí.

Su expresión cambió al aproximarse. Ladeó la cabeza, sus ojos se entornaron en primera instancia y después se agrandaron hasta volverse enormes. Aun con todo aquel espacio entre nosotros, podía ver los efectos que provocaba la luz al refractarse en mi piel y brillar sobre la suya como a través de un prisma. Dio otro paso, y a continuación otro más sin dejar de mantener la misma distancia mientras describía un círculo a mi alrededor. Me quedé completamente inmóvil, con la sensación de la caricia de su mirada sobre la piel cuando se desplazó para quedar fuera del alcance de mi vista. Su respiración sonaba más acelerada de lo normal, el corazón le bombeaba más rápido.

Reapareció por mi derecha, y ahora había una minúscula sonrisa que comenzaba a formarse en las comisuras de sus labios a medida que ella iba completando el círculo y volvía a quedar frente a mí.

¿Cómo podía estar sonriendo?

Se acercó más y se detuvo cuando se encontró tan solo a unos treinta centímetros. Tenía la mano levantada y pegada al pecho, hecha un ovillo, como si deseara estirla y tocarme pero le diese miedo. Los rayos del sol se hacían añicos en mi brazo y se arremolinaban alrededor de su rostro.

—Edward —suspiró; su voz estaba llena de asombro.

—¿Estás asustada ahora? —le pregunté en voz baja.

Fue como si mi pregunta fuese por completo inesperada, como si la desconcertase.

—No.

La miré a los ojos, incapaz de contener aquel esfuerzo inútil —una vez más— por oírla.

Alargó la mano hacia mí, muy despacio, sin dejar de estudiar mi rostro. Pensé que tal vez estuviese esperando que yo la detuviera. No lo hice. Sus dedos cálidos me rozaron el dorso de la muñeca. Observó con mucha atención la luz que surgía de mi piel y bailaba hacia la suya.

—¿Qué estás pensando? —susurré.

En este momento, el misterio constante volvía ser intensamente doloroso.

Hizo un leve gesto negativo con la cabeza, y fue como si le costara hallar las palabras.

—Estoy... —Me miró fijamente a los ojos—. No sabía... —Respiró hondo—. Nunca había visto semejante belleza; jamás me había imaginado que pudiera existir algo tan bello.

Desconcertado, le devolví la mirada.

Mi piel centelleaba con el más palmario de los síntomas de mi mal. Al sol, yo era menos humano que en cualquier otro momento, y a eso ella lo consideraba... belleza.

Levanté la mano de manera automática y la giré para tomar la suya, pero me obligué a dejarla caer, a no tocarla.

—Aunque es muy extraño —le dije; seguro que alcanzaría a entender que esto formaba parte del horror.

—Asombroso —me corrigió.

—¿No te repugna una ausencia de humanidad tan flagrante?

Aunque a estas alturas ya estaba bastante seguro de cuál sería su respuesta, aun así me dejó estupefacto.

Esbozó una media sonrisa.

—No me repugna.

—Debería.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me da la sensación de que la humanidad está bastante sobrevalorada.

Con cuidado, retiré el brazo de debajo de las cálidas yemas de sus dedos y lo oculté detrás de la espalda. Con qué ligereza juzgaba la humanidad. No se percataba de la profundidad del significado de su pérdida.

Bella dio otro medio paso adelante, su cuerpo tan próximo que su calor se hizo más pronunciado, más presente que el del sol. Alzó la cara hacia la mía, y, con aquella luz, el cuello adquirió un tono dorado y el juego de las sombras destacó más el curso de la sangre por la arteria justo detrás del ángulo de la mandíbula.

Mi cuerpo reaccionó de manera instintiva: la acumulación del veneno, la contracción muscular, la dispersión del pensamiento.

¡Qué rápido regresaba a la superficie! Apenas llevábamos unos segundos en aquel juego de visiones.

Dejé de respirar, di un paso largo para alejarme de ella y volví a levantar la mano en señal de advertencia.

No intentó seguirme.

—Lo... Lo siento —susurró, y elevó la cadencia del sonido de sus palabras para convertirlas en una pregunta: no sabía por qué se estaba disculpando.

Con cuidado, di rienda suelta a los pulmones y tomé aliento de forma controlada. Su olor no era más doloroso de lo habitual: no era abrumador, no como casi había temido que me resultara de repente.

—Necesito un poco de tiempo —le expliqué.

—Vale —dijo aún en hilo de voz.

La rodeé con pasos lentos y meditados y me dirigí al centro de la pradera. Me senté en una zona de hierba más baja y bloqueé los músculos en posición, tal y como había hecho antes. Respiré con cuidado, dentro y fuera, escuchando mientras los pasos vacilantes de Bella recorrían la misma distancia, y paladeando su fragancia cuando se sentó a mi lado.

—¿Así está bien? —me preguntó con incertidumbre.

Asentí.

—Tú solo... deja que me concentre.

Los ojos de Bella estaban exageradamente abiertos por la confusión, la inquietud. No deseaba explicarle nada. Cerré los míos.

No era cobardía, me dije. O no era solo cobardía. Era cierto que necesitaba concentrarme.

Me centré en su olor, en el sonido de la sangre al entrar a borbotones en las cavidades de su corazón. Mis pulmones eran los únicos que tenían permiso para moverse. Aprisioné cualquier otra parte de mí en una rígida inmovilidad.

El corazón de Bella, me recordé en el instante en que mi sistema involuntario reaccionó al estímulo. La vida de Bella.

Siempre me cuidaba mucho de no pensar en su sangre: el olor no lo podía evitar, pero el movimiento fluido, el pulso, el calor de su liquidez... eran cosas en las que no me podía recrear. Ahora, sin embargo, dejé que me ocuparan y me llenaran la mente, que me invadiesen el cuerpo, que lanzaran un ataque sobre mi autocontrol. Las palpitaciones y los borbotones, el martilleo y los sonidos líquidos, la riada por las arterias más grandes y las réplicas de esa riada por las venas más pequeñas. Su calor, un calor que rompía en oleadas sobre mi piel expuesta a pesar de la distancia entre nosotros. El sabor que me ardía en la lengua y me dolía en la garganta.

Me dejé cautivar y observé. Una pequeña parte de mi cerebro era capaz de mantenerse desligada, de seguir pensando en medio de aquella avalancha. Con esa pequeña brizna de racionalidad, examiné mi reacción de manera minuciosa. Calculé la magnitud de la fortaleza necesaria para frenar cada respuesta y sopesé la fuerza que de verdad tenía frente a la cuenta que había hecho. Eran unos cálculos aproximados, pero me convencí de que mi fuerza de voluntad era más intensa que mi naturaleza bestial. Ligeramente.

¿Era este el nudo de Alice? No parecía... completo.

Mientras tanto, Bella seguía sentada casi tan inmóvil como yo, pensando en sus propias cosas. ¿Podría imaginarse alguna fracción del tumulto que invadía mi cabeza? ¿Qué explicación le daba ella a este extraño cara a cara

tan silencioso? Pensara ella lo que pensase al respecto, su cuerpo estaba en calma.

Era como si el tiempo se ralentizara con el pulso de Bella. El sonido de los pájaros en los árboles distantes se volvió somnoliento. La cascada del riachuelo se hizo más lánguida de algún modo. Se me relajó el cuerpo y, pasado un rato, incluso dejó de hacerme la boca agua.

Transcurridos dos mil trescientos sesenta y cuatro latidos de su corazón, sentí que poseía un mayor autocontrol del que había tenido en muchos días. La clave era enfrentarse a las cosas, tal y como había predicho Alice. ¿Estaba listo? ¿Cómo podía estar seguro? ¿Cómo iba a estar seguro alguna vez?

¿Y cómo iba a romper aquel extenso silencio que yo mismo había impuesto? Ya estaba empezando a resultarme incómodo; ella debía de sentirse así desde hacía rato.

Desbloqueé mi postura y me tumbé boca arriba en la hierba, cómodo, con una mano detrás de la cabeza. Fingir las señales físicas externas de las emociones era un viejo hábito. Tal vez, si transmitía relajación, ella se la creyese.

Bella se limitó a suspirar sin hacer ruido.

Esperé a ver si decía algo, pero permaneció ahí sentada, guardando el mismo silencio que antes, pensando lo que fuese que estuviera pensando, aquí sola en este lugar tan apartado con un monstruo que reflejaba la luz del sol como si de un millar de prismas se tratase. Podía sentir sus ojos sobre mi piel, pero ya no me imaginaba a Bella repugnada. El peso imaginario de su mirada —ahora que sabía que era admiración, que lo que veía en mí era belleza pese a todo— me produjo de nuevo aquella corriente eléctrica que había sentido con ella en la oscuridad, un sucedáneo de la vida que me corría por las venas.

Me abandoné a los ritmos de su cuerpo, dejé que el sonido, el calor y el olor se fundieran, y descubrí que aún era capaz de controlar mis deseos inhumanos, incluso con la corriente fantasma desplazándose bajo mi piel.

No obstante, aquello consumía casi toda mi atención, y, de forma inevitable, aquel periodo de silenciosa espera iba a llegar a su fin. Bella tendría tantas preguntas... y ahora serían mucho más directas, me imaginé. Le debía un millar de explicaciones distintas. ¿Me vería en condiciones de manejarlo todo de golpe?

Decidí tratar de hacer malabarismos con unas cuantas tareas mientras continuaba conectado con el ir y venir de su flujo sanguíneo.

Primero, reuní información. Triangulé la situación exacta de los pájaros que podía oír, y después identifiqué el género taxonómico y la especie de

cada uno de ellos por medio de sus cantos. Analicé las irregularidades en el sonido de las salpicaduras que revelaban la presencia de vida en el riachuelo y, después de establecer la correspondencia entre el volumen del agua desplazada y el tamaño del pez, deduje la variedad más probable. Catalogué los insectos más cercanos —al contrario que las especies más desarrolladas, los insectos hacían tanto caso de nuestra especie como de una piedra— por medio de la velocidad del movimiento de las alas y la elevación de su vuelo, o por el minúsculo repiquetear de sus patas sobre el suelo.

Mientras continuaba con la clasificación, añadí los cálculos matemáticos. Si en aquel momento había cuatro mil novecientos trece insectos en el área de la pradera, que tenía unos mil veinticinco metros cuadrados, ¿cuántos insectos habría de media en los tres mil seiscientos veintiséis kilómetros cuadrados del Parque Nacional Olympic? ¿Y si tuviéramos en cuenta que las poblaciones de insectos disminuían un uno por ciento por cada tres metros de elevación? Traje a la mente un mapa topográfico del parque y comencé a cuadrar los números.

De manera simultánea, iba repasando mentalmente las canciones que casi nunca había oído en mi siglo de existencia: todo aquello que no fuese común y no hubiese oído más de una vez en mi vida. Canciones que había escuchado al pasar caminando por la puerta abierta de un bar, curiosas nanas familiares que entonaban niños entre balbuceos desde la cuna justo cuando yo pasaba por su lado de noche, los intentos que descartaban los estudiantes de música que escribían sus trabajos de teatro en los edificios colindantes a mi aula en la facultad. Me dediqué a repetir las letras sin hacer ruido, veloz, percatándome de todas las razones por las que cada una de ellas estaba condenada al fracaso.

La sangre de Bella continuaba latiendo, su corazón seguía emitiendo calor, y yo aún ardía, pero me veía capaz de no soltar las riendas. No había aflojado la sujeción. Estaba bajo control. Lo justo.

—¿Has dicho algo? —me susurró.

—Solo... cantaba para mis adentros —reconocí; no sabía cómo explicarle con mayor claridad lo que estaba haciendo, y ella no insistió con más preguntas.

Pude sentir que aquel silencio tocaba a su fin, y saberlo no me aterrorizó. Estaba empezando a sentirme prácticamente cómodo con la situación, fuerte y con autocontrol. Tal vez hubiera pasado ya el nudo, después de todo. Quizá nos encontráramos ya a salvo al otro lado y todas aquellas visiones tan esperanzadas de Alice estuviesen ya camino de materializarse.

En el momento en que el cambio en su forma de respirar me anunció que sus pensamientos tomaban una nueva dirección, me sentí más intrigado que inquieto. Me esperaba una pregunta, pero, en cambio, oí los movimientos de la hierba cuando Bella se inclinó hacia mí y el sonido del pulso en su mano al aproximarse.

La yema de un dedo, suave y cálida, me recorrió muy despacio el dorso de la mano. Fue un roce muy delicado, pero la reacción en mi piel fue eléctrica: un ardor distinto al de la garganta, y que hacía que me resultara aún más difícil concentrarme. Mis cálculos y mis recuerdos auditivos se entrecortaron y quedaron en un punto muerto, y Bella atrajo toda mi atención, aun con los latidos húmedos de su corazón apenas a treinta centímetros de mi oído.

Abrí los ojos, impaciente por ver su expresión y tratar de adivinar lo que pensaba. No me llevé una decepción. Otra vez tenía la mirada encendida y maravillada, las comisuras de los labios curvadas hacia arriba. Me miró a los ojos, y aumentó su sonrisa. La imité.

—¿No te asusto? —No la había asustado, ella quería estar aquí, conmigo. Cuando me respondió, lo hizo con un tono burlón.

—No más que de costumbre.

Se inclinó más hacia mí, posó la mano entera sobre mi antebrazo y la deslizó lentamente en una caricia hacia la muñeca. Sentí el calor febril de su piel contra la mía y, a pesar del temblor de sus dedos, no había miedo en aquel roce. Traté de contener mi reacción, y los ojos se me fueron cerrando poco a poco. La corriente eléctrica era como un terremoto que sacudía el centro de mi ser.

—¿Te molesta? —me preguntó, y su mano hizo una pausa en su avance.

—No —respondí enseguida, y proseguí, ya que deseaba compartir con ella algo de lo que yo estaba experimentando—: No te puedes ni imaginar lo que me hace sentir. —Yo mismo no me lo podría haber imaginado antes de aquel momento; superaba cualquier placer que hubiera sentido nunca.

Sus dedos volvieron a ascender por el mismo camino hasta el interior del codo, donde trazaron unos dibujos. Se movió para cambiar el peso del cuerpo y alargó la otra mano hacia la mía. Sentí su leve tirón y me percaté de que deseaba darle la vuelta a mi mano. Sin embargo, en cuanto accedí, detuvo en seco ambas manos y se le escapó un grito ahogado y silencioso.

Alcé la vista y de inmediato reparé en mi error: me había movido como un vampiro, no como un humano.

—Lo siento —dije entre dientes, pero cuando se cruzaron nuestras miradas pude ver que no había causado un auténtico daño. Se recuperó de la

sorprea sin que la sonrisa desapareciera de su rostro—. Me resulta muy sencillo ser yo mismo contigo —le expliqué, y dejé que se me volvieran a cerrar los párpados para así poder concentrarlo todo en la sensación de su piel en contacto con la mía.

Sentí la presión cuando Bella comenzó a tratar de levantarme la mano. La moví al compás de su desplazamiento, consciente de que le costaría un gran esfuerzo moverme incluso la mano sin mi ayuda. Yo pesaba un poco más de lo que parecía.

Se la llevó muy cerca de la cara. El calor de su aliento me abrasaba la palma. La ayudé a girarla hacia aquí y hacia allá conforme indicaba la presión de sus dedos. Abrí los ojos para ver cómo estudiaba mi mano con mucha atención, con el baile de un centelleo irisado en la cara a medida que la luz se desplazaba de un lado a otro sobre mi piel. Allí estaba otra vez esa arruga en el entrecejo. ¿Qué era lo que le preocupaba ahora?

—Dime qué piensas. —Dije aquellas palabras con delicadeza, pero ¿se daba ella cuenta de que eran una súplica?—. Me sigue resultando extraño no saberlo.

Frunció los labios apenas un poco, y la ceja izquierda se le arqueó unos milímetros.

—Bueno, ya sabes, el resto nos sentimos así todo el tiempo.

«El resto». La inmensa familia de la humanidad en la que yo no estaba incluido. Su gente, su especie.

—Qué dura es la vida. —Aquellas palabras no sonaron como la broma que yo pretendía que fuesen—. Aún no me has contestado.

Respondió muy despacio.

—Deseaba poder saber qué pensabas tú... Y...

Era obvio que había más.

—¿Y?

Hablaba en voz muy baja; a un humano le habría costado mucho oírla.

—Deseaba poder creer que eres real. Y deseaba no tener miedo.

Sentí una punzada de dolor que me atravesó de parte a parte. Me equivocaba. Al final sí que la había aterrorizado. Por supuesto que sí.

—No quiero que estés asustada. —Era una disculpa y un lamento.

Me quedé sorprendido cuando sonrió casi con picardía.

—Bueno, no me refería exactamente a esa clase de miedo, aunque, sin duda, es algo sobre lo que debo pensar.

¿Ahora estaba de broma? ¿A qué podría estar refiriéndose? Me incorporé a medias, demasiado ansioso por obtener respuestas como para seguir

fingiendo despreocupación.

—Entonces ¿de qué tienes miedo?

Me percaté de lo próximos que estaban nuestros rostros. Sus labios, más cerca de lo que habían estado nunca de los míos. Ya no sonreían, entreabiertos. Inspiró por la nariz, con los párpados medio cerrados. Se estiró para aproximarse más, como si deseara percibir más de mi olor, con el mentón ladeado un centímetro, el cuello hacia delante, la yugular a la vista.

Y reaccioné.

El veneno me inundó la boca, la mano que tenía libre se movió por su propia voluntad para atraparla, se me abrió la mandíbula de golpe cuando ella se inclinó a mi encuentro.

Me abalancé para apartarme de Bella. La demencia no me había llegado hasta las piernas, que actuaron para lanzarme de nuevo hasta el límite de la pradera, en el extremo más alejado de Bella. Me moví tan rápido que no tuve tiempo de retirar la mano de las suyas con delicadeza; la había arrancado de un tirón. Lo primero que se me pasó por la cabeza cuando aterricé agazapado entre las sombras de los árboles fueron sus manos, y me invadió el alivio cuando vi que aún las tenía unidas a las muñecas.

Un alivio que vino seguido del asco. La aversión. La repugnancia. Todas las emociones que había temido ver en sus ojos hoy multiplicadas por un centenar de años y la certeza de que me las merecía, eso y más. El monstruo, la pesadilla, el que destrozaba tantas vidas, el que mutilaba los sueños... Los de ambos, los suyos y los míos.

Si yo fuera algo mejor, si de algún modo pudiera ser más fuerte, aquel instante podría haber sido nuestro primer beso, en lugar de un brutal coqueteo con la muerte.

¿No había pasado la prueba, era eso lo que acababa de suceder? ¿Acaso no había ya esperanza?

Bella tenía los ojos vidriosos; tan abiertos que le veía el iris oscuro rodeado de blanco por todas partes. La vi parpadear y volver a enfocarlos, fijándolos en mi nueva posición. Nos miramos el uno al otro durante un rato largo.

Le tembló una sola vez el labio inferior, y abrió la boca. Aguardé en tensión, a la espera de las recriminaciones, de que me gritara, de que me dijese que no me volviera a acercarme a ella jamás.

—Lo... Lo siento, Edward —susurró casi en silencio.

Por supuesto.

Tuve que respirar hondo antes de responderle.

Calibré el volumen de mi voz para que sonara lo justo de modo que fuese audible para ella, pero sin perder la delicadeza.

—Concédeme un momento.

Se recostó unos centímetros. En los ojos, se le seguían viendo las pupilas rodeadas de blanco.

Volví a coger aire. Aún podía percibir su sabor desde aquí. Alimentaba aquel ardor constante, pero nada más. Me sentía... como me solía sentir cerca de ella. Ahora mismo no había ningún atisbo en mi mente ni en mi cuerpo, ninguna sensación de que el monstruo acechara tan cerca de la superficie, de que pudiera saltar con semejante facilidad. Me dieron ganas de ponerme a soltar alaridos y de arrancar árboles de raíz. Si no era capaz de sentir dónde estaba el límite, si no veía el desencadenante, ¿cómo iba a poder llegar alguna vez a protegerla de mí?

Podía imaginarme los ánimos que me daría Alice. Diría que sí había protegido a Bella, que no había pasado nada. Pero, aunque Alice hubiera podido llegar a ver tanto —dado que ella observaba cuando mi oportunidad todavía era el futuro y no ya el pasado—, ella no habría podido saber lo que se sentía. Perder el control de mí mismo, ser más débil que mi peor impulso. No ser capaz de parar.

«Pero sí que has parado». Eso me diría, pero ella no podía saber lo insuficiente que era.

Bella no apartó la vista de mí en ningún momento. Su corazón latía el doble de rápido de lo normal. Demasiado rápido. No podía ser saludable. Quería cogerla de la mano y decirle que todo estaba bien, que ella estaba bien, a salvo, que no había nada por lo que preocuparse..., pero qué mentiras tan evidentes serían esas.

Aún me sentía... normal, o en lo que se había convertido la normalidad en aquellos últimos meses, al menos. Bajo control. Exactamente igual que antes, cuando mi confianza había estado a punto de matarla.

Regresé caminando despacio, preguntándome si debería mantenerme alejado, pero no me pareció correcto vociferarle mi disculpa desde la otra punta de la pradera. No confiaba en poder estar tan cerca de ella como antes. Me detuve a unos pocos pasos de distancia, la justa para mantener una conversación, y me senté en el suelo.

Traté de expresar todo lo que sentía con aquellas palabras.

—Lo siento mucho.

Bella parpadeó, y sus ojos volvieron a abrirse de forma exagerada; el corazón le martilleaba demasiado rápido. La expresión de su rostro era

inmutable, como si mis palabras no significaran nada para ella, como si no las hubiese oído siquiera.

Hice algo que de inmediato supe que había sido una mala idea: volví a adoptar mi habitual patrón de conducta, el de intentar hacer como si no pasara nada, aligerar el ambiente. Estaba desesperado por quitarle del rostro aquella impresión petrificada.

—¿Comprenderías a qué me refiero si te dijera que solo soy un hombre?

Un segundo más tarde de lo que debería, Bella asintió. Una sola vez. Trató de sonreír ante aquel intento carente de gusto de quitarle hierro al asunto, pero aquel esfuerzo no hizo sino estropearle más el gesto. Parecía estar sufriendo, y después, por fin, pareció asustada.

Ya había visto el miedo reflejado en su rostro en otras ocasiones, pero Bella siempre me había tranquilizado enseguida. Cada vez que yo albergaba una cierta esperanza de que se hubiera percatado de que no merecía la pena correr aquel inmenso riesgo por mí, ella se encargaba de desmentir mi suposición. El temor en sus ojos nunca había sido miedo de mí.

Hasta ahora.

El olor de su miedo saturaba el aire, ácido y metálico.

Esto era exactamente lo que yo había estado esperando, lo que siempre me había dicho a mí mismo que deseaba: que ella me diese la espalda y se fuese, que se pusiera a salvo y que me dejara allí solo y abrasado.

Su corazón continuaba martilleando, y a mí me daban ganas de echarme a reír y a llorar. Estaba recibiendo lo que quería.

Y todo porque ella se había acercado apenas un par de centímetros más de lo que debía. Se había aproximado lo suficiente como para percibir mi olor, y le había parecido agradable, lo mismo que mi cara le resultaba atractiva y le llamaban poderosamente la atención todas mis demás trampas. Todo en mí le provocaba deseos de acercarse más, pues había sido diseñado así con ese fin.

—Soy el mejor depredador del mundo, ¿no es cierto? —Ahora no hice el menor intento de ocultar la amargura en mi voz—. Todo cuanto me rodea te invita a venir a mí: la voz, el rostro, incluso mi olor. —Qué exceso, todo aquello. ¿Qué sentido tenían mi encanto y mi atractivo? Yo no era una planta carnívora, a la espera de que las presas se me posaran en la boca. ¿No podía haber sido yo tan repugnante por fuera como lo era por dentro?—. ¡Como si me hiciera falta algo de eso!

Ahora me sentía fuera de control, pero no del mismo modo. Todo mi amor, mis anhelos y esperanzas se estaban desmoronando, un millar de siglos

de dolor se extendían ante mí, y no quería seguir fingiendo. Si no iba a poder ser feliz por ser un monstruo, que me dejaran al menos ser ese monstruo.

Me puse en pie, y corrí tan rápido como su corazón, en dos círculos cerrados alrededor del límite del claro, preguntándome si Bella podría ver siquiera lo que le estaba mostrando.

Me detuve de golpe en el mismo sitio donde estaba antes. Este era el motivo de que no me hiciese falta una voz seductora.

—Como si pudieses ser más veloz que yo. —Me reí ante aquella idea, el humor tan grotesco de aquella imagen en mis pensamientos.

El sonido de mi carcajada rebotó en los árboles con una serie de ecos estridentes.

Y después de la persecución vendría la captura.

La rama más baja del abeto centenario que tenía al lado estaba al alcance de mi mano. La arranqué del tronco sin el menor esfuerzo. La madera chilló y protestó, la corteza y las astillas reventaron en un estallido en el lugar donde había herido al árbol. Sopesé la rama en la mano por un instante. Unos trescientos noventa y dos kilos. No era suficiente para vencer en una batalla contra la cicuta que había al otro lado del claro, a mi derecha, pero sí lo bastante para causar algún daño.

Apunté a un nudo a unos nueve metros de altura y lancé la rama hacia el árbol de la cicuta. Mi proyectil impactó de lleno en el blanco, y el extremo más grueso de la rama se estampó con un crujido sonoro y se desintegró en una lluvia de astillas que cayó sobre los helechos de debajo con un leve sonido sibilante. En el centro del nudo se abrió una fisura que avanzó serpenteando a lo largo de unos metros en ambas direcciones. La cicuta tembló, el impacto se propagó por las raíces y hacia el suelo. Me pregunté si habría acabado con el árbol. Tendría que esperar unos meses para saberlo. Con un poco de suerte, se recuperaría; la pradera era perfecta tal y como estaba.

Qué poco esfuerzo por mi parte. No me había hecho falta utilizar más que una minúscula fracción de las fuerzas a mi disposición. Y, aun así, cuánta violencia. Cuánto daño.

En dos zancadas, me encontraba sobre ella, apenas a un brazo de distancia.

—¡Como si pudieras derrotarme!

La amargura desapareció de mi voz. Aquella pequeña pataleta no me había costado energía ninguna, pero sí había consumido parte de mi cólera.

Bella no se había movido en ningún momento, había permanecido inmóvil de principio a fin, y continuaba paralizada, con los ojos abiertos y la mirada de piedra. Nos miramos el uno al otro durante lo que me pareció un largo rato. Yo seguía furioso conmigo mismo, pero ya no quedaba llama ninguna en el enfado. Todo me parecía inútil. Era lo que era.

Ella se movió primero. Solo un poco. Las manos le habían caído inertes sobre el regazo en el instante en que yo me había arrancado de su lado, pero ahora una de ellas tembló y se abrió. Extendió los dedos ligeramente, hacia mí. Lo más probable era que fuese un movimiento inconsciente, pero se parecía de un modo siniestro a aquella ocasión en la que había rogado «vuelve» en sus sueños y había extendido la mano hacia algo. En aquel momento, yo había deseado que estuviese soñando conmigo.

Esa fue la noche antes de Port Angeles, la noche antes de que me enterase de que ella ya sabía lo que yo era. De haber tenido conocimiento de lo que le había contado Jacob Black, jamás habría creído que Bella pudiera soñar conmigo salvo que se tratase de una pesadilla. Pero a Bella no le había importado nada de eso.

En sus ojos aún había terror. Por supuesto que lo había, pero también parecía haber una súplica. ¿Había alguna posibilidad de que Bella deseara ahora que yo volviese con ella? Y, aunque ella lo deseara, ¿debería hacerlo yo?

Su dolor, mi mayor debilidad: tal y como Alice me había mostrado que sería. Odiaba verla aterrorizada. Me partía en dos saber lo mucho que me merecía ese temor, pero, más que cualquiera de esas dos cargas, lo que no podía aguantar era ver su dolor. Me arrebatava la capacidad de tomar cualquier decisión que tuviera el menor viso de ser acertada.

—No temas —le rogué en un susurro—. Te prometo... —No, ese verbo se había vuelto ya demasiado informal—. Te juro que no te haré daño. No temas.

Lentamente, me acerqué más, sin hacer ningún movimiento que a ella no le diera tiempo a anticipar. Me senté muy poco a poco, por fases muy deliberadas, de manera que me hallase una vez más donde habíamos empezado. Me encorvé un poco para que mi rostro quedara a la altura del suyo.

Se le tranquilizó el ritmo cardíaco. Se le relajaron los párpados, regresaron a su sitio habitual. Era como si mi cercanía la calmase.

—Perdóname, por favor —le supliqué—. Puedo controlarme. Me has pillado desprevenido, pero ahora me comportaré mejor. —Qué disculpa tan

patética. Aun así, logró que le asomara la sombra de una sonrisa por la comisura de los labios, y yo, como un tonto, volví a caer en mis inmaduros esfuerzos por ser gracioso—. Hoy no tengo sed. De verdad.

Incluso le guiñé un ojo. Cualquiera diría que tenía trece años, en vez de ciento cuatro.

Pero Bella se rio. Casi sin aliento, un poco temblorosa, pero aun así fue una risa auténtica, con verdadero regocijo y alivio. Su mirada se volvió más cálida, se le relajaron los hombros y se le volvieron a abrir las manos.

Al colocar la mano con suavidad de nuevo en la suya, fue tal la sensación de que así era como tenía que ser... No debería, pero así era.

—¿Estás bien?

Observó nuestras manos; acto seguido, alzó la mirada para encontrarse con mis ojos por un instante y volvió a bajarla. Comenzó a trazar las líneas de la palma de mi mano con la yema del dedo, exactamente igual que estaba haciendo antes de mi arrebato. Sus ojos regresaron con los míos, y una sonrisa se le fue extendiendo por el rostro hasta que le apareció aquel hoyuelo en la barbilla. En aquella sonrisa no había ningún juicio ni remordimiento.

Yo también le sonreí, y me sentí como si hasta ahora mismo no hubiera sido capaz de admirar la belleza de aquel lugar. De repente, el sol, las flores y el tono dorado en el aire estaban ahí para mí, dichosos y compasivos. Sentí la compasión que ella me estaba regalando, y el corazón de piedra se me hinchó de gratitud.

El alivio, la confusión del gozo y la culpa me recordaron de pronto aquel día en que volví a casa, tantas décadas atrás.

Tampoco había estado preparado por aquel entonces. Tenía pensado esperar. Quería volver a tener los ojos dorados antes de que me viese Carlisle, pero aún los tenía de un extraño color anaranjado, un ámbar que tendía más hacia el rojo. Estaba teniendo dificultades para adaptarme a mi antigua dieta. Nunca me había costado tanto. Temía que, si no contaba con la ayuda de Carlisle, no sería capaz de seguir adelante. Volvería a caer en mis antiguas costumbres.

Me preocupaba aquello, portar esa prueba tan clara en mis ojos. Me pregunté cuál sería la peor recepción que podría esperarme. ¿Me echaría de allí sin más? ¿Le costaría mirarme a la cara y ver en qué decepción me había convertido? ¿Me exigiría alguna penitencia? Yo cumpliría con ello, lo que fuese que me pidiera. ¿Se conmovió con mis esfuerzos por mejorar, o no vería más que mi fracaso?

Resultó bastante sencillo dar con ellos: no se habían trasladado muy lejos del lugar donde los había dejado. ¿Sería, tal vez, para facilitar mi regreso?

Su casa era la única en aquellos parajes tan elevados y apartados. El sol del invierno se reflejaba en las ventanas mientras me aproximaba desde abajo, así que no podía saber si había alguien en casa. En lugar de coger la ruta más corta entre los árboles, me acerqué caminando por un campo abierto y vacío, cubierto de nieve, donde —aun abrigado para protegerme del resplandor del sol— sería fácil localizarme. Avanzaba despacio. No quería echar a correr. Eso podría alarmarlos.

Esme fue quien me vio primero.

—¡Edward! —la oí exclamar, aunque aún me encontraba a kilómetro y medio de distancia.

En menos de un segundo, vi su silueta salir disparada por una puerta lateral, correr entre las rocas que rodeaban la cornisa de la montaña y levantar una densa nube de cristales de nieve a su espalda.

¡Edward! ¡Ha vuelto a casa!

No era la actitud que me había estado esperando. Pero, claro, Esme no me había visto los ojos de cerca.

¿Edward? ¿Es posible?

Mi padre la seguía de cerca ahora y estaba llegando a la misma altura gracias a su zancada más larga.

En sus pensamientos no había sino un anhelo desesperado. No había juicios, aún no.

—¡Edward! —gritó Esme con un inconfundible timbre de alegría en la voz.

Y entonces la tenía encima, rodeándome bien fuerte el cuello con los brazos, sus labios besándome en la mejilla una y otra vez. *No te vuelvas a ir, por favor.*

Solo un segundo más tarde, los brazos de Carlisle nos envolvían a los dos.

Gracias, pensó él con una fervorosa sinceridad. *Gracias por regresar con nosotros.*

—Carlisle... Esme... Cuánto lo siento. Cuánto...

—Chsss, calla —susurró Esme, que apretó la cara contra mi cuello e inhaló mi olor. *Mi pequeño.*

Alcé la mirada al rostro de Carlisle y dejé los ojos bien abiertos, sin ocultar nada.

Estás aquí. Carlisle me miró a la cara, y en sus pensamientos no había más que felicidad. Aunque tenía que saber lo que significaba el color de mis

ojos, en su alegría no había ningún matiz que desentonara. *No hay nada por lo que disculparse.*

Muy despacio, prácticamente incapaz de confiar en que fuese algo tan simple, levanté los brazos y correspondí el abrazo de mi familia.

Ahora sentía la misma aceptación inmerecida y apenas alcanzaba a creer que todo aquello —mi mala conducta, tanto voluntaria como involuntaria— hubiese quedado atrás de repente. Pero fue como si el perdón de Bella se llevase toda la oscuridad.

—Bueno, ¿por dónde íbamos antes de que me comportara con tanta rudeza? —Recordaba dónde estaba yo, apenas a unos centímetros de sus labios entreabiertos, embelesado con el misterio de su mente.

Pestañeó un par de veces.

—La verdad es que no lo recuerdo.

Era comprensible. Inhalé el fuego y lo volví a exhalar, ansiando que el ardor me hiciese un daño real.

—Creo que estábamos hablando de por qué estabas asustada, además del motivo obvio. —Era probable que el miedo más evidente hubiera expulsado el otro de su mente por completo.

Pero me sonrió y volvió a bajar la mirada hacia mi mano.

—Ah, sí.

Nada más.

—¿Y bien? —le insistí.

En lugar de mirarme a los ojos, comenzó a trazar líneas en la palma de mi mano. Intenté interpretar la secuencia con la esperanza de ver un dibujo o incluso letras —E-D-W-A-R-D-V-E-T-E-P-O-R-F-A-V-O-R—, pero no fui capaz de hallarles un sentido. Más misterios, solo eso. Más preguntas que ella no respondería jamás. No me merecía las respuestas.

Suspiré.

—¡Con qué facilidad me frustró!

Entonces alzó la cara, sondeándome los ojos con la mirada. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, y me sorprendió la intensidad en sus pupilas. Me dio la sensación de que ella estaba consiguiendo descifrarme a mí mucho mejor de lo que yo jamás conseguía descifrarla a ella.

—Tengo miedo —empezó a decir, y, agradecido, me percaté de que al final estaba respondiendo a mi pregunta—. Porque..., bueno, por motivos evidentes no puedo estar contigo. —Volvió a bajar los ojos al decir la palabra «estar». Por una vez, la había entendido con claridad. Cuando dijo «estar»,

pude oír que no se refería a aquel momento en concreto, bajo el sol, ni durante la tarde ni la semana. Lo decía en el mismo sentido en que yo deseaba decírselo a ella. Estar siempre. Eternamente—. Y porque me temo que me gustaría estar contigo, más de lo que debería.

Pensé en todo lo que supondría que, después de todo, la obligara a hacer justo lo que ella describía. Si hiciese que ella se quedara eternamente. Todos los sacrificios que Bella tendría que soportar, cada ser querido que tendría que perder, el escozor de cada remordimiento, el dolor de cada mirada sin una sola lágrima.

—Sí. —Qué duro era estar de acuerdo con ella, aun con todo ese dolor tan fresco en mi imaginación. Cuánto lo deseaba—. Es un motivo para estar asustado, desde luego. Querer estar conmigo. —Egoísta de mí—. En verdad, no te conviene nada.

Puso mala cara al mirarme la mano, como si no le gustara más que a mí lo que le acababa de reconocer.

Ya era peligroso el simple hecho de sugerir aquella senda. La granada de Hades. ¿Con cuántas semillas tóxicas la había infectado ya? Las suficientes como para que Alice la hubiese visto pálida y ojerosa en mi ausencia. Aunque tenía la sensación de que yo también me había corrompido. Enganchado. Un adicto sin la esperanza de una recuperación. No era capaz de formarme del todo aquella imagen en la cabeza. Abandonarla. ¿Cómo iba a sobrevivir yo? Alice me había mostrado la angustia de Bella en mi ausencia, pero ¿qué sería lo que vería de mí en esa versión del futuro si miraba? No me podía creer que fuese algo más que una sombra descompuesta, inútil, arrugada y vacía.

Expresé aquel pensamiento en voz alta, aunque para mí, sobre todo.

—Debería haberme alejado hace mucho, debería hacerlo ahora, pero no sé si soy capaz.

La mirada de Bella seguía clavada en nuestras manos, pero se le azoraron las mejillas.

—No quiero que te vayas —masculló.

Quería que me quedara con ella. Intenté combatir la felicidad, la capitulación hacia la que Bella me arrastraba. ¿Me quedaba a mí alguna elección, o a estas alturas era ya una decisión solo suya? ¿Me quedaría hasta que ella me dijese que me marchara? Fue como si se oyese el eco de sus palabras en la leve brisa. «No quiero que te marches».

—Precisamente por eso, debería hacerlo. —Estaba claro que, cuanto más tiempo pasásemos juntos, más difícil sería estar separados—. Pero no temas,

soy una criatura esencialmente egoísta. Ansío demasiado tu compañía para hacer lo correcto.

—Me alegro. —Con qué sencillez dijo aquellas palabras, como si fuesen algo evidente. Como si toda chica se sintiese complacida de que su monstruo preferido fuese demasiado egoísta como para ponerla a ella por delante de él.

Se me inflamó el mal genio, una ira dirigida en exclusiva hacia mí. Con un riguroso autocontrol, retiré la mano de la suya.

—¡No lo hagas! ¡No es solo tu compañía lo que anhelo! Nunca lo olvides. Nunca olvides que soy más peligroso para ti de lo que soy para cualquier otra persona.

Me miró con una expresión llena de curiosidad. En sus ojos ya no había el menor temor. Ladeó la cabeza levemente hacia la izquierda.

—Creo que no comprendo exactamente a qué te refieres... Al menos la última parte —me dijo en tono analítico.

Me recordó a nuestra conversación en la cafetería, cuando me había preguntado sobre la caza. Sonaba como si estuviese recabando datos para un informe, uno que fuese de vital interés para ella, pero, aun así, no más que una investigación académica.

No pude contener una sonrisa al verle la cara. Mi cólera se desvaneció tan rápido como había venido. ¿Por qué perder el tiempo con la ira cuando había muchas más emociones agradables a mi alcance?

—¿Cómo te explicaría...? —murmuré. Como es natural, ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Tampoco es que hubiera sido tremendamente específico en lo referente a mi reacción a su olor. Por supuesto que no lo había sido: era algo desagradable, algo de lo que me avergonzaba profundamente, por no mencionar el evidente horror de la cuestión. Cómo explicárselo, desde luego...—. Y sin aterrorizarte de nuevo...

Desenroscó los dedos, que se extendieron hacia los míos, y no me pude resistir. Volví a colocar la mano con delicadeza en la suya. El ofrecimiento de su tacto, el entusiasmo en su manera de envolverme los dedos en los suyos, con fuerza, me ayudó a calmar los nervios. Sabía que estaba a punto de contarle todo: notaba dentro de mí cómo se arremolinaba la verdad, a punto de salir al exterior en una erupción. Ahora bien, no tenía la menor idea de cómo lo iba a asimilar Bella, aun siendo tan generosa como lo había sido siempre conmigo. Saboreé aquel instante de su aceptación, consciente de que podría terminarse de forma abrupta.

Suspiré.

—Esto es asombrosamente placentero... El calor.

Bella sonrió y bajó la mirada a nuestras manos, igual que yo, con los ojos llenos de fascinación.

No había manera de evitarlo. Tendría que ser explícito hasta la obscenidad. Ponerme a dar rodeos no serviría sino para confundirla, y ella tenía que saberlo. Respiré hondo.

—Sabes que todos disfrutamos de diferentes sabores. Algunos prefieren el helado de chocolate y otros el de fresa.

Aj. En voz alta, aquel comienzo tan pobre sonaba peor de lo que me había imaginado. Bella asintió con un gesto más bien de cortesía, pero, por lo demás, con una expresión inalterada. Tal vez tardase un minuto en asimilarlo.

—Lamento emplear la analogía de la comida —me disculpé—, pero no se me ocurre otra forma de explicártelo.

Me sonrió de oreja a oreja, una sonrisa de verdadero humor y afinidad; el hoyuelo apareció de golpe. Aquella sonrisa me hizo sentir como si estuviéramos juntos en esta situación tan absurda, no como oponentes, sino como compañeros, trabajando codo con codo para encontrar una solución. No se me ocurría nada que pudiera desear más..., aparte, claro está, de lo imposible: poder ser humano yo también. Le sonreí en respuesta, aunque supe que mi sonrisa no era ni tan auténtica ni tan inocente como la suya.

Sus manos se aferraron a las mías con más fuerza y me pidieron que continuara.

Comencé a hablar muy despacio y traté de utilizar la mejor comparación posible, aunque fui consciente de mi fracaso incluso antes de haber terminado de hablar.

—Verás, cada persona huele diferente, tiene una esencia distinta. Si encierras a un alcohólico en una habitación repleta de cerveza rancia, se la beberá alegremente, pero si ha superado el alcoholismo, y así lo desea, podría resistirse.

»Supongamos ahora que ponemos en esa habitación una botella de brandy añejo, de cien años, el coñac más raro y exquisito, y llenamos la habitación de su cálido aroma... En tal caso, ¿cómo crees que le iría?

¿Acaso estaba pintando un cuadro demasiado amable de mí mismo, al describirme como una trágica víctima en lugar de como un auténtico villano?

Me miró a los ojos y, mientras yo hacía un intento automático por oír su reacción interior, me dio la sensación de que ella también trataba de interpretar la mía.

Reflexioné sobre mis palabras y me pregunté si la analogía habría sido lo bastante fuerte.

—Tal vez no sea la comparación adecuada —medité en voz alta—. Puede que sea muy fácil rehusar el brandy. Quizás debería haber empleado a un heroinómano en vez de un alcohólico para el ejemplo.

Esbozó una sonrisa, no tan amplia como la anterior, pero con cierto aire de descaro en los labios fruncidos.

—Bueno, ¿estás diciendo que soy tu marca de heroína?

Sorprendido, estuve a punto de echarme a reír. Bella estaba haciendo lo mismo que yo trataba de hacer siempre: bromear, restarle importancia al asunto, aligerarlo..., con la única diferencia de que ella sí lo estaba consiguiendo.

—Sí, tú eres exactamente mi marca de heroína.

Aquel reconocimiento era horrible, sin la menor duda y, aun así, de alguna manera, me sentí aliviado. Todo había sido cosa suya, su apoyo y su comprensión. El hecho de que Bella fuese capaz de perdonar todo esto hacía que me diese vueltas la cabeza. ¿Cómo era posible?

Y adoptó de nuevo su papel de investigadora.

—¿Sucede eso con frecuencia? —me preguntó con la cabeza ladeada en un gesto de curiosidad.

Pese a mi insólita capacidad para oír los pensamientos, resultaba difícil establecer comparaciones exactas. Yo no percibía realmente las sensaciones de la persona a la que escuchaba, tan solo conocía lo que esa persona pensaba al respecto de lo que sentía.

Mi interpretación de la sed ni siquiera era exactamente igual que la del resto de mi familia. Para mí, la sed era un fuego ardiendo. Jasper también la describía como una quemazón, pero para él se parecía más a un ácido que a una llamarada, algo químico que lo saturaba. Rosalie la veía como una sequedad profunda, una carencia desgarradora más que una fuerza externa. Emmett solía evaluar su sed de un modo similar: supuse que era algo natural, ya que Rosalie había sido la primera influencia y la más frecuente en la segunda vida de Emmett.

De manera que conocía todas las ocasiones en las que a los demás les había costado resistirse y cuándo no habían sido capaces de hacerlo, pero no podía saber con exactitud cuán potente había sido para ellos la tentación. No obstante, sí podía hacer conjeturas con un cierto fundamento, basándome en su habitual capacidad de autocontrol. Era una técnica imperfecta, pero pensé que serviría para dar respuesta a la curiosidad de Bella.

Es decir, más horror. No pude mirarla a la cara mientras respondía. En lugar de eso, me fijé en el sol, que descendía poco a poco y ya se acercaba a

las copas de los árboles. Cada segundo que se iba me dolía más que nunca, unos segundos que jamás podría volver a pasar con ella. Ojalá no tuviésemos que dedicar un tiempo tan valioso a algo tan desagradable.

—He hablado con mis hermanos al respecto. Para Jasper, todos los humanos sois más de lo mismo. Él es el miembro más reciente de nuestra familia y ha de esforzarse mucho para conseguir una abstinencia completa. No ha dispuesto de tiempo para hacerse más sensible a las diferencias de olor, de sabor. —Di un respingo al percatarme demasiado tarde del camino por el que me habían llevado mis divagaciones—. Lo siento —me apresuré a añadir.

Bella soltó un pequeño resoplido de exasperación.

—No me molesta. Por favor, no te preocupes por ofenderme o asustarme o por lo que sea... Es así como piensas. Te entiendo, o al menos puedo intentarlo. Explícate como mejor puedas.

Traté de asentarme. Tenía que aceptar que, por obra de alguna suerte de milagro, Bella era capaz de conocer mi lado más oscuro y no verse sacudida por el terror. Era capaz de no odiarme por ello. Y si ella tenía la suficiente fortaleza para oír aquello, yo tenía que ser lo bastante fuerte para pronunciar las palabras. Volví a mirar al sol y sentí el límite del tiempo en su lento descenso.

—De modo que Jasper no está seguro de si alguna vez se ha cruzado con alguien tan... —volví a empezar despacio—, tan apetecible como tú me resultas a mí. Eso me hizo reflexionar mucho. Emmett lleva más tiempo limpio, por decirlo de alguna manera, y comprende lo que quiero decir. Dice que le sucedió dos veces, una con más intensidad que la otra.

Por fin la miré a los ojos, y los tenía ligeramente entrecerrados, muy concentrada.

—¿Y a ti? —me preguntó.

Esa respuesta era fácil, sin necesidad de ninguna conjetura.

—Jamás.

Fue como si Bella se quedase reflexionando un rato largo sobre aquella palabra. Ojalá supiera lo que significaba para ella. Su expresión se relajó entonces, un poco.

—¿Qué hizo Emmett? —me preguntó con un aire de familiaridad.

Como si esto no fuera más que un relato extraído de un libro de cuentos que estaba compartiendo con ella, como si el bien siempre acabase imponiéndose —por muy oscuro que pudiera llegar a ponerse el camino en ciertos momentos— y no pudiese suceder ningún verdadero mal ni nada que fuese de una crueldad permanente.

¿Cómo podría hablarle de aquellas dos víctimas inocentes? Seres humanos con esperanzas y temores, personas con familias y amigos que las querían, seres imperfectos que se merecían la oportunidad de ser mejores, de intentarlo. Un hombre y una mujer cuyos nombres ahora estaban grabados en unas simples lápidas en unos oscuros cementerios.

¿Pensaría mejor o peor de nosotros si supiera que Carlisle nos había obligado a asistir a sus funerales? No solo a los de estas dos víctimas, sino a los de todas las personas que habían sido víctimas de nuestros errores y nuestras faltas. ¿Nos habríamos condenado apenas un ápice menos tan solo por haber escuchado a aquellos que las conocían en su descripción de unas vidas segadas antes de tiempo? ¿Por haber sido testigos de las lágrimas y los llantos de dolor? La ayuda económica que les habíamos proporcionado de forma anónima para asegurarnos de que no se producía un sufrimiento físico innecesario me parecía burda al echar la vista atrás. Qué triste recompensa.

Se cansó de esperar una respuesta.

—Creo saberlo.

Ahora, su expresión era de una profunda tristeza. ¿Acaso condenaba a Emmett mientras a mí me ofrecía tanta compasión? Los crímenes de mi hermano, aunque eran muchos más de dos, sumaban menos que el total de los míos. Me dolía que Bella pensara mal de él. ¿Era esto —la especificidad de dos víctimas— el delito ante el que ella iba a rehusar?

—Hasta el más fuerte de nosotros puede sufrir una recaída, ¿no te parece? —le pregunté con aire de fragilidad.

¿También se podría perdonar esto?

Tal vez no.

Hizo una mueca de dolor y dio un respingo que la apartó de mí. No más de un par de centímetros, pero a mí me pareció un metro. Bella tenía los labios fruncidos.

—¿Qué me pides? ¿Mi permiso? —La dureza en su tono de voz sonaba a sarcasmo.

De modo que ahí estaba su límite. Pensaba que Bella había sido extraordinariamente amable y compasiva, demasiado indulgente, la verdad. Pero lo cierto era que tan solo había subestimado mi depravación. Pese a todas mis advertencias, Bella debía de haber pensado que yo solo me había visto tentado, que siempre había tomado la mejor decisión, como había hecho en Port Angeles, al meterme en el coche y alejarme del derramamiento de sangre.

Esa misma noche le había contado que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, mi familia había cometido errores. ¿Acaso no se había dado cuenta de que le estaba confesando haber asesinado a gente? No era de extrañar que hubiese aceptado las cosas con tanta facilidad: ella pensaba que yo siempre había sido fuerte, que la única carga que tenía sobre mi conciencia era haber estado a punto de caer. Bueno, tampoco era culpa suya. Yo nunca había reconocido de forma explícita haber matado a nadie. Nunca le había ofrecido una lista con el recuento de bajas.

Su expresión se suavizó a medida que yo entraba en barrena. Intenté pensar en la manera de decirle adiós de tal modo que supiese lo mucho que la amaba, pero sin que se sintiera amenazada por ese amor.

—Quiero decir —se explicó de repente, sin ningún tipo de hostilidad en la voz—, entonces ¿no hay esperanza?

Repasé las últimas frases de nuestra conversación en apenas una fracción de segundo y me percaté de que había malinterpretado su reacción. Cuando le había pedido perdón por mis pecados del pasado, ella había pensado que me estaba excusando por un crimen futuro pero inminente. Que pretendía...

—¡No, no! —Me costó un gran esfuerzo ralentizar mis palabras hasta alcanzar una velocidad inteligible para un humano: tantas prisas tenía para que ella las oyese—. ¡Por supuesto que hay esperanza! Me refiero a que..., por supuesto que no voy a...

«Matarte». No pude finalizar la frase. Aquella palabra era un martirio para mí, imaginármela muerta. Clavé la mirada en sus ojos en un intento por transmitirle todo lo que no era capaz de decir.

—Nuestro caso es distinto —le prometí—. En cuanto a Emmett y esos dos desconocidos con los que se cruzó... Eso sucedió hace mucho tiempo, y él no era tan experto y cuidadoso como lo es ahora.

Estudió mis palabras, escuchó las partes que yo no había pronunciado.

—De modo que si nos hubiéramos encontrado... —hizo una pausa en busca del escenario más apropiado— en un callejón oscuro o algo parecido...

Ah, he aquí la amarga verdad.

—Necesité todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre ti en medio de esa clase llena de niños y...

Matarte. Mis ojos rehuyeron los suyos. Demasiada vergüenza.

Aun así, no podía dejarle ninguna imagen falsa y halagüeña sobre mí.

—Cuando pasaste a mi lado —le reconocí—, podría haber arruinado en el acto todo lo que Carlisle ha construido para nosotros. No hubiera sido capaz

de refrenarme si no hubiera estado controlando mi sed durante los últimos... Bueno, demasiados años.

Con qué claridad podía ver el aula en mi imaginación. Más que un don, la memoria perfecta era una maldición. ¿Acaso me hacía falta recordar de manera tan precisa todos y cada uno de los segundos de aquella hora, el temor que le había dilatado los ojos a Bella, el reflejo de mi monstruoso semblante en ellos, el modo en que su fragancia había destruido todo lo bueno que había en mí?

La expresión en su rostro me decía que Bella se encontraba muy lejos; quizá ella también estuviese recordando algo.

—Debiste de pensar que estaba loco.

No lo negó.

—No comprendí el motivo —me dijo con una voz frágil—. ¿Cómo podías odiarme con tanta rapidez...?

Bella había intuido la verdad en aquel momento. Había interpretado correctamente que la había odiado. Casi tanto como la había deseado.

—Para mí, parecías una especie de demonio convocado directamente desde mi infierno particular para arruinarme. —Era doloroso revivir aquella emoción, recordar haberla visto como una presa—. La fragancia procedente de tu piel... El primer día creí que me iba a trastornar. En esa única hora, ideé cien formas diferentes de engatusarte para que salieras de clase conmigo y tenerte a solas. Las rechacé todas al pensar en mi familia, en lo que les estaría haciendo a ellos. Tenía que huir, alejarme antes de pronunciar las palabras que te harían seguirme... Y tú hubieras acudido.

¿Cómo sería para ella el saber todo esto? ¿Cómo conjugaría esos hechos enfrentados? Yo, el asesino potencial, frente a mí, el amante en potencia. ¿Qué pensaría de mi confianza en mí mismo, de mi certeza de que ella habría seguido al asesino?

Elevó el mentón un centímetro.

—Sin duda —reconoció.

Nuestras manos continuaban entrelazadas con cuidado. La suya estaba prácticamente tan inmóvil como la mía, salvo por la sangre que latía a través de ellas. Me pregunté si ella sentiría el mismo temor que yo, el temor de que se tuvieran que separar y de que ella no fuese capaz de reunir el valor y el perdón necesarios para volver a reunirlos.

La confesión resultaba un poco más sencilla cuando no miraba a Bella a los ojos.

—Luego intenté cambiar mi horario en un estéril intento por evitarte y de repente ahí estabas tú, en esa oficina pequeña y caliente, y el aroma resultaba enloquecedor —proseguí—. Estuve a punto de tomarte en ese momento. Solo había otra frágil humana... cuya muerte era fácil de arreglar.

Sentí el escalofrío que le recorrió los brazos hasta las manos. Con cada nuevo intento por ofrecerle una explicación, me veía utilizando unas palabras cada vez más perturbadoras. Eran las correctas, las palabras sinceras, y también eran horribles.

Sin embargo, ya no había manera de detenerlas, y Bella permaneció sentada y prácticamente inmóvil mientras salían de mí a borbotones, con más confesiones mezcladas en cada explicación. Le hablé de mi intento fallido de escapar y de la arrogancia que me había traído de vuelta, de cómo esa arrogancia le había dado forma a nuestra manera de relacionarnos y de cómo me había atormentado la frustración por sus pensamientos ocultos, de cómo su olor no había dejado de ser una tentación y a la vez una tortura en ningún momento. A lo largo del relato, mi familia aparecía aquí y allá, y me pregunté si Bella podría ver la influencia que ellos habían tenido sobre mis actos en cada giro de los acontecimientos. Le hablé de cómo el hecho de salvarla del monovolumen de Tyler me había hecho cambiar de perspectiva, me había obligado a ver que ella era para mí más que un simple riesgo y un fastidio.

—¿Y en el hospital? —me preguntó cuando me quedé sin palabras.

Estudió mi rostro llena de compasión, de un entusiasmo carente de juicios y un impaciente deseo por oír el siguiente capítulo. Ya no me impresionaba su benevolencia, pero siempre me parecería milagrosa.

Le expliqué mis recelos, no por el hecho de salvarla, sino por quedar yo al descubierto y, por ende, dejar al descubierto a mi familia, para que pudiese comprender mi aspereza en el pasillo vacío aquel día. Como es natural, esto nos llevó a las diversas reacciones de mi familia, y me pregunté qué pensaba del hecho de que alguno de ellos hubiese querido silenciarla de la manera más permanente posible. No se estremeció ni dejó entrever temor alguno. Qué extraño debía de ser para ella enterarse de toda la historia, ver cómo la oscuridad se entretejía ahora con la luz que ella había conocido.

Le hablé de cómo, después de aquello, había tratado de fingir una total indiferencia hacia ella para protegernos a todos y de cómo había fracasado por completo.

Para mis adentros, me pregunté —y no por primera vez— dónde estaría yo ahora de no haber actuado de esa forma tan instintiva ese día en el aparcamiento del instituto, si —tal y como le acababa de describir a Bella del

modo más grotesco— hubiera permanecido de brazos cruzados y la hubiese dejado morir en un accidente de coche para después quedar al descubierto ante los testigos humanos de la manera más monstruosa posible. Mi familia habría tenido que huir de Forks de inmediato. Supuse que sus reacciones ante esa versión de los hechos habrían sido... opuestas a como habían sido en realidad, básicamente. Rosalie y Jasper no se habrían enfadado. Quizá sí se habrían puesto una pizca petulantes, pero habrían sido comprensivos. Carlisle habría sufrido una profunda decepción, pero aun así habría sido indulgente. ¿Habría llorado Alice la pérdida de aquella amiga a la que jamás había llegado a conocer? Tan solo Esme y Emmett habrían reaccionado de un modo prácticamente idéntico al de sus primeras reacciones: Esme con preocupación por mi bienestar; Emmett encogiéndose de hombros.

Sabía que yo habría tenido alguna pequeña noción del desastre que se me había venido encima. Aun en aquel momento, tan pronto y después de haber cruzado apenas unas palabras, sentía una fuerte fascinación por ella, pero ¿habría sido capaz de imaginar la inmensidad de la tragedia? No lo creía. Me habría dolido, sin duda, y después me habría dedicado a esa especie de malvivir vacío que era mi existencia sin percatarme de lo mucho que había perdido. Sin conocer jamás la auténtica felicidad.

Habría resultado más sencillo perderla entonces, eso lo sabía. Exactamente igual que jamás hubiera conocido la alegría, tampoco habría sufrido la profundidad del dolor que ahora sabía que existía.

Contemplé su rostro dulce y amable, tan querido para mí ahora, el centro de mi universo. Lo único que querría mirar por el resto de los tiempos.

Ella también me miró a mí, con el mismo asombro en los ojos.

—Y, por todo eso —concluí mi confesión—, habría salido mejor parado si nos hubiera delatado en aquel primer momento que si te hago daño aquí, ahora, sin testigos ni nada que me detenga.

Se le dilataron los ojos, no de temor ni sorpresa. De fascinación.

—¿Por qué? —me preguntó.

Esta explicación sería tan difícil como cualquiera de las otras, con numerosas palabras que odiaba pronunciar, pero había también otras muchas que anhelaba decirle.

—Isabella... Bella. —Solo decir su nombre ya era un placer, como una suerte de declaración: «Este es el nombre del que me siento parte».

Solté con cuidado una mano y le acaricié el pelo, tan suave, templado bajo el sol. El gozo de una simple caricia, saber que tenía libertad para tenderle la mano de aquel modo, era abrumador. Tomé sus manos de nuevo.

—No podría vivir en paz conmigo mismo si te causara daño alguno. — Odiaba apartar la mirada de su expresión comprensiva, pero era demasiado duro para mí ver en el mismo encuadre aquella otra cara de Bella, la de la visión de Alice—. La idea de verte inmóvil, pálida, helada... No volver a ver cómo te ruborizas, no ver jamás esa chispa de intuición en tus ojos cuando sospechas mis intenciones... Sería insoportable.

Aquella palabra no transmitía ni mucho menos la angustia que había detrás de ese pensamiento, pero ya había conseguido terminar con la parte horrible, y ahora podría decir todo aquello que había deseado contarle durante tanto tiempo. Volví a encontrarme con sus ojos y saqué el júbilo de esta confesión.

—Ahora eres lo más importante para mí, lo más importante que he tenido nunca.

Así como la palabra «insostenible» se quedaba corta, estas otras palabras eran el débil eco de los sentimientos que intentaban describir. Esperaba que Bella pudiese ver en mis ojos lo insuficientes que eran. A ella siempre se le daba mejor saber lo que yo tenía en la cabeza que a mí interpretar lo que había en la suya.

Me sostuvo aquella mirada exultante por un momento muy breve y se le ruborizaron las mejillas con un tono rosado, pero sus ojos descendieron entonces hacia nuestras manos. Me estremecí con la belleza del color de su piel, vi su hermosura y nada más.

—Ya conoces mis sentimientos, por supuesto —me dijo en un hilo de voz, no mucho más allá de un susurro—. Estoy aquí, lo que, burdamente traducido, significa que preferiría morir antes que alejarme de ti.

No habría creído posible sentir semejante euforia y semejante remordimiento a la vez. Bella quería estar conmigo: maravilloso. Estaba arriesgando su vida por mí: inaceptable.

Se le torció el gesto sin dejar de mirar al suelo.

—Soy idiota.

Me eché a reír con aquella conclusión suya. Desde una cierta perspectiva, tenía su parte de razón. Cualquier especie que fuese corriendo tan precipitadamente hacia los brazos de su depredador más peligroso no sobreviviría mucho tiempo. Menos mal que Bella era un caso aparte.

—Eres idiota —bromeé con tono amable. Y jamás dejaría de estar agradecido por ello.

Bella alzó la mirada con un gesto de picardía, y nos echamos a reír los dos juntos. Fue tal el alivio de reírse después de unas revelaciones tan agotadoras

que mis risas pasaron del buen humor al auténtico gozo. Estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Estuvimos en absoluta sintonía durante un momento perfecto.

Por imposible que fuese, éramos el uno para el otro. En aquella imagen, todo estaba fuera de lugar: un asesino y una inocente tan pegada a él, ambos deleitándose con la presencia del otro, en total armonía. Era como si de algún modo hubiésemos ascendido a un mundo mejor, donde sí podían existir tales imposibles.

De repente me acordé de un cuadro que había visto hacía muchos años.

Cada vez que explorábamos las zonas rurales en busca de posibles pueblos donde establecernos, Carlisle tenía la costumbre de hacer pequeñas excursiones en busca de alguna vieja iglesia parroquial donde meterse. Era como si no pudiese evitarlo. Algo tenían aquellas estructuras de madera tan simples, por lo general oscuras por la ausencia de ventanas decentes, que le proporcionaban una especie de calma reflexiva, con esas tarimas deterioradas y los respaldos de los bancos lisos por el desgaste y el olor de una capa sobre otra de roces humanos. Los pensamientos sobre su padre y sobre su infancia emergían al primer plano, aunque el final violento parecía lejano en aquellos instantes. Carlisle solo recordaba cosas agradables.

En una de aquellas salidas en las que solía desviarse, encontramos un viejo templo cuáquero a unos cuarenta y cinco kilómetros de Filadelfia. Era un edificio pequeño, no más grande que la casa de un granjero, con la fachada exterior de piedra y un interior muy espartano. Era tan sencillo, con los tablones del suelo llenos de nudos y los bancos con un respaldo tan recto, que casi me impresionó ver un adorno en la pared del fondo. También despertó el interés de Carlisle, y lo examinamos juntos.

Era un cuadro bastante pequeño, de no más de cuarenta centímetros cuadrados. Me imaginé que sería más antiguo que la propia iglesia de piedra que lo albergaba. Estaba claro que el artista no era un maestro: su estilo era el de un aficionado. Y, aun así, aquella imagen tan simple y de trazo tan pobre tenía algo que lograba transmitir una emoción. Los animales representados poseían una cálida vulnerabilidad, una especie de ternura dolorosa. Me sentí conmovido de un modo extraño por aquel universo más amable que había imaginado el artista.

Un mundo mejor, había pensado Carlisle para sí.

Era el tipo de mundo en el que podría existir este momento presente, pensé ahora, y volví a sentir aquella ternura dolorosa.

—Y de ese modo el león se enamoró de la oveja... —susurré.

Sus ojos se quedaron muy abiertos y accesibles durante un segundo, y acto seguido se sonrojó y volvió a bajar la mirada. Calmó su respiración por un instante, y regresó la sonrisa pícara.

—¡Qué oveja tan estúpida! —se rio ella para continuar con la broma.

—¡Qué león tan morboso y masoquista! —repliqué.

Sin embargo, no estaba muy seguro de que aquella fuera una afirmación sincera. En cierto modo, sí, yo estaba provocándome de forma deliberada un dolor innecesario y lo estaba disfrutando: la definición de manual de «masoquismo», pero el dolor era el precio... y la recompensa era mucho más que el dolor. En realidad, el dolor era algo insignificante. Habría pagado diez veces más.

—¿Por qué...? —murmuró Bella, vacilante.

Sonreí, deseando saber en qué pensaba.

—¿Sí?

Comenzó a formarse una sombra de la arruga en su frente.

—Dime por qué has huido antes.

Sus palabras me impactaron físicamente, las encajé en la boca del estómago. No alcanzaba a entender por qué deseaba darle vueltas a un momento tan detestable.

—Sabes el porqué.

Me hizo un gesto negativo con la cabeza y frunció el ceño.

—No, lo que quería decir exactamente es ¿qué he hecho mal? —Ahora hablaba muy atenta y seria—. Ya sabes, voy a tener que estar en guardia, por lo que será mejor aprender qué es lo que no debería hacer. Esto, por ejemplo, parece que no te hace mal. —Muy despacio, me acarició el dorso de la mano con las yemas de los dedos, hasta la muñeca, y dejó a su paso un rastro de fuego indoloro.

Qué propio de ella, el cargar la responsabilidad sobre sus hombros.

—Bella, no has hecho nada mal. Ha sido culpa mía.

Elevó la barbilla. De no haber semejante súplica en sus ojos, aquel gesto habría sido una muestra de testarudez.

—Pero quiero ayudar si está en mi mano, hacértelo más llevadero.

Mi primer instinto fue el de continuar insistiendo en que aquello era problema mío, y no algo de lo que ella debería preocuparse. Aun así, sabía que solo estaba tratando de comprenderme, con todas mis extrañas y monstruosas peculiaridades. Se quedaría más satisfecha si me limitase a responder su pregunta con la mayor claridad posible.

Ahora bien, ¿cómo explicar la sed de sangre? Qué vergonzoso.

—Bueno... Solo ha sido lo cerca que estabas. Por instinto, la mayoría de los humanos nos rehúyen, repelidos por lo diferentes que somos... No esperaba que te acercaras tanto, y el olor de tu garganta...

Dejé la frase a medias, con la esperanza de no haberla asqueado.

Bella tenía los labios fruncidos, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—De acuerdo, entonces. Nada de exponer la garganta.

Exageró a propósito el gesto de pegar la barbilla a la clavícula derecha.

Estaba claro que su intención era rebajar mi ansiedad, y funcionó. Tuve que reírme de la expresión de su cara.

—No, en realidad —la tranquilicé— ha sido más la sorpresa que cualquier otra cosa.

Volví a levantar la mano y la posé ligeramente sobre su cuello, palpando la increíble suavidad de su piel en aquel punto, la cálida elasticidad. Recorrí con el pulgar la línea de la mandíbula. Aquel pulso eléctrico que tan solo ella era capaz de despertar comenzó a martillearme por el cuerpo.

—Ya lo ves —susurré—. Todo está en orden.

A ella también se le aceleró el pulso. Pude sentirlo bajo la mano y oírle el corazón desbocado. El rubor le inundó la cara desde la barbilla hasta la línea del nacimiento del cabello. Parecía que el hecho de ver y oír su respuesta, más que volver a despertar en mí la sed, tan solo aceleraba mis reacciones más humanas. No alcanzaba a recordar ninguna ocasión en la que me hubiera sentido tan vivo: dudaba, incluso, de haber experimentado esto alguna vez, ni siquiera cuando todavía estaba... vivo.

—El rubor de tus mejillas es adorable.

Separé la mano izquierda de la suya con delicadeza y la dispuse de tal forma que el rostro de Bella quedase acunado entre las palmas de mis manos. Se le dilataron las pupilas y se le aceleró el pulso.

Qué deseo de besarla sentí entonces. Sus labios, sinuosos y suaves, siempre entreabiertos, me hipnotizaban y me empujaban hacia ella. No obstante, por mucho que estas nuevas emociones humanas me pareciesen ahora mucho más fuertes que cualquier otra cosa, no terminaba de confiar en mí mismo. Sabía que tenía que pasar una prueba más. Pensaba que ya había dejado atrás el nudo de Alice, pero aún me daba la sensación de que faltaba algo. Entonces me percaté de lo que me quedaba por hacer.

Algo que había evitado siempre, que nunca había permitido que mi mente explorase.

—Quédate muy quieta —le advertí a Bella. Se le cortó la respiración.

Lentamente, me incliné para acercarme sin dejar de observar la expresión de su rostro en busca de cualquier signo que me indicara que ella no deseaba esto. No encontré ninguno.

Finalmente, hundí la cabeza y la giré para apoyar la mejilla en la base del cuello de Bella. A través de aquella piel suya tan frágil, la vida que le corría cálida por las venas irradiaba de forma rítmica un calor que penetraba en la fría piedra de mi cuerpo. Era un latido que saltaba bajo mi tacto. Mantuve la respiración constante como una máquina, dentro y fuera, controlada. Esperé y fui valorando cada minúsculo suceso que tenía lugar dentro de mi cuerpo. Tal vez permanecí así más tiempo del necesario, pero era un lugar muy agradable donde quedarse.

Cuando sentí la seguridad de que allí no me aguardaba ninguna trampa, avancé.

Me fui reajustando con precaución, a base de movimientos lentos y constantes, con el fin de que nada la sorprendiese ni la asustase. Se estremeció en el momento en que mis manos descendieron de su mandíbula hasta el extremo de sus hombros, y por un instante perdí el meticuloso control de la respiración. Me recuperé y me calmé de nuevo, y entonces desplazé la cabeza de tal forma que mi oído se situara directamente sobre su corazón.

El sonido, que antes ya me resultaba fuerte, ahora parecía rodearme en estéreo. Bajo mis pies, la tierra ya no se me antojaba tan firme, como si sufriera leves sacudidas al son de sus latidos.

El suspiro se escapó en contra de mi voluntad.

—Ah.

Ojalá me pudiese quedar así para siempre, inmerso en el sonido de su corazón y al calor de su piel. Sin embargo, había llegado el momento de la última prueba, y quería dejarla atrás.

Por primera vez, al inhalar el ardor de su fragancia, me permití imaginármelo. En lugar de bloquear mis pensamientos, de cerrarles el paso y obligarlos a regresar a las profundidades, fuera de mi mente consciente, les di permiso para moverse sin restricciones. No lo hicieron de buena gana, ahora no. Aun así, meforcé a ir al lugar que siempre había evitado.

Me imaginé saboreándola... Drenándola.

Ya tenía experiencia suficiente para saber cómo sería la sensación de alivio en caso de que yo decidiera saciar por completo mi necesidad más bestial. Su sangre ejercía sobre mí una atracción mucho mayor que la de cualquier otro humano con el que me hubiese cruzado: no podía sino asumir que la intensidad del alivio y del placer serían superiores en la misma medida.

Su sangre me calmaría la garganta dolorida y se llevaría todos los meses de llamaradas. Me haría sentir como si nunca hubiese ardido por ella; la paliación del dolor sería total.

Me resultaba más difícil imaginar el dulzor de su sangre en la lengua. Yo sabía que nunca había probado una sangre tan perfectamente acorde con mi deseo, pero estaba seguro de que satisfaría cualquier antojo que jamás hubiese conocido.

Por primera vez en tres cuartos de siglo —el tiempo que había sobrevivido sin la sangre de los humanos—, quedaría totalmente saciado. Sentiría mi cuerpo entero y fuerte. Pasarían muchas semanas antes de que regresara la sed.

Reproduje la secuencia de los hechos hasta el final, sorprendido —incluso mientras dejaba plena libertad a la imaginación de aquellos tabúes— con lo poco que me atraían en este momento. Aun ocultando la inevitable secuela —el regreso de la sed, el vacío de un mundo sin ella—, no sentía el menor deseo de llevar a la práctica aquellas imaginaciones.

En ese momento, vi también de forma muy clara que no existía un monstruo independiente y que nunca había existido. Ansioso por desconectar la mente de mis deseos, tal y como tenía por costumbre, había personificado esa odiada parte de mí con el fin de distanciarla de las otras partes que consideraba mi yo. Igual que había creado a la harpía para darme un enemigo contra el que luchar. Se trataba de un mecanismo de defensa, y no muy bueno, que se diga. Era mejor verme como un todo, bueno y malo, y trabajar con esa realidad.

Mantuve la respiración estable, y la punzada de su olor puso un agradecido contrapunto al exceso de otras sensaciones físicas que me abrumaban al tenerla entre mis brazos.

Creí haber entendido un poco mejor lo que me había sucedido antes, en la reacción violenta que nos había aterrorizado a los dos. Estaba tan convencido de que aquello me podría superar que, cuando había sucedido y me había superado realmente, había sido casi como una profecía que llevaba implícito su propio cumplimiento. Mi ansiedad, las visiones que me martirizaban y me obsesionaban, además de los meses de inseguridad que habían minado la confianza en mí mismo, se habían combinado para debilitar una determinación que —ahora lo sabía— estaba absolutamente a la altura de la tarea de proteger a Bella.

Es más, la visión de pesadilla que había tenido Alice se estaba apagando de repente, iba perdiendo el color. Su poder para sacudirme estaba

remitiendo, porque —y esto resultaba obvio ahora— aquel futuro era del todo imposible. Bella y yo nos marcharíamos de este lugar cogidos de la mano, y mi vida comenzaría por fin.

Habíamos dejado atrás el nudo.

No me cabía la menor duda de que Alice también lo estaba viendo, y se estaba alegrando.

Aunque me sentía excepcionalmente cómodo en mi posición actual, también me sentía impaciente por que se desplegara el resto de mi vida.

Me aparté un poco de ella y dejé que mis manos recorriesen toda la extensión de sus brazos mientras las dejaba caer a los costados, rebosante de la simple felicidad de volver a ver su rostro.

Me miró con cara de curiosidad, ajena a las trascendentales ocurrencias que yo tenía en la cabeza.

—No volverá a ser tan arduo —le prometí, a pesar de que, mientras hablaba, me daba cuenta de que lo más probable era que mis palabras no tuvieran mucho sentido para ella.

—¿Te ha resultado difícil? —me preguntó con una mirada comprensiva.

El calor de su preocupación me caló hasta los huesos.

—No ha sido tan difícil como había supuesto. ¿Y a ti?

Me lanzó una mirada de incredulidad.

—No, para mí no lo ha sido en absoluto.

Conseguía que pareciese algo tan sencillo, que te abrazara un vampiro, pero aquello debía de requerir más valor del que ella dejaba entrever.

—Sabes a qué me refiero.

Me ofreció una amplia sonrisa, cálida y de hoyuelos desiguales. Estaba claro que, de ser necesario algún esfuerzo para soportar mi proximidad, ella jamás lo iba a reconocer.

Vértigo. Esa era la única palabra que se me ocurría para describir el subidón que estaba experimentando. No era una palabra en la que soliera pensar en relación conmigo mismo. Todos los pensamientos que tenía en la cabeza deseaban salir a borbotones entre mis labios, y quería escuchar todos los pensamientos que había en la suya. Eso, al menos, no era nada nuevo. Todo lo demás sí lo era. Nuevo. Todo había cambiado.

Extendí la mano hacia la suya —sin antes debatir mentalmente y de forma exhaustiva aquel acto— simplemente porque deseaba sentirla otra vez en mi propia piel. Por primera vez sentí la libertad de ser espontáneo. Estos nuevos impulsos no guardaban la menor relación con los antiguos.

—Toca. —Me llevé su mano hacia la mejilla—. ¿Notas qué caliente está?

Su reacción ante aquel primer acto instintivo mío fue más de lo que me esperaba. Le temblaron los dedos sobre mi pómulo. Se le pusieron los ojos como platos, y la sonrisa se desvaneció. Se le aceleraron el pulso y la respiración.

Antes de que pudiese lamentar haberlo hecho, Bella se inclinó hacia mí y me susurró.

—No te muevas.

Me estremeció un escalofrío de la cabeza a los pies.

Era fácil concederle su petición. Me quedé petrificado, en la absoluta inmovilidad que los humanos eran incapaces de replicar. No sabía qué pretendía —parecía improbable que quisiera acostumbrarse a la ausencia de un sistema circulatorio en mi cuerpo—, pero estaba impaciente por averiguarlo. Cerré los ojos. No estaba seguro de si lo había hecho para liberarla de la cohibición de mi escrutinio o porque yo no deseaba que nada me distrajera de aquel instante.

Comenzó a mover la mano muy despacio. Primero me acarició la mejilla. Con las yemas de los dedos, me rozó los párpados cerrados, y después trazó un semicírculo por debajo de ellos. Allá donde su piel se encontraba con la mía, me dejaba el rastro de un calor hormigueante. Me recorrió la nariz de arriba abajo y, después, con un temblor más pronunciado ahora en los dedos, la silueta de los labios.

Mi estado pétreo se derritió. Dejé que se me abriese ligeramente la boca para poder inhalar la cercanía de Bella.

Un dedo me volvió a acariciar el labio inferior, y luego su mano se apartó. Sentí el aire frío entre nosotros cuando se separó de mí.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos. Estaba arrebatada, el pulso aún acelerado. Sentí un eco fantasma de aquel ritmo dentro de mí, en mi propio cuerpo, aunque no había sangre ninguna que lo impulsara.

Deseaba... tantas cosas. Cosas que no había sentido necesidad de experimentar en toda mi existencia inmortal antes de conocerla. Cosas que estaba seguro de no haber deseado tampoco antes de ser inmortal. Y me daba la sensación de que algunas de ellas, que siempre había tenido por imposibles, en realidad podrían ser muy posibles.

Pero, aunque me sentía cómodo con ella ahora mismo en lo que a la sed se refería, yo seguía siendo demasiado fuerte. Mucho más fuerte que ella, cada miembro de mi cuerpo inflexible como el acero. Debía pensar siempre en su fragilidad. Haría falta tiempo para aprender a desenvolverme con ella.

Me estaba mirando fijamente, a la espera, preguntándose qué pensaba de sus caricias.

—Querría... Querría que pudieras sentir la complejidad... —tartamudeé tratando de hallar las palabras para explicárselo—, la confusión que yo siento, que pudieras entenderlo.

Presa de la brisa, un tirabuzón de su pelo danzaba bajo el sol y se teñía de su luz con un resplandor rojizo. Alargué la mano para percibir entre los dedos la textura de aquel mechón errante. Y entonces, al estar tan cerca, no pude resistirme a acariciarle la cara. Su mejilla tenía el tacto del terciopelo al calor del sol.

Inclinó la cabeza sobre mi mano, pero sus ojos no se desviaron de mi rostro.

—Dímelo —suspiró.

No acertaba a imaginar por dónde empezar siquiera.

—Dudo que sea capaz. Por una parte, ya te he hablado del hambre, de la sed que siento por ti —le ofrecí una media sonrisa de disculpa—, al ser la criatura deplorable que soy. Creo que, por extensión, lo puedes comprender, aunque probablemente no puedas identificarte por completo, al no ser adicta a ninguna droga. Pero...

Fue como si los dedos se me fuesen a sus labios por su propia cuenta y riesgo. Los acaricié con suavidad. Por fin. Eran más suaves de lo que me había imaginado. Más cálidos.

—Pero hay otros apetitos —proseguí—. Apetitos que ni siquiera entiendo, que me son ajenos.

Me volvió a mirar con ese leve escepticismo en la cara.

—Puede que lo entienda mejor de lo que crees.

—No estoy acostumbrado a tener apetitos tan humanos —le reconocí—. ¿Siempre es así?

La corriente desbocada que me crepitaba por el cuerpo, la atracción magnética que tiraba de mí hacia delante, la sensación de que tal vez nunca llegara a haber una proximidad lo bastante cercana.

—¿Para mí? —Hizo una pausa, planteándose—. No, nunca. Para mí también es la primera vez.

Tomé sus dos manos entre las mías.

—No sé cómo estar cerca de ti —la previne—. No sé si puedo estarlo.

¿Dónde establecer los límites para mantenerla a salvo? ¿Cómo evitar que el deseo egoísta forzara esos límites de un modo imprudente?

Cambió de postura para estar más cerca de mí. Me mantuve quieto y atento mientras ella recostaba el lado de la cara sobre la piel desnuda de mi pecho: nunca había estado más agradecido por la influencia de Alice en mi atuendo que en aquel preciso instante.

Se le cerraron los ojos. Soltó un suspiro de satisfacción.

—Esto basta.

La invitación implícita no era algo que yo fuese capaz de resistir. Me sabía capaz de hacer bien aquello. Con un cuidado meticuloso, la envolví con delicadeza y la tuve realmente entre mis brazos por primera vez. Presioné los labios sobre su coronilla, inspirando el calor de su fragancia. Un primer beso, si bien furtivo..., no correspondido.

Soltó una carcajada.

—Se te da mejor de lo que crees.

—Tengo instintos humanos —le murmuré contra el pelo—. Puede que estén enterrados muy hondo, pero están ahí.

El paso del tiempo se volvió insignificante con ella allí acurrucada en mis brazos, mis labios en sus cabellos. Su corazón se movía lánguido ahora, la respiración era lenta y estable sobre mi piel. No percibí el cambio hasta que la sombra de los árboles cayó sobre nosotros. Sin los reflejos que despedía mi piel, la pradera se volvió más oscura de pronto, más noche que atardecer.

Bella dejó escapar un profundo suspiro. No de satisfacción esta vez, sino de pesar.

—Tienes que irte —imaginé.

—Creía que no podías leerme el pensamiento.

Sonreí de oreja a oreja y le di un último beso a escondidas en lo alto de la cabeza.

—Cada vez resulta más fácil.

Llevábamos mucho tiempo allí, aunque ahora me pareciesen unos simples segundos. Bella tendría necesidades humanas que no estaba atendiendo. Pensé en la larga y lenta caminata hasta llegar a la pradera, y tuve una idea.

Me aparté —reacio a ponerle fin a nuestro abrazo, viniera lo que viniese a continuación— y le posé las manos con suavidad sobre los hombros.

—¿Te puedo enseñar algo? —le pregunté.

—¿El qué? —me preguntó ella con un aire de sospecha en la voz.

Me percaté de que el tono de mi voz había sido algo más que un poco entusiasta.

—Te voy a enseñar cómo viajo por el bosque —le expliqué.

Frunció los labios, dubitativa, y surgió la arruga del entrecejo, más profunda que antes, incluso más que cuando había estado a punto de atacarla. Me dejó un tanto sorprendido: solía ser tan curiosa e intrépida...

—No te preocupes —la tranquilicé—. Vas a estar a salvo, y llegaremos al coche mucho antes.

Sonreí para darle ánimos.

Lo valoró durante un minuto y me susurró:

—¿Te vas a convertir en murciélago?

No pude contener la risa. Ni tampoco deseaba hacerlo en realidad. No recordaba haber sentido jamás semejante libertad para ser yo mismo. Por supuesto, eso tampoco era verdad exactamente: siempre podía ser libre y abierto cuando estaba a solas con mi familia. No obstante, nunca me había sentido así con ellos: eufórico, desatado, cada célula de mi cuerpo viva de un modo nuevo y eléctrico. Estar con Bella intensificaba todas las sensaciones.

—¡Como si no hubiera oído eso antes! —bromeé cuando por fin pude hablar de nuevo.

Me sonrió.

—Cierto. Seguro que te lo dicen constantemente.

Me encontraba de pie en un instante, ofreciéndole una mano. Ella la observó dudosa.

—Vamos, pequeña cobarde —intenté convencerla—. Súbete a mi espalda.

Se quedó mirándome un instante, vacilando. No estaba seguro de si recelaba de aquella idea mía o si solo se trataba de que no sabía exactamente cómo abordarme. Esta proximidad física era muy nueva para nosotros, y aún había mucha timidez entre los dos.

Decidí que el problema era esto último, así que le facilité las cosas.

La levanté del suelo y le dispuse las extremidades con delicadeza alrededor de mi cuerpo como si la llevara a caballito. Se le aceleró el pulso y contuvo la respiración, pero, una vez que se vio en su sitio, sus brazos y sus piernas se apretaron contra mí. Me sentí envuelto en el calor de su cuerpo.

—Peso un poco más que la media de las mochilas que sueles llevar. —Sonaba preocupada... ¿por si no era capaz de cargar con su peso?

—Ja —solté un bufido.

Me di cuenta de lo fácil que me resultaba, no el cargar con su insignificante peso, sino tenerla literalmente colgada de mí, envolviéndome. Mi sed había quedado tan absolutamente ensombrecida por la felicidad que apenas me provocaba ningún dolor del que fuera consciente.

Le cogí la mano del lugar donde se aferraba a mi cuello y me llevé la palma a la nariz. Inhalé tan hondo como pude. Sí, ahí estaba el dolor. Real, pero nada del otro mundo. ¿Qué eran unas brasas ante toda esta luz?

—Cada vez más fácil —dije en un suspiro.

Arranqué al ritmo de un trote relajado y me decidí por la ruta menos abrupta de regreso a nuestro punto de partida. Tardaría unos segundos más al ir por el camino más largo, pero aun así llegaríamos a la camioneta de Bella en cuestión de minutos en lugar de horas. Eso era mejor que andar zarandeándola por una ruta más vertical.

Otra experiencia nueva y gozosa. Siempre me había encantado correr: durante cerca de un centenar de años, esa había sido mi felicidad física más pura, pero ahora, al compartir esto con ella, sin ninguna distancia física ni mental entre los dos, me percataba de que en una simple carrera podía haber mucho más placer del que me había imaginado nunca. Me pregunté si a ella le producía tanta emoción como a mí.

Aún me reconcomía una duda. Me había dado mucha prisa por llevarla a casa en cuanto había dado la impresión de que ese era su deseo. Sin embargo... teníamos que haber concluido nuestro interludio más memorable con un final digno, ponerle una suerte de sello a nuestro nuevo entendimiento, ¿no? Una bendición. Pero me había dado demasiadas prisas, y no había caído en ello hasta que ya nos encontramos en movimiento.

No era demasiado tarde. De nuevo sentí que se me electrificaba el cuerpo al pensar en ello: un auténtico beso. Una vez, lo había dado por imposible. Una vez, había llorado por el hecho de que esa imposibilidad pareciese dolerle a ella también, no solo a mí. Ahora estaba seguro de que era posible... y de que se aproximaba a gran velocidad. La electricidad me rebotaba de un lado a otro en el estómago, y me pregunté por qué a los humanos se les había ocurrido llamar «mariposas» a una sensación tan incontrolable.

Bajé el ritmo hasta detenerme con suavidad apenas a unos pasos del lugar donde habíamos aparcado.

—Estimulante, ¿verdad? —le pregunté, impaciente por conocer su reacción.

No respondió, y sus extremidades permanecieron aferradas con fuerza alrededor de mi cintura y mi cuello. Transcurrieron unos segundos de silencio, sin respuesta. ¿Qué sucedía?

—¿Bella?

La oí boquear de golpe, y me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Tenía que haberme percatado de eso.

—Creo que necesito tumbarme —dijo en un hilo de voz.

—Ah. —Qué terrible, la práctica que me faltaba con la condición humana. Ni siquiera se me había ocurrido la posibilidad del mareo por el movimiento —. Perdona.

Aguardé a que me soltara, pero no relajaba uno solo de los músculos bloqueados.

—Creo que necesito ayuda —susurró.

Con unos movimientos lentos y delicados, le liberé primero las piernas, después los brazos, y tiré de ella para que me rodease y así tenerla acurrucada contra mi pecho.

Al principio me alarmó el color de su rostro, pero ya había visto antes aquel blanco verdoso. Aquel día también la había sostenido entre mis brazos, pero qué asunto tan distinto era ahora.

Me arrodillé y la dejé sobre unos helechos blandos.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mareada, creo.

—Pon la cabeza entre las rodillas —le aconsejé.

Lo hizo de manera automática, como si fuera una respuesta estudiada.

Me senté a su lado. Mientras escuchaba su respiración medida, me sorprendí al descubrir que estaba más inquieto de lo que la situación merecía. Sabía que aquello no era nada serio, poco más que unas náuseas, y aun así... verla pálida y mareada me preocupaba más de lo razonable.

Unos instantes después, Bella probó a levantar la cabeza. Una tenue pátina de sudor le perlaba la frente.

—Supongo que no ha sido una buena idea —dije entre dientes, sintiéndome como un verdadero asno.

Me dedicó una sonrisa débil.

—No, ha sido muy interesante —me mintió.

—Ya —resoplé con amargura—. Estás blanca como un fantasma... No, estás tan blanca como yo mismo.

Cogió aire muy despacio.

—Creo que debería haber cerrado los ojos. —Sus párpados obedecieron en cuanto Bella pronunció las palabras.

—Recuérdalo la próxima vez.

Estaba recuperando el color, y mi tensión se alivió de manera proporcional al tono de rosa que le teñía las mejillas.

—¿La próxima vez? —Soltó un gruñido teatral.

Me eché a reír ante aquella pretendida cara de pocos amigos.

—Fanfarrón —masculló.

Sobresalió su labio inferior, curvo y carnoso. Parecía increíblemente suave. Me imaginé cómo cedería ese labio, nos acercaría más aún.

Me arrodillé delante de ella. Me noté nervioso, y también inquieto, y también impaciente, y también inseguro. El anhelo de estar más cerca de ella me recordaba a la sed que antes me dominaba. Esto también era exigente, imposible de ignorar.

Sentía el calor de su aliento contra mi rostro. Me incliné para acercarme más.

—Bella, abre los ojos.

Obedeció despacio, mirándome a través de esas densas pestañas por un segundo antes de alzar la barbilla para que nuestros rostros quedasen alineados.

—Mientras corría, he estado pensando... —Mi voz se quedó suspendida en el aire; aquel no era el comienzo más romántico.

Entornó los ojos.

—... en no estrellarnos contra los árboles, espero.

Me eché a reír mientras ella intentaba contener una sonrisa.

—Qué boba, Bella. Correr es mi segunda naturaleza, no es algo en lo que tenga que pensar.

—Fanfarrón —repitió, con más énfasis esta vez.

Nos habíamos desviado del tema. Qué sorprendente que esto fuese siquiera posible, con lo cerca que estaban nuestros rostros. Sonreí y reconduje la conversación.

—No. He pensado que había algo que quería intentar.

Le puse las manos con ligereza a ambos lados de la cara, dejándole espacio de sobra para apartarse en caso de que fuese algo que ella no deseara.

Se le cortó la respiración, e inclinó la cabeza de forma automática para acercarse a mí.

Utilicé poco más de una décima de segundo para recalibrarme, comprobar todos y cada uno de los sistemas de mi cuerpo para estar absolutamente seguro de que nada me iba a pillar desprevenido. La sed estaba bajo control, trasladada hasta lo más hondo de mis necesidades físicas. Regulé la presión de las manos, de los brazos, la manera en que mi torso se curvaba hacia ella, para que mi roce contra su piel fuera más leve que el de la brisa. Aunque estaba seguro de que la precaución era innecesaria, contuve el aliento. Al fin y al cabo, uno nunca podía ser demasiado cuidadoso.

Se cerraron sus párpados.

Cubrí la minúscula distancia que nos separaba, y mis labios se apoyaron delicados sobre los suyos.

Aunque pensaba que estaba listo, no me encontraba completamente preparado para aquella combustión.

¿Qué extraña alquimia era esta, donde el roce de unos labios era muchísimo más que el roce de unos dedos? Carecía de toda lógica que el simple contacto entre aquella parte específica de la piel fuese mucho más potente que cualquier otra cosa que yo hubiera experimentado. Sentí como si un nuevo sol surgiese de un estallido en el punto de encuentro de nuestros labios, y como si todo mi cuerpo se llenase, a punto de explotar, con su brillante luz.

No tuve más de una fracción de segundo para lidiar con la fuerza del beso antes de que la alquimia alcanzara a Bella.

Reaccionó con un jadeo ahogado, se abrieron sus labios sobre los míos, su aliento febril me quemó la piel. Sus brazos me rodearon el cuello, sus dedos se me enredaron en el pelo, y Bella utilizó aquel punto de apoyo para apretar los labios con más fuerza sobre los míos, unos labios que percibía más calientes ahora con el flujo de una sangre renovada. Los abrió más, una invitación...

Una invitación que no sería seguro para mí aceptar.

Con tiento y la fuerza más leve posible, liberé su rostro del mío y dejé las yemas de los dedos en el mismo lugar de su piel para mantenerla a aquella distancia. Aparte de ese pequeño cambio, me mantuve inmóvil e intenté al menos separarme de la tentación, aunque no ignorarla. Percibí el desagradable retorno de varias reacciones predatorias: un exceso de veneno en la boca, la tensión en mi interior..., pero se trataba de respuestas superficiales. Aunque tal vez fuese injusto afirmar que la racionalidad lo tenía todo bajo control, al menos, lo que le restaba veracidad a esa aseveración no era un desenfreno por alimentarme. La pasión que me tenía cautivo era mucho más agradable. Sin embargo, su naturaleza no eliminaba la necesidad de moderarla.

La expresión de Bella fue al tiempo de sobrecogimiento y de disculpa.

—¡Huy! —dijo.

No pude evitar pensar en lo que podrían haber precipitado sus inocentes actos apenas unas horas antes.

—Eso es quedarse corto —coincidió.

Bella no era consciente de los avances que yo había hecho hoy, pero siempre se había comportado como si yo tuviese un perfecto autocontrol, aun

cuando eso no era cierto. Era un alivio sentirme por fin merecedor de parte de esa confianza.

Intentó retroceder, pero yo tenía las manos bloqueadas en su rostro.

—¿Debería...?

—No —le garanticé—. Es soportable. Aguarda un momento, por favor.

Quería ser muy cuidadoso para que no se me escapara nada. La musculatura ya se me había relajado, y se había disipado el flujo de veneno. Era más difícil rechazar el impulso de rodearla con los brazos y darle continuidad a la alquimia de los besos, pero recurrí a mis décadas de práctica del autocontrol para tomar la decisión correcta.

—¡Listo! —le dije cuando me sentí totalmente en calma.

Bella estaba conteniendo otra sonrisa.

—¿Soportable? —me preguntó.

Me eché a reír.

—Soy más fuerte de lo que pensaba. —Jamás me habría creído capaz del autocontrol que poseía ahora. Era un proceso rapidísimo—. Bueno es saberlo.

—Desearía poder decir lo mismo. Lo siento.

—Después de todo, solo eres humana.

Bella elevó la mirada al cielo ante un chiste tan flojo.

—Muchas gracias.

Aquella luz que me había colmado el cuerpo durante nuestro beso no había desaparecido. Era tal la alegría que sentía que no estaba seguro de cómo contenerla toda. Esa felicidad tan abrumadora y el desconcierto en general me generaban la preocupación de no estar siendo lo bastante responsable. Debería llevarla a casa. No era tan duro pensar en el final de la utopía de aquella tarde, porque nos marcharíamos juntos.

Me puse en pie y le ofrecí la mano. Esta vez sí la cogió enseguida, y tiré de ella para levantarla. Se tambaleó en el sitio, con un aspecto inestable.

—¿Sigues estando débil a causa de la carrera? —le pregunté—. ¿O ha sido mi pericia al besar? —Me reí a carcajadas.

Me agarró de la muñeca con la mano libre para no perder el equilibrio.

—No puedo estar segura —bromeó—. Aún sigo grogui. Creo que es un poco de ambas.

Su cuerpo se balanceó para acercarse al mío. Me pareció intencionado, más que producto del vértigo.

—Tal vez deberías dejarme conducir.

Fue como si se desvaneciera cualquier desequilibrio previo. Cuadró los hombros.

—¿Estás loco?

Si condujera ella, tendría que poner las dos manos en el volante, y yo no podría hacer nada que la distrajera. No obstante, si conducía yo, habría mucho más margen.

—Conduzco mejor que tú en tu mejor día. Tus reflejos son mucho más lentos. —Le sonreí para que supiera que estaba bromeando. En gran parte.

No discutí los hechos.

—Estoy segura de eso, pero creo que ni mis nervios ni mi coche serían capaces de soportarlo.

Intenté deslumbrarla de ese modo del que ya me había acusado antes. Aún no estaba exactamente seguro de en qué consistía.

—Un poco de confianza, Bella, por favor.

No funcionó, tal vez porque Bella estaba mirando al suelo. Se dio unas palmadas en el bolsillo de los vaqueros, sacó la llave y cerró el puño en torno a ella. Volvió a levantar la cabeza e hizo un gesto negativo.

—No —me dijo—. Ni en broma.

Me rodeó y echó a andar hacia la carretera. No supe discernir si aún seguía mareada o si tan solo era torpe al andar, pero se tambaleó con el segundo paso y la atrapé antes de que se cayese al suelo. La atraje contra mi pecho.

—Bella —susurré.

De sus ojos había desaparecido todo aire jocoso; se apoyó en mí con la cabeza inclinada hacia arriba, hacia mi rostro. Besarla de inmediato me pareció una idea tan fantástica como terrible. Me obligué a pecar de cauto.

—Llegados a este punto, ya he invertido un enorme esfuerzo personal en mantenerte viva —le recordé con tono burlón—. No voy a dejar que te pongas frente al volante de un coche cuando ni siquiera puedes caminar en línea recta. Además, no hay que dejar que los amigos conduzcan borrachos —concluí citando el eslogan de aquel anuncio de seguridad vial; era una referencia algo antigua para ella: solo tenía tres años cuando el Ad Council lanzó aquella campaña.

—¿Borracha? —protestó.

Le dediqué una sonrisa de medio lado.

—Mi sola presencia te tiene embriagada.

Bella suspiró y reconoció la derrota.

—No puedo rebatirlo. —Levantó el puño y dejó que la llave cayese de su mano a la mía.

—Con calma —me advirtió—. Mi camioneta es una señora mayor.

—Muy sensata.

Frunció los labios.

—¿Y tú no estás afectado por mi presencia?

¿Que si me afectaba? Bella había transformado por completo hasta la última fibra de mi ser. Apenas me reconocía a mí mismo.

Por primera vez en un centenar de años, me sentía agradecido de ser lo que era. Todos y cada uno de los aspectos de ser un vampiro —todo menos el peligro que suponía para ella— me resultaban de repente aceptables, porque eran lo que me había permitido vivir lo suficiente para encontrar a Bella.

Las décadas que había soportado no habrían sido tan difíciles de haber sabido lo que me estaba esperando, que mi existencia se dirigía hacia algo mejor de lo que me podía haber imaginado. No habían sido años dedicados a matar el tiempo, como yo pensaba, habían sido años de progresos. De pulirme, de prepararme, de dominarme para poder tener esto ahora.

Todavía no me sentía completamente seguro de este nuevo yo; la violenta euforia que invadía cada célula de mi cuerpo me parecía insostenible a largo plazo. Aun así, no deseaba regresar jamás a mi antiguo ser. Ahora, aquel Edward me parecía inacabado, incompleto. Como si le faltase la mitad de su ser.

A ese Edward le habría resultado imposible hacer esto: me incliné y posé los labios junto al ángulo de la mandíbula de Bella, justo por encima de los latidos de la arteria. Le fui acariciando con la boca la línea de la mandíbula hasta el mentón y tracé con besos el recorrido de vuelta hasta la oreja, percibiendo la elasticidad aterciopelada de su piel bajo aquella presión tan leve. Regresé muy despacio hasta la barbilla, tan cerca de los labios. Bella se estremeció en mis brazos y me recordó que aquello que para mí era una calidez sin precedentes, para ella era algo gélido como el hielo. La liberé.

—En cualquier caso —le susurré al oído—, yo tengo mejores reflejos.

18. Mente versus cuerpo

Había sido muy buena idea insistir a Bella en que me dejara conducir.

Por un lado, estaba todo aquello que, por supuesto, quedaría descartado si ella tenía la necesidad de concentrar sus sentidos humanos en la carretera: cogernos de la mano, mirarnos a los ojos, sentirnos exultantes de alegría en general. Pero, más que eso, la sensación de estar lleno a reventar de una luz absolutamente pura no había perdido un ápice de intensidad. Sabía lo abrumador que me resultaba a mí; no estaba seguro de en qué medida ponía en peligro un organismo humano. Era mucho más seguro dejar que fuese mi organismo inhumano el que atendiese a la carretera.

Las nubes cambiaban a medida que el sol se ponía. De vez en cuando, un rayo de esa luz rojiza cada vez más tenue me impactaba en la cara. Me imaginaba el terror que habría sentido ayer mismo de haber quedado al descubierto de este modo. Ahora me daban ganas de echarme a reír. Unas risas que me hacían sentir lleno por dentro, como si la luz de mi interior tuviera la necesidad de escapar.

Sentí curiosidad y encendí la radio. Me sorprendió que estuviese sintonizada en un ruido estático. Después, teniendo en cuenta el volumen ensordecedor del motor, deduje que Bella no se molestaba en poner música al conducir. Giré el mando del dial hasta que localicé una emisora semiaudible. Estaba sonando Johnny Ace, y sonreí. *Pledging My Love*. Qué apropiado.

Me puse a cantar con la música y me sentí un tanto empalagoso, pero también disfruté con la oportunidad de decirle aquellas palabras a Bella. *Always and forever, I'll love only you*.

Bella no apartó los ojos de mi rostro en ningún momento, sonriendo con una expresión que ahora sí me veía capaz de interpretar correctamente: era de asombro.

—¿Te gusta la música de los cincuenta? —me preguntó cuando terminó la canción.

—En los cincuenta, la música era buena, mucho mejor que la de los sesenta o los setenta... ¡Aj! —Aunque había sin duda algunas excepciones excelentes, los artistas que reproducían con más frecuencia en las limitadas opciones de la radio no eran mis preferidos. La música disco nunca me había entusiasmado—. Los ochenta fueron soportables.

Apretó los labios por un instante y tensó los ojos como si algo le preocupara. Me preguntó en voz baja:

—¿Vas a decirme alguna vez cuántos años tienes?

Ah, le daba miedo disgustarme. Le sonreí con naturalidad.

—¿Importa mucho?

Pareció sentir alivio con mi respuesta desenfadada.

—No, pero me lo sigo preguntando... No hay nada como un misterio sin resolver para mantenerte en vela toda la noche.

Y me llegó a mí el turno de preocuparme.

—Me pregunto si te perturbaría...

No le había repugnado mi inhumanidad, pero ¿tendría una reacción diferente ante los años que nos separaban? En muchos sentidos, muy reales, yo seguía teniendo diecisiete años. ¿Lo vería ella de ese modo?

¿Qué se había imaginado hasta ahora? ¿Milenios a mis espaldas, castillos góticos y un acento de Transilvania? Bueno, tampoco es que nada de eso fuera imposible. Carlisle sí conocía a tipos así.

—Ponme a prueba —me retó.

La miré a los ojos y busqué algunas respuestas en sus profundidades. Suspiré. ¿No debería haber desarrollado ya algún coraje después de todo lo que habíamos dejado atrás? Pero no, aquí estaba otra vez, aterrorizado por si la asustaba. Por supuesto, no había más salida que la honestidad total.

—Nací en Chicago en 1901 —le confesé.

Volví la cabeza hacia la carretera para que ella no se sintiera examinada mientras hacía los cálculos mentales, pero no pude evitar lanzarle alguna mirada furtiva con el rabillo del ojo. Bella guardaba una compostura artificial, y me percaté de que estaba modulando sus reacciones de manera cuidadosa. Ella tenía las mismas ganas de parecer aterrorizada que yo de asustarla. Cuanto más nos conocíamos, más parecíamos reflejar el uno los sentimientos del otro. En armonía.

—Carlisle me encontró en un hospital en el verano de 1918 —proseguí—. Tenía diecisiete años y me estaba muriendo de gripe española.

Al oír aquello, tuvo un desliz en su autocontrol, se le abrieron mucho los ojos e, impresionada, dejó escapar un grito ahogado.

—No me acuerdo muy bien —le garanticé—. Sucedió hace mucho tiempo, y los recuerdos humanos se desvanecen.

No pareció que aquello la reconfortase por completo, pero asintió. No dijo nada, a la espera de oír más.

Acababa de comprometerme mentalmente con una honestidad total, pero ahora me percataba de que tendría que haber unos límites. Había cosas que Bella debía conocer..., pero también había detalles que no sería recomendable ofrecerle. Tal vez Alice tuviese razón. Tal vez, si Bella sentía algo cercano a lo que yo estaba sintiendo ahora, podría considerar imperativo el prolongar aquel sentimiento. «Estar» conmigo, como ella misma lo había expresado en la pradera. Sabía que no me iba a resultar sencillo negarle a Bella nada de lo que ella desease. Escogí las palabras con cuidado.

—Recuerdo cómo me sentí cuando Carlisle me salvó. No es fácil, ni algo que se pueda olvidar.

—¿Y tus padres? —me preguntó con una voz tímida, y me relajé, agradecido por el hecho de que no se hubiese aferrado a aquella última parte.

—Ya habían muerto a causa de la gripe. Estaba solo. Me eligió por ese motivo. —No me costó pronunciar esas palabras. Más que un recuerdo, aquella parte de mi historia me parecía un relato que alguien me había contado—. Con todo el caos de la epidemia, nadie iba a darse cuenta de que yo había desaparecido.

—¿Cómo...? ¿Cómo te salvó?

Se acabó lo de evitar las preguntas difíciles. Pensé en qué era lo más importante que debía ocultarle.

Mis palabras pasaron de puntillas dando un rodeo al meollo de su pregunta.

—Fue difícil. No muchos de nosotros tenemos el autocontrol necesario para conseguirlo, pero Carlisle siempre ha sido el más humano, el más compasivo de nosotros. Dudo que se pueda hallar otro igual a él en toda la historia. —Pensé en mi padre un momento y me pregunté si mis palabras le hacían justicia. Continué después con el resto de lo que consideraba que era seguro que ella supiese—. Para mí, solo fue muy muy doloroso.

Mientras que los demás recuerdos que me podían producir dolor —la pérdida de mi madre, en particular— se habían vuelto confusos y se desvanecían, el recuerdo de este dolor en concreto era de una claridad excepcional. Di un pequeño respingo. Si alguna vez llegaba el momento en que Bella me lo pidiese realmente, con conocimiento pleno de lo que significaba estar conmigo, este recuerdo sería toda la ayuda que necesitaría

para decirle que no. Retrocedí ante la idea de que Bella sufriese semejante dolor.

Absorbió mi respuesta con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados en un gesto de reflexión. Deseaba conocer sus reacciones, pero sabía que, si le preguntaba, me enfrentaría a otra tanda de preguntas claras y directas. Proseguí con mi historia con la esperanza de distraerla.

—Actuó desde la soledad. Esa es, por lo general, la razón que hay detrás de una elección así. Fui el primer miembro de la familia de Carlisle, aunque poco después encontró a Esme. Se cayó de un risco. La llevaron directamente a la morgue del hospital, aunque, nadie sabe cómo, su corazón seguía latiendo.

—Así pues, tienes que estar a punto de morir para convertirte en...

No la había distraído lo suficiente; seguía tratando de discernir cuál era el mecanismo. Me apresuré a reconducirla.

—No, eso es solo en el caso de Carlisle. Él jamás hubiera convertido a alguien que hubiera tenido otra alternativa. Aunque, según él, es más fácil si la sangre es débil.

Volví a poner los ojos en la carretera. No debería haber añadido aquello. Me pregunté si me estaba acercando cada vez más a las respuestas que ella buscaba tan solo porque una parte de mí deseaba que Bella lo supiese, quería que encontrase la manera de estar conmigo. Tenía que mejorar mucho para evitar irme de la lengua, para mantener bien atada mi parte más egoísta.

—¿Y Emmett y Rosalie?

Le sonreí. Probablemente se hubiera dado cuenta de que me estaba andando con evasivas, y aun así se mostraba dispuesta a dejarlo ir con tal de que yo me sintiera cómodo.

—La siguiente persona que Carlisle trajo a la familia fue Rosalie. Hasta mucho después no comprendí que albergaba la esperanza de que ella fuera para mí lo mismo que Esme era para él. Se mostró muy cuidadoso con sus pensamientos en mi presencia.

Recordé la repulsión que sentí cuando Carlisle cometió por fin un desliz. La incorporación de Rosalie no había sido grata al principio —lo cierto era que la vida se nos había complicado mucho a todos desde el preciso momento de su llegada—, y fue un horror saber que Carlisle había concebido una relación aún más íntima entre ella y yo. Sería indecoroso comentar el extremo de mi aversión. Impropio de un caballero.

—Pero ella nunca fue más que una hermana. —Tal vez ese fuera el modo más amable de resumir aquel capítulo—. Solo dos años después encontró a

Emmett. En aquel tiempo estábamos cerca de los Apalaches, Rosalie salió de caza y se topó con un oso que estaba a punto de acabar con él. Lo llevó hasta Carlisle: cargó con él durante ciento cincuenta kilómetros, temiendo no ser capaz de... hacerlo por sí sola.

Por aquel entonces estábamos a las afueras de Knoxville, que no era un lugar ideal para nosotros en términos meteorológicos. Teníamos que quedarnos bajo techo la mayor parte de los días. Tampoco era una situación a largo plazo: Carlisle estaba investigando unos estudios de patología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tennessee. Unas semanas, unos meses... No era una petición muy difícil, la verdad. Teníamos acceso a diversas bibliotecas, y la vida nocturna de Nueva Orleans no estaba a una distancia excesiva, no para unas criaturas tan veloces como nosotros. De todas formas, Rosalie —recién salida de su estado de neófita, pero aún incómoda con una excesiva cercanía a los humanos— se negaba a divertirse. Lo que hacía era deprimirse y gimotear, criticar cualquier sugerencia de diversión o de mejora. Siendo justos, quizá no gimoteara tanto en voz alta: Esme no estaba tan irritada como yo.

Rosalie prefería cazar sola y, aunque lo cierto era que yo debería haber cuidado de ella, fue un alivio para los dos que no me opusiera enérgicamente a su petición. Ella sabía andarse con cuidado. Todos teníamos mucha práctica en la contención de nuestros sentidos hasta que llegábamos a alguna zona despoblada, y, a pesar de que me sentía reacio a adjudicarle cualquier virtud a aquella intrusa inoportuna, incluso yo tenía que reconocer que Rosalie tenía un increíble don para el autocontrol, principalmente a causa de su tozudez y —en mi opinión— de un deseo por superarme a mí.

De manera que, cuando el sonido de los pasos de Rosalie irrumpió en la calma previa al amanecer de aquel verano en Knoxville con un golpeo seco más rápido y pesado de lo normal, con su familiar olor precedido por el fuerte aroma de la sangre humana y los pensamientos desbocados e incoherentes, mi expectativa inicial no fue que hubiese cometido un error.

En el primer año de la segunda vida de Rosalie, antes de que desapareciera en sus diversas misiones de venganza, sus pensamientos ya la habían delatado de forma clara y contundente. Yo sabía lo que planeaba, e informé a Carlisle. La primera vez, él habló con ella para aconsejarla con delicadeza y le insistió en que se desprendiera de su vida pasada, con la certeza de que, si lo hacía, la olvidaría, y entonces podría disminuir su dolor. La venganza no podría traerle de vuelta nada de lo que había perdido. Sin embargo, cuando la orientación de Carlisle no recibió más respuesta que la

implacabilidad de la furia de Rosalie, él la aconsejó sobre la mejor manera de ser discreta con sus incursiones. Ninguno de nosotros podía argumentar que no se mereciese aquella venganza. Y ninguno de los dos podía evitar tener la convicción de que el mundo sería un lugar mejor sin los violadores y asesinos que habían acabado con su vida.

Yo creía que ya había acabado con todos ellos. Hacía mucho tiempo que sus pensamientos se habían calmado, ya no estaba obsesionada con aquel deseo de romper y desgarrar, lisiar y mutilar.

No obstante, cuando el olor de la sangre inundó la casa como un tsunami, de inmediato asumí que había descubierto a otro de los cómplices de su muerte. Si bien yo no tenía un concepto muy elevado de ella en general, mi fe en su capacidad para no hacer daño era sólida.

Todas mis expectativas cambiaron por completo cuando Rosalie chilló presa del pánico, pidiendo ayuda a Carlisle a gritos. Y en ese momento, bajo la estridencia de su angustia, capté el sonido de un corazón que latía muy débilmente.

Salí corriendo de mi habitación y me la encontré en el salón de la entrada antes incluso de que hubiera terminado aquel grito. Carlisle ya estaba allí. Rosalie, con el pelo inusualmente alborotado y su vestido favorito tan manchado de sangre que tenía el dobladillo de la falda teñido de un rojo vivo, traía en sus brazos a un hombre humano gigantesco. Apenas estaba consciente, con la mirada perdida por la habitación y los ojos fuera de sincronía entre sí. La piel había sido desgarrada una y otra vez con unos cortes espaciados en intervalos regulares y, debajo, se atisbaban algunos huesos claramente fracturados.

—¡Sálvalo! —le dijo Rosalie a Carlisle casi en un chillido—. ¡Por favor!

Por favor, por favor, por favor, suplicaban sus pensamientos.

Vi el precio que tuvo que pagar por esas palabras. Cuando inhaló para reemplazar el aire que acababa de utilizar, sufrió un espasmo ante la potencia de la sangre fresca tan cerca de la boca. Sostuvo al hombre más lejos de ella, apartando la cara.

Carlisle comprendió su angustia. Rápidamente, tomó al humano de los brazos de Rosalie y lo tumbó sobre la alfombra del salón con un tacto primoroso. El hombre estaba ya demasiado ido como para gruñir siquiera.

Me quedé allí mirando, impresionado por aquella extraña escena, y contuve la respiración de forma automática. Ya debería haberme marchado de la casa. Oía los pensamientos de Esme, que se retiraba apresuradamente. Supo

que tenía que huir en cuanto percibió el olor, aunque estaba tan confundida como yo.

Ya es demasiado tarde, se percató Carlisle al examinar a aquel hombre. Se resistía a decepcionar a Rosalie: aunque ella era claramente infeliz en aquella segunda vida que él le había dado, Rose rara vez le pedía algo, y, desde luego, jamás con aquel nivel de angustia. *Debe de ser algún familiar*, pensó Carlisle. *¿Cómo puedo soportar causarle tanto dolor una vez más?*

Aquel hombretón —que no era mucho más mayor que yo, ahora que de verdad me fijaba en su rostro— cerró los ojos. La respiración, poco profunda, se le entrecortó.

—¿A qué estás esperando? —vociferó Rosalie. *¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo!*

—Rosalie, yo... —Carlisle le mostró las manos ensangrentadas en un gesto de impotencia.

Entonces, una imagen emergió en los pensamientos de Rosalie, y comprendí a la perfección lo que le estaba pidiendo.

—No se refiere a que lo cures —le traduje enseguida—. Se refiere a que lo «salves».

Los ojos de Rosalie me lanzaron una mirada fugaz y llena de una intensa gratitud que le alteró las facciones de un modo que yo nunca había visto. Por un solo instante, recordé lo bellísima que era.

No hubo que esperar mucho a que Carlisle tomara su decisión.

¡Ah!, pensó Carlisle, y entonces vi lo mucho que él estaba dispuesto a hacer por Rosalie, cuánto sentía él que le debía. Apenas hubo deliberación.

Ya estaba arrodillado junto al cuerpo destrozado al tiempo que nos echaba de allí.

—No sería seguro para vosotros que os quedarais —nos dijo mientras inclinaba el rostro hacia el cuello del hombre.

Eché a correr hacia la puerta y agarré a Rosalie por el brazo ensangrentado. No se resistió. Escapamos juntos de allí y no nos detuvimos hasta que llegamos al río Tennessee, próximo a la casa, y nos lanzamos al agua.

Allí, tumbados en el barro frío de la orilla del río, mientras Rosalie dejaba que la sangre se le escurriese del vestido y de la piel, tuvimos nuestra primera auténtica conversación.

Ella no habló mucho, se limitó a mostrarme en su mente cómo había encontrado a aquel hombre, un completo desconocido, a punto de morir, y cómo aquel futuro inminente se había vuelto intolerable para ella a causa de

algo que había visto en el rostro del humano. No tenía palabras para expresar por qué. No tenía palabras para expresar cómo..., cómo se las había arreglado para llegar al final de aquel trayecto desgarrador sin llegar a matarlo ella misma. La vi correr durante kilómetros, más rápido de lo que se había desplazado nunca, sufriendo por el deseo de saciar su sed a lo largo de todo el camino. Mientras lo revivía todo, su mente estaba desprotegida, era vulnerable. Ella también estaba tratando de comprenderlo, casi tan confundida como yo.

Yo no tenía en mente ninguna incorporación adicional a mi familia. Nunca había sentido una particular preocupación por lo que Rosalie anhelaba o necesitaba, pero así, de repente, al ver todo aquello a través de su mirada, no pude sino desear su felicidad. Por primera vez, estábamos del mismo lado.

No pudimos regresar durante un buen rato, por mucho que Rosalie sintiera una extrema inquietud por saber qué estaba pasando. Le garanticé que Carlisle habría venido a buscarnos en caso de que no lo hubiera logrado. Así que, por el momento, no nos quedaría más remedio que esperar hasta que fuera seguro.

Aquellas horas nos cambiaron a los dos. Cuando Carlisle vino por fin para llevarnos a casa, Rosalie y yo volvimos como hermanos.

La pausa mientras yo recordaba cómo había llegado a querer a mi hermana no había sido muy larga. Bella aún estaba esperando el resto de la historia. Pensé en dónde la había dejado: Rosalie, ensangrentada y apartando la cara de Emmett tanto como podía. Su postura en aquella imagen me trajo a la cabeza otro recuerdo más reciente: yo, sufriendo por llevar a una Bella mareada a la enfermería. Qué yuxtaposición tan interesante.

—Solo ahora comienzo a intuir qué difícil fue ese viaje para ella —concluí.

Teníamos los dedos entrelazados. Alcé nuestras manos y, con el dorso de la mía, le acaricié la mejilla.

En el cielo, la última brizna de luz rojiza se decoloró en un violeta oscuro.

—Pero lo consiguió —dijo Bella tras un breve silencio, impaciente por que continuase.

—Sí. Rosalie vio algo en sus facciones que le dio la entereza que necesitaba. —Qué increíble era que hubiese acertado. Asombroso que se compenetraran de un modo tan perfecto, como las dos mitades de un todo. ¿El destino o una descomunal fortuna? Jamás fui capaz de decidirme por lo uno o lo otro—. Y llevan juntos desde entonces. A veces, viven separados de nosotros, como una pareja casada. —Ah, cómo agradecía yo aquellas

temporadas. Adoraba a Emmett y a Rosalie por separado, pero Emmett y Rosalie juntos y solos, al alcance únicamente de mi ineludible oído mental, eso era un suplicio extenuante—. Pero cuanto más jóvenes fingimos ser, más tiempo podemos permanecer en un lugar determinado. Forks parecía perfecto, de ahí que nos inscribiéramos en el instituto. —Me eché a reír—. Supongo que dentro de unos años vamos a tener que ir a su boda otra vez.

A Rosalie le encantaba casarse. Era probable que la oportunidad de hacerlo una y otra vez fuese lo que más le gustaba de la inmortalidad.

—¿Y Alice y Jasper?

—Son dos criaturas muy extrañas. Ambos desarrollaron una conciencia, como nosotros la llamamos, sin ninguna guía o influencia externa. Jasper perteneció a otra... familia. —Evité usar la palabra correcta y dominé el escalofrío que sentí al pensar en los comienzos de Jasper—. Una familia bien diferente. Se había deprimido y vagaba por su cuenta. Alice lo encontró. Al igual que yo, está dotada de ciertos dones superiores que están más allá de lo que se considera normal en nuestra especie.

Esto sorprendió a Bella lo suficiente como para salir de detrás de esa fachada de calma.

—¿De verdad? Pero tú dijiste que eras el único que podía leer el pensamiento de la gente.

—Eso es verdad. Alice sabe otras cosas, «las ve»... Ve cosas que podrían suceder, hechos venideros. —Cosas que ya no iban a pasar nunca. Ya había dejado atrás lo peor. Aunque aún... me preocupaba lo neblinosa que había sido la visión nueva, esa con la que sí me veía capaz de vivir. La otra, la de Alice y Bella juntas, pálidas y frías, había sido mucho más clara. Eso daba igual. No podía importar. Había sojuzgado un futuro imposible y me impondría triunfal sobre este también—. Pero todo es muy subjetivo —proseguí, consciente del tono más duro en mi voz—. El futuro no está grabado en piedra. Las cosas cambian.

Me fijé en su piel de color crema y albaricoque, casi para convencerme a mí mismo de que continuaba siendo tal y como debería, y aparté la vista cuando Bella me sorprendió mirándola. Nunca estaba seguro de cuánto era capaz de interpretar en mis ojos.

—¿Qué tipo de cosas ve? —quiso saber Bella.

Le ofrecí las respuestas seguras, las profecías cumplidas.

—Vio a Jasper y supo que la estaba buscando incluso antes de que él mismo lo supiera. —Su unión había sido algo mágico. Siempre que Jasper pensaba en ello, toda la casa se relajaba en una satisfacción de ensueño, tan

poderosas eran sus emociones colectivas—. Vio a Carlisle y a nuestra familia, y acudieron juntos a nuestro encuentro.

Me había perdido aquellas primeras presentaciones, cuando Alice y Jasper se habían plantado ante un Carlisle muy cauteloso, una Esme aterrorizada y una Rosalie hostil. Era el aspecto belicoso de Jasper lo que les causaba tanta aprensión, pero Alice sabía perfectamente qué decir. Ya había presenciado todas las posibles versiones de aquel encuentro tan trascendental y, después, había elegido la mejor. No había sido accidental que Emmett y yo estuviésemos fuera. Alice prefería la escena más relajada sin la presencia de los principales defensores de la familia.

Fue difícil de creer lo firmemente arraigados que estaban ya cuando llegamos Emmett y yo, apenas unos días después. Los dos nos quedamos impresionados, y Emmett se sintió dispuesto a la batalla en el instante en que le puso a Jasper los ojos encima. Sin embargo, Alice se abalanzó corriendo y me rodeó con los brazos antes de que nadie tuviera tiempo de decir una palabra.

No me atemorizó lo que se podría haber interpretado como un ataque. En sus pensamientos, Alice estaba tan segura de mí, tan llena de amor hacia mí, que pensé que estaba sufriendo la primera pérdida de memoria de mi segunda vida..., porque aquella inmortal diminuta me conocía perfectamente, mejor que cualquier otro miembro de mi familia actual o de la anterior. ¿Quién era?

¡Oh, Edward! ¡Por fin! ¡Hermano mío! ¡Por fin estamos juntos!

Y entonces, con los brazos aferrados a mi cintura —mientras yo vacilaba al ponerle los míos sobre los hombros—, repasó veloz, mentalmente, su vida desde su primer recuerdo hasta aquel preciso instante, y, acto seguido, continuó avanzando en el tiempo por los momentos más destacados de nuestros siguientes años juntos. Qué extraña fue la sensación de percatarme en ese instante de que ahora yo también la conocía.

—Emmett, esta es Alice —le dije aún abrazado a mi nueva hermana. Emmett cambió la pose agresiva por otra de confusión—. Es parte de nuestra familia. Y ese es Jasper. Vas a quererlo mucho.

Había tantas historias sobre Alice, tantos milagros y fenómenos, paradojas y enigmas, que me podía haber pasado el resto de la semana simplemente contándole a Bella la versión esquemática. En cambio, le ofrecí algunos de los detalles más simples y mecánicos.

—Es más sensible hacia quienes no son humanos. Por ejemplo, siempre ve cuándo se acercará otro clan de nuestra especie y la posible amenaza que pueden suponer.

Alice se había convertido también en uno de los defensores de la familia.

—¿Hay muchos de... los tuyos? —preguntó Bella; sonaba un tanto agitada ante la idea.

—No, no demasiados —le aseguré—. Pero la mayoría no se asienta en ningún lugar. Solo pueden vivir entre los humanos por mucho tiempo los que, como nosotros, renuncian a dar caza a tu gente. —Arqueeé una ceja y le apreté la mano—. Solo hemos encontrado otra familia como la nuestra en un pueblecito de Alaska. Vivimos juntos durante un tiempo, pero éramos tantos que empezamos a hacernos notar. —Además, Tanya, la matriarca de aquel clan, era insistente hasta el punto del acoso—. Los que vivimos de forma diferente tendemos a unirnos.

—¿Y el resto?

Habíamos llegado a su casa. No había nadie, ninguna luz encendida en las ventanas. Aparqué en su sitio habitual y apagué el motor. El repentino silencio se me antojó muy íntimo, allí, en la oscuridad.

—Son nómadas en su mayoría —respondí—. Todos hemos llevado esa vida alguna vez. Se vuelve tediosa, como casi todo, pero de vez en cuando nos cruzamos con los otros, ya que la mayoría preferimos el norte.

—¿Por qué razón?

Sonreí y le di un golpe suave con el codo.

—¿Has abierto los ojos esta tarde? ¿Crees que podríamos caminar por las calles sin provocar accidentes de tráfico? Hay una razón por la que escogimos la península de Olympic: es uno de los lugares menos soleados del mundo. Resulta agradable poder salir durante el día. Ni te imaginas lo fatigoso que puede ser vivir de noche durante ochenta y tantos años.

—Entonces ¿de ahí viene la leyenda? —dijo para sí con un gesto de asentimiento.

—Probablemente.

Lo cierto es que había una fuente concreta detrás de aquellas leyendas, pero no era algo en lo que me apeteciese entrar. Los Vulturis estaban muy lejos y muy ocupados en su empeño por hacer de policía del universo de los vampiros. Jamás influirían en la vida de Bella más allá del folclore que se habían inventado para proteger la intimidad de los inmortales.

—¿Procedía Alice de otra familia, como Jasper? —me preguntó.

—No, y es todo un misterio, ya que no recuerda nada de su vida humana.

Yo había visto aquel primer recuerdo. Una mañana de sol resplandeciente, una neblina suspendida en el aire. Hierba enmarañada a su alrededor, unos robles gruesos que daban sombra en la hondonada donde se despertó. Aparte

de eso, en blanco, ninguna consciencia de su identidad ni de su propósito. Se miró la piel pálida, centelleante bajo el sol, sin saber quién o qué era. Y en ese momento se apoderó de ella su primera visión.

El rostro de un hombre, fiero pero deshecho también, con cicatrices pero bello. Unos ojos muy rojos y una melena de cabellos dorados. Con este rostro llegó la convicción de una profunda sensación de pertenencia. Y entonces lo vio pronunciando un nombre.

Alice.

Su nombre, se percató.

Las visiones le dijeron quién era ella, o la moldearon para convertirla en quien sería. Esa sería la única ayuda que iba a recibir.

—Ni siquiera sabe quién la convirtió —le conté a Bella—. Despertó sola. Quienquiera que lo hiciese se marchó, y ninguno de nosotros comprende por qué o cómo pudo hacerlo. Si Alice no hubiese tenido ese otro sentido, si no hubiera visto a Jasper y Carlisle y no hubiera sabido que un día se convertiría en una de nosotros, probablemente se hubiera vuelto una criatura totalmente salvaje.

Bella reflexionó sobre aquello en silencio. Estaba seguro de que era algo difícil de comprender para ella. Mi familia también había requerido de un tiempo para adaptarse. Me preguntaba cuál sería su siguiente pregunta.

Y entonces le rugió el estómago. Me di cuenta de que llevábamos todo el día juntos y que ella no había comido nada en ese tiempo. ¡Ay, tendría que concentrarme un poco mejor en sus necesidades humanas!

—Lo siento, te estoy impidiendo cenar.

—Me encuentro bien, de veras —dijo con demasiada rapidez.

—Jamás había pasado tanto tiempo en compañía de alguien que se alimentara de comida —me disculpé—. Se me olvida. —Era una excusa lamentable.

Su expresión era totalmente abierta cuando respondió, vulnerable:

—Quiero estar contigo.

De nuevo, era como si el verbo «estar» tuviese una carga mucho mayor de lo habitual.

—¿No puedo entrar? —le pregunté con un tono cortés.

Pestañeó dos veces, claramente desconcertada por la idea.

—¿Te gustaría?

—Sí, si no es un problema.

Me pregunté si pensaba que me hacía falta una invitación explícita para poder entrar en su casa. Aquella idea me hizo sonreír en un principio, y

después fruncir el ceño al sentir una punzada de culpa. Iba a tener que sincerarme con ella. Ahora bien, ¿cómo sacar el tema y reconocer semejante vergüenza?

Sufrí dándole vueltas a aquello mientras me bajaba de la camioneta y le abría la puerta del acompañante.

—Muy humano —me felicitó.

—Esa parte está emergiendo a la superficie, no cabe duda.

Cruzamos juntos caminando a una velocidad humana el jardín de su casa, silencioso y oscuro, como si todo esto fuese algo normal. Me iba lanzando miradas fugaces por el camino, sonriéndose. Levanté el brazo y, al pasar, cogí la llave de repuesto de su escondite y le abrí la puerta. Bella vaciló y se asomó al pasillo oscuro.

—¿Estaba abierta? —preguntó.

—No, he utilizado la llave de debajo del alero.

Volví a dejar en su sitio la llave en cuestión mientras ella me daba la espalda para encender el farol del porche. Cuando se dio la vuelta de nuevo, una luz amarillenta proyectó unas sombras intensas sobre su rostro al mismo tiempo que ella me miraba y arqueaba las cejas. Me daba cuenta de que Bella pretendía que fuese una mirada severa, pero tenía arrugadas las comisuras de los labios como quien contiene una sonrisa.

—Sentía curiosidad por ti —confesé.

—¿Me has espiado?

No parecía ser una cuestión con la que bromear, pero sonaba como si estuviera a punto de echarse a reír.

Debería habérselo confesado todo entonces, pero le seguí el juego con un tono burlón.

—¿Qué otra cosa iba a hacer de noche?

Fue una decisión equivocada, la elección cobarde. Ella tan solo oyó una broma, no una confesión. Qué raro, de nuevo, percatarse de que, aun resuelto el inmenso potencial de las pesadillas, continuaba habiendo mucho que temer. Por supuesto, esto no era sino culpa mía, culpa de mi conducta extremadamente torpe.

Hizo un leve gesto negativo con la cabeza y, acto seguido, otro gesto para invitarme a entrar. Pasé por delante de ella y fui encendiendo las luces por el camino para que ella no se tropezase en la oscuridad. Me senté a la pequeña mesa de la cocina y miré a mi alrededor, examiné los ángulos que no eran visibles desde el otro lado de la ventana. La habitación estaba ordenada y templada; era luminosa, con una pintura amarilla y chillona que resultaba

simpática en su fracasado intento de imitar la luz del sol. Todo olía a Bella, lo cual debería haber sido bastante doloroso, pero me encontré con que lo disfrutaba de un modo extraño. Masoquista, desde luego.

Se me quedó mirando con una expresión muy difícil de interpretar. Un poco de confusión, me imaginé, algo de asombro. Como si no tuviera la seguridad de que yo fuese real. Le sonreí y le señalé el frigorífico. Se volvió en esa dirección con una sonrisa en respuesta. Esperaba que tuviese fácil acceso a algo de comer. ¿No debería haberla llevado a cenar, quizá? Sin embargo, no me parecía bien someternos a una multitud de desconocidos. Nuestro nuevo acuerdo de entendimiento era aún demasiado único, estaba demasiado tierno. Cualquier obstáculo que forzara el silencio resultaría inaguantable. La quería para mí.

Bella solo tardó un minuto en encontrar una opción aceptable. Se sirvió una porción cuadrada de algo que sacó de una fuente y la calentó en el microondas. Pude oler el orégano, las cebollas, el ajo y la salsa de tomate. Algo italiano. Bella no le quitaba ojo al plato mientras este daba vueltas dentro del aparato.

Tal vez me diese por aprender a cocinar. Estaba claro que mi incapacidad para apreciar los sabores del mismo modo que un humano sería un obstáculo, pero aquel proceso parecía tener su buena ración de matemáticas, y estaba seguro de que podría aprender de forma autodidacta a reconocer los olores correctos.

Porque, de forma repentina, tuve la seguridad de que esta solo era la primera de nuestras noches tranquilas en casa, y no un hecho aislado. Tendríamos años de esto mismo. Ella y yo juntos, disfrutando sin más de la compañía del otro. Tantas horas... Fue como si la luz comenzara a extenderse y a crecer dentro de mí, y de nuevo sentí que iba a reventar.

—¿Con cuánta frecuencia? —me preguntó Bella sin mirarme.

Tenía la cabeza tan absorta en aquella imagen tan bellísima del futuro que no le seguí el hilo de inmediato.

—¿Eh?

Siguió sin darse la vuelta.

—¿Con qué frecuencia has venido aquí?

Ah, claro. El momento de tener valor. El momento de ser sincero, fueran cuales fuesen las consecuencias. Aunque, después del día que llevaba, me sentía relativamente seguro de que Bella acabaría perdonándome. Eso esperaba.

—Vengo casi todas las noches.

Se giró de golpe y me miró con ojos de sorpresa.

—¿Por qué?

Sinceridad.

—Eres interesante cuando duermes. Hablas en sueños.

—¡No! —exclamó en un grito ahogado.

La sangre le inundó las mejillas y no se detuvo ahí, sino que le sonrojó incluso la frente. La temperatura de la habitación ascendió en un grado infinitesimal conforme su rubor calentaba el aire a su alrededor. Se apoyó en la encimera de la cocina, a su espalda, y se agarró a ella con tal fuerza que se le pusieron blancos los nudillos. La impresión del shock era la única emoción que alcanzaba a verle en la cara, pero estaba seguro de que había otras que no tardarían en llegar.

—¿Estás muy enfadada conmigo?

—¡Eso depende! —soltó de golpe y sin aliento.

¿«Eso depende»? Me pregunté qué era eso que podía mitigar mi delito. ¿De qué dependía que fuese algo más o menos horrible? Me sentí asqueado ante la idea de que Bella se estuviera reservando sus juicios hasta que supiese con exactitud lo fuera de lugar que habían estado mis merodeos. ¿Acaso se imaginaba que era tan depravado como un mirón cualquiera, que me había quedado en la oscuridad mirándola con cara de lascivia y la esperanza de que se le viera algo? Si mi estómago hubiera podido revolverse, lo habría hecho.

¿Me creería si trataba de explicarle mi tormento al estar separado de ella? ¿Llegaría a creerse alguien el tipo de catástrofes que me había imaginado al pensar que ella pudiera no estar a salvo? Qué descabelladas habían sido todas. Y, aun así, en caso de que ahora me viera separado de ella, sabía que volverían a atormentarme los mismos peligros imposibles.

Transcurrieron unos largos segundos, el microondas chilló estridente su aviso de que su tarea había concluido, pero Bella no dijo nada más.

—¿De qué? —le insistí.

—¡De lo que hayas escuchado! —Bella gruñó aquellas palabras.

Sentí una oleada de alivio por el hecho de que ella no me considerase capaz de otro tipo más vil de vigilancia. ¿Su única preocupación era la vergüenza por lo que hubiera podido oírla decir? Bueno, en esa cuestión sí podría tranquilizarla. Bella no tenía nada de lo que avergonzarse. Me levanté de un salto y me apresuré a cogerle las manos. Una parte de mí se emocionaba ante el hecho de que pudiese hacer aquello con tanta facilidad.

—¡No te disgustes! —le rogué.

Bella estaba mirando al suelo. Me incliné para que nuestros rostros quedasen a la misma altura, y esperé hasta que ella me miró a los ojos.

—Echas de menos a tu madre. Te preocupas por ella. Y, cuando llueve —murmuré—, el sonido hace que te revuelvas inquieta. Solías hablar mucho de Phoenix, pero ahora lo haces con menos frecuencia. En una ocasión dijiste: «Es demasiado verde».

Me reí en silencio, tratando de sacarle una sonrisa. Bella tenía que ser capaz de ver que no había motivos para mortificarse.

—¿Alguna otra cosa? —quiso saber, arqueando una ceja.

Su manera de apartar ligeramente la cara, de bajar la mirada para volver a alzarla enseguida, me ayudó a percatarme de qué era lo que le preocupaba.

—Pronunciaste mi nombre —reconocí.

Cogió aire y lo soltó con un largo suspiro.

—¿Mucho?

—Exactamente, ¿cuántas veces entiendes por «mucho»?

Bajó la mirada de golpe, al suelo.

—Oh, no.

Extendí los brazos y la rodeé con cuidado a la altura de los hombros. Se apoyó en mi pecho sin dejar de esconder la cara.

¿Acaso pensaba ella que yo habría sentido algo que no fuese una inmensa alegría al oír mi nombre en sus labios? Era uno de mis sonidos preferidos, junto con el sonido de su respiración, el de sus latidos...

Le susurré mi respuesta al oído.

—No te avergüences. Si pudiera soñar, sería contigo. Y no me avergonzaría de ello.

Cuánto había deseado yo poder soñar con ella. Cómo había suspirado por ello. Y, ahora, la realidad era mejor que los sueños. No querría perderme ni un solo segundo a causa de ningún tipo de inconsciencia.

Su cuerpo se relajó. En un suspiro, soltó un sonido de felicidad, casi un tarareo o un ronroneo.

¿Esto iba a ser todo, de verdad? ¿No iba a recibir el menor castigo por mi indignante conducta? Esto parecía más bien una recompensa. Sabía que le debía una penitencia más profunda.

Percibí otro sonido más allá del tamborileo de su corazón entre mis brazos. Se acercaba un coche, y los pensamientos del conductor eran muy silenciosos. Agotado después de una jornada intensa. Deseando llegar a la cena y la comodidad que le prometía la cálida luz de las ventanas. Aunque yo no podía estar completamente seguro de que eso era lo que estaba pensando.

No deseaba moverme de donde estaba. Presioné la mejilla sobre el cabello de Bella y esperé hasta que ella también oyó el coche de su padre. El cuerpo se le puso en tensión.

—¿Debería saber tu padre que estoy aquí?

Vaciló.

—Yo... No estoy segura...

Le rocé el pelo con los labios en un gesto rápido y la liberé con un suspiro.

—En otra ocasión, entonces...

Salí de la habitación y subí como un rayo por las escaleras hacia la oscuridad del minúsculo descansillo entre los dormitorios. Ya había estado allí en una ocasión, buscando una manta para Bella.

—¡Edward! —me llamó en un susurro desde la cocina.

Me eché a reír con el volumen justo para que ella supiese que yo estaba cerca.

Su padre subió hasta la puerta principal de la casa dando zapatazos, restregó cada una de las botas sobre el felpudo, dos veces. Introdujo su llave en la cerradura y soltó un gruñido al ver que el picaporte giraba con la llave, que no estaba echada.

—¿Bella? —la llamó mientras abría la puerta.

Sus pensamientos captaron el olor de la comida en el microondas y le rugió el estómago.

Me di cuenta de que Bella tampoco había comido nada aún. Menos mal que su padre nos había interrumpido. A este paso, la iba a matar de hambre.

No obstante, una pequeña parte de mí sentía un poquito de... tristeza. Cuando le había preguntado si quería que su padre supiese que yo estaba allí, que estábamos juntos, había esperado que su respuesta fuese otra. Por supuesto, Bella tenía que valorar muchas cosas antes de presentarme a su padre. O tal vez nunca querría que su padre supiese que alguien como yo estaba enamorado de ella, algo completamente justo. Más que justo.

Y, la verdad, tampoco habría sido muy conveniente conocer a su padre tal y como iba vestido en este momento. O desvestido, más bien. Supuse que debería estarle agradecido por sus reticencias.

—Estoy aquí —le gritó Bella a su padre.

Oí el gruñido suave de Charlie en respuesta mientras cerraba la puerta, y después los pisotones de sus botas camino de la cocina.

—¿Me puedes preparar un poco de eso? —le preguntó Charlie—. Estoy hecho polvo.

Resultaba sencillo interpretar los sonidos del movimiento de Bella por la cocina mientras Charlie se ponía cómodo, aun sin la comodidad de disponer de unos pensamientos que me dieran la posibilidad de observarlos. Masticando: Bella por fin estaba comiendo algo. La puerta del frigorífico al abrirse y al cerrarse. El microondas en marcha. Líquido —demasiado denso para ser agua, yo diría que leche— servido en unos vasos. Un plato depositado con suavidad sobre la mesa de madera. Las patas de una silla arrastradas por el suelo al sentarse Bella.

—Gracias —dijo Charlie, y los dos se quedaron masticando durante un rato largo.

Bella rompió el silencio cordial.

—¿Qué tal ha ido el día? —Había algo que sonaba raro en la inflexión de su voz, como si tuviese la cabeza en otra parte.

Sonreí.

—Bien. Los peces han picado... ¿Qué tal tú? ¿Has hecho todo lo que querías hacer?

—En realidad, no. Se estaba demasiado bien fuera como para quedarme en casa.

Su respuesta desenfadada no resultó tan relajada como la de Charlie. No le salía de forma natural lo de ocultarle cosas a su padre.

—Ha sido un gran día —coincidió él, sonando ajeno al deje de tensión en la voz de su hija.

Otra vez el movimiento de una silla.

—¿Tienes prisa? —preguntó Charlie.

Bella tragó saliva de forma audible.

—Sí, estoy cansada. Me voy a acostar pronto. —Sus pasos se desplazaron hacia el fregadero, y el agua comenzó a correr.

—Pareces nerviosa —continuó Charlie. No tan ajeno como yo pensaba.

No pasaría por alto estas cosas si no me resultara tan difícil llegar hasta sus pensamientos. Traté de hallarles el sentido. Un vistazo fugaz de Bella hacia el vestíbulo. El tono repentinamente más vivo en sus mejillas. Aquello parecía ser todo en lo que él se había fijado. Después, una súbita confusión de imágenes, nebulosa y sin contexto. Un Impala de 1971 de color mostaza. El gimnasio del instituto de Forks, decorado con papel crepé. Un columpio en un porche y una chica con unos pasadores de un vivo color verde sobre el pelo claro. Dos asientos de vinilo rojo en la resplandeciente barra cromada de un restaurante un tanto hortera. Una chica de rizos largos y oscuros, caminando por una playa a la luz de la luna.

—¿De verdad? —le preguntó Bella con una inocencia fingida.

El agua corría en el fregadero, y podía oír el roce de las cerdas de un cepillo sobre la melamina.

Charlie todavía tenía la cabeza en la luna.

—Es sábado —dijo sin venir a cuento.

Parecía que Bella no estaba muy segura de cómo responder. Yo tampoco sabía muy bien adónde iba a parar con aquello.

Y por fin continuó:

—¿No tienes planes para esta noche?

Creí entender ahora aquellas imágenes. ¿Las noches de sábado de su juventud? Tal vez.

—No, papá, solo quiero dormir un poco. —Bella sonaba de todo menos cansada.

Charlie soltó un resoplido.

—Ninguno de los chicos del pueblo es tu tipo, ¿verdad?

¿Le preocupaba que su hija no llevara una vida normal de adolescente? ¿Que se quedara al margen? Por un segundo sentí una profunda punzada de duda. ¿Debería yo preocuparme por lo mismo? ¿De lo que le estaba impidiendo vivir?

Pero entonces me invadió la seguridad y aquella sensación que había tenido en la pradera de que así era como debía ser. Estábamos hechos el uno para el otro.

—No. Ningún chico me ha llamado aún la atención. —El tono de Bella era un tanto condescendiente.

—Pensé que tal vez ese tal Mike Newton... Dijiste que era simpático.

Eso sí que no me lo esperaba. El acero afilado de la ira se me retorció en el pecho. No, no era ira, reconocí. Eran celos. No estaba seguro de que alguna vez alguien me hubiese caído tan mal como aquel chaval inútil e insignificante.

—Solo es un amigo, papá.

No supe decir si Charlie se sentía disgustado o aliviado con su respuesta. Tal vez una mezcla de ambas cosas.

—Bueno, de todos modos, eres demasiado buena para todos ellos —dijo él—. Aguarda a estar en la universidad para empezar a mirar.

—Me parece una buena idea —coincidió Bella de inmediato.

Dobló la esquina y comenzó a subir las escaleras. Sus pasos eran lentos —probablemente para respaldar su afirmación de que tenía sueño—, y me dio tiempo de sobra para llegar a su habitación antes que ella. Solo por si acaso

Charlie venía detrás. Dudaba mucho que encajara con los deseos de Bella que su padre me encontrara allí, medio desnudo y escuchando a hurtadillas.

—Buenas noches, cielo —le dijo Charlie.

—Te veo mañana, papá —respondió ella con una voz que quería sonar cansada, pero que fracasaba de mala manera.

No me pareció correcto sentarme en la mecedora, como siempre, invisible en la oscuridad del rincón. Había sido un escondite cuando no quería que ella supiera que estaba allí. Cuando estaba siendo un embustero.

Me tumbé sobre la cama, el lugar más evidente en el cuarto, donde no cabría pensar que estuviese tratando de ocultar mi presencia.

Sabía que allí me engulliría su fragancia. El olor del detergente era lo bastante fresco como para sugerir que no hacía mucho que había lavado las sábanas, pero no como para ocultar el olor de Bella. Abrumador como era, también era dolorosamente agradable estar rodeado con tal intensidad de las pruebas de su existencia.

Bella dejó de arrastrar los pies en el instante en que entró en su cuarto. Cerró de un portazo a su espalda y corrió de puntillas hasta la ventana. Pasó por delante de mí sin dedicarme un simple vistazo. Abrió la ventana de golpe y se asomó al exterior, mirando hacia la noche.

—¿Edward? —susurró a voces.

Supuse que mi lugar de descanso no era tan evidente, después de todo. Silencioso, me reí de mi fallido intento de jugar limpio y le respondí.

—¿Sí?

Se dio la vuelta tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio. Se agarró con una mano al alféizar de la ventana para estabilizarse. Se llevó la otra al cuello.

—¡Oh! —Soltó el aire de golpe.

Casi a cámara lenta, deslizó la espalda por la pared hasta que se quedó sentada en el suelo de madera.

Una vez más, fue como si todo cuanto yo hacía estuviese mal. Al menos, esta vez había sido gracioso más que aterrador.

—Lo siento.

Asintió.

—Dame un minuto para que me vuelva a latir el corazón. —Lo cierto era que el corazón le martilleaba por el susto que le acababa de dar.

Me incorporé, todos mis movimientos lentos y pausados. Moviéndome como un humano. Ella me observaba, con los ojos clavados en todos y cada

uno de mis desplazamientos y una sonrisa que comenzaba a formarse en la comisura de sus labios.

Fijarme en sus labios me hizo sentir que la tenía demasiado lejos. Me incliné hacia ella y la levanté con sumo cuidado, con mis manos envolviendo la zona más alta de sus brazos, luego la deposité a mi lado, con apenas un par de centímetros entre los dos. Mucho mejor.

Puse la mano sobre la suya y agradecí el ardor de su piel con algo similar al alivio.

—¿Por qué no te sientas conmigo?

Me sonrió.

—¿Cómo va el corazón? —le pregunté, aunque estaba latiendo con tal fuerza que yo podía percibir las sutiles vibraciones que danzaban en el aire a su alrededor.

—Dímelo tú —me replicó—. Estoy segura de que lo escuchas mejor que yo.

Exacto. Me reí suavemente mientras su sonrisa se agrandaba.

La jornada de buen tiempo no se había terminado, ni mucho menos; las nubes se apartaron, y una pátina de luz argéntea procedente de la luna le acarició la piel y le dio un aspecto enteramente celestial. Me pregunté qué aspecto tendría yo para ella. Su mirada parecía llena de asombro, tanto como debía de estarlo la mía.

Abajo, la puerta principal se abrió y se cerró. Cerca de la casa no había más pensamientos que la tenue narrativa mental de Charlie. Me pregunté adónde iría. No muy lejos... Sonó un chirrido metálico, un golpe amortiguado. Casi en un fogonazo, algo parecido a un diagrama se le pasó por la cabeza.

Ah. La camioneta de Bella. Me sorprendió un poco que Charlie recurriese a tales extremos con tal de frenar lo que fuese que estuviera planeando su hija, según él.

Estaba a punto de comentar el extraño comportamiento de Charlie cuando de repente cambió la expresión en la cara de Bella. Su mirada se desplazó hacia la puerta del dormitorio y volvió de nuevo conmigo.

—¿Me concedes un minuto para ser humana? —me preguntó.

—Desde luego —le respondí de inmediato, divertido con aquella forma de expresarlo.

De un modo abrupto, juntó las cejas y frunció el ceño.

—No te muevas —me ordenó con un tono severo.

Aquella fue la más sencilla de las exigencias que nadie hubiese requerido de mí jamás. Nada que se me pudiera ocurrir me convencería ahora de que abandonase esta habitación.

Puse una voz seria para igualar la suya.

—Sí, señorita. —Me enderecé y bloqueé toda la musculatura entera en el sitio, de un modo más que evidente.

Bella me sonrió, complacida.

Tardó un minuto en coger sus cosas y salió del cuarto. No hizo ningún intento por ocultar el sonido de la puerta al cerrarse. Se oyó el impacto de otra puerta con más fuerza. El cuarto de baño. Supuse que en parte sería para convencer a Charlie de que no estaba planeando nada nefario. Era poco probable que él fuera capaz de imaginarse lo que sí estaba planeando su hija. Pero era un esfuerzo malgastado. Charlie regresó dentro apenas un instante después. El sonido de la ducha corriendo en el piso de arriba pareció confundirlo, o eso creí percibir.

Mientras esperaba a Bella, por fin aproveché la oportunidad de estudiar la pequeña colección de volúmenes que tenía junto a la cama. No es que hubiese muchas sorpresas, después de mis interrogatorios. Solo encontré un volumen en tapa dura en su biblioteca, demasiado nuevo como para existir aún en edición de bolsillo. Era su ejemplar de *Garras y colmillos*, el único de sus favoritos que yo no había leído nunca. No me había tomado todavía el tiempo necesario para ponerme al día en esta carencia: había estado muy ocupado siguiendo a Bella por ahí como un guardaespaldas enloquecido. Abrí entonces la novela y comencé a leer.

Mientras leía, me percaté de que Bella estaba tardando más de lo habitual. Como siempre, asomó la cabeza aquella constante ansiedad de que ella por fin viese en mí algo que debía evitar. Intenté no hacerle caso. Habría un millón de razones posibles para justificar la parsimonia de Bella. Me centré en el libro. Pude ver por qué era uno de sus favoritos: era a la vez extraño y encantador. Por supuesto, cualquier historia sobre un amor triunfal encajaba con mi estado de ánimo de hoy.

Se abrió la puerta del baño. Deposité el libro en su sitio —sin dejar de fijarme en la página, la ciento sesenta y seis, para volver con ello más adelante— y adopté mi anterior pose de estatua. Pero me llevé una decepción; en lugar de regresar, Bella bajó las escaleras arrastrando los pies. Sus pasos se detuvieron en el último escalón.

—Buenas noches, papá —dijo a voces.

Los pensamientos de Charlie parecían una maraña, no fui capaz de distinguir más que eso.

—Buenas noches, Bella —respondió él entre dientes.

Y, acto seguido, Bella subía disparada las escaleras, saltándose los escalones de un modo manifiestamente apresurado. Abrió la puerta de golpe —sus ojos escudriñaban la oscuridad buscándome antes de haber entrado siquiera— y la cerró con firmeza a su espalda.

Una sonrisa se le extendió por el rostro, de oreja a oreja, al encontrarme exactamente donde ella esperaba.

Quebranté mi perfecta quietud para corresponderla.

Vaciló por un segundo —bajó la cabeza para lanzar un vistazo fugaz a su viejo pijama— y se cruzó de brazos en una postura casi de disculpa.

Creí entender ahora el anterior retraso. No era el miedo a ningún monstruo, sino un temor bastante más común. Timidez. No me costaba nada imaginar que se pudiese sentir insegura lejos del sol y de la magia de la pradera. Yo también me encontraba en terreno desconocido.

Recurrí a los viejos hábitos, intentar suavizar aquella inseguridad a base de buen humor. Observé su atuendo con una sonrisa y le dije:

—Bonita ropa.

Frunció el ceño, pero relajó los hombros.

—No —insistí—. Te sienta bien.

Un término demasiado superficial para describirlo, quizá. Con aquellos bucles de cabellos húmedos en forma de largas marañas de algas marinas sobre los hombros y el rostro iluminado por la luz de la luna, su aspecto era mejor que bueno. Nuestro idioma necesitaba una palabra que designara algo a medio camino entre una diosa y una náyade.

—Gracias —murmuró, y vino a sentarse a mi lado, tan cerca como antes.

Esta vez se sentó con las piernas cruzadas. Me tocó la pierna con la rodilla, un punto de calor resplandeciente.

Hice un gesto hacia la puerta, y después hacia la habitación que había debajo de nosotros, donde los pensamientos de su padre continuaban formando un embrollo.

—¿A qué venía todo eso? —le pregunté.

Me ofreció una minúscula sonrisa de suficiencia.

—Charlie cree que me voy a escapar a hurtadillas.

—Ah. —Me pregunté hasta qué punto mi interpretación de la noche con su padre coincidiría con la suya—. ¿Por qué?

Abrió muchísimo los ojos, fingiendo inocencia.

—Al parecer, me ve un poco acalorada.

Le seguí la broma, le puse la mano bajo la barbilla y le alcé la cara con delicadeza hacia la luz de la luna como si deseara examinarla mejor. Sin embargo, tocar su rostro me quitó de golpe todos los chistes de la cabeza.

—De hecho, pareces bastante sofocada —murmuré y, sin detenerme a pensar en todas las posibles consecuencias, me acerqué y presioné la mejilla contra la suya. Los ojos se me cerraron por su propia voluntad.

Inhalé su fragancia. Su piel refulgía de un modo exquisito contra la mía.

Cuando volvió a hablar, tenía la voz ronca.

—Parece que... —Perdió la voz por un instante, carraspeó y prosiguió—: Te resulta mucho más fácil estar cerca de mí.

—¿Eso te parece?

Pensé en aquella suposición suya mientras le rozaba con la nariz a lo largo de la línea de la mandíbula. El dolor físico en la garganta no había disminuido lo más mínimo, aunque tampoco hacía que resultara menos placentero acariciarla. Mientras ciertas partes de mi mente se perdían en el milagro de aquel instante, otras no habían dejado nunca de calibrar los actos de cada músculo, de vigilar cada reacción corporal. Aquello requería de una buena porción de mi capacidad mental, era cierto, pero, claro, una mente inmortal disponía de muchísimo margen. Y esto tampoco estropeaba el momento.

Levanté la cortina de cabello húmedo y presioné los labios con suavidad sobre la piel increíblemente sedosa de debajo de su oreja.

Bella respiró entrecortadamente.

—Sí. Mucho, mucho más fácil.

—Mmm —fue mi único comentario; estaba muy concentrado en la exploración de su cuello a la luz de la luna.

—Por eso me preguntaba... —empezó a decir, pero guardó silencio cuando mis dedos recorrieron el frágil trazado de su clavícula.

Volvió a respirar de forma inestable.

—¿Sí? —la animé a continuar mientras deslizaba las yemas de los dedos por el hueco sobre el hueso.

Su voz sonó más aguda y temblorosa cuando me preguntó:

—¿Por qué será?

Me eché a reír.

—El triunfo de la mente sobre el cuerpo.

Se inclinó para retroceder y apartarse, y me quedé paralizado, en guardia de inmediato. ¿Me había pasado de la raya? ¿Había hecho algo inapropiado? Me miró fijamente, con un aspecto casi tan sorprendido como el mío. Esperé

a que me dijera algo, pero se limitó a lanzarme una mirada con unos ojos de una profundidad oceánica. Mientras tanto, el corazón le retemblaba a tal velocidad que cualquiera diría que acababa de correr una maratón. O que estaba aterrorizada.

—¿He hecho algo mal? —le pregunté.

—No, lo opuesto. —Curvó los labios en una sonrisa—. Me estás volviendo loca.

Un poco azorado, solo pude preguntarle:

—¿De veras?

El corazón aún le martilleaba... no de miedo, sino de deseo. Saber aquello elevó a su máxima intensidad la corriente eléctrica que recorría mi cuerpo.

Probablemente, la sonrisa con la que le respondí fuese demasiado amplia.

La suya aumentó para igualar la mía.

—¿Querrías una salva de aplausos?

¿Tan seguro de mí mismo me consideraba? ¿Acaso no se imaginaba lo absolutamente fuera de mi elemento que me encontraba en todo esto? Había muchas cosas en las que yo destacaba, la mayoría a causa de mis capacidades sobrehumanas. Sabía cuándo me podía sentir seguro de mí mismo. Esta no era una de esas veces.

—Solo estoy gratamente sorprendido. En los últimos cien años o así... —Hice una pausa y estuve a punto de reírme de su reacción satisfecha antes de continuar; Bella adoraba mi sinceridad—. Nunca me había imaginado nada parecido. —Nada remotamente parecido—. No creía que fuese a encontrar a nadie con quien quisiera estar de forma distinta a como estoy con mis hermanos y hermanas. —Tal vez las relaciones románticas siempre parecían algo ligeramente estúpido desde fuera, hasta que uno caía realmente en ellas—. Y entonces descubro que estar contigo se me da bien, aunque todo sea nuevo para mí.

Rara vez me quedaba sin palabras, pero esta era una emoción que no había sentido nunca, a la que no sabía qué nombre ponerle.

—Tú eres bueno en todo —me dijo Bella con un tono que daba a entender que era algo tan obvio que no debería haber tenido que decirlo en voz alta.

Me encogí de hombros en un gesto de aceptación ficticia y después me reí en silencio con ella, de alegría y de asombro, principalmente.

Su risa fue desapareciendo, y en el entrecejo surgió una sombra de la arruga de preocupación.

—Pero ¿cómo puede ser tan fácil ahora? Esta tarde...

Aunque estábamos más en sintonía que nunca, tuve que recordarme que, para ella, la tarde en la pradera no había sido la misma experiencia que para mí. ¿Cómo iba ella a entender el tipo de cambios que yo había sufrido en esas horas en las que habíamos estado juntos al sol? Pese a la nueva intimidad, sabía que jamás le explicaría de forma exacta cómo había llegado yo hasta aquí. Bella jamás sabría lo que me había permitido imaginar.

Suspiré al buscar las palabras. Deseaba que ella comprendiera tanto como yo pudiera contarle.

—No es «fácil». —Nunca lo sería. Siempre sería doloroso. Nada de eso importaba. Lo único que yo no pediría jamás sería que fuese «posible»—. Pero esta tarde estaba todavía... indeciso. —¿Era esa la mejor palabra para describir mi arrebató repentino de violencia? No se me ocurría otra—. Lo lamento, es imperdonable que me haya comportado de esa forma.

Su sonrisa lució benevolente.

—No es imperdonable.

—Gracias —murmuré antes de regresar a la tarea de explicarme—. Verás... No estaba convencido de ser lo bastante fuerte... —Tomé una de sus manos y la sostuve contra mi piel, brasas al rojo vivo contra hielo. Fue un gesto instintivo, y me sorprendí al encontrarme con que, de alguna manera, hacía que me resultara más fácil hablar—. Me sentía susceptible mientras existiera la posibilidad de que me viera sobrepasado... —Inhalé su olor desde el punto más fragante en el interior de la muñeca, regodeándome en el dolor abrasador—. Hasta que me he convencido de que mi mente era lo bastante fuerte, que no existía peligro de ningún tipo de que yo..., de que pudiera...

Mi frase quedó a medias, en el aire, cuando por fin la miré a los ojos. Tomé sus manos en las mías.

—¿Ahora ya no existe esa posibilidad?

No supe si con aquello Bella me estaba haciendo una pregunta o una afirmación. De ser una pregunta, parecía estar muy segura de la respuesta, y me daban ganas de ponerme a cantar con alegría que ella estaba en lo cierto.

—La mente domina el cuerpo —insistí.

—Vaya, pues sí que era fácil. —Otra vez se estaba riendo.

Me reí con ella, caí sin esfuerzo en su estado de ánimo exultante.

—¡Fácil para ti! —bromeé.

Solté una de las manos para tocarle la punta de la nariz con el índice.

De forma abrupta, las bromas parecieron fuera de lugar, algo brusco y desagradable. Todas mis ansiedades me daban vueltas en la cabeza como un

torbellino. Se desvaneció mi buen humor y me vi de nuevo sacando a duras penas de mi interior otra advertencia.

—Lo estoy intentando. Si resultara... insoportable, estoy seguro de que sería capaz de irme.

En el ceño fruncido que dominaba su rostro había un inesperado matiz de indignación.

Pero yo no había terminado aún mi advertencia.

—Mañana va a ser más duro. He tenido tu aroma en la cabeza todo el día y me he insensibilizado de una forma asombrosa. Si me alejo de ti por cualquier lapso de tiempo, tendré que comenzar de nuevo. Aunque no desde cero, creo.

Se inclinó hacia mi pecho y volvió a retroceder en un balanceo, como si se estuviese conteniendo. Me recordó a aquel gesto que había hecho por la tarde. «Nada de exponer el cuello».

—Entonces, no te vayas.

Cogí una bocanada de aire que me estabilizara —que me estabilizara y que me abrasara— y me obligué a detener la espiral de pánico. ¿Sería Bella capaz de entender que la invitación de sus palabras apelaba directamente a mi mayor deseo?

Le sonreí y deseé ser capaz de ofrecerle una bondad similar en la expresión de mi rostro. Con qué facilidad le salía a ella.

—Eso me satisface. Saca los grilletes... Soy tu prisionero.

Le rodeé las delicadas muñecas con las manos mientras hablaba y me reí con aquella imagen que se me había formado en la cabeza. Podrían engrilletarme con hierro, con acero o con cualquier otra aleación más fuerte aún por descubrir, y nada de eso me retendría como podría hacerlo una sola mirada de esta chica humana tan frágil.

—Pareces más optimista que de costumbre. Nunca te había visto así antes —observó.

Optimista..., qué astuta observación. Mi cínico yo de siempre parecía una persona completamente distinta.

Me incliné para acercarme más a ella, con sus muñecas aún atrapadas en mis manos.

—¿No se supone que debe ser así? El esplendor del primer amor y todo eso. ¿No es increíble la diferencia existente entre leer sobre una materia o verla en las películas y experimentarla?

Asintió, pensativa.

—Muy diferente. Y más... fuerte de lo que había imaginado.

Reflexioné sobre la primera vez que había experimentado la diferencia entre una emoción sentida por uno mismo y la misma emoción percibida a través de otro.

—Por ejemplo: la emoción de los celos —le dije—. He leído sobre los celos un millón de veces, he visto a actores representarlos en mil películas y obras teatrales diferentes. Creía haberlos comprendido con bastante claridad, pero me impresionó... ¿Recuerdas el día en que Mike te pidió que fueras con él al baile?

—Fue el día en que empezaste a dirigirme la palabra otra vez —me dijo aquello a modo de corrección, como si yo le estuviese dando prioridad a la parte errónea del recuerdo.

Yo, sin embargo, estaba perdido en lo que había sucedido justo antes de aquello, reviviendo con una memoria fotográfica la primera vez que había sentido aquella pasión concreta.

—Me sorprendió la llamarada de resentimiento, casi de furia, que experimenté... Al principio no supe qué era. No poder saber qué pensabas, por qué lo rechazabas, me exasperaba más que de costumbre. ¿Lo hacías en beneficio de tu amiga? ¿O había algún otro? En cualquier caso, sabía que no tenía derecho alguno a que me importara, e intenté que fuera así. —Me cambió el estado de ánimo conforme la historia seguía su curso. Solté una carcajada—. Entonces, los demás empezaron a ponerse a la cola.

Tal y como me esperaba, la cara de pocos amigos que me puso en respuesta solo consiguió que quisiera echarme otra vez a reír.

—Esperé, irracionalmente ansioso por oír qué les decías, por vigilar tus expresiones. No pude negar el alivio que sentí al ver el fastidio en tu rostro, pero no podía estar seguro... Esa fue la primera noche que vine aquí.

Un lento rubor comenzó a aparecer en sus mejillas, pero se inclinó hacia mí, con más intensidad que vergüenza. El ambiente se transformó una vez más, y allí me vi, en plena confesión por centésima vez aquel día. Entonces susurré en voz más baja.

—Me debatí toda la noche, mientras vigilaba tu sueño, por el abismo que mediaba entre lo que sabía que era correcto, moral, ético, y lo que realmente quería. Supe que si continuaba ignorándote como hasta ese momento, o si dejaba transcurrir unos pocos años, hasta que te fueras, llegaría un día en que le dirías que sí a Mike o a alguien como él. Eso me ponía furioso.

Furioso, infeliz, como si la existencia estuviera perdiendo todo el color y todo su propósito.

En un movimiento que pareció inconsciente, hizo un gesto negativo con la cabeza para rechazar aquella visión de su futuro.

—Y en ese momento pronunciaste mi nombre en sueños.

En retrospectiva, fue como si esos breves segundos fueran un punto de inflexión, la línea que marca un antes y un después. Aunque ya había dudado de mí mismo un millón de veces, cuando la oí pronunciar mi nombre, dejé de tener cualquier tipo de elección.

—Lo dijiste con tal claridad —continué, mi voz apenas un suspiro— que por un momento creí que te habías despertado, pero te diste la vuelta, inquieta, musitaste mi nombre otra vez y suspiraste. Un sentimiento desconcertante y asombroso recorrió mi cuerpo. Y supe que no te podía ignorar por más tiempo.

El corazón le latía más rápido.

—Pero los celos son algo extraño y mucho más poderoso de lo que hubiera pensado. ¡E irracional! Justo ahora, cuando Charlie te ha preguntado por ese vil de Mike Newton...

Recordé que, probablemente, lo mejor sería no revelarle la intensidad que habían llegado a adquirir mis sentimientos hacia aquel pobre chico, y no concluí la frase.

—Debería haber sabido que estarías escuchando —dijo ella entre dientes.

Lo cierto era que no escuchar cualquier cosa que sucediera tan cerca de mí no era una opción.

—Por supuesto.

—¿De veras que eso te hace sentir celoso? —Su tono cambió de la irritación a la incredulidad.

—Soy nuevo en esto —le recordé—. Has resucitado al hombre que hay en mí, y lo siento todo con más fuerza porque es reciente.

De manera inesperada, una leve sonrisa de suficiencia le frunció los labios.

—Pero, sinceramente, que eso te moleste después de que yo me haya enterado de que a ti te querían emparejar con Rosalie... Rosalie, la encarnación de la belleza, ¡esa Rosalie! Con o sin Emmett, ¿cómo iba a competir yo con eso?

Dijo aquellas palabras como si estuviera jugando su baza ganadora. Como si los celos fuesen algo tan racional como para calibrar el atractivo físico de terceros y, acto seguido, sentirlos de un modo directamente proporcional.

—No hay competencia —le prometí.

Muy despacio y con delicadeza, utilicé sus muñecas atrapadas para tirar de ella y acercarla más a mí, hasta que apoyó la cabeza bajo mi mentón. Su mejilla me abrasaba la piel.

—Sé que no hay competencia. Ese es el problema —refunfuñó.

—Rosalie es hermosa a su manera, por supuesto. —Tampoco es que pudiese negar la exquisitez de Rosalie, pero era algo antinatural, potenciado, a veces más perturbador que atractivo—. Pero, incluso si no fuera como una hermana para mí, incluso si Emmett no fuera su media naranja, jamás podría ejercer la décima, no, qué digo, la centésima parte de la atracción que tú tienes sobre mí. He caminado entre los míos y los hombres casi noventa años... Todo este tiempo me he considerado completo sin comprender qué estaba buscando, sin encontrar nada porque tú aún no existías.

Sentí su aliento sobre mi piel cuando susurró su respuesta.

—No parece demasiado justo. En cambio, yo no he tenido que esperar para nada. ¿Cómo es que a mí no me toca hacer ningún esfuerzo?

Nadie había mostrado nunca semejante compasión por el diablo. Aun así, me maravillaba que Bella fuese capaz de tomarse sus propios sacrificios tan a la ligera.

—Tienes razón. Debería ponértelo más difícil, sin duda. —Junté sus dos muñecas en mi mano izquierda para liberarme la derecha y le hice una suave caricia descendente por el pelo mojado. Con esa textura, así, tan resbaladizo, no distaba mucho de las algas que me había imaginado antes. Enredé un mechón entre mis dedos mientras recitaba una lista de los contras para ella—: Solo te juegas la vida cada segundo que pasas conmigo, lo cual, seguramente, no es mucho. Solo tienes que dar la espalda a la naturaleza, a la humanidad... ¿Qué importancia tiene eso?

—Arriesgo muy poco —suspiró en mi piel—. No me siento privada de nada.

Quizá no fuera una sorpresa que el rostro de Rosalie se me apareciera de forma intermitente tras los párpados. En las últimas siete décadas, ella me había mostrado un millar de aspectos diferentes de la humanidad que añorar.

—Aún no.

Algo en mi voz hizo que se resistiera a mi sujeción, y se apartó de mi pecho tratando de verme la cara. Estaba a punto de soltarla cuando algo externo a la intensidad de nuestro momento me interrumpió.

Duda. Torpeza. Preocupación. Las palabras no eran más claras de lo habitual, y tampoco había mucho tiempo para hacer conjeturas.

—¿Qué...? —empezó a decir Bella, pero yo estaba ya en movimiento antes de que le diese tiempo a formular su pregunta en voz alta. Apoyó ambas manos en el colchón para evitar caer de bruces cuando yo salí disparado hacia el rincón oscuro donde solía pasar las noches.

—¡Túmbate! —susurré en el volumen preciso para que ella percibiese la urgencia en mi voz.

Me sorprendió que no se hubiera percatado de los pasos de Charlie al subir las escaleras. Para ser justos, sonaba como si su padre estuviera tratando de no hacer ruido.

Bella reaccionó de inmediato, se zambulló bajo el edredón y se hizo un ovillo. La mano de Charlie ya estaba girando el picaporte. Cuando la puerta chirrió al abrirse, Bella respiró hondo, inhaló y después exhaló despacio. Fue un movimiento exagerado, ligeramente teatral.

Vaya, fue la única reacción que pude descifrar en Charlie. Mientras Bella interpretaba su siguiente respiración dormida, su padre cerró la puerta con cuidado. Aguardé hasta que oí cerrarse la puerta del dormitorio de Charlie y el crujido de los muelles del colchón antes de regresar con Bella.

Ella debía de estar esperando a que le diera la señal de que todo estaba despejado, todavía hecha un ovillo bien rígido y amplificando aún la respiración lenta y estable. Si Charlie la hubiera observado de verdad durante unos segundos, lo más probable es que se hubiese percatado de que estaba fingiendo. A Bella no se le daba especialmente bien el arte del engaño.

Siguiendo aquellos instintos nuevos y extraños —no me habían llevado aún por el mal camino—, me senté en la cama a su lado, me metí bajo el edredón y la rodeé con el brazo.

—Eres una actriz pésima —le dije en tono casual, como si se tratase de algo completamente rutinario que me tumbase con ella de aquel modo—. Diría que ese no es tu camino.

El corazón le volvía a latir con fuerza, pero su voz sonaba con el mismo desenfado que la mía.

—¡Maldita sea!

Se acurrucó contra mí, más cerca que antes, permaneció inmóvil y suspiró con satisfacción. Me pregunté si se quedaría dormida así, en mis brazos. No me parecía probable, dado el pulso acelerado de su corazón, pero no dijo nada más.

Las notas de su canción me vinieron a la cabeza de manera espontánea, y, casi automáticamente, empecé a tararearlas. Fue como si aquel fuera el lugar apropiado para aquella música, el sitio que la había inspirado. Bella no hizo

ningún comentario, pero su cuerpo se tensó, como si estuviera escuchado con atención.

Hice una pausa para preguntarle:

—¿Debería cantarte una canción para que te durmieras?

Me sorprendió al reírse en silencio.

—Claro, ¡como si me pudiera dormir estando tú aquí!

—Lo has hecho todos estos días.

Su tono se endureció.

—Pero no sabía que estabas aquí.

Me alegró que aún pareciese molesta por mis actos indebidos. Sabía que me merecía alguna clase de castigo, que ella debía pedirme explicaciones por mi comportamiento. Sin embargo, no se apartó de mí. No se me ocurría castigo ninguno que tuviese importancia mientras me permitiese tenerla en mis brazos.

—Bueno, ¿y si no quieres dormir...? —le pregunté.

¿Acaso estaba pasando igual que con la comida? ¿Le estaba impidiendo hacer algo vital con mi egoísmo? Pero ¿cómo iba a marcharme si ella quería que me quedase?

—Si no quiero dormir, ¿qué? —repitió ella.

—En ese caso, ¿qué quieres hacer? —¿Me lo diría en caso de estar agotada, o fingiría estar en perfectas condiciones?

Tardó un largo rato en responder.

—No estoy segura —dijo por fin, y no pude evitar preguntarme qué opciones habría valorado en sus deliberaciones. Había tenido bastante descaro al unirme así a ella, en la cama, pero me resultaba extrañamente natural. ¿Le daba a ella la misma sensación? ¿O le había parecido una impertinencia? ¿Hacía que ella, igual que yo, se imaginara más? ¿Era eso lo que había estado pensando durante tanto rato?

—Dímelo cuando lo hayas decidido.

No iba a hacerle ninguna sugerencia. Dejaría que ella llevase la batuta.

Más fácil decirlo que hacerlo. En su silencio, vi que me inclinaba más hacia ella y dejaba que mi rostro la acariciase a lo largo de la mandíbula, inspirando a la vez su fragancia y su calor. El fuego formaba ya tal parte de mí que me resultaba más sencillo percibir otras cosas. Siempre había pensado en su aroma con temor y deseo, pero había numerosas capas en su belleza, capas que no había sido capaz de apreciar hasta ahora.

—Pensaba que te habías insensibilizado —murmuró.

Volví sobre mi anterior metáfora para explicárselo.

—Que haya renunciado a beber el vino no significa que no pueda apreciar el *bouquet*. Hueles a flores, como a lavanda y a fresia. —Solté una carcajada—. Se me hace la boca agua.

Tragó saliva, ruidosa, y dijo con una despreocupación fingida:

—Sí, es raro el día en que no viene alguien a decirme que tengo un olor muy comestible.

Me volví a reír, y después suspiré. Siempre lamentaría esta parte de mi reacción ante ella, pero ya no era una cuestión de tanto peso. Una pequeña espina, tan irrelevante al contemplar la belleza de la rosa.

—He decidido qué quiero hacer —anunció.

Esperé impaciente.

—Quiero saber más sobre ti.

Bueno, tampoco era tan interesante para mí, pero Bella podía tener todo lo que deseara.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué lo haces? —me dijo en un leve suspiro, más bajo que antes—. Sigo sin comprender cómo te esfuerzas tanto para resistirte a lo que... eres. Por favor, no me malinterpretes, me alegra que lo hagas. Solo que no veo la razón por la que te tomas la molestia siquiera.

Me alegraba que me hiciese esa pregunta. Era importante. Traté de encontrar la mejor manera de explicárselo, pero titubeé varias veces.

—Es una buena pregunta, y no eres la primera en hacerla. El resto, la mayoría de los de nuestra especie, están bastante satisfechos con nuestro sino... Y ellos también se asombran ante nuestro modo de vida. Pero, ya ves, solo porque nos hayan repartido ciertas cartas no significa que no podamos elegir el sobreponernos, dominar las ataduras de un destino que ninguno de nosotros deseaba e intentar retener toda la esencia de humanidad que nos resulte posible.

¿Había quedado claro? ¿Comprendería Bella a qué me estaba refiriendo?

No me hizo ningún comentario, y tampoco se movió.

—¿Te has dormido? —le susurré tan silenciosamente que no podría haberla despertado de haber sido el caso.

—No —se apresuró a decir, y no añadió nada más.

Era frustrante y a la vez cómico ver hasta qué punto no había cambiado nada pese a que todo había cambiado. El silencio de sus pensamientos nunca dejaría de ponerme frenético.

—¿Eso es todo lo que te inspira curiosidad? —la espoleé.

—En realidad, no.

No podía verle la cara, pero sabía que estaba sonriendo.

—¿Qué más deseas saber?

—¿Por qué puedes leer mentes? ¿Por qué solo tú? —quiso saber—. ¿Y por qué Alice ve el porvenir? ¿Por qué sucede?

Ojalá tuviera una respuesta mejor. Me encogí de hombros.

—En realidad, lo ignoramos —le reconocí—. Carlisle tiene una teoría: cree que todos traemos algunos de nuestros rasgos humanos más fuertes a la siguiente vida, donde se ven intensificados, como nuestras mentes y nuestros sentidos. Él piensa que yo debía de tener ya una enorme sensibilidad para intuir los pensamientos de quienes me rodeaban y que Alice tenía algún tipo de precognición, dondequiera que estuviese.

—¿Qué es lo que se trajo él a la siguiente vida? ¿Y el resto?

Esta respuesta era más sencilla: me la había planteado muchas veces.

—Carlisle trajo su compasión, y Esme, la capacidad para amar con pasión. Emmett trajo su fuerza, y Rosalie... —Bueno, Rose se había traído su belleza, pero esa me pareció una respuesta carente de todo tacto a la luz de nuestra conversación anterior. Si los celos de Bella dolían siquiera una minúscula fracción de lo que dolían los míos, no deseaba que tuviese un motivo para sentirlos de nuevo—. La... tenacidad. O la obstinación, si así lo prefieres. —Aquello también era cierto, sin duda. Me reí en silencio, al imaginarme cómo debía de haber sido Rosalie cuando era una niña humana—. Jasper es muy interesante. Fue bastante carismático en su primera vida, capaz de influir a todos cuantos tenía a su alrededor para que vieran las cosas a su manera. Ahora es capaz de manipular las emociones de cuantos le rodean para apaciguar una habitación de gente airada, por ejemplo, o a la inversa, exaltar a una multitud aletargada. Es un don muy sutil.

De nuevo, Bella guardaba silencio. No me sorprendió, era mucho que asimilar.

—¿Dónde comenzó todo? —me preguntó por fin—. Quiero decir, Carlisle te cambió a ti, luego alguien antes tuvo que convertirlo a él, y así sucesivamente...

Otra respuesta que no era más que conjeturas.

—¿De dónde procedemos? ¿Evolución? ¿Creación? ¿No podríamos haber evolucionado igual que el resto de las especies, sean presas o depredadores? O... —Aunque yo no coincidía siempre con la inquebrantable fe de Carlisle, sus respuestas eran tan probables como cualquier otra. En ocasiones, quizá por la firmeza de sus pensamientos, parecían ser las más probables, de hecho—. O si no crees que el universo surgió por su cuenta, lo cual me resulta

difícil de aceptar, ¿tan complicado es admitir que la misma fuerza que creó al delicado chiribico y al tiburón, a la cría de foca y a la ballena asesina, hizo a nuestras respectivas especies?

—A ver si lo he entendido. —Estaba intentando sonar tan seria como antes, pero yo ya veía venir la broma—. Yo soy la cría de foca, ¿verdad?

—Exacto —reconocí, y después me reí.

Cerré los ojos y presioné los labios sobre su coronilla. Bella dio un respingo, cambió de postura. ¿Estaría incómoda? Me preparé para soltarla, pero ella se volvió a acomodar, se acurrucó contra mi pecho. Su aliento apenas parecía un poco más profundo que antes. Sus latidos se habían relajado en un ritmo estable.

—¿Estás preparada para dormir o tienes alguna pregunta más? —murmuré.

—Solo uno o dos millones de ellas.

—Tenemos mañana, y pasado mañana, y pasado mañana...

Había sido un pensamiento muy potente en la cocina: la idea de pasar muchas noches más en su compañía. Ahora, acurrucados y juntos en la oscuridad, cobraba aún más fuerza. Si ella lo deseara, lo cierto es que habría muy pocos ratos en los que tendríamos que estar separados. Menos tiempo separados que juntos. ¿Sentía ella también esa alegría tan demoledora?

—¿Estás seguro de que no te vas a desvanecer por la mañana? Después de todo, eres un mito.

Formuló aquella pregunta muy en serio. Sonaba como una auténtica preocupación.

—No te voy a dejar —le prometí, y lo sentí como un voto, una alianza; esperaba que ella pudiese percibirlo en mi voz.

—Entonces, una más por esta noche...

Aguardé a su pregunta, pero no continuó. Me quedé perplejo cuando su corazón comenzó a latir de un modo irregular de nuevo. El aire se calentó a mi alrededor con el pulso de sus venas.

—¿Cuál?

—No, olvídalo —se apresuró a decir—. He cambiado de idea.

—Bella, puedes preguntarme lo que quieras.

No habló. No acertaba a imaginarme nada que pudiera aterrorizarle preguntar a estas alturas. El corazón se le aceleró de nuevo, y refunfuñé en voz alta.

—Intento pensar que no leerte la mente será menos frustrante cada vez, pero no deja de empeorar y empeorar.

—Me alegro de que no puedas leerme la mente —me contestó de inmediato—. Ya es bastante malo que espíes lo que digo en sueños.

Qué extraño que esta fuese su única objeción a mis merodeos, pero sentía demasiada impaciencia por oír la pregunta que no me había hecho, la que le había acelerado el corazón, como para preocuparme por eso ahora.

—Por favor —le rogué.

Sus cabellos me acariciaron el pecho de lado a lado cuando hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si no me lo dices, voy a asumir que es algo mucho peor de lo que es. — Esperé, pero aquel farol no la conmovió. La verdad era que no se me ocurría nada, ni trivial ni tenebroso. Probé a rogar de nuevo—: Por favor.

—Bueno... —vaciló, pero al menos estaba hablando.

O no. Volvió a hacerse el silencio.

—¿Sí? —la insté a continuar.

—Has dicho que Rosalie y Emmett van a casarse pronto... —La frase quedó a medias, y a mí me dejó otra vez perplejo ante el hilo de sus pensamientos. ¿Quería una invitación?

—¿Es ese matrimonio... igual que para los humanos?

Por veloz que fuera el funcionamiento de mi cerebro, tardé un segundo en captarlo. Tendría que haberme resultado más obvio. Tenía que conseguir mantener bien presente en la cabeza que nueve de cada diez veces —en mi experiencia con ella, al menos—, cuando se le aceleraba el corazón, no tenía nada que ver con el miedo. Solía ser atracción. Y ¿cómo iba a resultar sorprendente que pensara en aquello, cuando me acababa de meter en la cama con ella?

Me eché a reír ante mi propia cerrilidad.

—¿Era eso lo que querías preguntar?

Mi pregunta sonó despreocupada, pero no podía evitar responder al tema en cuestión. Se alborotó la tensión eléctrica que me corría por el cuerpo, y tuve que resistirme al impulso de recolocarme de tal forma que mis labios pudieran encontrar los suyos. Esa no era la respuesta correcta. No podía serlo, porque había una segunda pregunta obvia detrás de la primera.

—Sí, supongo que es prácticamente lo mismo —le contesté—. Ya te he dicho que la mayoría de esos deseos humanos están ahí, solo que ocultos por instintos más poderosos.

—Ah.

Bella no continuó. Tal vez me equivocaba.

—¿Había alguna intención detrás de esa curiosidad?

Suspiró.

—Bueno, me preguntaba... si algún día tú y yo...

No, no me equivocaba. Sentí aquel profundo pesar tan repentino como una fuerte presión sobre el pecho. Cómo deseaba disponer de una respuesta diferente que ofrecerle.

—No creo que eso... —Evité la palabra «sexo» porque ella lo había hecho— sea... posible para nosotros.

—¿Porque sería demasiado arduo para ti si yo estuviera demasiado cerca? —susurró.

Qué difícil era no imaginárselo... Redirigí la concentración.

—Eso es un problema, sin duda —le dije lentamente—, pero no me refería a eso. Eres demasiado suave, tan frágil. Tengo que controlar mis actos a cada instante que estamos juntos para no dañarte. Podría matarte con bastante facilidad, Bella, simplemente por accidente. —Levanté la mano con cuidado para apoyarla en su mejilla—. Si me apresurase, si no prestara suficiente atención por un segundo, podría alargar la mano para acariciar tu cara y aplastarte el cráneo por error. No comprendes lo increíblemente frágil que eres. No puedo perder el control mientras estoy a tu lado.

Reconocer aquel obstáculo parecía menos vergonzoso que confesar mi sed. Al fin y al cabo, mi fuerza formaba parte de lo que yo era, solo eso. Ciertamente, mi sed también lo era, pero la intensidad que alcanzaba cerca de ella era antinatural. Ese aspecto de mi ser se me antojaba inexcusable, vergonzoso. Incluso ahora que estaba bajo control, me mortificaba su existencia.

Bella se quedó un largo rato pensando en mi respuesta. Tal vez mi forma de expresarlo hubiera sido más aterradora de lo que yo pretendía, pero ¿cómo iba ella a comprenderlo si edulcoraba la verdad en exceso?

—¿Estás asustada? —le pregunté.

Otra pausa.

—No —me lo dijo muy despacio—. Estoy bien.

Guardamos silencio durante otro momento de reflexión. No me emocionó lo más mínimo la dirección que tomaron mis pensamientos durante su silencio. A pesar de lo mucho que ella me había contado sobre su pasado que no encajaría con esto... Aunque Bella había introducido el tema con semejante timidez..., no pude evitar preguntármelo. Y a estas alturas ya sabía a la perfección que, si hacía caso omiso a mi curiosidad impertinente, esta no haría más que empezar a enconarse.

Intenté sonar indiferente.

—Ahora soy yo el que siente curiosidad... ¿Nunca has...?

—Naturalmente que no —me respondió de inmediato, sin enfado ninguno, pero sí con incredulidad—. Ya te he dicho que nunca antes he sentido esto por nadie, ni siquiera algo parecido.

¿Acaso pensaba que no había estado prestándole atención?

—Lo sé —le garanticé—. Es solo que conozco los pensamientos de otras personas, y sé que el amor y el deseo no siempre recorren el mismo camino.

—En mi caso, sí. Al menos ahora que ambos existen para mí.

Su uso del plural era una suerte de confesión. Ya sabía que me quería. El hecho de que los dos sintiéramos también esa lujuria iba a complicar las cosas, sin ninguna duda.

Decidí responder a su siguiente pregunta antes de que ella la pudiese formular.

—Eso está bien. Al menos tenemos esto en común.

Bella resopló, pero sonó como un suspiro de satisfacción.

—Tus instintos humanos... —me preguntó con ritmo pausado—. Bueno, ¿me encuentras atractiva en ese sentido?

Aquello me arrancó una carcajada. ¿Acaso había algún sentido en el que no la deseara? En mente, en cuerpo y en alma... y en cuerpo no menos que ninguna de las otras dos. Le acaricié el pelo sobre el cuello.

—Tal vez no sea humano, pero soy un hombre.

Bella bostezó, y contuve otra carcajada.

—He respondido a tus preguntas, ahora deberías dormir.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—¿Quieres que me marche? —le sugerí, aunque detestaba la idea.

—¡No!

En su indignación, su respuesta sonó mucho más alto que los susurros que habíamos estado empleando toda la noche. No había de qué preocuparse: los ronquidos de Charlie ni siquiera se entrecortaron.

Me volví a reír y me acerqué más a ella. Con los labios sobre su oreja, comencé a tararear su canción de nuevo, tan tenue que apenas era un suspiro.

Pude notar el cambio cuando Bella cruzó el umbral de la inconsciencia. Sus músculos fueron perdiendo toda la tensión hasta que quedaron lánguidos y relajados. Su respiración se ralentizó, y encogió ambas manos contra el pecho, juntas, casi como si estuviera rezando.

No sentí el menor deseo de moverme. De volver a moverme nunca jamás, de hecho. Ya sabía que ella acabaría por cambiar de postura, y yo me tendría que quitar de en medio para no despertarla, pero, por ahora, nada podía ser

más perfecto. Seguía sin estar acostumbrado a este gozo, y lo cierto era que no me daba la sensación de que se tratara de algo a lo que uno se pudiese acostumbrar. Lo abrazaría durante tanto tiempo como fuera posible y sabría que, pasara lo que pasase en el futuro, solo con haber tenido este día tan paradisíaco, ya merecía la pena cualquier dolor que pudiese venir después.

—Edward —susurró Bella en sus sueños—. Edward... Te quiero.

19. Mi hogar

Me pregunté si alguna vez sería más feliz que esta noche. Lo dudaba.

Mientras dormía, Bella me dijo que me quería una y otra vez. La dicha que impregnaba su voz era, más que las palabras en sí, todo lo que yo podría llegar a desear. La hacía feliz de verdad. ¿Acaso no excusaba eso todo lo demás?

Al final, al despuntar el día, cayó en un sueño más profundo y supe que no volvería a hablar. Después de terminar de leer su libro —que ahora se había convertido también en uno de mis preferidos—, pensé en el día que nos esperaba, en la visión de Alice en la que Bella visitaba a mi familia. Aunque lo había visto con nitidez en la mente de mi hermana, me costaba creerlo. ¿Querría Bella hacer aquello? ¿Quería yo?

Pensé en la amistad considerablemente desarrollada de Alice y Bella, una amistad cuya existencia la propia Bella aún ignoraba. Ahora que me sentía seguro respecto al futuro al que aspiraba y las probabilidades de que se hiciera realidad, sí se me antojaba algo cruel mantenerlas separadas. ¿Qué pensaría Bella de Emmett? No estaba seguro al cien por cien de que mi hermano se fuese a comportar como era debido. Probablemente le parecería hilarante decirle a Bella algo desagradable o terrorífico. Quizá si le prometía algo que quisiera... ¿Un combate de lucha libre, quizá? ¿Un partido de fútbol? Debía de haber un precio que estuviera dispuesto a aceptar. Ya había visto que Jasper mantendría las distancias, pero ¿era porque Alice había pensado en decírselo o dependía su visión de mis acciones? Bella ya había conocido a Carlisle, claro, pero en esta ocasión sería distinto. Me gustaba la idea de que pasara tiempo con él, era el mejor de todos nosotros. Conocerlo más a fondo solo haría que nos tuviera todavía en más estima. Y Esme, por su parte, estaría extática por conocer a Bella. La idea de causarle a Esme tanta felicidad casi hacía que me decidiera a presentársela.

En realidad, solo había un obstáculo.

Rosalie.

Llegué a la conclusión de que prepararla era imperativo antes siquiera de pensar en llevar a Bella a casa. Y para eso tenía que dejarla.

La miré: seguía profundamente dormida. Yo me había trasladado al suelo, al lado de su cama, cuando había empezado a hacer sus giros nocturnos. Me apoyé contra el borde del colchón, con la mano estirada y un mechón de su pelo enrollado en el dedo. Suspiré y me desenredé de ella. Tenía que hacerlo. No se daría cuenta de que me había ido, pero, durante este corto interludio, yo sí la echaría de menos.

Fui a casa a toda prisa, con la esperanza de completar mi tarea lo más rápido posible. Alice ya había cumplido con su parte, como de costumbre. La mayoría de las cosas que yo quería organizar eran simples detalles. Alice sabía cuáles eran los más esenciales, así que, como no podía ser de otra manera, cuando llegué corriendo a casa, Rosalie ya me estaba esperando en el porche delantero, sentada en el primer escalón.

Alice no le había contado mucho. Cuando la vi, me pareció que estaba algo confundida, como si no tuviese ni idea de para qué estaba esperando. Sin embargo, al verme frunció el ceño de inmediato.

Uf, ¿y ahora qué?

—Rose, por favor —la llamé—. ¿Podemos hablar?

Tendría que haber sabido que Alice solo pretendía ayudarte a ti.

—Y a sí misma, un poco.

Se puso en pie y se sacudió los vaqueros.

—Por favor, Rose.

¡Vale! Vale. Di lo que tengas que decir.

Le tendí el brazo a modo de invitación.

—¿Damos un paseo?

Apretó los labios, pero asintió. La guie hacia el otro lado de la casa, hasta la orilla de aquel río negro como la noche. Al principio caminamos bordeando el agua, hacia el norte, en silencio. No había más sonido que el de la corriente del río.

Había elegido este camino a propósito. Tenía la esperanza de que le recordara al momento que yo había estado rememorando un rato antes, el día que Rosalie había traído a Emmett a casa. La primera vez que ella y yo habíamos encontrado un punto en común.

—¿Podemos ir al grano de una vez? —protestó.

Aunque de su tono de voz solo se desprendía irritación, en su mente también se oían otras cosas. Estaba nerviosa. ¿Tendría miedo de que estuviese

enfadado por la apuesta? Supuse que se sentía un poco avergonzada.

—Quiero pedirte un favor —le dije—. Aunque sé que no te resultará fácil.

No era lo que ella esperaba. Pero la amabilidad de mi voz la había exasperado todavía más.

Quieres que sea simpática con la humana, adivinó.

—Sí. No tiene que caerte bien, si así lo prefieres. Pero es parte de mi vida, y eso la convierte en parte de la tuya. Ya sé que estás en contra, y que no es lo que quieres.

No, te aseguro que no, reiteró.

—Tú no me pediste permiso para traer a Emmett a casa —le recordé.

Ella resopló con desdén. *Eso es diferente*.

—Fue más permanente, sin duda.

Rosalie se detuvo y yo la imité. Me miró de hito en hito, sorprendida y recelosa.

¿Qué quieres decir con eso? ¿No te refieres a nada permanente?

Sus pensamientos estaban tan absortos en estas cuestiones que me sorprendió que inmediatamente después se refiriera a un tema distinto.

—¿Te sentiste herido cuando elegí a Emmett? ¿Te causó eso algún tipo de dolor?

—Por supuesto que no. Elegiste muy bien. —Resopló de nuevo. Mis halagos no la impresionaban—. ¿Podrías darme la oportunidad de demostrarte que yo también he elegido bien?

Rosalie me dio la espalda y echó a andar de nuevo hacia el norte, abriéndose camino por el indómito bosque.

No puedo ni mirarla. Cuando lo hago, no veo a una persona. Solo veo un desperdicio.

Sentí que la ira estallaba en mi interior, pese a mis intentos por controlarla. Reprimí un gruñido e intenté recobrar la compostura. Rosalie echó un vistazo hacia atrás y vio el cambio en mi expresión. Hizo una pausa y se volvió, poniéndose frente a mí. Suavizó el gesto.

Lo siento. No pretendía ser tan cruel. Es solo que no soporto... No soporto ver cómo hace esto.

—Tiene la oportunidad de tenerlo todo, Edward, todo —susurró; el cuerpo de Rosalie estaba rígido por la intensidad de sus emociones—. Tiene por delante una vida llena de posibilidades, y lo va a desperdiciar todo, absolutamente todo. Todo lo que yo perdí. No puedo verlo, no soy capaz de soportarlo.

La miré conmovido. Los últimos días, me habían molestado los extraños celos de Rosalie, que sin duda se debían a que yo prefería a Bella. Esa parte era mezquina e infantil, pero esto era diferente, se trataba de algo mucho más profundo. Sentí que, desde que había salvado la vida de Bella, comprendía a mi hermana por primera vez.

Alargué una mano y la puse sobre su hombro con suavidad, convencido de que ella la apartaría. Sin embargo, se quedó muy quieta.

—No voy a permitir que eso suceda —le prometí, con la misma intensidad que ella.

Estudió mi rostro unos segundos y entonces visualizó a Bella. No era la representación perfecta de las visiones de Alice, en realidad, se parecía más a una caricatura, pero estaba muy claro lo que pretendía decirme con ese pensamiento. En esa imagen, Bella tenía la piel blanca y los ojos de color rojo sangre. Rosalie la había aderezado con un profundo desagrado.

¿No es este tu objetivo?

Negué con la cabeza, tan disgustado como ella.

—No. No, lo que yo quiero es que lo tenga todo. No pienso arrebatarle nada, Rose. ¿Lo entiendes? No voy a herirla de ese modo.

Ahora se sentía inquieta. *Pero... ¿y cómo esperas que eso... funcione?*

Me encogí de hombros, fingiendo una despreocupación que no sentía.

—¿Cuánto tardará en aburrirse de un chico de diecisiete años? ¿Crees que puedo conseguir que siga interesada en mí hasta que tenga veintitrés? ¿Veinticinco, tal vez? Al final... pasará página.

Intenté controlar mis facciones, esconder lo mucho que me costaba pronunciar aquellas palabras, pero no conseguí engañarla.

Estás jugando a un juego muy peligroso, Edward.

—Encontraré la forma de sobrevivir. Cuando se haya ido... —Me estremecí y dejé caer la mano.

—No me refería a eso —replicó. *Mira, no eres santo de mi devoción, pero no hay ni un solo hombre humano que se pueda comparar contigo, y lo sabes.*

Negué con la cabeza.

—Algún día querrá más de lo que puedo darle. —Al fin y al cabo, yo no podía darle gran cosa—. Tú habrías querido más, ¿no es así? ¿Qué harías si fueras ella y Emmett fuera yo?

Rosalie se tomó mi pregunta muy en serio y reflexionó largo y tendido su respuesta. Se imaginó a Emmett igual que era ahora, con su espontánea sonrisa y las manos tendidas hacia ella. Se vio de nuevo a sí misma como humana, aún hermosa, pero menos llamativa, también alargando las manos

hacia él. Luego se imaginó a su yo humano dándole la espalda. Ninguna de las dos imágenes parecía satisfacerla.

Pero yo sé lo que he perdido, pensó con voz apagada. *No creo que ella lo vea igual.*

—Voy a parecer una octogenaria con esto que voy a decir —continuó en voz alta, con un repentino y leve matiz de frivolidad en la voz—. Pero... ya sabes cómo son los jóvenes de hoy. —Sonrió con tristeza—. Solo piensan en el aquí y el ahora. No piensan en qué será de su futuro dentro de cinco años, así que ni mucho menos dentro de cincuenta. ¿Qué harás cuando te pida que la conviertas?

—Le explicaré por qué está mal. Le hablaré de todo lo que perderá.

¿Y cuando te lo suplique?

Vacilé al pensar en la visión de Alice de una Bella destrozada, con las mejillas hundidas y el cuerpo ovillado, preso de la agonía. ¿Y si era mi presencia, en lugar de mi ausencia, la causante de que se sintiera así? La imaginé sintiendo tanta amargura como Rosalie.

—Me negaré.

Rose se percató de la firmeza que impregnaba mi voz, y vi que por fin entendía mi determinación. Asintió para sí.

Sigo pensando que es demasiado peligroso. No estoy segura de que seas tan fuerte.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia casa, despacio. Yo la seguí.

—Tu vida no es como tú querías —le dije en voz baja—. Pero, en las últimas siete décadas, ¿podrías decir que has disfrutado de, al menos, cinco años de pura felicidad?

En su mente empezaron a sucederse imágenes fugaces de las mejores partes de su vida, todas ellas relacionadas con Emmett, pero me di cuenta de que, obstinada como nunca, no quería darme la razón.

Sonreí sin entusiasmo.

—¿Tal vez incluso diez? —No me respondió—. Déjame disfrutar de mis cinco años, Rosalie —susurré—. Sé que no puede durar. Déjame ser feliz mientras la felicidad sea posible. Sé parte de esa felicidad. Sé mi hermana y, si no puedes querer a la persona que he elegido igual que yo quiero a la que elegiste tú, ¿puedes al menos fingir que la toleras?

Mis palabras, amables y sosegadas, parecieron caer como una losa sobre su conciencia. De repente, sus hombros adoptaron una postura rígida y frágil.

No estoy segura de ser capaz. Ver todo lo que yo quería... fuera de mi alcance... Me hace demasiado daño.

Sería doloroso para ella, lo sabía. Pero también sabía que su pena y sus remordimientos no equivaldrían ni a una fracción de la angustia que me esperaba a mí. La vida de Rosalie volvería a ser igual que ahora. Emmett seguiría aquí para reconfortarla. Sin embargo, yo... Yo lo perdería todo.

—¿Lo intentarás? —le pedí con voz más firme.

Aminoró el ritmo durante unos cuantos segundos, con la mirada clavada en los pies. Finalmente, asintió con los hombros hundidos. *Puedo intentarlo.*

—Existe la posibilidad de... Alice ha visto que Bella vendría a casa por la mañana.

Alzó la vista para mirarme, enfadada de nuevo. *Necesito más tiempo.*

Levanté las manos en un gesto para aplacarla.

—Tómate el tiempo que necesites.

Me entristecía, y me cansaba, ver que sus ojos volvían a estar colmados de sospecha. Quizá ella no era lo bastante fuerte; pareció advertir que yo la juzgaba con la mirada. De repente, apartó la vista y corrió hacia casa. Yo la dejé marchar.

El resto de mis recados no me costaron tanto tiempo ni fueron tan complicados. Jasper accedió a lo que le pedí sin protestar. Mi madre estaba encantada, feliz y expectante. Lo que quería pedirle a Emmett ya no tenía razón de ser; estaba claro que estaría con Rosalie, y ella estaría lejos de casa.

Bueno, era un comienzo. Al menos había conseguido que Rose prometiera que lo intentaría.

Incluso me tomé un momento para cambiarme de ropa. Aunque la camiseta sin mangas que Alice me había regalado tiempo atrás no me había traído ninguna de las desgracias que tanto había temido —de hecho, me había aportado algunos placeres inesperados—, por alguna razón, me seguía pareciendo de mal gusto. Me sentía más cómodo con mi ropa de siempre.

Al salir encontré a Alice apoyada en la columna que había junto a los escalones del porche, cerca de donde Rosalie me había esperado. Sonreía con petulancia. *Todo está perfecto para la visita de Bella. Tal y como yo lo había visualizado.*

Me entraron ganas de decirle que lo que veía ahora seguía sin ser más que una visión, tan cambiante como la primera, pero ¿para qué molestarme?

—No estás teniendo en cuenta los deseos de Bella —le recordé.

Ella puso los ojos en blanco. *¿Alguna vez te ha dicho que no?*

No le faltaba razón.

—Alice, yo...

Me interrumpió, ya sabía lo que le iba a preguntar.

Míralo con tus propios ojos.

Visualizó los hilos entrelazados del futuro de Bella. Algunos eran sólidos, otros, inconsistentes y otros desaparecían entre la niebla. Ahora estaban más ordenados, ya no se perdían en una maraña confusa. El futuro de mis peores pesadillas se había desvanecido, lo cual era un alivio, pero allí, en el hilo más robusto de todos, la Bella de ojos rojo sangre y piel de diamante seguía ocupando el lugar más prominente. La visión que yo buscaba solo formaba parte de las líneas más nebulosas, de los hilos y los lazos de la periferia. Bella con veinte años, Bella con veinticinco. Eran visiones de aspecto endeble, con los bordes borrosos y difuminados.

Alice se abrazó las piernas con fuerza. No necesitaba leer la mente ni ver el futuro para interpretar la frustración que asomaba en mis ojos.

—Eso no sucederá nunca —aseveré.

¿Alguna vez le has dicho que no a Bella?

La miré con el ceño fruncido mientras bajaba los escalones y luego eché a correr. Apenas unos momentos después, ya estaba en la habitación de Bella. Aparté a Alice de mi mente y dejé que la calma del reposo de Bella se adueñara de mí. No parecía haberse movido ni un ápice. Y, sin embargo, mi ausencia, pese a su brevedad, había cambiado las cosas. Volvía a sentirme... inseguro. En lugar de sentarme en su cama, como había hecho antes, me descubrí de nuevo en su vieja mecedora. No quería ser presuntuoso.

Charlie se levantó poco después de que yo volviera, cuando las primeras luces del alba apenas empezaban a despuntar en el cielo. Estaba seguro, por sus rutinas habituales y también por sus imprecisos pero alegres pensamientos, de que se disponía a ir a pescar otra vez. Tras echar un rápido vistazo a la habitación de Bella para encontrarla dormida de manera más convincente que la noche anterior, bajó a la planta principal de puntillas y empezó a rebuscar entre su equipo de pesca, que guardaba debajo de las escaleras. Salió de casa justo cuando una luminosidad tenue y gris empezaba a filtrarse entre las nubes. Volví a oír el rechinar del viejo capó de la camioneta de Bella y me acerqué a la ventana a mirar.

Charlie aseguró el capó abierto con un puntal y reemplazó los cables de la batería que había dejado colgando a los lados. No era un problema muy difícil de arreglar, pero supuse que habría dado por hecho que Bella no intentaría reparar la camioneta en la oscuridad. Me pregunté dónde creía que pensaba ir su hija.

Tras cargar las cañas de pescar y los aparejos en el maletero de su coche patrulla, se marchó. Volví a mi sitio y esperé a que Bella se despertara.

Más de una hora después, cuando el sol ya asomaba por encima del denso manto de nubes, Bella se movió por fin. Se cubrió la cara con un brazo, como si quisiese bloquear la luz, gimió en voz baja, se puso de lado y escondió la cabeza debajo de la almohada.

De pronto, dejó escapar un grito ahogado, dio un respingo y se incorporó medio dormida hasta quedar sentada en la cama. Le costaba enfocar la mirada; era obvio que estaba buscando algo.

Nunca la había visto así, recién despertada. Me pregunté si su pelo siempre tendría el mismo aspecto o si sería yo el responsable de que estuviera tan enmarañado.

—Tu pelo parece un almiar, pero me gusta —la informé, y sus ojos me encontraron, con una expresión colmada de alivio.

—¡Edward, te has quedado!

Se puso en pie con dificultad, moviéndose con torpeza tras haber estado tumbada tantas horas. Luego vino brincando hasta donde yo estaba y se lanzó a mis brazos. De pronto, mi miedo a ser presuntuoso me pareció una tontería. La levanté con facilidad y la coloqué sobre mi regazo. Parecía sorprendida por su propia impulsividad y me eché a reír al ver su expresión pesarosa, como de disculpa.

—Por supuesto —contesté.

El corazón le dio un vuelco; sonaba confundido. Le había dado muy poco tiempo para pasar del descanso a las carreras. Le froté los hombros con la esperanza de apaciguarlo. Ella dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

—Estaba convencida de que era un sueño —susurró.

—No eres tan creativa —bromeé. Yo no me acordaba de cómo era soñar, pero, por lo que había oído en otros cerebros humanos, me daba la impresión de que no era nada coherente ni detallado.

De pronto, Bella se puso rígida. Aparté las manos cuando se levantó de golpe.

—¡Charlie! —exclamó.

—Se ha marchado hace una hora... Después de volver a conectar los cables de la batería de tu coche, debería añadir. He de admitir que estoy algo decepcionado. ¿De verdad bastaría con eso para detenerte si estuvieras decidida a irte?

Se balanceó con cierta indecisión sobre los talones y los dedos de los pies, mirando de mi cara a la puerta y luego a mi cara otra vez. Pasaron unos segundos en los que pareció debatir consigo misma.

—No sueles estar tan confundida por la mañana —le dije.

En realidad, no podía saberlo. Nunca la veía hasta después de que hubiera tenido tiempo de sobra para despertarse, pero esperaba que —como solía hacer siempre que yo daba algo por sentado— me contradijera y pasara a explicarme el dilema al que se enfrentaba. Le tendí los brazos para darle a entender que era bienvenida —más que bienvenida— si quería volver a mi regazo. Ella se inclinó hacia mí, pero frunció el ceño y dijo:

—Necesito otro minuto humano.

Por supuesto. Estaba seguro de que cada vez se me daría mejor.

—Esperaré —le prometí. Me había pedido que me quedara y la esperaría hasta que me dijera que me fuese.

Esta vez no tardó mucho. La oí dar portazos con los armarios y cerrar puertas de golpe. Tenía prisa. Hice una mueca al oír cómo se pasaba el cepillo por los enredos.

Apenas tardó unos instantes en volver junto a mí. Tenía dos manchas de color en las mejillas y los ojos brillantes y llenos de anhelo. Sin embargo, se movió con más cuidado al acercarse a mí e hizo una pausa, insegura, cuando sus rodillas quedaron a un par de centímetros de las mías. Se retorció las manos, nerviosa, aunque no parecía ser consciente de ello.

Supuse que volvía a sentir cierta timidez, que experimentaba la misma inquietud posterior a la separación que había experimentado yo esa misma mañana. Y no tenía ninguna necesidad de sentirse así, algo que estaba seguro de que también aplicaba en mi caso.

La estreché cuidadosamente entre mis brazos y ella se acurrucó contra mi pecho, envolviendo mis piernas con las suyas.

—Bienvenida otra vez —murmuré.

Ella suspiró, satisfecha. Me acarició el brazo derecho con los dedos, despacio, con minuciosidad, hacia abajo y luego hacia arriba, mientras yo la mecía al ritmo de su respiración.

Las puntas de sus dedos deambularon hasta mis hombros y se detuvieron en el cuello de mi camisa. Se inclinó hacia atrás y me miró, consternada.

—¡Te has ido!

Sonreí.

—Difícilmente podía salir con las mismas ropas con las que entré. ¿Qué pensarían los vecinos?

La insatisfacción de Bella no hizo sino intensificarse. No quería explicarle los recados que había ido a hacer, así que le dije lo único que estaba seguro de que la distraería.

—Has dormido profundamente, no me he perdido nada. Empezaste a hablar en sueños muy pronto.

Bella gimió, tal y como me esperaba.

—¿Qué oíste? —me preguntó.

Me resultó imposible mantener el tono jocoso. Le confesé la verdad mientras sentía que mi interior se derretía en una felicidad líquida:

—Dijiste que me querías.

Bajó la vista y me apoyó la cara en el hombro, escondiéndose.

—Eso ya lo sabías —susurró. Sentí el calor de su aliento a través del algodón de la camisa.

—Da lo mismo, es agradable oírlo —murmuré con la boca pegada a su pelo.

—Te quiero.

Esas palabras no habían perdido la capacidad de emocionarme; al revés, ahora se me antojaban todavía más abrumadoras. Significaba mucho que ella eligiera decírmelas a sabiendas de que ahora podía escucharlas.

Yo quería hallar palabras todavía más fuertes, palabras que pudieran describir con exactitud en qué se había convertido ella para mí. No quedaba nada en mi interior que no se dedicara por completo a ella. Recordé nuestra primera conversación, recordé que entonces no sentía que tuviera una vida de verdad. Eso había cambiado.

—Ahora tú eres mi vida —murmuré.

Aunque el cielo seguía encapotado de densas nubes, con el sol profundamente enterrado tras ellas, de algún modo, una luz dorada inundó la habitación. El aire se aclaró, se hizo más puro que la atmósfera habitual. Nos mecimos despacio, mientras yo la envolvía en mis brazos y saboreaba aquella perfección.

Volví a pensar, tal y como había hecho a menudo en las veinticuatro horas pasadas, que estaría plenamente satisfecho con el universo si no tenía que moverme nunca más. Y, a juzgar por cómo su cuerpo se derretía contra el mío, ella debía de sentir lo mismo.

Pero tenía responsabilidades que cumplir. No me quedaba otro remedio que mantener mi revoltosa felicidad a raya y ser práctico. La abracé con fuerza un instante más y luego me obligué a relajar los brazos.

—Hora de desayunar —propuse.

Bella vaciló, tal vez tan reacia a separarse de mí como yo lo estaba a separarme de ella. Luego apartó el torso del mío y se inclinó hacia atrás para que pudiera ver su rostro. Tenía los ojos abiertos de par en par, aterrorizados.

Abrió la boca y se llevó las manos al cuello para protegerse. Su evidente angustia me horrorizó de tal forma que no pude procesar lo que estaba ocurriendo. Desplegué mis sentidos a mi alrededor como tentáculos, en busca del peligro que la amenazaba. Pero entonces, antes de que me diera tiempo a saltar por la ventana con ella en brazos y correr hasta llevarla a un lugar seguro, relajó el rostro con una sonrisa taimada. Por fin entendí la relación entre mis palabras y su reacción: era un chiste.

Se echó a reír.

—¡Era una broma! ¡Y tú dijiste que no sabía actuar!

Tardé medio segundo en recuperar la compostura. El alivio me hacía sentir débil, pero aún estaba alterado.

—Eso no ha sido divertido.

—Lo ha sido —insistió—, y lo sabes.

No pude evitar sonreírle. Supuse que, si los chistes de vampiros iban a ser recurrentes, sería capaz de soportarlo. Lo haría por ella.

—¿Puedo reformular la frase? Hora de desayunar para los humanos.

Ella sonrió alegremente.

—Ah, de acuerdo.

Aunque estaba dispuesto a aceptar un futuro lleno de chistes malos, no estaba del todo preparado para permitir que Bella saliera indemne en esta ocasión. Me moví con extremo cuidado, pero no despacio. Con la esperanza de que le resultara tan impactante como me había resultado a mí su broma —aunque sin asustarla tanto, claro—, me la eché al hombro y salí como un rayo de la habitación.

—¡Eh! —protestó; su voz saltaba con mis movimientos, así que aminoré la marcha mientras bajaba las escaleras—. ¡Uf!

Ahogó un grito cuando la bajé al suelo y la senté suavemente en una silla de la cocina. Levantó la vista y me sonrió; no estaba impactada en absoluto.

—¿Qué hay para desayunar?

Fruncí el ceño. No me había dado tiempo a investigar el asunto de la comida humana. Bueno, sabía más o menos qué aspecto tenía, así que probablemente podía improvisar...

—Eh... —vacilé—. No estoy seguro. ¿Qué te gustaría?

Esperaba que fuese algo fácil.

Bella se echó a reír al verme tan confundido y se levantó, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Vale, sola me defiende bastante bien —me aseguró. Enarcó una ceja y añadió—: Obsérvame cazar.

Contemplarla en su ambiente fue fascinante y revelador. Nunca la había visto tan cómoda y segura de sí misma. Era evidente que podría haber encontrado todo lo que buscaba con los ojos vendados. Primero cogió un cuenco y, después —tras ponerse de puntillas—, una caja de cereales de marca blanca de un estante alto. Se dio la vuelta para abrir la nevera mientras sacaba una cuchara de un cajón, que luego cerró con un golpe de cadera. Solo dudó cuando hubo reunido todo sobre la mesa.

—¿Quieres algo?

Puse los ojos en blanco.

—Limítate a comer, Bella.

Se llevó a la boca una cucharada de ese menjunje de aspecto incomedible y masticó rápidamente sin dejar de mirarme. Después de tragar, me preguntó:

—¿Qué planes tenemos para hoy?

—Eh... —Mi intención había sido ir abordando el tema poco a poco, pero si le contestaba que no tenía ninguna idea le estaría mintiendo—. ¿Qué te parecería conocer a mi familia?

Palideció. Bueno, si su respuesta era un no, no había más que hablar. Me pregunté cómo era posible que Alice se hubiese equivocado.

—¿Ahora tienes miedo?

Lo pregunté casi como si quisiera que me dijera que sí. Supuse que yo mismo había estado esperando ese momento, ese «algo» que sería demasiado para Bella. Su respuesta era evidente en sus ojos y, aun así, con voz baja y trémula, contestó:

—Sí.

Eso no me lo esperaba. Jamás admitía que tenía miedo o, al menos, jamás admitía tenerme miedo a mí.

—No te preocupes. Te protegeré.

Sonreí sin entusiasmo. No estaba tratando de convencerla. Había un millón de cosas que podíamos hacer juntos que no la harían sentir que se estaba jugando la vida, pero quería que supiera que siempre me interpondría entre ella y cualquier peligro, monstruo o meteorito.

Negó con la cabeza.

—No los temo a ellos, sino que temo no gustarles. ¿No les va a sorprender que lleves a casa a alguien, bueno, a alguien como yo? ¿Sabes que lo sé?

Me golpeó una oleada de ira inesperada. Quizá fuese porque tenía razón, al menos en el caso de Rosalie. Odiaba que Bella hablara de sí misma de ese modo, como si hubiese algo malo en ella, en lugar de al revés.

—Oh, están al corriente de todo —respondí; la exasperación en mi voz era evidente. Intenté sonreír, pero sabía que el gesto no había logrado suavizar mi tono—. Ayer hicieron apuestas, ya sabes, sobre si te traería de vuelta, aunque no consigo imaginar la razón por la que alguien apostaría contra Alice. —Reparé en que la estaba predisponiendo en contra de ellos, pero era justo que lo supiera. Traté de controlar mi rabia—. De todos modos, no tenemos secretos en la familia. No es viable con mi don para leer las mentes, la precognición de Alice y todo eso.

Sonrió débilmente y añadió:

—Y con Jasper haciendo que te sientas encantado de contar todos tus secretos, no lo olvides.

—Prestaste atención.

—Sé hacerlo de vez en cuando. —Frunció el ceño, como si se estuviese concentrando, y luego asintió. Casi como si estuviese aceptando la invitación—. ¿Así que Alice me ha visto yendo a tu casa?

Bella hablaba de forma pragmática, como si nuestro tema de conversación fuese algo mundano. Yo, en cambio, sí estaba sorprendido, porque parecía que estaba aceptando ir a conocer a mi familia, como si la visión de Alice significara que no había otra opción.

Su completa aceptación de la palabra de Alice fue, para mí, como echar sal en la herida. Odiaba la posibilidad de que, incluso ahora, estuviese destrozando la vida de Bella.

—Algo por el estilo —admití.

Me volví hacia la ventana como si estuviese mirando el patio trasero. No quería que ella viera lo disgustado que estaba. Sentía su mirada sobre mí y dudaba mucho que fuese capaz de engañarla.

Me obligué a levantar los ánimos que yo mismo había estropeado y le sonreí con tanta naturalidad como me fue posible.

—¿Tiene buen sabor? —le pregunté señalando los cereales—. La verdad es que no parece muy apetitoso.

—Bueno, no es un oso pardo irritado... —Se interrumpió al ver mi reacción y se concentró en comer, esta vez más rápido.

Ella también le estaba dando vueltas a algo; masticaba con la mirada perdida. Sin embargo, dudaba que nuestros pensamientos fuesen en la misma dirección. Volví a mirar por la ventana y la dejé comer en paz. Eché un vistazo al pequeño patio y rememoré el día soleado que había pasado observándola. Recordé el modo en que la oscuridad de las nubes la había

envuelto. Era demasiado fácil recaer en la desesperanza, reconsiderar todas mis buenas intenciones y darme cuenta de que no eran más que egoísmo.

Me volví hacia ella, agitado, solo para descubrir que me observaba sin miedo alguno en la mirada. Confiaba en mí, como siempre había hecho. Respiré hondo.

Estaría a la altura de su confianza. Sabía que podía. Cuando me miraba de ese modo, no había nada que no pudiera hacer.

De acuerdo, quizá Alice tenía razón respecto a esta simple profecía menor. Eso no era ninguna sorpresa. Me pregunté qué parte de la motivación de Bella para aceptar la invitación estaría relacionada con complacerme a mí. La mayor parte, probablemente. Había algo relacionado con todo aquello que yo anhelaba con fuerza, pero me preocupaba que Bella aceptara solo por mí. Bueno, podía al menos darle mi opinión y ver cómo reaccionaba.

—Creo que también tú deberías presentarme a tu padre —dije de forma casual.

Aquello la pilló desprevenida.

—Ya te conoce.

—Como tu novio, quiero decir.

Entornó los ojos.

—¿Por qué?

—¿No es esa la costumbre? —Conseguí sonar tranquilo, pero su reticencia me había puesto nervioso.

—Lo ignoro —admitió. Cuando continuó, lo hizo en voz más baja e insegura—: No es necesario, ya sabes. No espero que tú... Quiero decir, no tienes que fingir por mí.

¿Acaso pensaba que era una tarea desagradable de la que me haría cargo solo por ella?

—No estoy fingiendo —le prometí.

Bajó la vista hacia el desayuno y removió los restos de cereales sin energía. Quizá era mejor que me dijera que no y punto.

—¿Vas a decirle a Charlie que soy tu novio o no?

Sin levantar los ojos, preguntó en voz baja:

—¿Es eso lo que eres?

No era el rechazo que temía. Era evidente que había algo que yo no estaba entendiendo bien. ¿Creía que era mejor que Charlie no supiese nada de mí porque no era humano? ¿O era otra cosa?

—Admito que es una interpretación libre, dada la connotación humana de la palabra.

—De hecho, tengo la impresión de que eres algo más —susurró, con la cabeza todavía gacha, como si le estuviese hablando a la mesa.

Una vez más, su expresión me recordó a aquella conversación tan cargada que habíamos tenido en la cafetería, a cómo ella pensaba que nuestros sentimientos eran desiguales, que los míos eran menos intensos. No comprendía cómo pedirle que me presentara a su padre la había hecho volver a pensar así. A no ser que se tratase de la transitoriedad de la palabra «novio»... Era un concepto muy humano, efímero. Ciertamente, esa palabra no expresaba ni una diminuta fracción de lo que quería que ella fuese para mí, pero era la palabra que Charlie entendería.

—Bueno, no creo necesario darle todos los detalles morbosos —añadí en voz baja. Alargué una mano para levantarle la cara con un dedo y así poder mirarla a los ojos—. Pero vamos a necesitar una explicación de por qué merodeo tanto por aquí. No quiero que el jefe de policía Swan me imponga una orden de alejamiento.

—¿Estarás? —preguntó con ansiedad, ignorando mi broma—. ¿De veras vas a estar aquí?

—Tanto tiempo como tú me quieras.

Sería suyo hasta que me pidiera que me marchase. Ella me miró con tanta intensidad que casi me fulminó.

—Te querré siempre. Para siempre.

Oí la certeza de Alice. «¿*Alguna vez le has dicho que no a Bella?*».

Y también las preguntas de Rosalie. «¿*Qué harás cuando te pida que la conviertas? ¿Y cuando te lo suplique?*».

Rosalie tenía razón en una cosa. Cuando Bella decía la palabra «siempre», para ella no significaba lo mismo que para mí. Para ella solo significaba mucho tiempo, significaba que todavía no podía ver el fin. ¿Cómo iba a comprender alguien de diecisiete años lo que significaban cincuenta? ¿Lo que significaba la eternidad? Era humana, no una inmortal congelada en el tiempo. En apenas unos años, se reinventaría muchas veces; sus prioridades cambiarían a medida que su mundo se expandiese. Las cosas que quería ahora no eran las mismas que querría entonces.

Caminé despacio hasta ponerme a su lado, consciente de que se me acababa el tiempo. Le recorrí la cara con las puntas de los dedos. Ella me miró, intentando comprender.

—¿Eso te entristece? —preguntó.

No supe cómo contestarle. Me limité a contemplar su rostro, y me sentí como si pudiera verlo cambiar infinitesimalmente, con cada latido de su

corazón. Ella no apartó la vista en ningún momento; me pregunté qué vería en el mío, si estaría pensando en que no cambiaría jamás.

La sensación de que la arena seguía cayendo a la mitad inferior del reloj no hizo sino intensificarse. No teníamos tiempo que perder.

Miré su cuenco de cereales casi vacío.

—¿Has terminado?

Se levantó.

—Sí.

—Vístete... Te esperaré aquí.

Me obedeció sin mediar palabra.

Necesitaba pasar un minuto a solas. No sabía por qué estaba tan perdido en tantos y tan desagradables pensamientos. Necesitaba tranquilizarme. Debía aferrarme a cada segundo de felicidad que se me concediera, sobre todo porque esos segundos estaban contados. Era consciente de mi gran habilidad para arruinar hasta los mejores momentos por culpa de mis miserables dudas y de las infinitas vueltas que daba a las cosas. Qué desperdicio, si tenía apenas unos pocos años, malgastar ninguno de ellos con lamentos.

Oí a través del techo los ruidos que hacía Bella mientras se peleaba con el armario. No estaba causando tanta conmoción como hacía dos noches, cuando se había preparado para nuestra excursión al prado, pero casi. Esperé que no se estresara mucho por lo que pensaría mi familia de su aspecto. Alice y Esme ya la querían de forma incondicional y los demás no se fijarían en la ropa que llevaba puesta. Solo verían a una chica humana lo bastante valiente como para ir de visita a una casa llena de vampiros. Hasta Jasper estaría impresionado.

Cuando bajó corriendo las escaleras, yo ya volvía a ser dueño de mí mismo. Solo tenía que concentrarme en el día que me esperaba, dedicarme enteramente a las próximas doce horas que pasaría al lado de Bella. Eso era más que suficiente para hacerme sonreír.

—De acuerdo. Estoy presentable —anunció mientras bajaba los escalones de dos en dos.

La atrapé cuando estuvo a punto de chocarse conmigo. Levantó la vista con una sonrisa de oreja a oreja y todas las dudas que todavía me acechaban se disiparon.

Tal y como esperaba, se había puesto la misma blusa azul que llevaba en Port Angeles. Mi preferida, creía yo. Estaba preciosa. Y me gustaba que se hubiera recogido el pelo, así no tenía forma de esconderse tras él.

En un impulso, la abracé y la atraje hacia mí. Aspiré su aroma y sonreí.

—Te has vuelto a equivocar —bromeé—. Vas totalmente indecente. No está bien que alguien tenga un aspecto tan apetecible.

—¿Cómo de apetecible? —preguntó con cautela—. Puedo cambiar...

La noche anterior me había preguntado si me atraía como mujer y, aunque para mí resultaba obvio que se trataba de una pregunta absurda, quizá era posible, de algún modo, que ella no lo hubiera comprendido aún.

—Eres tan ridícula... —Me reí y le di un beso en la frente, abandonándome al tacto de su piel contra mis labios; me sobrevino una oleada de electricidad que se extendió por todo mi cuerpo—. ¿Debo explicarte por qué me resultas apetecible?

Poco a poco, recorrí su espina dorsal con los dedos; descubrí la curva en la parte baja de su espalda y detuve la mano justo en la línea de su cadera. Aunque solo había pretendido fastidiarla, pronto me perdí en el momento. Le rocé la sien con los labios y oí que se me aceleraba la respiración hasta alcanzar el ritmo de su corazón. Sus dedos temblaron sobre mi pecho. Solo tuve que inclinar la cabeza y entonces sus labios, tan suaves y cálidos, quedaron a apenas una hebra de distancia de los míos. Con cuidado, consciente del poder de la alquimia, le acaricié los labios con los míos.

Mientras mi propio cuerpo volvía a rebosar de luz y electricidad, esperé su reacción, preparado para apartarme si perdíamos el control. Esta vez, ella tuvo más cuidado, se quedó casi inmóvil. Incluso su mano trémula se había aquietado. Moviéndome con toda la cautela que pude reunir, perdido como estaba en esas sensaciones, presioné mis labios contra los suyos con más firmeza, saboreando su dulce abandono. No tenía tanto control sobre mí mismo como debería haber tenido; dejé que mis labios se entreabrieran, quería sentir su aliento en la boca.

Justo en ese momento, le cedieron las piernas y se deslizó entre mis brazos. La cogí antes de que cayera al suelo y la sostuve. Le levanté la cabeza con la mano izquierda; se le desplomaba hacia los lados, sobre el cuello flácido. Tenía los ojos cerrados y los labios pálidos.

—¿Bella? —grité aterrorizado.

Ella ahogó un grito y tomó aire; los párpados le temblaron. Me di cuenta de que hacía rato que no oía el sonido de su respiración..., demasiado rato.

Volvió a respirar entrecortadamente; le costaba encontrar el suelo con los pies.

—Has hecho que me desmaye... —suspiró, con los ojos medio cerrados.

Había dejado de respirar para besarme, literalmente había dejado de respirar, supongo que en un intento equivocado por ponérmelo más fácil.

—¿Qué voy a hacer contigo? —medio gruñí—. Ayer te beso, ¡y me atacas! ¡Y hoy te desmayas!

Ella se rio y se atragantó con su propia risa mientras sus pulmones intentaban reunir el oxígeno necesario. Yo todavía la sostenía entre mis brazos.

—Menos mal que decías que era bueno en todo... —murmuré.

—Ese es el problema. Eres demasiado bueno. —Respiró hondo—. Muy muy bueno.

—¿Estás mareada?

Al menos los labios no se le habían puesto verdes. Un delicado tono rosa se estaba extendiendo poco a poco sobre ellos mientras la contemplaba.

—No... —respondió con voz más firme—. No ha sido la misma clase de desfallecimiento de siempre. No sé qué ha sucedido. Creo que me he olvidado de respirar.

Ya me había dado cuenta.

—No te puedo llevar de esta guisa a ningún sitio —refunfuñé.

Respiró hondo otra vez y luego, todavía entre mis brazos, se irguió. Parpadeó cinco veces y alzó la barbilla, en su gesto más obstinado.

—Estoy bien. —Su voz sonaba más firme, tenía que reconocerlo. Y ya había recuperado el color—. Tu familia va a pensar que estoy loca de todos modos, así que... ¿Cuál es la diferencia?

La examiné con atención. Su respiración ya se había acompasado y los latidos de su corazón eran más fuertes que hacía unos segundos. Parecía ser capaz de sostenerse por su propio pie sin dificultad y las rosas de sus mejillas estaban más resplandecientes con cada segundo que pasaba; contrastaban con el vívido azul de su blusa.

—Siento cierta debilidad por el color de esa blusa sobre tu piel —le dije, y se sonrojó aún más.

—Mira —me dijo, interrumpiendo mi escrutinio—, intento con todas mis fuerzas no pensar en lo que estoy a punto de hacer, así que ¿podemos irnos ya?

Su voz había recuperado también la fuerza habitual.

—A ti no te preocupa dirigirte al encuentro de una casa llena de vampiros, lo que te preocupa es conseguir su aprobación, ¿me equivoco?

Ella sonrió.

—No.

Negué con la cabeza.

—Eres increíble.

Sonrió todavía más. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la puerta.

Pensé que era mejor fingir que ya habíamos decidido quién conduciría que preguntárselo, así que la dejé liderar el camino hasta su camioneta y le abrí diestramente la puerta del copiloto. Ella no objetó de modo alguno; ni siquiera me fulminó con la mirada. Me pareció un indicio prometedor.

Mientras yo conducía, ella había adoptado una posición de alerta y miraba por la ventanilla, viendo cómo las casas pasaban por nuestro lado a toda velocidad. Era evidente que estaba nerviosa, pero también me parecía que sentía curiosidad. Cuando quedaba claro que no nos íbamos a detener en una casa en particular, perdía el interés en ella y se concentraba en la siguiente. Me pregunté cómo se imaginaría mi hogar.

Cuando dejamos el pueblo atrás empezó a mostrarse más inquieta. Me miró de reojo unas cuantas veces, como si quisiese preguntarme algo, pero en cuanto me descubría mirándola se volvía rápidamente hacia la ventanilla, con la cola de caballo balanceándose de un lado a otro. Empezó a golpetear el suelo de la camioneta con los pies, a pesar de que yo no había puesto música.

Cuando giré para incorporarme al camino que llevaba a casa, se sentó más erguida y empezó a mover la pierna con más violencia; la rodilla le botaba tanto como el pie. Se agarró con tanta fuerza al marco de la ventanilla que se le pusieron los dedos blancos.

A medida que el camino serpenteaba y serpenteaba, empezó a fruncir el ceño. Lo cierto era que parecíamos dirigirnos a un lugar tan remoto e inhabitado como el prado. Las arruguitas de estrés hicieron acto de presencia entre sus cejas.

Alargué una mano para acariciarle el hombro y ella me dedicó una sonrisa tensa antes de volverse de nuevo hacia la ventanilla.

Por fin, el camino dejó atrás el último tramo de bosque y se adentró en el jardín. Seguíamos bajo la sombra de los cedros, así que no fue un cambio demasiado abrupto. Me resultó extraño contemplar esa casa conocida e intentar imaginar qué aspecto tendría para unos ojos que la veían por primera vez. Esme tenía un gusto excelente, así que yo sabía que la casa era objetivamente bonita. Pero ¿vería Bella una estructura atrapada en el tiempo, perteneciente a otra era, pero que a la vez era nueva y fuerte? ¿Como si nosotros hubiéramos viajado atrás en el tiempo para encontrarla, en lugar de que la casa hubiera envejecido hasta alcanzarnos?

—¡Guau! —exclamó, sin aliento.

Paré el motor y el silencio intensificó la sensación de que podríamos haber viajado a otro momento de la historia.

—¿Te gusta? —pregunté.

Me miró por el rabillo del ojo y luego volvió la vista de nuevo hacia la casa.

—Tiene... cierto encanto.

Me eché a reír y le tiré de la coleta, y luego salí del coche. Menos de medio segundo después, ya le había abierto la puerta.

—¿Lista?

—Ni un poquito... —Se rio sin aliento—. ¡Vamos!

Se pasó los dedos por el pelo para deshacerse los enredos.

—Tienes un aspecto adorable —le aseguré.

Le di la mano. Tenía la palma húmeda y más fría de lo normal. Le acaricié el dorso con el pulgar, intentando comunicarle sin palabras que estaba totalmente a salvo y que todo iría bien.

Cuando subimos los escalones del porche, empezó a ir más despacio. Le temblaba la mano. Vacilar solo prolongaría su inquietud, así que abrí la puerta, a sabiendas de qué nos esperaba al otro lado.

Mis padres se encontraban justo donde sus pensamientos los habían situado en mi ojo mental, y tal y como Alice los había visualizado. Estaban de pie a unos doce pasos de la puerta, para darle a Bella un poco de espacio. Esme parecía tan nerviosa como Bella, aunque, en su caso, eso se traducía en una inmovilidad perfecta, en contraste con la agitación de Bella. Carlisle tenía una mano sobre la parte baja de su espalda, para reconfortarla. Él estaba acostumbrado a interactuar con los humanos, pero Esme era más tímida. No era habitual que se aventurara sola en el mundo mortal y se mezclara con ellos. Era hogareña y se contentaba con que los demás trajéramos el mundo a su hogar cuando lo necesitábamos.

La mirada de Bella recorrió cada rincón de la habitación; lo observaba todo. Estaba ligeramente escondida detrás de mí, como si usara mi cuerpo a modo de escudo. Yo no pude evitar sentirme relajado en mi propia casa, aunque sabía que ella sentía lo opuesto a esa relajación. Le estreché la mano.

Carlisle le dedicó una cálida sonrisa y Esme enseguida lo imitó.

—Carlisle, Esme, os presento a Bella.

Me pregunté si Bella percibiría el orgullo en mi voz mientras la presentaba. Carlisle se acercó con deliberada lentitud y le tendió la mano con cierta vacilación.

—Bienvenida, Bella.

De pronto pareció encontrarse más cómoda, quizá porque ya conocía a Carlisle. Con actitud segura, dio un paso adelante para encontrarse con él —

aunque con los dedos todavía entrelazados con los míos— y le estrechó la mano sin ni siquiera parpadear al entrar en contacto con su fría piel. Aunque, por supuesto, a estas alturas ya estaba acostumbrada a eso.

—Me alegro de volver a verle, doctor Cullen —dijo, y parecía sincera.

Qué chica tan valiente, pensó Esme. *Oh, es un encanto.*

—Lláname Carlisle, por favor.

Bella esbozó una sonrisa radiante.

—Carlisle —repitió.

Esme se acercó a Carlisle entonces, también con paso lento y cauteloso. Posó una mano sobre el brazo de él y le tendió a Bella la otra. Ella se la estrechó sin dudar y le sonrió.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo mi madre, con una sonrisa que irradiaba afecto.

—Gracias —respondió Bella—. Yo también me alegro.

Aunque eran palabras convencionales para ambas partes, todos hablaban con tanta franqueza que se evidenciaba un significado más profundo.

¡La adoro, Edward! ¡Gracias por traerla de visita!

No me quedaba otro remedio que sonreír ante el entusiasmo de Esme.

—¿Dónde están Alice y Jasper? —pregunté, aunque era más bien una provocación. Podía oírlos esperando en lo alto de las escaleras. Alice había planificado una entrada perfecta.

Y mi pregunta parecía ser la señal que estaba esperando.

—¡Hola, Edward!

Apareció a toda prisa en nuestro campo de visión y corrió —corrió de verdad, no de forma humana— escaleras abajo, para detenerse de golpe a unos centímetros de Bella. Carlisle, Esme y yo nos quedamos paralizados por la sorpresa, pero Bella ni siquiera retrocedió, tampoco cuando Alice se acercó para darle un beso en la mejilla.

Le dirigí una mirada de advertencia a mi hermana, pero no me estaba prestando atención a mí. Estaba viviendo a medio camino entre aquel momento y miles de momentos futuros, exultante por poder iniciar por fin su amistad con Bella. Sus sentimientos eran muy dulces, pero yo no era capaz de disfrutarlos. En más de la mitad de sus futuros recuerdos aparecía la Bella blanca y sin vida, tan perfecta como fría.

Alice no reparó en mi reacción, estaba concentrada en Bella.

—Hueles bien —comentó—, hasta ahora no me había dado cuenta.

Bella se sonrojó y los tres apartaron la vista. Intenté dar con una forma de acabar con el momento incómodo, pero entonces, de repente, esa sensación se

desvaneció. Todos nos sentíamos totalmente relajados; noté cómo la tensión de Bella se esfumaba de su cuerpo.

Jasper siguió los pasos de Alice por las escaleras; no corrió, pero tampoco bajó con la cautela de Carlisle y Esme. Él no necesitaba montar un espectáculo; todo lo que hacía parecía natural y correcto.

En realidad, estaba exagerando un poco. Le dirigí una mirada sardónica y él me sonrió; luego se detuvo junto al poste de la escalera, dejando lo que podría haber parecido una distancia extraña entre él y los demás. Sin embargo, no nos podía parecer extraña si él no lo quería así.

—Hola, Bella.

—Hola, Jasper. —Le sonrió con sinceridad y luego miró a Esme y Carlisle—. Me alegro de conoceros a todos... Tenéis una casa preciosa.

—Gracias —contestó Esme—. Estamos encantados de que hayas venido.
Es perfecta.

Bella volvió a mirar las escaleras, expectante, pero yo sabía que esta mañana no habría más presentaciones.

Esme también captó el significado de esa mirada.

Lo siento. No estaba preparada. Emmett está intentando calmarla.

¿Debía excusarme en nombre de Rosalie? Antes de que pudiera decidirme a hacerlo, Carlisle llamó mi atención.

Edward.

Lo miré de inmediato. Su intensidad contrastaba con el relajado estado de ánimo que Jasper había creado.

Alice ha visto que vienen visitas. Desconocidos. Teniendo en cuenta la velocidad a la que se desplazan, llegarán mañana por la noche. He pensado que debías saberlo de inmediato.

Asentí con los labios apretados en una delgada línea. Qué terriblemente inoportuno. En fin, supuse que la parte buena era que ahora podía explicarle a Bella por qué la secuestraba. Ella lo entendería, aunque Charlie no. Debía dar con el plan más seguro y menos disruptivo. O, mejor dicho, debíamos. Sin duda, ella tendría algo que decir al respecto.

Miré a Alice para obtener una explicación visual, pero ella estaba pensando en el tiempo.

—¿Tocas? —preguntó Esme.

Bella estaba mirando mi piano. Negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Pero es tan hermoso... ¿Es tuyo?

Esme se rio.

—No. ¿No te ha dicho Edward que es músico?

Bella me miró de forma muy extraña, como si la noticia le hubiera molestado. Me pregunté por qué. ¿Tendría algún prejuicio contra los pianistas?

—No —le contestó a Esme—. Supongo que debería haberlo sabido.

¿Qué quiere decir, Edward?, se preguntó Esme, como si yo supiera la respuesta. Por suerte, parecía tan confundida que Bella enseguida se lo explicó.

—Edward puede hacerlo todo, ¿no? —aclaró.

Carlisle disimuló su diversión, pero Jasper soltó una carcajada. Alice estaba viendo la conversación que tendría lugar en unos veinte segundos; todo esto ya había pasado para ella.

Esme me dirigió una maternal mirada de desaprobación.

—Espero que no hayas estado alardeando... Es de mala educación.

—Solo un poco —admití, también entre risas.

Parece tan feliz..., pensó Esme. *Nunca lo había visto así. Gracias a Dios que la ha encontrado por fin.*

—De hecho, se ha mostrado demasiado modesto —replicó Bella, que volvió a mirar el piano.

—Bueno, toca para ella —me animó Esme.

Miré a mi madre, sintiéndome traicionado.

—Acabas de decir que alardear es de mala educación.

Esme también estaba reprimiendo una carcajada.

—Cada regla tiene su excepción.

Si todavía no está del todo prendada de ti, con esto debería bastar.

La miré con una expresión impertérrita.

—Me gustaría oírte tocar —intervino Bella.

—Entonces, decidido.

Esme me puso una mano en el hombro y me empujó suavemente hacia el piano.

Si eso era lo que querían... No solté la mano de Bella, para que tuviera que acompañarme. Al fin y al cabo, había sido idea suya.

Nunca me había sentido tan cohibido respecto a mi música. Nunca me había escuchado nadie más allá de mi familia o los amigos más cercanos y, excepto en el caso de Esme, nadie parecía reparar en mí cuando tocaba, así que se trataba de una sensación nueva para mí. Quizá si mi madre no hubiera mencionado lo de alardear, no me habría parecido tan forzado.

Me senté en un lado del banco y tiré de Bella para que se sentara junto a mí. Ella me sonrió con entusiasmo. Yo le devolví la mirada, con el ceño

fruncido y la esperanza de que se diera cuenta de que solo lo hacía porque ella lo había pedido.

Elegí la canción de Esme, una melodía alegre y triunfal, adecuada para nuestro estado de ánimo hoy.

Al empezar, estudié la reacción de Bella por el rabillo del ojo. No necesitaba mirar las teclas, pero tampoco quería que se sintiera observada. Tras apenas unos compases, se quedó boquiabierta.

Jasper se echó a reír de nuevo y esta vez Alice lo acompañó. Bella se puso rígida, pero no se volvió. Entornó los ojos; su mirada no se apartaba de mis dedos, los perseguía mientras se deslizaban sobre las teclas.

Oí que Alice se dirigía hacia las escaleras al mismo tiempo que Carlisle pensaba: *Bueno, ya debe de haber tenido suficiente. Será mejor que no la abrumemos.*

Esme estaba decepcionada, pero siguió a Alice a la planta superior. Fingirían que se trataba de un día como cualquier otro, que tener un humano en casa no tenía nada de especial. Uno a uno, se marcharon para dedicarse a las tareas que habrían ocupado su tiempo si yo no hubiese traído a una mortal a casa.

Bella seguía totalmente perdida en el movimiento de mis manos, pero me pareció que estaba menos... entusiasmada que antes. Tenía las cejas arrugadas, curvadas hacia abajo. No comprendía su expresión. Intenté animarla; me volví hacia ella para llamar su atención y le guiñé un ojo. Eso solía hacerla sonreír.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Ladeó la cabeza y, de repente, pareció reparar en algo. Abrió los ojos de par en par otra vez.

—¿Tú has escrito esto? —dijo, con un tono extrañamente acusador.

Asentí y añadí:

—Es la favorita de Esme.

Lo dije como una disculpa, aunque no estaba seguro de por qué me excusaba. Ella me miró con una extraña expresión de desolación. Cerró los ojos y meció la cabeza lentamente de lado a lado.

—¿Qué ocurre? —le imploré.

Abrió los ojos y al fin sonrió, pero no era una sonrisa alegre.

—Me siento extremadamente insignificante —admitió.

Me quedé perplejo unos instantes. Supuse que el comentario de Esme sobre mis alardes era el quid de la cuestión. La idea de que con mi música me

ganaría los rincones del corazón de Bella que hubieran permanecido ambivalentes era claramente errónea.

¿Cómo podía explicarle que todas las cosas que podía hacer, cosas que me resultaban de una facilidad ridícula solo por ser lo que era, no significaban nada en absoluto? No me hacían especial ni superior. ¿Cómo podía mostrarle que todo lo que yo era jamás bastaría, jamás me haría digno de ella? ¿Que ella era el noble objetivo que llevaba tanto tiempo intentando alcanzar?

Solo se me ocurrió una forma. Creé una sencilla melodía que me sirviera de puente y salté a otra canción. Ella observaba mi expresión, aguardando una respuesta. Esperé a llegar a la estructura principal de la melodía, con la esperanza de que la reconociera.

—Tú inspiraste esta —murmuré.

¿Podría ella sentir que esa música había salido del mismísimo núcleo de mi ser? ¿Y que ese núcleo, junto con todo lo demás, giraba en torno a ella?

Durante unos instantes, dejé que las notas de la canción llenaran los espacios que mis palabras jamás podrían llenar del todo. La melodía se expandía mientras la tocaba y me alejaba de la anterior escala menor para culminar con un final más alegre.

Pensé que debía apaciguar sus miedos previos.

—Les gustas, ya lo sabes. Sobre todo a Esme.

Aunque era probable que Bella ya se hubiera dado cuenta. Miró a su espalda.

—¿Adónde han ido?

—Supongo que, muy sutilmente, nos han concedido un poco de intimidad.

—Les gusto —gruñó—, pero Rosalie y Emmett...

Sacudí la cabeza con impaciencia.

—No te preocupes por Rosalie. Cambiaré de opinión.

Apretó los labios; no estaba convencida.

—¿Y Emmett?

—Bueno, opina que soy un lunático, lo cual es cierto. —Me reí—. Pero no tiene ningún problema contigo. Está intentando razonar con Rosalie.

Los labios de Bella se curvaron hacia abajo.

—¿Qué le perturba?

Respiré hondo y exhalé poco a poco, retrasando el momento. Solo quería contarle lo estrictamente necesario, y hacerlo de forma que la disgustara lo menos posible.

—Rosalie es la que más se debate contra... Contra lo que somos —le expliqué—. Le resulta duro que alguien de fuera de la familia sepa la verdad,

y está un poco celosa.

—¿Rosalie tiene celos de mí?

Me miró como si sospechara que le estaba tomando el pelo. Yo me encogí de hombros.

—Eres humana. Es lo que ella también desearía ser.

—Vaya. —Esa revelación la dejó un poco aturdida—. En cuanto a Jasper...

La sensación de que todo era perfecto y natural se había desvanecido en cuanto Jasper había dejado de concentrarse en nosotros. Supuse que Bella estaba recordando el momento de las presentaciones sin esa influencia y que había reparado por primera vez en esa extraña distancia que él había dejado entre los dos.

—En realidad, eso es culpa mía. Ya te dije que es el que hace menos tiempo que está probando nuestra forma de vida. Le previne para que se mantuviera a distancia.

Dije las palabras con naturalidad, pero, un segundo después, Bella se estremeció.

—¿Y Esme y Carlisle...? —preguntó enseguida, como si estuviese deseando cambiar de tema.

—Les hace felices verme feliz. De hecho, a Esme no le preocuparía que tuvieras un tercer ojo y dedos palmeados. Durante todo este tiempo se ha preocupado por mí, temiendo que se hubiera perdido alguna parte esencial de mi carácter, ya que era muy joven cuando Carlisle me convirtió... Está entusiasmada. Se ahoga de satisfacción cada vez que te toco.

Apretó los labios.

—Alice parece muy... entusiasta.

Intenté mantener la compostura, pero oí el matiz gélido que impregnaba mi respuesta.

—Alice tiene su propia forma de ver las cosas.

Bella se había mostrado tensa durante toda la conversación, pero, de pronto, estaba sonriente.

—Y no me la vas a explicar, ¿verdad?

Por supuesto, se había percatado de todas mis extrañas reacciones a cada mención de Alice; yo no había sido muy sutil. Al menos ahora sonreía, complacida por haberme descubierto. Estaba seguro de que no tenía ni idea de por qué estaba molesto con Alice, pero parecía contentarse con demostrarme que sabía que había algo que no le contaba; con eso le bastaba de momento. No le contesté, pero tampoco creí que ella esperase que lo hiciera.

—¿Qué te estaba diciendo antes Carlisle? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

En fin, esto tenía que decírselo.

—Naturalmente.

Recordé ese escalofrío suyo que había sentido cuando le había explicado lo de Jasper... Odiaba la idea de volver a alarmarla, pero lo cierto era que hacía bien en tener miedo.

—Quería informarme de ciertas noticias... —admití—. No sabía si era algo que yo debería compartir contigo.

Se sentó con la espalda más recta, alerta.

—¿Lo harás?

—Tengo que hacerlo, porque durante los próximos días, tal vez semanas, voy a ser un protector muy autoritario y me disgustaría que pensaras que soy un tirano por naturaleza.

Mi intención de trivializar el asunto no la tranquilizó.

—¿Qué sucede?

—En sí mismo, nada malo. Alice acaba de «ver» que pronto vamos a tener visita. Saben que estamos aquí y sienten curiosidad.

Repitió mis palabras en un susurro.

—¿Visita?

—Sí, bueno... Los visitantes no se parecen a nosotros... En sus hábitos de caza, quiero decir. Lo más probable es que no vayan a entrar al pueblo para nada, pero, desde luego, no voy a dejar que estés fuera de mi vista hasta que se hayan marchado.

Se estremeció de tal manera que noté la vibración incluso en el banco en el que estábamos sentados.

—¡Por fin, una reacción racional! —murmuré, pensando en todas las cosas terroríficas que Bella había aceptado sin ni siquiera temblar. Al parecer, solo le daban miedo los demás vampiros—. Empezaba a creer que no tenías instinto de supervivencia alguno.

Ella me ignoró y empezó a observar otra vez mis manos, que de nuevo se desplazaban sobre las teclas. Tras unos segundos, respiró hondo y exhaló poco a poco. ¿Había procesado esta nueva pesadilla con la misma facilidad de siempre?

Eso parecía. Examinó la habitación, moviendo la cabeza despacio, contemplando todos los detalles. Me imaginé lo que debía de estar pensando.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? —adiviné.

Ella seguía analizándolo todo.

—No.

Me pregunté qué le habría sorprendido más. ¿Los colores claros? ¿Lo amplia y espaciosa que era la casa, la pared acristalada? Esme lo había diseñado todo cuidadosamente para que no pareciera una fortaleza ni un manicomio. Pude aventurar lo que habría previsto un humano normal.

—No hay ataúdes ni cráneos apilados en los rincones. Ni siquiera creo que tengamos telarañas... ¡Qué decepción debe de ser para ti!

Ella no reaccionó a la broma.

—Es tan luminoso, tan despejado.

—Es el único lugar donde no tenemos que fingir.

Mientras me concentraba en ella, la canción que tocaba había vuelto a sus raíces. Me descubrí en mitad del momento más desolador, el momento en el que la evidente verdad era inevitable: Bella era perfecta tal y como era. Cualquier interferencia de mi mundo sería una tragedia.

Era demasiado tarde para salvar la canción. Dejé que terminara como antes, con ese mismo dolor.

A veces era tan fácil pensar que Bella y yo encajábamos juntos... En ese momento, cuando me dejaba guiar por la impulsividad y todo sucedía de forma tan orgánica, podía llegar a creerlo. Pero cada vez que lo miraba desde un punto de vista lógico, sin permitir que las emociones me nublaran la razón, resultaba obvio que no podía más que herirla.

—Gracias —susurró.

Tenía los ojos anegados en lágrimas. Mientras la observaba, se pasó los dedos rápidamente por las mejillas para enjugarlas. Era la segunda vez que la veía llorar. La primera vez, yo le había hecho daño. No lo había hecho a propósito, pero, aun así, al darle a entender que nunca podríamos estar juntos, le había causado dolor.

Ahora lloraba porque la música que había creado para ella la había conmovido. Eran lágrimas causadas por el placer. Me pregunté cuánto de este idioma desprovisto de palabras habría comprendido Bella.

Todavía le brillaba una lágrima en la comisura del ojo izquierdo, resplandecía en la habitación iluminada. Un pedacito diminuto y transparente de ella, un diamante efímero. Impulsado por un extraño instinto, alargué una mano para atraparla con la punta de un dedo. La lágrima redonda resplandecía sobre mi piel mientras movía la mano. Me llevé el dedo a la boca y la saboreé; absorbí esa diminuta partícula suya.

Carlisle había pasado muchos años intentando comprender nuestra anatomía inmortal; era una tarea difícil, basada sobre todo en suposiciones y observaciones. No había cadáveres de vampiros que estudiar.

Su mejor interpretación de nuestros sistemas de vida era que nuestro interior debía de ser microscópicamente poroso. Aunque podíamos tragar cualquier cosa, lo único que nuestro organismo aceptaba era la sangre, que era absorbida por nuestros músculos y nos proporcionaba combustible. Cuando este se agotaba, nuestra sed se intensificaba para animarnos a reponer nuestras reservas. Nada, excepto la sangre, parecía moverse a través de nosotros.

Me tragué la lágrima de Bella. Tal vez jamás abandonaría mi cuerpo. Cuando ella me abandonara, cuando hubieran pasado todos los años de soledad, quizá todavía tendría ese pedacito de ella en mi interior, para siempre.

Me miró intrigada, pero no tenía una forma razonable de explicarle lo que acababa de hacer. En lugar de eso, apelé a su anterior curiosidad.

—¿Quieres ver el resto de la casa? —ofrecí.

—¿Nada de ataúdes? —se aseguró.

Me puse en pie, riéndome, y tiré de ella para que se levantara del banco del piano.

—Nada de ataúdes.

La llevé a la segunda planta; ya había visto casi toda la primera: desde la puerta de entrada se veía todo, menos el comedor y la cocina, que nunca utilizábamos. Mientras subíamos las escaleras, su interés era evidente. Lo observaba todo con atención: la barandilla, los suelos de parqué de madera clara, el revestimiento de madera que cubría el salón hasta arriba. Era como si se estuviese preparando para un examen. Fui nombrando al propietario de cada habitación por la que pasábamos y ella asintió en cada ocasión, lista para responder a cualquier pregunta.

Cuando estaba a punto de doblar la esquina y subir a la siguiente planta, se detuvo de repente. Me volví para ver qué miraba con tanto desconcierto.

—Puedes reírte, es una especie de ironía.

Pero no se rio. Alargó una mano, como si quisiera tocar la gruesa cruz de roble que había ahí colgada, oscura y sombría en contraste con la madera clara de la pared, pero las puntas de sus dedos no llegaron a rozarla.

—Debe de ser muy antigua —murmuró.

Me encogí de hombros.

—Es del siglo XVI, a principios de la década de los treinta, más o menos.

Me miró desde abajo, con la cabeza ladeada.

—¿Por qué conserváis esto aquí?

—Por nostalgia. Perteneció al padre de Carlisle.

—¿Coleccionaba antigüedades? —sugirió, aunque parecía que ya sabía que se equivocaba.

—No. La talló él mismo para colgarla en la pared, encima del púlpito de la vicaría en la que predicaba.

Bella miró la cruz con intensidad. Permaneció inmóvil tanto rato que me empecé a poner nervioso otra vez.

—¿Te encuentras bien? —murmuré

—¿Cuántos años tiene Carlisle? —preguntó.

Suspiré, intentando apaciguar la conocida oleada de pánico. ¿Sería esta historia la gota que colmaría el vaso? Me dispuse a explicárselo, analizando cada pequeño movimiento de los músculos de su rostro.

—Acaba de celebrar su cumpleaños tricentésimo sexagésimo segundo. —O algo así. Carlisle había elegido un día para complacer a Esme, pero solo era una suposición—. Carlisle nació en Londres, él cree que hacia 1640. Aunque las fechas no se señalaban con demasiada precisión en aquella época, al menos, no para la gente común, sí se sabe que sucedió durante el gobierno de Cromwell. Fue el único hijo de un pastor anglicano. Su madre murió al alumbrarlo a él. Su padre era un fanático. Cuando los protestantes subieron al poder, se unió con entusiasmo a la persecución desatada contra los católicos y personas de otros credos. También creía a pies juntillas en la realidad del mal. Encabezó partidas de caza contra brujos, licántropos... y vampiros.

Bella había conseguido mantener la fachada durante la mayor parte de la historia, casi como si se estuviese disociando de los hechos. Sin embargo, cuando pronuncié la palabra «vampiros», se puso rígida y contuvo el aliento durante un segundo de más.

—Quemaron a muchos inocentes, por supuesto —continué—, ya que las criaturas a las que realmente ellos perseguían no eran tan fáciles de atrapar.

Aquello todavía atormentaba a Carlisle: los inocentes que su padre había asesinado y, aún en mayor medida, aquellos asesinatos en los que él mismo había estado involucrado en contra de su voluntad. Me alegré, por su bien, de que los recuerdos estuviesen borrosos y se difuminaran cada vez más y más.

Conocía las historias de los años humanos de Carlisle tan bien como las mías propias. Según le describía a Bella su desafortunado descubrimiento de un antiguo aquelarre londinense, me pregunté si ese mundo le parecería real. Era una historia irrelevante ambientada en un país que jamás había visto,

separada de su propia existencia por tantos años que carecía totalmente de contexto.

Sin embargo, mientras le relataba el ataque que había infectado a Carlisle y matado a sus aliados, con cuidado de omitir los detalles con los que prefería que no se obcecara, parecía fascinada. Cuando el vampiro, movido por la sed, se había dado la vuelta para caer sobre sus perseguidores, solo había herido a Carlisle dos veces con sus dientes cubiertos de veneno: una vez en la palma de la mano y otra en el bíceps. En la batalla, el vampiro consiguió a duras penas vencer a cuatro hombres antes de que el resto del iracundo gentío se acercase demasiado. Después de los hechos, Carlisle había teorizado que el vampiro esperaba poder drenarlos a todos, pero eligió la supervivencia por encima de un copioso festín, agarró a los hombres que era capaz de cargar y escapó. No era la muchedumbre lo que amenazaba su supervivencia, por supuesto; aquellos cincuenta hombres y sus rudimentarias armas no eran más peligrosos para él que un caleidoscopio de mariposas. Sin embargo, los Vulturis estaban a menos de mil quinientos kilómetros de allí. Para entonces, sus leyes ya llevaban un milenio establecidas, y su exigencia de que todo inmortal se rigiera por la discreción para el beneficio de todos estaba universalmente aceptada. La historia del avistamiento de un vampiro en Londres, con cincuenta testigos en posesión de los cuerpos exangües de las víctimas a modo de prueba, no habría sentado bien en Volterra.

La naturaleza de las heridas de Carlisle fue desafortunada. El corte de la mano estaba lejos de cualquier vaso importante y el del brazo no había llegado ni a la arteria braquial ni a la vena basílica. Esto provocó que el veneno se extendiera mucho más despacio y que el periodo de transición se alargara. La conversión de mortal a inmortal era lo más doloroso que ninguno de nosotros había experimentado jamás, así que una versión extendida de la misma no era lo más ideal, por decirlo suavemente.

Yo también había conocido el dolor de esa misma versión extendida. Carlisle estaba algo... inseguro cuando decidió convertirme en su primer compañero. Había pasado mucho tiempo con otros vampiros más experimentados —entre ellos, los Vulturis—, y sabía que un mordisco mejor situado resultaría en una conversión más rápida. Sin embargo, Carlisle jamás había dado con otro vampiro que se pareciera a él. Todos los demás estaban obsesionados con la sangre y el poder; ninguno de ellos ansiaba una vida más amable y familiar. Se preguntaba si su conversión lenta y los débiles puntos de entrada de la infección habrían sido, de algún modo, los responsables de la diferencia. Así pues, cuando creó a su primer hijo, decidió imitar sus propias

heridas. Siempre se sintió mal por ello, sobre todo cuando, más adelante, descubrió que el método de conversión, en realidad, no tenía nada que ver con la personalidad y los deseos del nuevo inmortal.

Cuando encontró a Esme, no tuvo tiempo de experimentar. Ella estaba mucho más cerca de la muerte de lo que yo nunca estuve y, para salvarla, había sido imperativo introducir en su organismo tanto veneno y tan cerca del corazón como fuese posible. En resumidas cuentas, fue un proceso mucho más frenético que en mi caso, pero Esme había resultado ser la más gentil de todos nosotros.

Y Carlisle, el más fuerte. Le conté a Bella todo lo que pude sobre su extraordinariamente disciplinada conversión. Me descubrí censurando detalles que quizá no debería haberle ocultado, pero no quería recrearme en el dolor atroz de Carlisle. Quizá, dada la evidente curiosidad que Bella sentía por ese proceso, habría sido positivo describírselo mejor; tal vez habría evitado que quisiera saber más.

—Se dio cuenta de que se había «convertido» cuando todo terminó —concluí.

Al mismo tiempo que había estado perdido en mis pensamientos, mientras le contaba a Bella aquella historia que me era tan familiar, también había estado observando sus reacciones. Mantuvo la misma expresión durante la mayor parte del relato; supuse que quería expresar un atento interés, totalmente desprovisto de emociones innecesarias. Sin embargo, estaba demasiado rígida para que su papel resultara creíble. Su curiosidad era real, pero yo quería saber lo que pensaba de verdad, y no lo que ella quería que yo creyera que pensaba.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Estoy bien —respondió de forma automática.

Sin embargo, la máscara se quebró un poco. Aun así, lo único que conseguía leer en su rostro era el deseo de saber más: la historia de Carlisle no había bastado para asustarla.

—Espero que tengas algunas preguntas que hacerme.

Sonrió; parecía totalmente dueña de sí misma, no sentía ni un ápice de miedo.

—Unas cuantas.

Le devolví la sonrisa.

—En ese caso, vamos. Te lo voy a mostrar.

20. Carlisle

Caminamos por el pasillo en dirección al despacho de Carlisle. Me detuve delante de la puerta, esperando a que me invitase a entrar.

—Adelante —dijo.

Hice pasar a Bella y la observé examinar animadamente esta nueva estancia. Era más lóbrega que el resto de la casa; según Carlisle, la oscura madera de caoba le recordaba a su primer hogar. Ella recorrió las hileras e hileras de libros con la mirada. La conocía lo bastante bien como para saber que ver tantos libros en una sola habitación era una especie de sueño para ella.

Carlisle marcó la página del volumen que estaba leyendo y se puso en pie para darnos la bienvenida.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó.

Por supuesto, había oído toda nuestra conversación en el pasillo y sabía que habíamos venido a por el siguiente episodio. No le molestaba que compartiera su historia, ni parecía sorprendido de que se lo estuviera contando todo a Bella.

—Quería enseñarle a Bella un poco de nuestra historia. Bueno, en realidad, de tu historia.

—No pretendíamos molestarte —intervino ella en voz baja.

—En absoluto —la tranquilizó Carlisle—. ¿Por dónde vais a comenzar?

—Por los cuadros —respondí.

Le puse una mano en el hombro y la volví suavemente para que viese la pared que teníamos detrás. Oí cómo los latidos de su corazón reaccionaban a mi tacto y después la risa casi silenciosa de Carlisle, motivada por la reacción de Bella.

Qué interesante, pensó.

Los ojos de Bella se abrieron como platos al ver aquella pared repleta de pinturas en el despacho de Carlisle. Supuse que para alguien que la estuviera viendo por primera vez podía resultar desconcertante. Había setenta y tres

piezas de distintos tamaños, colores y técnicas, dispuestas una junto a la otra como un rompecabezas del tamaño de una pared formado tan solo por piezas rectangulares. No lograba detener la mirada en un solo punto.

La cogí de la mano y la llevé al principio. Carlisle nos siguió. Como si se tratase de la página de un libro, la historia empezaba en el extremo izquierdo. No era una obra ostentosa, sino monocromática y parecida a un mapa. De hecho, era parte de un mapa pintado a mano por un cartógrafo aficionado, uno de los pocos originales que había sobrevivido al paso de los siglos.

Ella frunció el ceño.

—Londres hacia 1650 —le expliqué.

—El Londres de mi juventud —añadió Carlisle, que se encontraba a unos pasos por detrás de nosotros. Bella dio un respingo, sorprendida por su proximidad. No lo había oído moverse, por supuesto. Le estreché la mano para tratar de tranquilizarla. Esta casa era un lugar extraño para ella, pero nada de lo que había aquí le haría daño.

—¿Le vas a contar la historia? —le pregunté a Carlisle, y Bella se volvió para ver qué contestaba.

Lo siento, ojalá pudiera. Le sonrió a Bella y, en voz alta, dijo:

—Lo haría, pero, de hecho, llego tarde. Han telefoneado del hospital esta mañana. El doctor Snow se ha tomado un día de permiso. Además, te conoces la historia tan bien como yo.

Carlisle le dedicó una sonrisa cálida a Bella mientras salía. Cuando se hubo marchado, ella se volvió de nuevo a examinar el pequeño cuadro.

—¿Qué sucedió luego? ¿Qué ocurrió cuando comprendió lo que le había pasado?

Miré automáticamente a una pintura más grande, una columna hacia la derecha y una fila más abajo. No era una imagen alegre: un paisaje desierto y sombrío con el cielo cubierto de opresivas nubes y colores que parecían sugerir que jamás volvería a salir el sol. Carlisle había visto esa pieza a través de la ventana de un pequeño castillo en Escocia. Le recordaba con tanta exactitud a los momentos más oscuros de su vida que había querido conservarlo, aunque los viejos recuerdos le resultaran dolorosos. Para él, la existencia de ese paisaje devastado significaba que, un día, alguien más lo había comprendido.

—Cuando supo que se había convertido, se rebeló contra su condición, intentó destruirse, pero eso no es fácil de conseguir.

—¿Cómo? —dijo, ahogando un grito.

—Se arrojó desde grandes alturas e intentó ahogarse en el océano, pero en esa nueva vida era joven y muy fuerte. Resulta sorprendente que fuera capaz de resistir el deseo... de alimentarse... —le eché un rápido vistazo, pero ella estaba mirando el cuadro— cuando era aún tan inexperto. El instinto es más fuerte en ese momento y lo arrastra todo, pero sentía tal repulsión hacia lo que era que tuvo la fuerza para intentar matarse de hambre.

—¿Es eso posible? —susurró.

—No, hay muy pocas formas de matarnos.

Abrió la boca para replicar con la pregunta más obvia, pero seguí hablando para distraerla.

—De modo que su hambre crecía, y al final Carlisle se debilitó. Se alejó cuanto pudo de toda población humana al detectar que su fuerza de voluntad también se estaba debilitando. Durante meses, estuvo vagabundeando de noche en busca de los lugares más solitarios, maldiciéndose.

Describí la noche en que Carlisle encontró otra forma de vivir, el compromiso con la sangre de los animales y su recuperación hasta convertirse en una criatura racional. Luego, le conté cuando partió hacia el continente...

—¿Nadó hasta Francia? —me interrumpió, incrédula.

—Bella, la gente siempre ha cruzado a nado el Canal —apunté.

—Supongo que es cierto. Solo que sonaba raro en este contexto. Continúa.

—Nadar es fácil para nosotros...

—Todo es fácil para ti —protestó.

Le sonreí; quería estar seguro de que había terminado. Ella frunció el ceño.

—No volveré a interrumpirte otra vez, lo prometo —añadió.

Ensanché mi sonrisa; ya sabía cómo reaccionaría a lo siguiente.

—Es fácil porque, técnicamente, no necesitamos respirar.

—Tú...

Me eché a reír y le puse un dedo en los labios.

—No, no, lo has prometido. ¿Quieres oír la historia o no?

—No me puedes soltar algo así y esperar que no diga nada —protestó, moviendo los labios contra mi dedo.

Bajé la mano y la posé en un lado de su cuello.

—¿No necesitas respirar?

Me encogí de hombros.

—No, no es una necesidad. Solo un hábito.

—¿Cuánto puedes aguantar sin respirar?

—Supongo que indefinidamente, no lo sé. —Lo máximo que había pasado sin respirar eran varios días, siempre debajo del agua—. La privación del sentido del olfato resulta un poco incómoda.

—Un poco incómoda —repitió con voz frágil, apenas más alta que un susurro.

Tenía las cejas juntas, los ojos entornados y los hombros rígidos. La conversación, que hasta hacía un momento me había resultado divertida, había quedado abruptamente desprovista de humor.

Éramos muy distintos. Aunque antaño habíamos pertenecido a la misma especie, ahora apenas compartíamos unos cuantos rasgos superficiales. Bella debía de haber comprendido, por fin, la magnitud de la diferencia, del abismo que nos separaba. Aparté la mano de su piel y la dejé caer a un lado. Mi extraño tacto no haría sino destacar esa distancia.

Contemplé la expresión atribulada de su rostro, esperando para ver si, con esta, le había contado demasiadas verdades. Tras unos largos segundos, el estrés de sus rasgos se suavizó. Me miró a los ojos, con una expresión que revelaba otro tipo de inquietud.

Alargó una mano sin vacilar y me acarició la mejilla con los dedos.

—¿Qué ocurre?

Volvía a estar preocupada por mí, así que, al parecer, aquel no era el «demasiado» que yo había temido.

—Sigo a la espera de que pase.

—¿Que pase el qué?

Respiré hondo.

—Sé que, en algún momento, te diré algo o verás algo que será demasiado. Y entonces te alejarás de mí entre alaridos. —Intenté sonreírle, pero no resultó muy convincente—. No voy a detenerte. Quiero que suceda, porque quiero que estés a salvo. Y, aun así, quiero estar a tu lado. Ambos deseos son imposibles de conciliar...

Se irguió y torció el gesto.

—No voy a irme a ningún lado —me prometió.

Al ver esa fachada de valentía, no me quedó más remedio que sonreír.

—Ya lo veremos.

—Bueno, continuemos... —Frunció ligeramente el ceño ante mi dubitativa respuesta—. Carlisle se marchó a Francia a nado.

Evalué su estado de ánimo una vez más y luego me volví hacia los cuadros. Esta vez, señalé el más ostentoso de todos, el más llamativo, el más estridente. Se suponía que era una representación del juicio final, pero más de

la mitad de las frenéticas figuras parecían estar participando en una especie de orgía y la otra mitad se hallaba en mitad de un combate violento y sangriento. Solo los jueces, suspendidos sobre el pandemonio en balaustradas de mármol, tenían un aspecto sereno.

Ese cuadro había sido un regalo; Carlisle jamás habría elegido él mismo algo así. Sin embargo, cuando los Vulturis le habían insistido en que se llevara un recuerdo de su tiempo juntos, tampoco había podido negarse. Sentía cierto afecto por aquella llamativa obra, así como por los lejanos vampiros supremos que en ella aparecían retratados, así que seguía estando entre sus preferidas. Al fin y al cabo, ellos le habían mostrado amabilidad de muchas maneras. Además, a Esme le gustaba el pequeño retrato de Carlisle, escondido en mitad del tumulto.

Mientras le narraba los primeros años de Carlisle en Europa, Bella se dedicó a examinar el cuadro, tratando de dar sentido a todas aquellas figuras y remolinos de colores. Descubrí que mi voz sonaba cada vez más solemne. Era difícil pensar en la cruzada que Carlisle había emprendido para someter su propia naturaleza, para convertirse en una bendición para la humanidad en lugar de en un parásito, sin volver a sentir todo el asombro que su travesía merecía.

Siempre había envidiado el perfecto control de Carlisle, pero, a la vez, había creído que para mí era imposible duplicarlo. Ahora me daba cuenta de que había elegido el camino de la pereza, el camino del mínimo esfuerzo: lo admiraba profundamente, pero jamás me había esmerado por ser más como él. Este curso acelerado de resistencia que Bella me estaba enseñando tal vez habría sido menos peligroso si yo hubiese trabajado más en mejorar durante las últimas siete décadas.

Bella me estaba mirando. Señalé la escena que teníamos delante para que volviera a centrar su atención en la historia.

—Estaba estudiando en Italia cuando descubrió que allí había otros. Eran mucho más civilizados y cultos que los espectros de las alcantarillas londinenses.

Se concentró en el cuadro que yo le señalaba y de pronto se rio, perpleja. Había descubierto a Carlisle, pese a que lo habían pintado ataviado con una especie de túnica.

—Los amigos de Carlisle fueron una gran fuente de inspiración para Francesco Solimena. A menudo los representaba como dioses. Aro, Marco, Cayo —los fui señalando a medida que los nombraba—, los patrones nocturnos de las artes.

Acercó un dedo al lienzo, pero entonces vaciló.

—¿Qué fue de ellos?

—Aún están ahí, como llevan estando desde hace quién sabe cuántos milenios. Carlisle solo estuvo entre ellos por un breve lapso de tiempo, apenas unas décadas. Admiraba profundamente su amabilidad y su refinamiento, pero persistieron en su intento de curarle de aquella aversión a su «fuente natural de alimentación». Ellos intentaron persuadirle y él a ellos, en vano. Llegados a ese punto, Carlisle decidió probar suerte en el Nuevo Mundo. Soñaba con hallar a otros como él. Ya sabes, estaba muy solo.

Narré solamente por encima las décadas siguientes, en las que Carlisle batalló con su propio aislamiento y empezó por fin a pensar en tomar medidas. La historia se fue volviendo más personal, y también más repetitiva. Ya le había contado una parte: Carlisle me había encontrado en mi lecho de muerte y había tomado la decisión que cambiaría mi destino. Y ahora esa decisión estaba afectando también al destino de Bella.

—Y así es como se cerró el círculo —concluí.

—Entonces ¿siempre has estado con Carlisle? —inquirió.

Su instinto infalible había dado con la pregunta que menos deseaba yo responder.

—Casi siempre —contesté.

Le puse una mano en la cintura para sacarla del despacho de Carlisle, ansiando poder sacarla también de esos derroteros. Sin embargo, sabía que no lo dejaría pasar. Y, por supuesto...

—¿Casi?

Suspiré de mala gana. Sin embargo, debía anteponer la sinceridad a la vergüenza.

—Bueno —confesé—, tuve el típico brote de rebeldía adolescente unos diez años después de... nacer... o convertirme, como prefieras llamarlo. No me resignaba a llevar su vida de abstinencia y estaba resentido con él por refrenar mi sed, por lo que me marché a seguir mi camino durante un tiempo.

—¿De verdad?

Su tono de voz no era el que esperaba. En lugar de sentir repugnancia, parecía tener ganas de oír más. Aquello no encajaba con la reacción que había tenido en el prado, cuando se había mostrado tan sorprendida de que yo fuese culpable de asesinato, como si jamás se le hubiera ocurrido tal cosa. Quizá se había acostumbrado a la idea.

Empezamos a subir las escaleras. Ahora parecía indiferente a todo lo que le rodeaba; solo me prestaba atención a mí.

—¿No te causa repulsa? —pregunté.

Se lo pensó durante medio segundo.

—No.

Su respuesta me disgustó.

—¿Por qué no? —le pregunté en tono exigente.

—Supongo que... suena razonable.

Terminó su respuesta con una entonación ascendente, casi como una pregunta.

«Razonable». Me eché a reír, pero el sonido resultó demasiado áspero. Sin embargo, en lugar de darle todas las razones por las que no era ni razonable ni perdonable, me descubrí a mí mismo argumentando una defensa.

—Gocé de la ventaja de saber qué pensaban todos cuantos me rodeaban, fueran humanos o no, desde el momento de mi renacimiento. Esa fue la razón por la que tardé diez años en desafiar a Carlisle... Podía leer su absoluta sinceridad y comprender la razón de su forma de vida.

Me pregunté si alguna vez habría ido por el mal camino de no haber conocido a Siobhan y a otros como ella. Si no hubiera descubierto que todas las demás criaturas como yo —para entonces todavía no nos habíamos tropezado con Tanya y sus hermanas— pensaban que la forma de vida de Carlisle era ridícula. Si solo hubiera conocido a Carlisle y jamás hubiese descubierto otra manera de vivir, creo que me habría quedado con él. Me avergonzaba haberme dejado influenciar por otros que jamás fueron comparables a Carlisle, pero había envidiado su libertad, y había pensado que sería capaz de vivir por encima del abismo moral en el que todos ellos habían caído. Porque yo era especial, por supuesto. Negué con la cabeza al recordar mi arrogancia.

—Apenas tardé unos pocos años en volver a su lado y comprometerme de nuevo con su visión —proseguí—. Creí poderme librar de los remordimientos de conciencia, ya que podía dejar a los inocentes y perseguir solo a los malvados al conocer los pensamientos de mis presas. Si seguía a un asesino hasta un callejón oscuro donde acosaba a una chica, si la salvaba, en ese caso yo no sería tan terrible.

Había salvado a gran cantidad de humanos de ese modo y, sin embargo, jamás me pareció que el cómputo fuese equilibrado. Una infinidad de rostros pasaron fugazmente por mi memoria, los culpables a los que había ejecutado, los inocentes a los que había salvado.

Un rostro tardó más tiempo en desvanecerse, uno que fue a la vez culpable e inocente.

Era septiembre de 1930. Había sido un año terrible. En todas partes, los humanos sufrían mientras intentaban sobrevivir a crisis bancarias, sequías y tormentas de arena. Granjeros desplazados y sus familias empezaron a anegar ciudades que no tenían espacio para ellos. En aquel tiempo, me preguntaba si la desesperación y el pavor generalizados en las mentes que me rodeaban eran un factor determinante en la melancolía que empezaba a adueñarse de mí, pero creo que incluso entonces sabía que mi depresión se debía únicamente a mis propias decisiones.

Estaba de paso por Milwaukee, igual que había pasado por Chicago, Filadelfia, Detroit, Columbus, Indianápolis, Mineápolis, Montreal y Toronto; había ido de ciudad en ciudad y luego había vuelto, una y otra vez. Era un verdadero nómada por primera vez en mi vida. Nunca iba más hacia el sur, no se me habría ocurrido cazar cerca de aquel hervidero de pesadilla de ejércitos de neófitos; ni tampoco más hacia el este, ya que también evitaba a Carlisle, en ese caso más por vergüenza que por supervivencia. Nunca me quedaba más de unos pocos días en ningún sitio, jamás interactuaba con los humanos a los que no daba caza. Después de más de cuatro años, localizar las mentes que buscaba se había convertido en algo muy sencillo. Sabía dónde encontrarlas, y también cuándo tendían a estar activas. Era perturbador lo fácil que me resultaba ubicar a mis víctimas ideales; había montones de ellas.

Quizá aquello formaba parte de la melancolía también.

Las mentes a las que daba caza solían haberse insensibilizado contra la compasión humana, así como contra la mayoría de emociones, a excepción del deseo y la avaricia. En ellas hallaba una frialdad y una concentración que destacaban sobre las mentes normales y menos peligrosas que las rodeaban. Por supuesto, a la mayoría les había costado un tiempo llegar a ese punto en el que se veían como depredadores primero y como todo lo demás después. Así pues, siempre había una serie de víctimas a las que yo no había podido salvar, para las que había llegado demasiado tarde. Solo podía salvar a la siguiente.

Cuando me dedicaba a buscar esa clase de mentes, casi siempre era capaz de desconectar de cualquier otra voz más humana. Sin embargo, esa noche, en Milwaukee, mientras me movía rápidamente por la oscuridad —paseaba cuando había testigos y corría cuando no—, una mente distinta llamó mi atención.

Era un hombre joven, pobre, que vivía en los barrios bajos de las afueras del distrito industrial. Se encontraba en tal estado de agonía mental que sus pensamientos irrumpieron en mi consciencia, a pesar de que la angustia no era

una emoción poco frecuente en aquellos tiempos. Pero, a diferencia de los demás, que temían al hambre, a los desahucios, al frío o a la enfermedad, a las carencias en todas sus formas, este hombre se temía a sí mismo.

No puedo. No puedo. No puedo hacer esto. No puedo. No puedo. Era como un mantra en el interior de su cabeza, lo repetía sin cesar. Nunca se resolvía en nada más tajante, nunca se convertía en un «no lo haré». Pensaba en los inconvenientes, pero, mientras tanto, lo planeaba.

El hombre no había hecho nada... todavía. Solo había soñado con lo que deseaba. Solo había observado a la niña que vivía en el edificio al fondo del callejón, nunca había hablado con ella.

Me sentía desconcertado. Nunca había condenado a muerte a nadie que tuviera las manos limpias, pero parecía que aquel hombre no tardaría en ensuciárselas. Y la persona en quien tanto pensaba no era más que una niña pequeña.

No estaba seguro, así que decidí esperar. Quizá aquel individuo fuese capaz de vencer a la tentación, aunque lo dudaba. Mi reciente estudio de las naturalezas humanas más vulgares no dejaba mucho lugar al optimismo.

En el callejón en el que habitaba el hombre, donde los edificios se agolpaban unos sobre otros de manera precaria, había una casa muy estrecha a la que hacía poco se le había derrumbado el techo. Subir a la segunda planta no era seguro para nadie, así que me escondí allí y permanecí varios días escuchando, inmóvil. Al examinar los pensamientos de la gente que se apelotonaba en aquellos edificios combados, no me costó mucho dar con el rostro enjuto de la niña en otros pensamientos distintos y más sanos. Encontré la habitación donde vivía con su madre y sus dos hermanos mayores y la observé durante el día. Era una tarea sencilla; solo tenía cinco o seis años, así que nunca se alejaba demasiado. Su madre la llamaba cuando correteaba lejos de su vista; se llamaba Betty.

El hombre también la observaba cuando no estaba rastreando las calles en busca de un trabajo para la jornada, pero durante el día siempre mantenía las distancias. Era por la noche cuando se detenía junto a su ventana, escondido entre las sombras, mientras una única vela iluminaba la habitación de la familia. Aprendió a qué hora se extinguía la vela y localizó la ubicación de la cama de la niña, un simple colchón relleno de papeles de periódico bajo la ventana abierta. Las noches empezaban a ser frescas, pero los olores de aquella casa en la que vivía demasiada gente eran desagradables. Todo el mundo dejaba la ventana abierta.

No puedo hacerlo. No puedo. No puedo. El mantra seguía repitiéndose y, sin embargo, empezó a prepararse. Encontró un pedazo de cuerda en una alcantarilla. Cogió unos trapos de un tendedero durante su vigilancia nocturna que harían las veces de mordaza. Irónicamente, escogió la misma casa en ruinas en la que yo me escondía para guardar sus herramientas. Había un espacio parecido a una cueva bajo las escaleras derrumbadas. Allí pensaba llevar a la niña.

Yo seguía esperando, reacio a castigar antes de estar seguro de que se cometería un crimen.

Lo más difícil, lo que más le costaba, era saber que tendría que matarla después. Le resultaba desagradable y no le gustaba pensar en cómo tendría que hacerlo. Pero acabó por superar también esa aprensión. Tardó una semana.

Para entonces, yo ya estaba bastante sediento, y también aburrido de las repeticiones de su mente. No obstante, sabía que no podía justificar mis asesinatos si no respetaba las leyes que yo mismo había creado para mí: castigar solo a los culpables, solo a aquellos que dañarían gravemente a otros si les perdonaba la vida.

Me sentí extrañamente decepcionado la noche que vino a buscar sus cuerdas y sus mordazas. Contra toda razón, yo había albergado la esperanza de que permaneciera libre de culpa.

Lo seguí hasta la ventana abierta tras la que dormía la niña. No me oyó, ni me habría visto entre las sombras de haberse dado la vuelta. El cántico de su mente había dejado de repetirse. *Puedo*; se había dado cuenta de ello. Era capaz de hacerlo.

Esperé hasta que alargó una mano a través de la ventana, hasta que le rozó el bracito con los dedos, buscando cómo asirla...

Lo agarré del cuello y salté hasta el tejado, tres plantas más arriba, donde aterrizamos con un golpe sordo. Estaba aterrorizado por los dedos fríos como el témpano que le rodeaban la garganta, por supuesto, desorientado por ese vuelo repentino a través del aire, confundido por lo que sucedía. Pero, cuando le di la vuelta para encararme a él, de algún modo, lo comprendió. Cuando me miró, no vio un hombre. Vio mis ojos negros y vacíos, mi piel pálida como la muerte, y supo que había llegado la hora del juicio. Aunque no estuvo cerca de adivinar lo que yo era en realidad, adivinó a la perfección lo que iba a suceder.

Comprendió que yo había salvado a la niña de él y sintió alivio. No estaba insensibilizado como los demás, no era frío ni estaba seguro.

No lo he hecho, pensó mientras me abalanzaba sobre él. Las palabras no eran una defensa. Se alegraba de que lo hubieran detenido.

Fue mi única víctima técnicamente inocente, el único que no vivió lo suficiente para convertirse en un monstruo. Poner fin a su progresión hacia el mal había sido lo correcto, lo único que se podía hacer.

Mientras recordaba a todos y cada uno de los humanos a los que había ejecutado, no me arrepentí de ninguna de sus muertes, no de forma individual. La ausencia de cada uno de ellos hacía del mundo un lugar mejor. Pero, de algún modo, aquello no importaba. Al final, la sangre seguía siendo sangre. Aliviaba mi sed durante unos días o semanas y eso era todo. Sentía un placer físico, pero el dolor de mi mente lo arruinaba demasiado. Pese a mi testarudez, no conseguía escapar de la verdad: era más feliz sin sangre humana.

La suma total de las muertes fue demasiado para mí. Apenas unos meses más tarde desistí de mi egoísta cruzada, desistí de tratar de encontrar un significado en la masacre.

—Pero con el paso del tiempo —continué, preguntándome cuántas de esas cosas que no le había dicho sería capaz de intuir— comencé a verme como un monstruo. No podía rehuir la deuda de haber tomado tantas vidas, sin importar cuánto se lo merecieran, y regresé con Carlisle y Esme. Me acogieron como al hijo pródigo. Era más de lo que merecía.

Recordé sus brazos rodeándome, recordé la felicidad de sus mentes cuando volví.

Bella también me miraba de una forma que no merecía. Supuse que mi defensa había funcionado, por débil que a mí me pareciera. Sin embargo, ella ya debía de estar acostumbrada a buscar excusas para mí. No me imaginaba de qué otra forma podía ser capaz de permanecer a mi lado.

Habíamos llegado a la última puerta del pasillo.

—Mi habitación —la informé mientras le cedía el paso.

Reaccionó como yo había esperado. Una vez más, lo examinó todo con atención. Analizó las vistas del río, la gran cantidad de estanterías para mi música, el equipo de sonido, la falta de muebles tradicionales... Sus ojos saltaban de un detalle a otro. Me pregunté si le resultaría tan interesante como a mí su habitación.

Observó el revestimiento de las paredes.

—¿Para conseguir una buena acústica?

Me reí, asentí y encendí el equipo de música. A pesar de que el volumen no estaba alto, los altavoces escondidos en las paredes y el techo hacían que

pareciera que estábamos en un auditorio, al lado de los músicos. Ella sonrió y luego se acercó a la estantería de CD que tenía más cerca.

Verla en el centro de un espacio que casi siempre era un refugio aislado se me antojaba surrealista. Habíamos pasado casi todo nuestro tiempo juntos en el mundo humano —el instituto, el pueblo o su casa— y eso siempre me había hecho sentir como el intruso, el que no estaba en el lugar que le correspondía. Hacía apenas una semana, jamás habría creído que alguna vez la vería tan cómoda y relajada en mitad de mi mundo. No era ninguna intrusa, encajaba perfectamente. Era como si mi habitación nunca hubiese estado completa hasta ese momento.

Y no estaba allí bajo ningún pretexto. No le había contado ninguna mentira, es más, le había confesado todos mis pecados. Lo sabía todo y aun así quería estar en esa habitación, a solas conmigo.

—¿Cómo los clasificas? —inquirió; trataba de entender cómo organizaba mi colección.

Estaba tan absorto en el placer de tenerla conmigo que tardé un segundo en responder.

—Esto... Por año, y luego por preferencia personal dentro de ese año.

Bella se percató de la enajenación que impregnaba mi voz. Me miró, intentando comprender por qué la observaba tan fijamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó cohibida, y acto seguido se llevó una mano al pelo.

—Contaba con sentirme aliviado después de habértelo explicado todo, de no tener secretos para ti, pero no esperaba sentir más que eso. Me gusta. Me hace... feliz.

Ambos sonreímos a la vez.

—Me alegro —respondió.

Era fácil darse cuenta de que ella no decía más que la verdad. No había sombras en sus ojos. Le resultaba tan placentero estar en mi mundo como a mí estar en el suyo.

Un destello de inquietud alteró la expresión de mi rostro. Por primera vez en un tiempo, pensé en las semillas de la granada. Me sentía bien al tenerla allí, pero ¿no sería porque mi egoísmo me cegaba? Nada la había asustado lo bastante para escapar de mí, pero eso no quería decir que no debiera estar asustada. Siempre había sido más valiente de lo que le convenía.

Bella percibió el cambio en mi rostro.

—Aún sigues esperando que salga huyendo, gritando espantada, ¿verdad? Había dado en el clavo. Asentí.

—Lamento estropear la ilusión —dijo con indiferencia—, pero no inspiras tanto miedo, de veras. De hecho, no me asustas nada en absoluto.

Era una mentira bien representada, sobre todo teniendo en cuenta su habitual falta de talento para la farsa, pero sabía que bromeaba sobre todo para que no me sintiera abatido ni me preocupara. Aunque a veces lamentaba la profunda lenidad que mostraba hacia mí, logró animarme. Era una broma divertida, así que no me pude resistir a seguirle el juego.

Sonreí, mostrándole más dientes de la cuenta.

—No deberías haber dicho eso, de veras.

Al fin y al cabo, me había pedido que la dejara verme cazar.

Me agazapé en una postura que parodiaba mi posición de caza, una versión juguetona y desenfadada de la misma. Le enseñé más los dientes y gruñí con suavidad; era casi un ronroneo. Ella empezó a retroceder, pese a que no había miedo real en su rostro. Al menos, no miedo al daño físico. Sí que parecía estar un poco asustada por convertirse en el blanco de su propia broma.

Tragó saliva de forma audible.

—No serás capaz...

Y salté.

Bella no alcanzó a ver demasiado de lo que sucedió; me moví a velocidad de inmortal. Salté al otro lado de la habitación, cogiéndola en brazos a mi paso. Me coloqué como una especie de armadura defensiva a su alrededor, para que, cuando nos estrelláramos contra el sofá, ella no sintiera el impacto.

Caí de espaldas, tal y como pretendía, sosteniéndola contra mi pecho. Ella estaba acurrucada entre mis brazos. Parecía un poco desorientada, como si no estuviese muy segura de qué era arriba y qué abajo. Intentó sentarse, pero yo todavía no había terminado de demostrarle lo que le quería demostrar.

Trató de fulminarme con la mirada, pero tenía los ojos demasiado abiertos como para que resultara efectivo.

—¿Qué era lo que decías? —le pregunté con tono juguetón.

Ella trató de recuperar el aliento.

—Que eres un monstruo realmente aterrador.

Le sonreí.

—Mucho mejor.

Alice y Jasper estaban subiendo las escaleras; oía las ganas que Alice tenía de invitarnos a algo. También sentía mucha curiosidad por esos sonidos de lucha que provenían de mi habitación. No me había estado vigilando, así

que ahora solo veía lo que se encontraría cuando llegase; la forma en la que habíamos acabado así ya estaba en el pasado.

Bella todavía estaba intentando liberarse.

—Esto... ¿Me puedes bajar ya?

Me reí al ver que seguía sin aliento. Pese a su exceso de confianza, todavía era capaz de sobresaltarla de verdad.

—¿Se puede? —preguntó Alice desde el pasillo. Habló en voz alta, para que Bella también la oyera.

Me incorporé y permanecí sentado con Bella en el regazo. Allí no teníamos necesidad de fingir, aunque suponía que sería necesario mantener una distancia más respetuosa en presencia de Charlie.

Cuando respondí, Alice ya estaba entrando en la habitación.

—Adelante.

Jasper se quedó en la puerta, vacilante, pero ella se sentó en medio de mi alfombra con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parecía que te ibas a almorzar a Bella y veníamos a ver si la podíamos compartir —bromeó.

Bella se puso tensa y me miró, buscando que la tranquilizara. Le sonreí y la atraje más hacia mi pecho.

—Lo siento. No creo que haya bastante para compartir.

Jasper entró en la habitación; no pudo evitarlo. Las emociones que había en el interior de la estancia le resultaban embriagadoras. En este momento, supe que los sentimientos de Bella eran exactamente iguales a los míos, dado que no había nada que contrarrestara la atmósfera de dicha que prácticamente hacía volar a Jasper.

—De hecho —dijo Jasper, cambiando de tema. Me di cuenta de que quería controlar lo que sentía, regularlo. El ambiente era abrumador—, Alice anuncia una gran tormenta para esta noche y Emmett quiere jugar a la pelota. ¿Te apuntas?

Hice una pausa y miré a Alice.

Como un rayo, me mostró varios centenares de imágenes de ese posible futuro. Rosalie no estaba, pero Emmett jamás se perdería un partido. A veces perdía su equipo y otras perdía el mío. Bella se encontraba allí, mirándolo todo, con una expresión extasiada ante ese espectáculo sobrenatural.

—Traerías a Bella, por supuesto —me animó Alice, ya que me conocía lo suficiente como para comprender mis dudas.

Vaya. A Jasper lo pilló desprevenido. Reajustó internamente la idea de lo que se avecinaba. No podría relajarse, tal y como había planeado. Pero, si así

tendría oportunidad de experimentar las emociones que Bella y yo nos provocábamos el uno al otro..., era un trato que estaba dispuesto a aceptar.

—¿Quieres ir? —le pregunté a Bella.

—Claro —respondió enseguida. Y luego, tras una corta pausa, añadió—: Eh, ¿adónde vamos?

—Hemos de esperar a que truene para jugar —le expliqué—, ya verás la razón.

Su preocupación era ahora más evidente.

—¿Necesitaré un paraguas?

Me reí al ver que era eso lo que le preocupaba, y Alice y Jasper se unieron a mí.

—¿Lo va a necesitar? —le preguntó Jasper a Alice.

—No. La tormenta va a descargar sobre el pueblo. El claro del bosque debería estar bastante seco.

—En ese caso, perfecto —dijo Jasper.

Se descubrió emocionado ante la idea de pasar más tiempo con Bella y conmigo. Su entusiasmo se expandió desde su cuerpo y nos contagió a los demás. La expresión de Bella mutó de la cautela a la ilusión.

Genial, pensó Alice, satisfecha de que su plan se hubiese convertido en una certeza. Ella también quería pasar tiempo divirtiéndose con Bella. *Os dejo para que habléis de los detalles.*

—Vamos a ver si Carlisle quiere venir —dijo mientras se levantaba de un brinco.

Jasper le dio un golpecito en las costillas.

—Como si no lo supieras ya.

Salió de la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Jasper la siguió más despacio, saboreando cada segundo que pasaba con nosotros. Hizo una pausa para cerrar la puerta tras él, una excusa para quedarse unos segundos más.

—¿A qué vamos a jugar? —me preguntó en cuanto la puerta estuvo cerrada.

—Tú vas a mirar. Nosotros jugaremos al béisbol.

Me miró con escepticismo.

—¿A los vampiros les gusta el béisbol?

La miré con fingida seriedad.

—Es el pasatiempo americano.

21. El partido

El tiempo siempre pasaba volando. Bella no tardaría en tener que comer de nuevo, y en este momento no había nada de comida en mi casa. Pensaba corregir eso en el futuro próximo. Era hora de volver al mundo real, pero, mientras estuviéramos juntos, eso no era una carga, sino un motivo de dicha.

Ella comería, me quedaría un ratito para empaparme de su proximidad y entonces tendría que marcharme. Suponía que querría hablar con Charlie a solas antes de presentarnos. Sin embargo, en cuanto doblamos la esquina me quedó claro que mis expectativas para esta tarde se verían frustradas.

Un Ford Tempo de 1987 que había visto tiempos mejores estaba aparcado en el espacio en el que solía hacerlo Charlie. Y, bajo la escasa protección del porche, un chico esperaba junto a un hombre que iba en silla de ruedas.

Bella ha llegado antes que él, pensó el hombre mayor. *Qué mala suerte.*

¡Anda, es Bella! Los pensamientos del chico eran mucho más entusiastas.

Solo se me ocurría una razón por la que a Billy Black pudiera contrariarle ver llegar a Bella antes que a su padre, y esa razón tenía que ver con cierto tratado que se había roto. Pronto tendría la confirmación que necesitaba; Billy todavía no me había visto.

—¿Es que se ha olvidado de a quién protege el tratado en realidad? —dije entre dientes.

Bella me miró confundida, pese a que yo no creía haber hablado con la lentitud suficiente como para que mis palabras fueran inteligibles.

Jacob me vio en el asiento del conductor un segundo antes que Billy.

Otra vez él. Deben de estar saliendo juntos. Su entusiasmo se desvaneció.

¡NO! El pensamiento de Billy fue un grito seguido de un gruñido mental. No...

Oí sus miedos medio articulados. ¿Debería decirle a su hijo que saliera corriendo? ¿Era ya demasiado tarde? Y entonces oí su culpa.

¿Cómo lo ha sabido?

Me di cuenta de que yo estaba en lo cierto, de que aquella no era una visita para socializar.

Aparqué la camioneta junto a la curva y miré a los ojos al hombre aterrorizado.

—Esto... Esto es pasarse de la raya —afirmé, esta vez de manera clara. Deseé que el hombre pudiera leerme los labios.

Bella lo comprendió de inmediato.

—¿Han venido a avisar a Charlie? —Parecía horrorizada.

Asentí sin dejar de mirar a Billy a los ojos. Unos segundos después, él bajó la vista.

—Déjame arreglarlo a mí —propuso Bella.

Por mucho que me hubiera gustado salir de la camioneta y acercarme amenazadoramente a la indefensa pareja —e inclinarme sobre ellos, intimidándolos, lo suficientemente cerca como para que todas las pequeñas señales de lo que yo era parecieran gritarle a la cara del viejo, enseñarles los dientes y gruñir con una voz que sonara cualquier cosa menos humana, ver como se le ponían los pelos de punta y oír como el corazón le chisporroteaba de puro pánico—, sabía que era una mala idea. Para empezar, a Carlisle no le gustaría. Por otra parte, aunque el muchacho estaba enterado de las leyendas, jamás se las creería, a no ser que les restregara mi lado menos humano por los morros.

—Quizás sea lo mejor, pero, de todos modos, ten cuidado. El niño no sabe nada.

De repente, pareció molesta. No entendí por qué hasta que habló.

—Jacob no es mucho más joven que yo.

La palabra «niño» la había ofendido.

—Sí, ya lo sé —bromeé.

Bella suspiró y puso la mano en la manija de la puerta; separarnos la disgustaba tanto como a mí.

—Haz que entren a la casa para que me pueda ir. Volveré hacia el atardecer —le prometí.

—¿Quieres llevarte el coche?

—Puedo llegar a casa mucho más rápido de lo que puede llevarme este coche.

Sonrió un segundo y entonces se le ensombreció el rostro.

—No tienes por qué irte —murmuró.

—He de hacerlo. —Eché un vistazo a Billy Black. Me estaba mirando otra vez, pero apartó la vista en cuanto sus ojos se encontraron con los míos

—. Una vez que te libres de ellos... —Sentí que una sonrisa se extendía por mi rostro, quizá un poco demasiado amplia—. Debes preparar a Charlie para presentarle a tu nuevo novio.

—Muchas gracias —gimió.

Aunque era evidente que la reacción de Charlie le preocupaba, pude ver que estaba dispuesta a hacerlo. Me pondría una etiqueta para su mundo humano, algo para que yo también formara parte de él.

Mi sonrisa se suavizó.

—Volveré pronto.

Evalué a los humanos del porche una vez más. Jacob Black estaba avergonzado, en su mente se oían cáusticos pensamientos sobre su padre, que lo había obligado a ir a espiar a Bella y a su novio. Billy Black seguía presa del pánico; esperaba que empezase a masacrar a todos los presentes de un momento a otro. Era insultante.

Con eso en mente, me incliné para darle a Bella un beso de despedida. Solo por molestar al viejo, presioné los labios contra su cuello en lugar de los labios. El grito agónico de la mente del hombre se vio casi amortiguado por los latidos acelerados del corazón de Bella; deseé que los irritantes humanos se esfumaran.

Pero los ojos de ella estaban ahora sobre Billy, evaluando su angustia.

—Pronto —me ordenó.

Tras una corta mirada de desolación, abrió la puerta del coche y se bajó. Yo me quedé muy quieto mientras ella correteaba bajo la llovizna en dirección a la puerta.

—Hola, Billy. Hola, Jacob —saludó con fingido entusiasmo—. Charlie se ha marchado para todo el día, espero que no llevéis esperándolo mucho tiempo.

—No mucho —respondió el viejo en voz baja. Me miraba y apartaba la vista una y otra vez. Llevaba una bolsa de papel marrón en la mano—. Solo queríamos traerle esto.

—Gracias. ¿Por qué no entráis un momento y os secáis?

Se comportaba como si las miradas penetrantes del hombre le pasaran desapercibidas. Abrió la puerta y les hizo un gesto para que entraran, con la sonrisa pegada en el rostro. Esperó a que estuvieran dentro y los siguió.

—Venga, deja que te ayude —le dijo a Billy mientras se volvía para cerrar la puerta tras ella. Me miró a los ojos un instante y luego cerró.

Me trasladé velozmente de la camioneta de Bella a mi árbol habitual antes de que les diera tiempo a llegar a ninguna ventana que diera a ese lado del

patio. No pensaba irme hasta que no lo hicieran los Black. Si la situación con la tribu iba a volverse tensa, necesitaba saber hasta dónde exactamente estaba dispuesto a llegar Billy Black.

—¿Se ha ido de pesca otra vez? ¿Allí abajo, donde siempre? Quizá me acerque a saludarlo.

Ahora es todavía más urgente. No sabía que las cosas estaban tan mal. Pobre Bella, no tiene ni idea...

—No —protestó Bella con aspereza al mismo tiempo que yo cerraba la mandíbula con fuerza—. Se ha ido a un sitio nuevo..., y no tengo ni idea de dónde está.

Pese a que la escuchaba a través de la pared, noté que su tono de voz era tirante. Billy también se dio cuenta.

¿Qué pasa? No quiere que vea a Charlie, pero no es posible que sepa por qué debo advertirle.

Vi la expresión de Bella mientras él la analizaba; sus ojos brillaban, tenía la barbilla alzada en un gesto testarudo. Le recordaba a una de sus hijas, la que nunca iba a visitarlo.

Tengo que hablar con ella a solas.

—Jake —dijo—. ¿Por qué no vas al coche y traes el nuevo cuadro de Rebecca? Se lo dejaré a Charlie también.

—¿Dónde está?

Los pensamientos claros y puros de Jacob se habían vuelto sombríos; no dejaba de reproducir el beso de la camioneta. Le había afectado de una forma muy distinta a la de su padre. Sabía que ella era demasiado mayor para verlo como él deseaba, pero lo deprimía haber presenciado la prueba de ello. Resopló e hizo una mueca, distraído.

Aquí se ha podido algo, pensó, y me pregunté si sería por el regalo que su padre llevaba en la bolsa de papel. Yo no había oído nada raro por la mañana.

—Creo haberlo visto en el maletero —mintió Billy con facilidad—. A lo mejor tienes que rebuscar un poco.

Ni Billy ni Bella volvieron a hablar hasta que Jacob no salió por la puerta principal, con los hombros hundidos y el rostro ensombrecido. Caminó pesadamente hacia el coche, ignorando la lluvia y, con un suspiro, empezó a rebuscar entre un montón de ropa vieja y trastos olvidados. Todavía estaba reviviendo el beso; intentaba decidir cuánto le había gustado a Bella.

Ella y Billy seguían en el recibidor, cara a cara.

¿Por dónde empiezo...?

Antes de que pudiera decir nada, Bella se dio la vuelta y se dirigió hacia la cocina. Él la observó mientras se alejaba y luego la siguió.

La puerta de la nevera se abrió con un chirrido y luego escuché los sonidos de Bella mientras rebuscaba. Billy la observó cerrar la puerta de golpe y darse la vuelta para enfrentarse a él. Reparó en el gesto defensivo de su boca.

Bella fue la primera en hablar y lo hizo en tono poco amistoso. Era obvio que había decidido que no servía de nada fingir que no estaba al tanto.

—Charlie no va a volver hasta dentro de un buen rato.

Debe de tener sus propias razones para llevarlo en secreto. Pero ella también debería saberlo. Quizá pueda decir lo suficiente para advertirla sin llegar a romper el tratado.

—Gracias otra vez por el pescado frito.

Las palabras de Bella eran claramente una forma de zanjar la conversación, pero a Billy no le pareció que ella se sorprendiera cuando él se mantuvo firme. Bella suspiró y se cruzó de brazos.

—Bella... —dijo Billy en un tono que ya no era desenfadado, sino más grave, más serio.

Ella permaneció todo lo inmóvil que podía permanecer un humano y esperó a que continuara.

—Bella —repitió—, Charlie es uno de mis mejores amigos.

—Sí.

Pronunció las palabras siguientes muy despacio.

—Me he dado cuenta de que estás con uno de los Cullen.

—Sí —repitió ella; apenas trataba de ocultar ya su hostilidad.

Él no reaccionó a su tono de voz.

—Quizás no sea asunto mío, pero no creo que sea una buena idea.

—Llevas razón —replicó—, no es asunto tuyo.

¡Qué enfadada está!

—Tal vez lo ignores, pero la familia Cullen goza de mala reputación en la reserva.

Habló pesadamente, trataba de elegir con cuidado sus palabras. Con mucho cuidado. Apenas se había quedado en el lado correcto de la raya.

—La verdad es que estaba al tanto —Bella respondió con palabras breves y secas; su tono contrastaba con el de él—. Sin embargo, esa reputación podría ser inmerecida, ¿no? Que yo sepa, los Cullen nunca han puesto el pie en la reserva, ¿o sí?

Aquello lo sorprendió. *¡Lo sabe! ¿Lo sabe? ¿Cómo? ¿Y entonces cómo puede...? No puede ser. No es posible que sepa toda la verdad.* La repulsión que coloreó sus pensamientos me llevó a rechinar los dientes de nuevo.

—Es cierto —admitió al fin—. Pareces... bien informada sobre los Cullen, más de lo que esperaba.

—Quizás incluso más que tú.

¿Qué le habrán dicho para que los defienda así? No es posible que le hayan confesado la verdad. Le habrán contado algún cuento de hadas romántico, sin duda. En fin, es evidente que nada de lo que le diga la va a convencer.

—Podría ser. —Le molestaba tener que estar de acuerdo con ella—. ¿Está Charlie tan bien informado como tú?

Vio que la expresión de ella se tornaba más evasiva.

—A Charlie le gustan mucho los Cullen.

Charlie no sabe nada.

—O sea, que no es asunto mío, pero quizá sí de Charlie.

Bella diseccionó la expresión del hombre durante unos segundos. *Esta chica parece una abogada.*

—Si creo que incumbe o no a mi padre, también es solo asunto mío. ¿De acuerdo? —preguntó, aunque no sonaba realmente como una pregunta.

Volvieron a mirarse a los ojos y, finalmente, Billy suspiró.

De todos modos, Charlie no me creería. No puedo volver a apartarme de él. Necesito seguir vigilando esta situación.

—Sí. Imagino que es asunto tuyo.

Bella suspiró y relajó la postura.

—Gracias, Billy —dijo con voz más amable.

—Piensa bien lo que haces, Bella —la urgió.

—Vale —respondió ella demasiado rápido.

Otro pensamiento me llamó la atención. Había hecho poco caso de la búsqueda infructuosa de Jacob, pues estaba demasiado concentrado en el enfrentamiento entre Bella y Billy. Pero ahora él se estaba percatando de...

Vaya, mira que soy idiota. Quería quitarme de en medio.

Consternado ante la posibilidad de que su padre lo estuviera avergonzando, y con cierto miedo y culpa por si Bella le había contado que había roto el tratado, cerró el maletero de golpe y se dirigió a la puerta principal.

Billy oyó el portazo y supo que se le había acabado el tiempo.

—Lo que quería decir es que... dejaras de hacer lo que haces —le rogó por última vez.

Bella no contestó, pero su expresión era ahora más amable. Billy tuvo la esperanza fugaz de que le hiciera caso.

Jacob abrió la puerta bruscamente y Billy miró hacia atrás, así que no pude ver la reacción de Bella.

—No había ninguna pintura en el coche —gruñó Jacob.

—Mmm. Supongo que me la dejé en casa —dijo su padre.

—Estupendo —replicó el hijo con gran sarcasmo.

—Bueno, Bella, dile a Charlie... —Billy se detuvo antes de continuar— que hemos pasado por aquí, ¿vale?

—Lo haré —contestó, de nuevo con aspereza.

Jacob estaba sorprendido.

—¿Pero nos vamos ya?

—Charlie va a llegar tarde —le explicó Billy, que ya estaba dirigiéndose hacia la puerta girando las ruedas de la silla.

Y entonces ¿para qué hemos venido?, se quejó Jacob para sí. El viejo empieza a estar senil.

—Vaya. Bueno, entonces supongo que ya te veré otro día, Bella.

—Claro —respondió Bella.

—Ten cuidado —añadió Billy en tono de advertencia.

Bella no respondió.

Jacob ayudó a su padre a cruzar el umbral y a bajar el escalón del porche. Bella los siguió hasta la puerta. Echó un vistazo a la camioneta vacía, saludó a Jacob con la mano y cerró la puerta mientras este aún estaba subiendo a su padre al coche.

Aunque me hubiera gustado reunirme con Bella y charlar con ella sobre lo que acababa de ocurrir, sabía que todavía tenía trabajo que hacer. La oí subir las escaleras mientras me bajaba del árbol y corría hacia el bosque que había detrás de su casa.

Me resultó mucho más difícil acechar a los Black de día y a pie. No conseguía seguirles el ritmo por la autopista. Me iba agachando entre los arbustos más densos del bosque, escuchando los pensamientos de quien pudiera estar lo bastante cerca como para verme. Llegué antes que ellos al desvío de La Push y me atreví a cruzar la lluviosa autopista a máxima velocidad; el único coche a la vista iba en la otra dirección. Una vez que me encontré en el lado oeste de la carretera dispuse de refugio de sobra para

ocultarme. Esperé a que apareciera el viejo Ford y entonces corrí en una línea paralela a él por entre los oscuros árboles.

No hablaban. Me pregunté si me habría perdido las recriminaciones de Jacob. La mente del chico seguía reproduciendo el beso una y otra vez. Con aire taciturno, llegó a la conclusión de que a Bella le había gustado, y mucho.

La mente de Billy se había detenido en un recuerdo. Me sorprendió darme cuenta de que yo también recordaba ese episodio, si bien desde otro punto de vista.

Había sucedido hacía unos dos años y medio. Entonces, mi familia se encontraba en Denali, en una breve visita de cortesía mientras nos trasladábamos de un hogar semipermanente al siguiente. Los preparativos para volver a mudarnos al estado de Washington habían consistido en una única tarea. Carlisle ya había encontrado trabajo, Esme había comprado su casa para reformar sin haberla visto previamente y los expedientes académicos falsos de mis hermanos y el mío ya habían sido transferidos al instituto de Forks, pero el último paso de los preparativos era el más importante... y también el más atípico. Aunque ya habíamos regresado a antiguos hogares nuestros en el pasado —tras haber dejado que transcurriera un tiempo prudencial—, esta era la primera vez que debíamos advertir de nuestra llegada.

Carlisle había empezado por buscar en internet. Dio con una genealogista aficionada llamada Alma Young que trabajaba desde la Reserva de Makah. Fingió ser otro entusiasta de la historia familiar y preguntó por los descendientes de Ephraim Black que pudieran seguir viviendo en la zona. La señora Young le dio las buenas noticias muy emocionada: el nieto y los bisnietos de Ephraim vivían en La Push, en la costa. Por supuesto que no le importaba darle a Carlisle su número de teléfono. Estaba segura de que Billy Black se alegraría mucho de tener noticias de su primo lejano.

Yo estaba presente cuando Carlisle hizo la siguiente llamada de teléfono, así que oí todo lo que dijo. En este momento, Billy estaba recordando su parte de la conversación.

Había sido un día como cualquier otro. Las gemelas habían salido con sus amigos, así que en casa solo estaban Billy y Jacob. El primero le estaba enseñando al segundo a tallar un león marino en madera de madroño cuando, de repente, sonó el teléfono. Hizo rodar la silla hasta la cocina, dejando al chico tan absorto en su tarea que apenas reparó en que su padre abandonaba la habitación.

Billy dio por hecho que sería Harry, o Charlie, quizás, y saludó alegremente:

—¡Hola!

—Hola. ¿Hablo con Billy Black?

No reconoció la voz al otro lado de la línea, pero tenía una cualidad clara y cortante que, por alguna razón, lo puso en alerta.

—Sí, soy Billy. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Carlisle Cullen —respondió aquella voz suave pero penetrante, y Billy sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Por un tormentoso segundo, creyó estar en una pesadilla.

Aquel nombre y aquella voz afilada formaban parte de una leyenda, una historia de terror. Aunque lo habían advertido y preparado para ella, todo había ocurrido mucho tiempo atrás. En realidad, Billy jamás había creído que un día tendría que vivir en el mismo mundo que esa historia de terror.

—¿Le dice algo mi nombre? —preguntó la voz, y Billy se percató de que parecía pertenecer a un hombre joven, no a un ser de cientos de años, como debería ser.

Le costó encontrar su propia voz.

—Sí —respondió al fin, con aspereza.

Creó oír un leve suspiro.

—Bien —respondió el monstruo—. Así nos será más fácil cumplir con nuestra obligación.

Billy sintió que se le nublaba la mente al comprender lo que el monstruo quería decir. Su obligación. Se refería al tratado. Billy intentó, con cierta dificultad, recordar los acuerdos secretos que había memorizado en detalle. Si el monstruo decía que tenía una obligación que cumplir, solo podía significar una cosa.

La cara de Billy se tornó lívida, como si toda la sangre le hubiese abandonado el rostro, y le pareció que las paredes se estrechaban a su alrededor, a pesar de que sabía que estaba sentado en su silla de ruedas, seguro y estable.

—Van a volver —dijo con la voz entrecortada.

—Sí —respondió el monstruo—. Sé que esto debe de resultarle... desagradable. Pero le aseguro que su tribu no corre ningún peligro, ni tampoco los habitantes de Forks. Nuestras costumbres no han cambiado.

A Billy no se le ocurría nada que decir. Había estado atrapado en ese tratado desde antes de su nacimiento. Quería oponerse, amenazarlo... Pero, con tratado o sin tratado, no había nada que pudiera hacer.

—Viviremos fuera de Forks. —El monstruo recitó una serie de números; Billy tardó unos instantes en comprender que eran coordenadas, líneas de latitud y longitud. Buscó algo donde escribir y dio con un rotulador negro, pero no encontró papel.

—Repítamelas —ordenó con voz ronca.

Esta vez, la voz recitó los números más despacio y Billy se los garabateó en el brazo.

—No sé si conoce bien el tratado...

—Lo conozco —lo interrumpió Billy.

Los bebedores de sangre disponían de un radio de ocho kilómetros alrededor de la ubicación de su guarida, un territorio prohibido para cualquier miembro de la tribu. Era un espacio pequeño comparado con las tierras que les pertenecían a ellos, pero en aquel momento le parecía demasiado.

¿Cómo convencerían a sus hijos para que obedecieran estas normas? Pensó en sus obstinadas hijas y en su despreocupado hijo. Ninguno de ellos creía en las viejas historias y, sin embargo, si alguna vez cometían un solo error inocente..., podrían ir a por ellos, de acuerdo con el tratado.

—Por descontado —respondió el monstruo educadamente—. Nosotros también lo conocemos bien. No tiene nada de qué preocuparse. Lamento mucho la aflicción que esto pueda causarle, pero no afectaremos a su pueblo en modo alguno.

Billy se limitó a escuchar, de nuevo aturdido.

—Nuestra intención es vivir en Forks alrededor de una década.

El corazón de Billy se detuvo. ¡Diez años!

—Mis hijos asistirán al instituto del pueblo. No sé si los niños de su tribu suben hasta el instituto...

—No —susurró Billy.

—Bien, si alguno así lo deseara, puedo asegurarle que no correrán ningún riesgo.

Los rostros de los niños de Forks se sucedieron en la mente de Billy. ¿Acaso no había nada que pudiera hacer para protegerlos a ellos?

—Deje que le dé mi número de teléfono. Nos encantaría tener un trato más...

—No —lo interrumpió Billy, esta vez con más firmeza.

—Por supuesto. Lo que le haga sentir más cómodo.

De repente, un pensamiento terrorífico se le cruzó por la mente. El monstruo había hablado de sus hijos...

—¿Cuántos? —preguntó Billy. Sonaba como si lo estuvieran estrangulando.

—¿Disculpe?

—¿Cuántos son?

Por primera vez, aquella voz confiada y aterciopelada vaciló.

—Hace muchos años se incorporaron dos miembros más a nuestra familia. Ahora somos siete.

Despacio y de forma deliberada, Billy colgó el teléfono.

Y entonces tuve que dejar de correr. Todavía no había llegado a la frontera que delimitaba el tratado, pero aquel recuerdo en particular me disuadió de acercarme demasiado. Giré hacia el norte y emprendí el camino hacia casa.

Así que no había extraído nada demasiado útil de los pensamientos de Billy. Me sentía bastante seguro de que seguiría el mismo patrón: volvería a una zona segura y contactaría con sus camaradas. Discutirían sobre esta nueva información —que no daba mucho de sí— y llegarían a la misma conclusión: no podían hacer nada al respecto. El tratado era lo único que los protegía.

Supuse que la larga amistad entre Billy y Charlie sería el asunto más polémico. Billy pelearía duro para que le permitieran advertir a Charlie con más detalle. Uno de los fríos había elegido a su única hija como... víctima, como objetivo, como almuerzo; no me costaba imaginarme cómo describiría Billy nuestra relación.

Sin duda, los otros, más imparciales que Billy, insistirían en que guardara silencio. En cualquier caso, su previo intento de alertar a Charlie del peligro que suponía que Carlisle trabajara en el hospital no había ido demasiado bien. Sin duda, añadirle una buena dosis de fantasías no sería de ayuda. Incluso el propio Billy era capaz de admitirlo.

Ya casi había llegado a casa. Informaría a Carlisle de lo sucedido y compartiría con él mi análisis de la situación. No había mucho más que pudiéramos hacer. Estaba seguro de que él pensaría lo mismo. Igual que los quileutes, no teníamos más opción que la de respetar el tratado palabra por palabra.

Volví a cruzar como un rayo la autopista cuando vi que no pasaban coches. En cuanto llegué al camino que llevaba a casa, oí el sonido de un motor conocido procedente del garaje. Me detuve en seco en mitad del camino y esperé.

El BMW rojo de Rosalie dobló la curva y se detuvo en seco; sus ruedas chirriaron.

La saludé con la mano sin entusiasmo.

Sabes que te atropellaría si eso no me destrozara el coche, ¿verdad?

Asentí.

Ella hizo rugir el motor una vez más y suspiró.

—Supongo que ya te han contado lo del partido.

Deja que me vaya y punto, Edward. Leí en su mente que no tenía ningún destino pensado. Solo quería alejarse de allí. *Emmett se queda. ¿No tienes bastante con eso?*

—¿Por favor?

Cerró los ojos e inhaló profundamente. *No entiendo por qué es tan importante para ti.*

—Tú eres importante para mí, Rose —me limité a responder.

Todo el mundo se divertirá más si yo no estoy.

Me encogí de hombros. Posiblemente tenía razón.

No seré amable.

Sonreí.

—No necesito que seas amable. Solo te pido que la toleres.

Vaciló.

—No será tan malo —le prometí—. Quizá me des una paliza en el partido y me hagas quedar mal.

Intentó reprimir la sonrisa, pero la boca se le curvó hacia arriba por un lado. *Me quedo con Emmett y Jasper.*

Siempre optaba por la fuerza más obvia.

—Hecho.

Respiró hondo otra vez; se arrepintió de inmediato del trato. Intentó imaginarse en el mismo sitio que Bella... y le resultaba muy difícil.

—Hoy no pasará nada, Rose. No va a tomar ninguna decisión. Solo va a vernos jugar, eso es todo. Tómalo como un experimento.

Un experimento en el que... ¿quizá todo explote?

La miré hastiado y puso los ojos en blanco.

—Si no funciona, intentaremos buscar otra solución.

Rosalie poseía toda una plétora de soluciones, la mayoría profanas, pero estaba dispuesta a rendirse. Lo intentaría..., pero me di cuenta de que no se esforzaría mucho por ser civilizada. De todos modos, era un comienzo.

En fin, supongo que debería cambiarme. Y entonces metió la marcha atrás, dio media vuelta y volvió hacia casa, pasando de cero a sesenta antes de desaparecer de mi vista. Yo fui por el camino más corto, a través del bosque.

Dentro, Emmett estaba viendo cuatro partidos de béisbol a la vez en la pantalla grande. Sin embargo, se había vuelto al escuchar el sonido del coche de Rosalie, que se detuvo con un chirrido en el garaje.

Señalé la televisión.

—Ahí no vas a encontrar nada que te ayude a ganar hoy.

¿Has convencido a Rose para que juegue?

Asentí una sola vez y se le iluminó el rostro con una sonrisa.

Te debo una.

Apreté los labios.

—¿De verdad?

Era evidente que tenía algo que pedirle. Estaba intrigado. *Claro, ¿qué quieres?*

—Que guardes las formas cuando esté Bella.

Rose cruzó la estancia como una exhalación y subió las escaleras, ignorándonos a ambos a propósito. Emmett estaba meditando mi petición. *¿Y qué implica eso exactamente?*

—Que no la aterrorices a propósito.

Se encogió de hombros.

—Me parece bien.

—Excelente.

Me alegro de que hayas vuelto. Los últimos meses habían sido difíciles para Emmett, primero con mis cambios de humor y después con mi ausencia. Estuve a punto de disculparme, pero sabía que él ya no estaba disgustado conmigo. Emmett vivía en el presente.

—¿Dónde están Alice y Jasper?

Emmett estaba viendo los partidos de nuevo. *Han ido a cazar. Jasper quiere estar preparado. Es gracioso... Parecía emocionado por lo de hoy, más de lo que me esperaba.*

—Es gracioso, sí —respondí, aunque yo comprendía algo mejor los motivos de esa emoción.

Edward, querido, oigo cómo goteas en el suelo. Por favor, ponte ropa seca y límpialo.

—¡Perdón, Esme!

Esta vez me vestí para Charlie; rescaté uno de mis mejores chubasqueros, que casi nunca me ponía. Quería tener aspecto de ser una persona que se tomaba el tiempo muy en serio y se preocupaba de protegerse del frío y la lluvia. Eran los pequeños detalles los que hacían que los humanos se tranquilizaran.

De forma automática, metí el tapón de la botella en el bolsillo de los vaqueros nuevos.

Mientras fregaba el suelo, pensé en el corto viaje de esta noche hasta el claro del béisbol y pensé que, después del día anterior, quizá a Bella no le haría mucha gracia correr conmigo hasta nuestro destino. Sabía que algo tendríamos que correr, pero supuse que cuanto menos distancia, mejor.

—¿Puedo coger tu Jeep? —le pregunté a Emmett.

Bonita chaqueta. Se rio entre dientes. *Ten cuidado, no te vayas a mojar.*

Esperé con una exagerada expresión de paciencia.

—Claro —me dijo—. Pero ahora eres tú quien me debe una.

—Estoy encantado de estar en deuda contigo.

Subí las escaleras como un rayo con el sonido de su risa de fondo.

Tuve una breve charla con Carlisle, que, como yo, no creía que pudiéramos hacer nada más que continuar como hasta ahora. Y luego fui corriendo al encuentro de Bella.

El Jeep de Emmett era, en cierto modo, el más llamativo de todos nuestros coches, simplemente por el tamaño. Sin embargo, como llovía a mares, no había mucha gente en la calle y la lluvia impediría que nadie viera quién era el conductor. La gente daría por hecho que el propietario de aquel vehículo enorme no vivía en el pueblo.

No sabía con certeza cuánto tiempo necesitaría Bella, así que doblé la esquina de la calle a una manzana de su casa para asegurarme de que estuviera lista. Antes siquiera de llegar al final de la calle, percibí la agitación en los pensamientos de Charlie. Bella debía de haber empezado a hablar con él. Vi una imagen fugaz del rostro de Emmett en su mente. ¿De qué iba eso?

Paré en una zona boscosa, entre dos casas, y dejé el motor al ralentí. Ya estaba lo bastante cerca para discernir sus voces. Las casas cercanas no estaban en silencio, pero me resultaba fácil ignorar las otras voces, tanto las físicas como las mentales. Estaba tan sintonizado al sonido de la voz de Bella que habría sido capaz de distinguirla entre el griterío de un estadio.

—Se llama Edward, papá —le estaba diciendo.

—¿Y lo es? —le preguntó su padre. Intenté entender qué estaban diciendo de mí.

—Algo así, supongo —admitió.

—Pues la otra noche me dijiste que no te interesaba ningún chico del pueblo —protestó.

—Bueno, Edward no vive en el pueblo, papá. Y, de todos modos, estamos empezando todavía, ya sabes. No me hagas pasar un mal rato con todo ese

sermón sobre novios y tal, ¿vale?

Conseguí recuperar el hilo de la conversación. Intenté descubrir a través de las emociones de Charlie cuánto le perturbaba la confesión de su hija, pero estaba de lo más estoico.

—¿Cuándo vendrá a recogerte?

—Llegará dentro de unos minutos. —Bella sonaba más nerviosa por esto último que su padre.

—¿Adónde te va a llevar?

Bella gimió de manera teatral.

—Espero que te vayas olvidando ya de comportarte como un inquisidor, ¿vale? Vamos a jugar al béisbol con su familia.

Se hizo un silencio y, al cabo de un segundo, Charlie se echó a reír.

—¿Que tú vas a jugar al béisbol?

Por el tono de Charlie, era evidente que, pese a la profesión de su padrastro, Bella no era muy aficionada a este deporte en concreto.

—Bueno, más bien creo que voy a mirar la mayor parte del tiempo.

—Pues sí que tiene que gustarte ese chico.

Ahora sonaba más receloso. Por las imágenes que se sucedían rápidamente en su mente, pensé que debía de estar intentando adivinar cuánto tiempo hacía que había empezado esta relación. Sintió que sus sospechas de la noche anterior estaban justificadas.

Revolucioné el motor y di la vuelta a toda velocidad. Bella había terminado de preparar a su padre y yo estaba ansioso por volver a estar con ella.

Aparqué detrás de su camioneta y corrí hacia la puerta. Charlie estaba diciendo:

—Me tienes demasiado mimado.

Llamé al timbre y me puse la capucha. Hacerme pasar por humano se me daba bien, pero en esa ocasión me parecía mucho más importante que otras veces.

Oí los pasos de Charlie mientras se acercaba a abrir, seguido de cerca por Bella. La mente de Charlie parecía debatirse entre la inquietud y el humor. Supuse que todavía se estaría deleitando con la idea de que Bella se involucrara por voluntad propia en un partido de béisbol; estaba casi seguro de que estaba interpretando sus pensamientos correctamente.

Charlie abrió la puerta, mirando fijamente a la altura de mis hombros; se esperaba a alguien más bajo. Reenfocó su mirada y dio medio paso atrás.

En el pasado, había experimentado esta reacción tan a menudo que no necesitaba más claridad en sus pensamientos para comprenderlo. Como cualquier otro humano normal, encontrarse de repente a treinta centímetros de un vampiro se traduciría en un torrente de adrenalina a través de las venas. El miedo le provocaría un nudo en el estómago durante una fracción de segundo e, inmediatamente después, su mente racional tomaría las riendas. Su cerebro lo obligaría a ignorar esas pequeñas discrepancias que me señalaban como al otro. Reajustaría la mirada y vería solo a un chico adolescente.

Lo observé llegar a esa conclusión: yo no era más que un chico normal. Supe que se estaría preguntando por qué su cuerpo había reaccionado de una forma tan extraña.

De manera abrupta, una imagen de Carlisle parpadeó en su mente y supuse que debía de estar comparándonos. En realidad, no nos parecíamos mucho, pero la similitud en el color de piel solía ser suficiente para la mayoría de la gente. Aunque quizá no lo fuese para Charlie. Estaba definitivamente insatisfecho por algo.

Bella me miraba nerviosa por encima del hombro de su padre.

—Entra, Edward.

Dio un paso atrás y me hizo un gesto para que lo siguiera. Bella tuvo que apartarse de un saltito.

—Gracias, jefe Swan.

Sonrió, aunque de mala gana.

—Lláname Charlie. Ven, dame la cazadora.

Me la quité enseguida.

—Gracias, señor.

Señaló el pequeño salón.

—Siéntate aquí, Edward.

Bella hizo una mueca; era evidente que quería que nos marcháramos. Elegí sentarme en el sillón. Sentarme en el sofá me parecía demasiado directo, ya que Bella tendría que sentarse a mi lado... O, si no, tendría que hacerlo Charlie. Pensé que, en una primera cita oficial, lo mejor sería mantener a la familia unida.

A Bella no le gustó mi elección. Le guiñé un ojo mientras Charlie se sentaba.

—Tengo entendido que vas a llevar a mi niña a ver un partido de béisbol —dijo Charlie. Su expresión era eminentemente divertida.

—Sí, señor, esa es la idea.

Se rio.

—Bueno, eso es llevarla a tu terreno, supongo, ¿no?

Me reí con él educadamente. Bella se incorporó de un salto.

—Estupendo. Ya basta de bromitas a mi costa. Vámonos.

Fue al recibidor a toda prisa y metió los brazos en las mangas de la chaqueta bruscamente. Charlie y yo la seguimos. De camino, cogí mi chaqueta y me la puse.

—No vuelvas demasiado tarde, Bell —la advirtió Charlie.

—No se preocupe, Charlie, la traeré temprano —le dije.

Me dirigió una mirada penetrante durante unos segundos.

—Cuidarás de mi niña, ¿verdad?

Bella soltó otro gruñido teatral.

—Le prometo que estará a salvo conmigo, señor.

Pronunciar esas palabras con la seguridad de que eran ciertas fue más satisfactorio de lo que me había imaginado.

Bella salió de la casa. Charlie y yo volvimos a reírnos a la vez, aunque en esta ocasión fue más sincero por mi parte. Le sonreí y me despedí con la mano mientras seguía a su hija.

No llegué muy lejos. Bella se había quedado paralizada en el porche, con la mirada clavada en el Jeep de Emmett. Charlie se me acercó por detrás, para descubrir qué había ralentizado la determinación de su hija por escapar.

Silbó, sorprendido.

—Poneos los cinturones —dijo bruscamente.

La voz de su padre tuvo un efecto inmediato. Bella se adentró a toda prisa en la intensa lluvia. Yo la seguí a velocidad humana, pero lo bastante rápido como para llegar antes que ella a la puerta del copiloto y abrísela. Ella vaciló; miró el asiento, el suelo y el asiento otra vez. Respiró hondo y flexionó las piernas, como si se estuviera preparando para saltar. Charlie no podía vernos a través de las ventanas del Jeep, así que la subí yo mismo. Ella ahogó un grito, sorprendida.

Rodeé el vehículo hasta mi puerta y saludé otra vez a Charlie con la mano. Él me devolvió el saludo con cierta desgana.

En el interior del coche, Bella se estaba peleando con el cinturón. Con una hebilla en cada mano, levantó la vista y me preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Un arnés para conducir campo a través.

Frunció el ceño.

—Oh, oh...

Tras unos segundos de búsqueda, encontró una lengüeta, pero no encajaba en ninguna de las dos hebillas. Me reí ante su expresión de perplejidad y luego abroché yo mismo el cinturón. Cuando le rocé la piel del cuello con las manos, los latidos de su corazón ahogaron el sonido de la lluvia al caer. Dejé que mis dedos se pasearan por sus clavículas una sola vez antes de sentarme en mi asiento y arrancar.

Mientras nos alejábamos de la casa, me dijo, algo alarmada:

—Esto es... Mmm... ¡Vaya pedazo de Jeep que tienes!

—Es de Emmett. Supuse que no te apetecería correr todo el camino — admití.

—¿Dónde guardáis este tanque?

—Hemos remodelado uno de los edificios exteriores para convertirlo en garaje.

Miró el arnés desabrochado a mi espalda.

—¿No te vas a poner el cinturón?

Me limité a mirarla. Ella frunció el ceño y empezó a poner los ojos en blanco, pero interrumpió el gesto antes de acabar.

—¿Correr todo el camino? —repitió, con la voz una octava más aguda de lo normal—. O sea, ¿que una parte sí la vamos a hacer corriendo?

—No serás tú quien corra —le recordé.

Ella gimió.

—Me voy a marear.

—Si cierras los ojos, seguro que estarás bien.

Se mordió el labio de abajo con fuerza. Quise tranquilizarla; estaría a salvo conmigo. Me incliné para darle un beso en la frente y, de repente, me estremecí.

La lluvia sobre su pelo había tenido un efecto en su aroma que no me esperaba. El ardor de la garganta, que parecía haberse estabilizado, me sorprendió con una súbita llamarada. Un gemido de dolor se escapó de entre mis labios antes de que me diera tiempo a detenerlo.

Me erguí con brusquedad y dejé un espacio entre los dos. Ella me miraba, confundida. Intenté explicárselo.

—Hueles deliciosamente bien bajo la lluvia.

—Pero ¿en el buen sentido o en el malo? —preguntó con recelo.

Suspiré.

—De las dos maneras. Siempre de las dos maneras.

Llovía a cántaros; las gotas golpeaban el parabrisas como granizo, con fuerza y precisión; parecían más sólidas que líquidas. Giré hacia el camino de

tierra que nos llevaría al interior del bosque, lo más lejos que el Jeep pudiera llegar. Así reduciría la carrera unos cuantos kilómetros.

Bella miraba por la ventanilla, aparentemente perdida en sus pensamientos. Me pregunté si mi respuesta la habría disgustado, pero entonces me percaté de que se sujetaba con fuerza contra el marco de la ventanilla, mientras que con la otra mano se agarraba al borde del asiento. Reduje la velocidad y conduje sobre las rocas y los baches con toda la delicadeza que pude.

Parecía que cualquier medio de transporte, excepto ese dinosaurio letárgico que tenía por vehículo, le resultaba desagradable. Quizá este camino irregular haría que detestara menos viajar de la forma más conveniente.

El camino terminaba en un pequeño espacio abierto rodeado de unos abetos que crecían muy cerca unos de otros. Había el espacio justo para dar la vuelta con un vehículo a fin de volver a bajar la montaña. Apagué el motor y, de repente, se hizo el silencio. Habíamos dejado atrás la tormenta; ahora solo había una ligera neblina.

—Lo siento, Bella —me disculpe—, pero desde aquí tenemos que ir a pie.

—¿Sabes qué? Que casi mejor te espero aquí.

Estaba sin aliento. Intenté interpretar su expresión para tratar de discernir si hablaba en serio. No sabía si realmente estaba tan asustada o si solo se negaba por testarudez.

—Pero ¿qué le ha pasado a tu coraje? Has estado estupenda esta mañana.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba, dibujando una pequeña sonrisa.

—Todavía no se me ha olvidado la última vez.

Rodeé el coche como una exhalación hasta llegar a su lado mientras me preguntaba qué quería decir esa sonrisa. ¿Me estaba provocando? Le abrí la puerta, pero no se movió. Supuse que el arnés no se lo permitía, así que empecé a desabrocharlo.

—Ya los suelto yo —protestó, pero terminé antes de que tuviera tiempo de añadir—: Tú vete.

Evalué la expresión de su rostro unos instantes. Parecía un poco nerviosa, pero no aterrorizada. No quería que se negase a viajar conmigo. Por un lado, era la forma más sencilla de ir de un sitio a otro, y por otro... Era más que eso. Antes de conocer a Bella, correr había sido lo que más me gustaba en el mundo. Quería compartirlo con ella.

Pero antes tendría que convencerla de que le diera otra oportunidad.

Quizá podía intentar una forma más dinámica de «deslumbrarla».

Pensé en todos nuestros encuentros pasados. Los primeros días, a menudo malinterpretaba sus reacciones, pero ahora veía las cosas desde una nueva perspectiva. Sabía que, si la miraba a los ojos con cierta intensidad, a menudo perdía el hilo de sus pensamientos. Y que, cuando la besaba, se olvidaba de todo: del sentido común, del instinto de supervivencia, e incluso de actividades necesarias para la vida, como respirar.

—Mmm... —Pensé en cuál sería la mejor forma de proceder—. Me parece que voy a tener que forzar un poco tu memoria.

La saqué del Jeep y la dejé suavemente en el suelo, sobre sus pies. Ella me miró, entre nerviosa y emocionada. Enarcó las cejas.

—¿Forzar mi memoria?

—Algo así.

En el pasado, mi efecto sobre ella había sido más fuerte cuanto más me había esforzado por oír sus pensamientos secretos. Volví a intentarlo, divertido por la futilidad de mi empeño. Clavé una mirada penetrante en sus ojos brillantes y oscuros. Me esforcé con ferocidad por traspasar ese silencio. Pero, por supuesto, no había nada que oír.

Ella parpadeó rápido, cuatro veces; su expresión de nervios mutó a otra más... aturdida.

Sentía que iba por el buen camino.

Me incliné y apoyé las manos en el coche, una a cada lado de su cabeza. Ella dio medio paso atrás y presionó la espalda contra la puerta. ¿Necesitaba más espacio? Alzó la barbilla y su rostro quedó colocado en la inclinación ideal para que la besara. Supuse que no, no necesitaba más espacio. Me acerqué unos centímetros más. Ella tenía los ojos entrecerrados y los labios ligeramente abiertos.

—Ahora, dime —murmuré—, ¿qué es exactamente lo que te preocupa?

Parpadeó de nuevo y respiró de forma entrecortada. No estaba muy seguro de qué hacer respecto a la frecuencia con que se olvidaba de respirar. ¿Acaso debía recordárselo de vez en cuando?

—Esto, bueno... —Tragó saliva y volvió a respirar con dificultad—. Estamparme contra un árbol y morir. Ah, y marearme.

El orden de esos acontecimientos me hizo sonreír, pero enseguida adopté la misma expresión intensa de antes. Poco a poco, incliné la cabeza y posé los labios sobre la pequeña hendidura que había entre sus dos clavículas. Ahogó un grito y el corazón le dio un brinco.

Moví los labios para acariciarle con ellos la piel de la garganta.

—¿Sigues preocupada?

Tardó unos instantes en encontrar su voz.

—Sí —susurró, insegura—. Me preocupa terminar estampada en los árboles y el mareo.

Alcé la cabeza poco a poco, trazando la longitud de su cuello con la nariz y los labios. Murmuré mi siguiente pregunta justo en el hueco de debajo de su mandíbula. Ella cerró los ojos del todo.

—¿Y ahora?

Bella había empezado a jadear.

—Árboles. —Dio un respingo—. Movimiento, mareo.

Le rocé un lado de la cara con los labios y le di un suave beso en un párpado, luego en el otro.

—Bella, en realidad, no crees que me vaya a estampar contra un árbol, ¿a que no? —la reprendí con suavidad.

Al fin y al cabo, era ella quien pensaba que todo se me daba bien. Quizá podía plantear la pregunta aprovechando la fe que tenía en mí.

—No —murmuró—, pero puede que yo sí.

Poco a poco, y con cuidado, la fui besando por la mejilla hasta detenerme en la comisura de su boca.

—¿Crees que dejaría que te hiriera un árbol?

Le acaricié el labio inferior con mi labio superior de la forma más delicada posible.

—No —suspiró; fue un sonido suave, casi un arrullo.

Y entonces posé mis labios sobre los suyos, con suavidad, y susurré:

—Ya ves. No hay nada que tengas que temer, ¿a que no?

—No —respondió ella con un suspiro tembloroso.

Y de pronto, aunque mi intención no había sido sino abrumarla a ella, me descubrí absolutamente superado por la situación.

Sentí que mi mente perdía el control. Era mi cuerpo el que estaba al mando, igual que cuando cazaba. Los impulsos y el apetito tenían las riendas sobre la razón. La diferencia era que lo que deseaba ahora no eran las viejas necesidades que había tenido tiempo de dominar, sino nuevas pasiones sobre las que todavía no había aprendido a gobernar.

Mi boca impactó con rudeza contra la suya; le aferré la cara con las manos para atraerla más hacia mí. Quería sentir su piel sobre todo mi ser, tenerla tan cerca que jamás pudiéramos separarnos.

Este nuevo fuego —un fuego sin dolor, un fuego que asolaba solo mi capacidad de raciocinio— ardió todavía con más fuerza cuando ella me rodeó el cuello con los brazos, cuando su cuerpo se rindió ante el mío. Su calor y su

pulso se fundieron con mi ser, del pecho a los muslos. Me ahogaba en sensaciones.

Abrió los labios contra los míos, con los míos; parecía que cada parte de mí era incapaz de pensar en nada que no fuera ese beso.

Irónicamente, fue mi más vil instinto el que la salvó.

Su aliento cálido penetró en mi boca y provocó la reacción de mis reflejos involuntarios. El veneno empezó a fluir, los músculos se tensaron. El impacto bastó para que yo volviera a ser dueño de mí mismo.

Me aparté de ella; sentí sus manos deslizándose por mi cuello y mi pecho. El horror me nubló la mente.

¿Cómo de cerca había estado de herirla? ¿De matarla?

Lo veía con tanta claridad como podía ver el rostro sobresaltado que tenía delante: un mundo sin ella. Había pensado en ese destino tantas veces que ya no necesitaba imaginarme la vastedad de ese mundo tan vacío, ni la agonía. Sabía que era un mundo que no podría soportar.

Como tampoco soportaría un mundo en el que ella fuese infeliz. Si ella, en su total inocencia, hubiese acariciado con la lengua uno de los bordes afilados como cuchillas de mis dientes...

—¡Maldita sea, Bella! —exclamé, casi sin oír las palabras que salían de mí—. ¡Eres mi perdición, te juro que lo eres!

Me estremecí, asqueado de mí mismo.

Sin duda, matarla a ella también me mataría a mí. Su vida era mi única vida; mi frágil y finita vida.

Bella se inclinó para apoyar las manos sobre las rodillas; trataba de recuperar el aliento.

—Eres indestructible —balbució.

Tenía mucha razón respecto a mi durabilidad física, tan distinta de la de ella; pero no sabía lo profundamente vinculada que mi existencia estaba a la suya, ni tampoco lo cerca que ella había estado de desaparecer hacía escasos momentos.

—Eso creía antes de conocerte —gruñí y respiré hondo. No me parecía seguro estar a solas con ella—. Ahora será mejor que salgamos de aquí rápido antes de que cometa alguna estupidez de verdad.

La cogí de la mano y pareció entender que debíamos darnos prisa. Cuando la subí sobre mi espalda, no puso objeción alguna. Se agarró a mí con los brazos y las piernas, y tuve que luchar durante un segundo por mantener el cuerpo bajo el control de la mente.

—No te olvides de cerrar los ojos —le advertí.

Apretó la cara contra mi hombro.

No corrí durante mucho rato, pero sí lo suficiente como para ordenar mis ideas. Parecía que, en lo relativo a mis instintos, no podía confiar en nada; solo porque estuviese seguro de mi autocontrol en unos aspectos no quería decir que pudiese darlo por sentado en todos los ámbitos. Tendría que dar un paso atrás y dibujar una línea muy clara para protegerla. Tendría que limitar el contacto físico de alguna manera que no afectara a su habilidad para respirar ni a la mía para pensar. Y era patético que lo segundo fuera más preocupante que lo primero.

Permaneció inmóvil durante el corto trayecto. La oía respirar con normalidad y los latidos de su corazón también parecían estables, si bien un poco acelerados. Siguió inmóvil incluso cuando me detuve.

Alargué una mano para acariciarle el pelo.

—Ya ha pasado, Bella.

Se soltó primero de los brazos, respiró hondo y relajó las piernas. De repente, el calor de su cuerpo se desvaneció.

—¡Ay! —protestó.

Me di la vuelta y me la encontré en el suelo, despatarrada con torpeza, como si fuese una muñeca tirada por un niño. El sobresalto de su mirada se convirtió rápidamente en indignación, como si no tuviese ni la menor idea de cómo había llegado hasta ahí, pero estuviese totalmente segura de que alguien tenía la culpa.

No sé por qué me resultó tan divertido. Quizá simplemente estaba alterado, o quizá era debido al poderoso alivio que empezaba a sentir, ahora que el momento peligroso había quedado atrás. O tal vez fue porque necesitaba desahogarme.

Fuera por lo que fuese, me eché a reír a carcajadas y no pude parar.

Bella puso los ojos en blanco, suspiró y se levantó. Intentó quitarse el barro de la chaqueta con una expresión tan sufrida que me hizo reír todavía con más ganas.

Ella me fulminó con la mirada y echó a andar.

Me tragué las carcajadas y corrí tras ella para cogerla suavemente de la cintura.

—¿Adónde vas, Bella? —le dije, intentando que mi voz sonara serena.

Ella no quiso mirarme.

—A ver un partido de béisbol. Tú no pareces muy interesado en jugar, pero estoy segura de que los demás se divertirán sin ti.

—Pero es que no es por ahí... —la informé.

Inhaló por la nariz, alzó la barbilla en un gesto todavía más obstinado y dio una vuelta de ciento ochenta grados. Acto seguido echó a andar dando fuertes pisotones en la dirección opuesta. La volví a coger. Tampoco era por ahí.

—No te enfades —le supliqué—, no he podido evitarlo. Deberías haberte visto la cara.

Se me escapó la risa otra vez, pero intenté reprimir la siguiente carcajada. Ella por fin levantó la vista y me miró a los ojos. Los suyos centelleaban de ira.

—Ah, claro, aquí tú eres el único que se puede enfadar, ¿no?

Recordé lo poco que le gustaban los dobles raseros.

—No estaba enfadado contigo —le aseguré.

—¿«Bella, eres mi perdición»? —me citó, con la voz casi rezumando ácido.

Mi estado de ánimo se ensombreció, pero mi humor no se esfumó del todo. En ese momento de feroces emociones, había hablado más de lo debido.

—Eso ha sido simplemente la constatación de un hecho.

Ella se retorció, intentando zafarse de mi abrazo. Le puse una mano en la mejilla para que no pudiera esconderme el rostro. Antes de que me diera tiempo a decir nada más, insistió:

—Te habías enfadado.

—Sí —reconocí.

—Pero si acabas de decir...

—No estaba enfadado contigo, Bella. —Ya nada me parecía divertido. Se había vuelto a culpar a sí misma—. ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no lo entiendes?

Ella frunció el ceño, exasperada y confundida.

—¿Entender el qué?

—Nunca podría enfadarme contigo —le expliqué—. ¿Cómo podría? Eres tan valiente, tan leal, tan... cálida.

Tan generosa, amable, empática, sincera, buena... Era esencial, crucial, me daba la vida... Podría haber continuado un buen rato, pero me interrumpió.

—Entonces ¿por qué...? —susurró.

Supuse que esa pregunta inacabada, de haber estado completa, habría sido algo parecido a «¿Por qué me has contestado con tanta crueldad?».

Le tomé la cara con las dos manos e intenté comunicárselo tanto con la mirada como con las palabras, a las que intenté imbuir de más fuerza.

—Estaba furioso conmigo mismo —le dije—. Por la manera en que no dejo de ponerte en peligro. Mi propia existencia ya supone un peligro para ti. Algunas veces, de verdad que me odio a mí mismo. Debería ser más fuerte, debería ser capaz de...

Me sorprendió que me pusiera los dedos sobre los labios, para hacerme callar.

—No lo digas.

La confusión se había desvanecido de su rostro, ya no mostraba más que amabilidad. Le retiré la mano de mi boca y me la puse sobre la mejilla.

—Te quiero —le dije—. Es una excusa muy pobre para todo lo que te hago pasar, pero es la pura verdad.

Me miró con una expresión tan cálida, tan llena de... adoración... Parecía haber solo una respuesta a una mirada así. Sin embargo, tendría que ser una respuesta contenida. No podía permitirme más impulsividad.

—Ahora, intenta comportarte, ¿vale? —murmuré, más para mí que para ella.

Presioné, durante un breve segundo, mis labios contra los suyos, con suavidad. Ella se quedó muy quieta, conteniendo la respiración. Me erguí enseguida y esperé a que volviera a respirar.

Suspiró.

—Le prometiste al jefe Swan que me llevarías a casa temprano, ¿recuerdas? Así que será mejor que nos pongamos en marcha.

Otra vez me estaba ayudando. Deseé que mis debilidades no la obligaran a ser tan fuerte.

—Sí, señorita.

La solté, le di la mano y tiré de ella en la dirección correcta. Solo teníamos que recorrer unos diez metros hasta dejar el bosque atrás y entrar en el enorme prado al que mi familia llamaba simplemente «el claro». Un glaciar había arrasado con los árboles mucho tiempo atrás, así que ahora tan solo una fina capa de tierra cubría el lecho de rocas que había debajo. Allí solo florecían hierba y helechos, así que para nosotros era una zona de juego de lo más conveniente.

Carlisle estaba dibujando el diamante mientras Alice y Jasper practicaban algunos trucos nuevos que ella quería perfeccionar: si Jasper decidía por adelantado correr en cierta dirección, Alice vería su decisión y lanzaría la bola a su nueva posición antes de que él hubiera empezado a moverse. No les daba mucha ventaja, pero, dado que siempre estábamos muy igualados, cualquier detalle tenía el potencial de hacerlos más competitivos.

Esme nos estaba esperando; Emmett y Rosalie se encontraban sentados a su lado. Cuando llegamos al claro, vi que Rosalie se soltaba de la mano de Esme con brusquedad, nos daba la espalda y se alejaba.

En fin, no había prometido ser agradable. Sabía que solo el hecho de estar presente era una gran concesión por su parte.

No puede ser más ridícula. Esme no estaba de acuerdo conmigo. Había estado intentando persuadir a Rose toda la tarde, sin demasiado éxito, y estaba exasperada.

Una vez que empecemos, todo irá bien, pensaba Emmett. Estaba aliviado de que Rose hubiera venido, igual que yo. Esme y él se acercaron para recibirnos. Le dirigí a Emmett una mirada de advertencia y él me sonrió. *No te preocupes, te lo he prometido.*

Miró a Bella con interés. Estar cerca de los humanos cuando visitábamos su mundo era una cosa, pero que una de ellos visitara el nuestro era otra muy distinta. Era emocionante. Además, tal y como él lo veía, se trataba de una humana que se había convertido, más o menos, en una de nosotros. Él solo había tenido experiencias positivas con nuevas incorporaciones a la familia, y estaba deseoso de incluir también a Bella.

Normalmente, yo habría disfrutado de su entusiasmo, sin embargo, más allá de la fascinación que Emmett sentía por la novedad, vi que no dudaba de la versión de Alice. Me tocaba ser paciente. Con el tiempo, todos acabarían por entenderlo.

—¿Es a ti a quien hemos oído, Edward? —me preguntó Esme, en voz más alta de lo necesario para que Bella no se sintiera al margen.

—Sonaba como si se estuviera ahogando un oso —añadió Emmett.

Bella sonrió tímidamente.

—Era él.

Emmett le dirigió una sonrisa, complacido al ver que estaba dispuesta a seguirle la broma.

—Sin querer, Bella resultaba muy cómica en ese momento —expliqué.

Alice vino hacia nosotros como una exhalación. Supuse que no debería preocuparme que Alice fuese tan... ella misma, ya que veía con más claridad qué asustaría a Bella y qué no, mientras que yo solo podía adivinarlo.

Se detuvo justo a un brazo de distancia.

—Es la hora —entonó con solemnidad, exagerando su aire de oráculo para beneficio de Bella.

Justo entonces, un trueno resonó en la quietud. Negué con la cabeza.

—Raro, ¿a que sí? —murmuró Emmett.

Le guiñó un ojo a Bella cuando esta se sorprendió de que se hubiese dirigido a ella. Le sonrió, con apenas una pizca de vacilación.

Él me miró. *Me cae bien.*

—Venga, vamos... —nos urgió Alice, y tomó a Emmett de la mano.

Sabía exactamente cuánto tiempo podríamos jugar sin tener que contenernos y no quería perder ni un minuto. Emmett no tenía menos ganas de empezar. Corrieron juntos hacia donde estaba Carlisle.

¿Puedo disponer de unos momentos con ella? Me gustaría que se sintiera cómoda conmigo, suplicó Esme. Me di cuenta de lo mucho que significaba para ella que Bella la viese como a una persona y una amiga, y no algo de lo que tener miedo. Asentí y me volví hacia Bella.

—¿Preparada para el partido?

Le sonreí; de los comentarios de Charlie, yo había inferido que aquella tarde era una anomalía para ella. Bien, esperaba que consiguiéramos entretenerla.

—¿Ánimo, equipo?

Me reí ante su fingido entusiasmo y luego corrí tras Emmett y Alice, dándole a Esme así el espacio que deseaba. La escuché charlar con Bella mientras me unía a los demás. No tenía ninguna información que quisiera darle, ni conseguir, solo quería interactuar con ella. Sin embargo, yo seguía escuchando de todos modos. Dividí mi atención entre esa conversación y la que estaba teniendo lugar a mi alrededor.

—Edward y yo ya hemos hecho los equipos —dijo Rosalie—. Jasper y Emmett van conmigo.

Alice no se sorprendió, y Emmett se quedó satisfecho con sus posibilidades de victoria. Jasper estaba menos entusiasmado; prefería jugar con Alice antes que contra ella. Carlisle estaba complacido por ver a Rosalie tan implicada en el juego, igual que yo.

Esme se estaba quejando de nuestra poca deportividad; era obvio que quería preparar a Bella para lo peor.

Carlisle sacó una moneda.

—Rose, ¿cara o cruz?

—Ella ha elegido los equipos —protesté.

Carlisle me miró y acto seguido le dedicó una mirada cargada de intención a Alice, que ya había visto que saldría cara.

—Rose —repitió, y lanzó la moneda al aire.

—Cara —dijo ella.

Suspiré y ella sonrió. Carlisle cogió la moneda al vuelo y se la puso en el antebrazo.

—Cara —confirmó.

—Nosotros bateamos —decidió Rosalie.

Carlisle asintió y él, Alice y yo nos dirigimos a nuestras posiciones. Esme le estaba hablando a Bella de su primer hijo, y me sorprendió el cariz íntimo que había tomado su conversación. Aquella era la herida abierta más dolorosa para Esme, pero hablaba con serenidad y gentileza. Me pregunté por qué habría decidido compartir aquello con Bella.

O quizá no lo había decidido ella. Había algo en la forma que Bella tenía de escuchar que... ¿Acaso no había estado yo dispuesto a confesarle mis más oscuros secretos? ¿No había revelado el joven Jacob Black el contenido de un antiguo tratado solo por entretenerla? Debía de tener el mismo efecto en todo el mundo.

Me adentré en la parte izquierda del campo. Todavía podía oír la voz de Bella con claridad.

—Entonces ¿no te importa? ¿Que yo no sea... buena para él? —preguntó.

Pobre niña, pensó Esme. *Todo esto debe de ser abrumador para ella...*

—No —le respondió, y supe que decía la verdad. Lo único que Esme quería era mi felicidad—. Tú eres lo que él quiere. No sé cómo, pero esto va a salir bien.

Sin embargo, como Emmett, Esme solo podía imaginar una forma de que eso ocurriera. Me alegré de estar lo bastante lejos para que Bella no pudiera ver la expresión de mi rostro. Alice esperó a que Esme llegara a la posición del árbitro, con Bella a su lado, para subir al montículo improvisado.

—De acuerdo, a batear —dijo Esme.

Alice se encargó del primer lanzamiento. Emmett, con un exceso de entusiasmo, bateó con demasiada fuerza y el bate pasó silbando tan cerca de la pelota que la presión del aire desvió la línea recta del lanzamiento. Jasper cogió la pelota y se la devolvió a Alice.

—¿Ha sido un *strike*? —oí que Bella le preguntaba a Esme.

—Si no la golpean, es un *strike* —respondió ella.

Alice lanzó otra vez la pelota. Emmett recalibró. Eché a correr antes de oír la detonación que se produjo cuando el bate y la pelota colisionaron. Alice ya había visto hacia dónde iría la pelota, igual que había visto que yo sería lo bastante rápido. Le restaba algo de diversión al juego —honestamente, Rose debería haberse dado cuenta de que no era buena idea ponernos a Alice y a mí en el mismo equipo—, pero esta noche tenía intención de ganar.

Volví a toda prisa con la pelota. Esme le gritó «*Out*» a Emmett justo cuando yo llegué al borde del claro.

—Emmett será el que batea más fuerte, pero Edward es el más rápido —le explicaba Esme a Bella.

Les sonreí, feliz de ver que Bella parecía entretenida. Tenía los ojos muy abiertos, pero una gran sonrisa surcaba su rostro.

Emmett ocupó el lugar de Jasper detrás del *home plate*, la base de meta, y este cogió el bate, aunque era el turno de Rosalie de hacer de receptora. Aquello me irritó; estar a un radio de tres metros de Bella no podía ser tan complicado. Estaba empezando a arrepentirme de haberla presionado para que viniera.

Jasper no estaba dispuesto a ver lo rápido que yo era capaz de correr; sabía que él no podría batear con tanta fuerza como Emmett. En lugar de eso, golpeó la bola que lanzó Alice con la punta del bate, de forma que la pelota se dirigiera lo bastante cerca de Carlisle como para que resultara obvio que le tocaba a él perseguirla. Carlisle corrió como un rayo para cogerla y luego compitió con Jasper por llegar antes a primera base. Estuvo muy igualado, pero Jasper tocó la base con el pie izquierdo justo antes de que Carlisle lo atrapara.

—*¡Safe!* —anunció Esme.

Bella estaba de puntillas; se estaba tapando las orejas con las manos y la uve había aparecido de nuevo entre sus cejas, pero se relajó en cuanto Carlisle y Jasper volvieron a ponerse en pie. Me miró, de nuevo con una sonrisa.

Cuando le tocó batear a Rosalie, la tensión se hizo palpable. Se colocó de cara a Alice, que seguía en el montículo, y, aunque Bella no estaba en su campo de visión, sus hombros parecieron curvarse hacia dentro, alejándose de ella. Había adoptado una postura rígida y una expresión de disgusto.

La fulminé con la mirada y ella arrugó el gesto.

Eras tú el que quería que viniera.

Rose estaba tan distraída que el primer lanzamiento de Alice pasó de largo, directo a la mano de Emmett. Frunció el ceño e intentó concentrarse.

Alice volvió a lanzarle la pelota; esta vez Rosalie alcanzó a darle un buen golpe con el bate, lanzándola hasta más allá de la tercera base. Eché a correr, pero Alice ya la había atrapado. En lugar de eliminar a Rosalie, para lo que todavía había tiempo, se dio la vuelta y corrió hacia la última base. Jasper ya estaba a medio camino entre tercera y la meta. Bajó el hombro como si pensara tirar a Alice igual que había hecho con Carlisle, pero Alice no esperó a que se abalanzara sobre ella. Ejecutó una inteligente maniobra a medio

camino entre una voltereta y un derrape, lo sobrepasó y lo tocó desde atrás. Esme gritó «*Out*», pero Rosalie había aprovechado la distracción para llegar a segunda base.

Adiviné su siguiente jugada antes de que Emmett se volviese a cambiar el sitio con Jasper. Emmett batearía un largo y sacrificado *fly* para que Rosalie lograra llegar a la meta. Alice había visto lo mismo, pero parecía que tendrían éxito. Volví a situarme en el límite del claro, donde empezaban los árboles, pero, si corría hacia el lugar donde Alice veía que iría la pelota antes de que Emmett la golpeará, Esme nos penalizaría por hacer trampa. Preparé los músculos, listo para echar a correr, no para vencer a la pelota, sino a la visión de Alice.

Emmett bateó, lanzándola más hacia arriba que a lo lejos, consciente de que la gravedad era más lenta que yo. Funcionó. Apreté los dientes cuando Rosalie tocó la base de meta.

Bella, en cambio, estaba encantada. Aplaudía con una enorme sonrisa, impresionada con el partido. Rosalie ignoró el espontáneo aplauso de Bella — en lugar de mirarla a ella, me miró a mí y puso los ojos en blanco—, pero me sorprendió oír que se había... ablandado, aunque muy ligeramente. Supuse que no era de extrañar, ya sabía lo mucho que Rosalie ansiaba la admiración de los otros.

Quizá debería contarle algunas de las cosas agradables que Bella había dicho sobre su belleza..., pero tal vez no me creyera. Si hubiese mirado a Bella en ese momento, se habría dado cuenta de lo maravillada que estaba; era obvio. Aquello la habría suavizado todavía más, pero Rose se negaba a mirarla.

De todos modos, me dio esperanzas. Con un poco de tiempo y unos cuantos cumplidos... podríamos ganarnos a Rose.

Emmett también disfrutaba de la emoción y el asombro de Bella. Ya le caía mejor de lo que me había esperado, y el partido le resultaba más divertido con un público animado. Y Emmett amaba la diversión tanto como Rose la admiración.

Carlisle, Alice y yo nos acercamos corriendo mientras el equipo de Rosalie tomaba el campo. Bella me recibió con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

Ella se rio.

—Una cosa es segura: no volveré a sentarme otra vez a ver esa vieja y aburrida Liga Nacional de Béisbol.

—Ya, suena como si lo hubieras hecho antes muchas veces.

Frunció los labios.

—Pero estoy un poco decepcionada.

A mí no me había parecido decepcionada.

—¿Por qué?

—Bueno, sería estupendo encontrar una sola cosa que no hagas mejor que cualquier otra persona en este planeta.

Puaj.

Rosalie no fue la única que gruñó al oírla, pero sí la que lo hizo más alto.

¿Cuánto tiempo vais a pasar haciéndoos ojitos?, preguntó Rosalie. La tormenta no va a durar toda la vida.

—Me toca —le dije a Bella.

Cogí el bate que Emmett había tirado y me dirigí a la base. Carlisle se agachó detrás de mí y Alice me mostró la dirección en la que iría el lanzamiento de Jasper.

Golpeé la pelota con suavidad.

—Cobarde —gruñó Emmett mientras perseguía la pelota, que botaba de forma imprevisible.

Rose me estaba esperando en la segunda base, pero llegué con tiempo de sobra. Me fulminó con la mirada y yo le sonreí.

Carlisle dio un paso hacia la base y se inclinó para colocarse en posición. Oí sus intenciones y la predicción de Alice, que decía que tendría éxito. Me preparé, con todos los músculos listos para lanzarme hacia delante. Jasper lanzó una rápida bola curva, pero Carlisle apuntó con el bate a la perfección.

Deseé poder avisar a Bella de que volviera a taparse los oídos.

El sonido del impacto cuando Carlisle golpeó la bola no podría hacerse pasar por un trueno de forma convincente. Era una suerte que los humanos fuesen tan confiados, que no quisieran creer en la existencia de nada sobrenatural.

Corrí tan rápido como pude, oyendo tanto el eco del impacto como los sonidos que hacía Rosalie mientras corría por el bosque. Si se movía con la rapidez suficiente... Pero no: Alice veía que la pelota aterrizaría en el suelo.

Llegué a la meta antes de que la pelota hubiese recorrido la mitad de su camino. Carlisle acababa de pasar la primera base. Bella parpadeó cuando me detuve a unos metros de ella, como si no hubiese podido seguirme del todo mientras corría.

—¡Jasper! —gritó Rosalie desde las profundidades del bosque.

Carlisle pasó la tercera base como una exhalación. El sonido de la pelota, que se dirigía con la rapidez de una bala en dirección a nosotros, silbó por entre los árboles. Jasper se lanzó hacia la base, pero Carlisle se deslizó por debajo de él justo antes de que la pelota cayera en la palma de la mano de Jasper.

—¡*Safe!* —anunció Esme.

—¡Precioso! —nos felicitó Alice, y levantó las manos para chocar los cinco.

Ambos la complacimos.

Todos oíamos el rechinar de los dientes de Rosalie.

Fui junto a Bella y entrelacé mis dedos con los suyos. Ella me sonrió; tenía las mejillas y la nariz sonrosadas de frío, pero los ojos le brillaban de emoción.

Alice estaba pensando en un centenar de formas diferentes de darle a la pelota mientras cogía el bate, pero no conseguía encontrar la que le permitiría sortear a Jasper y a Emmett. Este último se había situado cerca de la tercera base, consciente de que Alice no tenía la fuerza necesaria para sobrepasar a Rosalie.

Jasper lanzó una bola rápida y Alice la condujo hacia la zona que él esperaba, a la derecha del campo. Corrió hacia primera base más rápido que la pelota, la cogió y tocó la base antes de que Alice llegara.

—¡*Out!*

Era mi turno; estreché la mano de Bella y regresé al juego.

Esta vez, intenté golpear la bola más allá de donde se encontraba Rosalie, pero Jasper hizo un lanzamiento lento, robándome el impulso que necesitaba. Le di, pero solo llegué a primera base antes de que Rosalie me bloqueara.

Carlisle golpeó la pelota hacia abajo, contra el suelo rocoso, con la esperanza de que botara lo bastante alto para tener tiempo de alcanzar todas las bases, pero Jasper dio un salto y la devolvió al juego demasiado rápido. Emmett me tenía arrinconado en tercera.

Alice repasó todas las posibilidades mientras se acercaba a la base para batear, pero la cosa no pintaba bien. Hizo todo lo que pudo y lanzó la pelota hacia la línea de *foul* derecha. Jasper no picó; ni siquiera trató de eliminarla antes de lanzarle la pelota a Emmett, que estaba plantado delante de la meta como una pared de ladrillo. Yo no tendría muchas oportunidades. No había forma de pasar, pero, si todo el equipo se quedaba varado en las bases —según las normas de la familia—, se declaraba el final automático de la entrada.

Me abalancé contra Emmett, que parecía encantado con mi elección, pero, antes de que pudiera siquiera intentar sortearlo para llegar a la base, Rosalie ya se estaba quejando.

—¡Esme, está intentando forzar un *out*!

Aquello también iba contra las normas de la familia.

Por supuesto, Emmett me tocó; simplemente, no había forma de sortearlo.

—Tramposo —me espetó Rosalie entre dientes.

Esme me dirigió una mirada de reprobación.

—Rose tiene razón. Id a vuestras posiciones.

Me encogí de hombros y corrí hacia el campo.

Esta vez, el equipo de Rose lo hizo mejor. Tanto ella como Jasper consiguieron dar una vuelta entera con una de las bolas más fuertes de Emmett, aunque yo estaba bastante seguro de que había hecho trampa. La trayectoria de la pelota cambió en el aire, como si algo más pequeño la hubiese golpeado, pero yo me había adentrado demasiado entre los árboles como para ver de dónde venía el proyectil. Al menos tuve tiempo de eliminar a Emmett. El siguiente *fly* de Rosalie fue demasiado bajo; Alice fue capaz de saltar y coger la pelota. Jasper volvió a alcanzar la base, pero detuve el *line drive* de Emmett antes de que llegara al bosque y Carlisle y yo conseguimos bloquear a Jasper mientras se dirigía a tercera base.

A medida que se desarrollaba el juego, fui mirando a Bella en busca de alguna señal que me indicara que se estaba aburriendo. Sin embargo, cada vez que la miraba parecía totalmente cautivada. Al menos, se trataba de algo nuevo para ella; era consciente de que no nos parecíamos mucho a un grupo de humanos jugando a béisbol. Analicé la expresión de su rostro, esperando que se acostumbrara a la novedad. Quedaban horas de tormenta y Emmett y Jasper no querrían perderse ni un segundo. No obstante, si Bella se cansaba o tenía frío, me disculparía y me marcharía con ella. Hice una mueca para mis adentros al pensar en cómo le sentaría eso a Rosalie. Pero, en fin, sobreviviría.

A medida que fluctuaba la puntuación, íbamos perdiendo los modales, y me pregunté qué pensaría Bella de nosotros, por mucho que Esme la hubiera avisado. Pero, cuando Rosalie me gritó «idiota patético y tramposo» (porque había sabido qué árbol en concreto escalar para atrapar su bola de *fly*) y, más tarde, «puerco leproso» (la toqué antes de que llegara a tercera base), Bella se echó a reír junto con Esme. Rosalie no era la única que insultaba a gritos mientras jugábamos, pero, esta vez, Carlisle tampoco era el único que no lo

hacía. Yo me estaba comportando lo mejor posible, aunque me daba cuenta de que eso irritaba a Rosalie más que cuando me ponía a su altura.

Todo eran ventajas.

Estábamos jugando la undécima entrada —nuestras entradas nunca duraban más de unos pocos minutos, así que no parábamos al llegar a un número en particular. El partido terminaba cuando terminaba la tormenta— y a Carlisle le tocaba batear primero. Alice preveía otro gran golpe y deseé que alguno de nosotros estuviera en una base. Por supuesto, Emmett, ahora en posición de lanzador, no pudo resistirse a dirigirle una bola rápida, así que le proporcionó toda la potencia que necesitaba para golpear la pelota con tanta fuerza que voló mucho más allá de Rosalie, que no tenía ninguna posibilidad de atraparla. El sonido reverberó en las montañas; se parecía más a una explosión que a un trueno.

Cuando el eco del impacto todavía retumbaba a nuestro alrededor, otro sonido llamó mi atención.

—¡Oh! —exclamó Alice. Fue un sonido amortiguado, como si le hubieran dado un puñetazo.

Las imágenes fluían en su mente una detrás de la otra. Una avalancha de nuevos futuros se arremolinaba de forma ininteligible, aparentemente desconectados los unos de los otros. En algunos había un brillo cegador mientras que otros eran tan oscuros que no se veía nada. Miles de escenarios distintos, la mayoría de ellos desconocidos.

No quedaba nada del futuro del que apenas un momento antes había estado del todo segura. Lo que fuera que había cambiado era tan importante que había afectado a cada parte de nuestro destino. Tanto Alice como yo nos estremecimos de terror.

Se concentró y unió rápidamente las nuevas visiones a sus respectivos comienzos. Las frenéticas imágenes se encauzaron en un momento en concreto muy cercano al presente, casi inmediato.

Los rostros de tres desconocidos. Tres vampiros que corrían a nuestro encuentro. Me lancé hacia Bella, considerando la posibilidad de huir con ella de inmediato. Pero había futuros próximos en los que aparecíamos nosotros dos, solos y superados en número...

—¿Alice? —preguntó Esme.

Jasper se plantó junto a Alice de repente, llegó casi más rápido que yo al lado de Bella.

—No lo he visto con claridad —susurró Alice—, no podría decirlos...

Estaba comparando las visiones. Las antiguas eran del día siguiente por la noche: tres desconocidos se acercarían a nuestra casa. Era el futuro para el que me había preparado; en esa versión, Bella y yo estábamos lejos de allí.

Algo había cambiado los planes de los intrusos. Alice avanzó un poco, tan solo unos minutos, en esta nueva cronología. Un encuentro amistoso era una posibilidad, las presentaciones eran inevitables. Alice comprendió lo que había sucedido. Pero yo solo pensaba en una cosa: en esta nueva visión, Bella estaba presente, al fondo, en silencio.

Llegados a este punto, ya estábamos todos reunidos en un círculo, con Alice en el centro.

Carlisle se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué pasa, Alice?

Ella sacudió la cabeza, como si intentara que las imágenes de su mente se ordenaran de una forma que tuviera sentido.

—Viajan mucho más rápido de lo que pensaba. Creo que me he equivocado en eso.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le preguntó Jasper. Había estado con Alice tanto tiempo que comprendía mejor que nadie cómo funcionaba su talento.

—Nos han oído jugar y han cambiado de dirección —nos explicó. Los desconocidos revelarían esa información en la versión más amistosa de los acontecimientos.

Todos miraron a Bella.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —inquirió Carlisle, volviéndose hacia mí.

No me resultaba fácil oírlos a tanta distancia. Sin embargo, que fuese tarde y una noche tormentosa era de ayuda, pues no había humanos en las montañas de nuestro alrededor, y también era bastante útil que no hubiese más vampiros en la zona. Las mentes de los vampiros eran ligeramente más resonantes; era capaz de oírlos a más distancia, de ubicar dónde se encontraban. Así pues, logré localizarlos —ayudado por los puntos de referencia que había visto en las visiones de Alice—, pero solo acertaba a oír los pensamientos más predominantes.

—Menos de cinco minutos —respondí—. Vienen corriendo, quieren jugar.

Carlisle volvió a mirar a Bella. *Tienes que sacarla de aquí.*

—¿Puedes hacerlo?

Alice se concentró en una de mis posibilidades, en el hilo en el que intentaba escapar con Bella a la espalda. Ella no me ralentizaba demasiado —

y no por su peso, sino porque tenía que moverme con más cuidado para que no se hiciera daño—, pero aun así no sería lo bastante rápido. Ese hilo conectaba con el otro futuro que había visto: nosotros dos, rodeados y superados en número.

Los extraños estaban entusiasmados por jugar a béisbol, pero no tanto como para volverse descuidados. Alice vio que llegarían al claro desde tres ángulos distintos, vigilando, para luego reagruparse y presentar un frente unido. Si alguno de ellos me oía correr, se acercarían a investigar.

Negué con la cabeza.

—No, con carga, no —respondí. Los pensamientos de Carlisle se agitaron, alarmados—. Además —siseé—, lo que menos necesitamos es que capten el olor y comiencen la caza.

—¿Cuántos son? —preguntó Emmett.

—Tres —gruñó Alice.

Emmett resopló. Su gesto contrastaba tanto con la tensión imperante que no pude más que mirarlo, desconcertado.

—¿Tres? —repitió con desdén—. Dejadlos que vengan.

Carlisle estaba considerando nuestras opciones, pero yo ya sabía que solo había una. Emmett tenía razón: éramos demasiados; para los desconocidos, empezar una pelea sería un suicidio.

—Nos limitaremos a seguir jugando —accedió Carlisle, aunque no necesitaba leerle la mente para saber que esa solución no lo complacía—. Alice ha dicho que solo sentían curiosidad.

Alice empezó a repasar todas las posibilidades que se desprendían de un encuentro en el claro. Ahora que habíamos tomado una decisión, las imágenes eran más vívidas. Parecían pacíficas en su mayoría, aunque todas empezaban con tensión. Entre el espectro de desenlaces posibles, había algunos casos menos frecuentes en los que algo iniciaba un enfrentamiento, pero esas imágenes no eran tan claras. Alice no veía qué desencadenaría el conflicto; debía de ser una decisión que todavía no se había tomado. No veía ninguna versión sólida que resultara en un combate físico en este lugar.

Pero había muchas cosas que ella todavía no podía interpretar. Volví a ver el sol cegador en su mente, aunque ninguno de los dos entendía cuál era el lugar que Alice estaba viendo.

Supe que la decisión que había tomado Carlisle era la única posible, pero tenía ganas de vomitar. ¿Cómo había podido permitir que sucediera algo así?

—Edward —susurró Esme. *¿Tienen sed? ¿Están de caza?*

La sed no estaba en sus pensamientos y, en la visión de Alice, que era más nítida a cada segundo que pasaba, tenían los ojos de un saciado color rojo.

Negué con la cabeza.

Algo es algo. Estaba casi tan horrorizada como yo. Sus pensamientos, como los míos, se habían obcecado en la idea de que Bella estuviera en peligro. Esme no era una guerrera, pero oí la ferocidad que la situación había despertado en ella. Defendería a Bella como si fuera su propia hija.

—Haz tú de receptora, Esme —le pedí—. Yo haré de árbitro.

Esme ocupó mi posición de inmediato, aunque siguió concentrada en Bella.

Nadie quería adentrarse demasiado en el campo. Se quedaron cerca, con los oídos puestos en el bosque. Alice, igual que Esme, no tenía ninguna intención de apartarse de Bella. Sus pensamientos protectores no eran exactamente iguales a los de Esme, eran menos maternos, pero comprendí que, igual que ella, protegería a Bella costara lo que costase.

Pese a que las náuseas me consumían, sentí una oleada de gratitud por su compromiso.

—Suéltate el pelo —le susurré a Bella.

No era un gran disfraz, pero su rasgo humano más evidente —además de su olor y los latidos de su corazón— era su piel. Cuanto más pudiéramos ocultarla...

Se quitó la goma de la coleta de inmediato y sacudió la cabeza para soltarse el pelo. Era evidente que comprendía que debía esconderse.

—Los otros vienen ya para acá —adivinó. Habló en voz baja, pero con firmeza.

—Sí, quédate inmóvil, permanece callada y no te apartes de mi lado, por favor.

Le re coloqué algunos mechones de pelo para que le cubrieran la cara.

—Eso no servirá de nada —murmuró Alice—. Yo la podría oler incluso desde el otro lado del campo.

—Lo sé —le espeté.

—Edward, ¿qué te ha preguntado Esme? —susurró Bella.

Pensé en mentirle; ya debía de estar bastante aterrorizada. Pero le dije la verdad.

—Que si estaban sedientos.

El corazón le dio un vuelco y luego empezó a latirle desbocado. Fui vagamente consciente de que los demás fingían seguir jugando, pero estaba tan concentrado en lo que se avecinaba que no prestaba atención a la farsa.

Alice veía cómo sus visiones se iban solidificando. Vi que los otros se dividirían, los caminos que tomarían y dónde se reunirían antes de hacernos frente. Me alivió ver que ninguno de ellos cruzaría el camino por el que había venido hasta el claro con Bella. Quizá era esa la razón por la que la visión de Alice en la que nos conocíamos con cordialidad —aunque sin renunciar a la cautela— era tan firme. Por supuesto, había centenares de posibilidades a partir de ese momento. Me vi defendiendo a Bella muchas veces, con los demás junto a mí... Bueno, Rosalie siempre se colocaba al lado de Emmett; parecía tener poco interés en proteger a nadie que no fuese él. Había algunos hilos futuros más frágiles en los que llegábamos a un enfrentamiento físico, pero eran tan inconsistentes como la niebla. No conseguía ver bien el desenlace.

Pude oír sus mentes acercándose, aún lejanas, pero más nítidas. Era obvio que ninguno de ellos sentía hostilidad alguna hacia nosotros, a pesar de que la que nos seguía el rastro —la pelirroja que Alice había visto— estaba inquieta y angustiada. Estaba preparada para huir si percibía que éramos agresivos. Los dos machos solo estaban emocionados ante la posibilidad de divertirse un rato. Parecían sentirse cómodos con la idea de acercarse a un grupo de desconocidos, así que di por hecho que serían nómadas que conocían cómo funcionaban las cosas aquí en el norte.

Acababan de dividirse, para tantear el terreno antes de exponerse.

Si Bella no hubiese estado allí, si se hubiese negado a pasar la tarde viéndonos jugar... Bueno, probablemente yo habría estado con ella. Carlisle me habría llamado para informarme de que los desconocidos habían llegado antes de tiempo. Me habría puesto nervioso, por supuesto, pero habría estado seguro de no haber hecho nada mal.

Porque tendría que haber previsto esta posibilidad. El ruido que hacían los vampiros al jugar era muy específico. Si me hubiera tomado el tiempo de pensar en todas las potenciales contingencias, si no hubiera aceptado la visión de Alice en la que los desconocidos llegaban al día siguiente como la verdad absoluta —y planificado mi vigilancia basándome en ella—, si hubiera sido circunspecto en lugar de entusiasta...

Intenté imaginar cómo me habría sentido si este encuentro se hubiera producido hacía seis meses, antes de haber visto siquiera el rostro de Bella. Habría estado... impertérrito. Una vez que hubiera visto las mentes de los visitantes, me habría quedado tranquilo, seguro de que no había nada de qué preocuparse. Probablemente, incluso me habría emocionado por la novedad

que habrían supuesto los recién llegados y la variación que habrían aportado a nuestros patrones habituales de juego.

Sin embargo, ahora no podía sentir más que pánico, horror... y culpa.

—Lo siento, Bella —dije en voz baja, con el volumen justo para que ella pudiera oírme. Los desconocidos estaban demasiado cerca y hablar más alto habría sido un riesgo—. Exponerte de este modo ha sido estúpido e irresponsable por mi parte. ¡Cuánto lo siento!

Ella se limitó a mirarme con los ojos muy abiertos. Me pregunté si guardaría silencio por mi advertencia o porque, simplemente, no tenía nada que decirme.

Los desconocidos se reunieron en el extremo más al suroeste del claro. Sus movimientos ya eran audibles. Cambié mi posición para ocultar el cuerpo de Bella tras el mío y empecé a golpetear el suelo con el pie al ritmo de los latidos de su corazón, con la esperanza de disfrazar el sonido todo el tiempo que me fuera posible creando un origen plausible del mismo.

Carlisle se volvió hacia el susurro de los pasos que se acercaban, y los demás hicieron lo mismo. No pensábamos revelar nuestras ventajas; fingiríamos que no disponíamos de ayuda más allá de nuestros sentidos vampíricos potenciados.

Congelados, inmóviles como si estuviéramos tallados en las rocas que nos rodeaban. Así esperamos.

22. La caza

Para cuando los extraños entraron en el claro del bosque, sus caras me eran ya tan familiares que fue como reconocerlos en vez de verlos por primera vez.

El hombre bajito, el menos favorecido de los dos, iba delante, pero retrocedió rápidamente en lo que me pareció una maniobra muy bien estudiada.

Estaba centrado en cuántos éramos, analizando la amenaza que suponíamos cada uno. Supuso que éramos dos o incluso tres aquelarres que nos llevábamos bien y que habíamos quedado para jugar. Miraba mucho a Emmett, inmenso junto a Carlisle. Y luego a mí: saltaba a la vista que yo estaba intranquilo; no era normal que un vampiro tuviera tics nerviosos. Ninguno de ellos sabía qué pensar de mi constante golpeteo de pies.

Durante una milésima de segundo, luché contra la sensación de que faltaba algo en su recuento, pero tenía demasiadas cosas en las que concentrarme como para intentar averiguar a qué venía ese presentimiento.

El hombre que iba delante era alto y más guapo que la media, incluso para un vampiro. Sus pensamientos rezumaban confianza. Su aquelarre no tenía intención de causar ningún problema; aunque, naturalmente, esta gran reunión de aquelarres se había sorprendido por su llegada, estaba seguro de que todo se resolvería rápidamente. Él también advirtió el tamaño de Emmett y mi nerviosismo, pero luego se distrajo al ver a Rosalie.

Me pregunto si ya estará emparejada. Mmm, parece que todos son pares.

Empezó a mirarnos al resto, pero luego volvió a fijarse en Rose.

La mujer de brillante pelo rojo estaba más tensa que cualquiera de nosotros, y el cuerpo casi le vibraba de ansiedad. Le costaba mucho apartar su intensa mirada de Emmett.

Son demasiados. Laurent es idiota.

Ella ya había barajado unas mil maneras distintas de escapar. En aquel momento, pensaba que la mejor opción era salir corriendo hacia el norte, hasta el mar de los Salish, donde no podríamos rastrear su olor. Me pregunté por qué no optaba mejor por la costa del Pacífico, que le quedaba más cerca, pero no podía ver sus motivos si no pensaba en ellos.

Me vi deseando que aquella inquieta mujer saliera huyendo y que los otros la siguieran, pero Alice no veía que eso fuese a ocurrir.

La pelirroja miraba al hombre más normal, para ver si este echaba a correr primero. Desvió la mirada de nuevo hacia Emmett y se movió de mala gana cuando los otros empezaron a acercarse.

Ninguno de los dos hombres era tampoco capaz de quitarle los ojos de encima a Emmett durante mucho rato. Empecé a valorar a mi hermano. Parecía mucho más grande que nunca esta noche, y había algo desconcertante en su firme inmovilidad.

El líder, Laurent, seguía confiando en su plan. Si nuestros aquelarres se llevaban bien los unos con los otros, entonces nos podíamos llevar bien con el suyo. Todos nos tranquilizaríamos y podríamos jugar. Y podría conocer mejor a la rubia despampanante...

Sonrió de un modo amigable, ralentizó sus pasos y se detuvo al llegar a unos metros de Carlisle. Nos echó un vistazo fugaz a Rosalie, a Emmett y a mí, y luego volvió a mirar a Carlisle.

—Creíamos haber oído jugar a alguien —dijo. Tenía un leve acento francés, pero pensaba en inglés—. Me llamo Laurent, y estos son Victoria y James.

No parecían tener muchas cosas en común, Laurent con su aspecto de viajero urbano continental y sus dos seguidores más salvajes. La mujer se enfadó por la presentación; estaba casi consumida por la necesidad de escapar. Al otro hombre, James, le resultó ligeramente divertida la confianza de Laurent. Estaba disfrutando de la naturaleza impredecible de este encuentro y deseaba ver cómo responderíamos nosotros.

Vic todavía no se ha largado, pensaba. Así que probablemente no pasará nada.

Carlisle sonrió a Laurent, y su rostro amigable y abierto desarmó por un momento hasta a la aterrorizada Victoria. Durante un segundo, todos se fijaron en Carlisle en vez de en Emmett.

—Yo soy Carlisle —se presentó—, y esta es mi familia: Emmett y Jasper; Rosalie, Esme y Alice; Edward y Bella. —Al hablar hizo un gesto rápido hacia nosotros, sin llamar la atención sobre mí o sobre Bella, que estaba justo

a mi espalda. Laurent y James estaban asimilando el hecho de que no fuéramos clanes diferentes, pero yo no les hacía mucho caso.

En el momento en el que Carlisle dijo el nombre de Jasper, me di cuenta de lo que había echado en falta en el recuento inicial de Laurent.

Jasper —con una cicatriz en prácticamente cada trozo de piel visible de su cuerpo, alto, delgado y fiero como cualquier león al acecho, con unos ojos llenos de brutalidad y muchas muertes a sus espaldas— tendría que haber sido el centro de atención de estos extraños. Su aspecto guerrero debería estar influyendo en esta negociación incluso en este momento.

Lo miré por el rabillo del ojo y lo que vi... era aburridísimo. Me pareció que no había nada menos interesante en este mundo que este vampiro anodino que estaba de pie tranquilamente junto a nuestro grupo.

¿Anodino? ¿Dócil? ¿Jasper?

Jasper se estaba concentrando tanto que, de haber sido humano, se habría puesto a sudar profusamente.

Nunca lo había visto hacer algo así, ni siquiera sabía que era posible. ¿Era algo que había perfeccionado durante los años que estuvo en el sur? ¿A camuflarse?

Al mismo tiempo, estaba suavizando la tensión de los recién llegados y haciendo que cualquiera que mirase hacia él se sintiese especialmente desinteresado. No podía haber nada más aburrido que analizar a aquel don nadie al fondo del grupo, tan poco importante...

Y no solo él... Estaba haciendo que a Alice, Esme y Bella las rodeara el mismo halo de tedio.

Por eso ninguno de ellos se había dado cuenta de nada todavía. No porque Bella estuviese despeinada, o por mi golpeteo absurdo. No podían atravesar esa sensación de trivialidad abrumadora para poder mirarla más de cerca. Era una más del montón, alguien a quien no merecía la pena analizar.

Jasper se estaba esforzando al máximo por proteger a los miembros vulnerables de nuestra familia. Podía oír su concentración absoluta. No sería capaz de mantener la ilusión si la cosa pasaba a mayores, pero de momento había protegido a Bella de una forma mucho más inteligente de lo que me podía imaginar.

Me abrumó de nuevo la gratitud.

Parpadeé despacio y me volví a centrar en los extraños. Estaban impresionados por el encanto de Carlisle, pero seguían sin olvidarse del tamaño intimidatorio de Emmett o de mi intensidad.

Intenté absorber la calma relajante que exudaba Jasper, pero, aunque podía ver cómo afectaba a los demás, yo no lograba acceder a ella. Me di cuenta de que Jasper mostraba lo que quería, y eso me incluía a mí al límite, como una amenaza, como una distracción.

Bueno, yo podía adoptar ese papel sin problemas.

—¿Hay sitio para unos pocos jugadores más? —preguntó Laurent, tan amable como Carlisle.

—Bueno, lo cierto es que acabamos de terminar el partido —respondió Carlisle, con el tono lleno de calidez—. Pero estaríamos verdaderamente encantados en otra ocasión. ¿Pensáis quedaros mucho tiempo en la zona?

—En realidad, vamos hacia el norte, aunque hemos sentido curiosidad por ver quién había por aquí. No hemos tenido compañía durante mucho tiempo.

—No, esta región suele estar vacía si exceptuamos a mi grupo y algún visitante ocasional, como vosotros.

Gracias a la cordialidad natural de Carlisle y la influencia de Jasper, cada vez estaban más convencidos. Hasta la inquieta pelirroja estaba empezando a relajarse. Sus pensamientos ponían a prueba esta sensación de seguridad, analizándola de un modo que yo no conocía. Me pregunté si estaba al tanto de lo que estaba haciendo Jasper, pero lo cierto era que no parecía albergar ninguna sospecha. Era como si estuviese poniendo en duda sus propios instintos.

A James le decepcionó un poco que no fuese a haber un juego inminente. Y también... que se hubiese suavizado el conflicto. Echaba de menos la emoción de lo desconocido.

Laurent iba asimilando la confianza y el aplomo de Carlisle. Quería saber más cosas sobre nosotros. Se preguntaba qué truco usábamos para disimular el color de los ojos y por qué.

—¿Cuál es vuestro territorio de caza? —preguntó Laurent. Esto era algo normal, una pregunta que se hacía entre los nómadas, pero me preocupaba que asustara a Bella. Aunque, sintiese lo que sintiese, seguía detrás de mí, tan callada y quieta como podía estar un humano. El ritmo de su corazón, y por tanto el de mis pies, no cambiaban.

—Este, los montes Olympic, y algunas veces la cordillera de Coast Ranges de una punta a la otra —le dijo Carlisle, sin mentir, pero tampoco corrigiéndole su suposición—. Tenemos una residencia aquí. También hay otro asentamiento permanente como el nuestro cerca de Denali.

Esto los pilló por sorpresa. Laurent estaba simplemente confuso, pero cualquier cosa inesperada parecía convertirse en miedo dentro de la mente de

la mujer aterrorizada; en un instante desaparecieron todos los efectos de los esfuerzos de Jasper. Sin embargo, James estaba intrigado. Aquello era algo nuevo y distinto. No solo era un aquelarre inmenso, sino que aparentemente ni siquiera éramos nómadas. A lo mejor aquel desvío sí que había merecido un poco la pena.

—¿Permanente? —preguntó Laurent desconcertado—. ¿Y cómo habéis conseguido algo así?

James se alegró de que Laurent formulara la pregunta, porque así su curiosidad quedaba satisfecha sin ningún esfuerzo por su parte. De alguna manera, su reticencia a llamar la atención me recordó al camuflaje mucho más efectivo de Jasper. Me pregunté por qué James quería andarse con tanto cuidado. No parecía cuadrar mucho con su deseo de diversión.

—¿Por qué no nos acompañáis a nuestra casa y charlamos más cómodos? —propuso Carlisle—. Es una larga historia.

Victoria se movió nerviosa, y pude ver que se mantenía firme solo por pura fuerza de voluntad. Creyó adivinar la respuesta de Laurent, y... cómo deseaba echar a correr. James la miró para animarla, pero no consiguió disminuir su estrés. Aun así, haría lo que Laurent decidiese.

¿Cómo podía ser tan fácil? Sería muy sencillo separarse si aceptaban la invitación, con Carlisle y Emmett llevándose a los extraños lejos de aquí sin riesgo alguno. Gracias a Jasper, era posible que nunca se dieran cuenta de lo que les estábamos escondiendo.

Me adentré en la visión de futuro de Alice... Algo un poco complicado en este momento, ya que tenía que obviar el potente filtro de tedio de Jasper, que intentaba convencerme enérgicamente de que debía de haber algo más interesante que hacer.

Alice estaba centrada en los futuros posibles más próximos. Me sorprendió que todos terminaran en un enfrentamiento. Algunas de las luchas potenciales aparecían ahora con más claridad que antes.

Así que no sería tan fácil.

En la mente de Laurent yo no oía nada más que interés y la aceptación venidera; James estaba de acuerdo. Victoria buscaba el gato encerrado, paralizada por el miedo.

Ninguno tenía intención de causar problemas o de analizarnos más de cerca. ¿Qué podría hacerles cambiar de idea?

Me puse a pensar en el único factor que podría influir de manera definitiva, sin verse afectado por decisiones o caprichos.

El clima.

Me hice a la idea, sabiendo que no había nada que yo pudiese hacer. Jasper me miró rápidamente. Sentía mi nuevo temor.

—Es muy interesante y hospitalario por vuestra parte —decía Laurent—. Hemos estado de caza todo el camino desde Ontario, y no hemos tenido ocasión de asearnos un poco.

Victoria se estremeció e intentó llamar la atención de James sutilmente, pero él la ignoró.

—Por favor, no os ofendáis, pero he de rogaros que os abstengáis de cazar en los alrededores de esta zona —les avisó Carlisle—. Debemos pasar desapercibidos, ya me entendéis.

La voz de Carlisle estaba perfectamente serena. Envidié su optimismo.

—Claro —asintió Laurent—. No pretendemos disputaros el territorio. De todos modos, acabamos de alimentarnos a las afueras de Seattle.

Laurent se rio y el ritmo cardíaco de Bella titubeó por primera vez. El movimiento de mi pie vaciló rápidamente, intentando disimular el cambio. Ninguno de los extraños pareció darse cuenta.

—Os mostraremos el camino si queréis venir con nosotros —les ofreció Carlisle, y solo Alice y yo supimos que ya era demasiado tarde para que su plan tuviese éxito. Se acercaba el momento... Sus visiones iban a toda prisa para colisionar con el presente—. Emmett, Alice, id con Edward y Bella a recoger el Jeep.

Sucedió en el mismo instante en el que pronunció el nombre de Bella.

Tan solo una suave brisa, una ráfaga leve procedente de otro sitio, una anomalía fruto del final de la tormenta que giraba hacia el oeste. Tan leve. Tan inevitable.

El aroma de Bella, fresco y repentino, flotó directamente hacia los rostros de los extraños.

A todos les afectó, pero, mientras que Laurent y Victoria se quedaron principalmente confundidos por el delicioso olor que les llegaba de ninguna parte, James se puso inmediatamente en modo caza. El camuflaje de Jasper no era lo suficientemente fuerte como para impedir ese tipo de concentración.

No tenía sentido seguir disimulando. Como si me hubiese leído él a mí los pensamientos, Jasper retiró su encubrimiento en ese instante, de manera que tan solo él y Alice permanecieran ocultos. Me di cuenta de que era lo mejor, ya que, si intentaba seguir escondiendo a Bella ahora, solo serviría para que los nómadas se percatasen del talento extraordinario de Jasper. Aun así, sentí una débil punzada de traición.

Pero aquello era la parte más pequeña de mi conciencia. La mayoría de mis facultades estaban nubladas por la furia.

James se agazapó y se echó hacia delante. Su mente se vació de todo pensamiento que no fuese la caza: estaba decidido a obtener lo que quería en ese mismo momento.

Le di algo más en lo que pensar.

Me agaché delante de Bella, dispuesto a lanzarme a por el cazador antes de que se acercara a ella lo más mínimo, con todas mis habilidades centradas en sus pensamientos. Le advertí con un rugido; sabía muy bien que, llegados a este punto, tan solo la supervivencia tenía alguna posibilidad de distraerle.

Mi ira era tan fuerte que parte de mí esperaba que James ignorara mi amenaza.

El centro exacto de su atención se amplió, lejos de Bella, mientras me examinaba. En su mente surgió un extraño destello de sorpresa. Se sentía casi... incapaz de creer que me yo me hubiera movido para bloquearlo... Supuse que estaba acostumbrado a hacer y deshacer sin que nadie se lo impidiera. Él vaciló, dudando entre la prudencia y el deseo. Sería una tontería ignorar a los demás... Esto no era una competición entre nosotros dos. Pero apenas podía resistirse a mi desafío. No estaba seguro de querer resistirse.

—¿Qué ocurre? —gritó Laurent. No malgasté ni un ápice de mi atención en ver cómo reaccionaba.

Vi la táctica en los pensamientos de James antes de que se moviera. Estuve en posición para bloquear su nuevo ángulo antes de que él hubiese terminado el movimiento. Entrecerró los ojos y revaluó el peligro que yo representaba.

Más rápido de lo que creía. ¿Demasiado rápido?

Ahora sospechaba de mí. De todos nosotros. ¿Por qué no se había dado cuenta de la presencia de la chica desde el principio? ¿Con aquella piel de albaricoque, suave y mate, en comparación con el brillo del resto?

—Ella está con nosotros —oí que decía Carlisle con un tono de advertencia en la voz; toda la amabilidad se había esfumado.

James le lanzó una mirada rápida y volvió a ser consciente de la amenaza de Emmett, inmenso e impaciente junto a Carlisle.

Me sorprendió la frustración de James. Él no quería tener cuidado. Estaba deseando luchar. Sin embargo, aunque seguía preparado para atacar, dejó a un lado parte de su concentración para tratar de captar algún movimiento por parte de Victoria, pero ella estaba paralizada de miedo.

Mi propia atención peligró cuando Laurent reaccionó finalmente.

—¿Nos habéis traído un aperitivo? —preguntó incrédulo.

Tal y como había hecho James, dio un paso hacia Bella, aunque su movimiento fue más instintivo que agresivo.

No me importó. Me giré un poco, sin dejar en ningún momento de mirar a mi principal amenaza, y lancé mi ira contra Laurent, enseñándole los dientes. A diferencia de James, Laurent se apartó inmediatamente.

James se movió otra vez, poniendo a prueba mi concentración. Me dio tiempo a responder a su maniobra antes de que terminara de moverse. Echó hacia atrás los labios para mostrarme los dientes.

—He dicho que ella está con nosotros —repitió Carlisle, y su voz sonó más gutural de lo que jamás le había oído.

—Pero es humana —dijo Laurent. En su mente aún no se fraguaba la idea de agredir. Solo estaba perplejo y asustado. No entendía la situación, pero se dio cuenta de que la apresurada ofensiva de James podría suponer que los mataran a todos. Miró a Victoria, igual que había hecho James antes, para ver cómo reaccionaba. Como si ella fuese una especie de veleta.

Emmett fue el que contestó a Laurent. El suelo vibró cuando dio un paso para acercarse al conflicto, y no tuve forma de saber si había sido obra de Jasper o si solo era Emmett siendo Emmett.

—Sí —murmuró, con un tono carente de cualquier emoción o inflexión. El acero de su voz pareció cortar el centro de la confrontación, provocando un frío repentino en el aire.

Yo estaba bastante seguro de que aquello sí había sido obra de Jasper, pero no rompí mi concentración para comprobarlo.

Funcionó. El cazador se puso en pie, totalmente recto.

Yo leía sus reacciones minuciosamente, manteniendo mi posición defensiva ante la posibilidad de una trampa. Esperaba enfado o frustración. Ya había visto lo arrogante que era, lo poco acostumbrado que estaba a que nadie se interpusiese en su camino. Tener que ceder ante una fuerza más grande que la suya sin duda debía de ponerlo furioso.

Pero, en lugar de eso, un entusiasmo repentino sacudió sus pensamientos. Aunque sus ojos seguían puestos en Bella y en mí, con su visión periférica medía las amenazas a las que se enfrentaba. Pero no con miedo, o irritado, sino con un placer extraño y salvaje. Seguía sin prestar atención a Jasper o Alice, a los que veía como meros números dentro de un censo. La mole amenazadora de Emmett le pareció súbitamente estimulante.

—Parece que tenemos mucho que aprender unos de otros —apuntó Laurent en tono conciliador.

En ese momento, el entusiasmo inexplicable de James dio paso a un plan. A una estrategia. A recuerdos de victorias pasadas. Y por primera vez comprendí, con horror y pánico, que no era un mero cazador.

—Sin duda —le contestó Carlisle con una voz dura.

Yo quería saber desesperadamente lo que estaba viendo Alice ahora, pero no me podía permitir perderme detalle alguno de los pensamientos de mi adversario.

Lo escuché mientras él recordaba cómo había arrinconado objetivo tras objetivo, mientras revivía la duración de sus persecuciones más exhaustivas, mientras hacía una lista de los oponentes a los que había tenido que superar para obtener a sus presas. Ninguno de esos desafíos previos había sido tan maravilloso como el que ahora tenía ante sus ojos. Ocho... No, siete, rectificó. Un aquelarre de siete, sin duda con algunos talentos especiales entre ellos, y una chica humana indefensa que olía mejor que cualquier otra comida que hubiese degustado en el último siglo.

Apasionante.

No podía empezar aquí mismo, con tanta gente protegiéndola.

Espera hasta que se separen. Utiliza este tiempo para reconocer el terreno.

—Aún nos gustaría aceptar vuestra invitación —le decía Laurent a Carlisle. James solo era vagamente consciente de la conversación: estaba absorto en su plan. Hasta que Laurent añadió—: Y, claro, no le haremos daño a la chica humana. No cazaremos en vuestro territorio, como os he dicho.

Aquello hizo que se vinieran abajo el nuevo entusiasmo y la atenta mirada de James sobre su objetivo. Se giró hacia Laurent con sorpresa, pero Laurent estaba mirando a Carlisle y no pudo ver cómo la conmoción daba paso al odio.

¿Te atreves a hablar en mi nombre?

La vehemencia con la que reaccionaba me dejó cristalino que el aquelarre no quedaría intacto. Oí lo resuelto que estaba James a usar a Laurent mientras este le resultase útil, pero prefería matarlo a dejarlo atrás una vez que ya no le sirviese para nada. Parecía que su deseo por destruir a Laurent se basaba únicamente en aquel comentario: no pude encontrar ningún otro motivo de resentimiento. Por lo que deduje que a James se le provocaba fácilmente, y que era despiadado. A lo mejor yo me podía valer de aquello.

James no pensaba que Victoria fuera capaz de elegir a Laurent. Me pregunté si eran pareja, pero sus pensamientos no transmitían ningún sentimiento especial hacia ella. Debían de llevar más tiempo juntos de lo que

duraba su alianza con Laurent. Ellos dos eran el aquelarre original, y este último el intruso. Aquello encajaba con la facilidad con la que James contemplaba deshacerse del nuevo.

—Os mostraremos el camino —dijo Carlisle, y sonó más a orden que a invitación—. Jasper, Rosalie, Esme.

A Jasper no le gustó aquello: separarse de Alice, sobre todo cuando las cosas estaban poniéndose tan feas. Pero ahora no podía discutir con Carlisle. Teníamos que parecer un frente unido, y no quería atraer la atención hacia él. Carlisle no tenía ni idea de la tapadera que Jasper había creado. Jasper se resignó a mantener aquel encubrimiento el tiempo que fuese necesario; si se aproximaba una pelea, lo usaría como emboscada.

Miró a Alice y esta asintió. Estaba segura de que ella no corría peligro. Él aceptó, pero no estaba satisfecho. Alice se situó a toda velocidad al lado de Bella.

Sin necesidad de discutirlo previamente, Jasper, Esme y Rose se unieron a Carlisle situándose de tal manera que James no pudiera ver a Bella.

A James no le importó. Su deseo de atacar se había desvanecido. Ahora estaba tramando algo.

Emmett se retiró el último, con la mirada fija en James según retrocedía hasta quedarse junto a mí.

Carlisle le hizo un gesto a Laurent y su aquelarre para que lideraran el camino y salieran del claro. Laurent accedió rápidamente, con Victoria justo detrás de él. Su mente estaba todavía llena de vías de escape.

James lo dudó una milésima de segundo, y volvió a dirigir su mirada hacia nosotros. Yo sabía que, con Emmett de por medio, él no podía ver a Bella, pero en este momento no la estaba buscando a ella. Me miró fijamente a los ojos y sonrió.

Algo llamó su atención: Alice, que, al alejarse de Jasper, se había quedado al descubierto. James la miró con un atisbo de sorpresa al verle la cara por primera vez, quizá preguntándose por qué no se le había ocurrido analizarla antes, pero aquella sorpresa no pudo traducirse en palabras antes de que él se diera la vuelta y echara a correr con el resto. Carlisle y Jasper corrían casi pisándole los talones, con Rose y Esme detrás.

Tuve que esforzarme para no gruñir o chillar cuando dije:

—Vámonos, Bella.

Parecía estar paralizada. Tenía los ojos tan abiertos e inexpresivos que me pregunté si entendía siquiera lo que yo le decía. Pero no tenía tiempo para

calmarla o para tratarla como si estuviese en shock. Ahora mismo la única prioridad era escapar.

La agarré del codo y me la llevé en la dirección opuesta a la que habían tomado los otros. Después de dar un traspiés, recuperó el equilibrio y avanzó casi a la carrera para poder seguirme el ritmo. Emmett y Alice iban detrás de nosotros, escondiéndola, por si acaso.

Yo tenía la certeza de que James no seguiría a Laurent hasta nuestra casa. En cuanto viese la oportunidad, se largaría y daría la vuelta para buscar el rastro de Bella. No sabía cuánto tiempo tardaría él en escabullirse, pero yo tenía que actuar como si ya nos estuviese observando. Si así era, lo mejor sería dejarle pensar que nosotros nos movíamos a la velocidad de Bella. Dudaba que su sorpresa fuese a durar mucho tiempo cuando el aroma de Bella se volviese de repente tenue entre los árboles, pero, si podíamos esconder el modo en que nos desplazábamos, él tendría que detenerse para poder volver a valorar la situación.

Sus pensamientos ahora estaban demasiado lejos como para que yo pudiese alcanzarlos, pero tenía una ligera idea de dónde se encontraba el grupo más grande. No obstante, no podía estar seguro al cien por cien de que él siguiese con ellos. Si se ponía a correr por las laderas de estos picos, tendría una buena vista de nuestros movimientos. Aun así, me enfadaba la velocidad a la que avanzábamos... o, mejor dicho, a la que no avanzábamos.

Emmett y Alice no hicieron ninguna alusión al tema. Los dos sabían bien que podían estar observándonos, aunque Alice no lograba ver con claridad lo que estaba haciendo James. Ahora no nos íbamos a cruzar con él, ni en un futuro inmediato. Alice solo había podido ver a los extraños en el claro porque habían decidido interactuar con nosotros. Para ella no era fácil ver a nadie a no ser que estuviese con un miembro de su familia. James permanecería prácticamente invisible hasta que decidiese acercarse a uno de nosotros.

Parecía que habían pasado horas cuando por fin llegamos al extremo del claro, pero yo sabía que en realidad habían sido solo unos minutos. En cuanto nos adentramos lo suficiente en el bosque como para ser invisibles a los ojos de cualquiera, levanté a Bella y la subí sobre mi espalda. Ella lo entendió enseguida; no estaba tan en shock como yo había creído. Envolvió mi cintura con sus piernas y cerró los brazos firmemente alrededor de mi cuello. Su rostro volvía a estar pegado contra mi omóplato.

Pensé que me sentiría mejor una vez que estuviese corriendo, cuando estuviésemos escapando del peligro a una velocidad razonable, pero el ímpetu

no logró disolver aquel sólido bloque de pánico que parecía aplastarme. Sabía que esto eran solo imaginaciones mías —pues estaba volando a través de los árboles tan rápido como podía moverme sin herir a Bella—, pero no me podía sacudir de encima la sensación de que aquello no serviría para nada.

Incluso cuando apareció el Jeep y en menos de un segundo ya había sentado a Bella en la parte trasera, me sentía rezagado.

—Sujétala —le siseé a Emmett. Se había sentado atrás con Bella, consciente de que él sería su guardaespaldas mientras yo tuviese que conducir. Y estaba más que dispuesto a cumplir con su papel, incluso deseoso de hacerlo.

Por una vez, Emmett reprimió su habitual predisposición a hacer gracias, lo que yo agradecí infinitamente, ya que no habría sido capaz de soportarlo. En este momento, su temperamento era irascible y sus pensamientos estaban todos centrados en la violencia.

Alice se sentó a mi lado y, sin preguntarme, empezó a recorrer todos los futuros a los que podríamos enfrentarnos ahora. En la mayoría solo había una carretera oscura por delante de nosotros que pasaba volando bajo las ruedas, sin ningún destino claro. Pero había otros futuros que iban en la dirección equivocada, que volvían a Forks, dentro de la casa de Bella y de la nuestra, aunque yo no alcanzaba a imaginar nada que pudiera obligarme a dar la vuelta.

Avanzamos dando tumbos y casi escorándonos por la carretera llena de baches, mientras yo conducía tan rápido como podía sin arriesgarme a que el Jeep diese una vuelta de campana. Pero aún me sentía como si estuviese perdiendo una carrera.

Mientras Alice seguía buscando —ahí estaba de nuevo ese destello de luz solar; ¿por qué elegiríamos ese tipo de sitio cuando nos obligaría a quedarnos atrapados en un interior?—, yo me centraba en la carretera. Por fin volvimos a la autopista y deseé con todas mis fuerzas que estuviésemos en cualquier otro coche: en el mío, en el de Rose, en el de Carlisle. El Jeep no estaba customizado para correr, pero no había más remedio.

Yo era vagamente consciente del sonido de mi propia voz mascullando obscenidades a medio pronunciar, pero la sentía distante, como si no la pudiese controlar.

Aquel era el único ruido que se escuchaba en el coche, más allá del rugido del motor, los neumáticos golpeando el asfalto mojado, la respiración entrecortada de Bella en la parte trasera y los latidos frenéticos de su corazón.

Alice veía ahora la habitación de un hotel, pero podía estar en cualquier sitio. Las cortinas estaban echadas.

—¿Adónde vamos?

La pregunta de Bella también sonó distante. Mis pensamientos estaban demasiado centrados dentro de las visiones de Alice o paralizados por el miedo como para poder articular una respuesta. Era casi como si la pregunta no me concerniera a mí.

Bella había hablado con voz temblorosa, apenas susurrando. Pero ahora su tono se volvió firme:

—¡Maldita sea, Edward! ¿Adónde me llevas?

Me alejé de la confusa rueda de los futuros de Alice para poder estar presente. Bella debía de estar aterrorizada.

—Debemos sacarte de aquí, lo más lejos posible y ahora mismo —le expliqué.

En ningún momento había pensado que la idea de alejarnos no sería bienvenida, pero de repente Bella estaba gritando y sus manos batallaban con el cinturón para desabrocharlo.

—¡Da media vuelta! ¡Tienes que llevarme a casa!

¿Cómo podía explicarle que se tendría que ir olvidando de su casa por ahora, y que aquel despreciable cazador le había arrebatado más que eso esta noche?

Aunque, de momento, la prioridad era impedir que se arrojara del Jeep.

Emmett ya se estaba preguntando si debía sujetarla. Dije su nombre, bajo y firme, para que supiera que yo quería que lo hiciese. La agarró de las muñecas cuidadosamente con sus enormes manos y la inmovilizó.

—¡No! ¡Edward! —me gritó ella—. ¡No puedes hacer esto!

No sabía qué pensaba Bella que estaba haciendo. ¿Acaso creía que yo tenía elección? Oírla así de enfadada, de desesperada, hizo que me costara concentrarme. Me sentí como si fuese yo el que la estaba haciendo daño, en vez del peligro que suponía el rastreador.

—He de hacerlo, Bella —susurré—. Ahora, por favor, quédate quieta. —Necesitaba ver lo que Alice estaba viendo.

—¡No puedo! —me chilló—. ¡Tienes que devolverme a casa, Charlie llamará al FBI y ellos se echarán encima de toda tu familia, de Carlisle y Esme! ¡Tendrán que marcharse, y a partir de ese momento deberán esconderse siempre!

¿Esto era lo que le preocupaba? Supuse que no debía sorprenderme que estuviese desolada por la amenazada equivocada.

—Tranquilízate, Bella. Ya lo hemos hecho otras veces. —¿Qué más daba si teníamos que volver a empezar de cero? Me pareció que carecía de importancia en aquel momento.

—¡Pero no por mí, no lo hagas! —gritó—. ¡No lo arruines todo por mí!

Se intentó deshacer a golpes de la sujeción de Emmett. La única parte de Bella que permanecía quieta eran las manos, aún atrapadas. Emmett la miraba confundido.

¿Qué se supone que tengo que hacer?

Antes de que pudiese decirle a Bella por qué se equivocaba o decirle a Emmett que así lo estaba haciendo bien, Alice decidió volver conmigo al presente.

—Edward, dirígete al arcén.

La tranquilidad de su voz me irritó. Alice estaba pensando en las palabras de Bella, aunque, obviamente, ninguna de esas preocupaciones significaba nada para ella. Alice debería haber sido más sensata. Bella no acababa de comprender lo que había pasado. ¿Cómo podría? No era consciente de nada.

Pisé el acelerador automáticamente, percatándome de repente de que Alice tampoco era consciente del todo. A pesar de su clarividencia, había cosas que era incapaz de ver.

—Edward —Alice seguía tranquila, su tono de voz razonable—, vamos a hablar de esto.

—No lo entiendes —exploté—. ¡Es un rastreador, Alice! ¿Es que no te has dado cuenta? ¡Es un rastreador!

Emmett reaccionó a la palabra con más vehemencia que Alice. Porque, por supuesto, ella ya lo había visto: en el momento en el que yo había decidido gritárselo.

Más allá de las historias que conocíamos, no habíamos tenido nunca mucho contacto con los rastreadores. Los más poderosos estaban muy lejos, en Italia. Carlisle conocía a uno, pero, como era un ser absolutamente antisocial, ninguno habíamos coincidido nunca con Alistair. Lo que Emmett y Alice sabían de los rastreadores era que tenían un gran talento para encontrar cosas o gente. No entendían el concepto dentro de su sentido más dinámico. James no solo tenía talento para encontrar a la gente. Rastrear lo era todo para él.

—Para en el arcén, Edward —repitió Alice, como si yo no hubiese dicho nada.

La miré echando chispas por los ojos y pisé aún más el acelerador.

Así no es como debe ir esta noche, pensó con total certeza.

—Hazlo, Edward.

—Escúchame, Alice. —Yo estaba furioso, deseaba poder meterle todo lo que yo sabía directamente en la cabeza en vez de al revés por una sola vez. Ella no lo entendía—. Le he leído la mente. El rastreo es su pasión, su obsesión, y la quiere a ella, Alice, a ella en concreto. La cacería empieza esta noche.

Mi furia no la afectó en absoluto.

—No sabe dónde...

La corté, impaciente ante su negativa por ver la realidad.

—¿Cuánto tiempo crees que va a necesitar para captar su olor en el pueblo? James ya tenía su plan perfectamente trazado antes incluso de que Laurent abriera la boca.

Bella emitió un grito ahogado, y luego volvió a chillar:

—¡Charlie! ¡No podéis dejarlo allí! ¡No podéis dejarlo!

—Bella tiene razón —afirmó Alice. Todavía demasiado tranquila.

Mi pie se levantó ligeramente del acelerador por su propia voluntad. Tampoco podía poner a Charlie en peligro, obviamente. Pero ¿cómo iba a poder estar en dos sitios a la vez?

—Vamos a considerar todas las opciones por un momento —dijo Alice con una voz persuasiva.

Me quedé de piedra al ver la imagen que apareció en su cabeza de repente. Yo no la había visto trazar este futuro —de haberlo hecho, la habría detenido, y violentamente—, pero de alguna manera mi hermana lo tenía todo dispuesto. Completo.

Alice veía una versión del futuro en la que el rastreador perdía interés y abandonaba la búsqueda.

No tiene sentido para él sin el premio final, me explicó.

Esta versión era idéntica a la visión antigua, pero pude ver que era nueva. Recién generada. Bella con los ojos de un color rojo tan fuerte que casi brillaban, con las facciones tan marcadas como si se las hubiesen cincelado en diamante, y su piel más blanca que el hielo.

En efecto, el rastreador no estaba presente en esta versión del destino.

Y los ojos brillantes de Bella me miraban fríamente..., acusatorios.

Dirigí el Jeep hacia el arcén y frené en seco; todos nos sacudimos hacia delante.

—No hay ninguna opción —le gruñí a Alice.

—¡No voy a abandonar a Charlie! —me gritó Bella.

—Tienes que llevarla a casa —intervino Emmett.

—No.

Emmett me miró por el espejo retrovisor.

—James no es rival para nosotros, Edward. No podrá tocarla.

—Esperará. —Le encantaba la espera.

Emmett sonrió sin humor.

—Yo también puedo esperar.

Quería arrancarme el pelo de lo frustrado que estaba.

—¿No lo veis? ¿Es que no lo entendéis? No va a cambiar de idea una vez que se haya entregado a la caza. Tendremos que matarlo.

Emmett me miró como si yo hubiese tardado demasiado en llegar a esa conclusión.

Por supuesto que tendremos que matarlo, pensó, aunque suavizó sus palabras cuando las pronunció en alto. Normalmente no era tan sensible, pero hoy era consciente de la frágil humana a la que estaba custodiando.

—Es una opción.

—Y también tendremos que matar a la mujer —le recordé—. Está con él. —Aquello no afectó en absoluto a Emmett, así que añadí—: Si luchamos, el líder del grupo también los acompañará.

—Somos suficientes para enfrentarnos a ellos.

¿Había metido a Rose y Esme en su recuento particular? Por supuesto que no. Pensaba que podría hacerlo solo, como si fueran a presentarse y hacerle frente a él directamente, sin treta alguna.

—Hay otra opción —repitió Alice.

Va a pasar de todas formas. ¿Por qué no lo asumes y la pones a salvo ahora?

La furia que se afianzaba en mí empezaba a parecerme peligrosa, como si realmente me viese capaz de hacerle daño a Alice ahora, a pesar de lo mucho que la quería. Intenté contenerla, dejando que saliese solo a través de mis palabras.

—¡No-hay-otra-opción! —le gruñí a pocos milímetros de su cara.

Alice ni se inmutó.

No seas tonto. Hay demasiados futuros, demasiados giros y vueltas que no puedo desenmarañar. Son demasiado trascendentales. Tienes razón en que no cejará en su objetivo..., a no ser que no tenga motivos para continuar.

En la mente de Alice, pude ver décadas de James intentando darle caza a Bella mientras yo seguía intentando esconderla. Miles de trampas y ardidés. Era evidente que sería mucho más difícil matarlo de lo que Emmett suponía.

Bueno, para mí no era problema seguir vigilándolo durante décadas. No intercambiaría la vida de Bella por un futuro más fácil.

Una voz diminuta y temblorosa nos interrumpió:

—¿Querría alguien escuchar mi plan?

—No —conluí, con la mirada aún fija en Alice. Me frunció el ceño.

—Escucha —siguió Bella—. Llévame de vuelta.

—No.

—Me llevas de vuelta —insistió, ahora con un tono de voz mucho más potente y severo—, y le digo a mi padre que quiero irme a casa, a Phoenix. Hago las maletas, esperamos a que el rastreador esté observando y entonces huimos. Nos seguirá y dejará a Charlie tranquilo. Charlie no lanzará al FBI sobre tu familia y entonces me podrás llevar a cualquier maldito lugar que se te ocurra.

Al parecer, Bella no estaba pensando de manera irracional, no estaba tratando de sacrificarse a cambio de la vida de Charlie o nuestra protección. Sí que tenía un plan.

—Pues realmente no es una mala idea, en absoluto —musitó Emmett. Él tenía poca fe en las habilidades del rastreador; prefería dejar un rastro que James pudiese seguir antes que no tener ni idea de por dónde podría aparecer el enemigo. También estaba pensando que así sería más rápido porque, a pesar de sus anteriores palabras, Emmett no era precisamente paciente.

Alice lo estaba considerando, observando cómo la idea de Bella cambiaba los futuros. Podía ver que, como mínimo, el rastreador estaría allí para presenciar la actuación.

—Podría funcionar —dijo Alice. Las nuevas visiones se agolpaban sobre las anteriores. Nos dividiríamos, iríamos en tres direcciones opuestas, dejando solo el rastro que quisiéramos dejar. Vio a Emmett y Carlisle cazando en el bosque. Unas veces estaba también Rosalie, otras Emmett y Jasper, pero ningún grupo permanecía fijo—. Y desde luego no podemos dejar desprotegido al padre de Bella. Tú lo sabes —añadió, todavía observando las imágenes en su cabeza. De eso estaba segura. De que volveríamos para darle al rastreador algo más en lo que concentrarse, desviando su atención de Charlie.

Pero en estas visiones cristalinas el rastreador también estaba muy cerca de Bella. El pensamiento tensó mis nervios, que ya estaban a flor de piel.

—Es demasiado peligroso... —murmuré—. Y no lo quiero cerca de ella ni a cien kilómetros a la redonda.

—Edward, él no va a poder con nosotros. —A Emmett le frustraba ver cómo yo intentaba evitar una pelea. No tenía presente ninguno de los riesgos.

Alice resolvió las consecuencias inmediatas de esta decisión, una decisión que ahora estaba tomando ella sola, dado que yo me había quedado paralizado por las dudas. No había ninguna versión de sus visiones que acabara con una pelea en casa de Charlie. El rastreador se limitaría a esperar y observar.

—No lo veo atacando —confirmó—. Va a esperar a que la dejemos sola.

—No le llevará mucho darse cuenta de que eso no va a suceder.

—Exijo que me lleves a casa —ordenó Bella, intentando que su voz sonara lo más asertiva posible.

Intenté pensar a través de la confusión que me provocaban el pánico, la desesperación y la culpa. ¿Tenía algún sentido que tendiéramos nosotros nuestra propia trampa antes de esperar a que él nos la tendiera a nosotros? Aquello sonaba bien, pero, cuando intentaba imaginarme permitiendo que Bella se acercase a él, que se convirtiese básicamente en su cebo, no podía soportar la imagen en mi mente.

—Por favor —murmuró con un halo de dolor en su voz.

Pensé en el rastreador encontrando a Charlie solo en casa. Sabía que eso era lo que ocupaba el primer plano en la mente de Bella. Solo me podía imaginar lo desesperada y aterrorizada que aquello le haría sentir. Ningún miembro de mi familia era así de vulnerable. Y mi única debilidad era Bella.

Teníamos que alejar al rastreador de Charlie. Hasta ahí lo teníamos claro. Esta era la única parte de su plan que importaba de verdad. Pero si no salía bien a la primera, si el rastreador no veía lo que hacíamos, no nos arriesgaríamos más. Buscaríamos otra variante. Emmett cuidaría de Charlie el tiempo que fuese necesario. Sabía que le encantaría encargarse del rastreador él solo. También estaba seguro, gracias a los trucos de Jasper en el claro, de que el rastreador nunca se pondría delante de Emmett por voluntad propia.

—Te marchas esta noche, tanto si el rastreador te ve como si no —le dije a Bella, sintiéndome demasiado derrotado como para levantar la mirada—. Le dirás a Charlie que no puedes estar un minuto más en Forks, cuéntale cualquier historia con tal de que funcione. Guarda en una maleta lo primero que tengas a mano y métete después en tu coche. Me da exactamente igual lo que él te diga. Dispones de quince minutos. —Miré el retrovisor y ahí estaba su mirada—. ¿Me has escuchado? Quince minutos a contar desde el momento en que pongas el pie en el umbral de la puerta.

Aceleré y después di un giro de ciento ochenta grados, ahora sentía otro tipo de urgencia. Quería terminar con la parte del «cebo» lo antes posible.

—¿Emmett? —preguntó Bella.

En la mente de Emmett pude ver cómo ella miraba sus manos aprisionadas.

—Ah, perdón —murmuró Emmett al tiempo que la soltaba.

Esperó a que yo me opusiera, y cuando no lo hice se relajó.

Ahora que habíamos tomado la decisión, me volví a centrar en las visiones de Alice. No había muchas opciones, puede que solo treinta versiones sólidas. En la mayoría de ellas, el rastreador llegaría a casa de Charlie dos minutos después de que lo hiciéramos nosotros, manteniéndose a una distancia prudencial. En muy pocas visiones, él llegaba cuando nosotros ya no estábamos. Pero, incluso en esas, ignoraba a Charlie y seguía nuestro rastro.

Después de eso, las posibilidades disminuían. Iríamos a casa. El rastreador se quedaría aún más rezagado; no quería arriesgarse a un enfrentamiento cara a cara. La pelirroja lo estaría esperando allí. Mi familia se dividiría. En ninguna de aquellas visiones aparecía Laurent ayudando a James y Victoria. Así que solo nos tendríamos que dividir en tres grupos.

Lo único que no entendía era por qué seguía cambiando la composición de esos tres grupos. No tenía ningún sentido.

En cualquier caso, la siguiente parte estaba muy clara.

—Vamos a hacerlo de esta manera —le expliqué a Emmett—. Cuando lleguemos a la casa, si el rastreador no está allí, la acompañaré a la puerta. Bella dispone de quince minutos a partir de ese momento. —Encontré los ojos de Bella de nuevo a través del retrovisor—. Emmett, tú controlarás el exterior de la casa. Alice, tú te encargas de la camioneta, yo estaré dentro con ella todo el tiempo. En cuanto salga, lleváis el Jeep a casa y se lo contáis a Carlisle.

—De ninguna manera —me contradijo Emmett—. Iré contigo. —*Me debes una, ¿recuerdas?*

No debería sorprenderme que Emmett quisiera esto. Probablemente por eso la futura composición de los grupos era tan confusa.

—Piénsalo bien, Emmett. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Hasta que no sepamos en qué puede terminar este asunto, estaré contigo.

Su mente no vaciló en ningún momento. Quizá era lo mejor. Lo dejé pasar.

En la cabeza de Alice, ahora eran Carlisle y Jasper quienes cazaban en el bosque.

—Si el rastreador está allí —continuó—, seguiré conduciendo.

—Vamos a llegar antes que él —insistió Alice.

Había una certeza del noventa y nueve por cien, pero no iba a arriesgarme con ninguna versión anómala que estuviese menos clara que las otras.

—¿Qué vamos a hacer con el Jeep? —preguntó Alice.

—Tú lo llevarás a casa.

—No, no lo haré —dijo rotundamente.

La visión de cómo nos dividiríamos volvió a cambiar.

Gruñí y le dediqué una retahíla de insultos obsoletos.

Bella interrumpió en voz baja:

—No cabemos todos en mi coche.

Como si nos fuésemos a escapar en aquella marmota geriátrica. Pero no dije nada, porque sabía lo sensible que era con cualquier cosa relacionada con su camioneta. No tenía energía para discusiones absurdas.

Cuando no contesté, me susurró:

—Creo que deberías dejarme marchar sola.

Yo había vuelto a malinterpretar sus intenciones. Naturalmente, pensaría que era su obligación sacrificarse para que Charlie tuviese un número mayor de guardaespaldas.

—Bella, por favor, hagamos esto a mi manera, solo por esta vez —le supliqué, aunque no sonó precisamente como una súplica cuando las palabras salieron atravesando mis dientes apretados.

—Escucha, Charlie no es ningún imbécil. Si mañana no estás en el pueblo, va a sospechar.

Había tantas capas de significados ocultos que se me escapaban cuando se trataba de Bella... ¿Era esta la verdadera razón de su predisposición a ponerse en peligro a sí misma, crear una coartada creíble para mí?

—Eso es irrelevante —dije con un tono que pretendía sonar definitivo—. Nos aseguraremos de que Charlie se encuentre a salvo, y eso es lo único que importa.

—Bueno, ¿y qué pasa con el rastreador? —contrarrestó—. Ha visto la forma en que has actuado esta noche. Pensará que estás conmigo, estés donde estés.

Los tres nos quedamos de piedra, sorprendidos por esta nueva dirección. Incluso Alice, que había estado prestando más atención a otros futuros que a la conversación.

Emmett le vio la lógica inmediatamente:

—Edward, escúchala. Creo que tiene razón.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Alice.

Alice podía ver que Bella tenía razón: sin importar en qué grupo estuviese yo, el mío sería al que seguiría el rastreador. Debilitaría el plan y haría que llevar a cabo una ofensiva fuese casi imposible. Lo peor de todo era que volvería a convertirla en un cebo, y esta vez había demasiados futuros como para poder asegurarse de que estaría a salvo.

Pero ¿cuál era la otra opción? ¿Que yo dejara a Bella?

—No puedo hacerlo.

Bella volvió a hablar, con la voz tan tranquila como si ya se hubiese aceptado su primera propuesta:

—Emmett debería quedarse también —siguió—. James le ha tomado bastante ojeriza.

—¿Qué? —preguntó Emmett molesto.

Pero Alice sabía a lo que verdaderamente se oponía Emmett:

—Si te quedas, tendrás más posibilidades de ponerle la mano encima.

Las divisiones, que antes parecían oscilar tanto, empezaban a parecer más estables. Me vio con Emmett y Carlisle, primero huyendo por el bosque, y luego cambiando el rumbo para cazar.

¿Dónde estaba Bella en este futuro?

Miré a Alice

—¿Tú crees que debo dejar que se vaya sola?

Vi la respuesta en sus visiones antes de que la pudiera pronunciar en voz alta. Una habitación normal en un hotel mediocre, Bella acurrucada mientras dormía y Alice y Jasper vigilando totalmente inmóviles en la otra habitación.

—Claro que no. La acompañaremos Jasper y yo.

—No puedo hacer eso. —Pero ahora mi voz sonaba vacía. No veía otra forma. Si el rastreador me iba a elegir a mí como objetivo, entonces sí que tendría que estar lejos de Bella. Tendría que controlar el pánico, la angustia, y ser un cazador. Intenté suprimir el pequeño placer que me generaba la idea de destruir al vampiro que había empezado esta pesadilla. El único factor a tener en cuenta era la seguridad de Bella.

Bella no había terminado con sus sugerencias:

—Déjate ver por aquí durante una semana —dijo en voz baja. La miré de nuevo fijamente por el retrovisor. Qué poco entendía ella lo que se había iniciado esta noche—. Bueno, unos cuantos días —rectificó. Era como si pensara que a lo que yo me oponía era a la duración de su plan, cuando yo solo podía rezar para que todo esto terminara en una semana—. Deja que Charlie vea que no me has secuestrado y que James se vaya de caza

inútilmente. Cerciórate por completo de que no tenga ninguna pista; luego, te vas y me buscas, tomando una ruta que lo despiste, claro. Entonces, Jasper y Alice podrán volver a casa.

Busqué la reacción de Alice a este plan y me sentí aliviado por primera vez en toda la noche cuando vi que era factible. Había futuros en los que yo me encontraba con Bella junto con Alice y Jasper. El destino particular que yo buscaba se resolvía con nosotros viviendo en la clandestinidad durante una larga temporada. El rastreador me había evadido. Pero había otros muchos hilos que se cosían y descosían constantemente en su mente. En algunos, yo encontraba a Bella y la traía de vuelta a casa. De nuevo, aquella brillante y molesta luz solar. ¿Dónde estábamos?

—¿Dónde te iría a buscar? —pregunté. Las decisiones de Bella eran las que determinaban el futuro. Ella debía de saber ya la respuesta.

Su voz fue firme:

—A Phoenix.

Pero yo ya había visto el siguiente acto en la cabeza de Alice. Había oído la historia que Bella le contaba a Charlie como tapadera, y sabía que el rastreador lo averiguaría.

—No. Él oirá que es allí donde vas —le recordé.

—Y tú le harás creer que es un truco, claro —dijo enfatizando la última palabra, un poco molesta—. Es consciente de que sabemos que nos está escuchando. Jamás creerá que me dirijo de verdad adonde he dicho que voy.

—Esta chica es diabólica —se rio Emmett.

Yo no estaba tan convencido:

—¿Y si no funciona?

—Hay varios millones de personas en Phoenix —dijo Bella, con el tono aún irritado. Me pregunté si lo que estaba minando su paciencia era el miedo. En mi caso, sabía que eso era lo que había agotado la mía.

—No es tan difícil usar una guía telefónica —gruñí.

Puso los ojos en blanco

—No iré a casa.

—¿Ah, no?

—Ya soy bastante mayorcita para buscarme un sitio por mi cuenta.

Alice decidió interrumpir aquella absurda discusión.

—Edward, estaremos con ella.

—¿Y qué vas a hacer tú en Phoenix?

—Quedarme bajo techo.

Emmett no podía acceder a las visiones de Alice, pero la idea que se había hecho en su cabeza coincidía bastante con lo que yo sabía que se aproximaba. Emmett y yo en el bosque, pisándole los talones al rastreador.

—Ya lo creo que voy a disfrutar —dijo.

—Cállate, Emmett.

—Mira, si intentamos detenerlo mientras ella anda por aquí, hay muchas más posibilidades de que alguien termine herido..., podría ser ella, o incluso tú, al intentar protegerla. Ahora, si lo pillamos solo... —La idea en su mente se transformó mientras se imaginaba a sí mismo acercándose al rastreador, acorralándolo.

Si podíamos gestionarlo, si podíamos lidiar con el rastreador rápidamente, entonces esta era la opción correcta. Pero ¿por qué era tan dolorosa?

Me sentiría mejor si Bella hubiese mostrado un mínimo de preocupación por su propia seguridad. Si hubiese dado a entender que era consciente de a qué se estaba arriesgando. Que no solo estaba su propia vida en juego.

A lo mejor aquella era la clave. Nunca se preocupaba por sí misma..., pero siempre se preocupaba por mí. Si conseguía que esto girara en torno a mi aflicción en vez de a su peligro real de morir, puede que Bella fuera con más cuidado.

Mi autocontrol estaba débil. Hablé un poco más alto que un susurro; me preocupaba ponerme a gritar si lo hacía más alto:

—Bella —me miró por el retrovisor. Tenía los ojos más a la defensiva que temerosos—, si te pones en peligro y te pasa cualquier cosa, cualquier cosa, te haré personalmente responsable —dije con suavidad—. ¿Lo has comprendido?

Le temblaban los labios. ¿Al fin era consciente del peligro? Tragó saliva y murmuró:

—Sí.

Tendría que bastar.

La mente de Alice estaba en un millón de sitios, la mayoría en una autopista soleada vista a través de un cristal tintado. Bella siempre sentada en el asiento trasero. Alice rodeándola con el brazo, mirando fijamente hacia delante. Jasper en el asiento del conductor. Pensé en mi hermano, atrapado todas aquellas horas dentro de un vehículo diminuto con el aroma de Bella.

—¿Va a poder Jasper manejar este asunto? —pregunté.

—Confía un poco en él, Edward —me reprendió Alice—. Lo está haciendo bien, muy bien, teniendo todo en cuenta.

Pero su mente repasó una docena más de escenas futuras, por si acaso. Jasper no perdería la concentración ni una sola vez.

Evalué a Alice. Su diminuta apariencia la hacía parecer frágil, pero yo sabía que era la más fiera de las adversarias. El rastreador —o cualquier otro — la subestimaría. Eso tenía que valer para algo. Aun así, me sentí intranquilo ante la idea de que ella tuviera que proteger físicamente a Bella.

—¿Podrás manejarlo tú? —susurré.

Entrecerró los ojos con indignación... fingida. Había visto venir la pregunta.

Te podría vencer a ti con los ojos vendados.

Me gruñó, muy alto y durante un buen rato, un sonido gutural que rebotó en los cristales del Jeep y aceleró a la carrera el corazón de Bella.

Durante medio segundo, no pude evitar sonreír ante la demostración ridícula de Alice, pero después todo mi buen humor desapareció de nuevo. ¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Cómo podía permitirme a mí mismo alejarme de Bella, por muy fieros que fueran sus acompañantes?

Se me pasó otra idea desagradable por la cabeza. Bella y Alice solas, embarcándose en su ya predicha amistad. ¿Le contaría Alice a Bella la solución que tenía en mente para esta pesadilla?

Asentí una vez, con una sacudida firme, para hacerle saber que aceptaba su papel como protectora de Bella.

—Pero guárdate tus opiniones —le advertí.

23. Despedidas

Eso fue lo último que ninguno de nosotros dijo en el trayecto de vuelta a Forks. Obviamente, el camino se me hizo mucho más corto de lo habitual, tal era mi miedo por llegar. Cuando aparcamos junto a la casa de Bella y nos encontramos ante las luces que salían de cada una de las ventanas, tanto de las de arriba como de las de abajo, me pareció demasiado pronto. Desde el salón llegaba el sonido de un partido de baloncesto universitario. Me esforcé para ver si oía algo que no fuese humano en las proximidades, pero no parecía que hubiese llegado aún el rastreador. Y Alice todavía no veía ningún futuro en el que esta parada se convirtiera en un ataque.

Quizá deberíamos quedarnos. Dejar que Bella regresara a su vida normal mientras el resto de nosotros nos convertíamos en centinelas perpetuos. Podía contar con Emmett, Alice, Carlisle, Esme —y casi seguro que también con Jasper— para acompañarme en esta vigilia. Al rastreador le sería imposible llegar hasta ella con tantos ojos —y mentes— vigilándola. ¿No sería un frente unido una opción más segura que dividirnos en tres grupos?

Pero, mientras yo consideraba esto, Alice vio que el rastreador esperaría y se adaptaría. Que, después de que el aburrimiento se asentara, empezaría una guerra por desgaste. Amigos de Bella que desaparecían en medio de la noche. Sus profesores favoritos. Los compañeros de trabajo de Charlie. Humanos al azar sin conexión alguna con ella. El número seguiría aumentando hasta que el escrutinio resultante nos obligaría a desaparecer de todas formas. Y yo me podía imaginar cómo se sentiría Bella ante todos aquellos inocentes pagando con sus vidas su continua seguridad.

Así que el plan inicial tendría que ser suficiente.

Qué difícil era procesar la extraña sensación física que experimenté cuando asumí este hecho. Sabía que no se había abierto ningún agujero en el centro de mi torso, pero la sensación era inquietante y muy realista. Me pregunté si sería una reacción humana caída en el olvido que nunca había

sentido en mi vida inmortal porque no había tenido jamás una razón para entrar en pánico de esta manera.

Teníamos que movernos. Aunque sabía que el objetivo era darle al rastreador algo que poder perseguir, yo quería que Bella estuviese ya muy lejos cuando él llegara.

—No está aquí —le dije a Emmett. Alice ya lo sabía—. Vamos.

Alice y yo salimos del Jeep en silencio, con las mentes oscilando a través de la distancia y el tiempo. Alice vio al rastreador aparecer mientras aún estábamos dentro. El chirrido de mis dientes se me antojó atronador.

—No te preocupes, Bella —dijo Emmett con una voz demasiado alegre para mi gusto mientras le soltaba el arnés—. Solucionaremos las cosas lo antes posible.

—Alice —susurré.

Corrió a toda velocidad hasta la camioneta, luego saltó al suelo y se deslizó bajo los estribos. En una milésima de segundo, se apoyó contra la parte inferior del chasis, totalmente invisible, hasta para un vampiro.

—Emmett.

Ya se estaba moviendo, escalando el árbol del jardín delantero. Su peso hizo que el pino se doblara de manera notable, pero saltó rápidamente al siguiente árbol. Se seguiría moviendo mientras estuviésemos dentro. Este era un lugar mucho más evidente que el escondite de Alice, pero, como mínimo, Emmett vería cualquier cosa que se acercara y actuaría como fuerza disuasoria.

Bella me esperaba para que yo le abriera la puerta. Estaba paralizada de terror, y el único movimiento perceptible en su rostro era el lento caer de las lágrimas por sus mejillas. Se animó cuando llegué junto a ella, dejándome que la ayudara a bajarse del coche con suavidad. Me sorprendió lo difícil que me resultaba tocarla ahora, sabiendo que la iba a dejar. El calor de su piel quemaba de un modo nuevo y desgarrador. Ignorando este dolor desconocido, la rodeé con el brazo con la esperanza de que mi cuerpo le sirviera de escudo, y la llevé corriendo a casa.

—Quince minutos —le recordé. Era demasiado tiempo. Estaba deseando irme lejos de aquel lugar marcado.

—Puedo hacerlo —me contestó con una voz más fuerte de lo que yo esperaba. Su mentón parecía de acero.

Cuando estábamos llegando al porche, frenó mi marcha de un tirón. Paré automáticamente, aunque mis músculos gritaran por la demora.

Sus intensos ojos negros encontraron los míos. Se acercó para poner las manos en mi rostro.

—Te quiero —me dijo en un susurro tenso como un grito—. Siempre te amaré, no importa lo que pase ahora.

El agujero de mi estómago se abrió en canal, como si tratara de partirme por la mitad.

—No te va a pasar nada, Bella —gruñí.

—Solo te pido que sigas el plan, ¿vale? —insistió—. Mantén a Charlie a salvo por mí. No le voy a caer muy bien después de esto, y quiero tener la oportunidad de disculparme en otro momento.

No sabía qué quería decir. Mi cerebro estaba demasiado desconcertado por el pánico como para intentar descifrar ahora sus confusos procesos mentales.

—Entra, Bella —la apremié—. Tenemos prisa.

—Una cosa más. No hagas caso a nada de lo que me oigas decir ahora.

Antes de que pudiese empezar a descifrar aquella petición encriptada, Bella se puso de puntillas y me besó con una fuerza violenta... para ella. Más fuerza de la que yo me hubiese atrevido a usar nunca con ella.

Se le sonrojaron las mejillas y la frente mientras se alejaba de mí. Sus lágrimas, que habían disminuido durante nuestra breve e incomprensible conversación, fluían ahora libremente. Yo no lograba entender por qué levantaba una pierna hasta que le dio una patada con todas sus fuerzas a la puerta principal, que se abrió de golpe.

—¡Vete, Edward! —me chilló a todo volumen. Incluso con el sonido de la televisión, era imposible que Charlie no lo hubiese oído.

Me cerró la puerta en las narices.

—¿Bella? —la llamó Charlie alarmado.

—¡Déjame en paz! —le gritó. Escuché sus pasos violentos mientras subía las escaleras y luego otro portazo.

Así que su silencio inmóvil en el Jeep no era porque estuviese petrificada de miedo, sino mera preparación. Tenía un guion. Supuse que mi papel era ser invisible y permanecer callado.

Charlie subió las escaleras corriendo tras ella, sus pasos eran inestables y torpes. Me imaginé que solo estaba despierto a medias.

Me encaramé al lateral de la casa, esperando junto a su ventana para ver si Charlie la seguía a su habitación. Al principio no localicé a Bella, lo que me provocó un espasmo de pánico súbito, pero luego la vi ponerse de pie junto a su cama; sujetaba una bolsa de lona y una especie de saquito de punto.

Charlie llamó a la puerta con el puño. El pomo se agitó —Bella había tenido tiempo de cerrar la puerta con llave— y luego empezó a golpear de nuevo.

—Bella, ¿te encuentras bien? ¿Qué está pasando?

Me deslicé por el hueco de la ventana y me metí dentro mientras Bella le contestaba gritando:

—¡Me voy a casa!

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó Charlie desde el otro lado de la puerta, y yo me estremecí mientras corría hacia la cómoda para ayudar a Bella a hacer el equipaje. Charlie no se equivocaba del todo.

A pesar de eso, Bella gritó:

—¡No!

Llegó a la cómoda y no pareció sorprendida de encontrarme allí. Ella sujetaba la bolsa de lona y yo metía la ropa dentro, intentando poner prendas de todo tipo. No pasaría desapercibida si solo tenía camisetas.

Las llaves de su camioneta estaban encima de la cómoda. Me las metí en el bolsillo.

—¿Ha roto contigo? —preguntó Charlie con voz moderada. Esta pregunta no me dolió.

Pero la respuesta de Bella sí que me pilló por sorpresa.

—¡No! —gritó ella de nuevo, aunque pensé que a lo mejor esta, una ruptura, era la excusa perfecta. Me pregunté adónde llevaría el guion.

Charlie volvió a golpear la puerta impacientemente.

—¿Qué ha ocurrido, Bella?

Bella tiró de la cremallera en vano, intentando cerrar la bolsa de lona, ahora llena hasta los topes.

—He sido yo la que ha cortado con él —gritó.

Le aparté los dedos de la cremallera, conseguí cerrarla, y cargué la bolsa. ¿No era demasiado pesada para ella? La alcanzó, impaciente, y le puse el asa en el hombro cuidadosamente.

Apoyé mi frente en la suya durante un preciado segundo.

—Estaré en tu coche. —Mi susurro no consiguió esconder la desesperación de mi voz—. ¡Venga!

La insté a que fuera hacia la puerta, y luego salí por la ventana para poder estar donde debía cuando ella saliese.

Emmett estaba en el suelo, esperándome. Alzó la barbilla hacia el este.

Proyecté mi mente hacia esa dirección y, efectivamente, el rastreador estaba a poco más de ochocientos metros.

El grandote está haciendo de vigilante esta noche. Paciencia.

Así que había visto a Emmett entre los árboles, pero ahora no nos podía ver a ninguno de nosotros dos. ¿Esperaba encontrarme a mí aquí o se prepararía para una emboscada? Ojalá Jasper estuviera con nosotros ahora. Si pudiésemos acecharlo desde tres puntos distintos...

Edward, me avisó Alice desde su escondite. Pensó en las posibilidades que surgían de mi hilo de pensamiento. El rastreador era escurridizo. Dejaríamos a Bella expuesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Charlie. Estaba otra vez en el piso de abajo—. ¡Creí que te gustaba!

Tomé una decisión definitiva sobre lo que pasaría a continuación.

De acuerdo, respondió Alice. Se deslizó de debajo de la camioneta y se metió agazapada en el Jeep. Lo puso en punto muerto y luego lo empujó en silencio hasta la carretera, con una mano en el marco de la puerta y la otra tan estirada como podía para mover el volante con solo dos dedos. No quería que el repentino rugir del motor distrajera a Charlie de la actuación de Bella. Lo mejor era que pensara que yo ya me había ido.

Emmett miró a Alice medio segundo y luego levantó las cejas.

¿La ayudo?

Negué con la cabeza.

Charlie, articulé. *Tú síguenos a pie.*

Asintió, luego se subió al árbol, desde donde sería fácilmente localizable una vez más. Eso haría que el rastreador mantuviese las distancias. Sin embargo, este no se retiró, ni siquiera cuando vio a Emmett; estaba fascinado con la escena que estaba presenciando y estaba seguro de que podría escapar de cualquier persecución repentina. Quise demostrarle que se equivocaba. Pero no podía arriesgarme a caer en su trampa con Bella tan cerca.

—Claro que me gusta —explicaba Bella; sus palabras sonaban amortiguadas y entrecortadas. Ahora lloraba a todo pulmón, y yo sabía que no era tan buena actriz como para que aquellas lágrimas fuesen de mentira. Casi podía tocar el dolor de su voz. La brecha de mi estómago se retorció de agonía. No debería tener que hacer esto. Estaba pagando por mis errores. Por mi estupidez—. Ese es el problema. ¡No aguanto más! ¡No puedo echar más raíces aquí! ¡No quiero terminar atrapada en este pueblo estúpido y aburrido como mamá! No voy a cometer el mismo error que ella, odio Forks, y ¡no quiero permanecer aquí ni un minuto más!

La respuesta mental de Charlie fue mucho más profunda y lacerante de lo que yo habría esperado.

Bella se dirigió apesadumbrada hacia la puerta principal. Me monté en silencio en la cabina de la camioneta, metí la llave en el contacto y me agaché. Ahora, Emmett se encontraba cerca de la puerta principal de la casa, entre las sombras. Aun así, la distancia entre la puerta y la camioneta parecía demasiado larga. Me concentré en el rastreador. No se había movido, y escuchaba atentamente el drama que tenía lugar dentro de la casa.

¿Qué es lo que habría oído? Como mucho, que Bella estaba preparada para escaparse, para huir. Y sin intenciones de volver a corto plazo.

Sabría que Emmett lo había visto. Tendría claro que Bella sabía que él podía oírlo todo, ¿o no?

—Bella, no puedes irte ahora —dijo Charlie con suavidad, desesperado—. Es de noche.

—Dormiré en el coche si me siento cansada.

Charlie se imaginó a su hija inconsciente en la oscura cabina de la camioneta, en la cuneta de una carretera en mitad de ninguna parte, mientras alrededor de ella acechaban formas cada vez más amorfas y oscuras. No era una pesadilla del todo coherente, pero mi propio pánico, salvaje e irracional, se unió al suyo.

—Espera otra semana —le suplicó—. Renée habrá vuelto a Phoenix para entonces.

Bella se paró en seco. Se oyó un sonido bajo... ¿Era el chirrido de su zapato al darse la vuelta y mirarlo a la cara?

—¿Qué?

Volví a salir de la furgoneta deslizándome y vacilé en medio del jardín delantero. ¿Qué podía hacer yo si las palabras de Charlie la habían confundido, si hacían que se retrasara? ¿Era consciente Bella de que el rastreador ya estaba cerca?

—Ha telefoneado mientras estabas fuera. —Charlie balbuceaba al hablar, tropezando con sus propias palabras—. Las cosas no han ido muy bien en Florida y volverán a Arizona si Phil no ha firmado a finales de esta semana. El asistente de entrenador de los Sidewinders dijo que tal vez hubiera lugar para otro medio en el equipo.

Tanto Charlie como yo nos quedamos a la espera, sin respirar, aguardando su respuesta.

—Tengo una llave de casa —murmuró, y sus pasos ahora estaba junto a la puerta. El pomo empezó a girar. Yo regresé a la camioneta.

Aquellas palabras que Bella había pronunciado habían sonado como una excusa débil. El rastreador tendría que asumir que aquello era algo inventado

para Charlie y lo opuesto a la verdad.

La puerta no se abrió.

—Déjame ir, Charlie —dijo Bella. Noté que pretendía sonar enfadada, pero el dolor que había en su voz tapaba cualquier otra emoción.

Por fin se abrió la puerta. Bella la empujó; Charlie estaba justo detrás de ella, con la mano extendida. Ella pareció ser consciente de esa mano, y se encogió para alejarse de ella.

Yo me agaché en el suelo del coche, casi invisible. No pude evitar echar un vistazo por la ventanilla. Sin girarse para mirar a su padre, Bella gruñó:

—No ha funcionado, ¿vale? —Saltó del porche, pero Charlie ahora se había quedado quieto—. De veras, ¡odio Forks con toda mi alma!

Las palabras parecían simples, pero una agonía demoledora atravesó a Charlie mientras permanecía ahí parado. Le daba vueltas la cabeza, como si tuviese vértigo. En su mente apareció otro rostro, muy parecido al de Bella y también llorando sin consuelo. Pero los ojos de esta mujer eran de color azul claro.

Era como si Bella hubiese ideado aquel guion con sumo cuidado. Charlie se quedó de pie, aturdido y destrozado, mientras ella corría a trompicones por el césped, con la pesada bolsa haciendo peligrar su equilibrio.

—¡Te llamaré mañana! —le gritó a Charlie mientras metía la voluminosa bolsa en la caja de la camioneta.

Charlie no se había repuesto lo suficiente como para responder.

Ya no me cabía ninguna duda de que Bella entendía la gravedad de la situación. Sabía que nunca le habría hecho tantísimo daño a nadie, sobre todo a su padre, si hubiese tenido otra opción.

Yo la había puesto en aquella maldita situación.

Bella corrió por delante de la camioneta. Las ojeadas rápidas y de pánico que echaba por encima del hombro no eran por Charlie. Abrió la puerta de un tirón y saltó al asiento del conductor. Fue a girar la llave como si supiera que ya estaría puesta en el contacto. El rugido del motor hizo añicos el silencio de la noche. Sin duda, el rastreador podría seguir aquel sonido con facilidad.

Extendí el brazo para acariciarle el dorso de la mano, deseando poder consolarla, pero sabiendo que nada podía arreglar aquello.

En cuanto terminó de dar marcha atrás y salió de la entrada, quitó la mano derecha del volante para que yo pudiese sostenerla. La camioneta traqueteaba por la calle lo más rápido que podía. Charlie no se movió del porche, pero enseguida doblamos la esquina y estuvimos fuera del alcance de su vista. Me puse en el asiento del copiloto.

—Detente en el bordillo —sugerí.

Bella parpadeó con fuerza para intentar apartar las lágrimas que seguían corriéndole a mares por la cara y salpicando el chubasquero que aún llevaba puesto. Adelantó a Alice, aunque no dio señales de haber visto el Jeep a un lado de la carretera. Me pregunté si era capaz de ver algo.

Alice, que seguía empujando el Jeep para que el ruidoso motor no alertara a Charlie, nos alcanzó rápidamente.

—Puedo conducir —insistió Bella, pero su voz estaba quebrada y destrozada. Parecía agotada.

Apenas se sorprendió cuando la puse sobre mi regazo suavemente y me pasé yo al asiento del conductor. La dejé muy cerca de mí. Se acurrucó ahí, totalmente abatida.

—No vas a encontrar nuestra casa —dije para excusarme, pero ella no parecía estar esperando un porqué. No le importaba.

Como ahora ya estábamos lo suficientemente lejos de su casa —aunque yo podía oír todavía los pensamientos petrificados de Charlie, que seguía sin moverse de la puerta—, Alice saltó al Jeep y encendió el motor. Cuando sus luces delanteras brillaron a nuestras espaldas, Bella se puso rígida y se giró para mirar por la ventana trasera, con el corazón latiendo a todo volumen.

—Es Alice. —Le agarré la mano derecha y la apreté.

—¿Y el rastreador? —murmuró.

Nos está siguiendo. Alice pudo oír fácilmente el susurro de Bella a pesar del chirriar del motor. *Emmett se ha quedado esperando hasta que se aleje de la casa.*

—Ha escuchado el final de tu puesta en escena —le dije.

—¿Y Charlie? —forzó la voz a duras penas.

Alice me seguía informando. *El rastreador ya ha dejado la casa atrás. No le veo regresar. Em ya va tras él.*

—El rastreador nos ha seguido —le aseguré a Bella—. Ahora está corriendo detrás de nosotros.

Aquello no la consoló. Tomó aliento y luego susurró:

—¿Podemos dejarlo atrás?

—No —admití. No con esta ridícula camioneta.

Bella se giró para mirar por la ventana trasera, aunque yo estaba seguro de que las luces del Jeep le impedirían ver nada más. Alice estaba observando todos los futuros posibles relacionados con Charlie que podía percibir. Un humano al que no había conocido nunca no era precisamente el sujeto más

fácil para ella. Pero no parecía que el cazador o su ansiosa compañera tuviesen ningún plan de volver a por él.

Emmett corría ahora por la carretera, muy cerca de nosotros. Me sorprendieron sus intenciones. Yo había asumido que él estaría ansioso por atrapar al rastreador que nos perseguía y acabar con este calvario de una manera rápida y violenta. Sin embargo, sus pensamientos se centraban en Bella. Los breves momentos que había sido su guardaespaldas parecían haberle afectado de verdad. Ahora la prioridad principal de Emmett era la seguridad de ella.

Bella tenía ese efecto: lograba que todo el mundo sacara su lado más protector.

Emmett se imaginaba al rastreador observando; solo Alice y yo sabíamos que estaba manteniendo las distancias cuidadosamente, limitándose a seguir el sonido de la camioneta a través de la oscuridad. Esta noche no se acercaría más. Aun así, Emmett quería dejar claro que, para llegar a Bella, el rastreador tendría que pasar primero por encima de él. Corriendo a toda velocidad, dio un salto hacia delante que lo proyectó por encima del Jeep y aterrizó en la caja de la camioneta. Tuve que forzar la dirección con el volante cuando el vehículo se desvió por el golpe.

Bella dio un alarido, con la voz ronca del esfuerzo.

Le tapé la boca para poder amortiguar el sonido y que me oyese decir:

—Es Emmett.

Inspiró profundamente por la nariz, desplomándose de nuevo en el asiento. Le quité la mano de la boca y la atraje con fuerza hacia mí. Era como si cada músculo de su cuerpo temblara.

—Toda va bien, Bella. Vas a estar a salvo —murmuré. Me pareció que ni siquiera me había oído. Seguía temblando. Jadeaba e hiperventilaba.

Intenté distraerla. Hablé con mi voz normal, como si no estuviésemos en una situación terrorífica y peligrosa:

—No me había dado cuenta de que la vida en un pequeño pueblo te aburría tanto. Me parecía que te estabas integrando bastante bien, sobre todo en los últimos tiempos. Incluso me sentía bastante halagado al pensar que había conseguido que la vida te resultara un poco más interesante.

Puede que no fuese la observación más sensible, teniendo en cuenta lo triste que se había puesto al verse obligada a escapar. Pero consiguió sacarla de su abstracción. Se movió nerviosa y se enderezó un poco.

—No pretendía ser agradable —susurró, ignorando la frivolidad de mis palabras y yendo directa a la parte más dolorosa. Bajó la vista como si le

diese vergüenza mirarme a los ojos—. Mi madre pronunció esas mismas palabras cuando dejó a Charlie. Se podría decir que ha sido un golpe bajo por mi parte.

Me había imaginado que irían por ahí los tiros, dada la imagen en la mente de Charlie.

—No te preocupes, te perdonaré —le prometí.

Me miró muy seria, desesperada por creer lo que le decía. Intenté sonreírle, pero no pude obligar a mi cara a obedecer.

Lo intenté de nuevo:

—Bella, todo va a salir bien.

Se estremeció.

—No irá bien si no estamos juntos. —Sus palabras apenas sonaron más que un suspiro.

La apreté contra mí con fuerza mientras la brecha de mi estómago se hacía más y más grande. Porque tenía razón. Todo iría mal mientras ella no estuviese conmigo. No sabía muy bien cómo lograría funcionar en su ausencia.

Me obligué a suavizar mis facciones y dulcifiqué la voz todo lo que pude.

—Nos reuniremos dentro de unos días. —Mientras lo decía, deseé que fuese cierto. Todavía sonaba a mentira. Alice veía tantos futuros...—. Y no olvides que ha sido idea tuya —añadí.

Resopló.

—Era la mejor idea, y claro que ha sido mía.

Una vez más, intenté sonreír, pero no pude.

—¿Por qué ha ocurrido todo esto? ¿Por qué a mí? —Bella murmuraba en tono monótono, como si lo preguntara retóricamente.

Contesté de todas maneras, con la voz llena de rabia.

—Es por mi culpa. He sido un imbécil al exponerte a algo así.

Me miró sorprendida.

—No me refería a eso. —¿Y qué otro motivo podía haber? ¿De quién iba a ser la culpa sino mía?—. Yo estaba allí —continuó—. Vale, mira qué bien, pero eso no ha perturbado a los otros dos. ¿Por qué el tal James ha decidido matarme a mí? —Resopló de nuevo—. Si hay un montón gente en el mundo, ¿por qué a mí?

Era una buena pregunta, astuta. Y no había una única respuesta. Se merecía la explicación completa.

—He podido inspeccionar a fondo su mente esta noche. Una vez que te ha visto, dudo que yo hubiera podido hacer algo para evitar esto. Esa es «tu

parte» de culpa. —Mi voz varió un poco y deseé que notara el punto irónico y de humor negro en mi tono—. No se habría alterado si no olieras de esa forma tan fatídicamente deliciosa. Pero cuando te he defendido... —Recordé lo atónito e incluso indignado que se había quedado James cuando me había interpuesto en su camino. La arrogancia. La ira—. Bueno, eso lo ha empeorado bastante. No está acostumbrado a no salirse con la suya, sin importar lo insignificante que pueda ser el asunto. James se concibe a sí mismo como un cazador, solo eso. Su existencia se reduce al rastreo y todo lo que le pide a la vida es un buen reto. Y de pronto nos presentamos nosotros, un gran clan de fuertes luchadores con un precioso trofeo, todos volcados en proteger al único elemento vulnerable. No te puedes hacer idea de su euforia. Es su juego favorito y lo hemos convertido para él en algo mucho más excitante.

Daba igual cómo lo analizara, porque aquello había sido inevitable. Cuando la había llevado al claro, este era el único resultado posible. Si no me hubiese enfrentado con James, a lo mejor no se habrían despertado en él sus ganas de jugar.

—Sin embargo —murmuré, sobre todo para mí—, te habría matado allí mismo, en ese momento, de no haber estado yo.

—Creía —susurró ella— que no olía igual para los otros... —dudó— que como huelo para ti.

—No. —Lo que ella significaba para mí, solo a nivel físico, era algo más intenso de lo que jamás había visto en la mente de cualquier otro inmortal—. Lo cual no quiere decir que no seas una tentación para todos. Se habría producido un enfrentamiento allí mismo si hubieras atraído al rastreador, o a cualquiera de ellos, del mismo modo que me atraes a mí.

Su cuerpo se estremeció bajo el mío.

Aunque habría sido más fácil, me percaté ahora, si hubiese terminado en una pelea. Estaba seguro de que la pelirroja asustadiza habría echado a correr, y no tenía muy claro que Laurent se hubiese puesto del lado del rastreador cuando la perspectiva de perder era tan evidente. Incluso si se hubiese unido todo el aquelarre contra nosotros, jamás habrían podido sobrevivir. Sobre todo, con Jasper lanzando un ataque sorpresa en medio de su cortina de humo mientras todas las miradas seguían puestas en Emmett. Había visto suficientes recuerdos de Jasper como para afirmar que probablemente él hubiese podido acabar con los tres. Aunque Emmett nunca se lo habría permitido.

Y si fuéramos un aquelarre normal (aunque nunca podríamos serlo debido al tamaño de nuestra familia), probablemente los habríamos atacado

solamente por el insulto.

Pero no éramos normales; éramos civilizados. Intentábamos vivir rigiéndonos por unos estándares más elevados. Unos estándares más amables y pacíficos. Por nuestro padre.

Por Carlisle, esta noche habíamos vacilado. Habíamos elegido el camino más humano, porque era a lo que estábamos acostumbrados, nuestra manera de vivir.

¿Eso nos hacía más... débiles?

Me estremecí al pensarlo, pero inmediatamente después decidí que nuestra elección era la correcta, aunque nos convirtiera en débiles. Lo sentía. Resonaba con fuerza en mi mente, en mi ser... o en mi alma, si es que tenía una. Lo que fuera que moviese esta forma corpórea.

Ahora ya no importaba. Alice podría darnos algún poder sobre el futuro, pero el pasado ya no existía para nosotros, igual que no existía para nadie más. No los habíamos atacado, y ahora aún nos quedaba la versión más complicada por delante. La pelea que se avecinaba era inevitable.

—No creo que tenga otra alternativa que matarlo —murmuré—, aunque a Carlisle no le va a gustar.

Pero lo entendería, estaba seguro. Le habíamos dado al rastreador la oportunidad de escapar. No pensaba aceptar la oferta. Ahora solo podíamos matarlo o que nos matara él a nosotros.

—¿Cómo se mata a un vampiro? —susurró Bella. Aún podía oír el sonido de sus lágrimas reprimidas al hablar.

Tendría que haber sabido que me haría esta pregunta.

Me miraba con un tipo distinto de miedo al anterior, casi como si estuviese preocupada porque la tarea terminara recayendo en ella. Claro que con Bella nunca podía estar seguro.

No me esforcé lo más mínimo en suavizar los hechos:

—La única manera segura es cortarlo en pedazos, y luego quemarlos.

—¿Van a luchar a su lado los otros dos?

—La mujer sí. —Si es que era capaz de controlar su miedo—. Aunque no estoy seguro respecto a Laurent. El vínculo entre ellos no es muy fuerte y Laurent solo los acompaña por conveniencia. Además, James lo ha avergonzado en el prado. —Por no mencionar que James tenía la intención de matar a Laurent. A lo mejor yo podía ponerlo sobre aviso. Seguro que eso haría cambiar las alianzas.

—Pero James y la mujer... ¿intentarán matarte? —susurró, con la voz rota de dolor.

Y entonces lo entendí. Por supuesto, y como siempre, estaba aterrada por el motivo equivocado.

—Bella, no te permito que malgastes tu tiempo preocupándote por mí. Tu único interés debe ser mantenerte a salvo y, por favor te lo pido, intenta no ser imprudente.

Ignoró mis palabras.

—¿Todavía nos sigue?

—Sí, aunque no va a asaltar la casa. No esta noche.

No mientras estuviésemos juntos. ¿Acaso lo que quería el rastreador era eso exactamente? ¿Que nos separásemos? Pero entonces recordé lo que Alice había visto que sucedería si intentábamos esconder aquí a Bella. No es que yo le tuviese un especial cariño a Mike Newton, pero ni él ni nadie de Forks podría convertirse en un sacrificio.

Me desvié en el camino, percatándome lentamente de que no me sentía aliviado por llegar a mi casa. No había ningún sitio libre de peligro mientras el rastreador siguiese vivo.

Emmett seguía fuera de sus casillas. Ojalá pudiera decirle la localización del rastreador para calmar sus nervios, pero no me podía arriesgar a que alguien más me oyera. El rastreador había adivinado que teníamos habilidades especiales; si le dábamos más pistas y averiguaba en qué consistían, solo él saldría ganando.

Noté cómo los pensamientos de James se alejaban hasta los límites de lo que yo podía percibir justo en el momento en el que Alice habló.

Ahora está con la mujer, al otro lado del río. Se separan de nuevo y observan. Ella se va a las montañas; él a los árboles.

La distancia extra no hizo que me sintiese mejor.

Llegados a este punto, Emmett estaba completamente metido en su papel de dedicadísimo guardaespaldas. Cuando llegamos a casa, saltó de la caja de la camioneta y fue hasta el lado del pasajero. Abrió la puerta y agarró a Bella.

—Con cuidado —le recordé casi en silencio.

Lo sé.

Podría haberle parado. Aquello no era necesario. Pero ¿alguna precaución era excesiva llegados a este punto? Si yo hubiese tenido más cuidado, no estaríamos en esta situación.

Me invadió un extraño sentimiento de seguridad al ver cómo Emmett, inmenso e indestructible, llevaba en sus colosales brazos a Bella, que casi desaparecía entre ellos. Antes de que hubiese pasado un segundo, ya estaba

atravesando la puerta principal. Alice y yo nos colocamos inmediatamente a su lado.

El resto de mi familia estaba reunida en el salón, todos en pie, y en el medio del círculo... Laurent.

Sus pensamientos eran de miedo, de arrepentimiento. El terror no hizo más que aumentar cuando Emmett dejó a Bella en el suelo junto a mí y dio un deliberado paso hacia delante, con un gruñido grave reprimido en su pecho. Laurent dio medio paso atrás rápidamente.

Carlisle le lanzó una mirada de advertencia a Emmett y este se relajó y se echó hacia atrás. Esme se encontraba de pie cerca de Carlisle, y sus ojos iban de mi cara a la de Bella y de la de Bella a la mía constantemente. Rosalie también miraba a Bella; de hecho, la fulminaba con la mirada, pero la ignoré todo lo que pude. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

Esperé hasta que los ojos de Laurent se posaron en mí.

—Nos está rastreando —le dije, incitándole a que pensara lo que yo quería oír.

Pues claro que está rastreando a la humana. Y la encontrará.

—Me lo temía —dijo en voz alta.

Necesito salir de aquí, seguían sus pensamientos. James no debe pensar que he elegido el bando contrario. Lo último que quiero es que se pongan a buscarme a mí después. Laurent reprimió un estremecimiento. *A lo mejor le podría contar que solo estoy sonsacándoles información. Aunque su cara, cuando se alejó de nosotros en el bosque... Mejor será desaparecer mientras esté metido en esta caza.*

Rechiné los dientes otra vez. Laurent me miró nervioso.

Conocía lo suficientemente bien a James como para comprender la ruptura que había provocado en el claro. Aunque yo no tenía ganas de hacerle ningún favor, sabía lo agradecido que estaría Laurent cuando James estuviese muerto.

—Ven, amor mío —oí que Alice le susurraba al oído a Jasper. No había reparado en su presencia al entrar; todavía se estaba camuflando a sí mismo. Jasper no dudó de Alice, ni siquiera en sus pensamientos. Los dos subieron las escaleras de la mano. Laurent no se molestó en observar cómo se iban. Así de efectivo era el esfuerzo de Jasper. Vi que Alice escribiría la información necesaria para que Laurent no pudiese oírla. No tardarían mucho en hacer el equipaje con todo lo que necesitarían.

—¿Qué crees que va a hacer? —le preguntó Carlisle a Laurent, aunque yo mismo le podría haber contestado.

—Lo siento —dijo el aludido con total sinceridad. *Siento haber conocido a esos demonios. Debería haber sido más listo y no haber jugado con fuego. El maldito aburrimiento me convirtió en un idiota*—. Ya me temía, cuando tu chico la ha defendido, que se desencadenaría esta situación. —*Pues claro que iba a pasar. Al actuar así, el chico se ha asegurado de que James no se detenga hasta que los dos estén muertos. Es como si estos extraños viviesen en otro planeta. O se creen que lo hacen. El mundo real está a punto de inmiscuirse en esa fantasía.*

—¿Puedes detenerlo? —le presionó Carlisle.

¡Ja!

—Una vez que ha comenzado, nada puede detener a James.

—Nosotros lo haremos —gruñó Emmett.

Laurent miró a Emmett casi esperanzado. *Si tan solo eso fuese posible. Sin duda, me haría la vida mucho más fácil.*

—No podréis con él —advirtió Laurent. Parecía muy seguro de que nos estaba haciendo un gran favor aportándonos esta información—. No he visto nada semejante en mis últimos trescientos años. Es absolutamente letal, por eso me uní a su aquelarre.

Se le pasaron por la mente algunos recuerdos desperdigados de sus aventuras con James y Victoria, aunque esta siempre aparecía como una figura en segundo plano, al margen. Al menos, James había conseguido que la vida de Laurent fuese interesante. Sin embargo, el sadismo de su conducta violenta llevaba ya unos años molestando a Laurent, pero a esas alturas ya no existía ninguna forma segura de desvincularse del rastreador.

Ahora, Laurent deseaba poder ser optimista, pero había visto a James triunfar en situaciones totalmente improbables. Desvió su mirada hacia Bella, y lo único que vio fue a una chica humana, una más entre un millón, nada que la hiciese sobresalir por encima del resto.

No pensó las palabras antes de decirlas en voz alta:

—¿Estás convencido de que merece la pena?

El rugido que brotó de mi boca fue tan alto como una detonación. Laurent adoptó inmediatamente una postura de sumisión, mientras Carlisle alzaba la mano.

Contrólate, Edward. Este no es tu enemigo.

Me esforcé por calmar mi rabia. Carlisle tenía razón, aunque, desde luego, Laurent tampoco era nuestro amigo.

—Me temo que tendrás que escoger —dijo Carlisle.

No me quedan muchas más opciones, pensó Laurent. Lo único que puedo hacer es desaparecer y desear que James piense que no merezco la pena. Su mente retrocedió a la conversación algo menos tensa que habían tenido antes de que nosotros llegáramos a la casa y se aferró a un dato. Está claro que he quemado todas mis naves con esta compañía, pero quizá me pueda rodear de otros amigos. De amigos con talento.

—Me intriga la forma de vida que habéis construido. —Sabía que estaba eligiendo las palabras muy diplomáticamente, intentando mirarnos a los ojos a cada uno de nosotros. Que yo pudiese acceder a su monólogo interior arruinó bastante el efecto para mí—. Pero no quiero verme atrapado en medio de este conflicto. No siento enemistad hacia ninguno de vosotros, pero no actuaré contra James. Creo que me marcharé al norte, donde está el clan de Denali.

Se imaginó a cinco extraños como Carlisle, lentos en el ataque, pero con muchos dones y talentos entre ellos. Quizá eso haría que James se lo pensara dos veces.

Un sentimiento de gratitud hizo que Laurent volviese a advertir a Carlisle:

—No subestiméis a James. Tiene una mente brillante y unos sentidos inigualables. Se siente tan cómodo como vosotros en el mundo de los hombres y no os atacará de frente... —Se acordó de alguna de las intrincadas maniobras de James. El rastreador tenía paciencia... y sentido del humor. Un oscuro sentido del humor—. Lamento lo que se ha desencadenado aquí. Lo siento de veras.

Inclinó la cabeza, de nuevo obediente, pero le lanzó otra mirada a Bella y luego apartó sus ojos de ella rápidamente. En sus pensamientos, pude ver su desconcierto ante el riesgo al que todos nos estábamos exponiendo por ella. *No son conscientes de lo que es James, decidió. No me creen. Me pregunto a cuántos de estos dejará vivos.*

Laurent pensaba que éramos débiles. Veía nuestra supuesta domesticidad como una carencia. Antes, yo me había preocupado por lo mismo, pero ya no. «Débil» no era precisamente la impresión que planeaba dejar en James. Pero así era mejor: que Laurent pensara que ganaría James. Se podría pasar el próximo siglo escondido y aterrorizado y yo no me lamentaría de su situación.

—Ve en paz —le dijo Carlisle; era una oferta y una orden a la vez.

La mirada de Laurent barrió la habitación, contemplando un tipo de vida que él había dejado atrás hacía mucho tiempo. Aunque esto no era un palacio, y él había vivido en unos cuantos, aquí había un ambiente de permanencia y santuario que no había sentido en siglos.

Asintió una vez con la cabeza a Carlisle y, por un instante, me pareció percibir que el vampiro de pelo oscuro sentía algo parecido al anhelo al pensar en mi padre. Un sentimiento de respeto y un deseo de pertenencia. Pero suprimió la emoción antes de que se asentara en su cabeza, y se fue corriendo hacia la puerta, sin intención de disminuir la marcha hasta que no estuviese seguro en el océano, donde nadie pudiese detectar su aroma.

Esme cruzó la habitación a toda velocidad para empezar a bajar las persianas metálicas que cubrían los grandes ventanales que conformaban la pared trasera de la casa.

—¿A qué distancia se encuentra? —me preguntó Carlisle.

Laurent ya estaba casi fuera de mi alcance y se alejaba aún más. No tenía ninguna intención de cruzarse con James en su huida. No oía ya nada de lo que decíamos. Contacté con la mente de James. La visión de Alice me había dado su ubicación. Él también estaba demasiado lejos como para ser capaz de oír nuestros planes.

—Está a unos cinco kilómetros pasando el río, dando vueltas por los alrededores para reunirse con la mujer.

Se encontrarían en un terreno más elevado, desde el que podría observar en qué dirección huíamos nosotros.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Carlisle.

Aunque sabía que el rastreador no podía oírnos, y a pesar de que el quejido de las persianas seguía inundando la habitación, no alcé la voz:

—Lo alejaremos de aquí para que Jasper y Alice se la puedan llevar al sur.

—¿Y luego?

Sabía lo que me estaba preguntando. Lo miré directamente a los ojos cuando le contesté:

—Le daremos caza en cuanto Bella esté fuera de aquí.

Aunque Carlisle ya sabía que aquello iba a suceder, sintió una llamarada de dolor.

—Supongo que no hay otra opción.

Carlisle llevaba protegiendo vidas meticulosamente desde hacía tres siglos. Siempre había sido capaz de encontrar afinidades con otros vampiros. Esto no sería fácil para él, pero tampoco era ajeno a las dificultades.

Teníamos que darnos prisa y no concederle al rastreador más tiempo del necesario antes de proporcionarle un rastro que perseguir. Pero, antes de huir, debíamos resolver otras cuestiones prácticas.

Miré a Rose:

—Llévatela arriba e intercambiad vuestras ropas.

Obviamente, confundirlo con el olor era el primer paso. Yo también me llevaría algunas cosas de Bella y crearía un rastro que incitara al rastreador.

Pero ¿no ves lo que nos ha hecho? ¡Bella lo ha estropeado todo! ¿Y tú pretendes que yo la proteja a ella?

El resto de la pregunta la dijo en voz alta; quería que Bella también la oyese:

—¿Por qué debo hacerlo? ¿Qué es ella para mí? Nada, salvo una amenaza..., un peligro que tú has buscado y que tenemos que sufrir todos.

Bella retrocedió como si Rosalie le hubiese dado una bofetada

—Rose... —murmuró Emmett, poniéndole una mano en el hombro. Ella se la quitó de encima. Emmett me miró, casi esperando que yo me abalanzara sobre ella.

Pero nada de esto importaba. Las rabietas de niña mimada de Rose siempre habían sido molestas, pero este arrebato mezquino era muy inoportuno. Y yo no tenía precisamente demasiado tiempo para desperdiciar con este tipo de cosas.

Si esta era la noche en la que había decidido dejar de ser mi hermana, aquella era su elección y yo la aceptaba.

—¿Esme? —Sabía cuál sería su respuesta.

—Por supuesto.

Esme comprendía nuestras limitaciones de tiempo. Levantó a Bella entre sus brazos con cuidado, al igual que Emmett —aunque el efecto fue muy distinto—, y se la llevó corriendo al piso de arriba.

—¿Qué vamos a hacer? —Oí que preguntaba Bella desde el despacho de Esme.

Dejé que Esme se encargara de eso y yo me centré en mi parte. El rastreador y su salvaje compañera se habían movido fuera de mi alcance. Ellos no podían oírnos, pero estaba seguro de que sí nos veían. Verían cómo se marchaban nuestros vehículos. Y los seguirían.

¿Qué necesitamos?, preguntó Carlisle.

—Los móviles. La bolsa grande de deporte. ¿Están llenos los depósitos?

Yo lo haré. Emmett salió corriendo por la puerta principal hacia el garaje. Siempre teníamos varios bidones de gasolina preparados por si había alguna emergencia.

—También el Jeep, el Mercedes y la camioneta —susurré.

Hecho.

¿Nos vamos a dividir en tres grupos? A Carlisle tampoco le gustaba demasiado la idea de dividir nuestras fuerzas.

—Alice ha visto que esa es la mejor manera.

Lo aceptó.

Saldrá herido. No piensa. Lo único que hace es precipitarse. ¡Todo esto es culpa de ella!

Rosalie me bombardeaba con todo tipo de agravios. Fue fácil sacarla de mi cabeza. Y también fue fácil hacer como si ella no estuviese allí.

¿Cuál es mi papel?, quiso saber Carlisle.

Dudé.

—Alice te vio con Emmett y conmigo. Pero no podemos dejar que Esme sea la única que vigile a Charlie...

Carlisle se giró hacia Rosalie con gesto severo.

—Rosalie, ¿vas a poner de tu parte para ayudar a nuestra familia?

—¿Por Bella? —dijo ella con desprecio.

—Sí —le contestó Carlisle—. Por nuestra familia, tal y como he dicho.

Rosalie lo miró resentida, pero pude oír que sopesaba sus opciones. Si seguía con la rabieta y nos daba la espalda a todos, entonces Carlisle tendría que quedarse aquí con Esme en vez de estar en el frente, evitando que Emmett cometiese excesos peligrosos. Rosalie solo veía el peligro al que podría enfrentarse Emmett. Pero parte de ella también estaba poniéndose cada vez más nerviosa por mi visible indiferencia.

Finalmente, puso los ojos en blanco y dijo:

—Pues claro que no dejaré que Esme vaya sola. Por supuesto que me preocupo por esta familia.

—Gracias —respondió Carlisle con mucha más amabilidad de la que yo habría empleado, y salió a toda prisa de la habitación.

Emmett estaba entrando en aquel momento por la puerta principal; llevaba al hombro la gigantesca bolsa en la que guardábamos algunos juguetes deportivos. La bolsa era lo bastante grande como para que cupiera una persona en ella. Al estar llena de cosas, de hecho, ya parecía que había alguien escondido dentro.

Alice apareció en lo alto de las escaleras, justo a tiempo para ver a Esme y Bella saliendo del despacho de Esme. Las dos cogieron a Bella por los codos y la bajaron a toda velocidad por las escaleras. Jasper las seguía. Era evidente que estaba nervioso, con los ojos deambulando sin parar por las ventanas de la fachada de la casa. Intenté usar su aspecto salvaje para calmarme a mí mismo. Jasper era mucho más letal que los miles de vampiros que habían intentado destruirlo. Hoy había demostrado nuevas habilidades que yo nunca había creído posibles, y estaba seguro de que tenía más ases bajo la manga. El

rastreador no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. Bella estaría más segura con Jasper haciendo guardia a su lado que con cualquier otro. Y con Alice, el rastreador no podría cogerlos nunca por sorpresa. Yo me aferraba a ese pensamiento.

Carlisle ya había vuelto con los teléfonos. Le dio uno a Esme, y luego le acarició la mejilla. Ella lo miró con total confianza. Estaba segura de que estábamos haciendo lo correcto y, solo por eso, lo conseguiríamos. Deseé poseer esa misma fe.

Me pasó una bola de tela. Calcetines. El aroma de Bella era reciente y muy potente. Los metí en mi bolsillo.

Alice le cogió el otro teléfono a Carlisle.

—Esme y Rosalie se llevarán tu coche, Bella —le dijo Carlisle, como si estuviera pidiéndole permiso. Era típico de él.

Bella asintió.

—Alice, Jasper, llevaos el Mercedes. En el sur vais a necesitar ventanillas con cristales tintados.

Jasper asintió. Alice ya lo sabía.

—Nosotros nos llevaremos el Jeep. Alice, ¿morderán el cebo?

Alice se concentró, cerrando con fuerza los puños. No le resultaba sencillo tener que buscar movimientos que, en realidad, nunca llegaban a entrar en contacto con ninguno de nosotros, pero estaba empezando a sintonizarse con estos nuevos enemigos. Mejoraría con el tiempo. Con suerte, no lo necesitaríamos. Con suerte, mañana habríamos terminado.

Vi al rastreador volar entre las copas de los árboles, con la mirada clavada en el Jeep. La pelirroja mantenía la distancia, siguiendo el sonido de la camioneta de Bella, que avanzaba a trompicones hacia el norte unos minutos después. Tan solo había algunas variaciones insignificantes entre las distintas versiones.

Para cuando abandonó sus visiones, los dos estábamos seguros:

—Él te perseguirá y la mujer seguirá a la camioneta. Debemos salir justo detrás.

Carlisle asintió:

—Vámonos.

Yo creía estar preparado. Los segundos que pasaban ya resonaban en mi cabeza como redobles de tambor. Pero no lo estaba.

Bella parecía tan triste al lado de Esme..., totalmente desconcertada, como si no pudiese procesar cómo había cambiado todo tan rápido. Hacía solo una hora éramos absolutamente felices. Y ahora era la presa de una

cacería y la habían dejado bajo el cuidado de unos vampiros a los que apenas conocía. Nunca había tenido un aspecto tan vulnerable como ahora, sola en una habitación llena de extraños inhumanos.

¿Se podía romper un corazón muerto?

Al momento me encontraba a su lado, con mis brazos rodeándola con fuerza, levantándola del suelo. Sentí el calor en mis brazos como si me hundiera en arenas movedizas, y quise sumergirme en ellas para no salir jamás. La besé solo una vez, temiendo arruinar los planes si no era capaz de alejarme de ella. A una parte de mí no le importaba que se sacrificara cada vida de Forks, La Push y Seattle con tal de que ella se quedara aquí conmigo.

Pero tenía que ser más fuerte que eso. Pondría fin a todo esto. Haría que estuviese segura otra vez.

Cuando la dejé en el suelo, sentí como si todas las células de mi cuerpo se estuvieran muriendo una por una. Mis dedos permanecieron pegados a su rostro, y luego me aguijonearon cuando los obligué a despegarse.

Más fuerte que eso, me recordé a mí mismo. Tenía que cortar toda esta agonía si quería hacer bien mi trabajo. Destruir el peligro.

Me di la vuelta para alejarme de ella.

Hasta hoy, había creído que sabía lo que se sentía al estar ardiendo.

Carlisle y Emmett me alcanzaron y se pusieron junto a mí. Cogí la bolsa que llevaba Emmett. Sabía lo que el rastreador esperaba: que yo fuera demasiado débil como para perderla de vista. Sujeté la bolsa como si contuviese algo muchísimo más valioso que palos de hockey y balones. Y, flanqueado por mi padre y mi hermano, bajé las escaleras principales.

Emmett subió al asiento de atrás del Jeep y yo deposité la bolsa justo a su lado, luego cerré rápidamente la puerta, intentando ser lo más sigiloso posible. En un instante me había sentado en el asiento del conductor, con Carlisle ya a mi lado, y luego nos pusimos en marcha a una velocidad que, de haber estado allí con nosotros, habría horrorizado a Bella.

No podía pensar en eso. Tenía que confiar en Alice y Jasper y centrarme en la parte que me tocaba a mí.

El rastreador aún estaba muy lejos como para que yo pudiera oírlo. Pero sabía que estaba observando, siguiéndonos. Lo había visto en la mente de Alice.

Al girar al norte en la autopista, aceleré. El Jeep era mucho más rápido que la camioneta, pero no lo bastante como para darnos demasiada ventaja, ni siquiera a la máxima velocidad a la que podía ponerlo sin destrozarse el motor. Pero ahora no quería dejar atrás al rastreador. Mi intención era que viese que

estaba llevando el Jeep al límite, como si estuviésemos huyendo de verdad. Ojalá no se percatase de que ese era precisamente el motivo por el que yo había elegido el Jeep. Él no sabía qué más había en nuestro garaje.

Durante un instante, estuvo lo bastante cerca como para que alcanzara a oírlo.

... coger un ferri? Si no, es un camino mucho más largo. Podría atajar por...

—Llama —dije casi sin mover los labios, aunque sabía que James estaba demasiado lejos como para verme la cara.

Carlisle no se puso el teléfono en la oreja; se lo colocó en el muslo, a escondidas, mientras marcaba con una mano. Todos oímos el silencioso clic cuando Esme contestó. No dijo nada.

—Despejado —murmuró Carlisle. Desconectó.

Y yo desconecté también. No tenía forma de ver lo que Bella estaba haciendo ahora. Ni podía oír su voz. Me sacudí de encima la desesperación antes de tener la oportunidad de empezar a regodearme en ella.

Tenía una tarea que llevar a cabo.

24. Emboscada

El rastreador eligió correr detrás de nosotros; no parecía dispuesto a hacer conjeturas sobre nuestra ruta. De vez en cuando, yo lograba captar de refilón sus pensamientos, pero solo unas pocas palabras, o un avistamiento del Jeep desde su visión. Seguía en terreno elevado, en las montañas; no le importaba tener que alejarse kilómetros y kilómetros de la carretera. Porque incluso desde ahí podía vernos.

Yo no quería pensar en dónde estaría Bella ahora, qué podría estar haciendo o diciendo. Me distraería demasiado. Pero había algunas cosas que se habían quedado sin hacer.

Le susurré instrucciones a Carlisle y él envió mensajes al teléfono de Alice. Probablemente no era necesario, pero me hizo sentir mejor.

—Bella necesita comer al menos tres veces cada veinticuatro horas. Y la hidratación es importante. Debe tener agua a mano. Lo ideal es que duerma ocho horas.

Carlisle, aún con el teléfono en los muslos, enviaba los mensajes tan rápido como yo podía hablar.

—Y... —dudé— dile a Alice que no le cuente la conversación que tuvimos en el Jeep. Si Bella le hace preguntas, que las evada. Dile que lo digo muy en serio.

Carlisle me miró con curiosidad, pero escribió el mensaje.

Me imaginé a Alice al otro lado, poniendo los ojos en blanco.

Alice solo envió un mensaje con la palabra «Sí», dándose por enterada. Supuse que eso quería decir que Bella todavía estaba despierta y que Alice quería mantener mis instrucciones para sí misma. Debía de estar viendo un ajuste de cuentas bastante desagradable si me ignoraba.

Emmett pensaba sobre todo en lo que haría cuando tuviera al rastreador a su alcance. Era agradable ver lo que pasaba por su cabeza.

Cuando tuvimos que repostar, usé una de las latas grandes de gasolina que Emmett había cargado en el asiento trasero. Todavía metidos en mi bolsillo, los calcetines de Bella dejarían un tenue rastro de su aroma en el aire. Me moví rápido, de forma confusa, como si mi único objetivo fuera salir corriendo otra vez, y me complació ver que el rastreador se acercaba para mirar. Durante un momento, no se encontraba a más de un kilómetro y medio de distancia. Quise aprovecharlo, convertir esta huida en una emboscada, pero era demasiado pronto. Todavía estábamos demasiado cerca del agua.

No traté de disimular nuestra ruta: conduje hacia mi destino tan en línea recta como pude por aquellas autopistas llenas de curvas. Esperaba que el rastreador interpretara aquello de la forma en que yo quería que lo hiciese: que yo tenía un destino en mente, un sitio defendible, un lugar en el que me sintiera seguro. Él no sabía mucho de nosotros, pero sí sabía que teníamos más recursos físicos a nuestra disposición que el nómada medio. Además, éramos muchos. Quizá pensara que teníamos aún más aliados esperándonos en los bosques del norte.

Para ser sinceros, yo me había planteado ir con la familia de Tanya. Estaba seguro de que nos ayudarían. Y, sobre todo, Kate sería una excelente adición a nuestro equipo de caza. Pero también estaban demasiado cerca del agua. Era posible que el rastreador los viese a los cinco y huyera hacia el océano. Lo único que necesitaba hacer para desaparecer era sumergirse. Era imposible rastrear a alguien bajo el agua. Y podía emerger en cualquier parte: a ocho kilómetros de la playa, o en Japón. Nunca podríamos seguirlo. Tendríamos que reagruparnos y comenzar de nuevo.

Me dirigía hacia los parques nacionales cerca de Calgary, a más de novecientos kilómetros de las aguas abiertas más cercanas.

En cuanto volviésemos a estar al alcance del rastreador, descubriría que lo habíamos despistado y que Bella no estaba con nosotros. Él correría y nosotros lo perseguiríamos. Estaba seguro de que lo alcanzaría, pero necesitaba un recorrido lo suficientemente largo. Novecientos kilómetros podrían valer.

Yo quería acabar con esto cuanto antes.

Condujimos durante toda la noche, disminuyendo la velocidad únicamente cuando detectaba algún radar un poco más adelante. Me pregunté qué pensaría de eso el rastreador. Ya había adivinado que yo tenía habilidades adicionales. Esto le permitiría ver más de lo que yo quería que viese, pero la otra opción era demasiado lenta. Dejaría que viera esto —el hecho de que yo estuviera revelando información sobre mis habilidades— como otra señal más

de que nos dirigíamos a un destino fijo. ¿Un refugio? Aquello debería despertar su curiosidad.

Deseé ser capaz de escuchar las teorías de su cabeza, pero se mantenía siempre lo suficientemente alejado como para que yo no pudiese captar más que algún atisbo esporádico. Debía de haberse hecho una idea de lo que implicaba mi talento, y probablemente no se equivocaba.

El rastreador seguía corriendo, incansable, y, por lo poco que pude escuchar, disfrutaba inmensamente.

Su placer me irritaba, pero era algo bueno. Mientras él estuviese satisfecho con lo que hacía en este momento, a mí me daría tiempo a llegar al escenario que eligiésemos para nuestra emboscada.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, me ponía más y más nervioso. El sol estaba ahora más cerca del horizonte occidental que del oriental. Lo único interesante que habíamos hecho era detenernos para repostar varias veces... dejando siempre rastros del aroma de Bella. Pero ¿le aburriría esta carrera tan larga? ¿Estaría dispuesto a seguirnos durante lo que podrían ser días y días, a través de los territorios del norte y hasta el círculo polar ártico si continuábamos? ¿Llegaría a abandonar su persecución antes de estar absolutamente seguro de que Bella no estaba en el Jeep?

—Pregúntale a Alice si ve al cazador retirándose antes de que estemos listos.

Carlisle obedeció rápidamente.

Unos minutos después, la palabra «No».

Eso me tranquilizó.

El sol se acercaba lentamente a las montañas del oeste a medida que nos aproximábamos a mi objetivo. Quería que se acercara lo suficiente como para poder escucharlo. Tenía que hacer algo para llamar su atención.

Estábamos en una pequeña autopista que llevaba a Calgary. Podríamos haber seguido hasta Edmonton y esperar a que fuese totalmente de noche, pero yo estaba cada vez más impaciente. Quería dejar de huir y comenzar a cazar.

Me metí en una pequeña carretera secundaria que conducía al extremo sur del Parque Nacional Banff. Al final, la carretera giraba igualmente para ir a Calgary, pero no era el modo más rápido de llegar a ninguna parte. Esto era un nuevo patrón de comportamiento que no habíamos exhibido hasta este momento. Aquello debería despertar su interés.

Carlisle y Emmett supieron a qué se debía el cambio. Los dos se pusieron tensos de repente. Emmett estaba más que tenso: estaba emocionado, deseoso

de empezar la pelea.

La carretera secundaria nos alejó rápidamente de las áridas tierras de cultivo de principios de primavera que bordean la carretera hacia Calgary. Habíamos empezado a ascender de inmediato y ahora volvíamos a estar rodeados de árboles otra vez. Se parecía bastante a nuestro bosque, pero más seco. No pude escuchar ninguna mente en los alrededores. El sol estaba al otro lado de la montaña por la que estábamos subiendo.

—Emmett —respiré hondo—. Te compraré un Jeep nuevo.

Soltó una risita. *No pasa nada.*

Podíamos fingir que nos habíamos parado a poner gasolina otra vez —ya casi nos tocaba—, pero este cambio de ritmo pondría nervioso al rastreador. Teníamos que movernos rápido.

—Cuando yo os lo diga —les dije, esperando a oír el primer contacto de la mente del rastreador.

Emmett tenía la mano en la manija de la puerta.

Esta carretera era mucho más ruda que la anterior. Golpeé un bache que hizo que el Jeep se saliera del camino. Mientras me esforzaba por controlar el vehículo, apareció de repente la voz del rastreador

... deben de tener un lugar cerca...

—Ahora —gruñí.

Los tres saltamos del Jeep en marcha.

Aterricé sobre la punta de los pies y eché a correr hacia el sonido de los pensamientos del rastreador antes de que los demás recuperaran el equilibrio.

¡Oh, oh! ¡Así que era una trampa!

El rastreador no parecía ni enfadado ni asustado por el repentino cambio de roles. Se lo seguía pasando en grande.

Continué corriendo con todas mis fuerzas, haciendo que los árboles que acabábamos de pasar se desdibujaran ante mis ojos. Podía oír a Carlisle y a Emmett detrás de mí, con Emmett atravesando la maleza como un rinoceronte. Su ruidoso ataque podría servir para tapar algunos de mis sonidos. Tal vez así el rastreador pensaría que yo me encontraba más rezagado de lo que realmente estaba.

Después de haber pasado tanto tiempo atrapado en el Jeep, era una liberación poder correr, poder moverme gracias a mi propia propulsión. Era un alivio no tener que depender de la carretera, sino limitarme a coger la ruta más corta hacia mi objetivo.

El rastreador también era rápido. No tardé mucho en congratularme por haberme dado un margen de más de novecientos kilómetros para atraparlo.

Giró al oeste en dirección al lejano Pacífico mientras nosotros escalábamos aún más alto, hacia el filo oriental de las Montañas Rocosas.

Carlisle y Emmett se estaban quedando atrás. ¿Era eso lo que esperaba el rastreador? ¿Que nos separáramos y eliminarnos de uno en uno? Yo estaba en guardia, esperando otro giro repentino. Acogí con agrado la idea de que atacara. Una parte de mí estaba llena de furia, y la otra deseosa de acabar con esto.

No podía escuchar su mente —ahora estaba un poco fuera de mi alcance—, pero podía seguir su olor con bastante facilidad.

Se desvió hacia el norte.

Él corrió y yo corrí. Pasaron los minutos, luego las horas.

Nos desviamos hacia el noreste.

Me pregunté si tenía un plan o si simplemente estaba corriendo sin rumbo para librarse de mí.

Casi no podía oír la embestida de Emmett a través del bosque. Ahora debían de encontrarse a varios kilómetros por detrás de mí. Pero creí escuchar algo más adelante. El rastreador se movía sigilosamente, pero no en completo silencio. Le estaba dando alcance.

Entonces el ruido de su avance desapareció por completo.

¿Se había detenido? ¿Estaba esperando para atacar?

Corrí más rápido, ansioso por accionar su trampa.

Y en ese momento escuché un chapoteo lejano, justo cuando llegué a la cima de una cresta nevada que se interrumpía de manera abrupta en un acantilado.

Abajo, al fondo del todo, había un lago glaciar profundo, largo y estrecho, casi como un río.

Agua. Claro.

Quise sumergirme e ir tras él, pero sabía que eso le daría la ventaja. Había kilómetros y kilómetros de orilla en los que podría emerger. Y yo tendría que ser metódico, lo cual llevaría tiempo. Él no tenía esos impedimentos.

La manera más lenta era recorrer el perímetro del lago, buscando su rastro. Tendría que estar atento para no perderme el momento en el que emergiese a la superficie. James no se limitaría a salir a la orilla y empezar a correr de nuevo. Intentaría saltar desde el agua, poner algo de distancia entre la orilla y su olor.

Una forma ligeramente más rápida sería repartir la distancia con Emmett y Carlisle; podríamos dividir el perímetro en tres partes.

Y luego estaba la forma más rápida de todas.

Emmett y Carlisle se estaban acercando. Volví corriendo con Carlisle y le extendí la mano. Tardó solo un segundo en entender lo que quería. Me arrojó el teléfono. Me di otra vez la vuelta y corrí con ellos mientras le enviaba un mensaje a Alice.

«Dime quién de nosotros encuentra el rastro».

Llegamos al mirador del extenso lago.

—Emmett —respiré casi en silencio—. Toma la decisión de coger la orilla sur desde aquí y luego seguirla hacia el este. Carlisle, tú toma la decisión de correr por el norte a lo largo de esta orilla. Yo iré por el lado opuesto.

Me lo imaginé, me comprometí con mi decisión, me vi zambulléndome en las oscuras aguas azules, saliendo disparado hacia la orilla opuesta para después correr hacia el norte y encontrarme con Carlisle en el extremo más alejado del lago.

El teléfono vibró en silencio.

«Em», escribió Alice. «Punta sur».

Les mostré el mensaje y luego le devolví el teléfono a Carlisle. Tenía una bolsa impermeable para protegerlo. Me sumergí y escuché a Emmett cogiendo impulso detrás de mí. Me mantuve recto como un cuchillo, decidido a entrar en el agua haciendo el menor ruido posible.

El agua estaba muy clara y solo unos grados por encima de la temperatura de congelación. Nadé varios metros bajo la superficie, invisible en la noche. Podía distinguir el sonido de Emmett detrás de mí, aunque él avanzaba casi en completo silencio. No podía oír a Carlisle en absoluto.

Salí del lago en su punto más meridional. Los únicos sonidos detrás de mí eran las gotas de agua que caían del cuerpo de Emmett y que golpeaban las piedras de la orilla.

Me fui a la derecha y Emmett a la izquierda.

Cuando Carlisle emergió provocó una pequeña ola. Miré hacia atrás. Tenía el teléfono en la mano otra vez y le hacía señales a Emmett. Yo había elegido el camino correcto. Efectivamente, solo unos metros más adelante capté un atisbo del aroma del rastreador. Estaba por encima de nosotros: James había saltado a las ramas de un alto pino contorta. Escalé el árbol y hallé su rastro, que se extendía a través de las ramas de los árboles circundantes.

Y me puse a perseguirlo de nuevo.

Mientras volaba por las ramas sentía la rabia crecer en mí. Habíamos perdido tanto tiempo en el lago que ahora él nos sacaba kilómetros de

distancia.

Estaba volviendo sobre nuestros pasos. ¿Iba hacia al sur? ¿Regresaba a Forks para encontrar el rastro de Bella? Era una distancia ininterrumpida de siete horas, si lo hacía en línea recta. ¿Estaba dispuesto a darme esa cantidad de tiempo para alcanzarlo?

Pero, a medida que avanzaba la interminable noche, cambió de dirección una docena de veces. Se movía sobre todo hacia el oeste, abriéndose camino hacia el Pacífico, supuse. Y seguía encontrando formas de ampliar su ventaja y de frenarnos a nosotros.

Una vez fue un gran acantilado. Cada uno decidimos la dirección que seguiríamos cuando llegáramos a los pies del risco, pero Alice seguía enviando mensajes: «No», «No», «No», «No», «No». Su visión del rastreador era tan limitada que solo podía ver cómo reaccionábamos nosotros ante su rastro. Tardé demasiado tiempo en ver la brecha en la pared del acantilado en la que James había detenido su caída a mitad de descenso para después escalar lateralmente por la roca.

En otra ocasión fue un río. De nuevo, nos devanamos los sesos intentando visualizar las rutas que tomaríamos para empezar a buscar. Permaneció dentro del agua durante gran parte del camino. Perdimos casi quince minutos antes de que Alice viera que Carlisle encontraría la pista del rastreador casi sesenta kilómetros al suroeste.

Era exasperante. Corríamos y nadábamos y dábamos vueltas por el bosque tan rápido como podíamos, pero él se limitaba a jugar con nosotros, ampliando su ventaja constantemente. James tenía mucha práctica y —no me cabía la menor duda de esto— estaba convencido de que iba a ganar. Ahora la ventaja solo la tenía él. Nosotros continuaríamos rezagados, y al final lograría dejarnos completamente atrás.

Los miles de kilómetros entre Bella y yo me mantenían en un estado de angustia permanente. Este plan, alejarlo todo lo posible de Bella, no le había supuesto más que una pequeña demora en su verdadera búsqueda.

Pero ¿qué más podíamos hacer? Teníamos que seguir persiguiéndolo con la esperanza de ser capaces de atraparlo de algún modo. Se suponía que esta era nuestra gran oportunidad para detenerlo sin poner en peligro a Bella. Lo estábamos haciendo de pena.

Volvió a confundir su rastro en otro lago glaciar de varios kilómetros de largo. Había docenas como este, repartidos de norte a sur a través de los valles canadienses como si una mano gigante hubiese clavado los dedos en el centro del continente. El rastreador los aprovechaba a menudo, y todas las

veces nosotros teníamos que visualizar y decidir, para después esperar a un «C», un «Em» o un «Ed» de Alice, un «Sí» o un «No». Cada vez éramos más rápidos en la parte mental, pero con cada pausa que hacíamos él avanzaba más y más.

Salió el sol, pero hoy las nubes eran densas y el rastreador no se detuvo. Me pregunté qué habría hecho si el día hubiese estado despejado. Ahora estábamos en el lado oeste de las montañas y debíamos atravesar pueblos humanos de nuevo. Probablemente, se hubiera limitado a matar rápidamente a cualquier testigo si hubiera tenido que hacerlo.

Yo estaba convencido de que se dirigía al océano para conseguir una huida limpia. Ahora estábamos mucho más cerca de Vancouver que de Calgary. No parecía interesado en ir hacia el sur, a Forks. Había una ligera tendencia al norte en sus movimientos.

Sinceramente, ya no necesitaba más estratagemas. Tenía suficiente ventaja como para correr hacia la costa sin que nosotros tuviésemos la menor posibilidad de atraparlo.

Pero entonces la pista nos llevó a otro lago más. Yo estaba seguro, casi al noventa por ciento, de que estaba jugando con nosotros simplemente para divertirse. Podría haber escapado, pero era más entretenido vernos sortear los obstáculos que nos iba poniendo.

Lo único que yo podía esperar era que su arrogancia se volviese en su contra, que tomara una mala decisión que lo pusiese a nuestro alcance, pero lo dudaba bastante. Se le daba demasiado bien este juego.

Y nosotros continuábamos. Renunciar no era una opción.

A media mañana, Esme envió un mensaje. «¿Puedes hablar?»

«¿Hay alguna posibilidad de que me oiga?», quiso saber Carlisle.

—Ojalá —suspiré.

Carlisle llamó a Esme y hablaron mientras corríamos. Ella no tenía noticias nuevas, simplemente estaba preocupada por nosotros. La pelirroja todavía estaba en la zona, pero no se acercaría a menos de ocho kilómetros de Esme o Rosalie. Rosalie había explorado un poco, y por lo visto la pelirroja había estado en el instituto por la noche y había pasado por la mayoría de los edificios públicos de la ciudad. No había vuelto a ir hacia el norte, hacia nuestra casa, y lo más lejos que había llegado hacia el sur era al aeródromo municipal, pero parecía estar escondiéndose en el este, quizá cerca de Seattle para tener más terreno donde cazar. Lo había intentado con la casa de Charlie una vez, pero no hasta que él no se había ido a trabajar. Esme nunca había

estado a más de unos metros de Charlie en todo este tiempo, lo cual era bastante impresionante, dado que él no tenía ni idea de que ella estaba allí.

No había nada nada más, ninguna pista. Ella y Carlisle se despidieron con dolorosos «te quiero», y volvimos a la monótona persecución. El rastreador se dirigió nuevamente al norte; estaba disfrutando demasiado como para tomar la huida fácil.

Era media tarde cuando llegamos a otro lago, esta vez en forma de media luna y más pequeño que los que solía utilizar para ralentizarnos. Sin tener que debatirlo, decidimos seguir nuestras rutas de búsqueda habituales. Rápidamente, Alice escribió «Em». Y nosotros retrocedimos hacia el sur.

Cuando volvimos a captar su olor, nos llevó a través de un pequeño pueblo escondido en un puerto de montaña. Era lo suficientemente grande como para que hubiera algo de tráfico en las calles más estrechas. Tuvimos que reducir la velocidad... y yo lo odiaba, aunque sabía que no importaba. Estábamos demasiado rezagados como para que nuestra velocidad influyera en algo. Pero me tranquilizó pensar que probablemente él también tendría que moverse a velocidad humana. Me pregunté por qué se tomaría esa molestia. Tal vez tenía sed. No me cabía duda de que él era muy consciente de que tenía tiempo de sobra para pararse a cazar.

Nos lanzábamos de un edificio a otro, confiando en mis sentidos para saber si alguien nos estaba mirando, y corriendo cuando podíamos. Obviamente, no estábamos lo suficientemente abrigados para el clima de la zona —y si alguien nos miraba de cerca, vería que también estábamos empapados—, así que traté de evitar los sitios donde pudiésemos llamar demasiado la atención de los humanos.

Llegamos a las afueras del pueblo sin descubrir ningún cadáver reciente, así que no debía de haber acudido allí para calmar su sed. Entonces ¿qué estaba buscando?

De nuevo al sur.

Seguimos su rastro hasta un cobertizo grande e irregular en medio de un campo abierto lleno de zarzas espinosas aún desnudas por el invierno. Las amplias puertas del cobertizo estaban abiertas de par en par. El interior estaba prácticamente vacío: tan solo algunos trastos mecánicos y montones de chatarra apilados contra las paredes. El rastro conducía al interior y parecía estar más repartido por todo el suelo del cobertizo, como si James hubiese permanecido ahí un rato. Solo se me ocurría un motivo, y busqué el aroma de la sangre. Nada. Todo lo que alcanzaba a oler eran los gases de un tubo de escape... Gasolina...

Casi sentí náuseas al darme cuenta de lo que no había visto al principio. Maldiciendo en voz baja, salí del cobertizo y salté sobre las altas zarzas. Emmett y Carlisle me siguieron, por fin en alerta máxima después de tantas horas de fracaso.

Y allí, al otro lado, había una larga línea de tierra aplanada, lo más lisa posible, de unos sesenta metros de ancho y que se extendía al menos un kilómetro y medio al oeste.

Era una pista de aterrizaje privada.

Maldije de nuevo.

Había estado demasiado centrado en la posibilidad de que escapase por el agua. También existía una manera de fugarse por aire.

El avión tendría que ser pequeño y lento, no mucho más rápido que un coche. No podría ir a más de doscientos cincuenta por hora, si estaba en buenas condiciones. Aquel hangar pequeño y descuidado me indujo a pensar que probablemente no lo estaba. Tendría que detenerse a repostar con frecuencia si pretendía llegar lejos.

Pero podría ir en cualquier dirección, y no teníamos manera alguna de seguirlo.

Miré a Carlisle, y sus ojos estaban tan decepcionados y desesperados como los míos.

¿Regresará a Forks para tratar de seguir el rastro de Bella?

Yo fruncí el ceño.

—Tendría sentido, pero sería demasiado obvio. No es precisamente su estilo.

¿Adónde más podemos ir?

Suspiré.

¿Debería?

Asentí.

—Lámala.

Pulsó el botón de rellamada. Sonó solo una vez.

—¿Alice?

—Carlisle. —La oía respirar.

Me acerqué más, nervioso, aunque ya podía oírla perfectamente.

—¿Estás en un lugar seguro? —preguntó.

—Sí.

—Lo perdimos a unos doscientos setenta kilómetros al noreste de Vancouver. Ha cogido una avioneta. No tenemos ni idea de adónde se dirige.

—Acabo de verlo —dijo Alice inmediatamente; no sonaba en absoluto sorprendida por nuestro fracaso—. Se dirige a una habitación en alguna parte, no tengo ni idea de la localización, pero era un sitio raro. Había espejos de suelo a techo, y una especie de banda dorada que cruzaba la habitación a media altura, como una moldura guardasillas. Estaba prácticamente vacía, salvo por una esquina con un antiguo equipo de vídeo. Había otra habitación, también, una habitación oscura, pero lo único que he podido ver es que él estaba viendo unas cintas de VHS. No tengo ni idea de lo que significa eso. Pero sea lo que sea lo que le ha hecho tomar ese avión, seguramente le va a conducir a esas habitaciones.

Esa información no nos ayudaba demasiado. Por lo que sabíamos, el rastreador podría estar planeando tomarse un descanso. Quizá quería hacernos esperar, ponernos nerviosos. Aumentar la ansiedad. Parecía cuadrar con su personalidad. Me lo imaginé en una casa vacía en un lugar aleatorio, viendo películas antiguas mientras nosotros enloquecíamos esperando a que regresara. Esto era precisamente lo que habíamos querido evitar.

Lo bueno era que Alice ahora lo veía a él independientemente de nosotros. Solo me quedaba desear que, a medida que se fuese familiarizando con él, lo pudiese ver cada vez con más claridad. Me pregunté si en aquellas habitaciones que describía existía algo significativo que estuviese relacionado con nosotros. A lo mejor quería decir que finalmente lo atraparíamos en uno de esos lugares. Si Alice pudiese ver mejor los alrededores, había una posibilidad. La idea me reconfortó.

Puse la mano para que Carlisle me pasara el teléfono.

—¿Puedo hablar con Bella, por favor?

—Sí. —Se alejó del auricular—. ¿Bella?

Pude oír los pasos de Bella corriendo a trompicones por la habitación y, si no hubiese estado tan abatido, habría sonreído.

—¿Diga? —preguntó casi sin aliento.

—Bella. —El alivio se apoderó de mi voz. Nuestra breve separación ya se había cobrado un precio.

—¡Oh, Edward! —suspiró—. Estaba muy preocupada.

Por supuesto.

—Bella, te dije que no te preocuparas por nadie que no fueras tú misma.

—¿Dónde estás?

—En los alrededores de Vancouver. Lo siento, Bella, pero lo hemos perdido. —No quería decirle cómo había jugado con nosotros. La pondría nerviosa que se hubiese salido con la suya tan fácilmente. A mí me ponía

nervioso, desde luego—. Parecía sospechar de nosotros y ha tenido la precaución de permanecer lo bastante lejos para que no pudiera leerle el pensamiento. Se ha ido, parece que ha tomado un avión. Creemos que ha vuelto a Forks para empezar de nuevo la búsqueda. —Bueno, no teníamos más teorías de todas formas.

—Lo sé. Alice vio que se había escapado —dijo manteniendo la compostura.

—Pero no tienes de qué preocuparte —le aseguré, aunque no parecía preocupada—. No podrá encontrar nada que le lleve hasta ti. Solo tienes que permanecer ahí y esperar hasta que lo encontremos otra vez.

—Estaré bien. ¿Está Esme con Charlie?

—Sí, la mujer ha estado en la ciudad. Entró en la casa mientras Charlie estaba en el trabajo. No temas, no se le ha acercado. Está a salvo, vigilado por Esme y Rosalie.

—¿Qué hace ella ahora?

—Probablemente intenta conseguir pistas. Ha merodeado por la ciudad durante toda la noche. Rosalie la ha seguido hasta las cercanías del aeropuerto... —El aeródromo al sur de la ciudad. Quizá no estábamos tan equivocados acerca de las intenciones de James después de todo. Seguí antes de que Bella notara mi distracción—: Por todas las carreteras alrededor de la ciudad, en el instituto... Está rebuscando por todos lados, Bella, pero no va a encontrar nada.

—¿Estás seguro de que Charlie está a salvo? —me preguntó.

—Sí, Esme no le pierde de vista; y nosotros volveremos pronto. —Nos íbamos para allá ahora mismo—. Si el rastreador se acerca a Forks, lo atraparemos.

Empecé a moverme a zancadas hacia el sur. Carlisle y Emmett me siguieron enseguida.

—Te echo de menos —susurró.

—Ya lo sé, Bella. Créeme que lo sé. —No me podía creer lo pequeño que me sentía al estar lejos de ella—. Es como si te hubieras llevado una mitad de mí contigo.

—Ven y recupérala, entonces —me retó.

—Pronto, en cuanto pueda, pero antes me aseguraré de que estás a salvo —le prometí.

—Te quiero —respiró.

—¿Me crees si te digo que, a pesar del trago que te estoy haciendo pasar, también te quiero?

—Desde luego que sí, claro que te creo. —Sonaba como si estuviese sonriendo al decirlo.

—Me reuniré contigo enseguida.

—Te esperaré —prometió.

Cómo me dolió colgar, desconectarme de ella otra vez. Pero ahora tenía prisa. Le tendí el teléfono a Carlisle sin mirar y pasé de las zancadas a la carrera. Dependiendo de cuánto le costase al rastreador encontrar gasolina, era posible que llegáramos antes que él a Forks, si es que era allí adonde se dirigía.

Carlisle y Emmett se esforzaban por seguirme el paso.

En tres horas y media ya habíamos vuelto a Forks, cogiendo el camino más rápido directamente a través del mar de los Salish. Fuimos derechos a casa de Charlie, donde Esme y Rosalie esperaban haciendo guardia: Esme en la parte trasera de la casa y Rosalie en el árbol del jardín delantero. Emmett fue corriendo hacia ella mientras Carlisle y yo nos reuníamos con Esme.

Ahora que yo estaba aquí para poder oírlos, Rosalie llenaba su cabeza de pensamientos amargos acerca de lo egoísta que había sido por mi parte poner la vida de todos en peligro. No le presté atención.

La casa de Bella estaba ominosamente silenciosa, aunque había algunas luces encendidas en el piso de abajo. Me di cuenta de lo que faltaba: el sonido de un partido en la televisión del salón. Encontré la mente de Charlie en su lugar habitual, sentado en el sofá, mirando la televisión apagada. Sus pensamientos estaban totalmente en silencio, como si se hubiese quedado paralizado. Me estremecí, agradecido de que Bella no tuviera que ver esto.

Solo tardamos unos segundos en decidirnos y luego nos dispersamos. Carlisle se quedó con Esme, y yo me sentí mucho mejor sabiendo que él estaba allí con ella. Emmett y Rosalie hicieron una búsqueda por el centro del pueblo y luego indagaron en la zona de los alrededores del aeródromo, prestando atención por si veían algún avión de hélice abandonado.

Yo corrí hacia el este, siguiendo el rastro de la pelirroja. No me importaría acorralarla. Pero su olor solo conducía hasta el estrecho de Puget. No parecía estar dispuesta a correr ningún riesgo.

Rastreé el familiar Parque Olympic al volver a casa de Charlie, solo por ver si la pelirroja había estado en algún lugar interesante, pero parecía haber ido directamente al estrecho. No era el tipo de persona que se arriesgaría a una confrontación cara a cara.

En casa de Bella, relevé de la guardia a Esme y Carlisle mientras ellos exploraban el norte para ver si la pelirroja había salido del agua cerca de Port Angeles y estaba intentando llegar a Charlie desde otro lado. Lo dudé, pero no teníamos nada mejor que hacer. Si el rastreador no volvía a Forks —lo que parecía evidente llegados a este punto— y la pelirroja había ido a su encuentro, entonces tendríamos que reagruparnos e idear un nuevo plan. Esperaba que alguien tuviese alguna idea, porque yo tenía la mente en blanco.

Eran casi las dos y media de la mañana cuando mi teléfono vibró suavemente. Cogí la llamada sin mirar, suponiendo que sería Carlisle informándome.

La voz de Alice sonó en el teléfono, trinando por la urgencia.

—Viene para aquí, viene a Phoenix, si no es que está aquí ya. Vi la segunda habitación otra vez y Bella reconoció el boceto. Es la casa de su madre, Edward. Viene a por Renée. No puede saber que estamos aquí, pero no me gusta que Bella esté tan cerca de él. Es demasiado escurridizo, y no puedo verlo muy bien. Tenemos que sacarla de aquí, pero alguien tiene que encontrar a Renée. ¡No vamos a llegar a todo, Edward!

Me sentí mareado, aturdido, aunque sabía que solo era una ilusión. No me pasaba nada ni en el cuerpo ni en la mente. Pero el rastreador había logrado eludirme una vez más, evadiéndome, siempre en mi punto ciego. Ya fuera deliberadamente o por casualidad, él estaba a punto de encontrarse en el mismo lugar en el que estaba Bella, mientras yo me hallaba a dos mil cuatrocientos kilómetros de ella.

—¿Cuánto queda para que llegue? —siseé—. ¿Puedes precisarlo?

—No del todo, pero sé que pronto. En unas horas nada más.

¿Estaba volando directamente hasta allí? ¿Nos había estado alejando de ella a propósito?

—¿Ninguno os habéis acercado a casa de Renée?

—No. No hemos puesto un pie fuera del hotel. Ni estamos cerca de la casa.

Estaba demasiado lejos como para que correr hasta allí fuese una opción eficaz. Teníamos que coger un avión. Y un avión grande era la forma más rápida.

—El primer vuelo a Phoenix sale de Seattle a las 6.40 —me dijo Alice, adelantándose—. Tendréis que cubriros bien. El sol que hace aquí es ridículo.

—Dejaremos a Esme y Rosalie aquí otra vez. La pelirroja no se acercará a ellas. Ten preparada a Bella. Seguiremos formando los mismos grupos.

Emmett, Carlisle y yo nos la llevaremos lejos, a cualquier sitio, hasta que decidamos cuál es el siguiente paso. Tú encuentra a su madre.

—Estaremos allí cuando aterricéis.

Alice colgó.

Empecé a correr, marcando el teléfono de Carlisle mientras corría hacia Seattle. Tendrían que alcanzarme.

25. La carrera

†ncluso cuando las ruedas del avión tocaron la pista, mi impaciencia se negó a menguar. Me recordé a mí mismo que seguramente ahora Bella estaba a menos de un kilómetro de distancia y que no pasarían muchos minutos antes de que pudiera volver a ver su rostro, pero eso no hizo sino aumentar mis ganas de sacar la puerta de emergencia de sus bisagras y correr hacia la terminal, en lugar de esperar a que acabara aquel rodaje interminable. A pesar de mi inmovilidad, Carlisle podía sentir mi nerviosismo, y me dio un ligero golpe en el codo para recordarme que debía moverme.

Aunque la persiana de nuestra fila estaba bajada, había un exceso de luz solar directa en el avión. Tenía los brazos cruzados de manera que mis manos quedaran ocultas, y me había calado hasta las cejas la capucha de la sudadera que había comprado en el aeropuerto para mantener mi rostro a la sombra. A los otros pasajeros debíamos de parecerles ridículos —sobre todo Emmett, que sobresalía de su sudadera absurdamente pequeña—, como si nos creyéramos un grupito de famosos escondidos detrás de las capuchas y las gafas de sol. O, más probablemente, pensarían que éramos una panda de pueblerinos del norte que carecían de un marco de referencia para las temperaturas primaverales del suroeste. Pillé a un hombre pensando que nos quitaríamos todos las sudaderas antes de llegar al final del *finger*.

Durante el vuelo, el avión me había parecido insoportablemente lento; y este rodaje directamente me estaba matando.

Solo debía aguantar un poco más, me dije. Bella estaría allí cuando todo esto hubiese terminado. La llevaría lejos de aquí, y nos esconderíamos juntos mientras intentábamos hallar la solución. La idea me apaciguó ligeramente.

En realidad, el avión tardó muy poco tiempo en encontrar la puerta de desembarque asignada, ya abierta y preparada. Había un millón de causas posibles de retraso y a nosotros no nos había tocado ninguna. Debería haber estado agradecido.

Tuvimos incluso la suerte de que nos tocara una puerta en el lado norte del aeropuerto, que quedaba a la sombra de la terminal a esas horas de la mañana. Eso facilitaría que nos moviésemos más rápido.

Los dedos de Carlisle se apoyaron ligeramente en mi codo mientras la tripulación realizaba sus últimos controles. Fuera del avión, oía cómo colocaban el *finger* en su lugar y cómo llamaban a la puerta del fuselaje para indicar que ya estaba todo listo. La tripulación ignoró los golpes; los dos auxiliares de delante estaban mirando juntos una lista de pasajeros.

Carlisle me volvió a dar un golpecito y yo fingí respirar.

Por fin, el auxiliar se acercó a la puerta y tironeó de ella para abrirla. Quise ayudarlo desesperadamente, pero las puntas de los dedos de Carlisle en mi brazo me mantenían centrado.

La puerta del avión se abrió con un siseo y el aire caliente del exterior se mezcló con el aire viciado del interior de la cabina. Como un idiota, traté de encontrar alguna traza del aroma de Bella, aunque sabía que aún estaba demasiado lejos. Estaría dentro de la terminal climatizada, pasado el control de seguridad, y habría llegado hasta allí desde algún aparcamiento lejano, de modo que me sería imposible dar con su rastro. Paciencia.

La luz de los cinturones de seguridad se apagó con un pequeño ding, y los tres nos pusimos en marcha. Sorteamos a los humanos con facilidad y llegamos a la puerta tan rápido que el auxiliar retrocedió por la sorpresa. El gesto lo apartó de nuestro camino, y nosotros lo aprovechamos.

Carlisle me tiró de la sudadera, y dejé que me adelantara de mala gana. Si él marcaba el ritmo, la diferencia sería de tan solo unos segundos, y no había duda de que Carlisle sería mucho más prudente que yo. Sin importar lo que hiciera el rastreador, nosotros teníamos que seguir las normas.

Había memorizado la disposición de la terminal en el panfleto de a bordo, y nos habían dejado en la zona más cercana a la salida. Más buena suerte. Por supuesto, no podía oír la mente de Bella, pero debería ser capaz de encontrar a Alice y Jasper. Estarían con el resto de las familias esperando para recibir a los pasajeros, solo un poco más adelante, a la derecha.

Empecé a avanzar por delante de Carlisle otra vez, ansioso por ver a Bella al fin.

Las mentes de Alice y Jasper destacarían de las de los humanos como focos rodeados de fogatas. Podría oírlos en cualquier...

Entonces me llegó el caos y la agonía de la mente de Alice, como un torbellino estallando súbitamente en medio de un mar en calma, hundiéndome con él.

Me tambaleé hasta quedarme quieto, paralizado. No oí lo que decía Carlisle, y mucho menos sentí sus intentos por tirar de mí hacia delante. Apenas era consciente de que Carlisle había reparado en la presencia de un agente de seguridad humano que nos miraba con desconfianza.

—Que no, que tengo tu teléfono aquí —decía Emmett demasiado alto, proporcionándonos una excusa para justificar mi comportamiento.

Me agarró del codo y empezó a moverme hacia delante. Me costó encontrar mi propio paso mientras él cargaba conmigo a medias, pero yo casi no sentía el suelo bajo mis pies. Los cuerpos que me rodeaban me parecían transparentes. Lo único que veía con claridad eran los recuerdos de Alice.

Bella, pálida y retraída, temblando de los nervios. Bella, desesperada, alejándose con Jasper.

Un recuerdo de una visión: Jasper corriendo de nuevo junto a Alice, inquieto.

Alice no esperaba a que él llegara hasta ella. Seguía su aroma hasta donde él aguardaba, fuera de un baño de mujeres, con la cara llena de preocupación.

Alice siguiendo el olor de Bella, descubriendo la segunda salida, yendo a una velocidad que llamaba demasiado la atención. Los pasillos llenos de gente, el ascensor atestado, las puertas automáticas que se abrían al exterior. Una zona repleta de taxis y autobuses.

Fin del rastro.

Bella había desaparecido.

Emmett me empujó hacia el inmenso espacio parecido a un atrio en el que Alice y Jasper esperaban tensos a la sombra de un pilar gigantesco. El sol caía directamente sobre nosotros a través de un techo de cristal, y la mano de Emmett sobre mi cuello me obligó a agachar la cabeza para mantener oculto mi rostro.

Alice podía ver a Bella a unos segundos por delante del presente, en un taxi, circulando a toda velocidad por una autopista bajo la brillante luz del sol. Los ojos de Bella estaban cerrados.

Y solo unos minutos después: una habitación llena de espejos, con rutilantes tubos fluorescentes en el techo y una tarima de largos listones de pino cubriendo el suelo.

El rastreador, esperando.

Luego sangre. Mucha sangre.

—¿Por qué no has ido tras ella? —le dije entre dientes.

Nosotros dos no éramos suficiente. Ella moría.

Tuve que obligarme a mí mismo a seguir andando a pesar del dolor que luchaba por paralizarme de nuevo.

—¿Qué ha pasado, Alice? —oí preguntar a Carlisle.

Los cinco nos estábamos moviendo en una formación intimidatoria hacia el parking en el que habían dejado el coche. Afortunadamente, el techo de cristal había dado paso a una arquitectura más sencilla, y ahora estábamos a salvo del sol. Avanzábamos más rápido que cualquier grupo humano, incluso más rápido que los que iban con retraso y perdían las conexiones, pero a mí me enervaba esta velocidad. Íbamos demasiado despacio. ¿Qué sentido tenía seguir disimulando? ¿Qué importaba?

Quédate con nosotros, Edward, me avisó Alice. *Nos vas a necesitar a todos.*

En su mente: sangre.

Para responder a la pregunta de Carlisle, le puso un trozo de papel en la mano. Estaba doblado en tres partes. Carlisle lo miró y retrocedió.

Lo vi todo en su cabeza.

La letra de Bella. Una explicación. Un rehén. Una disculpa. Una súplica.

Me pasó la nota y yo la arrugué y me la metí en el bolsillo.

—¿Y su madre? —gruñí suavemente.

—No la he visto. No estará en la habitación. Igual él ya...

Alice no terminó.

Recordó la voz de la madre de Bella al teléfono, el pánico que la impregnaba.

Bella se había ido a la otra habitación para calmar a su madre. Y luego la visión había alcanzado a Alice. No había atado los cabos. No lo había visto.

Alice estaba inmersa en una espiral de culpa. Le hablé entre dientes, en voz baja y firme:

—No tenemos tiempo para eso, Alice.

Carlisle, murmurando de manera casi inaudible, le iba dando la información pertinente a Emmett, que había empezado a impacientarse. Pude oír su horror según iba comprendiéndolo, su sensación de haber fracasado. No era nada comparada con la mía.

Pero ahora no me podía permitir sentir eso. Alice veía una oportunidad ínfima. Quizá era imposible. Era totalmente imposible que pudiésemos llegar adonde estaba Bella antes de que empezara a correr su sangre. Una parte de mí sabía lo que esto significaba: habría un lapso de tiempo entre el momento en que el rastreador la encontrara y el momento de su muerte. Un gran lapso. No me permití a mí mismo siquiera entender lo que implicaba.

Tenía que ser lo suficientemente rápido.

—¿Sabemos adónde vamos?

Alice me enseñó un mapa en su cabeza. Percibí el alivio que sentía ella por haber logrado la información más importante de todas a tiempo. Después de su primera visión, pero antes de la llamada de la madre de Bella, Bella le había dado a Alice la dirección de las calles cercanas al lugar donde el rastreador había elegido esperar. Estaba a unos treinta kilómetros, y hasta allí prácticamente todo el camino era autopista. Solo tardaríamos unos minutos.

Bella no tenía tanto tiempo.

Atravesamos la zona de recogida de equipajes y el área de los ascensores. Había varios grupos con carritos llenos de maletas esperando a que se abrieran las siguientes puertas. Nos movimos en sincronía hacia el hueco de las escaleras. Estaba vacío. Volamos hacia arriba y en menos de un segundo llegamos al aparcamiento. Jasper se dirigía al sitio en el que habían dejado el coche cuando Alice lo cogió del brazo.

—No importa qué coche cojamos, porque la policía va a buscar a los propietarios.

En su mente, la brillante autopista relucía, se difuminaba por la velocidad. Luces azules y rojas girando, un control de carretera, una especie de accidente... No estaba del todo claro.

Se quedaron todos helados, sin saber muy bien qué significaba aquello.

No había tiempo.

Recorrí la fila de coches a toda velocidad mientras los demás se recuperaban y me seguían a un paso más sensato. No había mucha gente en el parking, así que nadie podía verme con claridad.

Oí cómo Alice le ordenaba a Carlisle que sacara su bolsa del maletero del Mercedes. Carlisle llevaba siempre un botiquín en todos los coches que conducía por si surgía alguna urgencia. No me permití pensar en ello.

No había tiempo para encontrar el coche perfecto. La mayoría de los que había aquí eran todoterrenos gigantescos o sedanes, pero había pocas opciones más rápidas que otras. Estaba dudando entre un Ford Mustang nuevo y un Nissan 350Z, esperando a que Alice viese cuál cumpliría mejor con su cometido, cuando la nota de un olor inesperado llamó mi atención.

En cuanto olí el óxido nitroso, Alice vio lo que yo estaba buscando.

Me dirigí al fondo del parking, justo al límite de la invasora luz solar, donde alguien había aparcado su Subaru WRX STI tuneado lejos de los ascensores con la esperanza de que nadie estacionara a su lado y le hiciera un arañazo en la carrocería.

La pintura era espantosa: burbujas naranja fosforito del tamaño de mi cabeza que emergían de lo que parecía ser lava de color púrpura oscuro. No había visto un coche tan llamativo en cien años.

Pero, obviamente, lo mantenían bien cuidado; era el niño bonito de alguien. No le sobraba nada. Todo en él estaba diseñado para correr, desde el difusor al inmenso alerón customizado. Las ventanas estaban tan tintadas que dudé que fueran legales incluso en esta tierra de sol.

La visión de Alice del camino a recorrer era mucho más clara ahora.

Ya estaba a mi lado, con la antena arrancada de otro coche en la mano. La aplastó con los dedos y le dio forma de gancho al extremo. Forzó la cerradura antes de que Jasper, Emmett y Carlisle, con su maletín médico negro en la mano, nos alcanzaran.

Me puse al volante. Arranqué la carcasa de la columna de dirección y junté los cables de encendido. Junto a la caja de cambios había una segunda palanca coronada por dos botones rojos en los que se leía «Vamos 1» y «Vamos 2». Aprecié la dedicación que el conductor le ponía a las mejoras, por no hablar de su sentido del humor. Deseé que los cartuchos de óxido nitroso estuviesen llenos. El tanque de gasolina estaba en tres cuartos; más que suficiente. Los otros subieron al coche. Carlisle en el asiento del copiloto y el resto detrás. El motor rugió con todas sus ganas cuando dimos marcha atrás. Nadie me bloqueaba el camino. Atravesamos la longitud total del gigantesco parking hacia la salida. Le di al botón de la calefacción en el salpicadero. El calor conseguiría convertir el óxido nitroso en líquido en un momento.

—Alice, avísame con treinta segundos de antelación.

Sí.

La bajada era como un fino sacacorchos que descendía en espiral cuatro pisos. A mitad de camino, me topé con la parte trasera de un Escalade que también se dirigía a la salida, tal y como Alice había visto que ocurriría. El carril era tan estrecho que no me quedó otro remedio que pegarme a su guardabarros e intentar asustar al otro conductor pitando a todo volumen. Alice vio que aquello no serviría para nada, pero no lo pude evitar.

Dejamos atrás la última curva y llegamos a una amplia zona de pago iluminada por el sol. Dos de los seis carriles estaban vacíos, y el Escalade se dirigió al más cercano. Yo ya estaba en el último puesto.

Una barrera fina de rayas rojas y blancas atravesaba el carril. Antes de que pudiese siquiera pensar en embestirla, Alice me estaba gritando en su cabeza:

¡Si nos empieza a perseguir la policía ahora, no lo lograremos!

Mis manos agarraban con demasiada fuerza el volante naranja neón. Me obligué a relajar los dedos mientras me detenía junto al cajero automático. Carlisle cogió el tique guardado detrás del parasol —como era de esperar— y me lo tendió.

Alice se lo arrancó de la mano. Podía ver que había tantas posibilidades de que atravesara de un puñetazo el lector de tarjetas como de que esperara pacientemente a que la máquina funcionara. Avancé otros sesenta centímetros hacia delante para que Jasper pudiera bajar la ventanilla y pagar con una de las tarjetas sin nombre que utilizábamos para mantenernos en el anonimato.

Se había estirado la manga oscura hasta la punta de los dedos. Hubo un brillo tenue cuando sacó la mano por la ventanilla para meter el tique en la ranura.

Me concentré en la barrera de rayas. Era como la bandera a cuadros. Tan pronto como se levantara, empezaría la carrera.

El lector de tarjetas emitió un zumbido. Jasper apretó un botón.

La barrera se levantó y pisé el acelerador.

Conocía el camino. Alice había visto cuánto medía y todo lo que nos encontraríamos durante el trayecto. Era mediodía y el tráfico no era horroroso. Podía ver los huecos en los patrones de movilidad.

Tardé doce segundos en llegar a la sexta marcha. No pensaba volver a reducir.

La primera sección de la autopista estaba casi vacía, pero nos aproximábamos a una intersección. No había tiempo suficiente de usar un cartucho entero de NOS. Me desvié hacia el carril izquierdo para evitar los coches que se incorporaban.

Tenía que reconocerle una cosa a Arizona: aunque el sol fuese ridículo, sus autopistas eran excepcionales. Seis carriles anchos y lisos, con arcnos tan amplios a cada lado que podrían haber sido ocho fácilmente. Utilicé el arcén izquierdo para adelantar a dos *pickups* que pensaban que les correspondía circular por el carril más rápido.

Todo era plano, y los alrededores de la carretera estaban bañados por el sol; era un paisaje abierto de par en par, sin ningún sitio donde esconderse de la luz; el cielo era una enorme cúpula azul pálido que parecía casi blanca en aquel calor deslumbrante. Todo el valle estaba expuesto al sol como comida sobre una parrilla. Unos cuantos árboles dispersos —tan finos como ramas y a duras penas aferrándose a la vida— eran los únicos elementos que salpicaban las monótonas extensiones de grava. No podía ver la belleza que Bella veía aquí. No tenía tiempo para intentarlo.

Iba a ciento noventa. Probablemente le podría sacar otros cincuenta al STI, pero aún no quería presionarlo demasiado. No tenía forma de saber si habían tuneado el motor a etapa dos o tres; sería demasiado sensible, inestable. Lo único que podía hacer era vigilar la presión y la temperatura del aceite y escuchar con atención el gruñido del motor trabajando a fondo.

Estábamos llegando al enorme paso elevado en forma de arco que nos llevaría a la autopista hacia el norte, y solo tenía un carril. Con un arcén derecho muy ancho.

Crucé los seis carriles para salir. Algunos coches maniobraron bruscamente por la sorpresa, pero, para cuando reaccionaron, yo ya los había dejado muy atrás.

Alice vio que el arcén no era lo suficientemente ancho.

—Em, Jazz, me voy a quedar sin los espejos laterales —gruñí—. Me tendréis que indicar vosotros.

Ambos se giraron en sus asientos para mirar la carretera a la izquierda, derecha y atrás. La vista en sus mentes me aportaba un alcance mucho más amplio que los espejos.

Pasaba volando junto al tráfico más lento, incapaz de mantener la velocidad por encima de ciento sesenta. Apreté los dientes y me agarré con fuerza al volante mientras me pegaba a la enorme furgoneta que circulaba pisando la línea del carril derecho. Con un chirrido de metal, el espejo izquierdo se rasgó contra el costado de la furgoneta, y el derecho explotó contra la barrera de cemento.

Bella estaba corriendo por una acera ardiente, tropezando. O lo haría pronto.

—Solo el camino, Alice —escupí entre dientes.

Lo siento. Lo estoy intentando.

Su pánico se dispersaba por sus pensamientos. Bella estaba corriendo hacia un aparcamiento. O lo haría pronto.

—¡Para!

Cerró los ojos e intentó no ver nada más que la carretera que tenía por delante.

Yo sabía esas imágenes tenían el poder de paralizarme y volverme inservible. Las saqué de mi mente.

Hacerlo no fue tan difícil como esperaba.

Todo se reducía a la carretera. Podía verla en trescientos sesenta grados y treinta segundos en el futuro. Cuando me incorporé a la autopista en dirección norte y volví a cruzar los carriles hasta el arcén izquierdo, ahora a doscientos

kilómetros por hora, sentí que todas nuestras mentes estaban unidas en un único organismo perfectamente concentrado, mayor que la suma de sus partes. Vi los patrones de tráfico que se aproximaban, cambiando y solidificándose, y encontré el camino correcto a través de cada obstáculo.

Volamos tan rápido a través de la sombra de dos pasos elevados separados que el destello de oscuridad pareció un efecto estroboscópico.

Doscientos treinta.

Quince segundos por delante de mí, se abrió una burbuja perfecta de espacio. Me desvié al carril central y quité la tapa de seguridad transparente del brillante botón rojo «Vamos 1».

El momento era perfecto. En el instante preciso en que tuve el camino despejado, apreté el botón, se accionó el NOS, y el coche salió disparado hacia delante como si hubiera sido lanzado por un cañón.

Doscientos cincuenta.

Doscientos setenta.

Bella estaba abriendo una puerta de vidrio en una habitación oscura y vacía. O lo haría pronto.

Alice volvió a concentrarse, también sorprendida por lo sencillo que le resultaba hacerlo. Sus pensamientos fueron hacia Jasper, y lo entendí.

Como hombre de paz, Jasper lo pasaba mal. Pero como hombre de guerra, era mucho mejor de lo que yo jamás hubiese imaginado.

Ahora todos compartíamos su manera de encarar la batalla, algo que había usado para mantener a raya a sus neófitos durante sus años de guerra. Su técnica encajaba perfectamente en esta situación tan distinta, convirtiéndonos en una máquina hiperfuncional. Lo acepté sin problema, y dejé que mi mente guiara nuestro ataque.

El impulso del NOS ya estaba disminuyendo.

Doscientos cuarenta.

Busqué la siguiente oportunidad.

Están poniendo el primer control de velocidad, señaló Alice. A ninguno nos preocupó. Lo estaban armando demasiado cerca como para interceptarnos. Lo habríamos dejado atrás antes de que pudiesen ponerlo en marcha.

Y el segundo. Me enseñó el sitio en el mapa de su cabeza. Lo suficientemente lejos como para que fuese un problema, incluso con la nueva oportunidad que se nos presentaría en solo cuatro segundos.

Pensé en las opciones que tenía mientras Alice me mostraba las consecuencias. No había tiempo: no tendríamos más remedio que cambiar de

coche.

Absorto, levanté la carcasa de seguridad y pulsé el «Vamos 2». El STI obedeció y salió disparado hacia delante.

Doscientos setenta.

Doscientos noventa.

Alice me iba enseñando los coches disponibles que tendríamos mientras yo filtraba las opciones.

El Corvette sería demasiado estrecho, y nuestro peso combinado sería un factor más relevante para él de lo que era para este corredor tuneado. Dibujé una línea mental por algunos de los otros coches. Y entonces Alice la vio: una BMW S1000 RR, negro brillante. Velocidad máxima: trescientos cinco.

Edward, es imposible.

La imagen de mí mismo a horcajadas sobre la elegante motocicleta negra me atraía tanto que ignoré a Alice un segundo.

Edward, nos vas a necesitar a todos.

De repente, sus pensamientos se llenaron de caos y sangre, de gritos humanos e inhumanos, de sonido de metal triturado. Carlisle estaba en el centro, con las manos teñidas de rojo brillante.

Jasper impidió que me saliera del camino. Su control sobre mis emociones fue tan fuerte en aquel segundo que lo sentí como un puño apretado alrededor de mi garganta.

Entre los dos obligamos a mi mente a regresar a los carriles que tenía por delante. Ya solo quedaba la parte más corta del viaje; el coche no importaba mucho. Alice veía sedanes, monovolúmenes y todoterrenos.

Ahí estaba. Un Porsche Cayenne Turbo completamente nuevo, tan nuevo que aún no estaba matriculado —velocidad máxima: trescientos—, aunque sí había sido adornado con lo que parecía ser una familia de monigotes en la ventana trasera. Dos hijas y tres perros.

Pero una familia nos ralentizaría. Alice utilizó mi decisión de coger este coche y miró en el futuro para ver lo que implicaba. Afortunadamente, dentro solo estaba el conductor. Una mujer de treinta y tantos años con una cola de caballo marrón oscura.

Alice ya no podía ver a Bella en la acera. Esa parte ya había pasado. Igual que la parte del aparcamiento. Bella estaba dentro con el rastreador.

Dejé que Jasper me mantuviera centrado.

—Vamos a cambiar de coche en el próximo paso elevado —les advertí.

Alice nos asignó los roles con una voz tronante, y sus palabras fluyeron más rápido que el aleteo de un colibrí.

Carlisle rebuscó en el maletín.

Emmett se flexionó inconscientemente.

Adelanté al todoterreno blanco, y odié tener que reducir la velocidad para ponerme a su altura. Cada segundo que perdía, Bella lo pagaría con dolor. Contra todos mis deseos, reduje a cuarta.

La motocicleta BMW nos rebasó a toda velocidad, quedando fuera de nuestro alcance. Reprimí un suspiro.

El paso elevado estaba a ochocientos metros. Su sombra medía solo dieciséis metros de largo; ahora teníamos el sol prácticamente encima.

Empecé a pegarme al Cayenne, hacia la izquierda. Ella cambió de carril. La seguí rápidamente, luego me salté la línea entre los carriles para invadir el suyo. Ella comenzó a disminuir, y yo también.

Alice me ayudó a calcular los tiempos. Me situé un poco por delante del Cayenne y luego volví a girar a la izquierda, invadiendo su carril mientras desaceleraba bruscamente. La conductora pisó el freno.

Justo detrás de nosotros, el Corvette que antes había barajado como opción se desvió hacia otro carril, pitando como un loco al pasar. Todo aquel tráfico de amebas se echó hacia la derecha para evitarnos.

Nos detuvimos por completo en los últimos tres metros de sombra.

Salimos todos a la vez. Montones de rostros curiosos nos adelantaban por la derecha, volando a ciento diez kilómetros por hora.

La conductora del Cayenne también salió de su coche, con el ceño fruncido y la cola de caballo balanceándose con furia. Carlisle fue a su encuentro. Le costó un segundo reaccionar ante el hecho de que el hombre más guapo que había visto en su vida fuese el responsable de echarla de la carretera, y luego se desplomó sobre él. Probablemente ni siquiera había tenido tiempo de sentir el pinchazo de la aguja.

Carlisle posó cuidadosamente su cuerpo inconsciente en el pretil de cemento que había junto al arcén. Me acomodé en el asiento del conductor. Jasper y Alice ya estaban en la parte de atrás. Alice tenía la puerta abierta para Emmett, que estaba agachado junto al STI, con los ojos puestos en ella, esperando su orden. Alice buscó en el tráfico que se dirigía hacia nosotros para localizar el momento de menor daño potencial.

—Ahora —gritó.

Emmett arrojó el llamativo STI a los coches que se aproximaban.

Rodó hacia el segundo y tercer carril desde la derecha. Se sucedieron una serie de crujidos prolongados a medida que los coches, uno por uno, fueron frenando y acto seguido chocando con el vehículo que tenían delante. Los

airbags saltaban de los salpicaderos. Alice veía heridos, pero no muertos. La policía, que ya se acercaba a toda velocidad, estaba a solo unos cientos de metros.

Se desvanecieron los sonidos. Carlisle y Emmett ya estaban en sus asientos y yo volaba nuevamente hacia delante, desesperado por compensar los segundos que habíamos perdido aquí.

El rastreador se cernía sobre Bella. Sus dedos acariciaban la mejilla de ella. Estaba a solo unos segundos de distancia.

Doscientos sesenta y cinco.

En el lado contrario de la autopista, cuatro coches patrulla se dirigían al accidente que habíamos causado nosotros. No se fijaron en el todoterreno de la típica madre de familia que volaba en dirección norte.

Solo dos salidas más.

Doscientos noventa.

No notaba tensión alguna en el todoterreno, pero sabía que ahora el peligro no residía en que fallara el motor —aquel tanque alemán no se iba a quedar tirado así como así—, sino en la resistencia de los neumáticos. No habían sido fabricados para este tipo de velocidad. No podía arriesgarme a reventar ninguno, aunque me doliera casi físicamente levantar el pie del acelerador.

Doscientos cincuenta y cinco.

La salida estaba cada vez más próxima. Esquivé un tráiler a toda velocidad y giré a la derecha.

Alice me mostró la configuración. Una intersección atravesaba todo el paso elevado. En la parte superior de esta salida, un semáforo parpadeaba en ámbar. En un segundo, el lado oeste de la intersección tendría vía libre y dos carriles de vehículos cruzarían el centro de la carretera.

Rogándoles en silencio a los neumáticos que aguantaran un poco más, pisé el acelerador.

Doscientos setenta.

Cogimos la salida por el estrecho arcén izquierdo, circulando a centímetros de los coches parados en el semáforo.

Me precipité a la izquierda mientras pasaba por debajo del semáforo, que ahora estaba en rojo, y la parte trasera del todoterreno se deslizó un poco hacia la derecha con el giro, a punto de rozar la barrera de cemento en el lado norte del paso elevado.

Los coches que se dirigían a la rampa de acceso ya estaban a mitad de la intersección. Solo podía limitarme a mantener mi marcha estable.

Adelanté al Lexus que circulaba por delante pasando a tan solo unos milímetros de él.

Cactus Road resultó no ser tan conveniente como la autopista: solo tenía dos carriles con docenas de calles residenciales de por medio e incluso algunos accesos de entrada a garajes de casas particulares a los lados. Cuatro semáforos entre nosotros y la sala de espejos. Alice vio que nos saltaríamos dos de ellos en rojo.

Dejamos atrás una señal de límite de velocidad que indicaba sesenta y cinco kilómetros por hora.

Ciento noventa.

La carretera tenía una pequeña ventaja: una vía reversible limitada por brillantes líneas amarillas recorría casi toda su longitud, justo por el medio.

Bella estaba arrastrándose por los tablones de pino. El rastreador levantó el pie.

La mente de Alice se volvió a centrar, pero la mía no. Durante una décima de segundo, volvía a estar en mi Volvo, en Forks, pensando en cómo suicidarme.

Emmett nunca lo haría..., pero tal vez Jasper sí. Solo él podía sentir lo que yo sentía. Quizá incluso desearía acabar con mi vida, solo para escapar de ese dolor. Pero probablemente no lo haría. No querría lastimar a Alice. Así que eso limitaba mis opciones: solo me quedaba el largo viaje a Italia.

Jasper extendió la mano para tocar con sus dedos la parte posterior de mi cuello. Fue como si una inyección de novocaína arrasara con la angustia.

Avancé por el carril central sin ningún problema durante un kilómetro y medio, y volví a los carriles legales para pasar volando por debajo del primer semáforo en verde. La siguiente intersección apareció ante mí. La vía reversible se convertía en un carril de giro a la izquierda, con tres coches ya en fila y esperando. El carril para girar a la derecha estaba casi vacío. Conseguí esquivar una moto subiéndome a la acera un segundo, esforzándome al máximo por evitar que el todoterreno volcara.

Eché un vistazo al velocímetro: ciento treinta. Inaceptable.

Atravesé el semáforo del cruce en rojo —afortunadamente, algunos conductores me vieron venir y se detuvieron en medio de la intersección— y volví a la vía reversible.

Ciento sesenta.

La siguiente intersección era más grande que la anterior, más ancha y dos veces más congestionada.

—¡Alice, dame todas las posibilidades!

En su cabeza, los coches de la calle se congelaron. Los hizo girar en sentido contrario a las agujas del reloj y luego los volvió a girar. Los vi estirarse primero en vertical y luego en horizontal. El patrón era muy ajustado, pero había pequeños huecos. Los memoricé.

Ciento noventa.

Si golpeábamos a otro coche yendo a esta velocidad, ambos vehículos terminarían destrozados. No tendríamos más remedio que correr bajo la cegadora luz del sol y salir volando a por Bella. La gente vería... algo. Ninguno de los otros era tan rápido como yo. No sabía qué historia se contaría —extraterrestres, demonios o armas secretas del gobierno—, pero sabía que habría una historia que contar. Y entonces ¿qué? ¿Cómo salvaría a Bella cuando vinieran las autoridades inmortales a hacernos preguntas? No podía dejar que los Vulturis interfirieran, a no ser que fuera demasiado tarde.

Pero Bella estaba gritando.

Jasper aumentó mi dosis de novocaína. El entumecimiento empapó mi piel y me llegó al cerebro.

Apreté el pie contra el acelerador y giré hacia los carriles de tráfico que se aproximaban.

Había espacio de sobra para zigzaguear entre los otros coches. Todos iban tan despacio que me pareció estar esquivando objetos inmóviles.

Doscientos diez.

Serpenteé a través de los vehículos de la intersección, y me pasé al lado derecho de la carretera en cuanto estuvo despejado.

—Bien —siseó Emmett.

Doscientos veinticinco.

El último semáforo estaría en verde.

Pero Alice tenía otras ideas.

—Gira a la izquierda aquí —dijo, al tiempo que me mostraba una estrecha calle residencial detrás del área comercial donde se encontraba el estudio de baile. La calle estaba rodeada de altos eucaliptos, con sus temblorosas hojas más plateadas que verdes. Su sombra irregular casi bastaba para que pudiésemos movernos sin que nos viese nadie. No había gente en la calle. Hacía demasiado calor.

—Ahora reduce la velocidad.

—No hay...

¡Si él nos oye, ella muere!

Llevé el pie al freno de mala gana y empecé a disminuir la velocidad. El ángulo para girar era muy cerrado, tanto que el todoterreno habría volcado si

no hubiese reducido. Tomé la curva a solo noventa y cinco.

Más despacio.

Apreté la mandíbula mientras frenaba a sesenta y cinco.

—Jasper. —Alice siseaba a toda velocidad, pronunciando las palabras casi en silencio a pesar de su nerviosismo—. Ataja dando la vuelta al edificio y entra por delante. El resto de nosotros iremos por la parte de atrás. Carlisle, prepárate.

Sangre en todos los espejos rotos, sobre el suelo de madera.

Aparqué el Cayenne a la sombra de uno de los altos árboles; apenas se oyó el sonido de los neumáticos contra las piedras sueltas del pavimento. Un muro de bloques de cemento de dos metros y medio de alto separaba la zona residencial de la comercial. El lado opuesto de la calle estaba rodeado de casas compactas de estuco, todas con las persianas bajadas para mantener fresco el interior.

Moviéndonos en perfecta sincronía gracias a Jasper, salimos disparados del coche, dejando cada puerta ligeramente abierta para evitar ruidos innecesarios. El tráfico giraba tanto al norte como al oeste del edificio comercial, y seguramente taparía cualquier sonido que pudiéramos hacer.

Quizá había pasado un cuarto de segundo. Saltamos el muro, cogiendo el impulso suficiente para evitar el lecho de grava en su base y aterrizar casi en silencio sobre el pavimento. Había un pequeño callejón detrás del edificio. Un contenedor de basura, una pila de cajas de plástico y la salida de emergencia.

No lo dudé. Ya podía ver lo que había al otro lado de esa puerta. O lo que habría al otro lado de la puerta dentro de un segundo. Incliné mi cuerpo para que no hubiera errores, ni una pequeña oportunidad que el rastreador pudiera aprovechar para escapar, y luego me lancé contra la puerta.

26. Sangre

A través de la puerta.

Explotó a mi alrededor y salió volando del hueco de la pared, hecha pedazos.

El rugido que salía de lo más profundo de mi ser era puramente instintivo. La cabeza del rastreador se alzó, y luego él se abalanzó hacia la forma carmesí acurrucada en el suelo, debajo de él. Vi una mano pálida, extendida en una inútil defensa propia.

El obstáculo de la puerta no había frenado mi impulso. Arremetí contra el rastreador e interrumpí su embestida, arrojándolo lejos de su objetivo, golpeándolo contra el suelo con la fuerza suficiente como para romper los tablones de madera.

Rodé, tirando de él hacia mí, y luego lo pateé hacia el centro de la habitación. Donde esperaba Emmett.

Durante el cuarto de segundo que estuve forcejeando con el rastreador, apenas lo veía como una criatura viviente. Solo era un objeto que se interponía en mi camino. Sabía que, en algún momento del futuro cercano, estaría celoso de Emmett y Jasper. Ojalá tuviese la oportunidad de arañar, cortar y amputar. Pero ahora eso no tenía importancia. Me di la vuelta.

Tal y como sabía que me la encontraría, Bella estaba desplomada contra la pared, rodeada de espejos astillados. Todo estaba rojo.

Todo el terror y el dolor que había estado reprimiendo desde que había escuchado por primera vez el temor de Alice en el aeropuerto se estrelló contra mí como un maremoto imparable.

Bella tenía los ojos cerrados. Su pálida mano inerte a un lado. Los latidos de su corazón eran débiles, vacilantes.

No tomé la decisión de moverme: simplemente de pronto estaba justo a su lado, arrodillado en su sangre.

El fuego ardía en mi pecho y en mi cabeza, pero no era capaz de distinguir los diferentes tipos de dolor. Tenía miedo de tocarla. Estaba destrozada por muchos sitios. Y yo podía empeorar las cosas.

Escuché mi propia voz, repitiendo las mismas palabras una y otra vez. Su nombre. *No, por favor.* Una y otra vez como un disco rayado. Pero yo no controlaba el sonido.

Me oí a mí mismo gritar el nombre de Carlisle, pero él ya estaba allí, arrodillándose encima de la sangre, al otro lado.

Las palabras que salían de mi boca ya no eran palabras, solo sonidos mutilados y agitados. Gemidos.

Las manos de Carlisle recorrieron su cuerpo desde su cuero cabelludo hasta el tobillo y luego regresaron tan rápido que se volvieron borrosas. Presionó ambas manos contra su cabeza, buscando roturas. Apretó dos dedos con fuerza contra un punto a unos siete centímetros detrás de su oreja derecha. No pude ver lo que estaba haciendo; su cabello estaba empapado de carmesí.

Un grito débil atravesó sus labios. Su cara se contrajo de dolor.

—¡Bella! —chillé suplicante.

La voz calmada de Carlisle era la antítesis de mis gritos inclementes.

—Ha perdido algo de sangre, pero la herida no es muy profunda. Cuidado con su pierna, está rota.

Un aullido de auténtica rabia atravesó la habitación de lado a lado, y por un segundo pensé que Emmett y Jasper tenían problemas. Toqué sus mentes —ya estaban recogiendo los pedazos—, y comprendí que el sonido había salido de mí.

—Y me temo que también lo estén algunas costillas.

Carlisle pensaba de manera práctica, impasible. Sabía que yo le estaría escuchando. Pero también había recobrado el ánimo al examinarla. Estábamos a tiempo. El daño no era definitivo.

Sin embargo, capté los «síes» que condicionaban su valoración. Si podía controlar el sangrado... Si una costilla no le perforaba el pulmón... Si las heridas internas no eran más de lo que parecían... Si, si, si... Todos esos años que llevaba Carlisle intentando mantener vivos los cuerpos humanos le habían dado una gran cantidad de ideas sobre cosas que podrían salir mal.

La sangre de Bella había empapado mis vaqueros. Me llegaba hasta los brazos. Estaba bañado en sangre.

Bella gimió de dolor.

—Bella, te vas a poner bien. —Mis palabras era de súplica, de plegaria—. ¿Puedes oírme, Bella? Te amo.

Otro gemido, pero no..., estaba tratando de hablar.

—Edward.

—Sí, estoy aquí.

—Me duele —murmuró.

—Lo sé, Bella, lo sé.

Entonces surgieron los celos, como un puño golpeando el centro de mi pecho. Tenía tantas ganas de destrozar al rastreador, de convertirlo en trizas de todos los tamaños. Tanto dolor y tanta sangre, y yo nunca podría hacerle responder por ello. No me bastaba que se estuviera muriendo, que fuera a arder. Eso nunca sería suficiente.

—¿No puedes hacer nada? —le gruñí a Carlisle.

—Mi maletín, por favor... —le ordenó con frialdad a Alice.

Alice hizo un pequeño sonido de ahogo.

Yo era incapaz de alejar mis ojos del rostro magullado y salpicado de sangre de Bella. Debajo del rojo, su piel estaba más pálida de lo que nunca la había visto. Sus párpados no se movían apenas.

Pero llegué a la mente de Alice y vi la complicación.

Yo aún no era consciente del todo del lago de sangre en el que estaba arrodillado. Sabía que, en algún lugar dentro de mí, probablemente mi cuerpo estaba reaccionando a él. Pero dondequiera que estuviese esa reacción, estaba tan profundamente enterrada bajo el dolor que aún no había podido aflorar.

Alice quería a Bella, pero no estaba físicamente preparada para esto. Dudó, apretó los dientes, tratando de tragarse el veneno.

Emmett y Jasper también lo estaban pasando mal. Habían sacado los trozos mutilados del rastreador —yo deseé con vehemencia que aquellos fragmentos aún pudieran procesar el dolor de alguna manera— fuera de la habitación. Emmett estaba mirando de cerca a Jasper en busca de alguna señal de debilidad. El control de Emmett era admirable. Su preocupación por Bella era más profunda de lo que normalmente le permitía su relajado estado de ánimo habitual.

—No respires, Alice —dijo Carlisle—. Eso te ayudará.

Ella asintió y dejó de respirar mientras avanzaba, y luego retrocedió a toda velocidad, dejando el maletín de Carlisle al lado de su pierna. Se había movido con tanto cuidado que ni siquiera tenía sangre en los zapatos. Se fue hacia la salida de emergencia destruida, jadeando en busca de aire fresco.

A través de la puerta abierta, a lo lejos, se oían los sonidos de las sirenas, buscando aquel coche que había corrido de forma tan imprudente por las calles de la ciudad. Dudaba que llegaran a encontrar el coche robado aparcado a la sombra de una calle lateral tranquila, pero la verdad era que, si lo hacían, no me importaba lo más mínimo.

—¿Alice? —gimió Bella.

—Está aquí —balbucí las palabras—. Ha sido ella la que ha sabido dónde podíamos encontrarte.

Bella gimoteaba.

—Me duele la mano.

Me sorprendió la especificidad de su queja. Estaba herida por todas partes.

—Lo sé, Bella. Carlisle te administrará algo que te calme el dolor.

Carlisle suturaba tan rápido los cortes de su cráneo que sus movimientos se volvieron de nuevo borrosos. No se le escapaba ninguna hemorragia. Podía coser los vasos sanguíneos más grandes con diminutos puntos de sutura que ningún otro cirujano sería capaz de reproducir, ni siquiera bajo las condiciones perfectas, ni con asistencia mecánica. Deseé que descansara un poco y le inyectara a Bella algunos calmantes, pero bajo su calma controlada yo podía escuchar que la cabeza estaba más dañada de lo que a él le hubiese gustado. Había perdido mucha sangre...

Sacudiéndose repentinamente, Bella se incorporó a medias. Carlisle cogió su cabeza con la mano izquierda para sostenerla con su inmensa fuerza. Bella abrió los ojos de golpe —el blanco inundado por los vasos capilares rotos— y chilló con más fuerza de la que hubiera creído posible en su estado.

—¡Me arde la mano!

—¿Bella? —grité. Como un idiota, por un momento solo puede pensar en el fuego que me estaba destrozando a mí por dentro. ¿Era yo el que le hacía daño?

Sus ojos se movían desesperados, cegados por la sangre y el pelo teñido de rojo.

—¡Fuego! —chillaba, arqueando la espada a pesar del crujir de sus costillas—. ¡Que alguien apague el fuego!

El sonido de su agonía me dejó estupefacto. Yo entendía la verdad de lo que Bella estaba diciendo, pero el pánico revolvió todos los significados en mi cabeza. Sentí como si alguien me estuviera obligando a alejar mi cabeza de su cara, a centrar mis ojos en la mano manchada de rojo que Bella alejaba de sí misma, con los dedos agarrotados, retorciéndose por la tortura.

Un corte pequeño y poco profundo atravesaba la piel de la palma de su mano. En comparación con sus otras heridas, no era nada. La sangre ya se estaba ralentizando...

Yo sabía lo que estaba viendo, pero no podía formular las palabras exactas.

Lo único que pude decir, con la voz entrecortada fue:

—¡Carlisle! ¡La mano!

Él levantó reacio la vista de su trabajo, y sus dedos se detuvieron por primera vez. Y entonces él también se quedó en shock.

—La ha mordido.

Ahí estaban las palabras: «La ha mordido». El rastreador había mordido a Bella. El fuego era ponzoña.

Lo vi reproducirse en mi memoria a cámara lenta. Atravesé la puerta. El rastreador arremetió. La mano de Bella salió disparada frente a ella. Me estrellé contra él, forzándolo a alejarse. Pero sus dientes estaban expuestos, su cuello extendido... Había llegado una milésima de segundo tarde.

Las manos de Carlisle seguían inmóviles. *Cúrala*, quería gritarle, pero sabía, como él, que sus esfuerzos ahora no valdrían para nada. Cualquier cosa rota dentro de ella se uniría por sí sola. Cada hueso destrozado, cada herida, cada pequeño desgarró bajo su piel, todo estaría entero pronto.

Su corazón se detendría y nunca volvería a latir.

Bella gritó y se retorció de sufrimiento.

Edward.

Alice había vuelto, había hallado una nueva determinación que ahora le permitía agacharse al lado de Carlisle; el líquido rojo se filtró en sus zapatos. Apartó ligeramente el cabello de los ojos manchados de sangre de Bella.

No puedes dejar que suceda así. Estaba pensando en Carlisle.

Carlisle también lo recordaba. Las marcas de los dientes en su propia palma, y el sufrimiento largo y prolongado de su transformación.

Entonces él pensó en mí.

Una quemazón fantasma corrió a lo largo de mi mano, por mi brazo. Yo también lo recordaba.

—Edward, tienes que hacerlo —insistió Alice.

Podría hacer que esto fuera más fácil, más rápido para Bella. Ella no tendría que sufrir tanto como había sufrido yo.

Aun así, sufriría. El dolor sería inimaginable. El fuego la torturaría durante días. Solo que... no tantos días.

Y al final...

—¡No! —aullé, pero sabía que mis protestas no servían de nada.

La visión de Alice ahora era tan fuerte que parecía inevitable. Como si ya fuera historia, y no el futuro. Bella, blanca como la piedra, con los ojos brillando cien veces más resplandecientes que la escena de la matanza que ahora nos rodeaba.

Mi propia memoria se entrometió, introduciendo otra imagen en yuxtaposición con la visión de Alice: Rosalie. Resentida, arrepentida. Siempre llorando por lo que había perdido. Jamás resignada a lo que le habían hecho. No había tenido otra opción, y nunca nos había perdonado.

¿Podría soportar que Bella me mirara con ese mismo pesar durante los próximos mil años?

¡Sí!, insistía mi parte más egoísta. Mejor eso que dejar que desapareciese ahora, que se alejara de mí.

Pero ¿era lo mejor? Si Bella pudiera comprender cada una de las repercusiones, cada pérdida, ¿elegiría este camino?

¿Era yo capaz de asumir el precio? ¿Era consciente de todo lo que había sacrificado a cambio de mi inmortalidad? ¿Se habría encontrado el rastreador con el mismo oscuro muro de vacío que yo estaba destinado a encontrar algún día? ¿O arderíamos en llamas eternas los dos?

—Alice. —Bella gimió, cerrando los ojos. ¿Era consciente de que Alice había vuelto, o simplemente estaba renunciando a mi ayuda? Lo único que yo estaba haciendo era desmoronarme.

Bella comenzó a gritar de nuevo, en un gemido largo y continuo de agonía.

¡Edward!, me gritó Alice. Su impaciencia ante mis dudas estaba rozando la histeria, pero no confiaba en sí misma lo suficiente como para actuar.

Alice vio que me estaba ahogando. Vio mis futuros retorciéndose en mil formas distintas de desesperación. En los márgenes externos, me vio incluso haciendo la única cosa inimaginable que aún yo no había barajado conscientemente. La única cosa que yo sabía que no sería capaz de hacer, para la que yo era demasiado débil. Hasta que lo vi en su mente, no me di cuenta de que en mi cabeza existía aquella versión.

Ahora lo veía.

Matar a Bella.

¿Era aquello lo correcto? ¿Parar así su dolor? ¿Y darle, en su inocencia total y perfecta, la oportunidad de tener un destino diferente a la inevitabilidad a la que yo sabía que me estaba enfrentando? ¿Un tipo diferente de vida

después de la muerte, alejado de la sed de sangre que ahora la estaba quemando?

El dolor era demasiado fuerte, y no podía confiar en mis pensamientos, que giraban fuera de control porque Bella estaba gritando.

Dirigí mi mirada y mi mente a Carlisle, esperando encontrar cierta seguridad, alguna absolución, pero encontré algo completamente diferente.

En su mente había una víbora del desierto enroscada, sus escamas de color arena deslizándose una sobre la otra con un sonido seco y áspero.

La imagen fue tan inesperada que me quedé de nuevo paralizado por la impresión.

—Hay otra posibilidad —dijo Carlisle.

Había un único destello de esperanza en su cabeza. Él veía lo que el sufrimiento de Bella estaba despertando en mí; él también temía lo que nos depararía el futuro a ella y a mí si yo la arrastraba a esta vida. Y, sin embargo, ahí estaba el atisbo de esperanza...

—¿Cuál? —le supliqué. ¿Cuál era la posibilidad?

Carlisle comenzó a coserle el cráneo de nuevo. Tenía tanta fe en esta nueva idea que pensó que podría ser necesario terminar de curar sus heridas.

—Intenta succionar la ponzoña —dijo; volvía a estar calmado—, la herida es bastante limpia.

Todos los músculos de mi cuerpo se paralizaron.

—¿Funcionará? —preguntó Alice. Miró en el futuro para responder a su propia pregunta. No había nada claro. No se había tomado ninguna decisión. Yo no había tomado la decisión.

Carlisle no levantó la vista de su trabajo.

—No lo sé, pero hay que darse prisa.

Sabía cómo se propagaría la ponzoña. Ella había sentido la primera quemadura hacía tan solo un momento. Le subiría lentamente por la muñeca hasta el brazo. Y luego cada vez más y más rápido.

No había tiempo para esto.

Pero... Quería gritar. Pero ¡soy un vampiro!

Saborearía la sangre y me volvería loco. Especialmente tratándose de la sangre de Bella. Tan solo el ardor que sentía ella ahora era más fuerte que las llamas que había en mi garganta, en mi pecho. Si cedía solo un poco a esa necesidad...

—Carlisle, yo... —Mi voz flaqueaba por la vergüenza—. No sé si voy a ser capaz de hacerlo.

Los dedos de Carlisle movían la aguja de sutura tan rápido que era casi invisible. Ahora estaba suturando la parte posterior de su cabeza, el lado izquierdo. Tenía tantas heridas...

Su voz fue tranquila pero firme:

—Sea lo que sea, es tu decisión, Edward.

Mi decisión: vida o muerte o una vida a medias. Pero ¿acaso estaba en mi mano elegir la vida? Nunca había sido tan fuerte.

—No puedo ayudarte —se disculpó—. Debemos cortar la hemorragia si vas a sacarle sangre de la mano.

Bella se revolvió cuando una nueva ola de dolor la sacudió, estirando su pierna torcida.

—¡Edward! —gritó.

Sus ojos llenos de sangre se abrieron de golpe, y esta vez se enfocaron intensamente, atravesando los míos. Implorando, suplicando.

Bella se estaba quemando.

—Alice —gritó Carlisle—, encuentra algo para que le entablille la pierna.

Alice desapareció a toda velocidad de mi visión periférica, y pude escuchar los tablones siendo arrancados del suelo y rompiéndose en trozos aprovechables.

—¡Edward! —La voz de Carlisle había perdido el control. Estaba impregnada de dolor. Dolor por mí y dolor por Bella—. Has de hacerlo ya, o será demasiado tarde.

Los ojos de Bella suplicaban, desesperados por encontrar algún alivio.

Bella se estaba quemando, y yo era la persona menos indicada para salvarla. Absoluta y literalmente, la peor persona de todo el universo para llevar a cabo su salvación.

Pero aquí era el único que podía hacerlo.

Tienes que hacerlo, me ordené. No hay otro modo. No puedes fallar.

Agarré su mano retorcida, desenrosqué sus dedos apretados y los sujeté para que permanecieran quietos. Dejé de respirar y me incliné para presionar mi boca contra su mano.

La piel que rodeaba la herida ya estaba más fría que el resto de su mano. Transformándose. Endureciéndose.

Posé mis labios alrededor de la pequeña herida, cerré los ojos y empecé.

Al principio fue solo un hilo de sangre: el veneno ya había comenzado a curar la herida. Solo unas pocas gotas para empezar. Apenas suficientes para mojarme la lengua.

Su sangre me golpeó como una explosión. Una bomba que se detonaba dentro de mi cuerpo y de mi mente. La primera vez que había percibido el aroma de Bella, pensé que me iba a deshacer. Aquello había sido un corte de papel. Esto era una decapitación. Mi cerebro se separaba de mi cuerpo.

Pero no era dolor. La sangre de Bella era lo opuesto al dolor. Borró cada quemadura que yo había sufrido en toda mi existencia. Y era mucho más que la ausencia de dolor. Era satisfacción, era felicidad. Me sentí impregnado de un extraño tipo de alegría... Una alegría solo corporal. Estaba curado y vivo, con cada nervio de mi cuerpo vibrando de satisfacción.

Al aspirar la herida, los efectos del veneno se iban revirtiendo. La sangre comenzó a fluir de manera constante, llenando mi lengua, mi garganta. El sabor intenso y helado del veneno era un débil contrapunto. No hacía nada para interferir con el poder de su sangre.

Éxtasis. Euforia.

Mi cuerpo sabía muy bien que aún había más, al alcance de mi mano. *Más*, resonaba en mi cuerpo, *más*.

Pero mi cuerpo no se podía mover. Yo lo había obligado a permanecer inmóvil y lo mantuve así. Casi no podía averiguar el porqué, pero me negué a liberarlo.

Tenía que pensar. Tenía que dejar de sentir... y pensar.

Había algo más allá del éxtasis.

Dolor, había un dolor que el placer no podría alcanzar. Dolor fuera y dentro de mi mente.

El dolor era agudo y disonante. Se intensificaba.

Bella estaba gritando.

Busqué mentalmente algo a lo que aferrarme, y encontré un salvavidas esperándome.

Sí, Edward. Puedes hacerlo. ¿Ves? La vas a salvar.

Alice me mostró mil posibilidades del futuro. Bella sonriendo, Bella riendo, Bella cogiéndome la mano, Bella abriendo los brazos para mí, Bella mirándome a los ojos con fascinación, Bella caminando a mi lado en el instituto, Bella sentada a mi lado en su camioneta, Bella durmiendo en mis brazos, Bella presionando su mano contra mi mejilla, Bella sujetando mi cara y presionando sus labios cuidadosamente contra los míos. Mil escenas diferentes con Bella, sana y entera, viva y feliz, y conmigo.

El éxtasis, la alegría física se atenuaron.

El sabor del veneno era fuerte. Aún era muy pronto.

Yo te mostraré cuándo parar, prometió Alice.

Pero sentía que el lugar donde yo podía parar se estaba alejando. Me estaba perdiendo a mí mismo. Iba a matarla, con mi cuerpo rebosante de alegría durante todo el proceso.

Los gritos de Bella se calmaron, atenuando la conexión con el dolor que yo necesitaba sentir. Gimió un par de veces y luego suspiró.

Iba a matarla.

—¿Edward? —murmuró.

—Está aquí a tu lado, Bella —la tranquilizó Alice.

Justo aquí, a tu lado, matándote.

Yo apenas era consciente de nada más. El sonido se desvanecía, la luz parecía tenue detrás de mis párpados, y realmente no había nada más, solo la sangre. Incluso los pensamientos de Alice, que casi me gritaba, se me antojaban amortiguados y lejanos.

Ya, me dijo Alice. Ahora, Edward.

A través de mi ensimismamiento casi total, lo pude saborear. La punzada glacial había desaparecido, y en su lugar había un nuevo sabor, químico, y una parte de mí comprendió que Carlisle había hecho muy rápido su trabajo.

¡Para, Edward! ¡Ahora!

Pero Alice podía ver que yo estaba perdido. Yo alcanzaba a oír cómo se preguntaba frenéticamente si podía separarme de Bella de algún modo o si esa lucha le haría aún más daño a Bella.

—Quédate, Edward —suspiró Bella, ahora en paz—, quédate conmigo...

Su voz tranquila se deslizó en mi cabeza, por algún motivo sonaba mucho más fuerte que el pánico de Alice, con mucho más volumen que el caos que había dentro y alrededor de mí. El sonido de su confianza fue el momento de inflexión; pareció volver a conectar mi cerebro con mi cuerpo. Me completó de nuevo.

Y simplemente dejé que su mano se alejara de mis labios. Levanté la cabeza y la miré a la cara. Todavía salpicada de sangre, todavía pálida, con los ojos cerrados, pero ahora en paz. Su dolor había cesado.

—Aquí estoy —le prometí con mis labios manchados de sangre.

Su boca esbozó una débil sonrisa.

—¿Has extraído toda la ponzoña? —preguntó Carlisle. Le preocupaba haber administrado demasiado rápido el calmante y que este hubiera podido esconder la quemazón del veneno.

Pero Alice había visto que todo estaba bien.

—La sangre está limpia. —El sonido de mi voz era áspero y chirriante—. Puedo sentir el sabor de la morfina.

—¿Bella? —le preguntó Carlisle en voz baja y clara.

—¿Mmm? —respondió ella.

—¿Ya no notas la quemazón?

—No —respiró, con la voz un poco más despejada—. Gracias, Edward.

—Te quiero.

Ella suspiró, con los ojos todavía cerrados.

—Lo sé.

Me sorprendió la risa que brotó de mi pecho. Tenía su sangre en mi lengua. Probablemente ya estaba inundando mis iris de rojo. Se estaba secando en mi ropa y tiñendo mi piel. Pero aun así ella conseguía hacerme reír.

—¿Bella? —le preguntó otra vez Carlisle.

—¿Qué? —Ahora sonó un poco molesta. Estaba medio dormida, y deseando quedarse dormida del todo.

—¿Dónde está tu madre?

Sus ojos se movieron un segundo y luego exhaló:

—En Florida. Me engañó, Edward. Vio nuestros vídeos.

Aunque estaba casi inconsciente por el trauma y la morfina, era evidente que se sentía profundamente ofendida por aquella intromisión en su privacidad. Sonreí.

—¿Alice? —Bella intentó abrir los ojos, y luego se rindió, pero trató de pronunciar las palabras tan rápido como pudo, dadas las condiciones en las que se encontraba—. Alice, el vídeo... Él te conocía, conocía tu procedencia... Huelo gasolina.

Emmett y Jasper habían regresado de coger el combustible que necesitábamos. Las sirenas seguían sonando a lo lejos, pero ahora desde otra dirección. No nos iban a encontrar.

Con expresión sombría, Alice brincó a través del suelo destrozado hacia la zona de audiovisuales que había junto a la puerta. Cogió la pequeña cámara de vídeo portátil que aún estaba funcionando. La apagó.

En el momento en el que decidió recuperar la cámara, por su mente pasaron cientos de momentos futuros: imágenes de esta habitación, de Bella, del rastreador, de la sangre. Era todo lo que vería cuando observara la grabación, demasiado rápido y desordenado para que ninguno de nosotros dos pudiese absorber demasiado. Sus ojos se dirigieron a los míos.

Ya nos ocuparemos de esto después. Tenemos cientos de cosas que hacer ahora para tratar de darle algún sentido a esta pesadilla.

Me di cuenta de que estaba alejando a propósito sus pensamientos de la cámara mientras revisaba las complicadas tareas que teníamos que hacer ahora, pero no la presioné. Después.

—Es hora de llevársela —dijo Carlisle. El olor de la gasolina con la que Emmett y Jasper estaban rociando las paredes empezaba a ser cargante.

—No —murmuró Bella—, quiero dormir.

—Duérmete, mi vida —le canturreé suavemente al oído—. Yo te llevaré.

Su pierna estaba fuertemente envuelta dentro de la férula de tablones que Alice había improvisado, y Carlisle había tenido tiempo de vendarle las costillas. Moviéndome con más cuidado del que jamás había tenido en mi vida, la levanté del suelo empapado en sangre, intentando sujetar cada parte de su cuerpo.

—Duérmete ya, Bella —susurré.

27. Cabos sueltos

—¿Hay tiempo para...? —empezó a preguntar Alice.

—No —la interrumpió Carlisle—. Bella necesita sangre de inmediato.

Alice suspiró. Si íbamos directamente al hospital, la situación se complicaba.

Sentado a mi lado en el asiento trasero del Cayenne, Carlisle presionaba con suavidad la arteria carótida de Bella mientras con la otra mano le sostenía la cabeza. Bella reposaba con la pierna rota extendida sobre los muslos de Emmett, que viajaba a mi otro lado. Él no respiraba. Mirando por la ventanilla, intentaba no pensar en la sangre que se secaba sobre sus tres compañeros de asiento. Intentaba no pensar en lo que yo acababa de hacer. En la imposibilidad de mi acto. En la capacidad de control de la que él con toda seguridad carecía.

En vez de pensar en eso, barruntaba sobre la insatisfacción que le inspiraba el resultado del combate. Porque, de verdad... Él había logrado someter al rastreador. Lo tenía absolutamente controlado, por más que luchase, se retorciese y forcejease para zafarse de los demoledores brazos de Emmett. No había ni la más mínima posibilidad de que tanto esfuerzo pudiera haberlo ayudado a escapar, y Emmett ya lo estaba aplastando cuando Jasper se había abalanzado a la habitación empapada de sangre.

Jasper, desatado y feroz, los ojos afilados y vacíos al mismo tiempo, igual que un dios olvidado o la encarnación de la guerra, proyectando un aura de pura violencia. Y el rastreador se había dado por vencido. En esa fracción de segundo en que vio a Jasper (por primera vez, pero eso Emmett no lo sabía) había aceptado su destino. Por más que estuviera sentenciado desde que Emmett le había puesto las manos encima, había sido la llegada de Jasper lo que lo había desmoralizado.

Y Emmett no dejaba de darle vueltas.

Algún día tendría que describirle a Emmett el aspecto que había tenido él en el claro y gracias a quién había sido. Dudaba que nada más mitigase el escozor.

Jasper ocupaba el asiento del conductor, con la ventanilla entreabierta al aire seco y ardiente del exterior, aunque, al igual que Emmett, evitaba respirar. Alice, a su lado, le daba indicaciones: los desvíos, los mejores carriles, la máxima velocidad a la que podía circular sin atraer una atención no deseada. Ahora le permitía avanzar a ciento diez por hora. Yo habría pisado más a fondo, pero Alice estaba segura de poder llevarnos al hospital en menos tiempo. Esquivar coches de la policía únicamente serviría para ralentizarnos y lo complicaría todo.

Aunque Alice supervisaba cada aspecto de este viaje, su mente estaba en varios sitios al mismo tiempo, tratando de hallar el modo de atar todos los cabos sueltos y calculando las consecuencias de cada decisión.

Tenía claras una serie de cosas.

Sacó el teléfono, llamó a la compañía aérea —ya sabía cuál ofrecía el vuelo que buscaba— y reservó un billete para las 2.40 a Seattle. Íbamos apurados de tiempo, pero veía a Emmett en el avión.

Visualizaba la jornada que teníamos por delante con tanta claridad como si estuviera sucediendo, y yo lo vi todo también.

En primer lugar, Jasper nos dejaría a Carlisle, a Bella y a mí en el hospital St. Joseph. Había hospitales más próximos, pero Carlisle insistió en que fuera ese. Conocía allí a un cirujano que respondería por él, y se trataba de un centro puntero en traumatología, uno de los más importantes del país. Su insistencia y la lividez de Bella —aunque su corazón seguía latiendo potente y regular— me impedían hacer nada más que sufrir en silencio y maldecir nuestra prudente velocidad.

—Se pondrá bien —gruñó Alice por lo bajo cuando advirtió que estaba a punto de volver a protestar. Me transmitió una imagen de Bella sentada en una cama de hospital, sonriente, aunque cubierta de magulladuras.

Pese a todo, capté su pequeño engaño.

—Y esto ¿cuándo sucederá exactamente?

Dentro de un par de días, ¿vale? Tres a lo sumo. Tranquilízate.

El pánico que me embargaba alcanzó niveles estratosféricos según asimilaba la información. ¿Tres días?

A Carlisle no le hizo falta leerme el pensamiento para descifrar mi expresión.

—Solamente necesita tiempo, Edward —me aseguró—. Su cuerpo precisa descanso para recuperarse, al igual que su mente. Se pondrá bien.

Quise creerle, pero mis pensamientos estaban fuera de control otra vez. Me concentré en Alice. Su metódica planificación era mejor estrategia que mi angustia errática.

Alice veía que la llegada al hospital sería peliaguda. Viajábamos en un coche robado que estaba vinculado a otro vehículo sustraído y a una colisión en cadena de veintisiete coches en la ruta 101. Habría varias cámaras de vigilancia en el acceso a urgencias. Si pudiéramos detenernos para cambiar a un vehículo más seguro, algo más parecido al coche de alquiler que Alice se agenciaría más tarde... No tardaríamos ni quince minutos, sería un rodeo de nada y ella sabía exactamente dónde buscar...

Gruñí y ella aspiró una vez sin mirarme.

Por más tiempo que pase, nunca deja de ser irritante, farfulló Emmett para sus adentros.

En tal caso, nada de cambiar de coche. Alice lo aceptó y pasó a otra cosa. Tendríamos que aparcar donde las cámaras no pudieran captarnos, algo que llamaría todavía más la atención, si cabe. ¿Por qué no detenernos justo debajo de la marquesina metálica con nuestro paciente inconsciente? ¿Por qué cargar con ella más trecho del necesario? Al menos habría sombra para que Carlisle y yo pudiésemos entrar corriendo. En caso contrario, tendríamos que desafiar a las cámaras y Alice se vería obligada a abrirse paso hasta donde fuera que guardasen las grabaciones de seguridad. Y no había tiempo para eso, simple y llanamente. Tenía que registrarse en un hotel y escenificar un accidente con heridos graves de inmediato. Porque, en teoría, este debería haberse producido antes de nuestra llegada al hospital.

Así pues, eso era urgente. Pero antes tenía que conseguir sangre.

El asunto de la sangre no sería complicado. Cuando yo cruzase la entrada de urgencias con aspecto de haberme duchado en pintura roja y un cuerpo inerte en los brazos, el revuelo sería enorme. Todos y cada uno de los sanitarios disponibles en cien metros a la redonda acudirían a nuestro lado en cuestión de segundos. A Alice no le costaría nada colarse detrás de Carlisle con andares decididos y dejar atrás el mostrador de la recepción. Nadie le daría el alto, eso podía verlo. Con unas fundas para calzado desechables, a disposición de cualquiera en un dispensador prendido a la pared, evitaría dejar huellas. Superada esa fase, solamente era cuestión de correr como el rayo al banco de sangre de urgencias.

—Em, dame tu sudadera.

Con cuidado de no mover la pierna de Bella, Emmett se despojó de la sudadera por la cabeza y se la lanzó a Alice. Estaba sorprendentemente limpia, sobre todo en comparación con la ropa de Carlisle y la mía.

Emmett quiso preguntar para qué la necesitaba, pero no se arriesgó a abrir la boca por temor a percibir los olores y sabores de su entorno.

Alice se enfundó la enorme sudadera, que se amontonó alrededor de su pequeño cuerpo y, pese a todo, de algún modo, logró tener un aire estiloso. Alice era capaz de defender cualquier prenda.

Se visualizó de nuevo en el banco de sangre, llenando de bolsas los amplios bolsillos de la sudadera.

—¿De qué grupo es la sangre de Bella? —le preguntó a Carlisle.

—O positivo —respondió este.

Así pues, el accidente de Bella con la furgoneta de Tyler había tenido su lado bueno. Al menos habíamos averiguado eso.

Me pregunté si Alice no se estaría excediendo. ¿Se molestaría alguien en analizar la sangre que ella dejaría en la escena del «accidente»? Tal vez, si se parecía demasiado a la escena de un crimen... No estaba de más ser meticuloso, supuse.

—Deja suficiente para Bella —le advertí.

Ella se retorció en el asiento para que yo pudiera ver cómo ponía los ojos en blanco. Acto seguido se giró de nuevo y prosiguió con sus planes.

Jasper y Emmett la esperarían en el coche robado, con el motor en marcha. Tardaría dos minutos y medio en entrar y salir.

Escogería un hotel próximo al hospital, para que la línea cronológica no fuera tan sospechosa. Mientras lo decidía, vio el hotel que buscaba a unas manzanas de distancia, en dirección sur. No era la clase de establecimiento en el que ella se alojaría, obviamente, pero daría el pego para una escena truculenta.

Asistir a su repaso mental de cada elemento era igual que verlo en directo.

Alice entra con brío en el modesto vestíbulo del hotel. En su caso, las zapatillas jaspeadas de marrón oscuro y la gran sudadera atada a la cintura podrían pasar por una elección de estilismo. La mujer de la recepción está sola. Alza la vista, al principio con desinterés, pero la mira una segunda vez al procesar el deslumbrante rostro de Alice. La contempla estupefacta, sin percatarse apenas de que la chica lleva las manos vacías.

Pero Alice no estaba satisfecha.

La visión retrocedió. De nuevo en el hospital, Alice sale del banco de sangre con cuatro bolsas frías y laxas. Se desvía un instante de nada para

colarse en un *box* de urgencias. Ve a una mujer dormida, sus constantes vitales reflejadas en un monitor a su espalda. Hay un pequeño saco con las pertenencias de la mujer y, al lado, una bolsa de deporte. Alice echa mano de la bolsa y regresa al pasillo. El rodeo tan solo suma dos segundos a su incursión.

Alice se encuentra otra vez en el vestíbulo del hotel. No lleva sudadera y la bolsa de deporte le cuelga del hombro. La recepcionista alza la vista y vuelve a mirar, igual que antes. Esta vez no hay detalles discordantes en la escena. Alice pide dos habitaciones, una doble y una individual. Deja su permiso de conducir —el auténtico— sobre el mostrador junto con una tarjeta de crédito a su nombre. Explica que sus acompañantes, su padre y su hermano, están buscando un aparcamiento cubierto. La mujer procede a teclear en el ordenador. Alice se mira la muñeca. La encuentra desnuda.

La visión se detuvo.

—Jasper, necesito tu reloj.

Él alargó el brazo y Alice retiró el Breguet —que ella misma le había regalado— de su muñeca. Jasper ni siquiera se molestó en preguntarse el motivo; estaba acostumbrado a este tipo de cosas. La cadena era demasiado grande para Alice, así que decidió llevarlo a modo de pulsera, con un resultado impecable. Probablemente marcaría tendencia.

La visión se reanudó.

Alice mira el reloj que le cuelga de la muñeca con elegancia.

—Solo son las diez y cuarto —le dice a la mujer—. Ese reloj va adelantado.

La mujer asiente distraída e introduce en la reserva la hora que Alice acaba de indicarle.

Ella se queda muy quieta mientras espera a que la recepcionista termine. Está tardando mucho más de lo que sería conveniente, pero no puede hacer nada salvo aguardar.

Por fin la mujer le tiende dos juegos de llaves y anota los números. Ambas empiezan por uno: 106 y 108.

La visión retrocedió.

Alice entra en el vestíbulo. La mujer que atiende el mostrador la mira dos veces. Alice pide dos habitaciones, una doble, una individual. *En el segundo piso, por favor, si no es demasiada molestia.* Deposita las tarjetas en el mostrador. Habla de sus acompañantes. La mujer procede a teclear en el ordenador. Alice corrige la hora. Espera.

La mujer le tiende dos juegos de llaves. Escribe los números 209 y 211. Alice acepta las llaves con una sonrisa. Avanza con paso humano hasta que está en la escalera.

Alice se asoma a las dos habitaciones, deja la bolsa de deporte en la primera, enciende las luces, cierra las cortinas, cuelga el cartel de «no molestar». Con las bolsas de sangre en la mano, corre por el pasillo desierto hasta otra escalera. Nadie la ve. Se detiene en el rellano a medio piso. Al fondo de la escalera hay una salida que da a la calle. La puerta está flanqueada por enormes paneles de cristal. No hay nadie en las inmediaciones de la puerta, ni dentro ni fuera. Alice llama por teléfono.

—Toca el claxon durante tres segundos.

Un desagradable bocinazo resuena en el aparcamiento, tan sonoro que ahoga el ruido de la concurrida autopista (una autopista distinta, no la que nosotros habíamos colapsado por completo).

Alice se abalanza escaleras abajo girando como una esfera en una pista de bolos. Se estampa contra el ventanal. El cristal se desperdiga por la acera hasta la gravilla e incluso alcanza el asfalto del aparcamiento. Al relucir bajo la blanca luz del día, crea un patrón que recuerda a los rayos del sol. Alice se retira a las sombras de la puerta y, una a una, rompe las bolsas de sangre usando los fragmentos de cristal aún encajados en el marco de la ventana con el fin de manchar los bordes. Vierte las otras dos por el bordillo de la acera, dejando que se encharque, se escurra por el cemento y fluya hasta el asfalto.

El claxon deja de sonar.

Alice vuelve a marcar.

—Recogedme.

El Cayenne aparece casi al instante. Alice atraviesa la luz del sol a la carrera para refugiarse en la parte trasera del coche, con la última bolsa de sangre aferrada en la mano.

Y entonces regresé al presente con ella. Se dio por satisfecha con el resultado de la función. Devolvió la atención a las escenas siguientes. Ninguna era tan divertida, pero todas eran cruciales en cualquier caso.

—Curioso —rezongué. Ella me ignoró.

Al aeropuerto. En el mostrador de alquiler de coches, Alice escoge un Chevrolet Suburban. No se parece mucho al Cayenne, pero es grande y blanco, y cualquier testigo con una historia que no encaje se descartará. No ve que haya ningún testigo, pero prefiere ser meticulosa.

Alice conduce el Cayenne. El olor no la hace sufrir tanto como a Jasper y a Emmett: aunque ya no suponen un peligro para Bella, su aroma los abrasa

por dentro cada vez que respiran. Ellos la siguen a cierta distancia en el Suburban. Alice encuentra un taller de lavado llamado Deluxe Detail. Paga en metálico y avisa al joven encargado —que contempla su rostro hipnotizado— de que su sobrina ha vomitado un buen chorro de zumo de tomate por el asiento trasero. Señala sus zapatillas. El chico, prendado de Alice, promete que el coche estará impecable cuando terminen. (Nadie pondrá en duda la historia. El técnico, temeroso de que el tufo del vómito le provoque arcadas, solamente respirará por la boca). Ella dice llamarse Mary. Considera la idea de lavarse los zapatos en el baño, pero luego la descarta, al comprender que no servirá de mucho.

Esperará una hora a que el coche esté listo. Pasados los primeros quince minutos llama al hotel, escondida tras la puerta de emergencia en una zona en sombra, donde el sonido de los aspiradores y vaporizadores impide que nadie distinga sus palabras.

Se disculpa con la misma recepcionista de antes en tono de histeria. Una amiga de visita, un horrible accidente en la escalera trasera. La ventana... Un montón de sangre... (Alice apenas es capaz de articular una frase completa). Sí, está en el hospital con su amiga. Pero... ¡la ventana! ¡El cristal! Alguien más podría resultar herido. Tendrían que acordonar la zona hasta que el personal de mantenimiento pueda limpiarla. Alice tiene que marcharse; la están llamando para que entre a ver a su amiga. Muchas gracias. Cuánto lo lamenta.

Alice ve que la recepcionista no llama a la policía. Avisa a gerencia. Le piden a la mujer que lo limpie todo antes de que alguien más resulte herido. Esa será la historia que contarán cuando se lleve a cabo la investigación: han limpiado las pruebas por seguridad. Esperarán angustiados la denuncia que nunca llegará. Transcurrirá un año entero antes de que empiecen a felicitarse por la increíble suerte que han tenido.

Finalizada la limpieza del coche, Alice examina el asiento trasero. No hay rastros visibles del estropicio. Le da una propina al técnico. Alice monta en el Cayenne e inspira profundamente por la nariz. Bueno, el coche no pasaría la prueba del luminol, pero puede ver que tampoco lo someterán a una.

Jasper y Emmett la siguen a un centro comercial en el centro de Scottsdale. Estaciona el Cayenne en la tercera planta de un inmenso aparcamiento. Pasarán tres días antes de que el guardia de seguridad denuncie la presencia del vehículo abandonado.

Alice y Jasper van de compras mientras Emmett aguarda en el coche de alquiler. Ella compra unas zapatillas de lona en un Gap muy concurrido.

Nadie le mira los pies. Paga en metálico.

Adquiere una sudadera fina lo bastante grande para Emmett. Compra seis grandes bolsas de ropa de su talla, de la mía, de la talla de Emmett y de Carlisle. Emplea un documento de identidad y una tarjeta de crédito distintos a los que ha usado en el hotel. Jasper carga con los bultos.

Por fin, escoge cuatro maletas, todas distintas entre sí. Jasper y ella las arrastran hasta la oficina de alquiler de coches, donde retiran las etiquetas de todo y las llenan con las prendas nuevas.

Tira los zapatos ensangrentados a una papelera al salir.

No hay retrocesos ni repeticiones. Todo va como la seda.

Jasper y Alice dejan a Emmett en el aeropuerto. Él echa mano de una de las maletas; llama menos la atención que en el vuelo de esta mañana.

Encuentran el Mercedes de Carlisle donde lo han dejado, en el aparcamiento. Jasper se despide de Alice con un beso e inicia el largo viaje a casa.

Tras decir adiós a los chicos, Alice vacía la última bolsa de sangre en el asiento trasero y el suelo del coche de alquiler. Lo lleva a un servicio de autolavado situado junto a una gasolinera. No hacen tan buen trabajo de limpieza como el taller. La multarán cuando devuelva el coche.

Habrá empezado a llover cuando Emmett aterrice en Seattle, solo media hora antes de la puesta de sol. Un taxi lo llevará al ferri. Le resultará fácil saltar al estrecho de Puget, abandonar la maleta en el agua y luego —nadando y corriendo— tardará apenas treinta minutos en llegar a casa. Recogerá la camioneta de Bella y pondrá rumbo a Phoenix de inmediato.

Alice frunció el ceño en el presente y negó con la cabeza. Esta manera de proceder requeriría demasiado tiempo. La camioneta era lentísima.

Ahora estábamos a cuatro minutos escasos del hospital. Bella seguía respirando a un ritmo regular y pausado en mis brazos y todavía estábamos cubiertos de sangre. Tanto Emmett como Jasper contenían aún el aliento. Parpadeé y traté de ubicarme. Cuando Alice tenía visiones tan detalladas, era fácil perder la noción de lo que pasaba en el presente. A ella se le daba mejor que a mí aclimatarse al saltar de un tiempo a otro.

Una vez más, Alice abrió el teléfono para marcar. Se perdía en la sudadera de Emmett y el reloj de Jasper le colgaba de la muñeca.

—¿Rose?

En el espacio exiguo y silencioso, todos oímos la voz aterrada de Rosalie.

—¿Qué pasa? Emmett...

—Emmett está bien. Necesito...

—¿Dónde está el rastreador?

—El rastreador ha desaparecido del mapa.

Rosalie contuvo un grito.

—Necesito que alquiles un camión de plataforma —le ordenó Alice—. O cómpralo, lo que sea más rápido; algo que corra. Carga la camioneta de Bella en el camión y reúnete con Emmett en Seattle. Su avión aterriza a las cinco y media.

—¿Emmett viene a casa? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué tengo que transportar ese asco de camioneta?

Durante un breve instante, me pregunté por qué razón Alice enviaba a Emmett a casa. ¿Por qué no pedirle a Rosalie que trajera la camioneta hasta aquí? Era la estrategia más lógica. Y entonces comprendí que Alice no podía ver a Rosalie ayudándonos de ese modo, y una gélida ola de amargura me recorrió el cuerpo. Rosalie había tomado una decisión.

Emmett quería coger el teléfono para tranquilizar a Rose, pero todavía era incapaz de abrir la boca.

Me sorprendía que Jasper y Emmett estuvieran llevando tan bien la situación. Tal vez la sobreestimulación del combate todavía les afectaba y eso los ayudaba a ignorar la presencia de la sangre.

—No te preocupes —replicó Alice en tono seco—. Solo estoy atando los cabos sueltos. Emmett ya te contará los detalles. Hazle saber a Esme que todo está en orden, pero que nos vamos a demorar. Sería mejor que no se alejara demasiado del padre de Bella por si la pelirroja...

La voz de Rosalie se apagó al instante.

—¿Va a por Charlie?

—No, yo no lo veo —la tranquilizó Alice—. Pero es mejor asegurarse, ¿verdad? Carlisle la llamará tan pronto como pueda. Espabila, Rose, el tiempo vuela.

—Qué repelente eres.

Alice cortó la llamada.

Bueno, al menos Emmett se podrá quedar con la ropa. Me alegro. Le sentará de maravilla.

La llamada levantó el ánimo de Emmett. Le complacía saber que no tardaría nada en reunirse con Rose y podría contarle su versión de la historia. No había necesidad de mencionarle el absurdo incidente con Jasper. Si Alice no veía problemas potenciales con la pelirroja, Rose podría regresar a Phoenix con él. O tal vez prefiriese no hacerlo... Miró el demacrado rostro de

Bella, su pierna fracturada. Lo inundó un profundo sentimiento de amor fraternal e inquietud.

Es tan buena chica... Rose tendrá que superar esto, meditó para sus adentros. *Cuanto antes*.

Alice estaba frunciendo el ceño. Había examinado a conciencia las tareas que tenía por delante y considerado las consecuencias de los cientos de decisiones que había tomado. Se visualizó en el hospital, llevándonos la ropa de nuestras respectivas maletas para que pudiéramos deshacernos de las prendas ensangrentadas. ¿Lo tenía todo controlado? ¿Se le había escapado algún detalle?

Todo iba bien. Todo iría bien.

—Bien hecho, Alice —la felicité en un susurro.

Ella sonrió.

Jasper detuvo el coche junto a la entrada de urgencias, a cierta distancia de la cámara que controlaba esa zona de acceso, buscando nuestra sombra.

Acomodé a Bella en mis brazos y me preparé para ejecutar al pie de la letra el plan que habíamos visualizado.

28. Tres conversaciones

El doctor Sadarangani, el amigo de Carlisle, facilitó los trámites. Carlisle mandó llamarlo mientras esperábamos la camilla de Bella. Apenas pasaron unos minutos antes de que el doctor Sadarangani le estuviera aplicando la primera transfusión. En cuanto comenzó el procedimiento, Carlisle se relajó. Se sentía razonablemente seguro de que todo lo demás estaba en orden.

A mí me costó más tranquilizarme. Confiaba en Carlisle, por supuesto, y el doctor Sadarangani parecía un profesional competente. Leí en sus mentes su opinión sincera acerca del estado de Bella. Escuché el asombro del doctor y el resto del equipo médico cuando inspeccionaron los perfectos puntos de sutura en las heridas de Bella, la impecable colocación de su pierna. Oí a Sadarangani relatar a sus trabajadores, a puerta cerrada, las proezas del doctor Cullen en el hospital de Baltimore para desfavorecidos, donde habían trabajado juntos catorce años atrás. Escuché su asombro manifiesto ante el hecho de que Carlisle no hubiera envejecido ni un ápice en todo ese tiempo y sus sospechas no verbalizadas de que Carlisle —por más que alegase que el aire fresco y húmedo en el noroeste del Pacífico ofrecía una fuente natural de juventud— había recurrido a la cirugía plástica. Se mostró lo suficientemente optimista respecto a la evolución de Bella como para suplicarle a Carlisle que echara un vistazo a algunos de sus pacientes pendientes de diagnóstico e informó a los internos de que jamás conocerían a un especialista más capacitado que el doctor Cullen. Y Carlisle estaba tan seguro de la recuperación de Bella que accedió a echar una mano.

Sin embargo, para ellos no era cuestión de vida o muerte del mismo modo que lo era para mí. Era mi vida la que yacía en la camilla. Mi vida, pálida e inconsciente, conectada a infinidad de tubos, cubierta de vendas y escayola. Como médico responsable de la paciente, el doctor Sadarangani se encargó de realizar la primera llamada a Charlie, que fue penosa en grado sumo. Carlisle

lo relevó a toda prisa y le resumió al padre de Bella lo mejor que pudo la explicación inventada de lo que él y yo hacíamos allí. A continuación, le aseguró que todo iba bien y prometió llamar muy pronto con más información. Pude oír el terror en la voz de Charlie y tuve la certeza de que estaba tan poco convencido como yo.

No tardaron demasiado en declarar estable a Bella y trasladarla a una habitación de planta. Alice ni siquiera había regresado todavía de sus distintos recados.

La nueva sangre que latía en las venas de Bella alteró su aroma de un modo que me impactó, por más que lo hubiera anticipado. Si bien percibí una importante disminución del dolor de la quemazón de mi sed, el cambio no me agradó. Aquella sangre extraña se me antojaba intrusa, ajena. No formaba parte de ella y me irritaba la intromisión, por irracional que fuera mi actitud. Su aroma volvería a ser el de siempre en menos de veinticuatro horas, antes de que ella despertase siquiera. En cambio, tardaría varias semanas en recuperarse de todo lo demás. En cualquier caso, esta breve distorsión constituía una desagradable advertencia de que, en algún momento del futuro, el aroma que tanto me fascinaba desaparecería de mi vida para siempre.

Habíamos hecho todo lo que se podía hacer. Ahora solo restaba esperar.

Durante ese intervalo interminable, pocas cosas captaban mi atención. Hablé con Esme para ponerla al día. Alice regresó, pero se marchó enseguida al comprender que yo prefería estar solo. Miré por la ventana de la fachada oriental, con vistas a una calle concurrida y a unos cuantos rascacielos modestos. Escuché el latido regular de su corazón para conservar la cordura.

Unas cuantas conversaciones, sin embargo, me parecieron significativas.

Carlisle aguardó a estar conmigo en la habitación de Bella para volver a llamar a Charlie. Sabía que yo querría estar presente.

—Hola, Charlie.

—¿Carlisle? ¿Qué está pasando ahí?

—Le han hecho una transfusión de sangre y una resonancia magnética. El pronóstico es bueno hasta ahora. No parece que se nos haya escapado ninguna lesión interna.

—¿Puedo hablar con ella?

—De momento la mantienen sedada. Es lo habitual. El dolor sería excesivo si estuviera despierta. —Hice una mueca compungida mientras Carlisle proseguía—: Necesita descansar unos días para curarse.

—¿Estás seguro de que todo va bien?

—Te lo prometo, Charlie. Si hubiera algún motivo de preocupación, te lo diría al momento. Se va a poner bien. Tendrá que usar muletas un tiempo, pero, aparte de eso, se recuperará por completo.

—Gracias, Carlisle. Me alegro de que estuvieras allí.

—Yo también.

—Entiendo que esto te impide...

—Ni lo menciones, Charlie. Estoy encantado de quedarme con Bella hasta que la dejen volver a casa.

—Saberlo me deja mucho más tranquilo, lo reconozco. Y Edward... ¿Se quedará también? Quiero decir, con las clases y todo...

—Ya ha hablado con los profesores —dijo Carlisle, a pesar de que sería Alice la que se encargaría de todo— y han accedido a que trabaje a distancia. También le está guardando los deberes a Bella, aunque estoy seguro de que los profesores tendrán manga ancha. —Carlisle adoptó un tono más grave—. Edward está destrozado con todo esto, como te puedes imaginar.

—No acabo de entenderlo. Él... ¿Edward te convenció para que te desplazaras hasta Phoenix?

—Sí. Estaba preocupadísimo cuando Bella se marchó. Se sentía responsable. Pensó que tenía que arreglar la situación.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Charlie con tono de perplejidad—. Todo iba como la seda y, de golpe y porrazo, Bella aparece aullando que le gusta tu hijo y que eso supone un problema, y de repente se escapa en mitad de la noche. ¿Edward te ha dado alguna explicación coherente?

—Sí, hemos tenido tiempo de hablarlo de camino hacia aquí. Por lo visto, Edward le confesó a Bella que sentía un gran cariño por ella. Dice que al principio parecía contenta, pero luego se mostró angustiada. Se disgustó y quiso volver a casa. Cuando llegaron, le dijo que se marchara.

—Sí, eso lo presencié.

—Edward todavía no entiende a qué vino todo eso. No tuvieron ocasión de hablar antes de...

Charlie suspiró.

—Yo sí lo entiendo. Es un asunto complicado que guarda relación con su madre. Reaccionó de un modo exagerado, supongo.

—Seguro que tenía sus razones.

Charlie carraspeó incómodo.

—Pero ¿tú qué piensas de esto, Carlisle? O sea, solo son adolescentes. ¿No es demasiado... intenso?

La risa de Carlisle sonó desenfadada.

—¿Tú recuerdas cómo te sentías cuando tenías diecisiete años?

—No, la verdad es que no.

Carlisle lanzó otra carcajada.

—¿Recuerdas la primera vez que te enamoraste?

Charlie guardó silencio un instante.

—Sí, me acuerdo. Es algo difícil de olvidar.

—Sí que lo es —suspiró Carlisle—. Lo siento mucho, Charlie. Si no hubiéramos venido, ella no habría estado en esa escalera.

—Venga, venga, no vayas por ahí, Carlisle. Si no hubierais ido, podría haberse caído por una ventana en cualquier otra parte. Y, de no haberos tenido cerca, no habría tenido tanta suerte.

—Me alegro de que esté a salvo.

—Me mata no estar allí.

—Estaría encantado de reservarte un billete...

—No, no, el problema no es ese. —Charlie suspiró—. Ya sabes que aquí arriba casi nunca pasa nada, pero por fin van a juzgar al autor de aquella agresión tan desagradable del verano pasado y, si no estoy aquí para testificar, la defensa lo aprovechará.

—Pues claro, Charlie. No te preocupes por nada. Haz tu trabajo, encierra a ese tipo malvado y yo me aseguraré de devolverte a Bella en buen estado, muy pronto.

—No me quedaría tranquilo si no estuvieras allí. Así que gracias otra vez. Enviaré a Renée. Seguro que Bella se alegra más de verla a ella, de todos modos.

—Es una idea estupenda. Será un placer conocer a la madre de Bella.

—Te lo advierto, se va a poner frenética.

—Sin duda es su prerrogativa como madre.

—Gracias de nuevo, Carlisle. Gracias por cuidar de mi niña.

—Es un placer, Charlie.

Carlisle apenas permaneció unos instantes conmigo después de cortar la comunicación. Le suponía un gran esfuerzo permanecer inactivo en un hospital repleto de mortales dolientes. Debería haber sido un consuelo que no dudara en dejar a Bella. No lo fue.

El siguiente hecho significativo fue la aparición de la madre de Bella. Casi habían tocado las doce cuando Alice me informó de que Renée llegaría a la habitación de Bella en quince minutos.

Procuré asearme lo mejor que pude en el cuarto de baño adjunto. Alice nos había traído ropa limpia, de modo que mi aspecto no era espantoso, al

menos. Por fortuna, cuando se me ocurrió echar un vistazo, mis ojos habían recuperado su tono normal, ocre oscuro. Tampoco es que un pequeño anillo rojo hubiera llamado la atención, con todo lo que estaba sucediendo; sencillamente, yo no quería verlo ahí.

Cuando me di el visto bueno a mí mismo, retomé mis cavilaciones. Me pregunté si la madre de Bella me responsabilizaría de lo sucedido más que su padre. Si alguno de los dos llegara a conocer la verdadera historia...

Algo inesperado cortó en seco mis lamentos. Algo que nunca había oído antes, lo que constituía un hecho extraordinario en sí mismo: una voz tan alta y clara que, por un instante, pensé que había entrado alguien en la habitación sin que me diera cuenta.

Mi hija. Por favor, que venga alguien. ¿Adónde tengo que ir? Mi pequeña...

Lo siguiente que pensé fue que una persona estaba chillando a pleno pulmón en el vestíbulo de la planta baja —y esa parecía ser la ubicación de la voz, ahora que me concentraba en ello—, pero nadie se percataba del alboroto.

En cambio, sí prestaban atención a otra cosa.

Una mujer de unos treinta años, quizás mayor. Guapa, pero visiblemente consternada ahora mismo. Su desconuelo era llamativo, evidente, aunque permanecía en silencio en un rincón apartado, como si no supiera qué hacer. Varios camilleros y dos enfermeras de turno se detuvieron a preguntarle si podían ayudarla.

Resultaba obvio que se trataba de la madre de Bella. La había visto en la mente de Charlie y el parecido con su hija era impactante. Yo había supuesto que el recuerdo de Charlie se correspondía con una Renée joven, pero también podría haber sido actual. No había envejecido demasiado. Me figuré que a menudo tomaban a Bella y a su madre por hermanas.

—Estoy buscando a mi hija. Ha ingresado esta tarde. Ha sufrido un accidente. Se ha caído por una ventana...

La voz física de Renée era normal y corriente, parecida a la de Bella, aunque una pizca más aguda. Su voz mental, en cambio, resultaba ensordecedora.

Me pareció fascinante observar las reacciones de las otras mentes. Nadie parecía advertir su sonora emisión mental y, sin embargo, todo el mundo corría a ofrecerle ayuda. De algún modo, captaban su necesidad y eran incapaces de desoírla. Un camillero y una enfermera la acompañaron por los pasillos y arrastraron su pequeña maleta, deseosos de ayudarla.

Recordé mis anteriores especulaciones sobre la madre de Bella; mi curiosidad por entender qué clase de mente se había conjugado con la de Charlie para crear una persona tan singular y fuera de lo común como Bella.

Renée y Charlie eran el día y la noche. Me pregunté si eso era precisamente lo que los había unido cuando se conocieron.

Con tal proliferación de guías, Renée no tardó en encontrar la habitación de su hija. Recogió a otro acompañante por el camino: la enfermera asignada a Bella, que se sintió impelida a seguirlos ante la urgencia que emanaba la madre.

Por un momento imaginé a Renée como vampira. ¿Serían sus pensamientos audibles por todos, ineludibles? De ser así, no gozaría de gran popularidad. Me sorprendí a mí mismo sonriendo ante mi ocurrencia, distraído de mis desvelos.

Renée entró en la habitación a toda prisa. Dejó la maleta en la puerta y la enfermera cerró desde dentro. Al principio la madre de Bella no reparó en mí, allí recostado contra la ventana; solamente tenía ojos para su hija. Bella yacía inmóvil, las magulladuras empezaban a hacerse visibles en su rostro. Le habían vendado la cabeza —si bien Carlisle había logrado evitar que le afeitasen el cabello— y tenía tubos y monitores conectados por todos los frentes. La pierna fracturada, escayolada de arriba abajo, yacía elevada sobre un soporte contorneado de espuma.

Bella, ay, cielo, pobrecita mía. Oh, no.

Otra semejanza con Bella: la sangre de Renée era dulce. No de igual modo que la de su hija. La de Renée era demasiado azucarada, casi empalagosa. Se trataba de una fragancia interesante, si bien no del todo apetecible. Nunca había percibido nada especial en el olor de Charlie, pero combinado con el de Renée había creado una mezcla potente.

—Está sedada —se apresuró a informar la enfermera cuando Renée se acercó a la cama con las manos extendidas—. Tendrá que dormir durante unos días, pero dentro de nada podrá hablar con ella.

—¿Puedo tocarla? —fue un susurro y un grito a la vez.

—Claro, le puede acariciar el brazo si quiere, pero con cuidado.

Renée se paró junto a su hija y le apoyó dos dedos en el antebrazo con sumo tiento. Las lágrimas fluyeron de sus ojos a raudales y la enfermera la abrazó con gesto maternal. Me resultó difícil contenerme. Yo también quería consolarla.

Cuánto lo siento, cielo. Cuánto lo siento.

—Venga, cariño, ya está. Se va a poner bien, ¿de acuerdo? Ese doctor tan guapo le ha practicado los puntos más perfectos que he visto en mi vida. No llores, corazón. ¿Por qué no te sientas aquí un ratito y descansas? Seguro que ha sido un viaje muy largo. ¿Vienes de Georgia?

Renée se sorbió la nariz.

—De Florida.

—Debes de estar agotada. Tu hija no irá a ninguna parte y tampoco nos va a dar un susto. ¿Por qué no intentas dormir un poco, cielo?

Renée se dejó acompañar hasta el sillón reclinable de vinilo azul que había en una esquina de la habitación.

—¿Necesitas algo? Tenemos artículos de aseo, si quieres lavarte un poco —le ofreció la enfermera. Me recordaba a la clásica abuelita, con el cabello largo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Según su plaquita de identificación, se llamaba Gloria. La había visto anteriormente sin fijarme demasiado en ella, pero ahora me sorprendí observándola con cariño. ¿Debía atribuirlo a su talante amable o me estaba influyendo el agradecimiento de Renée? Qué sensación tan extraña, estar cerca de alguien que proyectaba —al parecer de manera totalmente inconsciente— sus pensamientos con tanta potencia. Supuse que poseía un don similar al de Jasper, aunque poco refinado en comparación. Y no era una proyección emocional; sin duda alguna se trataba de sus pensamientos. Solo que yo era el único que sabía que los estaba captando.

Eso me permitió conocer una nueva dimensión de lo que había sido la vida de Bella en compañía de su madre. No era de extrañar que fuera tan protectora, tan acogedora. No era de extrañar que hubiera renunciado a la infancia por cuidar de esta mujer.

—He traído mis cosas. —Renée hizo un gesto en dirección a la pequeña maleta que había dejado en el umbral.

Yo empezaba a sentirme marginado. Ninguna de las dos se había percatado de que estaba allí, aunque mi presencia saltaba a la vista. Habían atenuado las luces para la noche, pero seguían brillando lo suficiente como para que las enfermeras pudieran hacer su trabajo.

Decidí hacerme notar.

—Yo se lo acerco.

Me apresuré a colocar la maleta en la pequeña consola junto a la butaca reclinable.

Tal y como le había ocurrido a Charlie, la primera reacción de Renée fue una pequeña descarga de miedo y adrenalina. Le quitó importancia al instante,

pensando que estaba agotada y que mi inesperada intervención la había sobresaltado.

Tengo los nervios de punta. ¿Quién será este chico? Mmm... ¿Será el médico guapo? Parece demasiado joven.

—Ah, hola, hijo —dijo Gloria en un tono levemente censurador. Ya se había acostumbrado a Carlisle y a mí—. Pensaba que te habías marchado a casa.

—Mi padre me ha pedido que le eche un vistazo a Bella mientras él ayuda al doctor Sadarangani. Me ha indicado ciertos detalles concretos que debo controlar.

Hoy había usado la misma excusa varias veces. Lo decía siempre con absoluta seguridad, y las enfermeras habían renunciado a sus objeciones.

—¿Todavía están trabajando? Se van a dormir de pie.

Como es natural, el doctor Sadarangani se había marchado a casa hacía rato. Sin embargo, había querido que el hematólogo del turno de noche conociera a Carlisle, y ahora este estaba examinando algunos de los casos más complicados.

La madre de Bella anunciaba a los cuatro vientos su desconcierto. Gloria intervino para hacer las presentaciones.

—Este es el hijo del doctor Cullen. Fue el doctor Cullen el que salvó la vida de su hija.

—Tú eres Edward —dedujo Renée.

¿Este es el novio? Ay, madre. Bella lo tiene crudo.

—Solo hay una butaca, cielo —insinuó Gloria—, y creo que la señora Dwyer la necesita más que tú.

—Por supuesto. He dormido hace un rato. Me puedo quedar de pie.

—Es muy tarde...

Quiero hablar con él.

—No pasa nada —dijo Renée en voz alta—. Me gustaría conocer los detalles del accidente, si es posible. Seremos muy silenciosos.

Me entraron ganas de reír al escuchar aquello.

—Pues claro. Haré la ronda y luego pasaré a echar un vistazo. Intenta descansar un rato, cariño.

Le dediqué a la enfermera la sonrisa más cálida que fui capaz de esbozar y su genio se apaciguó un tanto.

Pobre chico. Está preocupadísimo. No hay nada malo en que se quede, sobre todo si la madre anda por aquí.

Me acerqué a Renée y le tendí la mano. Ella la estrechó con desmayo, sin levantarse del asiento, agotada. Retrocedió ligeramente al notar el helor; un eco de la anterior descarga de adrenalina recorrió su cuerpo.

—Ah, lo siento, el aire acondicionado está muy alto aquí. Soy Edward Cullen. Me alegro mucho de conocerla, señora Dwyer, ojalá hubiera sido en mejores circunstancias.

Parece muy maduro. Su complacencia reverberó en la habitación.

—Lláname Renée —dijo sin pensar—. Lo... Lo siento, no sé ni lo que digo.

Vaya, qué guapo es.

—Pues claro que no. Debería descansar, como ha sugerido la enfermera.

—No —protestó Renée quedamente; con su voz física, al menos—. ¿Te importa hablar conmigo un momentito de nada?

—Por supuesto —respondí—. Seguro que tiene un millón de preguntas.

Eché mano de la silla de plástico que reposaba junto a la cama de Bella y la acerqué a Renée.

—No me había hablado de ti —declaró Renée. Sus sentimientos heridos vibraban en sus pensamientos.

—Lo... Lo siento. No llevábamos mucho tiempo... saliendo.

La mujer asintió y al momento suspiró.

—Me parece que es culpa mía. Phil tenía un calendario muy apretado y, bueno, no le he dedicado a Bella tanto tiempo como habría debido.

—Estoy seguro de que se lo iba a decir enseguida. —Y luego, por restaurar su amor propio, mentí—: Yo también tardé un tiempo en decírselo a mis padres. Ninguno de los dos queríamos hablar demasiado pronto, por si lo gafábamos. Fue una tontería.

Renée sonrió. *Qué monos.*

—No es ninguna tontería.

Le sonreí a mi vez.

Tiene una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera. Ay, espero que no esté jugando con ella.

Me sorprendí a mí mismo divagando para tranquilizarla.

—Lamento muchísimo lo que pasó. Me siento horriblemente responsable y haré cuanto esté en mi mano para remediarlo. Si pudiera cambiarme por ella, lo haría.

No estaba diciendo más que la pura verdad.

Ella me tranquilizó con unas palmaditas en el brazo. Me alegré de que la manga fuera lo bastante gruesa como para ocultar la temperatura de mi piel.

—No ha sido culpa tuya, Edward.

Ojalá tuviera razón.

—Charlie me contó parte de la historia, pero parecía muy confundido —dijo.

—Me parece que todos lo estábamos. Bella también.

Pensé en aquella noche, que empezó de un modo tan inocente, un derroche de diversión y felicidad. Con qué rapidez se habían torcido las cosas. Todavía me costaba asimilarlo.

—Yo tengo la culpa —se lamentó, súbitamente abatida—. Creo que es culpa mía que mi niña esté hecha un lío. Que huyera porque sentía algo por ti... Yo soy la responsable de eso.

—No, no lo creo. —Yo sabía hasta qué punto le había dolido a Bella decirle esas cosas a Charlie. E imaginaba lo que sentiría si supiera que su madre se culpaba a sí misma—. Bella es una persona sumamente terca. Hace lo que quiere. En cualquier caso, yo creo que solo necesitaba ver el sol.

Renée respondió a este último comentario con una sonrisa minúscula.

—Es posible.

—¿Le gustaría saber cómo ocurrió el accidente?

—No, solo lo he dicho para que la enfermera te dejara en paz. Bella se ha caído por una escalera, no es nada nuevo. —Me sorprendió la facilidad con que el padre y la madre de Bella aceptaban la historia—. Ha sido una desgracia que la ventana estuviera ahí.

—Ya lo creo.

—Solamente quería conocerte. Bella no se comportaría de este modo si sus sentimientos fueran superficiales. Nunca se había encariñado tanto con nadie. No estoy segura de que sepa cómo comportarse.

Sonreí una vez más.

—Ni ella ni yo.

Muy guapo, sí señor, pensó con recelo. Y encantador.

—Sé bueno con mi niña —me ordenó, ahora en tono más enérgico—. Bella siente las cosas con mucha intensidad.

—Le prometo que nunca haré nada que pueda lastimarla.

Pronuncié las palabras y lo hice de corazón —daría cualquier cosa por hacer feliz a Bella y mantenerla a salvo—, pero no estaba seguro de que fueran ciertas. Porque... ¿qué podía lastimar a Bella por encima de todo? Imposible obviar la respuesta más verdadera de todas.

Las semillas de granada y mi inframundo. ¿Acaso no acababa de presenciar un ejemplo brutal de cómo se podían torcer las cosas si ella

frecuentaba mi compañía? Y ahora yacía aquí destrozada a causa de eso precisamente.

Nada podía lastimarla tanto como seguir a mi lado, estaba claro.

Mmm, él cree hablar en serio. Bueno, a todos nos rompen el corazón un día u otro y luego lo superamos. Es parte de la vida. Pero entonces le vino a la mente el semblante de Charlie y se sintió incómoda. No puedo pensar ahora mismo, estoy agotada. Lo veré todo más claro por la mañana.

—Debería dormir. Es muy tarde en Florida. —El dolor distorsionó mi voz, pero ella no la conocía tan bien.

Asintió. Se le cerraban los ojos.

—¿Me despertará si necesita algo?

—Sí, lo haré.

Se acurrucó en la incómoda butaca y pronto perdió el mundo de vista.

Yo volví a colocar la silla junto a la cama de Bella. Me resultaba raro verla tan inmóvil mientras dormía. Deseé con toda mi alma que empezara a murmurar en sueños. Me pregunté si yo estaría allí con ella, en la oscuridad. No sabía si estaba bien albergar el deseo de que así fuera.

Mientras escuchaba respirar a madre e hija, pensé en Alice por primera vez desde que me había dejado aquí. No era nada propio de ella concederme tanto espacio, por muy alterado que estuviera. Me percaté de que había estado esperando que ella viniera o llamara para interesarse por Bella y por mí. E intuía la razón que la había empujado a evitarme.

Yo había tenido mucho tiempo para meditar los acontecimientos del día, pero no lo había hecho. Me había limitado a contemplar a Bella y a desear inútilmente haber sido más, haber sido mejor. Haber sabido lo que estaba bien y haberme aferrado a ello antes de que esta pesadilla la hubiese podido rozar siquiera.

Y entonces comprendí que tenía una tarea pendiente. Sabía que sería dolorosa y al mismo tiempo no lo bastante atroz. Merecía algo todavía peor si cabe. No quería dejar sola a Bella, pero no podía hacerlo aquí. Llamaría a Alice. No tenía claro dónde se había metido para esconderse de mí.

Salí al pasillo —despertando el interés de dos enfermeras, que ya se estaban preguntando si alguna vez abandonaría la habitación— y, antes de que me diera tiempo a sacar el teléfono, oí los pensamientos de Alice escaleras arriba. Atravesé la puerta que daba a la escalera para reunirme allí con ella.

Llevaba algo en las manos, un objeto pequeño y negro rodeado de un cordel fino, y me lo tendió como si deseara poder estrujarlo para destruirlo. En parte me sorprendió que no lo hubiera hecho.

He mantenido esta discusión contigo más de trescientas veces, pero no he podido convencerte.

—No, no puedes. Necesito verlo.

Corramos un tupido velo. Aquí tienes. Me plantó la cámara en las manos y advertí que se alegraba de deshacerse de ella. La cogí de mala gana. Me transmitió una energía siniestra. *Ve a alguna parte donde puedas estar solo.*

Asentí. Era un buen consejo.

Yo montaré guardia en la habitación de Bella. No hace falta, pero sé que te sentirás mejor.

—Gracias.

Alice cruzó la puerta y salió de la escalera a toda velocidad.

Deambulé por los pasillos, que estaban poco concurridos a esa hora de la noche, aunque no desiertos. Pensé en esconderme en una habitación vacía, pero no me parecían lo bastante aisladas. Llegué al vestíbulo de entrada y salí al jardín. Allí estaría más solo, aunque todavía veía al ocasional guardia de seguridad haciendo la ronda. Siempre y cuando caminara con decisión, no me molestarían. En cambio, de creer que estaba merodeando, sin duda me darían el alto.

Busqué un oasis de espacio vacío y me sentí aliviado al encontrar una zona libre de pensamientos humanos al otro lado de la gran rotonda.

Se me antojó irónico que el edificio desierto fuera la capilla del hospital, iluminada y abierta a pesar de la hora. Sabía que Carlisle habría hallado consuelo allí dentro, pero yo estaba convencido de que nada podía ayudarme ahora.

No encontré el modo de cerrarla desde dentro, así que me encaminé al otro extremo de la habitación, tan lejos de la puerta como me fuera posible. Había sillas de madera plegables en lugar de bancos. Arrastré una hacia la pared, a la sombra del órgano.

Alice me había prestado unos auriculares. Me los puse.

Cerrando los ojos, inspiré hondo. Una vez que lo viera, permanecería en mi mente para siempre. Jamás podría librarme de ello. Me pareció justo. Bella lo había vivido. Yo solamente tendría que mirarlo.

Abrí los ojos y encendí la cámara. La pantalla de reproducción medía poco más de cinco centímetros de largo. No supe si dar las gracias o si merecía contemplarlo a una escala mucho mayor.

El vídeo daba comienzo con un primer plano del rostro del rastreador. James. Un nombre demasiado inocuo para la clase de ser que era. Me sonrió y supe que pretendía exactamente eso: sonreírme a mí. Todo esto era por mí. Lo que estaba a punto de presenciar sería una conversación entre los dos. A una sola banda, pero lo que pasaría no sería tanto para lastimar a Bella como para hacerme daño a mí.

—Hola —dijo en un tono amistoso—. Bienvenido al espectáculo. Espero que te diviertas con la función que he preparado. Lamento que sea un tanto apresurada e improvisada. ¿Quién iba a pensar que ganar la partida me costaría solamente unos días? Antes de que se levante el telón, por decirlo de algún modo, me gustaría recordarte que tú tienes la culpa de todo esto. Si no te hubieras interpuesto en mi camino, habría sido muy rápido. Pero así es más divertido, ¿verdad? ¡Lo dicho, a disfrutar!

La imagen se fundió a negro y comenzó una nueva escena. Reconocí el ángulo de la cámara. La había colocado encima del televisor, enfocando a la larga pared de espejos. Se veía al rastreador retrocediendo. El rápido movimiento, según se desplazaba al extremo derecho del plano, era casi invisible para la cámara, que únicamente captó un parpadeo distorsionado. El rastreador se acomodó allí, junto a la salida de emergencia, petrificado en el sitio con una mano extendida. En esa mano, un rectángulo negro. Un mando a distancia. Tenía la cabeza levemente inclinada a un lado para aguzar el oído. Percibió un sonido demasiado tenue para quedar registrado en el audio y sonrió directamente a la cámara. A mí.

Y entonces yo también pude oírla. El rumor de unos pasos torpes. Una respiración agitada. Se abrió una puerta y luego hubo una pausa.

El rastreador levantó el mando y pulsó una tecla.

Más alta que ningún otro sonido hasta el momento, procedente de los altavoces situados bajo la cámara, la voz de la madre de Bella exclamó angustiada:

—¿Bella? ¿Bella?

En la otra habitación, la carrera se reanudó.

—¿Bella, me has asustado! —dijo Renée.

Bella irrumpió en la habitación, aterrada, buscando con la mirada.

—No lo vuelvas a hacer nunca más —prosiguió la madre entre risas.

Bella se volvió a toda prisa hacia la voz de su madre y quedó de cara a mí, con la mirada enfocada justo debajo de la cámara. Observé el destello de comprensión en sus ojos. Todavía no había procesado del todo que le habían

tendido una trampa, pero el alivio se insinuó en su expresión. Su madre no corría peligro.

Los altavoces enmudecieron. Bella se desplazó a regañadientes. No quería verlo, pero sabía que el rastreador estaba allí. Su postura se crispó cuando sus ojos dieron con él, inmóvil como una estatua. Yo solo alcanzaba a atisbar el perfil de Bella. En cambio, pude ver con absoluta claridad la sonrisa que él le dedicó.

El rastreador se acercó y tuve que relajar la mano. Todavía no podía permitirme triturar la cámara entre los dedos. Pasando muy cerca de ella, se acercó al televisor y depositó el mando junto al vídeo. Al hacerlo, miró a la cámara y me hizo un guiño. A continuación, se volvió a mirarla. Ahora él me daba la espalda, pero podía ver perfectamente a Bella. La cámara grababa desde un ángulo que me impedía vislumbrar al cazador a través de los espejos. Debía de haber sido un error por su parte. Seguro que deseaba dejar constancia de su actuación.

—Lamento esto, Bella, pero ¿acaso no es mejor que tu madre no se haya visto implicada en este asunto?

Bella lo miró con una expresión rara, casi apacible en el rostro.

—Sí.

—No pareces enfadada porque te haya engañado.

—No lo estoy. —Su tono de voz exudaba sinceridad.

El rastreador titubeó un instante.

—¡Qué extraño! Lo piensas de verdad. —Ladeó la cabeza, pero yo no tenía forma de saber qué se le pasaba por la mente—. He de concederle algo a vuestro extraño aquelarre: vosotros, los humanos, podéis resultar bastante interesantes. Supongo que observaros debe de ser toda una atracción. Y lo extraño es que muchos de vosotros no parecéis tener conciencia alguna de lo interesantes que sois.

Se inclinó hacia ella como esperando una respuesta, pero Bella guardó silencio. Sus ojos estaban velados, no delataban nada.

—Supongo que ahora vas a decirme que tu novio te vengará —adivinó en tono de mofa. La burla no iba dirigida a ella.

—No, no lo creo —respondió Bella con tranquilidad—. De hecho, le he pedido que no lo haga.

—¿Y qué te ha contestado?

—No lo sé. Le he dejado una carta.

«Te lo suplico, por favor, no le sigas», me había escrito en la misiva. «Te quiero. Perdóname».

Bella actuaba casi con indiferencia. Esto pareció irritar al rastreador, que endureció la voz para adoptar un tono más amenazante.

—¡Qué romántico! —El sarcasmo se podía palpar—. Una última carta. ¿Y crees que te hará caso?

La mirada de Bella seguía siendo indescifrable, pero su rostro reflejaba serenidad cuando dijo:

—Eso espero.

«Por favor, es lo único que te pido», había escrito. «Hazlo por mí».

—Mmm. Bueno, en tal caso, tenemos expectativas distintas. —Un matiz irritado asomó a su voz. El aplomo de Bella estaba dando al traste con la escena que él había imaginado—. Verás, esto ha sido demasiado fácil, demasiado rápido. Para serte sincero, me siento decepcionado. Esperaba un desafío mucho mayor. Y, después de todo, solo he necesitado un poco de suerte.

Bella lo miraba con una expresión de paciencia en el semblante, como una madre que sabe que el relato de su pequeño será largo e inconexo, pero está dispuesta a seguirle la corriente de todos modos.

El rastreador respondió endureciendo su tono.

—Hice que Victoria averiguara más cosas sobre ti cuando no consiguió atrapar a tu padre. Carecía de sentido darte caza por todo el planeta cuando podía esperar cómodamente en un lugar de mi elección...

Siguió hablando, haciendo esfuerzos por articular las palabras con lentitud y petulancia, pero percibí la frustración que se filtraba en su discurso. Adoptó un ritmo más rápido. Bella no reaccionó. Aguardó, paciente y educada. Saltaba a la vista que la actitud de ella lo estaba descolocando.

Yo no había meditado a fondo sobre cómo había conseguido el rastreador dar con Bella —no habíamos tenido tiempo de nada, solo de actuar a toda prisa—, pero sus palabras tenían lógica. Nada de lo que dijo me sorprendió. Me encogí compungido cuando comprendí que nuestro viaje a Phoenix había desencadenado su último movimiento. Pero ese era solo uno más de los mil errores que pesaban sobre mi conciencia.

El monólogo estaba llegando a su fin —¿pensaba acaso que me impresionaría?— e intenté prepararme para lo que venía a continuación.

—Demasiado fácil, como ves. En realidad, nada que esté a mi altura. En fin, espero que te equivoques con tu novio. Se llama Edward, ¿verdad?

Qué ridículo por su parte, fingir que había olvidado mi nombre. Era tan improbable como que yo olvidara el suyo algún día.

Bella no respondió. Ahora parecía un tanto desconcertada. Como si no acabara de entender a qué venía tanto teatro. No comprendía que la representación no estaba destinada a ella.

—¿Te molestaría mucho que yo también le dejara una cartita a tu Edward?

El rastreador retrocedió hasta desaparecer del plano. Súbitamente, la cámara hizo zoom en el rostro de Bella.

Supe interpretar su expresión a la perfección. Empezaba a atar cabos. Sabía desde el principio que la iba a matar. No había contemplado la posibilidad de que antes la torturara. El terror asomó a sus ojos por primera vez desde que había descubierto que su madre estaba a salvo.

Mi miedo y horror crecieron en la misma medida que los suyos. ¿Cómo iba yo a sobrevivir a esto? No lo sabía. Pero ella había sobrevivido, de modo que yo también debía hacerlo.

Cuando el rastreador se hubo asegurado de que yo había tenido tiempo de asimilar el miedo incipiente de Bella, amplió el plano otra vez y alteró el ángulo ligeramente para que pudiera ver su reflejo en el espejo, por encima del hombro de ella.

—Lo siento, pero dudo de que se vaya a resistir a darme caza después de ver esto. —De nuevo estaba satisfecho con su película. El terror de Bella aportaba el melodrama que él había esperado, ansiado—. Y no quiero que se pierda nada. Todo esto es por él, claro. Tú simplemente eres una humana que, desafortunadamente, estaba en el sitio equivocado y en el momento equivocado, y podría añadir también que en compañía de la gente equivocada.

Entró en el plano otra vez cuando se acercó a ella. Su sonrisa se reflejaba distorsionada en los espejos.

—Antes de que empecemos...

Los labios de Bella estaban blancos.

—Hay algo que me gustaría restregarle un poco por las narices a tu novio. —Sus ojos me miraron a través del espejo—. La solución fue obvia desde el principio y siempre temí que tu Edward se percatara y echara a perder la diversión. Me pasó una vez, oh, sí, hace siglos. La primera y la última vez que se me ha escapado una presa.

Alice me había señalado la manera de lograr que el rastreador perdiera el interés. Él no sabía que yo había descartado la idea. Jamás habría comprendido mis razones.

Dio comienzo a otro monólogo y, aunque yo sabía que la necesidad del rastreador de alardear había sido la única razón por la que Bella había

sobrevivido el tiempo suficiente como para que pudiéramos llegar a rescatarla, me rechinaron los dientes de pura rabia; hasta que pronunció la palabra «amiguita», y comprendí que había algo más. Eso era lo que Bella había intentado decirnos. «Alice, el vídeo... Te conocía, Alice, conocía tu procedencia».

—... La pobre criaturita ni siquiera pareció notar el dolor —explicaba ahora el rastreador—. Había permanecido demasiado tiempo en aquel agujero negro de su celda. Cien años antes la habrían quemado en la hoguera por sus visiones, pero en el siglo XIX te llevaban al psiquiátrico y te administraban tratamientos de electroshock. Cuando abrió los ojos, fortalecida con su nueva juventud, fue como si nunca antes hubiera visto el sol. El viejo la convirtió en un nuevo y poderoso vampiro, pero entonces yo ya no tenía ningún aliciente para tocarla. En venganza, maté al viejo.

—Alice —musitó Bella. La revelación no devolvió el color a su rostro. Ahora sus labios habían adquirido un leve matiz verdoso. ¿Se desmayaría? Me sorprendí a mí mismo ansiando un descanso, un momento de respiro, aun sabiendo que no podía durar.

Había mucho que meditar sobre todo este asunto, y en algún momento querría saber qué había sentido Alice ante la revelación, pero no ahora. No ahora.

—Sí, tu amiguita. Me sorprendió verla en el claro. —De nuevo entabló contacto visual conmigo—. Así que supongo que su aquelarre debería ser capaz de extraer algún tipo de consuelo de esta experiencia. Yo te tengo a ti y ellos la tienen a ella. La única víctima que se me ha escapado, todo un honor, la verdad.

»Y tenía un olor realmente delicioso. Aún lamento no haber podido probarla... Oía incluso mejor que tú. Perdóname, no quiero ofenderte, tú hueles francamente bien. Un poco floral, creo...

Se fue acercando cada vez más hasta cernirse sobre ella, le acercó una mano y yo estuve a punto de aplastar la cámara una vez más. No le hizo daño, todavía no, se limitó a jugar con un mechón de su pelo para saborear su miedo. Para exprimirlo.

Me deslicé de la silla para sentarme en el suelo y dejé la cámara a mi lado. Entrelacé las manos con fuerza. Fue una buena decisión, porque a continuación el rastreador le acarició la mejilla con suavidad y yo me pregunté si acabaría por romperme los dedos.

—No, no lo entiendo —concluyó el rastreador—. En fin, supongo que deberíamos continuar. —Volvió a mirarme con un amago de sonrisa en los

labios. Quería transmitirme que estaba ansioso, que lo iba a disfrutar—. Luego podré telefonar a tus amigos y decirles dónde te pueden encontrar, con mi pequeño mensaje.

Bella empezó a temblar. Tenía el rostro tan lívido que me sorprendió que no se le doblaran las rodillas. El rastreador procedió a rodearla al mismo tiempo que me sonreía a través del espejo. Se agachó, deslizó los ojos a la cara de Bella y la sonrisa se convirtió en un despliegue de dientes.

Aterrorizada, echó a correr hacia la salida de emergencia. Era lo que el rastreador estaba esperando, supuse, el mismo acto que había estado tratando de inducirle. La dentadura al descubierto mudó en una sonrisa complacida cuando saltó para cortarle el paso y la estampó contra la pared de espejos con un despectivo revés.

Bella voló por los aires durante un intervalo fugaz, interminable, y por fin, entre golpes metálicos, crujido de huesos y ruido de cristales rotos, se estampó contra la barra de latón y los espejos. La barra de ballet se soltó de los soportes para estrellarse contra la tarima del suelo. El cuerpo la siguió al instante, desmadejado, y Bella se desplomó sobre un fondo de esquirlas que destellaban como purpurina al reflejo de la luz. De nuevo deseé que estuviera inconsciente. Pero entonces vi sus ojos.

Perplejos, impotentes, petrificados.

Me dolían las manos de mi propia presión aplastante, pero no podía relajarlas.

El rastreador se acercó despacio, mirando a cámara a través del espejo, igual que si buscase mis ojos.

—Esto hará un efecto muy bonito —me indicó, con la intención de que valorase como merecía la escena que había preparado—. Pensé que esta habitación le daría una ambientación visualmente dramática a mi pequeña película. Por eso escogí este lugar para encontrarnos. Es perfecto, ¿a que sí?

No supe si Bella era consciente de que estaba momentáneamente distraído o si estaba actuando por instinto de supervivencia y nada más, pero se retorció dolorosamente para apoyar las manos en el suelo y empezó a gatear hacia la entrada.

El cazador se rio en silencio de su patético intento y al momento se había plantado ante ella.

Alice me había enseñado esta parte. Deseé poder desviar la mirada. Pero no podía, y el pie del rastreador le pateó con fuerza la espinilla. Oí dos chasquidos cuando se le quebraron la tibia y el peroné.

Todo su cuerpo se crispó y su grito saturó la pequeña sala al rebotar contra el cristal y la madera del suelo. Tuve la sensación de que me taladraban los oídos a través de los auriculares. El rostro de Bella se congestionó de puro dolor y minúsculos capilares estallaron en sus ojos.

—¿Te gustaría reconsiderar tu última petición? —le preguntó a Bella; ahora toda su atención se centraba en ella. Alargó la punta del pie y la posó con delicadeza en el centro de la fractura.

Bella volvió a chillar, un grito desgarrado que se abría paso desde lo más profundo de su garganta.

—¿Sigues sin querer que Edward intente encontrarme? —apuntó el rastreador, como un director desde un lateral del escenario.

No dejaría de torturarla hasta que ella me suplicase que le diera caza. Yo entendería que le había arrancado la respuesta, Bella tenía que saberlo. No podía tardar en darle lo que quería.

—Dile lo que quiere oír —le susurré inútilmente.

—¡No! —exclamó con voz ronca. Por primera vez clavó los ojos en el objetivo de la cámara. Con una súplica en el semblante, me habló directamente a mí—: No, Edward, no lo...

Bella estaba mirando hacia arriba, y el rastreador lo aprovechó para propinarle una patada en la cara.

Yo ya había visto la huella de ese golpe empezar a insinuarse en el lado izquierdo de su rostro. Le había provocado dos pequeñas fisuras en el pómulos. Había sido cuidadoso, consciente de que, si la pateaba con una mínima fracción de su fuerza, la mataría, y todavía no había terminado. Fue un golpecito de nada en realidad.

Ella salió volando una vez más.

Observando su trayectoria, advertí el error del rastreador al instante.

El cristal ya estaba roto, y los bordes afilados asomaban como desiguales dientes de plata. Su cabeza golpeó en el mismo punto que antes, pero esta vez los fragmentos del cristal le rasgaron el cuero cabelludo en cuanto la gravedad la arrastró al suelo. Era imposible obviar el ruido de la piel al desgarrarse.

El rastreador se volvió a mirar y, en el espejo, atisbé la tensión de su rostro cuando comprendió lo que acababa de hacer.

La sangre empapó el pelo de Bella y goteó como hilillos de color escarlata por los laterales de su cara para bajar por el cuello y encharcarse en los huecos de la clavícula. La imagen me incendió la garganta y evocó el sabor de esa sangre.

El líquido alcanzó el suelo; caía en sonoros goterones que se acumulaban alrededor de sus codos.

Había tanta sangre y fluía con tal rapidez... La imagen era abrumadora. Asombrado de que Bella hubiera sobrevivido a esto, seguí mirando. El rastreador también observaba, ahora sin la menor traza de la planificación y la soberbia anteriores. Su rostro se tornó fiero, inhumano. En su fuero interno, una pequeña parte de su ser quería dominar la sed —lo veía en sus ojos—, pero no había aprendido a controlarse. Apenas se acordaba ya del público ni de la función.

Un gruñido de depredador escapó entre los dientes del rastreador. Ella levantó una mano instintivamente para protegerse. Ya tenía los ojos cerrados, la vida abandonaba su semblante.

Un crujido explosivo, un rugido. El rastreador se abalanzó. Una silueta pálida recorrió la imagen a tal velocidad que era imposible distinguirla. El cazador desapareció de la escena. Vi la marca escarlata de sus dientes en la palma de Bella y luego esa mano cayó exangüe sobre el charco de sangre con el más leve de los chapoteos.

Entumecido, me vi a mí mismo sollozar en la pantalla y a Carlisle ponerse manos a la obra para salvar a Bella. La esquina inferior derecha de la filmación atrajo mi mirada. Allí, de tanto en tanto, asomaba una imagen fugaz del rastreador. El codo de Emmett, la nuca de Jasper. Era imposible formarse una idea de la batalla a través de esos atisbos instantáneos. Algún día les pediría a Emmett o a Jasper que me la relataran. Dudaba que la historia amortiguara la rabia que me embargaba. Ni aunque hubiera sido yo el que hubiera desmembrado al cazador y lo hubiera quemado me habría sentido mejor. Nada podía reparar esto.

Por fin, Alice se acercó al objetivo. Un rictus de indecible sufrimiento atravesó sus facciones y supe que la había asaltado una visión de la filmación y también, estaba seguro, de mí mismo contemplándola en este momento. Recogió la cámara y la pantalla se oscureció.

Alargué la mano despacio hacia el aparato. A continuación, con idéntica lentitud, la aplasté metódicamente hasta dejarla convertida en un amasijo de metal y polvo de plástico.

Cuando hube terminado, extraje del bolsillo de mi camisa el pequeño tapón que llevaba conmigo desde hacía semanas. Mi recuerdo de Bella, mi talismán, el objeto que me vinculaba físicamente a ella, ridículo pero tranquilizador.

Destelló sin vida en mi mano un instante. Lo pulvericé entre el índice y el pulgar y dejé que los fragmentos de acero cayeran sobre los restos de la cámara.

No merecía ningún vínculo, no tenía el más mínimo derecho sobre ella.

Me quedé sentado largo rato en la capilla desierta. En cierto momento, una música empezó a sonar suavemente desde los altavoces, pero nadie entró y no percibí señal alguna de que alguien hubiera reparado en mi presencia. Supuse que la música estaba conectada a un temporizador automático. Era el *Adagio sostenuto* del concierto para piano número dos de Rachmaninoff.

Lo escuché, helado y entumecido, mientras me recordaba a mí mismo que Bella se iba a recuperar. Que podía levantarme y regresar a su lado. Que Alice había visto sus ojos abiertos antes de que transcurrieran treinta y seis horas. Un día, una noche y un día más.

Nada de todo eso me parecía relevante ahora mismo. Porque yo era el culpable de tanto sufrimiento.

Al otro lado de los ventanales, la negrura de la noche cedía el paso despacio a un cielo grisáceo.

Y entonces hice algo que llevaba un siglo entero sin hacer.

Me aovillé en el suelo, inerte de pura angustia... y recé.

No le recé a mi Dios. Instintivamente, siempre había sabido que no había divinidad para los míos. Los inmortales no necesitaban un dios; estábamos por encima de cualquier designio divino. Nosotros creábamos nuestras vidas, y tan solo el poder de un igual era lo suficientemente fuerte como para privarnos de ellas. Los terremotos no podían aplastarnos, no nos ahogábamos con las inundaciones, los incendios no podían alcanzarnos. El fuego y el azufre de nada servían. Éramos los dioses de nuestro propio universo alternativo. En un mundo mortal, pero por encima de este, nunca esclavos de sus leyes, únicamente de las nuestras.

Yo no pertenecía a ningún Dios. No tenía a quien suplicar. Carlisle pensaba de otro modo y quizá, solo quizá, existiera el perdón para alguien como él. Pero yo no me podía comparar con Carlisle. Estaba manchado, como el resto de mi especie.

En vez de eso, le recé al Dios de Bella. Porque, si realmente había un poder más elevado y benevolente en su universo, sin duda sufría por ella, la más valiente y bondadosa de sus hijas. Y, de no ser así, entonces tal entidad no tenía razón de ser. Estaba convencido de que ese Dios inaccesible, si acaso existía, se preocupaba por ella.

Así pues, imploré a su Dios para que me diera las fuerzas que iba a necesitar. Sabía que yo no las poseía; el poder tendría que venirme dado. Recordé con absoluta claridad las visiones de Alice que mostraban a una Bella desamparada; su semblante desolado, ensombrecido, vacío, hueco. Su dolor y sus pesadillas. Nunca había sido capaz de imaginar una versión en la que mi determinación no flaqueara, en la que no transigiera al conocer su sufrimiento. No podía imaginarlo ahora. Pero tendría que hacerlo. Tendría que reunir las fuerzas.

Le supliqué a su Dios con toda la angustia de mi alma condenada y maldita que me ayudara a proteger a Bella de mí mismo.

29. Punto muerto

Alice había visto el momento en que Bella por fin abriría los ojos. Había razones prácticas que me obligaban a pasar un rato a solas con ella antes de que hablara con nadie más; Bella ignoraba las coartadas que habíamos construido para protegernos. Alice o Carlisle podrían haberse ocupado de esto, obviamente, y Bella era lo bastante lista como para fingir amnesia hasta conocer los detalles de la historia, pero Alice era consciente de que yo necesitaba algo más que aclararle el relato.

Durante las horas de espera, Alice le había explicado a Renée quién era y luego había desplegado sus encantos hasta que ambas se habían convertido en íntimas amigas, al menos en la mente de la madre de Bella. Fue Alice quien convenció a Renée de que la acompañara a almorzar en el instante más oportuno.

El momento llegó poco después de la una de la tarde. Yo había cerrado las persianas contra el sol de la mañana, pero pronto podría abrirlas. El sol daba ahora en la fachada opuesta del hospital.

En cuanto Renée se marchó, arrimé la silla a la cama de Bella y apoyé los codos en el borde del colchón, cerca de su hombro. No sabía si sería consciente de que había pasado el tiempo o si su mente regresaría automáticamente a la maldita sala de espejos. Sería necesario tranquilizarla, y la conocía lo suficiente como para estar seguro de que ver mi cara la apaciguaría. Para bien o para mal, yo le inspiraba paz.

Empezó a mostrar signos de inquietud a la hora prevista. Se había movido otras veces, pero ahora sus intentos parecían más focalizados. Arrugó la frente cuando los movimientos le provocaron dolor y la pequeña uve de estrés se dibujó en su entrecejo. Como tantas veces hubiera querido hacer en el pasado, le pasé el dedo índice por el ceño con suavidad, para borrarlo. La uve se atenuó levemente y Bella empezó a pestañear. La señal del monitor cardíaco se aceleró.

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Lo intentó de nuevo, ahora entornando los párpados para que las luces no la deslumbraran. Desvió la vista hacia la ventana mientras sus ojos se acostumbraban. Su pulso se tornó más rápido. Enredándose con los cables que llevaba conectados a las manos, trató de alcanzar el tubo de la nariz con la clara intención de arrancárselo. Se lo impidió.

—No lo hagas —dije con suavidad.

Tan pronto como oyó mi voz, su corazón se apaciguó.

—¿Edward? —No pudo volver la cabeza tanto como habría querido. Me acerqué todavía más. Nuestras miradas se anclaron y sus ojos, aún surcados de pinceladas rojas, se inundaron de lágrimas—. Ay, Edward, cuánto lo siento.

Su disculpa me dolió de un modo muy concreto y penetrante.

—Shhh... —insistí—. Ahora todo está en orden.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó. Su frente se arrugó de nuevo, como si intentara resolver un acertijo.

Yo tenía preparada la respuesta. Había meditado a fondo la manera más suave de explicárselo. Pero, en vez de atenerme al plan, mis miedos y remordimientos escaparon a borbotones por mis labios.

—Estuve a punto de llegar tarde. Pude no haber llegado a tiempo.

Me miró fijamente durante un rato y pude ver cómo los recuerdos iban asomando a sus ojos. Hizo una mueca de dolor, su respiración se aceleró.

—Qué tonta fui. Creí que tenía a mi madre en su poder.

—Nos engañó a todos.

Un pensamiento urgente se dibujó en su entrecejo.

—Tengo que llamar a Charlie y a mamá.

—Alice los ha llamado. —Había tomado el relevo de Carlisle y ahora charlaba con Charlie varias veces al día. Al igual que Renée, el padre de Bella había sucumbido por completo a su hechizo. Yo sabía que Alice ya tenía preparada la llamada posterior al despertar. Estaba emocionada ante la idea de efectuarla hoy mismo—. Renée está aquí, bueno, en el hospital. Se acaba de marchar a comer algo.

Bella desplazó el peso como si hiciera esfuerzos por levantarse de la cama.

—¿Está aquí?

La retuve por el hombro y la empujé de vuelta al colchón con suavidad. Pestañeó unas cuantas veces y miró a su alrededor, mareada.

—Va a volver enseguida —le aseguré—. Y tú necesitas permanecer en reposo.

La información no la apaciguó como yo había esperado. Una expresión aterrada asomó a sus ojos.

—Pero ¿qué le has dicho? ¿Por qué le has dicho que me habían hospitalizado?

Esbocé una sonrisa mínima.

—Rodaste por dos tramos de escaleras antes de caer por una ventana.

Habida cuenta de la facilidad con que los padres de Bella habían acogido el relato —no solo como si fuera plausible, sino también algo de esperar— me pareció adecuado añadir:

—Has de admitir que pudo suceder.

Suspiró, pero parecía más tranquila ahora que conocía la coartada. Durante unos segundos observó su propio cuerpo cubierto por las sábanas.

—¿Cómo estoy? —quiso saber.

Le hice una lista de las lesiones más graves.

—Tienes rota una pierna y cuatro costillas, algunas contusiones en la cabeza y magulladuras por todo el cuerpo, y has perdido mucha sangre. Te han efectuado varias transfusiones. No me gustó, hizo que olieras mal durante un tiempo.

Sonrió e hizo una mueca de dolor.

—Eso debió de suponer un cambio agradable para ti.

—No, me gusta cómo hueles.

Me miró a los ojos con suma atención, como buscando algo. Tras un largo rato, me preguntó:

—¿Cómo lo conseguiste?

No entendía por qué este asunto se me antojaba tan desagradable. Al fin y al cabo, lo había logrado. Sabía que mi proeza había causado una honda impresión en Emmett, Jasper y Alice. Sin embargo, yo lo veía distinto. Había estado a punto de sucumbir. Recordaba con espantosa claridad hasta qué punto mi cuerpo había deseado permanecer por siempre en ese estado de éxtasis.

Ya no podía sostener su mirada. Bajé la vista hacia su mano y la tomé con cuidado. Los cables se derramaron por los lados.

—No estoy seguro —musité.

No dijo nada y noté sus ojos clavados en mí mientras esperaba una respuesta mejor. Suspiré. Cuando por fin hablé, lo hice casi en susurros.

—Era imposible... contenerse. Imposible. Pero lo hice. —Intenté sonreír, mirarla a los ojos—. Debe de ser que te quiero.

—¿Tengo un sabor tan bueno como mi olor?

Trató de acompañar la broma con una sonrisa, pero su gesto se crispó cuando notó un pinchazo en el pómulo.

Ni siquiera intenté seguirle la corriente. Obviamente, Bella no debería estar sonriendo.

—Mejor aún —respondí de corazón, aunque con un matiz de amargura—. Mejor de lo que imaginaba.

—Lo siento.

Puse los ojos en blanco.

—Tienes mucho por lo que disculparte.

Escudriñó mi semblante y no le gustó lo que encontró.

—¿Por qué debería disculparme?

Por nada, quise decirle, pero noté que necesitaba disculparse, de modo que le ofrecí algo que meditar.

—Por estar a punto de apartarte de mí para siempre.

Ella asintió con aire ausente, dándome la razón.

—Lo siento.

Acaricié el dorso de su mano y me pregunté si podría notar mi contacto a través de todas esas vendas.

—Sé por qué lo hiciste. Sigue siendo una locura, por supuesto. Deberías haberme esperado, deberías habérmelo dicho.

Bella no estaba de acuerdo.

—No me habrías dejado ir.

—No —respondí entre dientes—. No te habría dejado.

Sus ojos se perdieron en el infinito unos instantes, el pulso se le aceleró. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Al momento siseó de dolor.

—Bella, ¿qué te pasa?

Reprimió un sollozo.

—¿Qué le ocurrió a James?

Bueno, al menos en ese aspecto sí podía tranquilizarla.

—Emmett y Jasper se encargaron de él después de que yo te lo quitase de encima.

Bella frunció el ceño, hizo una mueca de dolor y por fin su expresión se suavizó.

—No vi a ninguno de los dos allí.

—Tuvieron que salir de la habitación... Había demasiada sangre.

Un río de sangre. Por un momento me sentí como si el líquido todavía empapase mi cuerpo.

—Pero tú te quedaste —musitó.

—Sí, yo me quedé.

—Y Alice y Carlisle... —Su voz emanaba asombro.

Esbocé un atisbo de sonrisa.

—Ya sabes, ambos te quieren.

Su expresión mudó otra vez en una de ansiedad.

—¿Ha visto Alice la cinta de vídeo?

—Sí.

De momento habíamos evitado hablar del tema. Yo sabía que Alice estaba llevando a cabo su propia investigación y ella era consciente de que yo no estaba preparado para discutir la grabación con ella aún.

—Alice siempre vivió en la oscuridad —dijo Bella en tono angustiado—. Por eso no recordaba nada.

Era tan propio de Bella preocuparse por otra persona aun en momentos como este...

—Lo sé, y ahora ella por fin lo entiende todo.

No sé qué emoción cruzó mi semblante, pero fuera cual fuese inquietó a Bella. Intentó acariciarme la mejilla y se detuvo cuando notó el tirón de la vía intravenosa.

—¡Ay! —se quejó.

¿Se la había arrancado? El movimiento no había sido tan brusco... En cualquier caso, yo no era la persona más adecuada para examinarlo.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—¡Agujas! —replicó. Ahora miraba al techo, tan concentrada como si en vez de placas acústicas hubiera algo realmente fascinante ahí arriba. Inspiró hondo y me quedé perplejo al advertir un matiz verdoso en sus labios.

—Te asustan las agujas —gruñí—. ¿Un vampiro sádico que pretende torturarla hasta la muerte? Claro, sin problemas, ella se escapa para reunirse con él. Pero una vía intravenosa es otra cosa...

Bella puso los ojos en blanco. El tono verdoso empezaba a desaparecer. A continuación, deslizó la mirada hacia mí para preguntar en tono preocupado:

—¿Por qué estás aquí?

Yo había creído que..., pero daba igual.

—¿Quieres que me vaya?

Tal vez la promesa que me había hecho a mí mismo resultara más fácil de cumplir de lo que yo pensaba, después de todo. Un dolor lacerante me

atravesó la zona de mi obsoleto corazón.

—¡No! —protestó, prácticamente a voz en grito. Al momento bajó el volumen para hablar casi en susurros—: No, te preguntaba por qué cree mi madre que estás aquí. Necesito tener preparada mi versión antes de que ella vuelva.

—Ah.

Pues claro, no sería tan sencillo. Una y otra vez daba por supuesto que se había hartado de mí, pero nunca acertaba.

—Vine a Phoenix para hacerte entrar en razón —aclaré con el mismo tono de voz sincero y cándido que empleaba para convencer a las enfermeras de que debía quedarme en la habitación—. Y persuadirte de que volvieras a Forks. Aceptaste verme y acudiste en coche hasta el hotel en el que me alojaba con Carlisle y Alice. —Abrí los ojos de par en par para otorgarles una expresión todavía más inocente—. Yo estaba bajo supervisión paterna, por supuesto... Pero tropezaste cuando ibas de camino a mi habitación y..., bueno, ya sabes el resto. Ahora bien, no necesitas acordarte de ningún detalle. Dispones de una magnífica excusa para poder enmarañar los aspectos más concretos.

Lo estuvo meditando un rato.

—Esa historia tiene algunos flecos, como la rotura de los cristales.

Se me escapó una sonrisa.

—En realidad, no. Alice se ha divertido un poco preparando pruebas. Ha puesto gran cuidado en que todo parezca convincente. Probablemente podrías demandar al hotel, si así lo quisieras.

La idea la escandalizó, como era de esperar.

Le acaricié la mejilla ilesa.

—No tienes de qué preocuparte. Tu único trabajo es curarte.

Al momento se le disparó el pulso. Busqué signos de dolor, repasé mis palabras por si había dicho algo que la hubiera podido perturbar, pero entonces advertí que tenía las pupilas dilatadas y caí en la cuenta. Estaba reaccionando a mi contacto.

Se concentró en el monitor que indicaba los excesos de su corazón y entornó los ojos.

—Esto va a resultar embarazoso.

Me reí en silencio de su expresión. Un suave rubor estaba tiñendo su mejilla sana.

—Mmm... Me pregunto si...

Ya estaba a pocos centímetros de su cara. Despacio, salvé la distancia. El latido se aceleró. Cuando la besé, rozándola apenas con los labios, su pulso trastabilló. Se le paró un instante el corazón, literalmente.

Me aparté a toda prisa y solo me quedé tranquilo cuando sus latidos recuperaron una cadencia armoniosa.

—Parece ser que debo tener contigo aún más cuidado que de costumbre...

Frunció el ceño, hizo una mueca de dolor y dijo:

—Todavía no había terminado de besarte. No me obligues a ir a por ti.

Sonreí ante aquella amenaza. La besé de nuevo, con suavidad, y me aparté tan pronto como sus latidos volvieron a descontrolarse. Fue el beso más breve del mundo.

Bella parecía estar a punto de quejarse, pero debíamos suspender el experimento de todos modos. Aparté la silla de su cama.

—Me ha parecido oír a tu madre.

Renée estaba subiendo las escaleras para recoger unas cuantas monedas del bolso. Mientras se acercaba, se preocupaba por la cantidad de comida basura que estaba consumiendo estos días. Le hubiera gustado poder ir al gimnasio, pero de momento tendría que conformarse con las escaleras.

Bella arrugó el rostro. Asumí que se debía al dolor. Me incliné hacia ella, ansioso por ayudarla de algún modo.

—No te vayas —me suplicó con un sollozo a punto de irrumpir en su voz. Sus ojos se tensaron de miedo.

Yo no quería pensar en lo que implicaba esta reacción.

La visión de Alice atormentaba mi pensamiento. Bella aovillada en un estado de pura agonía, haciendo esfuerzos por respirar...

Recuperé la compostura e intenté responder en tono desenfadado.

—No lo haré. Me voy a echar una siesta.

Le sonreí y me apresuré hacia la butaca color turquesa, luego la recliné hasta la posición horizontal. Al fin y al cabo, Renée me había dicho que la usara siempre que necesitara descansar. Cerré los ojos.

—Que no se te olvide respirar —me susurró Bella. Me acordé de cómo se había hecho la dormida para engañar a su padre y contuve una sonrisa. Respiré sonoramente.

Renée estaba pasando ahora por el puesto de las enfermeras.

—¿Algún cambio? —le preguntó a la auxiliar de guardia, una joven corpulenta llamada Bea. Era evidente, a juzgar por el tono distraído de Renée, que esperaba una respuesta negativa. Siguió andando.

—Lo cierto es que los monitores están reflejando fluctuaciones. —Estaba a punto de entrar.

Oh, no. No debería haberme marchado.

Renée apuraba el paso ahora, preocupada.

—Echaré un vistazo y ya le diré...

La auxiliar, que se estaba levantando de la silla, se plegó a los deseos de la mujer y volvió a sentarse.

Bella se retorció y la cama emitió un chirrido. Era evidente lo mucho que le perturbaba la inquietud de su madre.

Renée abrió la puerta en silencio. Quería que Bella despertase, por supuesto, pero le parecía mal hacer ruido.

—¡Mamá! —susurró Bella con alegría.

No pude ver la expresión de Renée, dado que fingía estar dormido, pero sus pensamientos resultaban abrumadores. Noté que su paso flaqueaba un instante. Y entonces se fijó en mi figura dormida.

—Nunca se aleja de ti, ¿verdad? —musitó, aunque mentalmente sonó como un grito. A estas alturas ya me había acostumbrado al volumen de sus pensamientos; no me sorprendía tanto como al principio. Con todo, se quedó más tranquila. Había empezado a preguntarse si yo dormía alguna vez.

—Mamá, ¡cuánto me alegro de verte! —exclamó Bella entusiasmada.

Renée se sobresaltó un instante al ver los ojos inyectados en sangre de su hija. Se le saltaron las lágrimas ante esta nueva prueba del sufrimiento de Bella.

Observando a través de los párpados entrecerrados, presencié cómo Renée abrazaba a Bella con tiento. Ahora las lágrimas corrían por las mejillas de la madre.

—¡Bella, estaba tan preocupada...!

—Lo siento, mamá, pero ahora todo va bien, no pasa nada.

Me incomodaba escuchar cómo Bella, en su estado, se dedicaba a consolar a su madre, sana y flamante. Supuse que la relación entre ellas dos siempre había funcionado de ese modo. Tal vez el efecto que la peculiar mente de Renée ejercía en los demás había desembocado en cierto grado de narcisismo. Debía de ser prácticamente inevitable, cuando todo el mundo corría a atender tus necesidades antes de que las expresases siquiera.

—Estoy muy contenta de que por fin hayas abierto los ojos —le dijo a Bella. Para sus adentros, en cambio, hizo un nuevo gesto de dolor ante el espantoso aspecto que ofrecía su hija.

Se hizo un silencio. Acto seguido, Bella preguntó en tono inseguro:

—¿Qué día es?

Comprendí que todavía no habíamos abordado ese tema.

—Es viernes, cielo —respondió Renée—. Has permanecido inconsciente bastante tiempo.

Bella se quedó de piedra.

—¿Viernes?

—Te han mantenido sedada bastantes horas, cielo. Tenías muchas heridas.

—Lo sé —asintió Bella con intensidad. Me pregunté qué grado de dolor estaba experimentando ahora mismo.

—Fue una suerte que el doctor Cullen estuviera allí. Es un hombre encantador, aunque muy joven. Se parece más a un modelo que a un médico.

—¿Has conocido a Carlisle?

—Y a Alice, la hermana de Edward. Es una joven adorable.

—Lo es.

Los penetrantes pensamientos de Renée se centraron de nuevo en mí.

—No me habías dicho que tenías tan buenos amigos en Forks.

Muy, pero que muy buenos amigos.

De pronto, Bella gimió. Mis ojos se abrieron por su propia voluntad. No me delataron; la mirada de Renée también estaba clavada en su hija.

—¿Qué te duele? —quiso saber.

—Estoy bien —le aseguró Bella a su madre, aunque advertí que pretendía tranquilizarme a mí también. Nuestros ojos se encontraron un segundo antes de que yo volviera a cerrar los míos—. Solo tengo que acordarme de no moverme.

Renée revoloteó inútilmente sobre la figura postrada de Bella. Cuando esta volvió a hablar, lo hizo en tondo animado.

—¿Dónde está Phil?

La mujer se distrajo al instante, lo cual, supuse, era seguramente lo que pretendía Bella.

No le he comentado la buena noticia. Se va a poner tan contenta...

—En Florida. ¡Ay, Bella, nunca te lo habrías imaginado! Llegaron las mejores noticias justo cuando estábamos a punto de irnos.

—¿Ha firmado? —preguntó Bella. Pude oír la sonrisa en sus palabras, segura de cuál sería la respuesta.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado? Ha firmado con los Suns, ¿te lo puedes creer?

—Eso es estupendo, mamá —dijo Bella, pero percibí cierta inseguridad en su tono de voz. No debía de tener la menor idea de quiénes eran los Suns.

—Jacksonville te va a gustar mucho.

Renée prácticamente vibraba de entusiasmo. Vociferaba los pensamientos junto con las palabras, y yo adiviné que esos pensamientos provocarían en Bella el mismo efecto que provocaban en los demás. Empezó a parlotear del clima, el océano, la adorable casa amarilla con molduras exteriores blancas..., sin dudar ni por un momento de que Bella se emocionaría tanto como ella.

Yo conocía al detalle los planes de Renée para el futuro de Bella. Había compartido mentalmente sus alegres noticias un centenar de veces mientras esperábamos a que su hija despertase. En muchos sentidos, su proyecto era la solución que yo estaba buscando.

—Aguarda un momento, mamá —dijo Bella desconcertada. Imaginé que el entusiasmo de Renée la asfixiaba como un pesado edredón de plumas—. ¿De qué hablas? No voy a ir a Florida. Vivo en Forks.

—Pero ya no tienes que seguir haciéndolo, tonta —replicó Renée entre risas—. Phil ahora podrá estar más tiempo en casa... Hemos hablado mucho al respecto y lo que voy a hacer es perderme los partidos de fuera para estar la mitad del tiempo contigo y la otra mitad con él...

La mujer esperó a que el deleite de Bella hiciera acto de presencia.

—Mamá —empezó Bella despacio—. Quiero vivir en Forks. Ya me he habituado al instituto y tengo un par de amigas...

Los ojos de Renée se desplazaron hacia mí para fulminarme una vez más con la mirada.

—Además, Charlie me necesita. Está muy solo y no sabe cocinar.

—¿Quieres quedarte en Forks? —preguntó Renée como si las palabras carecieran de sentido al ser pronunciadas en ese orden—. ¿Por qué?

Ese chico es la verdadera razón.

—Te lo he dicho... El instituto, Charlie... ¡Ay!

Una vez más, miré sin poder evitarlo. Cerniéndose sobre Bella, Renée alargaba las manos hacia ella sin saber dónde posarse. Acabó por ponerle una mano en la frente.

—Bella, cariño, tú odias Forks. —Lo dijo como si le preocupase que Bella lo hubiera olvidado.

La voz de Bella adoptó un matiz defensivo.

—No es tan malo.

Renée decidió ir al grano.

—¿Se trata de este chico? —susurró. Era más una acusación que una pregunta.

Bella titubeó antes de reconocer:

—En parte, sí. ¿No has tenido ocasión de hablar con Edward?

—Sí, y quería hablar contigo de eso.

—¿De qué? —preguntó Bella con candidez.

—Creo que ese chico está enamorado de ti —susurró la madre.

—Eso creo yo también.

¿Está Bella enamorada? ¿Cuánto me he perdido? ¿Cómo es posible que no me lo haya dicho? ¿Qué debo hacer?

—Y ¿qué sientes tú por él?

Bella suspiró. A continuación, adoptó un tono indiferente.

—Estoy loca por él.

—Bueno, parece muy buena persona y, ¡válgame Dios!, es increíblemente bien parecido, pero, Bella, eres tan joven...

Y tú te pareces demasiado a Charlie. Es demasiado pronto.

—Lo sé, mamá —convino Bella sin inmutarse—. No te preocupes. Solo es un enamoramiento de adolescente.

—Exacto —fue la respuesta de Renée.

Bien. Así pues, no se va a poner dramática al respecto, al estilo Charlie. Ah, ¿tan tarde es? Debería irme.

Bella se percató de la distracción de Renée.

—¿Tienes que marcharte?

—Se supone que Phil llamará dentro de poco... No sabía que ibas a despertar...

Seguro que el teléfono está sonando en casa ahora mismo. Debería haberle dado el número del hospital.

—No pasa nada, mamá. —Bella no supo esconder demasiado bien su alivio—. No me quedo sola.

—Pronto estaré de vuelta. He estado durmiendo aquí, ya lo sabes —añadió Renée, alardeando de su comportamiento de buena madre.

—Mamá, ¡no tenías por qué hacerlo! —A Bella le angustiaba la idea de que su madre se sacrificara por ella. Esa era la dinámica de su relación—. Podías haber dormido en casa. Ni siquiera me he dado cuenta.

—Estaba demasiado nerviosa —admitió Renée, avergonzada de reconocer la verdad después de tanto presumir—. Se ha cometido un delito en el vecindario y no me apetecía quedarme en casa sola.

—¿Un delito? —Bella entró en máxima alerta al instante.

—Alguien irrumpió en esa academia de baile que hay a la vuelta de la esquina y la quemó hasta los cimientos. ¡No ha quedado nada! Dejaron un coche robado justo enfrente. ¿Te acuerdas de cuando ibas a bailar allí, cariño?

No éramos los únicos que habían hurtado coches. De hecho, el vehículo robado del rastreador estaba en un aparcamiento al sur de la academia de baile. No habíamos ocultado sus delitos tan bien como los nuestros. Y aquello contribuía a reforzar nuestra coartada, ya que ese coche había sido robado un día antes de que llegáramos a Phoenix.

—Me acuerdo —dijo Bella con voz temblorosa.

Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no moverme del sitio. El temblor también conmovió a Renée.

—Me puedo quedar si me necesitas.

—No, mamá, voy a estar bien. Edward estará conmigo.

Ya lo creo que estará. Uf, vaya, tengo que hacer la colada y debería limpiar el frigorífico. Esa leche lleva meses ahí dentro.

—Estaré de vuelta por la noche.

—Te quiero, mamá.

—Y yo también, Bella. Procura tener más cuidado al caminar, cielo. No quiero perderte.

Hice esfuerzos por controlar la sonrisa que pugnaba por asomar a mi semblante.

En ese momento entró Bea para hacer la ronda. Esquivó a la madre con facilidad según se acercaba a los monitores de Bella.

Renée besó a su hija en la frente, le dio unas palmadas en la mano y escapó a toda prisa, ansiosa por darle a Phil la noticia de que Bella estaba mejor.

—¿Te has alterado, corazón? —preguntó Bea—. Ha habido un momento en que tu ritmo cardíaco ha estado un poco alto.

—Estoy bien —le aseguró Bella.

—Le diré a tu enfermera que has despertado. Vendrá a verte enseguida.

Antes de que Bea cerrara la puerta al salir, yo ya estaba junto a Bella.

Me miró con las cejas enarcadas, no supe si de preocupación o asombro.

—¿Robasteis un coche?

Supe que se refería al coche del aparcamiento, pero de todos modos no se equivocaba. Salvo por el hecho de que nosotros habíamos robado dos.

—Era un coche estupendo, muy rápido —alegué en mi defensa.

—¿Qué tal tu siesta? —quiso saber.

El tono jocoso se esfumó al instante de la conversación.

—Interesante.

El cambio de humor la desconcertó.

—¿Qué ocurre?

Me quedé mirando el montículo que creaba su pierna destrozada bajo la sábana, por temor a lo que Bella pudiera leer en mis ojos.

—Estoy sorprendido —empecé despacio—. Creí que Florida... Y tu madre... Creí que era eso lo que querías.

—Pero en Florida tendrías que permanecer dentro de una habitación todo el día —objetó, sin captar la indirecta—. Solo podrías salir de noche, como un auténtico vampiro.

La construcción de la frase casi me hizo sonreír, pero me aseguré de no hacerlo.

—Yo me quedaría en Forks, Bella, allí o en otro lugar similar. En un sitio donde no te pueda causar más daño.

Ella me miró de hito en hito, como si le hubiera hablado en latín. Esperé a que asimilara el sentido de mis palabras. Cuando lo hizo, su corazón se aceleró y empezó a hiperventilar. Se encogía con cada respiración, a medida que sus pulmones en expansión empujaban las costillas rotas.

Un eco de la futura Bella consumida por la angustia asomó a su rostro.

No me sentía capaz de presenciar aquello. Quise decir algo para paliar el dolor, el terror que emanaba de ella. Sin embargo, tenía que hacer las cosas bien. Mi cuerpo no sentía que fuera lo correcto, pero no podía confiar en mis emociones, siempre tan egoístas.

Gloria entró en la habitación, recién comenzado su turno de tarde. Escudriñó a Bella con ojo clínico.

Diría que ronda el seis. Aunque me alegro de verla con los ojos abiertos, pobrecilla.

—¿Necesitas más calmantes, cariño? —preguntó en tono amable al tiempo que propinaba unos toques al gotero.

—No, no —objetó Bella, sin aliento—. No necesito nada.

—No hace falta que te hagas la valiente, cielo. Es mejor que no te estreses. Necesitas descansar.

Gloria aguardó a que Bella cambiara de idea. Ella negó con la cabeza despacio, con una expresión entre angustiada y desafiante.

La enfermera suspiró.

—De acuerdo. Pulsa el botón de llamada cuando estés lista.

Me lanzó una ojeada rápida, sin saber qué pensar de mi vigilia constante. Acto seguido, miró los monitores de Bella una vez más antes de marcharse.

Los ojos de Bella seguían desorbitados. Le acuné el rostro con las manos, sin tocar apenas su pómulo destrozado.

—Shhh... Bella, cálmate.

—No me dejes —me suplicó con la voz quebrada.

Y esta era la razón por la que no me bastaba con mis propias fuerzas. ¿Cómo podía provocarle más sufrimiento? Bella yacía en esta cama, rota y recompuesta, presa del dolor, y su única súplica era que me quedase.

—No lo haré —prometí, mientras matizaba mentalmente mi respuesta. *No hasta que estés recuperada. No hasta que estés lista. No hasta que encuentre las fuerzas*—. Ahora relájate antes de que llame a la enfermera para que te sede.

Fue como si Bella hubiera escuchado mis puntualizaciones mentales. Anteriormente —antes de la cacería y el horror— le había prometido infinidad de veces que me quedaría. Siempre lo decía de verdad, y ella me creía en todas las ocasiones. Ahora, sin embargo, Bella percibía todo lo que yo no estaba diciendo. El ritmo de su corazón no se apaciguó.

Le acaricié la mejilla ilesa con la yema de los dedos.

—Bella, no pienso irme a ningún sitio. Estaré aquí tanto tiempo como me necesites.

—¿Juras que no me vas a dejar? —susurró. Desplazó la mano hacia las costillas con un movimiento rápido. Debían de dolerle.

Ahora mismo su estado era demasiado delicado. Tendría que haberlo sabido, debería haber esperado. Por más que Renée acabara de ofrecerle una vía de escape ideal para llevar una vida libre de vampiros.

De nuevo tomé su cara entre mis manos, dejé que el amor obsesivo que sentía por ella inundara mis ojos y mentí con la experiencia de cien años de engaños diarios.

—Lo juro.

La crispación de sus extremidades cedió. Sus ojos no se despegaron de los míos, pero pasados unos segundos su corazón recuperó un ritmo normal.

—¿Mejor?

Me miraba con recelo y su voz sonó insegura cuando respondió:

—Sí...

Debía de notar que me callaba algo.

Necesitaba que me creyera, tan solo el tiempo suficiente para que sanara del todo. No podía ser yo la causa de que hubiera complicaciones en su recuperación. De modo que intenté comportarme como si no le ocultara nada. Como si su agitación me exasperara. Adopté una expresión molesta y mascullé:

—Esa reacción ha sido un tanto exagerada, ¿no te parece?

Lo dije tan deprisa que seguramente no me entendió.

—¿Por qué has dicho eso? —susurró con un leve temblor en la voz—. ¿Te has cansado de tener que salvarme todo el tiempo? ¿Quieres que me aleje de ti?

Me habría reído a carcajadas durante un siglo entero solo de considerar la idea de que pudiera cansarme de ella. Habría llorado un milenio.

Pese a todo, llegaría el momento en que tuviera que convencerla de lo contrario, ahora estaba seguro. Así que moderé mi respuesta, traté de darle un aire de indiferencia.

—No, no quiero estar sin ti, Bella, por supuesto que no. Sé racional. Y tampoco tengo problema alguno en salvarte. De no ser por el hecho de que soy yo quien te pone en peligro... Yo soy la razón de que estés aquí.

La verdad se había colado al final de mi discurso.

Bella me miró enfurruñada.

—Sí, tú eres la razón. La razón por la que estoy aquí... viva.

No pude sostener el tono indiferente. Susurré para ocultar el dolor que me atenazaba.

—Apenas. Cubierta de vendas y escayola, y casi incapaz de moverte.

—No me refería a la última vez que he estado a punto de morir —me espetó irritada—. Estaba pensando en las otras, puedes elegir cuál de todas. Estaría criando malvas en el cementerio de Forks de no ser por ti.

Reculé ante la imagen, pero luego retomé mi argumentación, decidido a que no desdeñara mis remordimientos.

—Sin embargo, esa no es la peor parte. Ni verte ahí, en el suelo, desmadejada y rota. —Hice esfuerzos por recuperar el control de mi voz—. Ni pensar que era demasiado tarde, ni oírte gritar de dolor... Todos esos insufribles recuerdos que me acompañarán durante el resto de la eternidad. No, lo peor de todo era sentir, saber que no podría detenerme. Creer que iba a ser yo mismo quien acabara contigo.

Frunció el ceño.

—Pero no lo hiciste.

—Pudo ocurrir con suma facilidad.

De nuevo se le desbocó el corazón.

—Prométemelo —susurró con voz ronca.

—¿Qué?

Ahora me fulminaba con la mirada.

—Ya sabes el qué.

Bella había captado el sentido de mis palabras. Percibía cómo trataba de convencerme a mí mismo para reunir las fuerzas que necesitaba. Debía

recordar que ella era capaz de leer mi mente mil veces mejor que yo la suya. Tenía que dejar al margen mi necesidad de ser sincero. Ahora lo más importante era su recuperación.

Intenté atenerme a la verdad para que Bella no me calara con tanta facilidad como antes.

—Al parecer no tengo la suficiente voluntad para alejarme de ti, por lo que supongo que te saldrás con la tuya... Con independencia de que eso te mate o no.

—Bien. —Pese a sus palabras, yo notaba que no estaba convencida—. Me has contado cómo lo evitaste... Ahora quiero saber por qué.

—¿Por qué? —repetí sin entender a qué se refería.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no te limitaste a dejar que se extendiera la ponzoña? A estas alturas sería como tú.

Yo nunca le había explicado cómo funcionaba el proceso. Había esquivado las preguntas con sumo cuidado. Sabía que ella no había encontrado la descripción navegando por internet. La rabia me nubló la vista por un instante y, en el centro del borrón, vi el rostro de Alice.

—Soy la primera en admitir que carezco de experiencia en las relaciones. —Las palabras de Bella surgían deprisa. Le preocupaba haberse delatado y ahora intentaba despistarme—. Pero parece lógico que entre un hombre y una mujer ha de haber cierta igualdad. Uno de ellos no puede estar siempre lanzándose en picado para salvar al otro. Tienen que poder salvarse el uno al otro por igual.

Sus palabras contenían algo de verdad, pero estaba obviando la cuestión más importante. Yo nunca sería su igual. Para mí no había vuelta atrás. Solo desde esa equidad podía salir ilesa.

Crucé los brazos en el borde de su colchón y recosté la barbilla sobre ellos. Había llegado el momento de rebajar el fervor de la discusión.

—Tú me has salvado —respondí con calma. Era la verdad.

—No puedo ser siempre Lois Lane —me advirtió—. Yo también quiero ser Superman.

Seguí hablando con voz suave, tranquilizadora, pero tuve que apartar los ojos.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Yo creo que sí.

—Bella, no lo sabes —murmuré, todavía con dulzura—. Llevo casi noventa años dándole vueltas al asunto y sigo sin estar seguro.

—¿Desearías que Carlisle no te hubiera salvado?

—No, eso no. —No habría conocido a Bella si Carlisle me hubiera dejado morir—. Pero mi vida había terminado. Yo no renuncié a nada.

Solamente a mi alma.

—Tú eres mi vida. Eres lo único que me dolería perder.

«¿Y cuando te lo suplique?», me susurró el recuerdo de Rosalie mentalmente.

—No puedo, Bella. No voy a hacerte eso.

—¿Por qué no? —Su voz sonó ronca, subió de volumen de pura rabia—. ¡No me digas que es demasiado duro! Después de lo de hoy... O supongo que fue hace unos días... Da igual. Después de todo lo que ha pasado, no sería nada.

Hice esfuerzos por conservar la calma.

—¿Y el dolor? —le recordé. No quería pensar en eso. Esperaba que ella tampoco.

Palideció. Me costaba presenciar aquello. Bregó con el recuerdo un buen rato y luego levantó la barbilla.

—Ese es mi problema. Podré soportarlo.

—Es posible llevar la valentía hasta el punto de que se convierta en locura —musité.

—Eso no es ningún problema. Tres días. ¡Qué horror!

¡Alice tenía la culpa! Menos mal que no tenía la menor idea de dónde se había metido. Comprendí que lo estaba haciendo adrede. Se había propuesto evitarme hasta que se me hubiera pasado el enfado, seguro. Quise llamarla, decirle lo que pensaba de su cobarde huida, pero habría apostado algo a que no respondería.

Me centré. Si Bella quería seguir discutiendo este asunto, tendría que señalarle los problemas que estaba pasando por alto.

—¿Y qué pasa con Charlie y Renée? —le señalé.

Le resultó más difícil restar importancia a esa cuestión. Transcurrió un buen rato mientras se devanaba los sesos para responder a mi pregunta. Abrió la boca y volvió a cerrarla. No apartó la mirada, pero el desafío de sus ojos mudó despacio en derrota.

Por fin, mintió. Fue obvio, como siempre que mentía.

—Mira, eso tampoco importa. Renée ha efectuado las elecciones que le convenían... Querría que yo hiciera lo mismo. Charlie es de goma, se recuperará, está acostumbrado a ir a su aire. No puedo cuidar de ellos para siempre, tengo que vivir mi propia vida.

—Exactamente —repliqué con voz cansada—, y no seré yo quien le ponga fin.

—Si esperas a que esté en mi lecho de muerte, ¡tengo noticias para ti! ¡Ya estoy en él!

Esperé hasta que estuve seguro de que mi voz sonaría tranquila.

—Te vas a recuperar.

Inspiró hondo, hizo una mueca de dolor y luego habló despacio, en tono grave.

—No. No es así.

¿Pensaba que le estaba mintiendo acerca de su estado?

—Por supuesto que sí —le aseguré con seriedad—. Tal vez te queden un par de cicatrices, pero...

—Te equivocas. Voy a morir.

Ya no podía seguir guardando la compostura. Percibí la angustia en mi propia voz.

—De veras, Bella. Vas a salir de aquí en cuestión de días. Dos semanas a lo sumo.

Me devolvió la mirada con aire compungido.

—Puede que no muera ahora, pero algún día moriré. Estoy más cerca de ello a cada minuto que pasa. Y voy a envejecer.

La angustia se transformó en desesperación cuando capté el sentido de sus palabras. ¿Creía acaso que yo no había pensado en eso? ¿Que había obviado una realidad tan notoria, que no había reparado en los pequeños cambios en su cara, subrayados por mi rígida inmutabilidad? ¿Que, al carecer del don de Alice, no era capaz de prever el futuro más certero?

Enterré la cara en las manos.

—Se supone que la vida es así, que así es como debería ser, como habría sido de no existir yo, y yo no debería existir.

Bella resopló.

—Eso es una estupidez. Es como si alguien a quien le ha tocado la lotería dijera antes de recoger el dinero: «Mira, dejemos las cosas como están. Es mejor así». Y no lo cobrase.

—Difícilmente se me puede considerar un premio de lotería —gruñí.

—Cierto. Eres mucho mejor.

Puse los ojos en blanco e intenté recuperar un mínimo de aplomo. Discutir este asunto no estaba contribuyendo a su recuperación, como atestiguaban los monitores a su espalda.

—Bella, no vamos a discutir más este tema. Me niego a condenarte a una noche eterna. Fin del asunto.

Tan pronto como pronuncié las palabras, caí en la cuenta de que habían sonado despectivas en exceso. Supe cómo iba a responder antes de que entornara los ojos.

—Me conoces muy poco si crees que esto se ha acabado. No eres el único vampiro que conozco —me recordó.

De nuevo se me nubló la vista.

—Alice no se atrevería.

—Alice ya lo ha visto, ¿verdad? —dijo Bella con seguridad, aunque al parecer su amiga no se lo había contado todo—. Por eso te perturban las cosas que te dice. Sabe que algún día voy a ser como tú.

—Ella también se equivoca. —Adopté su mismo tono de certeza. Había sorteado las visiones de Alice otras veces—. Te vio muerta, pero eso tampoco sucedió.

—Jamás me verás apostar contra Alice.

Una vez más, me retó con la mirada. Noté la tensión adusta en mi propia cara e intenté relajar las facciones. Estábamos perdiendo el tiempo y nos quedaba tan poco...

—Bueno, ¿dónde nos deja eso? —preguntó en un tono dubitativo.

Yo suspiré y solté una risa amarga.

—Creo que se llama «punto muerto».

Un punto muerto que conducía a lo inevitable.

Su profundo suspiro fue un eco del mío.

—Ay.

Miré su rostro, y acto seguido mis ojos encontraron el botón para avisar a la enfermera.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió sin convicción.

Le sonreí.

—No te creo.

Su labio se proyectó con un gesto terco.

—No me voy a dormir de nuevo.

—Necesitas descansar. Tanto debate no es bueno para ti.

Yo tenía la culpa, cómo no. Siempre era culpa mía.

—Así que te rindes —sugirió. Yo pulsé el botón.

—Buen intento.

—¡No! —protestó.

—¿Sí? —La voz de Bea sonó metálica a través del intercomunicador.

—Creo que es el momento de más sedantes —le dije. Bella se enfurruñó. Al momento hizo un gesto de dolor.

—Enviaré a la enfermera.

—No me los voy a tomar —amenazó Bella.

Observé el gotero con una mirada cargada de significado.

—No creo que te vayan a pedir que te tragues nada.

Su ritmo cardíaco se alteró una vez más.

—Bella, tienes dolores y necesitas relajarte para curarte. ¿Por qué lo pones tan difícil? Ya no te van a clavar más agujas.

Su rostro había perdido la expresión de terquedad; ahora solo parecía preocupada.

—No temo a las agujas. Me da miedo cerrar los ojos.

Acuné su rostro con las manos y le sonreí con absoluta sinceridad. No me resultó difícil. Lo único que deseaba —lo único que desearía jamás— era mirar a esos ojos por siempre.

—Ya te he dicho que no me iré a ninguna parte. No temas, estaré aquí mientras eso te haga feliz.

Hasta que estés curada, hasta que estés lista. Hasta que encuentre las fuerzas que necesito.

Bella sonrió a pesar del dolor.

—Entonces es para siempre, ya lo sabes.

Un «para siempre» mortal.

—Vamos, lo superarás —bromeé—. Solo es un enamoramiento de adolescente.

Intentó negar con la cabeza y renunció cuando el dolor atacó de nuevo.

—Me ha sorprendido que Renée se lo tragara. Sé que tú me conoces mejor.

—Es lo hermoso de ser humano —respondí con voz queda—. Las cosas cambian.

—Pues coge aire y espera sentado, porque eso no va a pasar.

No pude sino reírme ante la amenaza. Ella sabía cuánto tiempo podía aguantar sin respirar.

Gloria entró con paso vivo pertrechada con la jeringuilla.

Tiene que dejarla descansar tranquila, pobrecilla.

Me aparté antes de que el «Disculpa» hubiera terminado de brotar de sus labios. Me recosté contra la pared del fondo para que Gloria pudiera trabajar.

No quería irritarla tanto como para que intentase echarme otra vez. Tampoco tenía claro dónde estaba Carlisle.

Bella me vigilaba con una mirada inquieta, preocupada por si yo cruzaba la puerta y me largaba. Intenté adoptar una expresión tranquilizadora. Estaría allí cuando despertara. Tanto tiempo como me necesitara.

Gloria inyectó el calmante en la bolsa del gotero.

—Ya está, cielo. Ahora te vas a sentir mejor.

Bella le dio las gracias en un tono que no sonaba nada agradecido. Los párpados se le cerraron en cuestión de segundos.

—Esto debería bastar —murmuró Gloria.

Me lanzó una mirada afilada, pero yo fijé la vista en la ventana, fingiendo que no me percataba. Cerró la puerta con cuidado al salir.

Me apresuré a regresar junto a Bella y le posé la mano en el lado ileso de la cara.

—Quédate. —Farfulló la palabra.

—Lo haré —le prometí. Ahora ya se estaba durmiendo, y me sentí capaz de expresar la verdad—: Como te he dicho, me quedaré mientras eso te haga feliz, todo el tiempo que eso sea lo mejor para ti.

Ella suspiró, consciente solo a medias.

—No es lo mismo.

—No te preocupes de eso ahora, Bella. Podremos discutir cuando despiertes.

Las comisuras de sus labios se elevaron cuando esbozó una sonrisa débil.

—Vale.

Me incliné y le di un beso en la sien antes de susurrarle al oído:

—Te quiero.

—Yo también —musitó.

Me reí con tristeza.

—Ya lo sé.

Ese era el problema.

Luchando contra los efectos del sedante, Bella volvió la cabeza hacia mí, como si buscara algo. Le besé con suavidad los labios magullados.

—Gracias.

—Por supuesto.

—¿Edward? —Apenas podía articular mi nombre.

—¿Sí?

—Voy a apostar a favor de Alice —murmuró.

Sus facciones se fueron relajando conforme se sumía en la plena inconsciencia.

Enterré la cara en la curva de su cuello y aspiré su intenso aroma mientras deseaba, tal y como había deseado al poco tiempo de conocerla, poder soñar con ella.

Epílogo: Una ocasión especial

Bella permaneció ingresada en el hospital seis días más. Yo notaba que el tiempo allí se le hacía interminable. Estaba deseando volver a su vida normal, librarse de los doctores que palpaban y hurgaban, tener la piel limpia de agujas.

Para mí el tiempo pasaba volando, a pesar del sufrimiento constante de verla postrada en una cama hospitalaria, de saber que sufría dolores sin poder hacer nada para paliarlos. Esos días eran mi tiempo comprado; sería imperdonable dejarla mientras se recuperaba de sus heridas. Quería alargar cada segundo, aunque doliera. Pero los dejaba atrás a velocidad de vértigo.

Odiaba cada minuto que pasaba alejado de ella mientras los médicos la examinaban en presencia de Renée, si bien me resultaba sencillo escuchar a hurtadillas desde la escalera. E incluso lo prefería, dado que no siempre conseguía controlar mis expresiones faciales.

El día que despertó, por ejemplo, mientras el doctor Sadarangani hablaba con entusiasmo de las radiografías, complacido de que las fracturas fueran limpias y de la facilidad con que sanarían, yo únicamente veía el pie del rastreador descendiendo sobre su pierna. Solamente escuchaba el crujido seco de sus huesos. Fue una suerte que nadie me viera la cara en esos momentos.

Bella se percataba de que su madre estaba inquieta —preocupada por una sustitución a largo plazo en la escuela primaria de Jacksonville que perdería si no empezaba a trabajar cuanto antes—, pero también decidida a permanecer junto a su hija mientras siguiera en Phoenix. No le resultó demasiado difícil convencer a Renée de que se encontraba bien y de que debería regresar a Florida. La madre de Bella se marchó dos días antes que nosotros.

Bella hablaba con Charlie a menudo, sobre todo tras la partida de Renée y, ahora que lo peor había quedado atrás y que Charlie había tenido tiempo de considerar lo sucedido desde todos los ángulos posibles, empezaba a estar enfadado. No con Bella, por supuesto que no. Enfocaba su ira en la dirección

correcta. Al fin y al cabo, no habría pasado nada de no haber sido por mí. Su incipiente amistad con Alice embrollaba el asunto, pero no me cabía la menor duda de lo que me encontraría en su reservada mente a la vuelta.

Yo procuraba no entrar en conversaciones demasiado serias con Bella. Fue más fácil de lo que esperaba. Rara vez estábamos solos—incluso después de la partida de Renée, un tránsito constante de enfermeras y médicos ocupó su lugar— y la medicación mantenía a Bella adormilada con frecuencia. Parecía conformarse con tenerme cerca. No volvió a pedirme garantías. Sin embargo, de vez en cuando, la duda asomaba a sus ojos. Ojalá hubiera podido borrar esa duda, ojalá hubiera podido hacerle promesas que pudiera cumplir, pero prefería no hablar a volver a mentirle.

Y así, en un suspiro, estábamos organizando el viaje de regreso a casa.

El plan de Charlie consistía en que Bella volviese en avión con Carlisle mientras Alice y yo conducíamos la camioneta hasta Washington. Carlisle capeó esa llamada; no tuvimos que hablarlo para que adivinara lo que yo opinaba de la idea. Convenció a Charlie de que Alice y yo ya habíamos perdido clases suficientes y el padre de Bella no lo pudo refutar. Viajaríamos a casa juntos en avión. Carlisle enviaría la camioneta. Le prometió a Charlie que sería sencillo de organizar y en absoluto costoso.

Qué distinto fue regresar al mismo aeropuerto en el que días atrás había comenzado mi peor pesadilla. El vuelo salía después del anochecer, así que los techos de cristal ya no suponían un peligro. ¿Qué veía Bella cuando miraba los vastos vestíbulos? ¿Recordaría también la angustia y el terror que experimentó la última vez que estuvo aquí? Sin necesidad de correr para llegar a ninguna parte, avanzábamos con parsimonia, Alice empujando la silla de ruedas de Bella para que yo pudiera caminar a su lado y sostenerle la mano. Tal como yo imaginaba, a Bella no le agradó tener que desplazarse en silla de ruedas ni tampoco las miradas de curiosidad que levantaba a su paso. De vez en cuando torcía el gesto hacia la gruesa escayola blanca, como si estuviera pensando en hacerla pedazos con sus propias manos, pero no se quejó en voz alta ni una sola vez.

Pasó el viaje durmiendo y musitó mi nombre en sueños. Me habría resultado tan sencillo fingir que nada había pasado y concederme permiso para revivir los días felices, aferrarme a una época en la que el sonido de mi nombre en sus labios no me abrasaba con culpa y malos presagios. Sin embargo, la separación se cernía sobre nosotros, demasiado nítida como para dejarme llevar por fantasías.

Charlie nos recogió en el aeropuerto de Seattle-Tacoma, a pesar de que eran más de las once y el viaje a Forks implicaba un trayecto de casi cuatro horas. Tanto Carlisle como Alice habían tratado de quitarle la idea de la cabeza, pero yo lo entendía. Y si bien sus pensamientos seguían siendo tan confusos como antes, enseguida fue evidente que yo tenía razón. Había colocado las culpas en el lugar que les correspondía.

No es que Charlie albergase oscuras sospechas de que yo hubiera empujado a Bella por las escaleras con mis propias manos; más bien presentía que su hija jamás se habría comportado de un modo tan impulsivo si yo no la hubiera incitado. Se equivocaba con relación al motivo por el que Bella se había ido a Arizona, pero su premisa principal era acertada. En último término, yo tenía la culpa de lo sucedido.

El viaje en el coche patrulla de Charlie, que avanzaba circunspecto justo por debajo del límite de velocidad, se me habría antojado interminable en otras circunstancias. Sin embargo, el tiempo todavía volaba. Ni siquiera estar temporalmente separado de Bella ralentizaba las horas.

Todos nos instalamos en la nueva rutina sin apenas demora. Alice se convirtió en la enfermera y camarera de Bella, y Charlie no tenía palabras para expresarle su gratitud. Bella, aunque avergonzada de precisar ayuda para cubrir incluso sus necesidades más básicas e íntimas, se alegraba de que esa ayuda procediera de Alice. Fue como si, durante esos días en Phoenix, se hubiera materializado la visión de Alice en la que Bella y ella se hacían amigas del alma. Se sentían tan cómodas en mutua compañía —en posesión ya de todo un arsenal de bromas privadas y confidencias compartidas— como si fueran íntimas desde hacía años, y no desde hacía unas pocas semanas. Charlie las observaba de tanto en tanto con desconcierto, preguntándose por qué Bella nunca le había hablado de esa estrecha amistad, pero estaba demasiado agradecido por la presencia de Alice, y demasiado fascinado con ella, como para someter a su hija a un tercer grado. Se limitaba a darse por satisfecho con la situación tal como estaba, la mejor versión posible de lo que suponía cuidar de una hija herida de gravedad. Alice rondaba por el domicilio Swan con tanta frecuencia como yo, aunque ella advertía a Charlie de su presencia más a menudo.

Bella se enfrentaba a un dilema en relación con los estudios.

—Por un lado —me dijo—, me gustaría que todo volviera a la normalidad. Y no quiero retrasarme todavía más. —Era la madrugada del segundo día después de nuestro regreso; dormía tanto durante el día que su

horario se había invertido—. Por otro, la idea de que todo el mundo me mire mientras voy de un lado a otro con esa cosa...

Fulminó con la mirada la inocente silla de ruedas que descansaba plegada junto a su cama.

—Si pudiera llevarte en brazos al colegio, lo haría, pero...

Bella suspiró.

—Dudo que eso sirviera para que me miraran menos.

—Seguramente no. Sin embargo, si bien tú no valoras como deberías el hecho de que soy aterrador, te prometo que puedo encargarme de las miradas.

—¿Cómo?

—Te lo enseñaré.

—Ahora siento curiosidad. Pienso volver a clase lo antes posible.

—Se hará lo que tú quieras.

Di un respingo por dentro tan pronto como pronuncié las palabras. Había evitado con tiento decir algo que pudiera empujarnos a reanudar la discusión del hospital, pero ella dejó pasar mi comentario esta vez.

De hecho, parecía tan reacia como yo a hablar del futuro. Tal vez por eso le atraía la idea de «volver a la normalidad», pensé. Quizá albergaba la esperanza de poder olvidar este episodio como si fuera tan solo un mal capítulo y no un presagio de la única conclusión posible.

Fue fácil cumplir una promesa tan intrascendente. El primer día de su regreso al instituto, mientras la empujaba de clase en clase, todo lo que tuve que hacer fue sostener la mirada de cualquiera que pareciera demasiado interesado en Bella. Me bastaba con entornar los ojos y fruncir el labio superior para convencer a todos los mirones de que se llevaran su curiosidad a otra parte.

Bella no parecía demasiado convencida.

—No tengo claro que estés haciendo nada. No soy nada emocionante. No debería haberme preocupado.

Tan pronto como Carlisle lo permitió, Bella cambió la escayola por unas muletas y una bota ortopédica que le permitiera andar. Yo prefería la silla. Me dolía presenciar sus dificultades para caminar con muletas sin poder hacer nada por ayudarla, pero ella parecía aliviada de empezar a moverse de nuevo por sus propios medios. Pasados pocos días, empezó a manejarse mejor.

El rumor que corría por el instituto no había acertado en nada. Todo el mundo conocía la historia de la desastrosa caída de Bella por la ventana del hotel; los ayudantes de Charlie la habían difundido por el pueblo a nuestro regreso. Charlie, sin embargo, se había mostrado más discreto en relación con

los motivos que habían llevado a Bella a Phoenix. De modo que Jessica Stanley se había encargado de rellenar los huecos: Bella y yo habíamos viajado juntos a Phoenix para que yo conociera a su madre. Jessica insinuó que lo habíamos hecho porque la relación se estaba volviendo muy seria. Todo el mundo dio su versión por buena; la mayoría ya había olvidado de dónde procedía el relato.

Jessica tuvo que inventar el cotilleo por su cuenta, ya que Bella apenas pasaba rato con ella fuera de clase. Se comportó igual que cuando detuve la furgoneta al poco de su llegada; Bella sabía mantener la boca cerrada cuando quería. Y ahora se sentaba con nosotros: con Alice, Jasper y conmigo. Aun en ausencia de Emmett y Rosalie —últimamente fingían comer fuera, escondidos en el coche si el día era demasiado claro—, ninguno de los humanos se atrevía a compartir nuestra mesa para sentarse con Bella. No me agradó que se separara de sus antiguos amigos, en particular de Angela, pero supuse que tarde o temprano todo volvería a ser como antes de que yo irrumpiera en su vida.

Una vez que nos marcháramos.

Si bien el tiempo no discurría más despacio, la rutina adquirió tintes de normalidad. Pero no debía bajar la guardia. En ocasiones me dejaba llevar; Bella me sonreía y a mí me inundaba otra vez la sensación de que aquello era lo correcto, el sentimiento de que acabaríamos juntos porque era nuestro destino. Olvidaba por momentos que ese sentimiento, por puro e intenso que se me antojara, era falso. Lo olvidaba por momentos, hasta que Bella torcía el cuerpo con demasiada brusquedad y arrugaba la cara al notar un pinchazo en las costillas, o apoyaba el pie con excesiva fuerza y contenía el aliento, o giraba la muñeca y la tierna cicatriz que le surcaba la base de la mano quedaba a la vista.

Bella mejoraba y el tiempo pasaba. Yo me aferraba a cada segundo con uñas y dientes.

Alice ideó un nuevo plan para quebrar la rutina (en el buen sentido, según ella). Sabiendo que Bella pondría objeciones, al principio me negué. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más veía la propuesta desde una perspectiva distinta.

No desde la perspectiva de Alice. Era bastante probable que al menos un setenta por ciento de sus motivos fueran egoístas; le encantaban los cambios de imagen. Calculé que el egoísmo en mi caso no sobrepasaba el diez por ciento. Sí, era un recuerdo que quería llevarme conmigo. Eso debía admitirlo. No obstante, en mi caso, el fin principal era el deseo de modificar un capítulo

muy concreto del futuro de Bella. Si apoyé el estrambótico plan de Alice, fue ante todo por ella.

Tuve una visión; no como las de Alice, no una verdadera profecía. Se trataba únicamente de un escenario probable. La visión me provocó una especie de dolor en todo el cuerpo, en parte placer y en parte angustia.

Visualicé a Bella dentro de veinte años, madurando con elegancia. Igual que su madre, conservaría el aspecto juvenil más tiempo que la mayoría, y las arrugas, cuando aparecieran, no estropearían su belleza. La imaginé viviendo en un sitio soleado, en una casa bonita pero sencilla que estaría, a menos que cambiara de manera significativa, repleta de trastos. Además de los trastos habría niños, dos o tres. Quizás un chico con el pelo rizado y la sonrisa de Charlie y una niña que, al igual que Bella, se parecía a su madre.

Traté de no imaginar al padre, ni pensar en cómo su rostro pudiera reflejarse en el de sus hijos; eso era puro dolor.

Un día, cuando fueran adolescentes, más jóvenes que Bella ahora, quizá inspirados por una comedia romántica de la televisión (aunque Alice me había dicho que el consumo de medios de comunicación cambiaría considerablemente a lo largo de la década siguiente; estaba esperando a que se creasen ciertas empresas para invertir en ellas), uno de sus hijos le preguntaría a Bella cómo fue su baile de fin de curso.

Ella sonreiría y diría: «A mí no me gustaban los bailes. No iba a esas fiestas». Y sus hijos se sentirían decepcionados. Su madre nunca les contaba anécdotas divertidas de sus años de adolescencia. ¿Alguna vez había hecho algo interesante?

Bella no poseería recuerdos alegres y desenfadados que compartir, solo una carencia de experiencias normales, únicamente secretos, peligro e historias tan extrañas que tal vez algún día llegara a preguntarse si no serían producto de su imaginación.

O bien... Bella se reiría cuando alguno de sus hijos le preguntase por el baile y su mirada se perdería en el infinito.

«Fue de locos —diría—. Yo no quería asistir, ya sabéis. No sé bailar. Pero la chiflada de mi mejor amiga me secuestró para someterme a un cambio de imagen y mi novio me llevó a pesar de mis protestas. Y al final no estuvo mal. Me alegré de haber ido. Al menos para ver la decoración, que parecía una versión barata de la película *Carrie*. No, no podéis ver *Carrie*. Todavía no».

Si accedí a que Alice pusiera en práctica su agresivo y un tanto invasivo plan, fue por ese instante futuro. Más que autorizarlo, me convertí en

cómplice necesario del mismo.

Y así fue como acabé vestido de etiqueta —con un traje escogido por Alice, como es natural; al menos no tuve que ir de compras— y pertrechado con un ramillete de fresas en la mano, al pie de la escalera, mientras esperaba la gran revelación de Alice.

Yo ya lo había visto todo en su mente, pero le daba igual. Ella quería representar cada una de las escenas trilladas de ese espectáculo que era el baile de fin de curso.

Alice había avisado a Charlie de que Bella volvería tarde, después de dejarle muy claro que ella misma estaría presente en la velada de principio a fin. El padre de Bella jamás ponía objeciones a nada que involucrase a Alice. A menudo protestaba cuando los planes me involucraban a mí, si bien casi siempre se guardaba sus reparos para sí.

Oí a Bella renquear en dirección a las escaleras ayudada por mi hermana, que la abrazaba por la cintura mientras Bella, con el brazo en torno a los hombros de Alice, se apoyaba en ella con fuerza. Bella se manejaba ya muy bien con la muleta, pero Alice se la había arrebatado por una noche. Yo no tenía claro si lo hacía solo por una cuestión estética o también para impedir que Bella escapara. Y entonces, a pocos pasos del borde de las escaleras, Alice se zafó del abrazo de Bella y la animó a proseguir por sí sola.

—¿Qué dices? —protestó Bella—. No puedo andar con esto.

—Solo serán unos pasos. Puedes hacerlo. Yo no voy arreglada, estropearía la foto.

—¿Qué foto? —La voz de Bella se elevó media octava—. ¡No quiero que me hagan fotos!

—Nadie te va a hacer fotos. Me refiero a la foto mental. Tranquilízate.

—¿Una foto mental? ¿Y quién la verá?

—Solo Edward.

Vaya, ha funcionado. Alice había advertido que los ojos de Bella se iluminaban con la mera mención de mi nombre; incluso se había sometido con una especie de entusiasmo distraído a la sesión de peinado y maquillaje. Eso la tenía un tanto mosqueada.

Bella apareció ante mi vista avanzando despacio con sus andares torpes al mismo tiempo que me buscaba con los ojos.

Había visto el vestido en la mente de Alice, pero la imagen no tenía comparación. La fina tela de gasa creaba frunces y capas para dar una sensación de recato, pero igualmente se adhería a su cuerpo de un modo que resultaba fascinante. Las mangas dejaban al descubierto sus hombros de

alabastro antes de caer con elegancia y simplicidad por sus brazos hasta el pliegue de las muñecas. El cuerpo del vestido creaba una línea asimétrica que le proporcionaba a su figura una forma sutil de reloj de arena.

Por supuesto, era de color azul oscuro; Alice conocía mi preferencia.

Bella llevaba un zapato de tacón de aguja forrado de satén azul, sujeto al pie con largas cintas cruzadas en el tobillo. En el otro pie, su raída bota ortopédica. Me sorprendió que Alice no la hubiera pintado de azul para que hiciera juego.

Me quedé mirando a Bella de hito en hito mientras ella me contemplaba con idéntico asombro.

—Guau —exclamó.

—Lo mismo digo —asentí, admirando su vestido con descaro.

Bajó la vista y se ruborizó. Luego se encogió de hombros como diciendo: «Bueno, esta soy yo enfundada en un vestido».

Sabía que Alice se había imaginado a Bella bajando las escaleras con elegancia, pero era plenamente consciente de que la imagen no era sino una fantasía. Subí a toda prisa para reunirme con ella. Tras sujetarle las flores al pelo —Alice había dejado una zona libre de ondas para el adorno— cogí a Bella en brazos. A estas alturas ya estaba acostumbrada. La llevaba de acá para allá cuando no había humanos cerca para vernos.

Era más rápido moverse así, claro, pero también me llenaba de alivio sostenerla entre mis brazos. Sabiendo que estaba segura y protegida, aunque solo fuera por un instante.

—Divertíos —gritó Alice antes de salir disparada hacia su habitación. Se había enfundado su propio vestido antes de que Bella y yo termináramos de bajar las escaleras. Rosalie y los demás la estaban esperando —algunos pacientemente, otros no tanto— en el garaje. Alice se detuvo para dibujarse un dramático delineado en los párpados.

Llevé a Bella al Volvo y la deposité con suavidad en el asiento del pasajero al mismo tiempo que recogía con cuidado toda la gasa y las cintas para que no quedaran atrapadas con la puerta. Me sorprendió su silencio. Ahora y antes. Se había quejado sin mucha convicción cuando Alice la había maquillado, pero no había puesto ninguna objeción al baile.

Me senté al volante y enfilamos por el largo camino de entrada.

—¿Cuándo tienes pensado decirme de qué va todo esto? —preguntó. Adoptó un tono más irritado de lo que dejaba traslucir su expresión.

Observé su cara, esperando que revelase la broma. Aparte del falso talante gruñón, parecía hablar en serio. No me acababa de creer que aún no tuviera ni

la más remota idea.

—Me sorprende que todavía no lo hayas adivinado —respondí con una sonrisa, para seguirle el juego. Porque tenía que estar tomándome el pelo.

Se quedó sin aliento un momento y la miré para averiguar el motivo. Solamente me estaba observando.

—Ya te he dicho lo guapo que estás, ¿no? —se quiso asegurar.

Pensé que su «guau» había querido transmitir eso.

—Sí.

De nuevo frunció el ceño como si estuviera irritada.

—No voy a volver más a tu casa si Alice sigue tratándome como a una Barbie o como a una cobaya cada vez que vengo.

Antes de que pudiera defender o condenar a Alice, mi móvil sonó en el bolsillo. Respondí a toda prisa por si Alice tenía más instrucciones que darme, pero era Charlie.

Por lo general, el padre de Bella procuraba no llamarme, de modo que respondí un tanto agitado.

—Hola, Charlie.

—¿Charlie? —susurró Bella, igualmente nerviosa.

Carraspeó y noté su apuro a través de la línea.

—Esto... Hola, Edward. Perdona que interrumpa vuestra, ejem, velada, pero no sabía si... Verás, Tyler Crowley acaba de aparecer vestido de etiqueta para llevar a Bella al baile de fin de curso.

—¡Me estás tomando el pelo! —reí.

No era habitual que alguien que no fuera Bella lograra sorprenderme. En el instituto no había captado que Tyler estuviera planeando este ardid, aunque también era cierto que estaba tan empeñado en disfrutar de cada segundo con Bella que seguramente había pasado por alto infinidad de asuntos intrascendentes.

—¿Qué pasa? —cuchicheó Bella.

—Me he quedado a cuadros —prosiguió Charlie, incómodo.

—¿Por qué no me dejas que hable con él? —me ofrecí.

Noté el alivio en la voz de Charlie cuando respondió:

—Claro. —A continuación, habló algo apartado del teléfono—: Toma, Tyler, es para ti.

Bella miraba mi rostro, preocupada por lo que pudiera estar pasando entre su padre y yo. No reparó en el coche de color rojo brillante que nos rebasó de un bandazo. Yo hice caso omiso del deleite que obtenía Rosalie en

adelantarme —últimamente siempre hacía caso omiso de Rosalie— y me concentré en la llamada.

La voz del chico se quebró cuando dijo:

—¿Sí?

—Hola, Tyler; soy Edward Cullen. —Hablé en un tono extremadamente educado, si bien me supuso un esfuerzo considerable mantenerlo. Por graciosa que se me hubiera antojado la situación hacía solo un momento, un estallido súbito de sentimientos territoriales me inundó. Fue una reacción inmadura, pero no podía negar que era como me sentía.

Bella contuvo una exclamación. La miré de reojo y volví la vista a la carretera. Si realmente antes hablaba en serio —por improbable que eso pareciera—, ahora tendría que atar cabos.

—Lamento que se haya producido algún tipo de malentendido, pero Bella no está disponible esta noche —le dije a Tyler.

—Ah —respondió él.

Los celos y el sentimiento de protección persistían en mí y respondí en un tono más cortante del que debería haber empleado.

—Para serte totalmente sincero, ella no va a estar disponible ninguna noche para cualquier otra persona que no sea yo. No te ofendas. Y lamento estropear la velada.

Si bien no debería haberle dicho eso, no pude evitar sonreír al pensar cómo le estarían sentando a Tyler mis palabras. Y cómo se sentiría cuando lo viera el lunes en clase. Corté la llamada y me volví hacia Bella para sopesar su reacción.

Tenía el rostro congestionado y una expresión de furia absoluta.

—¿Me he extralimitado algo al final? —pregunté inquieto—. No quería ofenderte.

Mi discurso había sido un tanto dominante y, aunque estaba bastante seguro de que Bella no sentía el menor interés en Tyler, no me correspondía a mí tomar decisiones por ella.

Lo que había dicho estaba mal en otros sentidos también, pero yo no creía que ninguna de esas otras connotaciones fuese a desagradar a Bella.

Si bien desde el hospital no me había vuelto a pedir que le prometiese nada, entre nosotros existía siempre un trasfondo de duda. Me veía obligado a buscar la manera de equilibrar su necesidad de seguridad con mi incapacidad de engañarla.

Yo vivía nuestra relación día a día, hora a hora. No pensaba en el futuro. Ya tenía suficiente con presentir que se acercaba. Ahora, cuando le prometía

la eternidad que me pedía, me refería a la eternidad que atisbaba ante mí. Y, sencillamente, no estaba mirando.

—¡Me llevas al baile de fin de curso! —gritó

Así pues, era verdad que no lo sabía. No supe cómo reaccionar. ¿Qué otra cosa podíamos estar haciendo vestidos de etiqueta en Forks?

Y ahora se le saltaban las lágrimas y aferraba la manija de la puerta como si prefiriese arrojarle del coche en marcha a afrontar el horror de un baile de instituto.

Bloqueé las puertas disimuladamente.

No sabía qué decirle; no había contemplado la posibilidad de que malinterpretara mis intenciones. Así que respondí lo peor que podría haber dicho en estas circunstancias.

—No te pongas difícil, Bella.

Miró por la ventanilla como si siguiera pensando en saltar.

—¿Por qué me haces esto? —gimió.

Señalé mi traje.

—Francamente, Bella, ¿qué otra cosa creías que íbamos a hacer?

Con expresión horrorizada, se enjugó las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Cualquiera pensaría que le acababa de confesar que había asesinado a todos sus amigos y ella sería la próxima.

—Esto es completamente ridículo —observé—. ¿Por qué lloras?

—¡Porque estoy enfadada!

Me planteé dar media vuelta. El baile carecía de importancia en realidad, y odiaba verla tan disgustada. Pero pensé en esa conversación del futuro y me mantuve firme.

—Bella... —insistí con suavidad.

Encontré su mirada y tuve la sensación de que toda esa furia la abandonaba. Todavía conservaba la capacidad de deslumbrarla, al menos.

—¿Qué? —preguntó en tono distraído.

—Hazlo por mí —le supliqué.

Me sostuvo la mirada un segundo más, aunque su expresión reflejaba ahora más adoración que ira. Acto seguido negó con la cabeza, derrotada.

—Bien. Me lo tomaré con calma —respondió, resignada a su destino—. Pero ya verás. En mi caso, la mala suerte se está convirtiendo en un hábito. Seguramente me romperé la otra pierna. ¡Mira este zapato! ¡Es una trampa mortal!

Levantó el pie para mostrármelo.

El contraste entre las gruesas cintas de satén entrecruzadas sobre su delgada pantorrilla, al estilo de los zapatos de ballet, y su piel color marfil era hermoso en un grado que trascendía las modas. En este lugar de atuendos eternamente invernales, me fascinó contemplar partes de Bella que nunca había visto. Era aquí donde entraba en juego mi diez por ciento de egoísmo.

—Mmm —musité—. Recuérdame que le dé las gracias a Alice esta noche.

—¿Alice va a estar allí?

A juzgar por su tono de voz, eso le ofrecía más consuelo que mi presencia.

Supe que debía revelárselo todo.

—Con Jasper, Emmett... y Rosalie.

La uve de preocupación asomó a su entrecejo.

Emmett lo había intentado, al igual que los demás; todo el mundo excepto yo. Llevaba sin hablar con Rosalie desde la noche que se había negado a colaborar para salvarle la vida a Bella. Ahora estaba haciendo honor a su fama de ser terca hasta niveles sobrenaturales. Nunca se mostraba descaradamente hostil hacia Bella en las pocas ocasiones en que se encontraban en la misma habitación, a menos que ignorar la existencia de alguien de manera ostentosa se pueda considerar hostilidad.

Bella volvió a negar con la cabeza, decidida a no pensar en Rosalie.

—¿Estaba Charlie al tanto de esto?

—Claro —respondí, y obvié decirle que el pueblo de Forks al completo y seguramente buena parte del municipio compartían el secreto de que esta noche se celebraba un baile en el instituto. O que incluso habían puesto carteles y anuncios de «top secret» por todo el colegio. Me reí—. Aunque Tyler, al parecer, no.

Gruñó entre dientes, si bien supuse que su rabia guardaba más relación con Tyler que conmigo.

Entramos en el aparcamiento del instituto y esta vez Bella sí se fijó en el coche de Rosalie, estacionado en primer plano. Lo observó nerviosa mientras yo aparcaba una fila más allá. A continuación, salí del coche y me encaminé hacia su puerta a velocidad humana. La abrí para ella y le ofrecí la mano.

Bella siguió sentada con los brazos cruzados. Hizo un mohín. Se había percatado de que, habiendo tantos testigos humanos presentes, yo no podía echármela al hombro y obligarla a entrar en ese lugar de horror y pavor que era la cafetería del instituto.

Suspiré con sentimiento, pero ella no se movió.

—Hay que ver, eres valiente como un león cuando alguien quiere matarte, pero cuando se menciona el baile... —Sacudí la cabeza con decepción.

Pese a todo, Bella parecía sinceramente aterrada ante la palabra «baile».

—Bella, no voy a dejar que nada te haga daño —prometí—. Ni siquiera tú misma. Te prometo que voy a estar contigo todo el tiempo.

Lo meditó y tuve la sensación de que su terror disminuía.

—Venga, vamos... —la persuadí—, no puede ser tan malo.

Me incliné hacia el coche y le rodeé la cintura con el brazo. Tenía el cuello a la altura de mis labios, su fragancia intensa como un incendio en el bosque, pero más delicada que las flores de su cabello. No opuso resistencia cuando la ayudé a bajar.

Queriendo dejar claro que estaba decidido a cumplir mi promesa, seguí sosteniéndola por la cintura con firmeza mientras avanzábamos hacia el edificio del instituto. Fue frustrante no poder llevarla en brazos.

Pronto habíamos llegado. Las puertas estaban abiertas de par en par y habían retirado las mesas. Las luces del techo, ahora apagadas, habían sido reemplazadas por miles de lucecitas navideñas, que colgaban de las paredes siguiendo un patrón ondulante. Reinaba la penumbra, pero había luz suficiente para distinguir la anticuada decoración. Las guirnaldas de papel pinocho, deslucidas y arrugadas, debían de haber presenciado otros bailes. Los arcos de globos, en cambio, eran nuevos.

Bella soltó una risita. Sonreí con ella.

—Parece un escenario listo para rodar una película de terror —comentó.

—Bueno, desde luego hay vampiros presentes más que de sobra —asentí yo.

La conduje hacia la cola de las entradas, pero Bella estaba pendiente de la pista de baile.

Mis hermanos estaban presumiendo.

Para ellos era una forma de liberación, supuse. Siempre actuaban de un modo tan... contenido. Llamábamos la atención, nos gustase o no; nuestros rostros inhumanos se encargaban de eso. Sin embargo, hacíamos lo posible por no dar motivos adicionales para atraer las miradas.

Esta noche, Rosalie, Emmett, Jasper y Alice estaban bailando con ganas. Mezclaban cien estilos de otras tantas décadas en nuevas creaciones que podrían pertenecer a cualquier época. Su elegancia, obviamente, superaba cualquier capacidad humana. Bella no era la única que los miraba.

Algunos mortales valientes bailaban también, pero guardaban las distancias con los ostentosos vampiros.

—¿Quieres que eche el cerrojo a las puertas mientras masacras a todos estos incautos pueblerinos? —susurró Bella. Incluso la idea de un asesinato en masa le parecía más atractiva que la realidad del baile.

—¿Y de parte de quién te pondrías tú? —quise saber.

—Oh, me pondría de parte de los vampiros, por supuesto.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Cualquier cosa con tal de no bailar.

—Lo que sea.

Se quedó mirando a mis hermanos mientras yo compraba dos entradas. Tan pronto como terminé, me encaminé hacia la pista. Mejor librarse cuanto antes de la parte que ella más temía. No se quedaría tranquila hasta que diéramos el asunto por zanjado.

Renqueó más despacio que antes, reacia a avanzar.

—Tengo toda la noche —le recordé.

—Edward —susurró, con la voz empapada de horror. Me miró a punto de entrar en pánico—. De verdad, no puedo bailar.

¿Pensaba acaso que la iba a abandonar en mitad de la pista y luego me iba a retirar a mirar cómo ejecutaba un solo?

—No te preocupes, tonta —le dije con cariño—. Yo sí puedo.

Cogí sus brazos y los coloqué alrededor de mi cuello. Le rodeé la cintura con las manos y la levanté en vilo unos centímetros del suelo. Atrayendo su cuerpo hacia el mío, posé la punta de sus pies, una envuelta en satén, la otra en la bota ortopédica, sobre mis zapatos.

Bella sonrió.

Sosteniendo casi todo su peso en mis manos, empecé a dar vueltas en mitad de la pista, donde mis hermanos recibían cada vez más atención. No intenté competir con ellos, tan solo la sujeté contra mi cuerpo y giré con ella como si bailara un vals al compás de la música.

Tensó los brazos en torno a mi cuello para acercarse todavía más.

—Me siento como si tuviera cinco años —dijo entre risas.

La levanté en vilo unos centímetros y le susurré al oído:

—No los aparentas.

Bella volvió a reír. La posé de nuevo sobre mis pies. Sus ojos destellaban con el brillo de las luces navideñas.

La canción cambió. Ajusté el ritmo de nuestro vals. La música era ahora más lenta, como de ensueño. Su cuerpo se fundía con el mío. Ansié poder quedarme así eternamente, parar el tiempo y vivir por siempre en ese baile.

—De acuerdo —murmuró—. Esto no es ni la mitad de malo de lo que pensaba.

Eran casi las palabras que yo había esperado oírle decir algún día a sus hijos. Me animó pensar que no le había costado veinte años llegar a esa conclusión.

No, no pienso hacerlo. Le devolveré el dinero. Uf, qué vergüenza. ¿Por qué me ha tocado a mí el padre chiflado? ¿Por qué no a Quil?

Los pensamientos cristalinos de alguien que titubeaba en la zona de la entrada me resultaron familiares. Aun en estado de desasosiego y bochorno, la mente irradiaba una especie de pureza. El chico era más sincero consigo mismo que la mayoría.

—¿Qué pasa? —Bella notó que me había distraído.

No podía responderle ahora mismo. Me invadió un intenso sentimiento de rabia que me cerró la garganta. Así que los quileutes pensaban seguir presionando contra un acuerdo que ellos habían firmado, un tratado que no servía para nada salvo para protegerlos. Por lo que parecía, no se darían por satisfechos hasta que matásemos a alguien. Estaban empeñados en demostrar que éramos monstruos.

Bella se giró en mis brazos para averiguar qué estaba mirando.

Maldición, está aquí. No me puedo creer que esté haciendo esto. No me puedo creer que mi padre piense de verdad que ese chico es un vampiro. Esto es una idiotez inmensa.

Pese a todo, y a pesar del apuro que la situación le inspiraba, no vaciló. Haciendo caso omiso de la mesa de las entradas, el chico avanzó como un soldado entre el corro de bailarines en dirección a nosotros. Aun estando enfadado, no pude sino admirar su valentía genuina.

Debería haber traído ajo, supongo. Resopló.

No me di cuenta de que había proferido un gruñido audible hasta que Bella cuchicheó:

—¡Compórtate!

—Quiere hablar contigo.

No había manera de evitarlo. Igual que el primer baile: mejor quitárselo de encima cuanto antes. No debía ceder a la ira. ¿Acaso tenía importancia que un grupo de ancianos desdentados rompieran el tratado? Tampoco supondría un gran cambio, ni aunque pagaran una valla publicitaria en la ruta 101 que dijera: «El médico del pueblo y sus hijos son VAMPIROS. Están advertidos». Nadie se lo creería. Ni siquiera su propio hijo le daba crédito.

Aguardé inmóvil a que Jacob se acercara. Miró sobre todo a Bella. Exhibía una expresión tan compungida que casi resultaba cómica.

—Hola, Bella, esperaba encontrarte aquí.

Salta a la vista que habría dado cualquier cosa por no encontrarla.

La voz de Bella irradiaba calidez cuando le respondió. Estaba seguro de que ella también percibía su angustia y, siendo como era Bella, querría disiparla.

—Hola, Jacob. ¿Qué quieres?

Él le sonrió y me miró. No tuvo que alzar la vista para hacerlo. El chico había crecido varios centímetros desde la última vez que lo había visto. Ya no tenía un aspecto tan infantil como entonces.

—¿Puedo interrumpir? —preguntó. Lo dijo en un tono respetuoso; no quería entrometerse.

Yo sabía que mi rabia era inútil y que, desde luego, no guardaba la menor relación con este chico inocente, pero no podía sofocarla. En lugar de permitir que mi voz me delatara, dejé a Bella en el suelo con tiento y me aparté.

—Gracias —dijo Jacob con el talante alegre que parecía ser su estado por defecto.

Asentí, escudriñé el semblante de Bella para asegurarme de que le parecía bien y me alejé.

Uf, pensaba Jacob. Qué perfume tan horrible lleva Bella.

Qué raro. Bella no llevaba ningún perfume más allá de las flores de su pelo. Pero tal vez alguna pareja se había acercado a ellos, ahora que yo no estaba allí.

—¡Hala, Jacob! ¿Cuánto mides ahora? —la oí decir.

—Metro ochenta y ocho. —En su respuesta percibí una nota de orgullo.

Parece estar perfectamente, aparte de la férula. Billy está sacando las cosas de quicio, como de costumbre.

Cuando llegué a la zona norte, di media vuelta y me recosté contra la pared. Lauren Mallory y su pareja daban vueltas en postura rígida por detrás de Jacob. Puede que fuera ella la que olía mal.

Jacob y Bella no estaban bailando del todo. Él le sujetaba la cintura y ella le había posado las manos en los hombros. Bella se mecía levemente con la música, pero parecía demasiado apurada como para desplazarse. Jacob arrastraba los pies sin moverse del sitio.

—Bueno, ¿y cómo es que has terminado viniendo por aquí esta noche? —No había curiosidad genuina en su voz. Bella ya había adivinado a qué venía esta intrusión.

Jacob estaba ansioso por culpar a quien correspondía.

—¿Puedes creerte que mi padre me ha pagado veinte pavos por venir a tu baile de fin de curso?

—Claro que sí —fue la respuesta de Bella, todavía en tono amable, aunque debió de molestarle que el padre del chico, prácticamente un desconocido, tratara de controlar su vida.

Qué bien se lo está tomando. Es la chica más amable que conozco.

—Bueno, espero que al menos lo estés pasando bien —continuó Bella—. ¿Has visto algo que te haya gustado? —Señaló con un gesto travieso a una hilera de chicas alineadas contra la pared a mi izquierda.

—Sí —dijo Jacob—, pero está comprometida.

La información no me pilló por sorpresa; en multitud de ocasiones había dejado patente su predilección por Bella. No me esperaba, en cambio, que fuera tan franco al respecto. Bella no supo qué decir. Echando un vistazo al semblante de Jacob para saber si bromeaba —no lo hacía—, se miró los pies, todavía inmóviles.

No debería haber dicho eso, pero... qué diablos. Tampoco tengo nada que perder.

—A propósito, estás realmente guapa —añadió.

Bella frunció el ceño.

—Vaya, gracias. —Por cambiar de tema, Bella mencionó el que a Jacob le habría gustado evitar, el mismo que lo obligaría a marcharse por donde había venido—. ¿Y por qué te ha pagado Billy para que vinieras?

Jacob desplazó el peso de una pierna a otra, incómodo.

—Dice que este es un lugar «seguro» para hablar contigo. Te prometo que al viejo se le está yendo la cabeza.

Va a pensar que yo también estoy loco.

Bella se unió a sus risas, aunque de manera un tanto forzada.

—De todos modos, me prometió conseguirme el cilindro maestro que necesito si te daba un mensaje.

Ahora Bella sonrió de corazón.

—En ese caso, dímelo. Me gustaría que logaras terminar tu coche.

Jacob suspiró, conmovido por su sonrisa.

Ojalá fuera un vampiro de verdad. De ser así, yo tendría alguna posibilidad.

—No te enfades, ¿vale?

Ya se ha mostrado más amable de lo que yo tenía derecho a esperar.

—No es posible que me enfade contigo, Jacob —prometió Bella—. Ni siquiera voy a enfadarme con Billy. Di lo que tengas que decir.

—Bueno, es un tanto estúpido... Lo siento, Bella. —Inspiró hondo—. Quiere que dejes a tu novio. Me ha dicho que te lo pidiera «por favor».

Jacob negó con la cabeza con la intención de distanciarse del ofensivo mensaje.

La sonrisa de Bella rezumó compasión.

—Sigue con sus supersticiones, ¿verdad?

—Sí. Se vio abrumado cuando te hiciste daño en Phoenix. No se creyó que... —*Que no lo hicieran ellos. Piensa que te chuparon la sangre o alguna locura por el estilo.*

Ella adoptó un tono frío por primera vez.

—Me caí.

—Lo sé —se apresuró a responder Jacob.

—¿Billy cree que Edward tuvo algo que ver con el hecho de que me hiriera? —Ahora hablaba con brusquedad.

Se habían quedado inmóviles, como si no hubiera música.

Jacob apartó los ojos de su mirada enfurecida.

Ahora sí que está enfadada de verdad. Debería haberle dicho a Billy que se meta en sus asuntos o que me deje a mí al margen.

El semblante de Bella se suavizó al presenciar la angustia de su amigo.

—Mira, Jacob —empezó, de nuevo amable. Él respondió al cambio de tono mirándola a los ojos—. Ya sé que probablemente Billy no se lo va a creer, pero quiero que al menos tú lo sepas... En realidad, Edward me salvó la vida. Habría muerto de no ser por él y por su padre.

Emanaba tal sinceridad que a nadie se le habría ocurrido poner en duda sus palabras.

—Lo sé —asintió Jacob a toda prisa. No quería ni pensar en la posibilidad de que Bella muriera. Una ola de gratitud empezó a cobrar forma en su mente. La próxima vez que su padre hablase mal de Carlisle, no le escucharía.

Bella le sonrió.

Me llamó la atención hasta qué punto Jacob parecía mayor esta noche. Cualquiera habría pensado que ambos tenían la misma edad, quizás por la nueva altura del chico. Y por más molestia que representara la pierna lesionada mientras ejecutaban esa especie de baile sin desplazamiento, Bella parecía más cómoda con él que con ningún otro de sus amigos humanos. Tal vez la mente pura y abierta del chico ejerciera ese efecto en la gente.

Un extraño pensamiento cruzó mi mente, mitad imaginación, mitad miedo.

¿Estaría esa bonita casa llena de trastos en La Push?

Sacudí la cabeza para desechar la idea. No eran más que celos irracionales. Los celos eran una emoción profundamente humana, intensa pero absurda, basada en algo tan nimio como un simulacro de baile con un amigo. No dejaría que el futuro me perturbase.

—Jake, escucha, lamento que hayas tenido que hacer esto —se disculpó ella—. En cualquier caso, ya has cumplido con tu tarea, ¿de acuerdo?

—Sí —musitó él.

¿Se dará cuenta mi padre si le miento? No puedo decirle el resto. Ya me he puesto bastante en evidencia.

Bella interpretó correctamente la expresión del chico.

—¿Hay más? —preguntó con incredulidad.

—Olvídalo —murmuró él a la vez que desviaba la vista—. Conseguiré un trabajo y ahorraré el dinero por mis propios medios.

Ella esperó hasta que pudo atraparle la mirada.

—Suéltalo y ya está, Jacob.

—Es bastante desagradable.

No debería haber venido. Yo tengo la culpa, por acceder a esto.

—No te preocupes —insistió ella—. Dímelo.

—Vale... Pero, ostras, es que suena tan mal... —Jacob tomó aire—. Me ha pedido que te diga, no, que te advierta que... —Jacob levantó la mano derecha y, con dos dedos, dibujó unas comillas en el aire—. «Estaremos vigilando». El plural es suyo, no mío.

El chico esperó la reacción de Bella, listo para salir huyendo.

Bella estalló en carcajadas, como si acabaran de contarle el chiste más gracioso que hubiera oído jamás. No podía parar. Cuando habló, todavía estaba riendo.

—Siento que hayas tenido que hacer esto, Jake.

El chico experimentó un alivio inmenso. *Tiene razón. Es gracioso.*

—No me ha importado demasiado. —*Está tan guapa. Nunca la habría visto con este vestido si no hubiera venido. Ha valido la pena, a pesar del horrible perfume*—. Entonces ¿le puedo decir que me has contestado que deje de meterse en tus asuntos de una vez?

Bella suspiró.

—No. Agradéceselo de mi parte. Sé que lo hace por mi bien.

La canción terminó y Bella dejó caer los brazos. Era el momento de intervenir.

—¿Quieres bailar otra vez o te llevo a algún lado?

—No es necesario, Jacob. Yo me hago cargo.

Jacob se sobresaltó al oír mi voz; mi proximidad lo había pillado por sorpresa. Retrocedió un paso cuando un escalofrío intenso le recorrió la espalda.

—Eh, no te he oído llegar —musitó. *No me puedo creer que Billy haya conseguido sugestionarme de esta forma*—. Espero verte por ahí, Bella.

—Claro, nos vemos luego —respondió ella con tal entusiasmo que el chico recuperó el aplomo por fin. Saludó con la mano y se disculpó una vez más antes de encaminarse a la puerta.

Yo rodeé a Bella con los brazos y volví a deslizar los pies debajo de los suyos. Esperé hasta que el calor de su cuerpo disipó la frialdad que emanaba el mío. No pensaría en el futuro. Tan solo en esta noche, en este minuto.

Bella apoyó la mejilla contra mi pecho con un murmullo de satisfacción.

—¿Te sientes mejor? —musitó.

Había notado que estaba de mal humor, naturalmente.

—No del todo —suspiré.

—No te enfades con Billy. Se preocupa por mí solo por el bien de Charlie. No es nada personal —me tranquilizó.

—No estoy enfadado con Billy. Pero su hijo me irrita.

Y así era, por más que odiara reconocerlo. Aunque no era irritación en realidad lo que me inspiraba el chico; una mente tan expansiva como la suya era un soplo de aire fresco frente al humano medio. Me dolía lo que él representaba. Algo bueno, bondadoso y humano.

Tuve que hacer un esfuerzo por sobreponerme.

Bella se inclinó hacia atrás y levantó la vista para mirarme con curiosidad y cierta inquietud.

—¿Por qué?

Me sacudí el mal humor mentalmente y le respondí en tono juguetón.

—En primer lugar, me ha hecho romper mi promesa.

Bella no la recordaba. Esbocé una sonrisa forzada.

—Te prometí que esta noche estaría contigo en todo momento.

—Ah, bueno. Quedas perdonado —replicó con desenfado.

—Gracias. —Fruncí el ceño, esperando que Bella captara el matiz burlón de mi gesto—. Pero hay algo más.

Esperó a que me explicara.

—Te ha llamado «guapa». —Mi voz convirtió el adjetivo en algo desagradable—. Y eso es prácticamente un insulto con el aspecto que tienes hoy. Eres mucho más que hermosa.

Ahora se relajó y rio con ganas, conforme se disipaba la preocupación por su amigo.

—Tu punto de vista es un poco parcial.

Esta vez esbocé una sonrisa más sincera.

—No lo creo. Además, tengo una vista excelente.

Bella miró las titilantes luces que nos rodeaban. Su pulso latía más lento que el compás de la canción que sonaba de fondo, así que adapté nuestros movimientos a su ritmo interno. Cientos de voces, mentales y físicas, nos envolvían, pero yo no las estaba escuchando. El único sonido que me importaba era el latido de su corazón.

—Bueno —dijo cuando empezó una nueva canción—. ¿Vas a explicarme ya el motivo de todo esto?

Al ver que no la entendía, dirigió una mirada cargada de significado a las guirnaldas de papel pinocho.

Medité qué podía responderle. No quería hablarle de mi visión; habría provocado una explosión de objeciones. Además, eso pertenecía a un futuro remoto, un porvenir en el que yo no quería pensar ahora mismo, bajo ningún concepto. Pero quizá pudiera hablarle de la idea que la había inspirado, aunque no rodeado de gente.

Cambié el sentido de nuestro baile y fuimos girando hacia la salida trasera. Rodeamos a unos cuantos de sus amigos. Comparando apenas el vestido de Bella con el suyo, Jessica nos saludó y Bella le devolvió la sonrisa. Ninguno de sus compañeros humanos parecía del todo satisfecho con el discurrir de la noche a excepción de Angela y Ben, que se miraban a los ojos extasiados. Presenciarlo me arrancó una sonrisa a mí también.

Abrí la puerta empujándola con la espalda, sin dejar de bailar. No había nadie en el exterior, aunque hacía una noche agradable. Al oeste, las nubes todavía conservaban restos dorados del sol poniente.

Como nadie nos veía, me sentí a mis anchas para tomar a Bella en brazos. La llevé lejos de allí para buscar refugio entre las sombras de los madroños, donde reinaba una oscuridad casi absoluta. Me acomodé en el mismo banco en el que la había visto sentarse aquella soleada mañana tantas semanas atrás, pero la sostuve sobre mi regazo, acunada contra mi pecho. Al este, una luna pálida relumbraba entre nubes tan vaporosas como encaje. Era un momento especial, el ocaso y la noche en perfecto equilibrio en el cielo.

Ella todavía esperaba una explicación.

—¿Qué te preocupa? —preguntó con voz queda.

—El crepúsculo, otra vez —murmuré—. Otro final. No importa lo perfecto que sea el día, siempre ha de acabar.

Eran tan importantes, estos días, y sin embargo terminaban en un suspiro.

Noté la súbita tensión de Bella.

—Algunas cosas no tienen por qué terminar.

Qué podía responder a eso. Bella tenía razón, pero yo sabía que no se refería a la permanencia de las mismas cosas que yo. Cosas como el dolor. El dolor nunca terminaba.

Con un suspiro, contesté su pregunta.

—Te he traído al baile porque no deseo que te pierdas nada, ni que mi presencia te prive de nada, si está en mi mano evitarlo. Quiero que seas humana, que tu vida continúe como lo habría hecho si yo hubiera muerto en 1918, tal y como debería haber sucedido.

Se estremeció y sacudió la cabeza con rabia, dos veces, como si pretendiera deshacerse de mis palabras. Sin embargo, cuando habló, lo hizo con sorna.

—¿Y en qué extraña dimensión paralela habría asistido al baile alguna vez por mi propia voluntad? Si no fueras cien veces más fuerte que yo, nunca habrías conseguido traerme.

Sonreí.

—Tú misma has reconocido que no ha sido tan malo.

Sus ojos eran transparentes e insondables.

—Porque estaba contigo.

Volví la vista hacia la luna una vez más. Notaba su mirada en mi rostro. Ahora mismo, no tenía que preocuparme por el futuro. El presente me ofrecía algo infinitamente más grato. Pensé en el pasado más reciente y en su extraño despiste de esta noche. ¿Qué había reemplazado en su mente la respuesta más obvia?

Le sonreí.

—¿Me contestarás si te pregunto algo?

—¿No lo hago siempre?

—Prométeme que lo harás —insistí.

—De acuerdo —accedió de mala gana.

—Parecías realmente sorprendida cuando te has dado cuenta de que te traía aquí.

—Lo estaba —me interrumpió.

—Exacto —dije—, pero algo tenías que suponer. Siento curiosidad... ¿Para qué pensabas que nos habíamos vestido de esta forma?

Me pareció una pregunta inocua, alegre y oportuna. Nada que me arrastrara al mañana de nuevo.

No obstante, Bella titubeó, más seria de lo que yo esperaba.

—No quiero decírtelo.

—Lo has prometido.

Frunció el ceño.

—Lo sé.

Estuve a punto de sonreír cuando la curiosidad y la impaciencia de siempre me acometieron. Algunas cosas nunca cambian.

—¿Cuál es el problema?

—Creo que te vas a enfadar —declaró con voz solemne—. O entristecer.

No atinaba a vincular su expresión grave con mi pregunta más bien tonta. Ahora temía escuchar su respuesta, temía que desatase el dolor que tanto me había esforzado en ahuyentar, pero sabía que no viviría tranquilo hasta satisfacer mi curiosidad.

—De todos modos, quiero saberlo. Por favor.

Suspiró. Sus ojos pasearon por las nubes plateadas.

—Bueno —empezó pasado un rato—. Supuse que iba a ser una especie de... ocasión especial. Ni se me pasó por la cabeza que fuera algo tan humano y común como... ¡un baile de fin de curso! —Resopló una carcajada burlona.

Esperé un breve instante para controlar mi reacción.

—¿Humano? —pregunté.

Bajó la vista hacia el precioso vestido y jugueteó distraída con un pliegue de la gasa. Yo sabía lo que se avecinaba. Dejé que Bella encontrara las palabras que buscaba.

—De acuerdo —se rindió. Ahora su mirada contenía un desafío—. Albergaba la esperanza de que tal vez hubieras cambiado de idea y que, después de todo, me transformaras.

Iba a tener tantos años para soportar este dolor... Ojalá no me obligara a sufrirlo ahora. No mientras aún la tenía entre mis brazos. No enfundada en ese maravilloso vestido, con la luna destellando contra sus hombros pálidos, las sombras como retazos de noche contenidos en la curva de su clavícula.

Decidí darle la espalda al padecimiento y concentrarme en el aspecto superficial de la respuesta.

Palpé la solapa de mi traje.

—Pensaste que esa sería una ocasión para vestirse de tiros largos, ¿a que sí?

Ella se enfurruñó, avergonzada.

—No sé cómo van esas cosas; al menos, a mí me parecía más racional que un baile de fin de curso. —Intenté sonreír, pero mi gesto solo sirvió para irritarla—. No es divertido —dijo.

—No, tienes razón, no lo es. De todos modos, prefiero tomármelo como una broma antes que pensar que lo dices en serio.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé —suspiré.

El dolor de la quemazón fue extraño en esta ocasión. No venía acompañado de la más mínima tentación. Si bien su petición equivalía a mi futuro perfecto, a borrar de un plumazo décadas de agonía, no sentía el deseo de complacerla. Jamás podría comprar mi felicidad con la pérdida de la suya.

Cuando le había abierto mi corazón a su Dios, le había suplicado que me concediera capacidad de resistencia. Y al menos en eso me había escuchado: no sentía el menor deseo de ver a Bella convertida en inmortal. Mi único anhelo, mi única necesidad, era impedir que la oscuridad manchase su vida, y esa necesidad me consumía.

Sabía que el futuro se aproximaba, pero ignoraba cuánto tiempo tenía exactamente. Me había comprometido a quedarme hasta que su curación fuera completa, así que contaba con unas pocas semanas antes de que volviera a caminar sobre los dos pies. En el fondo me preguntaba si no sería apropiado quedarme hasta que me sobrepasara la edad, como había planeado hacer en un principio. ¿Serviría esa estrategia para disminuir su dolor? Sería tan fácil apostar por esa versión... Pero no estaba seguro de contar con tanto tiempo. Tenía la sensación de que el futuro estaba al caer. No sabía cuál sería la señal, pero estaba convencido de que la reconocería cuando la viera.

Había evitado a conciencia mantener esta conversación. Sin embargo, comprendí que ella se sentiría mejor si abordábamos el tema ahora. Me tragué todo el dolor y la pena y me obligué a retornar al presente. Estaría con ella mientras pudiera.

—Y ¿es eso lo que deseas de verdad? —le pregunté.

Bella se mordió el labio y asintió.

—De modo que estás preparada para que esto sea el final —suspiré mientras le acariciaba con un dedo el contorno de la cara—. Para que esto sea el crepúsculo de tu existencia, aunque apenas si has comenzado a vivir. Estás dispuesta a abandonarlo todo.

—No es el final, sino el comienzo —susurró.

—No lo merezco.

Yo sabía que Bella no les concedía a las pérdidas humanas la importancia que tenían. Y nunca se había parado a considerar las pérdidas eternas. Nadie merecía que pagasen un precio tan alto por él.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no me percibía a mí misma de forma realista? —me preguntó—. Obviamente, tú padeces la misma ceguera.

—Yo sé lo que soy.

Bella puso los ojos en blanco, molesta con mi reticencia a darle la razón en algo.

De pronto, me sorprendí a mí mismo sonriendo. Estaba tan ansiosa, tan impaciente por renunciar a cualquier cosa por estar conmigo... Era imposible no sentirse conmovido por un amor tan grande.

Pensé que no nos vendría mal divertarnos un poco.

—¿Estás preparada, entonces? —pregunté, enarcando una ceja.

—Esto... ¿Ya? —Tragó saliva, nerviosa.

Me incliné hacia ella con toda la calma del mundo. Mis labios rozaron por fin la piel de su cuello.

Ella tragó saliva de nuevo.

—¿Ahora, ya? —susurré.

Se estremeció. A continuación, todo su cuerpo se crispó, cerró los puños y su corazón empezó a latir a un ritmo más acelerado que la música distante.

—Sí —musitó.

Mi estrategia había fracasado. Riéndome de mí mismo, me enderecé.

—No te puedes haber creído de verdad que me iba a rendir tan fácilmente.

Bella se relajó. Su pulso se tornó más pausado.

—Una chica tiene derecho a soñar —dijo.

—¿Sueñas con convertirte en un monstruo?

—No exactamente. —No le gustó la palabra que yo había escogido. Su tono se oscureció—. Más bien sueño con poder estar contigo siempre.

Había dolor en su voz, vacilación. ¿Pensaba acaso que yo no deseaba lo mismo? Ansié poder apaciguarla, aplacar sus dudas, pero no podía.

Repasé el contorno de sus labios y musité su nombre.

—Bella. —Ojalá percibiera la devoción que emanaba mi voz—. Voy a estar contigo. —*Tanto tiempo como pueda, tanto como me esté permitido, tanto como pueda mientras no te haga daño. Hasta que reciba la señal, hasta que me resulte imposible ignorarla*—. ¿No basta con eso?

Sonrió, pero no estaba conforme.

—Basta por ahora.

Bella no comprendía que el ahora era todo cuanto teníamos. Mi respiración brotó en forma de gemido.

Me acarició la mandíbula con la yema de los dedos.

—Mira —dijo—. Te quiero más que a nada en el mundo. ¿No te basta eso?

Y por fin fui capaz de esbozar una sonrisa sincera.

—Sí, es suficiente —prometí—. Suficiente para siempre.

Esta vez me refería a la verdadera eternidad. Mi eternidad.

Mientras la noche devoraba las últimas luces, me incliné y le besé la cálida piel del cuello.

Agradecimientos

Este libro ha sido mi pesadilla durante tantos años que me cuesta recordar a todas las personas que me han ayudado a lo largo del camino. Así pues, nombraré a los pesos pesados.

Mis tres increíbles hijos, Gabriel, Seth y Eli (¡ahora hombres hechos y derechos!), que se han comportado de un modo tan admirable a lo largo de los últimos quince años que, en vez de tener que preocuparme por sus malas decisiones, he podido invertir todo ese tiempo en preocuparme por las malas decisiones de mis personajes.

Mi supereficiente marido, que se ocupa de casi todos los aspectos de mi vida relacionados con las matemáticas y la tecnología.

Mi madre, Candy, que se negó en silencio a aceptar que hubiera renunciado a este libro.

Mi socia, Meghan Hibbett, que mantiene encarrilado Fickle Fish Productions mientras yo abandono el mundo físico durante largos periodos de tiempo. Y mi mejor amiga, Meghan Hibbett, que es mi paño de lágrimas cuando necesito gritar, llorar y enfadarme por la conducta de mis personajes.

Mi agente, Jodi Reamer, que me dio todo el tiempo que necesité, pero estuvo lista para pasar a la acción tan pronto como le di la señal.

Mi agente cinematográfica, Kassie Evashevski, cuyo sentido común y tranquilidad han sido mi salvación en más de una ocasión.

Todas las fantásticas personas de Little, Brown Books for Young Readers, que me proporcionan un apoyo extraordinario; en particular Megan Tingley, que me ha acompañado a lo largo de mis diecisiete años (!) de carrera como escritora, y Asya Muchnick, la más amable y considerada de las editoras.

Roger Hagadone, el fotógrafo que ha creado nuestras deslumbrantes y memorables portadas. No me imagino qué sentimiento habría producido la saga sin tu artisticidad.

Las preciosas damas de Method Agency, Nikki y Bekah, que siempre ejecutan con alegría mis extraños encargos.

Infinidad de creadores con talento que han realizado increíbles páginas web y *fan art* de la saga *Crepúsculo*.

Infinidad de escritores que han creado mundos maravillosos para que me pueda evadir.

Infinidad de músicos que, sin saberlo, han sido mi banda sonora.

Y, por fin, los lectores, que han esperado este libro con paciente ilusión. Jamás lo habría terminado sin vuestro apoyo. Merecéis estar en esta página. Por favor, escribe tu nombre en la línea y choca esos cinco.

Notas

[1] En español en el original. (*N. del t.*) <<